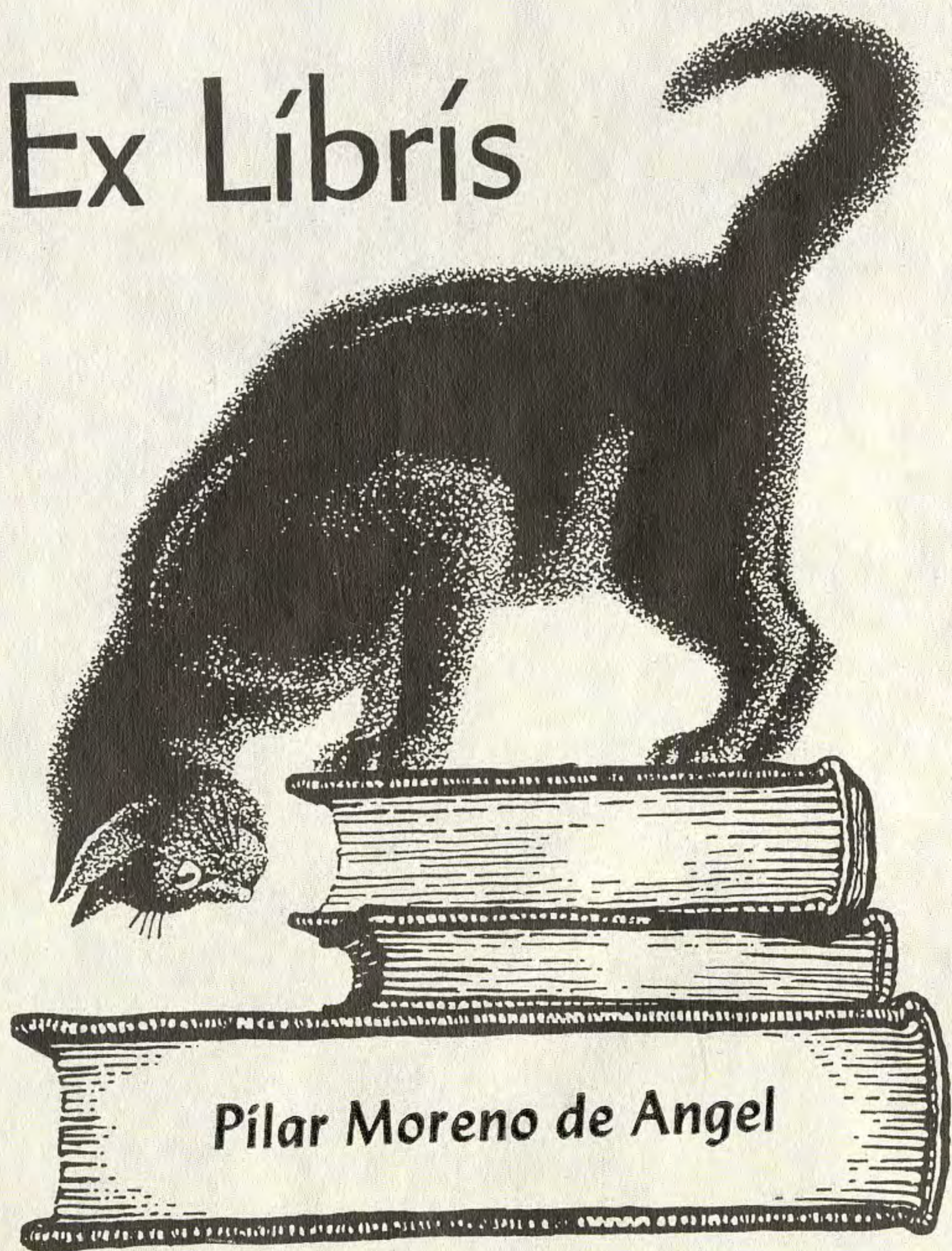




Ex Líbrís



Pilar Moreno de Angel

B212 © APCO

OBRAS DE SHAKSPEARE.

OBRAS DE
SHAKSPEARE

VERSION CASTELLANA DE

JAIME CLARK

Es propiedad del editor.

EL MERCADER DE VENECIA

MEDIDA POR MEDIDA

MADRID

EDUARDO DE MEDINA, EDITOR

Calle de la Colegiata, núm. 6.

IMPRENTA CENTRAL Á CARGO DE V. SAIZ
Calle de la Colegiata, 6

SHAKSPERE

JAMES CLARK

EL MERCADER DE VENECIA

MEDIA POR MEDIA

MADRID

BOQUERON DE BERNAL

THEATRE

EL MERCADER DE VENECIA.

PERSONAJES.

EL DUX DE VENECIA.
EL PRÍNCIPE DE MARRUECOS, } pretendientes de Porcia
EL INFANTE DE ARAGON, }
ANTONIO, *el mercader de Venecia.*
BASANIO, *su amigo, y pretendiente de Porcia.*
SALANIO, }
SALARINO, } *amigos de Antonio y Basanio.*
GRACIANO, }
SALERIO, }
LORENZO, *amante de Jéfica.*
SHYLOCK, *un judio rico.*
TUBAL, *un judio, su amigo.*
LANZAROTE GOBBO, *gracioso, criado de Shylock.*
EL VIEJO GOBBO, *padre de Lanzarote.*
LEONARDO, *criado de Basanio.*
BALTASAR, } *criados de Porcia.*
ESTÉBAN, }
PORCIA, *una heredera rica.*
NERISA, *su doncella.*
JÉFICA, *hija de Shylock.*
Senadores de Venecia, alguaciles, carceleros, criados, y otros.

ESCENA : algunas veces en Venecia, otras en Belmonte, la quiuta de Porcia, en el continente.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

Una calle de Venecia.

Salen ANTONIO, SALARINO y SALANIO.

ANT. La causa ignoro, á fe, de mi tristeza:
Me cansa á mí, decís que á vos os cansa;
Mas cómo dí con ella, dónde, ó cuándo,
En qué consiste, ó de qué fuente nace,
Me queda por saber: de tal manera
Me embota la tristeza los sentidos,
Que harto trabajo tengo en conocerme.
SALAR. Navega sobre el piélagos vuestra alma,
Do vuestras naves con hinchadas velas,
Cual ricos ciudadanos de las ondas,
O próceres del mar, con pompa y gala,
Altivas señorean los pequeños
Traficantes que humildes las saludan
Al cruzar en su rumbo en vuelo raudos,
Al viento abiertas las tejidas alas.
SALAN. Créedme, hidalgo, que si yo tuviese
Fiada á un frágil leño hacienda tanta,
En alma y pensamiento allá estaria
Con mi esperanza sobre el mar; las horas
Pasara en arrancar hojas del césped

Para saber de dónde sopla el viento;
Escudriñara sin cesar el mapa,
Buscando puertos, muelles, y arrecifes,
Y cuantos puntos viese que funestos
Pudieran ser á mis costosas naves,
Por cierto me llenaran de tristeza.

SALAR. Tal vez soplando el caldo con mi aliento,
Dolores de terciana sentiria
Sólo al pensar en el funesto daño
Que sobre el mar pudiera hacer el soplo
Del ábrego sañudo; si la arena
Viera bajar de algun reloj, al punto
En bajios pensara, en que mi nave
Viera encallada, con el alto tope
De su quilla á nivel, cual si besara
Su propia sepultura. Nunca á misa
Me fuera sin pensar, al ver los arcos
Del edificio santo, en los escollos
Que, sólo con rozar mi pobre nave,
Hicieran naufragar su cargamento,
Endulzando las olas con especias,
Sus crestas de mis sedas revistiendo;
Me imaginara ver en solo un punto
Mi hacienda toda reducida á nada.
¿No me ha de entristecer, si en esto pienso,
Sólo el pensar que suceder pudiera?
Callad, yo sé que Antonio está tan triste
Por el cuidado que le dan sus naves.

ANT. No tal, á fe; pues gracias á mi estrella
No á un solo casco mi fortuna fio,
Ni á un solo puerto; ni mi hacienda toda
Depende de la suerte de este año:
Ya veis, amigos, que mis mercancías
Cuidado no me dan.

SALAN. ¡Voto á Cupido!
Estais enamorado.

ANT. ¡Calla! ¡calla!

SALAN. ¡Tampoco enamorado! Diré entónces

Que triste estais porque no estais alegre:
Y tan fácil os fuera dar un brinco
Y echaros á reir, diciendo luego,
Que estais alegre porque no estais triste.
Por el bifronte Jano juro, hidalgos,
Que la madre comun de los mortales
Se entretuvo en formar extraños séres;
Pues hombres hay que al son de ronca gaita
Con sandia mueca cierran ambos ojos,
Y como loros á reir empiezan;
Y hay otros de semblante tan acedo,
Que graves se estarán, oyendo chistes
Que Néstor por graciosos aprobara.

Salen BASANIO, LORENZO y GRACIANO.

SALAN. Basanio, vuestro deudo, aqui se acerca
Con Graciano y Lorenzo. Dios os guarde.
Con ellos vais mejor acompañado.

SALAR. Hasta desenfadaros no me fuera;
Pero me impide hacerlo la llegada
De más nobles amigos.

ANT. Creed que os tengo
En mucha estimacion; si os vais, colijo
Que algun asunto os llama, y de alejaros
Esta ocasion aprovechais, sin duda.

SALAR. Quedad con Dios, amigos.

BAS. Caballeros,
¿Cuándo estareis de humor? decidme, ¿cuándo?
Os vais volviendo adustos. Por ventura
¿Es fuerza que así sea?

SALAR. Adios: en breve
Vos mismo dispondreis de nuestros ocios.
(Vánse Salarino y Salanio.)

LOR. Señor Basanio, ya que á Antonio hallasteis,
Con él os dejaremos; pero os ruego
Que á la hora de yantar tengais presente
El lugar para donde os dimos cita.

BAS. No faltaré.

GRAC. Poneis mal gesto, Antonio.

Cuidado en demasía os causa el mundo.

Nunca podreis gozar de sus placeres,

Si á tanta costa los comprais. Advierto

No sé qué cambio en vos que no me agrada.

ANT. Yo tengo al mundo por lo que es, Graciano;

Por un tēatro en cuyas tablas hace

Cada cual su papel; y el mio es triste.

GRAC. El mio sea el de gracioso: quiero

Que saquen las arrugas en mi rostro

La risa y el placer; quiero que el vino

Los hígados me abraza, ántes que el duelo

Y el triste llanto el corazon me hielen.

¿Por qué ha de estar un hombre, cuya sangre

Hierve en sus venas, triste cual la estatua

De su abuelo tallada en alabastro?

¿Por qué ha de dormir cuando despierta?

¿Luego enfermar de puro enojadizo?

Escucha, Antonio: soy tu amigo, y te amo,

Y como á amigo te hablo. En este mundo

Hay hombres tan adustos, que sus rostros

Se cubren, cual las aguas de un pantano,

De blanca espuma, y que se fingen graves

A fin de conquistar fama de doctos,

Y nombre de prudentes y sesudos;

Cual si dijeran: «Yo soy don Oráculo:

Cuando hable que no ladre perro alguno.»

Conozco á muchos de éstos, caro Antonio,

Que sólo logran título de sabios

Por lo que callan; cuando estoy seguro

Que si la boca abriesen, esos mismos

Que los ensalzan, no pudieran ménos

De condenar por tonto al propio hermano.

Otra vez te diré más de este asunto.

Mas ¡ay! no pesques con tan triste cebo

Por esa fama que es la golosina

Y la ambicion de necios mentecatos.

Vámonos ya, Lorenzo. Dios os guarde;

Fin daré á mi sermon luego á los postres.

LOR. Adios: nos juntaremos en la mesa.

Me toca hacer papel de sabio mudo,

Porque Graciano hablar no me permite.

GRAC. Frecuenta un año más mi compañía,

Y el eco de tu voz te será extraño.

ANT. ¡Adios! Me haré hablador por darte gusto.

GRAC. Bien hecho, á fe; el silencio sólo cuadra

En lenguas en conserva, ó en la boca

De una doncella casta que es de roca.

(Vánse Graciano y Lorenzo.)

ANT. ¡Brava razon! ¿Habrá mayor locura?

BAS. En todo Venecia no hay hombre que hable

más á tontas y á locas que Graciano. Sus razo-

nes son como dos granos de trigo escondidos

en dos fanegas de paja: es menester un dia en-

tero para hallarlos, y cuando los habeis ha-

llado, no valen el trabajo que os ha costado el

buscarlos.

ANT. Decidme ahora: ¿quién es esa dama

A cuyo altar jurasteis dirigiros

Cual peregrino en devocion secreta,

Y de quien hoy hablarme prometisteis.

BAS. Vos no ignorais, Antonio, hasta qué punto

Mi hacienda he malgastado con alardes

De vana pompa y opulento lujo,

Para mis pocos bienes excesivos.

No lloro la carencia de ese fasto;

Mi principal cuidado estriba sólo

En salir con honor de los apuros

En que me ha puesto pródiga mi vida.

A vos, Antonio, más que á nadie, debo

Dineros y amistad, y pues licencia

Para tanto el cariño me concede,

Quiero deciros cuáles son mis planes

Para zafarme de mis deudas todas.

ANT. Decídmelos, Basanio, yo os lo ruego:

Y estad seguro que si honrados fueren,
Cual siendo vuestros fuerza es que lo sean.
Mi bolsa y vida y mis recursos todos
Sabré apurar en el servicio vuestro.

BAS. Cuando era yo rapaz, tal vez solia
Perder de alguna flecha el leve rastro;
Para encontrarla entónces, disparaba
En direccion igual otra certera,
Cuyo vuelo seguia con los ojos,
Y de esta suerte, aventurando entrambas,
Solia hallar las dos. Pueril ejemplo
Direis quizá; pero os lo cito, Antonio,
Porque el candor me dicta este discurso.
Yo os debo mucho, y lo que os debo, acaso
Sin salvacion alguna está perdido;
Pero si dispararais otra flecha
En direccion igual que la perdida,
No dudo que con tino y buen acierto,
Pudiera hallar las dos, ó en todo caso
Devolveros al ménos la segunda,
Deudor quedando, siempre agradecido,
Por el primer favor.

ANT. Harto, Basanio,
Me conoceis; gastais el tiempo en balde
Tratando de moverme con ejemplos
Que no son menester; y á fe que os juro
Que mayor daño me hacen vuestras dudas,
En lo que toca á mi amistad sincera,
Del que pudiera hacer vuestra locura,
Aunque mi hacienda toda derrochara.
Decidme, pues, en qué serviros puedo,
Y os serviré cual debo. Conque oigamos.

BAS. Hay en Belmonte una heredera rica,
Y es bella, más que bella, es un portento,
Y es de virtud espejo. En sus miradas
Leí tal vez de amor mudos mensajes.
Su nombre es Porcia, y creed que en nada cede
A la hija de Caton, de Bruto esposa.

No ignora el universo su valía,
Pues á favor del viento, de lejanas
Playas acuden nobles pretendientes;
Y de sus sienes los dorados rizos
Penden cual rico vellocino de oro,
Haciendo de su quinta de Belmonte
Nueva playa de Cólcos, y en su busca
Uno tras otro los Jasones llegan.
¡Oh Antonio mio! si tuviera medios
Para rivalizar con uno de estos,
El alma me presagia tal ventura,
Que ciertamente fuera afortunado.

ANT. Ya sabes que en la mar está mi hacienda;
Ni bienes tengo ni caudal poseo
Para allegar una presente suma:
Recorre la ciudad; prueba hasta dónde
Alcanzará mi crédito en Venecia.
Lo apuraré por ti, no habrá resorte
Que deje de emplear porque el viaje
Emprendas á la quinta de tu amada.
Vé, indaga, inquiere, y averigua al punto
Donde hay dinero; voy á hacer lo propio;
Creo poder hallarlo sin tardanza,
Ya fuere por favor, ya por fianza. (Vánse.)

ESCENA II.

Una sala en casa de Porcia, en Belmonte.

Salen PORCIA y NERISA.

POR. A fe mia, Nerisa, que mi breve cuerpo está
ya harto de este enorme mundo.

NER. Tal podria ser, señora mia, si vuestras des-
dichas fueran tan prolijas como vuestras di-
chas. Y con todo, advierto que tanto sufren los
que se hartan con exceso, como los que se

mueren de pura necesidad. Por lo tanto, no es poca ventura la de hallarse establecido en el justo medio; lo supérfluo pronto cria canas: pero un haber modesto es fuente de larga vida.

POR. Máximas excelentes y muy bien dichas.

NER. Mejores serian, si hubiese quien las siguiese.

POR. Si fuera tan fácil hacer lo que se debe, como conocer lo que se debe hacer, las ermitas serian catedrales, y las chozas de los pobres palacios de príncipes. Es buen predicador aquel que practica la virtud que enseña: más fácil me sería enseñar á veinte personas lo que conviene hacer, que ser yo misma una de esas veinte, y practicar mi propia enseñanza. Fácil le es al cerebro inventar leyes para refrenar la sangre; pero una complexion ardiente salta por encima de un frígido decreto, tan dispuesta está siempre la loca juventud á saltar por encima de las redes que el buen consejo, cual achacoso anciano, le tiende. Pero razonando y discurriendo de esta suerte, nunca llegaré á elegir marido.— ¡Qué digo elegir! Ni puedo elegir á quien me gustare, ni rehusar al que me enfadare; de tal modo está refrenada la voluntad de una hija viviente por la última voluntad de un padre difunto. Dime, Nerisa, ¿no es cosa cruel que no pueda ni elegir á uno, ni rechazar á ninguno?

NER. Vuestro padre fué siempre un alma de Dios, y los justos, al morir, suelen tener buenas inspiraciones: por lo tanto estad segura que nadie acertará esta lotería, que él ideó con las tres cajitas de oro, plata y plomo, y por la cual habreis de ser esposa del que logre dar con su intento, sino aquel que sea digno de vuestro amor. Pero por vuestra parte, decidme: ¿no mirais con frialdad á todos estos príncipes que á guisa de pretendientes os asedian?

POR. Ruégote que me los nombres, y los iré describiendo, y según sea la descripción, juzga tú de mi afecto hácia ellos.

NER. Primero, hay el príncipe napolitano.

POR. Valiente potro está el tal príncipe, pues no hace otra cosa que hablar de su caballo; y se jacta, como de una gran virtud, de saber herrarlo él mismo. Mucho me temo que su señora madre se haya dejado seducir por un herrador.

NER. Luego hay el conde Palatino.

POR. Ese no hace más que fruncir el entrecejo, como si dijera: «Si no me quereis á mí, ya podeis buscar á otro.» Oye chistes y no se sonríe. Temo que hombre que se muestra tan afeminadamente triste en su juventud, se convierta en su vejez en filósofo lloron. Más quisiera casarme con una calavera con un hueso en la boca, que con cualquiera de éstos. Libreme Dios de estos dos.

NER. ¿Qué me decís del caballero frances, M. Le Bon?

POR. Ya que es hechura de Dios, pase siquiera por hombre. Sé muy bien que es pecado burlarse del prójimo; pero lo que es ése... ¡Válgame Dios! Tiene mejor caballo que el napolitano, y vence al conde Palatino en la maña de fruncir el entrecejo: reúne los defectos de todos los hombres en un cuerpo que no es de hombre; si oye cantar un mirlo, al punto empieza á brincar; es capaz de batirse con su sombra. Casarme con él fuera casarme con veinte maridos. Si me desprecia le perdonaré; pues aunque me amase con locura, nunca podría corresponder á su amor.

NER. ¿Qué decís entónces de Falconbridge, el joven baron inglés?

POR. Ya sabes que jamás hablo una palabra con él; pues ni él me entiende á mí, ni yo á él. Ni posee el latin, ni el frances, ni el italiano; y en

cuanto á mí, puedes jurar ante el tribunal que no sé jota de inglés. No tiene mala figura; pero ¡ay! ¡quién puede platicar con un cuadromudo? ¡Cuán singular es su traje! Creo que compró la ropilla en Italia, los gregüescos en Francia, la gorra en Alemania, y sus modales en todas partes.

NER. ¿Qué os parece el lord escoces, su vecino?

POR. Me parece vecino bastante caritativo, pues tomó prestada una bofetada del inglés, y juró devolvérsela cuando pudiere. Creo que el francés salió fiador, y selló el trato para el pago de otra bofetada (1).

NER. ¿Qué tal os place el jóven aleman, el sobrino del duque de Sajonia?

POR. Mal por la mañana, cuando está en ayunas, y peor por la tarde cuando está borracho: cuando de mejor talante está, es algo ménos que hombre, y cuando está peor, es algo más que bestia. Suceda lo que sucediere, espero poder pasarme sin él.

NER. Si entrase en competencia por vuestra mano, y acertase en elegir la cajita afortunada, dejariais de cumplir la voluntad de vuestro padre, si os negarais á tomarle por marido.

POR. Para que eso no suceda, te pido que pongas una gran copa de vino del Rhin en la caja contraria; pues estando el demonio dentro de ella, y fuera de ella tan grande tentacion, segura estoy de que la elegirá. Haré cualquier cosa, Nerisa, ántes que casarme con una esponja.

NER. Señora mia, no teneis motivo alguno para temer que sea forzoso casaros con ninguno de estos caballeros: me han manifestado su propósito, que no es otro que el de volverse á su-

(1) Alusion satírica á los socorros que los franceses daban ó prometían á los escoceses en sus guerras y querellas con los ingleses.

respectivas casas, dejando de molestaros con sus galanteos, como no hubiese algun modo de conquistaros diferente del que impuso vuestro padre por medio de las cajitas.

POR. Aunque viviera los años de Sibila, moriria casta como Diana, á no casarme del modo que lo dispuso mi padre en su testamento. Que me place que esta tanda de amadores se haya mostrado tan razonable; pues entre todos ellos, no hay uno sólo cuya ausencia no me sea grata en extremo, y ruego á Dios que les dé buen viaje.

NER. ¿No os acordais, señora, de cierto veneciano, docto en letras y en armas, que en vida de vuestro padre vino aquí en compañía del marqués de Montferrato?

POR. Sí, sí. Fué Basanio; creo que así se llamaba.

NER. Ciertamente. De cuantos hombres he visto con estos inexpertos ojos, ninguno me ha parecido tan digno del amor de una hermosa dama como Basanio.

POR. Bien me acuerdo de él, y bien me acuerdo que era digno de tus elogios.

Sale un CRIADO.

¿Qué ocurre? ¿qué nuevas hay?

CRIADO. Los cuatro forasteros, señora, desean despedirse de vos, y un correo viene precediendo á un quinto pretendiente, el príncipe de Marruecos, para anunciar que su amo, el príncipe, llegará aquí esta noche.

POR. Si me fuera posible dar la bienvenida á este quinto pretendiente con la misma alegría con que doy la despedida á los otros cuatro, grata me seria su llegada. Si tiene la complexion de un demonio, aunque tenga la condicion de un

santo, más quisiera confesarme que casarme con él.—Sígueme, Nerisa.—Vé tú delante, pícaro. Miétras cerramos la puerta tras un amante, otro llama al postigo. (Vánse.)

ESCENA III.

Una plaza pública de Venecia.

Salen BASANIO y SHYLOCK.

SHY. Tres mil ducados. Bien.
 BAS. Sí señor, por tres meses.
 SHY. Por tres meses. Bien.
 BAS. Por cuya suma saldrá fiador Antonio.
 SHY. Saldrá fiador Antonio. Bien.
 BAS. ¿Me la podeis procurar?—¿Haréisme ese favor?—¿Sabré al menos vuestra contestacion?
 SHY. Tres mil ducados por tres meses y Antonio por fiador.
 BAS. ¿Qué contestais á eso?
 SHY. Antonio es hombre de bien.
 BAS. ¿Habeis oido algo que implique lo contrario?
 SHY. ¡Oh! no, no, no. Al decir que es hombre de bien, quiero que entienda vuesa merced que es solvente. Sin embargo, su capital está comprometido. Tiene un bajel destinado á Tripoli, otro á las Indias. He sabido además en el Rialto que tiene un tercer bajel en Méjico, y una nave destinada á Inglaterra; y otros muchos negocios tiene diseminados por el mundo. Pero los bajeles no son más que tablas; los marinos no son más que hombres. Hay ratas de tierra, y hay ratas de mar; hay ladrones de mar, y hay ladrones de tierra, quiero decir piratas; luego hay el peligro de las olas, de los vientos y de las rocas. Sin embargo, el hombre

es solvente. Tres mil ducados... Creo que podré admitir la fianza.

BAS. Con toda seguridad.

SHY. ¿Conque con toda seguridad? Pues para que sea con toda seguridad, lo meditaré.—¿Podré hablar con Antonio?

BAS. Si quereis comer con nosotros...

SHY. Sí, para atufarme de tocino; para comer en la morada en cuyo recinto vuestro profeta, el Nazareno, introdujo por medio de sortilegios al demonio? Compraré de vosotros, mercaré con vosotros, me pasearé con vosotros, y lo demas; pero no quiero comer con vosotros, ni beber con vosotros, ni orar con vosotros. ¿Qué nuevas hay en el Rialto?—¿Quién es éste que se acerca?

Sale ANTONIO.

BAS. Es el señor Antonio.

SHY. (Aparte.) ¡Qué traza vil de publicano tiene! Le odio porque es cristiano, y le aborrezco aún más por su humildad, por la simpleza con que hace alarde de prestar dinero sin interes, logrando de esa suerte abaratar el tipo de la usura aquí en Venecia. Si una vez consigo cogerle en un descuido, haré que pruebe todo el rencor del odio que me inspira. Sé que aborrece á nuestro pueblo santo, y en los parajes donde más afluyen los mercaderes, de baldon me colma, a mí, mis tratos y mi honesto lucro, que él llama usura vil. Maldita sea la tribu en que nací, si le perdono.

BAS. ¿Shylock, no oís?

SHY. Estaba discurriendo, pensando en los dineros que me restan; y al repararlo todo en mi memoria,

Caigo en la cuenta que allegar no puedo,
En este instante de tres mil ducados
La entera suma. Pero nada importa;
Tubal, un rico hebreo de mi tribu,
Me la dará. Decid, ¿por cuántos meses
Quereis la suma?—Dios os guarde, Antonio;
Aún suena vuestro nombre en nuestros labios.

ANT. Aunque ni presto, ni prestado pido,
Dando y tomando con prolija usura,
Con todo, Shylock, por sacar de apuros
A un amigo, quebranto mi costumbre.
¿Sabe qué suma deseais, Basanio?

SHY. Sí, sí: tres mil ducados.

ANT. Por tres meses.

SHY. No me acordaba ya: sí, por tres meses,
Así dijisteis. Venga la fianza;
A todo estoy dispuesto. Pero, ahora
Me acuerdo que afirmasteis hace poco
Que no prestais dinero con usura,
Ni lo pedís prestado.

ANT. Es mi costumbre.

SHY. Cuando Jacob el ható apacentaba
De su tío Laban... Jacob que fuera
(Merced al celo de su astuta madre)
El tercer poseedor despues del santo
Patriarca Abrahan... No hay duda fué el tercero.

ANT. ¿Prestó Jacob acaso con usura?

SHY. No digo con usura á nuestra usanza,
Directamente; nó: notad lo que hizo.
Habiendo con Laban pactado un día
Que los borregos todos que nacieran
De color vário, oscuros y manchados,
Por su salario en suerte le cupiesen;
A fines del otoño, las ovejas
Estando ya en sazón, de los borregos
Fueron en busca tiernas. Cuando el acto
De la naturaleza estaba al colmo
Entre aquellos lanudos amadores,

Peló el pastor astuto ciertas varas,
Que con tal tino colocó delante
De las ovejas, en el acto mismo
De generar, que al tiempo de la cria
Pariéron hijos de color listado,
Y fueron de Jacob. Este fué el modo
Que tuvo de lucrar; y fué bendito,
Que el lucro honesto es bendición del cielo,
Si el hombre no lo roba.

ANT. Tal recurso
Fué un riesgo á que se expuso á la ventura,
Que de su voluntad no dependia,
Sino de la del cielo, cuya mano
Obró un milagro. ¿Con tan santo ejemplo
Quereis acaso disculpar la usura?
¿O son también ovejas y borregos
Vuestro oro y vuestra plata?

SHY. Yo lo ignoro;
Los hago procrear cual si lo fueran.
Pero escuchad.

ANT. Notadlo bien, Basanio:
El mismo diablo, por lograr sus fines,
De la escritura santa ejemplos cita.
El alma vil que apela al testimonio
De venerandas leyes, se asemeja
A un hombre infame con risueña cara,
O á bella fruta que el gusano roe.
¿Qué hermoso aspecto tiene la mentira!

SHY. Tres mil ducados... Cantidad redonda.
Y por tres meses... La ganancia suma...

ANT. Decidnos, Shylock: ¿admitís el trato?

SHY. Señor Antonio; no una, muchas veces
Me habeis reconvenido en el Rialto
Por mis logros, mis préstamos y usuras;
Y siempre lo he sufrido con paciencia,
Doblando la cerviz, que el sufrimiento
Es el blason comun de nuestra raza.
Llamaisme infiel, y perro, y descastado,

Y en mi saya escupís, que es de judío;
 Y de tal suerte me ultrajais, tan sólo
 Porque á mi antojo con mi hacienda lucro.
 Pues bien, según parece, de mi ayuda
 Necesitais; y me venís diciendo:
 «Shylock, dineros pido.» Así me dice
 Quien en mi barba derramó su reuma,
 Quien con el pié me rechazó cual perro
 Que ajeno umbral traspasa vagabundo.
 ¿Dineros me pedís? ¿Y qué os respondo?
 ¿No debiera deciros: «Es posible
 Que tenga un perro hacienda ni dineros?
 ¿Un perro ha de prestar tres mil ducados?»
 ¿O he de decir con actitud humilde,
 Y voz servil: «Ayer, muy señor mio,
 A bien tuvisteis de escupirme al rostro;
 Me rechazasteis con el pié tal dia,
 Y me llamasteis perro; y ora en pago
 De trato tan cortés prestaros quiere
 Tantos dineros?»

ANT. Volveré á ultrajarte,
 A aborrecerte y á escupirte al rostro;
 Por tanto, si me prestas el dinero,
 No me lo prestes como á amigo tuyo;
 Pues nunca la amistad pidiera avara
 Por un metal estéril vil usura:
 Antes lo prestarás á tu enemigo,
 De quien, si falta al convenido trato,
 Podrás pedir reparacion cumplida.

SHY. ¡Y cómo os enojais! Ya veis, quisiera
 Lograr vuestra amistad y vuestro afecto,
 Borrando de mi mente los ultrajes
 Con que mi honor manchasteis; me propongo
 Remediar vuestros males sin pedirlos
 Usura ni interes por mi dinero;
 Y me volveis la espalda. Pues mi oferta
 Es generosa creo.

ANT. Tal parece.

SHY. Pues quiero ser con vos tan generoso.

Venid conmigo á casa de un notario;
 Firmadme allí el recibo; y, como en broma,
 Debeis estipular que si en tal dia,
 Y en tal lugar, no me pagais la suma,
 O sumas en el trato estipuladas,
 Dareis en cambio, por saldar la deuda,
 Una libra cabal de vuestra carne,
 Cortada y arrancada por mi mano
 De vuestro cuerpo, donde yo quisiere.

ANT. Me place el trato; he de sellarlo luego;
 Diré que hallé un judío generoso.

BAS. No firmareis por mí tal compromiso;
 Prefiero no salir de mis apuros.

ANT. No temas que jamás el caso llegue
 De cumplir de tal suerte lo pactado;
 Pues dentro de dos meses, un mes ántes,
 De que se cumpla el plazo, estoy seguro
 De recaudar diez veces esa suma.

SHY. ¡Oh padre Abrahan! ¡Qué gente! ¡qué cris-
 tianos!

Por el rasero de sus duras obras
 Miden de los demas las intenciones!
 Decidme, os ruego: si dejase Antonio
 De pagarme en el tiempo estipulado,
 ¿Qué ganaria yo con exigirle
 El cumplimiento del contrato? Nada.
 Una libra de carne humana vale
 Por cierto ménos que su equivalente
 En carne de carnero, buey ó cabra.
 Y creed que si tal trato le propongo,
 Lo hago por granjear su simpatía.
 Si os place, bien; si no, sea en buen hora.
 No me ofendais por la amistad que os tengo.

ANT. Admito el trato, y firmo la fianza.

SHY. Pues id al punto á casa del notario:
 Dictadle documento tan gracioso.
 Yo en tanto en busca iré de los dineros;

Daré una vuelta luego por mi casa,
Que mal guardada está por un villano
Inútil y haragan; y sin demora
Me juntaré con vos. (Váse Shylock.)

ANT. Vé, buen hebreo.
Se va á volver cristiano este judío:
Se muestra generoso.

BAS. No me placen
Frasas de miel en boca de hombre aleve.

ANT. No tengais miedo. El plazo no es tan breve.
Mis naves tornarán un mes contado.
Antes que llegue el dia señalado. (Váncse.)

ACTO II.

ESCENA PRIMERA.

Una sala de la quinta de Porcia en Belmonte.

Salen EL PRÍNCIPE DE MARRUECOS *y su séquito;*
PORCIA, NERISA, *y doncellas de su servidumbre.*

(Tocan clarines.)

MAR. No os cause desamor mi tez morena,
Que es gala su color del sol radiante,
De quien nací vecino y allegado.
Que traigan al más rubio de los hijos
Del frio Norte, donde Febo apenas
Logra el hielo ablandar; y en honor vuestro
Abranse nuestras venas, y veamos,
De los dos, cuya sangre es la más roja
Sabed, señora, que á los más valientes
Tal vez infundió miedo mi semblante;
Y os juro por mi amor que lo han amado
Las vírgenes más nobles de mi patria.
Tan sólo por captarme vuestro afecto
De tez trocara, dulce reina mia.

POA. No es sólo consejero de mi gusto
Mi delicado antojo de doncella;
Pues me negó la suerte caprichosa
A una libre eleccion todo derecho.

Mas si mi padre previsor no hubiera
Puesto limite y freno á mi albedrío,
Mandando que la mano diese al hombre
Que acertase á elegirme de la suerte
Que os dije, juro, oh príncipe famoso
Que tan merecedor á mi cariño
Os hallaria á vos como á cualquiera
De los que á pretender aquí vinieron.

MAR. Os lo agradece el alma. Pido ahora
Que me lleveis á donde estén las cajas;
Quiero probar fortuna... ¡Por mi alfanje,
Por este acero que quitó la vida
Al gran Sofi y á un príncipe de Persia,
Que decidió la suerte de tres lides
Ganadas al sultán de la Turquía,
Al fiero Soliman, juro, señora,
Que con el vivo rayo de mis ojos,
Al más audaz bajar la vista hiçiera,
Retara al corazon de más denuedo,
La tierna cria arrebatara á la osa,
Y del león rugiente me burlara
A vista de su presa, por lograrle!
Pero ¡ay de mí! Si Alcides reta á Licas
A decidir por suerte de los dados,
Cuál de los dos el más valiente sea,
Por fallo de la diosa fuera fácil
Que echara el ménos fuerte el mayor punto,
Quedando el paje vencedor de Alcides.
Así entregado á la fortuna ciega
Cuán fácil fuera que yo errara el premio,
A un rival ménos digno reservado,
Muriéndome de pena.

POR. Empero es fuerza
Que os sujeteis al fallo de la suerte;
Que renunciéis á entrar en competencia
O ántes de la eleccion jureis que nunca
A dama alguna ofrecereis la mano,
Si el hado os fuera adverso. Sed prudente.

MAR. Lo juro. Vamos á probar fortuna.

POR. Antes al templo, y al banquete luego;
Despues hareis vuestra eleccion. Partamos.

MAR. Veamos, pues, si me dará la suerte
Eterna dicha ó desdichada muerte.

(Tocan clarines. Vánse.)

ESCENA II.

Una calle de Venecia.

Sale LANZAROTE GOBBO.

LAN. Mi conciencia seguramente no se podrá
oponer á que huya de la casa de ese judío, mi
amo. El demonio está á mi espalda, y me dice:
«Gobbo, Lanzarote Gobbo, buen Lanzarote, ó
buen Lanzarote Gobbo, mueve esas piernas.
toma las de Villadiego, huye.» Mi conciencia
me dice: «No, cuidado, honrado Lanzarote, cui-
dado, honrado Gobbo, ó como ántes dije, hon-
rado Lanzarote Gobbo: no corras, no cometas
la bajeza de correr con tus piés.» Pero el vale-
rosísimo demonio me manda huir: «¡Via! dice el
enemigo; lárgate, dice el demonio; por amor del
cielo, animate, ten valor, dice el diablo, y cor-
re.» Pero mi conciencia, echando los brazos al
cuello de mi corazon, me dice muy sábiamente:
«Mi honrado amigo Lanzarote, siendo hijo de
un hombre honrado...—ó por mejor decir, de
una mujer honrada, porque en verdad, mi pa-
dre tuvo sus puntos y ribetes de codicioso...
vamos, tuvo cierta aficion á lo ajeno. Pues
bien, mi conciencia me dice: «Lanzarote, no te
muevas.» «Muévete», me dice el demonio. «No
te muevas», dice mi conciencia. «Conciencia
mia, digo yo, tus consejos son buenos. «Dia

blo mio, digo yo, tus consejos son saludables.» Si yo me dejara gobernar por mi conciencia, me quedaria con mi amo el judío, el cual es en efecto (Dios me perdone) una especie de demonio, y huiria de la casa del judío, á dejarme gobernar por el enemigo, el cual, con perdón de vuesas mercedes, es el demonio en persona; y en conciencia que mi conciencia debe ser una conciencia perversa, cuando me aconseja que me quede con el judío. Los consejos del demonio son más amistosos. Demonio mio, tomaré las de Villadiego, mis piés están á tus órdenes; echaré á correr.

Sale el viejo GOBBO con una cesta.

GOB. Caballero, galan, á vos; os ruego, ¿cuál es el camino que conduce á la casa del señor judío?

LAN. (Aparte.) Este es mi legítimo padre, quien por causa de su mala vista (es ciego como un topo), no me reconoce. Voy á divertirme con él.

GOB. Caballero, jóven galan, os ruego; ¿qué camino debo seguir para llegar á casa del señor judío?

LAN. A la primera bocacalle, volved á mano derecha; á la bocacalle inmediata, volved á la izquierda; y á la próxima vuelta, no os volvais á lado alguno, sino encaminaos oblicuamente á casa del judío.

GOB. ¡Vive Dios! será cosa difícil dar con esa senda. ¿Me podeis decir si un tal Lanzarote, que vive con él, vive con él ó nó?

LAN. ¿Hablais acaso del jóven caballero Lanzarote? (Aparte.) Prestadme atencion ahora, vereis qué cisco armo. (A él.) ¿Hablais acaso del jóven caballero Lanzarote?

GOB. No es tal caballero, gentilhombre, sino hijo de un pobre. Su padre, aunque me esté

mal el decirlo, es hombre honrado y pobre en extremo; aunque, á Dios gracias, no le falta salud.

LAN. Bien, sea su padre lo que fuere; nosotros hablamos del jóven caballero Lanzarote.

GOB. Servidor de vuesamerced, y Lanzarote, gentilhombre.

LAN. Pero por el amor de Dios, *ergo*, buen viejo, *ergo*, os suplico. ¿Hablais del jóven caballero Lanzarote?

GOB. De Lanzarote, si no mandais otra cosa, gentilhombre.

LAN. *Ergo*, caballero Lanzarote. No preguntéis por el caballero Lanzarote, porque ese jóven caballero (así lo dispuso el hado, el destino, ó llámese como quiera, las tres hermanas, y otros ramos del oculto saber) en efecto ha muerto, ó, como si dijéramos, hablando en términos vulgares, está en la gloria.

GOB. ¡Jesús! ¡No lo permita Dios! Ese muchacho era el báculo de mi vejez, mi único arrimo.

LAN. (Aparte.) ¿Tengo por ventura cara de porra, de estaca, de báculo, ó de arrimo? (A él.) ¿No me conoceis, padre?

GOB. ¡Infeliz de mí! No os conozco, caballero. Pero decidme, os ruego: mi hijo (¡Dios le haya perdonado!) ¿vive, ó ha muerto?

LAN. Pero ¿no me conoceis, padre?

GOB. ¡Ay de mí, caballero! tengo la vista turbia: no os conozco.

LAN. Por cierto, aunque la tuvieseis clara, fuera fácil que no me conocierais. Muy despejado ha de ser el padre que sea capaz de conocer á su propio hijo. Pues bien, buen anciano, os daré nuevas de vuestro hijo. (Se arrodilla.) Dadme vuestra bendicion: la verdad siempre sale á relucir: un asesinato no puede permanecer oculto largo tiempo, aunque fácil es ocultar al hijo de un

hombre; pero al fin, la verdad sale siempre á relucir.

GOB. Por Dios, alzad, caballero. Vos no sois mi hijo Lanzarote.

LAN. Por Dios, dejémonos ya de tonterías, y dadme vuestra bendición. Soy Lanzarote, vuestra criatura que fué, vuestro vástago que es, y vuestro hijo que será.

GOB. No puedo creer que sois mi hijo.

LAN. En tal caso no sabré qué pensar de vos; pero lo cierto es que soy Lanzarote, el criado del judío, y estoy seguro que Margarita, vuestra mujer, es mi madre.

GOB. En efecto, Margarita es su nombre. Pues entónces, si eres Lanzarote, seguro estoy de que eres el hijo de mis entrañas. ¡Jesús! ¡Alabado sea tu nombre, y qué bozo has echado! Tienes más pelos en la cara que crines tiene en la cola mi rocin Gallardo.

LAN. Segun eso, la cola de Gallardo debe crecer hácia atras; pues me consta que la última vez que le ví, tenia más crines en la cola que pelos tengo yo en la cara.

GOB. ¡Jesus! ¡y cómo has cambiado! ¡qué tal te avienes con tu amo? Le traigo un regalo. ¡Qué tal te va con él?

LAN. Bien, muy bien. Pero, por mi parte, como mi bienestar estriba en la fuga, no descansaré hasta que haya corrido un buen trecho. Mi amo es un verdadero judío. ¡Darle un regalo! Sí: una sogá le dareis. Me deja morir de hambre en su servicio: podeis contar mis dedos uno á uno con las costillas. Dadme ese presente, quiero regalarlo á un cierto señor Basanio, el cual, á fe mia, da magníficas libreas nuevas. Si no logro ponerme á su servicio, no pararé de correr hasta el fin del mundo. ¡Oh, dicha inesperada! Aquí se acerca él mismo: á él, padre; pues

antes de seguir sirviendo al judío, me haré yo mismo judío.

Salen BASANIO, LEONARDO y acompañamiento.

BAS. Lo podeis hacer; pero daos prisa, á fin de que la cena esté preparada lo más tarde para las cinco. Cuidad de la entrega de estas cartas; dad órdenes para que se hagan las libreas, y decid á Graciano que pase luego por mi casa.

(Váse un criado.)

LAN. A él, padre.

GOB. Dios guarde á vuesa merced.

BAS. Gracias. ¿Tienes algo que decirme?

GOB. Aquí teneis á mi hijo, caballero, que es un pobre mozo...

LAN. No tal, caballero, no es ningun pobre mozo, sino el criado del rico judío, y quisiera, señor... como os especificará mi padre...

GOB. Está rabiando, como quien dice, por servir.

LAN. En pocas palabras; soy criado del judío, y tengo deseos... como mi padre os especificará...

GOB. Su amo y él, dicho sea con perdon de vuesa merced, no hacen buenas migas...

LAN. En suma, la verdad es que habiéndose portado mal conmigo el judío, me obliga... como mi padre, que es un buen anciano, segun creo, os notificará.

GOB. Traigo aquí un par de tórtolas que quisiera regalar á vuesa merced: y mi pretension es...

LAN. En brevisimas palabras: su pretension es *impertinente* á mí, como sabrá vuestra merced por conducto de este buen anciano; y, aunque me esté mal el decirlo; sabed que este buen anciano, es un pobre hombre, y mi padre

BAS. Que hable uno á la vez. ¿Qué quereis?

LAN. Serviros, caballero.

GOB. Tal es, señor, el verdadero *busilis* de la cuestion.

BAS. Sé bien quién eres. Tu demanda admito;
Pues Shylock, tu amo, habló conmigo há poco
En favor tuyo; si favor se llama
El que pretendes, que es dejar la casa
De un rico hebreo para ser humilde
Lacayo de tan pobre caballero.

LAN. Aquí encaja como de molde el antiguo adagio: Vos, señor, teneis la gracia de Dios, y mi amo tiene su hacienda.

BAS. Bien dicho está. Vé, padre, con tu hijo.
Despidete de Shylock, y pregunta
Por mi morada. (A los criados.) Dadle una librea
Mejor que las demas. Hacedlo luego.

LAN. Adelante, padre.—No sé buscarme yo un acomodo, ¡cá! No tengo yo lengua en la cabeza, que digamos. Pues como haya otro hombre en Italia que tenga mejor tabla que ésta (mirándose la palma de la mano), y que prometa mejor fortuna, ni más segura... Vaya que es hermosa esta raya cabalística. No son pocas mujeres las que me van á tocar: ¡friolera! Digo: quince mujeres... ¡friolera! Once viudas y nueve doncellas no es mala racion para un hombre solo. Luego: estar tres veces á punto de ahógarme, y salir á salvo; y correr peligro de estrellarme contra el canto de un lecho de plumas. ¡No es poca suerte, que digamos! La fortuna será mujer, pero lo cierto es que se porta bien conmigo.—Vámonos, padre: me despediré del judío en un abrir y cerrar de ojos.

(Vánse Lanzarote y el viejo Gobbo.)

BAS. No descuides mi encargo, buen Leonardo.
Una vez adquiridos los objetos,
Y distribuidos ordenadamente,
Vuélvete sin tardar; porque esta noche
Festejo á mis amigos más queridos.
Despacha, vé.

LEON. Lo cumpliré sin falta.

Sale GRACIANO.

GRAC. ¿Do está vuestro amo?
LEON. Vedle allí en persona.
(Váse Leonardo.)

GRAC. ¡Señor Basanio!
BAS. ¿Qué mandais, Graciano?
GRAC. Tengo una peticion que haceros.
BAS. Dadla

Por concedida.
GRAC. No os negueis, os ruego.
Os quiero acompañar hasta Belmonte.
BAS. Si es menester, que sea. Pero escucha,
Graciano: eres voluble por extremo,
Y turbulento y libre en tu lenguaje,
Dotes que cuadran bien á tu persona,
Y que de tus amigos á los ojos
Defectos no serán. Pero entre extraños
Que tu bondad ignoran, fuera fácil
Que por libres chocasen. Te suplico
Que procures templar tu humor alegre
Con una breve dosis de cordura,
A fin de que tu genio vivaracho
No sea interpretado en mal sentido
Allá en Belmonte, y queden defraudadas
Mis esperanzas.

GRAC. Escuchad, Basanio:
Si no me revistiese de cordura,
Hablando con respeto, y renegando
Tan sólo alguna que otra vez con tiento;
Si no llevase siempre en el bolsillo
Algun misal, con aire de gazmoño;
Y es más; si al dar las gracias en la mesa,
No me tapare, con devoto ceño,
Los ojos con la gorra, y no dijere
Con un suspiro amén; si no observare
Los mandamientos del urbano trato,
Bien como aquel que en ocasion solemne

Ensaya su papel por dar en todo
Gusto á su abuela, pierda vuestra estima.

BAS. El tiempo lo dirá.

GRAC. Pero esta noche
No entra en la cuenta: no debeis juzgarme
Por lo que hiciere en ella.

BAS. No por cierto;
Lástima fuera. Por favor os pido
Que ántes hagais inusitado alarde
De humor y de gracejo, que esta noche
Mis convidados estarán de broma.
Pero quedad con Dios, pues mis negocios
Me obligan á dejaros.

GRAC. Y yo en busca
Voy de Lorenzo y los demas amigos.
A la hora de la cena nos veremos. (Vánse.)

ESCENA III.

Una sala de la casa de Shylock en Venecia.

Salen JÉSICA y LANZAROTE.

JÉS. Siento que así nos dejes. Esta casa
Es un infierno; y tú, diablillo alegre,
En parte disipabas su tristeza.
Mas vé en buen hora, y toma este ducado.
Fuerza es que veas á Lorenzo luego,
Pues cenará esta noche con tu amo.
Dale esta carta, y hazlo con sigilo.
Véte con Dios. No quiero que mi padre
Me vea hablar contigo aquí en secreto.

LAN. ¡Adios!—Mis lágrimas te dirán lo que calla
mi lengua.—¡Hermosísima pagana, dulcísima
judía! Mucho me engaño, ó me temo que algun
pícaro cristiano se va á perder por causa tuya.

¡Adios! Estas lágrimas que vierto, ahogan en
parte mi ánimo varonil. ¡Adios!

JÉS. Véte en buen hora, Lanzarote amigo.
(Váse Lanzarote.)

¡Triste de mí! ¡de qué nefando crimen
Culpable soy! ¡Oh Dios! ¡me da vergüenza
Ser hija de mi padre! Sin embargo,
Por más que sea su hija por la sangre,
No lo soy de su fe ni sus costumbres.
Sé fiel, Lorenzo, cumple tu promesa,
Y fin darás á lucha tan constante:
Seré cristiana, y tu mujer amante. (Vásc.)

ESCENA IV.

Una calle de Venecia.

Salen GRACIANO, LORENZO, SALARINO y SALANIO.

LOR. Saldremos del festin furtivamente;
Podremos disfrazarnos en mi casa,
Y estar de vuelta luego en una hora.

GRAC. Nos damos poca maña en arreglarlo.

SALAR. Aún no están prevenidos los hacheros.

SALAN. Si no se lleva á cabo lindamente,
Valiera más no acometer la empresa.

LOR. Las cuatro son no más: tiempo hay de sobra
Hasta las seis para arreglarlo todo.

Sale LANZAROTE con una carta.

¡Qué nuevas tráes, Lanzarote amigo?

LAN. Si quereis daros la molestia de abrir esta
carta, ella os lo dirá. (Le da la carta.)

LOR. Conozco bien la letra, y bien la mano
Que la escribió. Querida mano, y blanca
Más que el papel en que trazó mi dicha.

GRAC. Nuevas de amor encerrará, sin duda.

LAN. Con vuestro permiso, señor.

LOR. ¿A dónde vas?

LAN. A fe, voy á convidar á mi antiguo amo, el judío, á cenar esta noche en casa de mi nuevo amo, el cristiano.

LOR. Espera; toma. Y di á la hermosa Jésica
Que irá sin falta. Díselo en secreto. (Váse Lanzarote.)
Ya es hora, caballeros, de aprestarnos
Para el disfraz nocturno. Por mi parte
Ya tengo hachero.

SALAR. En busca iré del mio.

SALAN. Y yo tambien.

LOR. Nos juntaremos todos
Dentro de un hora en casa de Graciano.

SALAR. Allí nos hallareis. (Vánse Salarino y Salanio.)

GRAC. Decidme, os ruego:
¿No era esa carta de la hermosa hebrea?

LOR. Me es fuerza revelarte cuanto ocurre.
De ella es. Me escribe de qué suerte trata
De huir conmigo del paterno techo,
De paje disfrazada, y me da cuenta
Del oro y los joyeles que posee.
Si alguna vez se salva aquel judío,
Será por causa de su hermosa hija:
Es tanta su virtud, que la desgracia
Tan sólo osara entristecer su vida,
Escudada tal vez con el pretexto
De que descende de un infiel judío.
Venid conmigo y leed la carta en tanto.
La bella hebrea llevará mi antorcha. (Vánse.)

ESCENA V.

Calle delante de la casa de Shylock.

Salen SHYLOCK y LANZAROTE.

SHY. Ya, ya verás: te lo dirán tus ojos
Lo que va del judío al tal Basanio.—
Jésica, sal.—No engullirás sin tasa
Como en mi casa hacías.—Vamos, hija.—
No pasarás roncando el día entero,
Ni cada mes podrás gastar un traje.—
Sal, Jésica, te digo; sal

LAN. ¡Sal, Jésica!
SHY. ¿Quién te manda llamar? ¿Fuí yo, por dicha?
LAN. Vuestra merced solia echarme en cara que yo
no sabia hacer nada sin que me lo mandaran.

Sale JÉSICA.

JÉS. ¿Llamáisme, padre? ¿qué quereis? decidme.

SHY. Hija, me han convidado á cenar fuera:
Toma mis llaves.—Pero, ¿por qué asiste?
Pues sé que por amor no me convidan:
Me quieren adular. No importa, sólo
Por odio iré, por regalarme á costa
Del prodigo cristiano.—Tú, hija mia,
Mira por mi morada.—Voy inquieto:
Algun trastorno mi reposo amaga,
Pues anoche soñé con bolsas de oro.

LAN. No dejes de ir, señor. Mi amo cuenta con
vuestra próxima llegada.

SHY. Y yo con la suya.

LAN. Y han armado una trama entre ellos. No
diré que vereis una mascarada; pero si la veis,
no en balde eché sangre por las narices el úl-
timo lunes de Pascua, sucediéndome lo propio
cuatro años há, por miércoles de ceniza.

SHY. ¿Hay máscaras quizá?—Jésica, escucha:
 Las puertas todas cierra bien con llave,
 Y si oyeras estruendo de tambores,
 Y el vil chillido del clarín agudo,
 No te asomes incauta á la ventana,
 Ni saques á la calle tu cabeza,
 Para ver bufonadas de cristianos
 Con barnizados rostros; sino al punto
 Tapa tú los oídos de mi casa;
 Quiero decir que mis ventanas cierras;
 No dejes que penetre en mi modesta
 Morada el vano ruido de la orgía.
 Por el cayado de Jacob te juro
 Que tengo poco humor de andar en fiestas:
 Y sin embargo iré.—Vé tú delante
 Y anuncia mi llegada.

LAN. Voy delante.
 (Aparte á Jésica.) A pesar de todo, amita mia, no
 dejes de asomarnos á la ventana:

Pues pasará un cristiano
 Digno de vuestra mano. (Váse Lanzarote.)

SHY. ¿Qué murmura ese necio de la estirpe
 De Agar maldita?

JÉS. Adios tan sólo dijo.

SHY. Es mozo de buen fondo; pero peca
 De gloton y tardío en el trabajo:
 Duerme de día más que gato agreste:
 En mi colmena zánganos no anidan.
 Por eso le despido, y porque ansío
 Verle al servicio de uno á quien quisiera
 Que ayudara á gastar en breve tiempo
 Su prestada fortuna. Entra, hija mia:
 Tal vez vuelva muy pronto. Haz lo que mando:
 Retírate y las puertas cierra al punto.
 Que joya bien guardada es presto hallada;
 Máxima siempre viva en alma honrada. (Váse.)

JÉS. Si en males no es mi suerte asaz prolija,
 Pronto estaré sin padre, y vos sin hija. (Váse.)

ESCENA VI.

La misma decoracion que la anterior.

Salen GRACIANO y SALARINO con máscaras.

GRAC. Este es el tejadillo á cuya sombra
 Nos ha de hallar Lorenzo.

SAL. Mucho tarda,
 Ya es la hora de la cita.

GRAC. Y es extraño
 Que falte á ella, pues el pecho amante
 Más raudo que el reloj las horas cuenta.

SAL. Diez veces más veloz el vuelo tienden
 Las tórtolas de Vénus cuando acuden
 A confirmar de un nuevo amor los votos,
 Que cuando importa entretener el fuego
 De antigua fe jurada.

GRAC. Es ley forzosa.
 ¿Quién se levanta de banquete opimo
 Con apetito igual al que tuviera
 Cuando empezó la fiesta? ¿Qué caballo
 Desanda la carrera fatigosa
 Con brio igual al que mostró primero
 Cuando emprendió fogoso la jornada?
 Así es en todo: más deleite ofrece
 Lograr la dicha que gozarla luego.
 Cuan semejante al pródigo la nave
 Deja orgullosa su nativo golfo,
 De flámulas ufana revestida,
 Por el liviano viento acariciada.
 Cuan semejante al pródigo regresa
 Luego al nativo golfo, el casco hundido,
 Hechas las velas trizas, rota y triste,
 Por el liviano viento empobrecida.

Sale LORENZO.

SAL. Lorenzo aquí se acerca. Suspendamos
Nuestra plática ahora.

LOR. Amigos míos:
Perdon os pido por mi larga ausencia:
No me culpeis á mí, culpád mi boda;
Cuando os tocare hacer papel de cacos
Para lograr esposas, os prometo
Tener paciencia igual. Venid: reside
Aquí mi padre Shylock.—¡Ah de casa!

JÉSICA en traje de paje se asoma á la ventana.

JÉS. Decid quién sois para mayor certeza,
Aunque jurara que esa voz conozco.

LOR. Lorenzo soy, mi bien, tu fiel amante.

JÉS. Que eres Lorenzo y en verdad mi amante
El propio corazón me lo asegura.

Dime, Lorenzo, ¿hay quién tal vez sospeche,
Fuera de ti, que yo tu amante sea?

LOR. El cielo y tu cariño lo atestiguan.

JÉS. Toma esta caja; mira que es preciosa.

Bien haya el negro manto de la noche
Que no te deja verme, pues vergüenza
Me da el disfraz con que mi sexo oculto.

Pero el amor es ciego, y los amantes
No ven las mil locuras que cometen;

Si así no fuera, pienso que Cupido
Se sonrojara al verme trasformada

De tímida doncella en bravo paje.

LOR. Baja; es forzoso que mi hachero seas.

JÉS. ¿Quieres que con mi mano haga patente
Mi propia ligereza, asaz liviana?

Mira que eso es ponerme en evidencia
Cuando me importa más estar oculta.

LOR. Lo estás, mi bien, bajo el galan ornato
De lindo paje. Pero baja pronto:

La noche á más andar huye callada;
Y en el festin Basanio nos espera.

JÉS. Voy á cerrar las puertas, y á dorarme
Con más ducados. Soy contigo al punto.
(Se retira.)

GRAC. ¡Por mi sayo, es gentil y no judía!

LOR. ¡Malhaya mi fortuna si no la amo!
Pues es discreta, si juzgarla puedo;
Y es bella, si mis ojos no me engañan,
Y es fiel, pues ya de serlo dió mil pruebas;
Por eso aquí en mi pecho eternamente,
Discreta, bella y fiel, guardarla juro.

Sale JÉSICA.

Llegaste al fin. Partamos, caballeros;
Que nos aguardan nuestros compañeros.
(Vánse Lorenzo, Jérica y Salarino.)

Sale ANTONIO.

ANT. ¿Quién va?

GRAC. ¡Señor Antonio!

ANT. ¿Estais á solas,
Graciano? ¿Y los demás? Ya son las nueve,
Y los amigos todos os esperan.

No habrá esta noche máscaras: el viento
Se ha levantado ya, y en breve rato
Se embarcará Basanio. En vuestra busca
Acabo de mandar á más de veinte.

GRAC. ¿Qué me dices? ¡Oh gozo! Sople el viento:
De verme á bordo ya deseos siento. (Vánse.)

ESCENA VII.

Una sala de la quinta de Porcia en Belmonte.

*Salen PORCIA y el PRÍNCIPE DE MARRUECOS,
con sus acompañamientos.*

POR. Descorre las cortinas, y los cofres
Ante este noble príncipe descubre.
Haced vuestra elección.

MAR. De oro el primero,
Y esta leyenda en él:—«Quien me eligiere,
Alcanzará lo que ambicionan muchos.»
De plata es el segundo: en él grabada
Esta promesa está:—«Quien me eligiere,
Lo que merece alcanzará, sin duda.»—
De deslucido plomo es el tercero,
Y en él grabada veo esta advertencia
Ruda como el metal:—«Quien me eligiere,
Habrá de dar y aventurarlo todo.»—
¿Cómo sabré si elijo con acierto?

POR. En uno de ellos se halla mi retrato:
Si dais con él, soy vuestra para siempre.

MAR. Guíe algún Dios mi mente. Con cuidado
Leamos otra vez las inscripciones.
¿Qué dice el plomo vil?—«Quien me eligiere,
Habrá de dar y aventurarlo todo.»—
Habrá de dar... ¿Y dar por qué? ¿por plomo?
¿Aventurar por plomo?—Triste premio:
Aquel que todo lo aventura, lo hace
Con esperanza de ventaja cierta:
Al alma noble no seduce el temple
De vil escoria. Por lo tanto, nada
Doy ni aventuro á cambio de vil plomo.
¿Qué dice el argentado cofrecillo
De cándido matiz?—«Quien me eligiere,
Lo que merece alcanzará, sin duda.»—

Lo que merece... Párate, Marruecos,
Y pesa tu valor con mano firme.
Si de mi propia estima el fallo escucho,
Mi mérito no es poco, aunque bastante
Tal vez no sea á merecer tal dama.
Por otra parte fuera cobardía
Dudar de mi valer... ¿Lo que merezco?
¿Qué puede ser más que esta noble dama?
Soy digno de ella por mi cuna y prendas,
Por mi fortuna, por mi rango y brío,
Y más que todo, por mi amor ardiente.
En duda estoy. ¿Proseguiré eligiendo,
O he de pararme aquí? Por vez segunda
Veamos lo que dice esta leyenda
Que en oro escrita está:—«Quien me eligiere,
Alcanzará lo que ambicionan muchos.»
Ella es, sin duda: es esta noble dama.
El universo entero la codicia,
Pues de los cuatro extremos de la tierra
Acuden fieles á besar el ara
En donde alienta tan divina imágen.
Los páramos de Hircania y vastos yermos
De la arenosa Arabia, transformados
Se ven hoy en caminos bulliciosos
Por viandantes príncipes que afluyen
A ver á Porcia bella. El ancho reino
De las saladas ondas, cuyas crestas
Se atreven á escupir en cara al cielo,
No es parte á detener á nobles hijos
De playas apartadas; llenos de ansia,
Cruzan el mar cual si arroyuelo fuera,
Por ver á Porcia bella. En uno de estos
Tres cofres encerrada está su efigie.
¿Será posible que la encierre el plomo?
Crimen fuera pensarlo, que es indigno
Tan vil metal de amortajar sus restos
En tenebrosa tumba. ¿Y es posible
Que en plata esté encerrada, que es diez veces

Ménos precioso que el metal dorado?
 Villano pensamiento. Nunca joya
 De tal valor se vió sino en engaste
 De oro puro. En Inglaterra tienen
 Una moneda que de un ángel muestra
 La estampa en oro impresa. Allí grabado
 El ángel sólo está; y aquí de hecho
 Un ángel yace en tálamo de oro.
 Dadme la llave: mi eleccion es ésta,
 Sea cual fuere el premio que me aguarda.
 POR. Tomadla, y si en el cofre hallais mi efigie,
 Vuestra seré. (Abre el cofre de oro.)
 MAR. ¡Por Satanás! ¿Qué es esto?
 Tétrica calavera en cuya hueca
 Órbita hallo un papel. Leeré el escrito.

(Lee.) «No todo lo que reluce
 Oro puro es del crisol,
 Así dice antiguo adagio,
 Vos sabeis si con razon.
 ¡Cuántos vendieron la vida
 Sólo por ver mi exterior!
 El sepulcro más dorado
 Es de gusanos mansion.
 Si discreto hubieseis sido
 Tanto como osado sois,
 Si tuvierais tanto seso
 Como pujanza y valor,
 No de tal modo os hablara
 Hueca mi fúnebre voz.
 Idos, pues, en hora buena;
 Fria es vuestra pretension.»

(Habla.) Fria es, en verdad, y triste;
 Mi esperanza se voló,
 Trocando en desden helado
 Todo el fuego de mi amor.
 Adios, hermosa Porcia; el desengaño

Me roba el habla. Triste es la partida
 De aquel que llora una ilusion perdida. (Váse.
 POR. ¡Oh dicha! El velo corre. Cuantos vengan
 De su color, la misma suerte tengan. (Vánse.)

ESCENA VIII

Una calle de Venecia

Salen SALARINO y SALANIO.

SALAR. Basanio ya navega viento en popa,
 Graciano le acompaña, y en su nave
 Me consta que Lorenzo no se encuentra.
 SALAN. El pícaro judío pidió apoyo
 Al mismo Dux, y le llevó consigo
 A registrar la nave de Basanio.
 SALAR. Llegaron tarde, estaba ya á la vela,
 Pero en el puerto supo el Dux que algunos
 Habian visto en góndola poco ántes
 A Lorenzo con Jesica su amada.
 Por otra parte Antonio aseguróle
 Que no se hallaban con Basanio á bordo.
 SALAN. No ví jamás enojo tan confuso,
 Tan extraño, violento y tan mudable
 Como el que de ese perro de judío
 Se apoderó en la calle. Así gritaba:
 «¡Mi hija! ¡ay mis ducados! ¡ay mi hija!
 ¡Huyó con un cristiano! ¡ay mis ducados!
 ¡Justicia! ¡mis ducados y mi hija!
 ¡Una bolsa sellada, no, dos bolsas,
 Repletas de ducados, de doblones,
 Me han sido arrebatados por mi hija!
 ¡A más de joyas: dos preciosas piedras
 De gran valor; me los robó mi hija!
 ¡Justicia! que la busquen. ¡Lleva ocultos
 En su persona joyas y ducados!»

SALAR. Los chicos por las calles de Venecia
Le persiguen gritando: ¡Ay mis ducados,
Mis joyas y mi hija!

SALAN. El ouen Antonio
Su enojo probará, si por desdicha
El trato no cumpliere.

SALAR. Fuera fácil.
Hablando ayer con un frances, me dijo
Que en los estrechos mares que separan
A Francia de Inglaterra, rica nave
De nuestro puerto naufragado habia.
Pensé en Antonio luego, y en silencio,
Porque no fuera suya, votos hice.

SALAN. Hariais bien en revelar á Antonio
Lo que os dijeron; pero con cautela
No sea que le aflija la noticia.

SALAR. No hay en la tierra corazon más noble.
No há mucho presencié la despedida
Que tuvo con Basanio, quien le dijo
Que era su intento apresurar su vuelta.
Y aquel le contestó: «No hagais tal cosa;
Ni por mi causa desgracieis, Basanio,
Asunto tal. Dar tiempo al tiempo importa.
En cuanto á la fianza que al judío
En prenda dí; no os pase por la mente,
Que amor embarga. Estad alegre, y sólo
Ocupe vuestros altos pensamientos
Cuidado de lograr, por mil alardes
De amor y galanteos, vuestra dicha.»—
Dijo, y el llanto reprimiendo apenas,
Y volviendo la faz, tendió la mano,
Y con afecto tierno al fiel amigo
La diestra le estrechó por vez postrera.

SALAN. Para él tan sólo vive, segun creo.
Vamos á verle y con algun deleite
Tratemos de aplacar la negra pena
Que sin cesar le aflige.

SALAR. Vamos pronto. (Vánse.)

ESCENA IX.

Una sala de la quinta de Porcia en Belmonte.

Salen NERISA y un criado.

NER. Descorre la cortina, date prisa,
Que ya el infante de Aragon se acerca
A su eleccion: prestó ya el juramento.

*Salen el INFANTE DE ARAGON, PORCIA y sus acom-
pañamientos. Suenan clarines.*

POR. Allí teneis los cofres, noble Infante:
Si dais con el que encierra mi retrato,
La mano en matrimonio os daré luego.
Si el hado os fuere adverso, será fuerza
Que os alejeis sin proferir palabra.

ARA. El juramento que presté me obliga
Tres cosas á observar: primeramente:
No revelar jamás cuál de los cofres
Fué el que elegí. Despues: si no acertase
En elegir el que el retrato encierra,
Prometo no pedir en casamiento
Nunca á doncella alguna; y la tercera:
Dejaros sin demora, si el destino
Me fuere adverso en la eleccion dudosa.

POR. Son condiciones que cumplir prometen
Cuantos acuden á probar fortuna,
Y á pretender á mi persona indigna.

ARA. Y yo cumplirlas juro.—Amiga suerte,
Mi dicha calma, y dame luz y acierto.
Plata, oro y plomo vil.—«Quien me eligiere,
Habrás de dar y aventurarlo todo.»—
Habrás de parecer más bello ántes
Que piense en dar ni aventurar. ¿Qué dice
El cofre de oro? A ver.—«Quien me eligiere

Alcanzará lo que ambicionan muchos.»—
 Lo que ambicionan muchos. Estos muchos
 Serán la necia multitud que escoge
 Por la apariencia, y su criterio funda
 Sólo en la loca vista, que no indaga
 El fondo de las cosas; semejante
 Al atrevido alvion que el nido cuelga
 Junto al alero, expuesto á la intemperie
 Donde el peligro sin cesar le amaga.
 No elegiré lo que ambicionan muchos.
 No he de precipitarme como el vulgo
 De bajas almas, ni igualarme quiero
 A muchedumbre bárbara y sin juicio.
 A tí me vuelvo, de luciente plata
 Arca preciosa. El título que ostentas
 Dame otra vez á leer.—«Quien me eligiere
 Lo que merece alcanzará sin duda.»—
 Y muy bien dicho está; ¡pues qué alma honrada
 Tratará de vencer el hado esquivo
 Sin mérito real? Nadie presume
 De inmerecidas honras revestirse.
 Feliz el día en que por baja intriga
 Timbres, empleos y honras no se logren,
 Y sean los honores justo premio
 Al mérito del alma esclarecida
 Que de ellos se reviste. ¡Cuántas frentes
 Con honra se cubrieran, que hoy humildes
 Desnudas siempre están! ¡De los que mandan,
 Cuántos trocaren su poder y mando
 En obediencia humilde! ¡Cuánta escoria
 Arrojaría la encumbrada alteza
 De grandes y magnates! ¡Y honra cuánta
 Halláramos oculta bajo el lodo
 Y ruina de esta edad, que digna fuera
 De noble galardón! Pero escojamos.
 —«Lo que merece alcanzará, sin duda.»—
 Mérito arrogaré. Dadme la llave,
 Que en este cofre mi fortuna vea.

POR. Larga la pausa ha sido para el breve
 Premio que allí hallareis.

ARA. ¿Qué es lo que veo?

La efigie de un idiota que guiñando
 Los ojos una esquila me presenta.
 Leeré el escrito. ¡Cuán diverso eres
 De Porcia encantadora! ¡Cuán diverso
 De mis merecimientos y esperanzas!
 —«Lo que merece alcanzará sin duda
 Quien me eligiere»—¿Nada más merezco?
 ¿La efigie de un idiota? ¿Es este acaso
 Mi galardón? ¿Mi mérito es tan corto?

POR. Juzgar no es ofender: son dos acciones
 Opuestas entre sí.

ARA. ¿Qué dice el rollo?

(Lee.) «Siete veces por la llama
 Fué probado este metal;
 Tantas pruebas necesita
 El juicio, si no ha de errar.
 Gentes hay que vanas sombras
 Toman por la realidad,
 No es extraño que su dicha
 Sombra sea y nada más.
 A un idiota hallaste oculto
 Bajo el cándido metal:
 Muchos necios en el mundo
 Hay que visten tal disfraz.
 Cásate con quien quisieres,
 Por emblema me tendrás.
 Y con esto te despido
 Para siempre. Véte en paz.»

(Habla.) No alejarme sin demora
 Fuera mayor necesidad:
 Con cabeza de insensato
 Aquí vine á cortejar,
 Y hora burlado me vuelvo

Con la mia y otra más.
 Porcia, adios; mi juramento
 Prometo no quebrantar.

(Váse el Infante de Aragon y su séquito.)

POR. Cual mariposa con quemadas alas,
 Se aleja de la llama escarmentado.

¡Qué necios son! Su propia sutileza
 Es causa de su engaño y su torpeza.

NER. Verdad dice el refran: Sólo el destino
 A la horca y al altar lleva al mezquino.

POR. Vamos, Nerisa, corre las cortinas.

Sale un LACAYO.

LAC. ¿Dónde está mi señora?

POR. Aquí, mi amo.

LAC. A vuestro umbral acaba de apëarse

Un jóven veneciano, que á anunciaros

Viene de su señor, á quien precede,

La próxima llegada, y á ofreceros,

A más de sus servicios respetuosos,

Dones de gran valor. A fe parece

Embajador del mismo dios Cupido.

No amaneció jamás en primavera,

Nuncio lozano del fecundo estío,

Risueño albor tan lleno de fragancia

Como el correo que al galan anuncia.

POR. ¡Calla por Dios! Tan elocuentes frases

Gastas en ponderarle, que me temo

Que acabes por decir que es deudo tuyo.

Vámonos ya, Nerisa; ver deseo

Del dios Cupido tan galan correo.

NER. Basanio es quien le sigue, segun creo.

(Vánse.)

ACTO III.

ESCENA PRIMERA.

Una calle de Venecia.

Salen SALANIO y SALARINO.

SALAN. Decidme: ¿qué nuevas hay en el Rialto?

SALAR. Pues se susurra allí, sin que nadie lo
 desmienta, que una nave de Antonio, cargada
 de ricas mercancías, ha naufragado en los es-
 trechos mares, los *Goodwins*, creo que se llama
 el punto, que es uno de los bajíos más peligro-
 sos y más fatales, en donde yacen sepultados
 los restos de no pocas orgullosas naves. Esto
 es lo que hay, segun dicen, á ser mujer honrada
 y de palabra mi chismosa comadre la fama.

SALAN. Ojalá mintiera en esa particularidad más
 que la comadre más chismosa de cuantas co-
 mieron galleta, ó trataron de hacer creer á sus
 vecinas que lloraban la muerte de un tercer
 marido. Pero lo cierto es, que, sin rodeos ni
 prolijidades, y sin apartarse del camino llano
 del discurso, que el buen Antonio, el honrado
 Antonio... ¡Oh! tuviera yo un epíteto bastante
 digno para hacer compañía á su nombre!

SALAR. Vamos, al grano.

SALAN. ¿Al grano dices? Pues el hecho es que ha perdido un bajel.

SALAR. ¡Ojalá fuera esta su última pérdida.

SALAN. ¡Amén! dirélo á tiempo, no sea que el demonio contrarie mi oracion, pues aquí se acerca en forma de judío.

Sale SHYLOCK.

¿Qué tal, Shylock? ¿qué dicen de nuevo los mercaderes?

SHY. Bien lo sabeis: nadie, nadie mejor que vosotros sabia la fuga de mi hija.

SALAR. Es cierto. Yo, por mi parte, conocia al sastre que cortó las alas con que emprendió el vuelo.

SALAN. Y Shylock, por su parte, sabia muy bien que el pájaro habia echado plumas; en cuyo caso, es condicion comun de todas las aves el dejar el nido.

SALAR. Será condenada por eso.

SALAN. Sin duda alguna, si el demonio ha de ser su juez.

SHY. ¡Rebelarse mi propia carne y sangre!

SALAN. ¡Calla, vieja momia! ¿A tal edad se rebela?

SHY. Digo, que mi hija es mi propia carne y sangre.

SALAN. Más variedad hay entre tu carne y la suya, que entre el azabache y el marfil, más entre tu sangre y la de ella, que entre vino tinto y vino del Rhin. Pero, decidnos: ¿habeis oido algo de la pérdida que dicen ha sufrido Antonio en la mar?

SHY. Ahí tengo otra ganga: un insolvente, un pródigo que no osa enseñar la cara en el Rialto. Un pordiosero, que solia lucir el garbo paseándose por la playa. Que mire por su fianza. Me

solia llamar usurero. Que mire por su fianza. Solia prestar dinero por cristiana cortesía. Que mire por su fianza.

SALAR. Pero estoy seguro que si falta al contrato, no tomarás su carne. ¿De qué te serviría?

SHY. De cebo para pescar. Alimentará mi odio, ya que no otra cosa. Me ha arruinado, me ha privado de ganar medio millon; se ha reido de mis pérdidas, se ha mofado de mis ganancias; ha ultrajado á mi pueblo, ha desbaratado mis tratos, ha enfriado á mis amigos, ha enardecido á mis enemigos; ¿y por qué razon? Porque soy judío. ¿No tiene ojos el judío? ¿no tiene manos el judío? ¿no tiene órganos, miembros, sentidos, afectos y pasiones? ¿No se nutre del mismo alimento, no se le hiere con las mismas armas, no está sujeto á las mismas dolencias, no se cura con los mismos remedios, no se calienta, no se hiela al calor y al frio del mismo verano y del mismo invierno que el cristiano? Si nos punzais, ¿no echamos sangre? Si nos haceis cosquillas, ¿no nos reimos? Si nos envenenais, ¿no nos morimos? Y si nos haceis agravio, ¿no nos hemos de vengar? Si nos parecemos en lo demas, nos pareceremos tambien en esto. Si un judío hace agravio á un cristiano, ¿qué hace éste en su humildad? Vengarse. Si un cristiano hace agravio á un judío, ¿qué le enseña el ejemplo de la humildad cristiana? Venganza. He de practicar la maldad que me enseñais, y poco he de poder, ó he de aventajar á mis maestros.

Sale un CRIADO.

CRIA. Caballeros, mi amo el señor Antonio está en casa, y desea hablar con los dos.

SALAR. Hemos dado mil vueltas buscándole.

Sale TUBAL.

SALAN. Aquí viene otro de la misma tribu; no fuera posible hallar un tercero que les iguale como no se volviese judío el mismo demonio

(Vánse Salanio, Salarino, y el criado.)

SHY. Pues bien, Tubal: ¿qué nuevas me traes de Génova? ¿Has hallado á mi hija?

TUB. Oí hablar de ella en muchas partes, pero no a pude hallar.

SHY. Ya ves, ya ves: he perdido un diamante que me costó dos mil ducados en Frankfort. Nunca hasta ahora cayó la maldicion sobre nuestra raza; yo nunca la sentí hasta ahora: dos mil ducados del diamante, y otras preciosas, preciosísimas joyas. ¡Viera yo á mi hija muerta á mis piés, y las joyas en sus orejas! ¡Viérala yo amortajada á mis piés, y los ducados en su ataúd! ¡Y no sabes nada de ellos? ¡Malhaya! Y aún no sé cuánto llevo gastado en buscarla. ¡Ay! pérdida tras pérdida. Se ha huido el ladrón con tanto, se ha gastado tanto en buscar al ladrón, y aún no logro satisfaccion, ni venganza. No sucede desgracia alguna que no caiga sobre mis hombros; no hay congoja que yo no exhale, ni lágrima que yo no vierta.

TUB. Tambien otros tienen desgracia: Antonio, segun oí decir en Génova...

SHY. ¿Qué, qué, qué? ¿Alguna desgracia? ¿Alguna desgracia?

TUB. Ha perdido una nave procedente de Trípoli.

SHY. ¡Gracias á Dios! ¡gracias á Dios! ¿Es cierto? ¿es cierto?

TUB. Hablé con algunos de los marineros que se salvaron del naufragio.

SHY. Te doy las gracias, querido Tubal. ¡Buenas noticias, buenas noticias! ¡Já, já! ¿Dónde? ¿en Génova?

TUB. Vuestra hija gastó en Génova, segun oí decir, ochenta ducados en una noche.

SHY. Me clavas un puñal: no volveré á ver mi dinero. ¡Ochenta ducados en una noche! ¡ochenta ducados!

TUB. Vine á Venecia en compañía de varios acreedores de Antonio, los cuales juran que no podrá por ménos de declararse en quiebra.

SHY. Me alegro. Le haré padecer, le haré sufrir tormento. Me alegro.

TUB. Uno de ellos me enseñó una sortija que recibió de vuestra hija en pago de un mono.

SHY. ¡Maldita sea! Me das tortura: fué mi turquesa. Leah me la regaló, siendo yo aún soltero. No lo hubiera dado por un desierto lleno de monos.

TUB. Pero Antonio ciertamente está arruinado.

SHY. Ménos mal: eso es verdad, eso sí que es verdad. Vé, Tubal, ajústame á un alguacil; ténle prevenido con quince dias de anticipacion. Si falta al contrato, le sacaré el corazon; pues si no estuviera en Venecia, haria yo los negocios que quisiese. Vé, vé, Tubal, nos juntaremos en tu sinagoga. Vé, buen Tubal; en tu sinagoga, Tubal. (Vánse.)

ESCENA II.

Una sala de la quinta de Porcia, en Belmonte.

Salen BASANIO, PORCIA, GRACIANO, NERISA y acompañamiento. Los cofres están descubiertos.

POR. Que no os apresureis, por Dios os pido.

Aún por un dia ó dos tened paciencia,
Antes de aventuraros, que en errando
El cofre, pierdo vuestra compañía.

Obrad despacio. Un no sé qué me dice
 (No penseis que es amor) que no quisiera
 Veros partir, y ya sabeis que el odio
 En tal sentido no aconseja nunca.
 Mas por si acaso no me explico claro,
 (Aunque otra lengua la doncella honrada
 Que la del pensamiento no posee)
 Diré que deteneros á mi lado
 Quisiera un mes ó dos, en cuyo tiempo
 Fácil fuera enseñaros el camino
 Para no errar. Mas ¡ay! perjura fuera,
 Si tal hiciese, y no he de serlo nunca,
 Por más que os pierda y no logreis mi mano.
 Si así sucede, hareis que yo lamente
 No haber pecado quebrantando un voto.
 ¡Mal hayan vuestros ojos! Con su brillo
 Hánme partido en dos: mitad del alma
 Os pertenece á vos, y la otra es vuestra;
 Mia quise decir; pero si es mia,
 Tambien es vuestra, y toda vuestra quedo.
 ¡Ay! Esta edad malvada pone trabas
 Entre los poseedores y sus justos
 Legítimos derechos; de tal suerte,
 Que vuestra soy, y en uno no soy vuestra.
 Aunque así fuere, quiero que el destino
 La culpa pague y al infierno vaya,
 No yo. Charlo sin tasa, pero lo hago
 Por refrenar el tiempo en su carrera,
 Por detener su vuelo, y de esa suerte
 Dar tregua á la eleccion.

BAS. Dejad que el fallo
 Del hado sepa, que en el potro vivo.

POR. ¿En el potro, Basanio? Pues, decidme:
 ¿Existe en vuestro amor traicion alguna?

BAS. La vil traicion tan sólo del recelo:
 Me hace dudar del logro de mi dicha.
 Antes habrá amistad y union estrecha
 Entre el fuego y la nieve, que alianza

Entre mi amor y la traicion astuta.
 POR. Temo que esteis hablando desde el potro,
 Do el hombre á pesar suyo el habla suelta.
 BAS. En vuestra mano está mi vida, Porcia:
 Dádmela, y os diré la verdad pura.
 POR. Decídmela y vivid.
 BAS. Dijerais ántes
 Decídmela y amad, é inútil fuera
 Mi confesion, que amar es mi delito.
 Feliz tormento en que el verdugo ofrece
 Remedio salvador al mismo reo.
 Hora á los cofres á probar fortuna.
 POR. Id, pues. Oculta en uno de ellos yazgo:
 Y si me amais, no dejareis de hallarme.
 Retírate, Nerisa; atras vosotros;
 Y en tanto que haga su eleccion, resuene
 Música en derredor. Si acaso yerra,
 Cual cisne morirá que el alma exhala
 Al son de acorde acento; y porque el símil
 Más propio sea, le darán mis ojos
 Nativas ondas y mortuorio lecho.
 Podrá vencer: entónces la armonia
 Será cual toque de marcial trompeta
 Que el pueblo llama á saludar con votos
 De amor leal á rey recién ungido.
 Resonará cual notas de alegria
 Que al despuntar el alba en las orejas
 De embelesado novio se introducen,
 Llamándole á la boda. Vedle ahora
 Cual se adelanta impávido, con brio
 Tanto y con más amor que Alcides, cuando
 A Troya redimió desventurada
 Del pago de la vírgen que en tributo
 Diera al marino monstruo en triste dia.
 La víctima yo soy. Allá apartados,
 Son los demas las dárdanas matronas,
 Que con llorosa faz de Ilion salieron
 La hazaña á presenciar.—Vé, bravo Alcides:

Sal vencedor, y si tú vives, vivo.
Con más afan contemplo yo la lidia
Que tú que luchas, dando á Marte envidia.

(Cancion cantada miéntras Basanio examina en silencio los cofres.)

*Decid; ¿dó nace el amor,
En la mente ó en el alma?
¿Quién le da vida y vigor
Para robarnos la calma?
Decid, decid.*

*En los ojos nace amor,
De miradas se sustenta;
Y si muere es por rigor
En la cuna donde alienta.
Entonemos en su loor
Dulces cántigas de amor.*

¡Viva amor!

¡Viva amor!

Todos.

BAS. Engañadoras son las apariencias:
Siempre alucina al mundo el vano ornato.
Si es en justicia, ¿vióse causa alguna
Tan mala y tan perversa que abogada
Por elocuente boca, no perdiese
Toda apariencia de nefando crimen?
¿En religion, qué error habrá tan craso
Que no halle defensor que lo sancione
Con grave aspecto ó con sagrada cita,
De flores adornando su torpeza?
No hay vicio alguno, ni aún el más sencillo,
Que con la capa de virtud excelsa
No cubra su fealdad. ¡Cuántos cobardes
De corazon tan falso como gradas
Talladas en la arena, en sus mejillas
Del fiero Alcides y ceñudo Marte
La barba ostentan, y por dentro vistos,
Hígados tienen blancos cual la leche!

Por hacerse temibles estos bravos
El vano ornato del valor se arrogan.
Poned los ojos luego en la hermosura:
Y vereis que se compra por el peso,
Que en esto obra un milagro sobrehumano,
Pues hace más livianas á las mismas
Que más se cubren de sus ricas galas.
No pocas veces los dorados rizos
Que flotan como sierpes encrespados
En rededor de equívoca belleza,
Son dote de otro cuerpo, cuyo cráneo
Yace en el polvo de ignorada tumba.
El ornamento, pues, no es sino playa
De proceloso mar engañadora;
No es sino velo de sedosos pliegues,
Que el rostro encubre de índica hermosura:
El ornamento, en suma, es la aparente
Verdad de que la astucia se reviste
Para engañar al alma más discreta.
Por tanto, te desdeño, oro luciente,
Duro alimento del avaro Midas;
Y á ti tambien, vil, mercenaria plata,
Pálida y triste prenda entre hombre y hombre
Mas tú, mísero plomo, cuyo aspecto
Más bien desdicha que favor promete,
Tu palidez me mueve más que el trino
De la elocuencia; á ti te elijo. El cielo
De dicha colme mi amoroso anhelo.
POR. (Ap.) Cual de una nube al viento los crespones
Fenecen todas las demas pasiones,
Dudosos pensamientos y recelos,
Temor, desconfianza y locos celos.
Amor, tu afan modera, tu ansia calma,
Templa benigno el éxtasis del alma;
Sobre mí llueve con mesura el gozo,
O harás que el pecho estalle de alborozo.
BAS. (Abre la caja de plomo.)
¿Qué es lo que encuentro aquí? ¡De Porcia bella

La imagen fiel! ¿Qué semidios del arte
 A la verdad logró acercarse tanto?
 ¿Se mueven estos ojos? ¿ó en los míos
 Reflejados adquieren movimiento?
 El dulce aliento, más que miel sabroso,
 Aparta un labio de otro: traba digna
 De separar tan dulces compañeros.
 En sus cabellos, hábil cual la araña,
 Ha tejido el pintor la red de oro
 En que aprisiona humanos corazones,
 Haciendo entre los hombres más estrago
 Que en enjambre de moscas telaraña.
 ¡Pero sus ojos!... No concibo cómo
 Hacerlos pudo sin cegar. Yo pienso
 Que al acabar el uno, fueran parte
 Sus rayos á cegarle entrambos ojos,
 Quedando el otro por hacer. En vano
 Me esfuerzo á ponderarlo: mi alabanza
 Injuria su retrato, cuanto injuria
 Esta pintada sombra al sér que imita.
 Aquí la esquila está: sumario breve
 De cuantas dichas mi fortuna encierra.

(Lee.) «Vos á quien de la apariencia
 No seduce el resplandor,
 Alcanzais la rara dicha
 De acertar en la eleccion:
 Ya que os cupo tal fortuna
 No busqueis otra mayor.
 Si os place, y teneis por dicha
 La que el hado os deparó,
 Volvéos hácia la dama,
 Y con un beso de amor
 Reclamadla para vuestra,
 Como os dicta el corazon.»

(Habla.) ¡Rollo gentil! Señora, con permiso;
 (La besa.)

Cumplir lo que me mandan es preciso.
 Cual gladiador invicto, cuando suena
 Aplauso universal en la ancha arena,
 La vista gira en rededor y duda
 Si es á él á quien la multitud saluda,
 Dudando estoy de lo que ven mis ojos,
 Hermosa Porcia; y de tus labios rojos
 Oirlo confirmado el alma espera
 Antes que al gozo ceda placentera.
 Por. Señor Basanio, me teneis delante,
 Y tal cual soy me veis. Virtud más rara
 Que la que tengo, por mi parte, os juro
 Que no ambiciono; mas por vos tan sólo,
 Mejor sesenta veces se quisiera,
 Mil veces más hermosa, y diez mil veces
 Más rica. Yo quisiera que en virtudes,
 En hermosura, en bienes y en amigos
 Fuera sin cuento mi fortuna, sólo
 Porque en mayor estima me tuvierais.
 Pero en conjunto nada valgo: en suma,
 Suma de nada soy; cual niña indocta,
 No aleccionada é inexperta, sólo
 Feliz en una cosa: en que aún no es vieja
 Para aprender; y aún más feliz en otra:
 En que no fué tan mala su crianza
 Que no pueda aprender; feliz mil veces,
 Por fin, en ser de corazon humilde,
 Que á vos se entrega como fiel vasallo
 A merced de su rey, señor y dueño.
 Yo misma, y esta hacienda que fué mia,
 Pasaron á ser vuestros. Ahora mismo,
 Aún era dueño de esta hermosa quinta,
 Señor de mis criados, y monarca
 De mi persona; y ahora en sólo un punto
 Mi quinta, mis criados y persona
 Son vuestros, dueño mio. Os los entrego
 Junto con este anillo; y si algun dia
 Os deshicierais de él, ó lo perdiereis,

Presagiará su pérdida la ruina
De nuestro amor, y me dará derecho
A censuraros por tan negra falta.

BAS. El don del habla me robais, señora.
Mi sangre sólo os grita en estas venas.
Reina tal confusion en mis sentidos,
Cual la que estalla en multitud gozosa
Que susurrante escucha la elocuente
Harenga de algun príncipe querido:
Las mil palabras que pronuncia sueltas,
En una algarabía se confunden
De huecos sonos que no dicen nada,
O sólo expresan el comun aplauso,
No definido, empero manifiesto.
Cuando este anillo de mi dedo parta,
Huya de mí la vida, y sin reparo
Decid entónces que Basanio ha muerto.

NER. Señora, y amo mio, ya á nosotros,
Que espectadores mudos hemos sido
Del éxito feliz de esta jornada,
Daros nos toca el parabien sincero:
Gozad y sed felices, amos míos.

GRAC. Basanio, mi señor, graciosa dama,
Cuánta ventura desear pudisteis,
Yo para vos deseo; pues me consta
Que no querreis tenerla á costa mia.
Y cuando se dispongan vuesarcedes
De vuestra fe á solemnizar el trato,
Os rogaré que me otorgueis licencia
Para anudar idéntica coyunda.

BAS. Con toda el alma, si mujer hallares.

GRAC. Gracias os doy, señor: á vos la debo.
Tan listos cual los vuestros son mis ojos;
Vos los pusisteis en el ama linda;
Yo en la doncella. Vos, señor, amasteis;
Yo amé tambien. Mi amor no sufre trabas,
Como tampoco el vuestro. Vuestro sino
Del fallo de los cofres dependia;

Y de ellos quiso el hado que mi suerte
Dependiera tambien. Pues cortejando
A esta beldad hasta sudar el quilo,
Tales, tan tiernos, tantos votos hice,
Que tengo la garganta enjuta á fuerza
De ardientes juramentos. Pero al cabo,
Si valen las promesas de esta hermosa,
Una alcancé: la de lograr su afecto,
Si en la eleccion lograrais por fortuna
La mano de su ama.

POR. ¿Es cierto, niña?

NER. Señora, lo es, si os place que lo sea.

BAS. Y vos, ¿obrais de buena fe, Graciano?

NER. A fe, señor.

BAS. Con vuestro casamiento
Honor dispensareis á nuestras bodas.

GRAC. Les jugaremos el primer muchacho
En mil ducados. (1) Pero, ¿quién se acerca?
¿Es Lorenzo y su hebrea? ¿Y no es el otro
El véneto Salerio, amigo mio?

Salen LORENZO, JÉSICA y SALERIO.

BAS. Seais muy bien venidos á esta quinta,
Lorenzo, y vos Salerio, si es que alcanza
La tierna edad de mi interes reciente
A dar la bienvenida en este sitio.
Hermosa Porcia, con permiso vuestro,
A estos amigos míos y paisanos
La bienvenida doy.

POR. Yo la confirmo:
Muy bien venidos sean.

LOR. Daros gracias
Por la merced me cumple. Por mi parte,
Deciros debo que intencion no tuve,

(1) He suprimido aquí un juego de palabras que no tiene traduccion posible.

Señor, de visitaros; mas Salerio,
A quien en el camino hallé, con tanto
Calor me instó, que al fin me fué forzoso
Ceder y acompañarle hasta la quinta.

SAL. Tal hice, es cierto, y fué con buen motivo.
Recado os traigo del señor Antonio.

(Da una carta á Basanio.)

BAS. Antes de desdoblar la carta os ruego
Que me digais cuál se halla el buen amigo.

SAL. Si no es del alma, enfermedad no tiene;
Ni tiene bienestar, sino en el alma.
Su carta os dará cuenta de su estado.

GRAC. Nerisa, anima á la recién llegada;
Dale la bienvenida. Buen Salerio,
Venga esa mano. ¿Hay nuevas de Venecia?
¿Qué hace aquel noble mercader Antonio?
Le alegrará, sin duda, la noticia
De nuestra suerte: somos los Jasones:
Al fin hemos ganado el vellocino.

SAL. ¡Así ganado hubiereis venturosos
El vellocino que él perdió en mal hora!

POR. Siniestro debe ser el contenido
De aquella carta: advierto que á Basanio
Le roba la color de la mejilla.
La muerte anunciará de un buen amigo;
Pues otra causa no hay que obrar pudiera
Cambio tan grande en ánimo constante.
Va de mal en peor. Licencia os pido,
Basanio; soy mitad de vos, y es justo
Que á mí me toque la mitad de cuantas
Desdichas os trajere aqueso pliego.

BAS. ¡Oh, amada Porcia! En este breve escrito,
Trazadas hallo algunas de las frases
Más tristes que jamás papel mancharon.
Porcia gentil, cuando por vez primera
Os revelé mi afecto, sin rebozo
Sabeis que os dije que mi hacienda toda
Corria en estas venas: que era hidalgo;

Y la verdad os dije. Mas, con todo,
Vereis cuán jactancioso fué mi aserto,
Aun estimando en cero mi fortuna.
Pues cuando os dije que era tal mi estado,
A ser veraz, cumpliérame deciros
Que era mi condicion peor que nada;
Porque, en verdad, contraje compromiso
Con mi mejor amigo, á quien, sin seso,
Comprometí á su vez con el más crudo,
Con el más desalmado de enemigos,
Para engrosar mis medios. Esta carta,
Al cuerpo de mi amigo se asemeja,
Y cada raya en ella es cruda herida
Por donde á rios sangre y vida arroja.
¿Pero es verdad, Salerio? ¿Han fracasado
Todos sus planes? ¿No acertó ninguno?
¿De Trípoli, de Méjico, y Lisboa,
De Inglaterra, de la India y Berbería
Ninguna nave se salvó del choque
De las rocas, funestas al marino?

SAL. Ninguna. Y además, segun parece,
Aunque tuviera Antonio algun dinero
Para pagar lo que al judío adeuda,
Este se niega á recibirlo. Nunca
Ví criatura que de sér humano
Tuviera aspecto y forma, tan ansioso
Y ávido de abatir á un semejante.
De dia y noche al Dux importunando,
Jura que si justicia no le hiciere,
Denunciará al Estado y sus franquicias
Veinte de los más ricos mercaderes,
El mismo Dux, y los patricios todos
De más valer, quisieron persuadirle.
En vano se esforzaron: nadie logra
Hacerle desistir de su demanda:
Confiscacion, justicia, es lo que pide,
Y el cumplimiento de su aleve trato.

JÉS. Le oí jurar, cuando aún con él vivia,

Hablando con Tubal y Chus, amigos
Y compatriotas suyos, que la carne
De Antonio preferia á veinte veces
El valor de la suma que le adeuda.
Y sé que si las leyes, si el gobierno
Y poder del Estado no lo impiden,
Lo pasará muy mal el pobre Antonio.

POR. ¿Es vuestro caro amigo el que esto sufre?

BAS. Mi más querido amigo, el mejor hombre,
El alma más leal y más amante
De hacer favores, uno en cuyo pecho
Arde, como en ninguno en toda Italia,
El limpio honor de la vetusta Roma.

POR. ¿Qué suma es la que debe al israelita?

BAS. Por mí tres mil ducados.

POR. ¿Qué, tan poco?

Dadle seis mil y liquidad la deuda:
Doblad la suma y triplicadla luego,
Antes que pierda tan sincero amigo
Por causa de Basanio un pelo sólo.
Vamos primero al ara; y dadme nombre
De esposa vuestra, y luego sin tardanza
Id á Venecia en busca del amigo;
Pues no he de consentir que sin sosiego
Os reclineis de vuestra Porcia al lado:
Ireis provisto de oro, lo bastante
Para pagar la deuda veinte veces.
Terminado este asunto, volved pronto
Con vuestro fiel amigo. Mi doncella
Nerisa y yo, entre tanto como viudas
Y á la par cual doncellas viviremos.
Partamos, pues. Es fuerza que en el dia
De vuestras bodas os pongais en marcha.
Pensad en vuestros huéspedes: el ceño
Mostrad alegre y el humor risueño:
Ya que á tan caro precio os he comprado,
Os he de amar tambien en igual grado.
Pero la carta oigamos del amigo.

BAS. (Lee.) «Querido Basanio, todas mis naves
han naufragado, mis acreedores se vuelven
cruelles, mi hacienda está reducida á nada, el
plazo de mi contrato con el judío ha expirado,
y ya que, en cumpliendo la condicion que
dicho contrato encierra, será imposible que
viva, quedan saldadas las deudas que hubiere
entre nosotros, con tal que me sea concedido
veros en la hora de mi muerte. No obstante,
haced lo que mejor os plazca: si vuestra amistad
no os mueve á venir á verme, no os mueva tam-
poco mi carta.»

POR. Bien mio, despachad, partid al punto.

BAS. Daréme prisa, pues me dais licencia;
Pero hasta que regrese, el lecho ocioso
No será parte á prolongar mi ausencia,
Ni á separarnos lo será el reposo. (Vánse.)

ESCENA III.

Una calle de Venecia.

Salen SHYLOCK, SALANIO, ANTONIO y un CARCELERO.

SHY. No le pierdas de vista, carcelero:
No me habéis de piedad.—Este es el loco
Que dió dinero gratis.—Carcelero,
No le pierdas de vista.

ANT. Oid, buen Shylock.

SHY. Exijo el cumplimiento del contrato;
No hables en contra de él; pues hice voto
De no ceder un punto en mi demanda.
Antes que yo te diese causa alguna,
Tú me llamaste perro. Si soy perro,
Guárdate de mis dientes. No hay recurso;
El Dux me hará justicia.—Es mucha historia,
Pícaro carcelero, que á su ruego

Le saques tan gustoso de la cárcel.

ANT. Escúchame, te ruego.

SHY. No te escucho.

Exijo el cumplimiento del contrato.

No he de prestar oído á tus palabras.

El cumplimiento del contrato exijo.

Por tanto, no hables más. No soy de aquellos

Necios de pecho blando que suspiran,

Se enternecen y apiadan, luego ceden

Al ruego de cristianos mediadores.

No me sigais. No quiero más discursos.

El cumplimiento exijo del contrato. (Vase Shylock.)

SALAN. Es el más implacable de los perros

Que deshonraron la familia humana.

ANT. Dejadle ya. No volveré á seguirle

Con súplicas inútiles. Mi vida

Buscando va. Por qué razon no ignoro.

Más de una vez libré de su venganza

A muchos infelices que con quejas

Se me acercaron; por lo mismo me odia.

SALAN. No puedo creer que el Dux jamás consienta

Que á nadie ligue semejante trato.

ANT. No puede el Dux negarse al cumplimiento

Estricto de la ley; pues si se hollaran

Los privilegios de que aquí en Venecia

Gozan los extranjeros, fuera parte

A amenguar el prestigio del Estado;

Pues el provecho, influjo y poderío

De esta ciudad estriba en su comercio

Con las demas naciones. Ven, partamos.

Me tienen tan postrado mis desgracias,

Que dudo mucho que mañana tenga

Una libra de carne en todo el cuerpo

Con que saciar la cruda sed de sangre

De mi acreedor.—Buen carcelero, vamos.

¡Dios quiera que Basanio acuda á verme

Pagar su deuda, y moriré contento! (Vánse.)

ESCENA IV.

Una sala de la quinta de Porcia, en Belmonte.

Salen PORCIA, NERISA, LORENZO, JÉSICA y BALTASAR.

LOR. Señora, aunque os lo digo cara á cara,

Teneis formada justa y noble idea

De la amistad divina, y prueba de ello

Es vuestra abnegacion, pues de esta suerte

La ausencia soportais de vuestro esposo.

Empero si supierais á quién honra

Tan grande dispensais, cuán bueno y digno

Es el hidalgo á quien mandais socorro,

Cuán fiel amigo del señor Basanio,

Seguro estoy que más orgullo os diera

Obra tan noble que el que os da la innata

Costumbre de hacer bien que en vos se admira.

POR. Nunca me arrepentí de haber obrado

Con fin laudable, y esta vez tampoco

Me habré de arrepentir. En compañeros

Que juntos se entretienen, y derrochan

Las largas horas juntos, cuyas almas

Comparten igualmente la coyunda

De la amistad, es menester que exista

En igual grado relacion estrecha

Entre las afecciones, las costumbres

Y genio de los dos. Por esto juzgo,

Que siendo Antonio el más querido amigo

De mi adorado dueño, será fuerza

Que se parezca á mi adorado dueño.

Y si así fuera, ¡á cuán pequeña costa

Habré logrado libertar del ánsia

Del más cruel tormento al fiel retrato

Del alma mia!—Basta ya; colijo

Que estoy hablando en alabanza propia.

Hablemos de otro asunto.—En vuestras manos

Confío, buen Lorenzo, de mi casa
 El gobierno y cuidado, hasta la vuelta
 De mi señor. En cuanto á mí, me ocupa
 Cuidado de cumplir un sacro voto
 Que hice en secreto al cielo, prometiendo
 Vivir contrita en oracion sagrada,
 Sin otra compañera que Nerisa,
 Hasta el regreso de su amor y el mio.
 Dista de aquí dos leguas un convento,
 Cuyo recinto nos dará morada.
 Pido que no rechuseis tal incumbencia,
 Que sobre vuestros hombros hoy colocan
 Mi amor y la estrechez en que me encuentro.

LOR. De todo corazón, señora mía,
 Cuanto mandais sabré cumplir sin falta.

POR. Ya saben mis criados lo que intento:
 Y en Jélica y en vos ya reconocen
 A Basanio y á mí. Que Dios os guarde,
 Hasta más ver.

LOR. Felicidad y dicha
 Vayan con vos.

JÉS. Señora, yo os deseo
 Cuanta ventura vuestro pecho anhela.

POR. Agradezco el favor, y por mi parte
 Igual fortuna para vos deseo.

Jélica, adios. (Vánse Lorenzo y Jélica.)

Tú, Baltasar, escucha.

Así cual te hallé fiel y honrado siempre,
 Deja que te halle aún. Toma esta carta,
 Y cuanta prisa en hombre quepa, emplea
 En dar contigo en Padua. Ten cuidado
 De entregarla á mi primo en mano propia;
 Digo al doctor Belario. De él recoge
 Los trajes y papeles que te diere,
 Y con premura llévalos al punto
 Donde espera la barca que trafica
 Entre Venecia y la vecina playa.
 No gastes tiempo hablando, sino véte.

Antes que llegues estaré en Venecia.
 BAL. Señora, voy volando á obedeceros.
 (Váse Baltasar.)

POR. Acércate, Nerisa, que entre manos
 Traigo un proyecto cuyo plan ignoras.
 Cuando ménos lo piensan, tú á tu esposo,
 Y yo al mio veré.

NER. ¿Sin que nos vean?

POR. Nerisa, nos verán; pero en tal garbo
 Que habrán de sospechar que nos adornan
 Prendas que no poseemos. Lo que quieras
 Te apostaré que cuando estemos ambos
 En traje de galan, el mejor mozo
 Haré yo de las dos, y con más brío
 Que tú sabré llevar la daga al lado.
 Verás cómo hablaré con bronco acento,
 Propio del niño que á ser hombre pasa,
 Haciendo de dos pasos menuditos
 Un tranco varonil; y de pependencias
 Discurriré cual fanfarron imberbe:
 Inventaré mentiras ingeniosas
 De cómo honradas damas me brindaron
 Con sus amores, y enfermaron luego
 Por mi desden, muriéndose de pena.
 — ¿Qué hacer en tal apuro?—Arrepentirme;
 Sintiendo, aún á pesar de tanto triunfo,
 Haberles dado muerte. Y veinte embustes
 De este jaez dirá mi lengua loca,
 Con aire tal, que jurarán los hombres
 Que há más de un año que dejé la escuela.
 Me bullen en la mente mil enredos
 De estos atolondrados fanfarrones
 Que pienso practicar.

NER. Decid, señora:

¿Es cosa de ir de hombres?

POR. ¿Qué pregunta!

¿Si te oyera un intérprete liviano!

Mas ven. Te explicaré todo el proyecto

Cuando en mi coche esté; ya nos espera
En la puerta del parque. Vuela, amada,
Nos toca hacer seis leguas de jornada. (Vánse.)

ESCENA V.

Un jardín de la quinta de Porcia, en Belmonte.

Salen LANZAROTE y JÉSICA.

LAN. Sí, por cierto: porque, tened entendido, que las culpas de los padres serán castigadas en los hijos; por lo tanto, os aseguro que me dais lástima. Siempre fui franco con vos, y por eso quiero manifestaros la emoción que me causa este asunto. Armaos, pues, de fortaleza, porque, en verdad, creo que estais condenada. No os queda más que una esperanza que os pueda ser provechosa, y esa no es más que una especie de esperanza bastarda.

JÉS. ¿Y qué esperanza es esa, dime?

LAN. Hasta cierto punto podeis abrigar la esperanza de que no fué vuestro padre quien os enjendró, de que no sois hija del judío.

JÉS. Esa sí que fuera en verdad una especie de esperanza bastarda. En tal caso, las culpas de mi madre serian castigadas en mí.

LAN. Teneis razon; me temo entonces que estais condenada por lado de padre y de madre. Y así, cuando huyo de Scila, vuestro padre, doy en Caribdis, vuestra madre. Vamos, estais perdida por ambos lados.

JÉS. Me salvaré por mi marido: él me hizo cristiana.

LAN. Por cierto, mayor culpa es la suya: éramos ya más cristianos de los que habia menester; á duras penas podiamos vivir en buena armonía

unos con otros. Con este afán de cristianizar á los herejes, subirá el precio de los gorriños; si damos todos en comer carne de cerdo, pronto no tendremos, ni aún á precio de oro, una raja de tocino que echar en el puchero.

Sale LORENZO.

JÉS. He de contar á mi marido lo que me has dicho, Lanzarote. Mírale donde viene.

LOR. Pronto tendré celos de tí, Lanzarote, si sigues arrinconándote de esa suerte con mi mujer.

JÉS. No tal; no teneis motivo alguno de alarma, Lorenzo: Lanzarote y yo estamos reñidos. Me dice lisa y llanamente que no habrá misericordia para mí en el cielo, porque soy hija de judío; y añade que vos no sois buen miembro de la república, porque al convertir en cristianos á los judíos, encareceis el precio de la carne de cerdo.

LOR. Más fácil me será justificarme de esa falta ante la república, que á ti el justificarte de la de haber aumentado el volumen de la negra. La mora está en cinta por obra tuya, Lanzarote.

LAN. Mucho será que la mora esté más gorda de lo que fuere menester (1). Pero aunque fuera ménos que mujer de bien, siempre será más honrada de lo que yo creia.

LOR. Hasta el más necio sabe ya jugar con las palabras. Creo que en breve llegará á ser el silencio la mayor prueba de discrecion, y el don del habla sólo será digno de elogio en boca de los loros. Idos adentro, tunante, y decid á los criados que se preparen para la comida.

LAN. Eso ya está hecho, señor. Todos ellos tienen estómago.

(1) Hay aquí un juego de palabras (*Moor*, mora; y *more*, más) que es de todo punto imposible de traducir.

LOR. ¡Válgame Dios! ¡y qué flujo de chancear te ha entrado! Pues diles que preparen la comida.

LAN. También está hecho, señor. Aunque cubrir fuera la palabra más adecuada.

LOR. Pues entónces que se cubra.

LAN. No tal, amo mio; sé mi deber.

LOR. ¿No acabarás con tus equívocos? ¿Quieres exhibir en un solo instante todo el caudal de tu gracia? Haz favor de entender á un hombre llano que te habla con llaneza. Llégate á tus compañeros y diles que cubran la mesa y sirvan los manjares é iremos á comer.

LAN. En cuanto á la mesa, señor, será servida; en cuanto á los manjares, señor, serán cubiertos; en cuanto á ir vuesas mercedes á comer, será á medida de vuestras inclinaciones y apetitos. (Váse Lanzarote.)

LOR. ¡Oh discrecion, qué sarta de sandeces! Ese necio ha sembrado en su memoria Una hueste de chistes: y de muchos Bufones sé de estado más altivo, Pertrechados como él de sutilezas, Que por soltar un dicho agudo olvidan Y ofenden el sentido de las cosas. ¿Qué tal estás de humor, Jélica amada? Dime tu parecer, mi dulce prenda: ¿Te gusta la mujer del seor Basanio?

JÉS. Más que expresarlo puede mi palabra. Es menester que lleve honrada vida El buen señor Basanio; pues teniendo Tal bendicion de Dios en su consorte, Celeste dicha gozará en la tierra. Y si en la tierra la desdeña, justo Fuera que nunca entrase allá en el cielo. A fe, si dos deidades se retaran A competir en celestial contienda, Y por apuesta cada dios pusiere

Una mujer mortal, siendo una Porcia, Fuera forzoso que apostara el otro Alguna prenda más con la contraria, Pues este mundo mísero y grosero Otra no encierra igual.

LOR. Tan buen marido Tienes en mí como ella es buena esposa.

JÉS. Consulta al ménos mi opinion en eso.

LOR. Luego; primero vamos á la mesa.

JÉS. No tal, permite que te alabe en tanto Que tenga gana.

LOR. Vamos; no lo apruebo: De sobremesa vendrá bien tu charla, Pues de esa suerte, digas lo que quieras, Digerirlo podré con otras cosas.

JÉS. Juro que en evidencia he de ponerte. (Váase.)

ACTO IV.

ESCENA PRIMERA.

Sala de un tribunal de Justicia en Venecia.

Salen el DUX, SENADORES, ANTONIO, BASANIO, GRACIANO, SALARINO, SALANIO y otros.

DUX. ¿Está aquí Antonio?

ANT. A la orden vuestra, Alteza.

DUX. A fe que me das lástima; pues vienes

A dar satisfaccion á la demanda

De un adversario ruin y empedernido,

De lástima incapaz, de amor exento,

Cuya alma de piedad ni un grano encierra.

ANT. Bien sé que vuestra Alteza se ha esforzado

A moderar su rigorosa saña;

Mas ya que inexorable permanece,

Y que la ley no ofrece arbitrio alguno

Para salvarme de su ruin envidia,

Opongo á su furor mi sufrimiento,

Y armado de valor, serena mi alma

Aguantará impasible de la suya

Todo el coraje y la feroz dureza.

DUX. Que llamen al judío ante el consejo.

SALAN. Fuera esperando está. Señor, ya viene.

Sale SHYLOCK.

Dux. Apartad. Que se ponga en mi presencia.
 Shylock, el mundo crée, y con él creo,
 Que intentas apurar tu cruda saña
 Hasta el postrer momento, y luego en la hora
 Fatal de la sentencia, hacer alarde
 De clemencia y piedad, aún más extrañas
 Que tu crueldad extraña y aparente;
 Y en lugar de exigir el cumplimiento
 De pena tan crüel, que dueño te hace
 De una libra de carne de este pobre,
 Misero mercader, el mundo opina
 Que cederás, no sólo en tu demanda,
 Sino que de piedad y amor movido,
 Perdonarás á tu deudor el pago
 De la mitad del capital que adeuda
 Echando compasivo una mirada
 Sobre las grandes pérdidas sufridas
 Por él en breve tiempo, suficientes
 A hundir en ruina á un mercader monarca (1),
 Y á despertar piedad hácia él en pechos
 De duro bronce, y en entrañas rudas
 De pedernal, en desalmados turcos,
 Y en tártaros crüeles, no avezados
 A blandas obras de cortés ternura.
 De ti aguardamos, todos los presentes,
 Una cortés respuesta, buen judío.
 SHY. Ya sabe vuestra Alteza lo que intento;
 Y por el santo Sábado he jurado
 Que he de lograr satisfaccion cumplida.

(1) *A royal merchant*. En el siglo XIII, cuando era Venecia reina de los mares, autorizaba á los mercaderes y náviers, mediante el pago de un tributo á la república, para que hiciesen conquistas territoriales en el archipiélago, y los colonizasen y gobernasen como monarcas independientes. De aquí el título de *mercader monarca*, con que eran conocidos en toda Europa. En tiempo de Shakspeare obtuvo un tal Gresham el mencionado título.

Si vos me la negais, eterno oprobio
 Sobre las leyes de Venecia caiga,
 Y sobre las franquicias de este Estado.
 Tal vez preguntareis, por qué prefiero
 Una libra no más de carne muerta
 A los tres mil ducados. Y os respondo:
 Es mi capricho. ¿Estais ya contestados?
 Imaginãos que en mi casa hubiera
 Una molesta rata, y se me antoja
 Pagar diez mil ducados por el gusto
 De envenenarla. ¿Estais ya contestados?
 Hay hombres que no sufren en la mesa
 Un lechoncillo asado y boquiabierto;
 Otros se vuelven locos viendo á un gato;
 Y hay otros que al oír chillar la gaita
 No pueden menos de verter la orina (1),
 Que es tal la antipatía, que á su antojo
 Dispone todo. Y esta es mi respuesta:
 Así como razon no puede darse
 De por qué el uno del lechon no gusta,
 De por qué el otro ver no puede á un gato,
 Util é inofensivo animalejo;
 De por qué el otro soportar no puede
 De la gaita la voz, sin que por fuerza,
 Cometa tal vergüenza inevitable,
 Y ofenda á los demas, siendo ofendido;
 Del mismo modo yo alegar no puedo,
 Ni quiero, la razon que á mí me mueve
 A proseguir un pleito perdidoso,
 Sino es la que se funda en el hastío
 Y en el odio arraigado que me inspira
 El hombre Antonio. ¿Estais ya contestados?
 BAS. Esa contestacion, crüel judío,
 No es parte á disculpar tu fiera saña.
 SHY. Yo no he de responder á gusto tuyo.

(1) Suceso que se cuenta de un hidalgo de Devonshire que no podia oír el son de la gaita sin tener ganas de orinar. — FARMER.

BAS. ¿El hombre mata siempre al ser que no ama?
 SHY. ¿Quién no matará al ser que horror le ins-
 [pira.

BAS. No toda ofensa inspira horror al pronto.

SHY. ¿Dos veces quieres que te pique el áspid?

ANT. Pensad, por Dios, que habláis con el judío.

Id á la playa y suplicad las olas,

Cuando más rugen, que su furia domen;

Al lobo preguntad, por qué á la oveja

Hizo llorar la muerte del cordero;

Id á las selvas y mandad que callen,

Y sobre el alto cerro no sacudan

Sus verdes ramas los añosos pinos,

Mecidos de las ráfagas del viento;

Id é intentad lo que imposible fuere,

Y os ha de ser más fácil, que ablandarle

Su corazón judío, que en dureza

¿A qué no excede? Por lo tanto, os pido

Que más ofertas no le hagais, ni en vano

Los medios apureis; ántes dad órden

De que se cumpla cual la ley lo manda

En breve mi sentencia, y del judío

La voluntad.

BAS. Por tus tres mil ducados,

Hé aquí seis mil.

SHY. Divide cada uno

De los seis mil ducados en seis partes,

De cada parte luégo haz un ducado,

Y no los tomaré: mi trato quiero.

DUX. ¿Quién te hade hacer merced, si no la ejerces?

SHY. ¿Qué fallo he de temer, no haciendo daño?

Muchos esclavos con vosotros viven,

Comprados con dinero, á quien cual mulos,

Cual perros ó asnos, empleáis en bajos

Y serviles oficios, pues son vuestros,

Comprados con dinero. Si os dijera,

Dadles la dulce libertad; casadlos

Con vuestras herederas; ¿por qué sudan

Bajo pesadas cargas? Dadles lechos

Tan blandos cual los vuestros, y manjares

Al paladar tan gratos. Vos, sin duda,

Contestareis: «Son nuestros los esclavos.»

Y así os contesto á vos. La sola libra

De carne que demando de él, es mia,

Y cara me costó, y he de tenerla;

Si la negais; ¡malhayan vuestras leyes!

Son nulos los decretos de Venecia.

Pido justicia. ¿La tendré? decidme.

DUX. En uso del poder que me confiere

Mi autoridad ducal disolveria

Esta asamblea, si al doctor Belario,

Sabio letrado, á quien en este asunto

Pedí consejo, no aguardase hoy mismo.

SALAR. Señor, en la antesala, un mensajero,

Que acaba de llegar de Padua, espera

Con cartas del doctor.

DUX. Dadme las cartas.

Llamad al mensajero.

BAS. ¡Animo, Antonio!

¡Y ten valor! Te juro que al judío

Daré mi carne y sangre, y hueso y todo,

Antes que por su mano y por mi causa

Pierdas sólo una gota de tu sangre!

ANT. Soy como res plagada en el rebaño,

Indigna de vivir. Entre las frutas

La ménos sana es la primera siempre

Que al suelo cae. Dejad, pues, que me caiga.

Mas vos debeis vivir, Basanio mio,

Y escribir en mi tumba mi epitafio.

Sale NERISA disfrazada de pasante de abogado.

DUX. ¿Venís de Padua? ¿Os manda aquí Belario?

NER. De allí vengo, señor; y á vuestra Alteza

Salud Belario envia. (Le da una carta.)

BAS. ¿Por qué aflas

Con tanto ahinco tu cuchillo, Shylock?
 SHY. Para cortar la carne que me adeuda
 Ese insolvente.

GRAC. No en tu suela, en tu alma (1)
 Afilas tu cuchillo, vil judío.
 Mas no hay metal alguno, ni aún el hierro
 Del hacha del verdugo, que en dureza
 Iguale al filo de tu aguda envidia.
 ¿No hay ruego que te ablande?

SHY. No, ninguno
 Que pueda sugerirte tu talento.

GRAC. ¡Maldito seas, perro inexorable!
 ¡Malhaya la justicia que con vida
 Te deja, infame! Tu conducta casi
 Me obliga á vacilar en mi creencia
 Y á seguir la doctrina de Pitágoras,
 Que enseña que las almas de los brutos
 Trasmigran á los cuerpos de los hombres.
 Tu alma perruna gobernó algun lobo
 A manos del verdugo degollado
 Por homicida, y desde la horca el alma
 Del bruto sanguinario tendió el vuelo
 Y se introdujo en ti, cuando yacias
 En las entrañas de tu impía madre.
 Porque de lobo son tus apetitos;
 Sanguinarios, voraces y crüeles.

SHY. Mientras no logres arrancar el sello
 De mi contrato, con tus locos gritos
 Ofenderás tan sólo tus pulmones.
 Refrena esa viveza, buen mancebo;
 No se extravie tu razon.—Justicia
 Es lo que aquí demando.

DUX. En esta carta
 Al tribunal Belario recomienda
 A un jóven bachiller, letrado docto:

(1) El autor juega aquí con la palabra *soul*, alma, que tiene el mismo sonido que la voz *sote*, suela.

¿En dónde se halla?
 NER. Cerca está, aguardando
 Saber si se le admitís.

DUX. Con toda el alma.
 Que salgan dos ó tres á recibirle
 Con muestras de respeto. Y entre tanto
 La carta de Belario repasemos.

(Un escribiente lee.)

«Sabrá vuestra Alteza que á tiempo de recibir
 vuestra carta, me hallaba postrado por gravi-
 sima dolencia; pero en el instante mismo en
 que llegó el mensajero, hallábase conmigo, en
 amistosa plática, un jóven doctor de Roma,
 cuyo nombre es Baltasar. Le relaté los porme-
 nores del pleito pendiente entre el judío y el
 mercader Antonio: hojearnos juntamente gran
 número de libros: le he manifestado mi pare-
 zer, el cual mejorado por su propio saber, para
 hacer cuyo elogio me faltan palabras, le acom-
 paña, para que, á ruego mio, vaya á cumplir
 en mi lugar el deseo de vuestra Alteza. Os
 ruego que no pareis mientes en sus pocos años,
 ni sea parte esta falta á arrebatarle la estima-
 cion que merece; pues no hallé jamás en cuerpo
 tan jóven seso tan maduro. Os suplico que le
 admitais, confiado en que, más que mi carta,
 han de hablar en favor suyo sus propias obras.»

DUX. Ya veis lo que Belario nos escribe.
 Y aquí el doctor se acerca, segun creo.

Sale PORCIA vestida de doctor en leyes.

Dadme la mano. ¿Os manda aquí Belario?
 POR. De parte suya vengo.

DUX. Bien venido.
 Vuestro puesto ocupad. ¿Estais en autos
 De la cuestión que al tribunal ocupa?
 POR. Estoy bien informado de la causa.

¿Quién es el mercader? ¿quién el judío?
 DUX. Antonio y Shylock, avanzad entrambos
 POR. ¿Os llamais Shylock?
 SHY. Shylock es mi nombre.
 POR. De extraña condicion es vuestro pleito;
 Pero en razon fundais vuestra demanda,
 Ni pueden impugnar vuestro albebrío
 Las leyes de Venecia.—En riesgo grave
 Estais de ser su víctima: ¿No es cierto?
 ANT. Lo afirma así.
 POR. ¿Reconoceis el trato?
 ANT. Lo reconozco.
 POR. Es menester entónces
 Que se apiade el judío.
 SHY. ¿Y por qué causa?
 ¿Hay quién me obligue acaso? Contestadme.
 POR. No quiere fuerza el don de la clemencia:
 Es cual la blanda lluvia que del cielo
 Baja benigna á fecundar el campo:
 Es dos veces bendita, pues consuela
 Al que la da y á aquel que la recibe:
 Más grande es su poder entre los grandes;
 Mejor le sienta al rey que su corona;
 Su cetro es el emblema de la fuerza
 De su poder mundano, el atributo
 De su alta majestad y poderío:
 En él reside el rayo de los reyes.
 Mas la clemencia es superior al cetro;
 El alma de los reyes es su trono;
 De la divinidad es atributo,
 Y el mundanal poder entónces raya
 Casi en poder de Dios, cuando benigno
 Con la clemencia templá la justicia.
 Por lo tanto, judío, aunque pretendas
 Justicia y nada más, piensa y medita
 Que si tan sólo para el hombre hubiere
 Justicia nada más, no se salvara
 Ninguno de nosotros. Si clemencia

Pedimos con fervor á todas horas,
 El mismo ruego nos enseña á todos
 A practicar el bien que apetecemos.
 Por ablandarte, nada más, lo digo,
 Y aplacar el rigor de tu demanda;
 Fuerza será, si en ella persistieses,
 Que el tribunal severo de Venecia
 Sentencie el pleito en tu favor y en contra
 Del mercader Antonio.
 SHY. Caiga el peso
 De mis acciones sobre mi cabeza.
 A tenor de la ley justicia pido,
 Y el cumplimiento exijo del contrato.
 POR. ¿No está en estado de pagar la suma?
 BAS. Por él yo mismo al tribunal la ofrezco;
 Y estoy dispuesto á duplicar la suma,
 Y á pagarla diez veces si es preciso,
 Dando en peño mis manos, mi cabeza,
 Y hasta mi corazon. Si esto no basta,
 Es fuerza confesar que la malicia
 A la inocencia vence; y os suplico
 Que violentéis por una vez tan sólo
 Con vuestra autoridad la ley severa:
 Para un gran bien, haced un breve daño,
 Y refrenad la saña de este tigre.
 POR. No puede ser. Nadie en Venecia tiene
 Poder para variar decreto alguno
 Establecido ya.—Se citaria
 Cual precedente tan funesto caso,
 Y en muchos yerros, por el mismo ejemplo,
 Huidiérase el Estado. Es imposible.
 SHY. ¡Un Daniel! ¡un Daniel es quien nos juzga!
 ¡Oh sabio y jóven juez, cuánto te honro!
 POR. Permitid que examine la escritura.
 SHY. Tomad, tomad, doctor muy reverendo.
 POR. Shylock, el triplo de la suma ofrecen.
 SHY. ¡Un voto, un voto! ¡Al cielo un voto hice!
 ¿Quereis que me condene por perjuro?

¡No lo he de hacer, ni áun por Venecia toda!
 POR. Está cumplido el plazo del contrato.

Y con legalidad puede el judío
 Reclamar una libra de la carne
 Del mercader, cortada por su mano
 En torno al corazon. Sé compasivo:
 Acepta el triplo de la suma y deja

Que con mis manos la escritura rompa.
 SHY. Cuando á tenor del trato esté cumplida.

Al parecer, sois juez léal y digno;
 Sabeis la ley; habeis expuesto el caso
 Con tino recto: yo os exijo ahora
 En virtud de esa ley, de la que probó
 Y firme arrimo sois, que sin tardanza
 Paseis á sentenciar. Por mi alma os juro,
 Que no hay poder en el acento humano
 Capaz de hacerme vacilar un punto.
 De mi contrato exijo el cumplimiento.

ANT. Con insistencia al tribunal suplico
 Que el fallo dicte.

POR. Pues entónces, sea.
 A su cuchillo apercibid el pecho.

SHY. ¡Oh noble juez, oh jóven excelente!

POR. Porque la ley ninguna duda admite
 En lo que toca á su demanda justa,
 Y á la pena en el trato estipulada.

SHY. ¡Decis verdad! ¡Oh juez íntegro y docto!
 ¡Cuánto más viejo y más sesudo os hallo
 De lo que pareceis!

POR. Por tanto, al punto
 El pecho descubrid.

SHY. Sí, el pecho; el pacto
 Así lo dice. ¿Noble juez, no es cierto?
 Cerca del corazon; tal es la frase.

POR. Es cierto, sí. ¿Teneis una b^aanza
 Para pesar la carne?

SHY. Aquí la tengo.

POR. Tened á un cirujano prevenido

Para que cierre sus heridas, Shylock:
 No sea que se muera desangrado.

SHY. ¿Dice algo de eso acaso la escritura?

POR. El trato no lo impone; mas ¿qué importa?
 Por caridad no más podeis hacerlo.

SHY. Yo no lo encuentro: el pliego nada dice.

POR. ¿Teneis vos algo que decir, Antonio?

ANT. Pocas palabras. De valor armado

Estoy, y apercibido. Vuestra diestra
 Dadme, Basanio; ¡Dios os guarde, amigo!

No lamenteis que por serviros caiga:
 Que en esto más humana la fortuna

De lo que suele, se mostró conmigo.
 Dejar que sobreviva el desgraciado

La ruina de su hacienda es su costumbre,
 Y á contemplar le obliga con hundidos

Ojos y torvo ceño, en hondos males
 Y en estrechez su vejez postrada;

Y á mí me libra del crúel castigo
 Que inflige la miseria en su porfía.

Encomendadme á vuestra honrada esposa;
 Narradla el fin de vuestro amigo Antonio;

Decidla cuánto os quise: sed conmigo
 Justo despues de muerto; y cuando sepa

La historia toda, juzgue y diga entónces
 Si tuvo ó no Basanio un fiel amante.

No lamenteis la muerte de este amigo,
 Que él no lamenta el pago de la deuda;

Pues si no tiembla del judío el pulso,
 Pronto la pagaré con toda el alma

BAS. Antonio, soy casado, y á mi esposa
 Más quiero que á mi vida; pero juro

Que no te estimo en ménos que mi vida,
 Ni que mi esposa, ni que el mundo entero.

Lo perderia todo, los daria
 Todos á este demonio por salvarte.

POR. A fe, si aquí estuviese vuestra esposa,
 Por esa oferta gracias no os daria.

GRAC. Tengo una esposa á quien por cierto adoro:

Quisiera que estuviese allá en el cielo
Para implorar la ayuda de algun santo
Que á este perro judío enterneciese.

NER. Por dicha no os escucha vuestra esposa,
De otra suerte pudiera tal deseo
Ser causa de trastornos en la casa.

SHY. ¡Qué esposos! ¡Qué cristianos! Una hija
Tengo: ¡Ojalá cualquiera de la estirpe
De Barrabás con ella se casara,
Y no un cristiano! Mas perdemos tiempo:
Os ruego, proseguid con la sentencia.

POR. Dueño eres de una libra de su carne.
La ley lo manda; el tribunal lo otorga.

SHY. ¡Oh docto iuez! ¡Oiste la sentencia?
Prepárate.

POR. Detente un breve rato:
Hay algo más. El trato no te otorga
Ni una gota siquiera de su sangre.
Una libra de carne, dice el pliego;
Son sus palabras: toma tu fianza,
Y la libra de carne, que es lo tuyo;
Mas si al cortarla, de cristiana sangre
Viertes sólo una gota, por las leyes
De Venecia tus bienes y tus tierras
Para el Estado quedan confiscados.

GRAC. ¡Lo oyes judío? ¡Oh juez íntegro y probo!

SHY. ¡Y eso es la ley?

POR. Verás tú mismo el acta.

Ya que justicia pides, ten por cierto
Que más tendrás de la que tú deseas

GRAC. ¡Oh sabio juez! judío, ¡oh juez sin tacha!

SHY. Su oferta acepto: triplicad la suma,
Y al cristiano soltad.

BAS. Hé aquí el dinero.

POR. ¡Calma! Se hará al judío ámplia justicia.
Calma, no tengais prisa, pues la pena
Y nada más conseguirá el judío.

GRAC. ¡Qué juez, judío! ¡qué íntegro! ¡qué sabio!

POR. Pues bien; disponte ya á cortar la carne.

No viertas sangre alguna, no le cortes
Ni más ni menos que una libra justa,
Si tomas más ó menos que una libra,
Aunque tan sólo falte ó sobre al peso
La vigésima parte de un adarme,
¡Qué digo? aunque se incline la balanza
Un solo pelo á un lado más que á otro,
La vida pierdes y tu hacienda toda.

GRAC. ¡Otro Daniel! ¡es un Daniel, judío!
Estás cogido, infiel, al fin te tengo.

POR. ¡Qué aguardas ya, judío? El trato cumple

SHY. Dadme mi capital, é iréme al punto.

BAS. Lo tengo ya apartado; aquí lo tienes.

POR. En pleno tribunal lo ha rechazado:
Tendrá justicia y lo que el pliego manda.

GRAC. ¡Otro Daniel! Es un Daniel, te digo.
Gracias te doy, judío, por la frase.

SHY. ¡No me dareis mi capital siquiera?

POR. Sólo tendrás lo que estipula el trato:
Y si te atreves, cóbralo, judío.

SHY. Pues bien: ¡que con mil diablos lo disfrute!
No espero á más.

POR. Judío, aguarda un poco:

La garra de la ley te tiene asido
Tambien por otro lado. Está dispuesto,
Segun las sabias leyes de Venecia,
Que si convicto fuere algun extraño
Del crimen de atentar contra la vida
De un ciudadano de Venecia, sea
Por medios indirectos ó directos,
Tendrá la parte contra quien conspire
Derecho á la mitad de su fortuna,
Cobrando la otra el arca del Estado,
Y quedará á merced del Dux la vida
Del ofensor, sin salvacion alguna.
En cuyo caso, digo que te hallas;

Pues por tu proceder, hoy manifiesto,
 Resulta que por vias indirectas,
 Y directas tambien, has atentado
 Del demandado á la existencia misma;
 Y has incurrido en el peligro há poco
 Por mí anunciado. La rodilla dobla,
 Y al Dux perdon, por tanto, implora humilde.

GRAC. Y pide por merced que te concedan
 Permiso para ahorcarte por tu mano;
 Aunque estando tu hacienda confiscada,
 Ni el valor del cordel te habrá quedado,
 Y á costa suya habrá de ahorcarte el pueblo.

DUX. Para que veas, Shylock, cuanto dista
 Tu proceder del nuestro, te perdono
 La vida ántes que tú la solicites.
 En cuanto á la mitad de tu fortuna,
 A Antonio corresponde, y al Estado
 La otra mitad, que acaso en una multa
 Podrá trocar tu proceder humilde.

POR. A favor del Estado, no de Antonio.

SHY. Tomad mi vida, y todo: nada quiero.
 Me arrebatáis mi casa cuando de ella
 La viga arrebatáis que la sostiene:
 Me arrebatáis la vida cuando á un tiempo
 Me arrebatáis los medios con que vivo.

POR. Antonio ¿qué merced podreis hacerle?

GRAC. Dale una sogá grátis, no otra cosa,
 Por el amor de Dios.

ANT. Si el Dux ordena,
 Y aprueba el tribunal que se le libre
 Del pago de la multa que le impone
 La ley, de una mitad de su fortuna,
 Con la otra me daré por satisfecho,
 Con tal que aquí consienta que á su muerte
 La herede el caballero que á su hija
 Há poco arrebató. Le impongo, empero,
 Dos condiciones más:—Que agradecido
 Por tal favor, abjure sus errores,

Y al cristianismo luego se convierta
 Y es la otra: que haga donacion, por acta
 Firmada ante esta audiencia, en que se nombren
 Herederos de cuanto poseyere
 A su yerno Lorenzo, y á su hija.

DUX. Juro que lo ha de hacer, ó de otro modo
 Revocaré el perdon que le he otorgado.

POR. Judío, ¿estás contento? ¿Qué contestas?

SHY. Contento estoy.

POR. Pues que se extienda el acta.

SHY. Si os place, permitid que me retire:
 Me siento enfermo: remitidme el acta;
 Despues la firmaré.

DUX. Véte, pero hazlo.

GRAC. Tendrás al bautizarte dos padrinos:
 Si fuera yo tu juez, diez más tuvieras (1),
 Para llevarte á la horca, no á la pila. (Vase Shylock.)

DUX. Os brindo con mi mesa; honradla os ruego

POR. Perdon humilde á vuestra Alteza pido:
 Es menester que á Padua hoy mismo parta,
 Y he de ponerme en marcha sin demora.

DUX. Me duele que os apremie el tiempo tanto.
 Antonio, gratifica al forastero,
 Pues, á mi ver, algun favor le debes.
 (Vánse el Dux, los Senadores y acompañamiento.)

BAS. Muy digno y noble hidalgo, yo y mi amigo
 Nos vemos libres hoy de graves males
 Merced á vuestro ingenio y buen discurso,
 Y en pago de merced tan señalada
 Os ofrecemos los tres mil ducados,
 La suma que al judío era debida.

ANT. Por lo demas, quedando eternamente
 Deudores vuestros en amor y en obras.

POR. Aquel que está contento, está pagado.
 Yo, habiéndoos libertado, estoy contento;
 Y estándolo, me juzgo bien pagado:

(1) Diez más, es decir, los doce miembros del jurado.

Nunca como hoy fué interesada mi alma.
Si alguna vez tornásemos á vernos,
Tened á bien reconocerme entónces.

Quedad con Dios. Con esto me despido.

BAS. Hidalgo, es fuerza que con vos portéis.

Admitid un recuerdo de nosotros,

Cual regalo, no á título de pago.

Que me otorgueis dos súplicas os ruego:

No rechaceis mi oferta, y perdonadme.

POR. Mucho me instais: es fuerza ya que ceda.

(A Ant.) Pondréme vuestros guantes por recuerdo;

(A Bas.) De amor en prenda dadme esa sortija.

No retireis la mano; más no admito;

Y cual favor no lo podeis negarme.

BAS. ¿Esta sortija? Es una bagatela.

Sonrojo me causara el daros eso.

POR. Pues eso quiero, y nada más admito:

Ya de poseerla me va dando gana.

BAS. Vale esta joya más de lo que cuesta.

Os daré la sortija más costosa

Que haya en Venecia con pregon buscada.

¿Esta?... no puedo... Perdonadme, os ruego.

POR. Sois liberal en ofrecer, hidalgo:

A mendigar primero me enseñasteis,

Y ahora me dais leccion, segun colijo,

De cómo se contesta á un pordiosero.

BAS. Dióme este anillo mi mujer, hidalgo;

Y con un voto me exigió promesa

De no venderlo, darlo ni perderlo.

POR. Es una excusa con que muchos suelen

Escatimar sus dones. Por mi parte,

A no ser loca vuestra esposa, creo

Que no se mantuviera eternamente

Enfadada con vos por un anillo,

Cuando supiera en pago de qué obra

Me hicisteis tal regalo. Dios os guarde.

(Vánse Porcia y Nerisa.)

ANT. Señor Basanio, dadle la sortija:

Y valgan tanto como el mandamiento
De vuestra esposa los servicios suyos
Y el grande amor que os tengo

BAS. Vé, Graciano;

Corre tras él, alcánzale lijero,

Dale el anillo, y, si lograrlo puedes,

Llévale á casa del amigo Antonio.

Vé, date prisa. (Váse Graciano.) Vos y yo los pasos

Hácia ella encaminemos, y mañana

Al ser de dia el vuelo tenderemos

Hácia Belmonte. Vámonos, Antonio. (Vánse.)

ESCENA II

Una calle de Venecia.

Salen PORCIA y NERISA.

POR. Pregunta por la casa del judío,

Y el acta dale; que la firme luego.

Saldremos esta noche, y de este modo,

Un dia entero llegaremos ántes

Que nuestros dos maridos. Bien venida

Será á Lorenzo el acta que le llevo.

Sale GRACIANO.

GRAC. Galan, feliz he sido en alcanzaros.

Despues de reflexion madura, os manda

Mi amo, el señor Basanio, esta sortija.

Y á más os ruega que hoy honreis su mesa.

POR. Eso no puede ser; mas la sortija

Acepto agradecido, y os suplico

Que así se lo digais. Tambien os ruego

Que á mi mancebo le enseñeis la casa

Del viejo Shylock.

GRAC. Tal haré sin duda.

NER. Señor, quisiera hablaros un instante.

(Ap. á Porcia.) Quiero ver si consigo que mi esposo
Me dé el anillo que él con juramento
Me prometió guardar eternamente.

POR. No dudo que lo logres. Con mil votos
Luego nos jurarán que fueron hombres
Los dos á quienes dieron las sortijas.
Mas lo desmentiremos con descaro,
Y si reniegan, renegar sabremos
Vé, date prisa: dónde espero sabes.

NER. Venid, galan. ¿Me enseñareis la casa? (Vánse.)

ACTO V.

ESCENA PRIMERA.

Una calle de árboles que conduce á la quinta de Porcia, en Belmonte.

Salen LORENZO y JÉSICA

LOR. La blanca luna brilla despejada:
En una noche semejante á ésta,
Cuando con dulce acento el cefirillo
Los árboles besaba blandamente
Sin despertar un ay entre sus ramas,
En noche tal, sin duda, Troilo amante
Subió á los muros de la fuerte Troya,
Su alma exhalando hácia las griegas tiendas,
Do aquella noche, Crésida yacía

Jés. En noche semejante, con medrosa
Pisada, Tisbe hollando fué el rocío;
Y vió la sombra del león adusto
Antes de verle el cuerpo, y sin aliento
Huyó espantada.

Lor. En noche semejante,
Dido, la diestra de ondulante vara
De sauce armada, se bajó á la orilla
Del proceloso mar, y con el gesto
Llamó á Cartago al fugitivo Eneas.

Jés. En noche semejante fué cogiendo
Medea aquellas yerbas encantadas

Con cuyo zumo remozara astuta
Al viejo Eson.

LOR. En noche semejante,
Dejó la casa del judío rico
Jésica, y con su amante, de Venecia
Huyó á Belmonte.

JÉS. En noche semejante
Dijo Lorenzo que la amaba firme,
Y el alma le robó con juramentos
A cual más falso.

LOR. En noche semejante,
Jésica, bella cuanto maliciosa,
A su amante injurió, y él la calumnia
Tierno le perdonó.

JÉS. No me vencieras
En esta lid, si á solas nos dejaran;
Pero de un hombre las pisadas oigo.

Sale ESTÉBAN.

LOR. ¿Quién se acerca tan raudo en el silencio
De la callada noche?

EST. Es un amigo.

LOR. ¿Un amigo? ¿Qué amigo? Vuestro nombre
Decidme, amigo.

EST. Estéban es mi nombre.
Vengo á anunciaros que á Belmonte en breve,
Antes que raye el alba, mi señora
Regresará. Piadosa se arrodilla
Y reza al pié de cada cruz que encuentra,
Pidiendo al justo cielo que bendiga
Su vida conyugal.

LOR. ¿Quién la acompaña?

EST. Un ermitaño santo, y su doncella.

LOR. Decídme, os ruego: ¿ha regresado el amo?
Aún no. Ninguna nueva de él tenemos.
Entremos, si te place, esposa mia,
Y con esmero recepcion honrosa
Al ama de esta casa preparemos.

Sale LANZAROTE.

LAN. ¡Hola, hola! ¡Ea! ¡Hola, hola!

LOR. ¿Quién llama?

LAN. ¡Hola! ¿Habeis visto al señor Lorenzo, y á
la señora Lorenzo? ¡Hola, hola!

LOR. No grites, hombre. Por aquí.

LAN. ¡Hola! ¿Dónde, dónde?

LOR. Aquí.

LAN. Decidle que ha llegado un correo de mi amo,
que trae su bocina repleta de buenas noticias,
mi amo estará aquí ántes del amanecer. (Váse.)

LOR. Entremos, alma mia, y su llegada
Allí esperemos. Pero ya, ¿qué importa?
¿Para qué entrar? Os ruego, amigo Estéban,
Que anunciéis de vuestra ama la venida
Allá en la casa; y á la vez dad orden
De que salgan los músicos al raso. (Váse Estéban.)
¡Cuán dulcemente sobre el césped duermen
Los argentados rayos de la luna!
Sentémonos sobre él, y nuestro oído
Absorba el son de música süave.
Bien se avienen la noche y el silencio
Con los trinos de acorde melodía.
Siéntate aquí, mi Jésica, y contempla
Del cielo la ancha bóveda incrustada
De patenitas de oro reluciente.
No hay uno sólo, ni aún el más pequeño
De los lucientes globos que allí miras,
Que en movimiento acorde el dulce canto
No imite de los ángeles, uniendo
Su voz al coro de almos querubines:
Pues tal es la armonía que se encierra
En inmortales almas; pero en tanto
Que esta perecedera vestidura
De bajo cieno nuestro sér encubre,
Nuestra alma no la advierte.

Salen los músicos.

Herid las cuerdas,
 Y con un himno despertad á Cintia.
 Herid con son dulcísimo el oído
 De la señora vuestra, y hácia casa
 Con música atraédla. (Música).
 JÉS. Nunca alegre
 Me deja el son de música acordada.
 LOR. Porque vuestra alma se conmueve atenta:
 Pues contemplad, tal vez, en campo abierto,
 Manada de novillos juguetones,
 O de cerriles, vigorosos potros,
 Cual corren, botan, mugen y relinchan,
 Su condicion fogosa revelando.
 Si oyen tan sólo de un clarín el toque,
 O acaso llega melodioso acento
 De música á su oído, de repente
 Inmóviles los vereis, el vivo rayo
 De sus abiertos ojos convertido
 En un mirar modesto, por la magia
 De música dulcísima domado.
 Hé aquí por qué fingieron los poetas
 Que con su lira atrajo el trazo Orfeo
 A rios, rocas, y árboles; pues nada
 Hay tan feroz, agreste y furibundo,
 Que al poder de la música no ceda,
 De condicion mudando mientras dura.
 El hombre en cuyo espíritu no anida
 Música alguna, á quien jamás conmueve
 El grato acorde de sonidos dulces,
 Es propio para intrigas y traiciones,
 Despojos y pillajes: los instintos
 De su alma son pesados cual la noche,
 Y negros como el Tártaro sus gustos:
 Nadie se fie de él. JÉSICA, escucha.

Salen PORCIA y NERISA á cierta distancia.

POR. Aquella luz que ves arde en mi sala.
 ¡Cuan léjos manda sus fulgentes rayos
 Aquella breve llama! Así reluce
 Una obra buena en el perverso mundo.
 NER. La luz no vimos al brillar la luna.
 POR. Así oscúrecen los potentes rayos
 De una gloria mayor á otra más breve.
 Con tanto resplandor como un monarca
 Brilla un ministro hasta que aquel se acerca;
 Su pompa entonces se deshace toda,
 Como en el mar inmenso pobre arroyo.
 ¡Música! ¡Escucha!
 NER. Es la de vuestra quinta.
 POR. Veo que nada es bueno sin respeto:
 Más dulce, pienso, que de día, suena.
 NER. Le da el silencio tal virtud, señora.
 POR. Tan dulce cual la alondra canta el cuervo
 Cuando á ninguno de los dos se atiende;
 Y si cantara el ruiseñor de día
 A tiempo en que los patos roncós graznan,
 Sospecho yo que el mundo lo tuviera
 Por tan vulgar cantor como el triguero,
 Hechas las cosas en sazón debida,
 ¡Cuánta virtud, qué perfección adquieren!
 ¡Silencio! en brazos de Endimion la luna
 Duerme y no sufre que su sueño turben.
 (Cesa la música.)
 LOR. De Porcia es esa voz ó yo me engaño.
 POR. Me reconoce como el ciego al cuco,
 En la maldita voz.
 LOR. Señora mia,
 Vengais con bien á casa.
 POR. Hemos rezado
 Por la salud de nuestros dos esposos,
 Los cuales lograrán mejor fortuna,
 Merced á nuestros ruegos, esperamos.

¿Han regresado ya?

LOR. Aún no, señora;
Mas vino precediéndoles un hombre
Que anuncia su llegada.

POR. Vé, Nerisa,
Y á los criados di que no hagan caso,
Ni hablen de nuestra ausencia. Haced lo propio,
Lorenzo, vos; y vos, Jésica, os ruego.
(Suenan una trompa.)

LOR. Vuestro esposo está cerca; ¿oís su trompa?
Señora, no temais; discretos somos.

POR. Pienso que es esta noche un dia enfermo;
Mas pálida parece; es como un dia
De aquellos en que el sol su faz anubla.

Salen BASANIO, ANTONIO, GRACIANO y acompañamiento.

BAS. Al mismo tiempo que en el polo opuesto
Aquí de dia fuera, si salierais
Cuando se ausenta el sol del horizonte.

POR. Emane luz (1), mas cual la luz liviana
No sea yo; pues la liviana esposa
Engendra pesadez en el marido:
Nunca por mi la tenga mi Basanio.
¡Ventura nos dé Dios! A vuestra casa
Seais muy bien llegado, dueño mio.

BAS. Gracias, señora. Dad la bienvenida
A mi amigo, pues éste es aquel hombre,
Este es Antonio, aquel á quien yo debo
Mercedes infinitas.

POR. Vuestra deuda
Muy grande debe ser, pues segun oigo,
Se vió por vos en estrechez notable.

(1) El original dice: «Emane luz, mas no sea liviana.» Estas palabras, luz y liviana ó ligero, tienen en inglés idéntica ortografía y pronunciación.

ANT. Aunque así fué, la deuda está saldada.

POR. El bienvenido sois á nuestra quinta;
Lo he de probar con obras, no con dichos,
Por tanto abrevio los cumplidos vanos.

GRAC. (A Nerisa.) Por esa luna, juro que me ofendes:
Al pasante de un juez lo dí, á fe mia.
¡Viérale yo capado, por mi parte,
Ya que lo tomas tan á pecho, prenda!

POR. ¡Una reyerta ya! ¿De qué se trata?

GRAC. De un aro de oro, un miserable anillo,
Que ella me dió, de una leyenda ornado,

En verso, cual los graba un cuchillero
En un puñal: «Amame, y no me dejes.»

NER. ¿Qué importa su valor, ni la leyenda?

Cuando os la regalé, vos me jurasteis
Llevarla hasta el instante de la muerte,
Y enterrarla con vos en vuestra tumba.

Aunque por mí no fuera, por los votos
Vehementes que jurasteis, fuera justo
Que la guardarais vos como oro en paño.

¿Al pasante de un juez, decís, le disteis?

Dios es testigo y juez de que el pasante
A quien lo disteis, nunca tendrá bozo.

GRAC. Sí, tal; si vive, y á ser hombre llega.

NER. Sí, si á ser hombre una mujer llegara.

GRAC. Por esta mano, se la dí á un jóven,
Así, un rapaz, un muchachuelo imberbe,

No más alto que tú; del juez pasante,
Tremendo parlanchin. De sus servicios

En pago le pidió, y alma no tuve
Para negarle galardón tan corto.

POR. Hicisteis mal, os he de ser muy franca,

En desprenderos tan livianamente
Del primer don que os hizo vuestra esposa;

Pegado á vuestro dedo con mil votos,
Con tanta fe clavado en vuestra carne.

Al amor mio dile yo un anillo,
Y le obligué á jurar que nunca, nunca

Se desprendiera de él. Está presente;
Segura estoy que no lo dejaría,
No se lo quitaría de su dedo
Por todo el oro que este mundo encierra.
A fe, Graciano, dais á vuestra esposa
Harto motivo para estar con pena.
Si me pasara á mí, loca estaría.

BAS. (Aparte.) Sin duda fuera aquí lo más prudente
Que me cortara la siniestra mano,
Y le dijera que perdí el anillo,
Luchando con teson por defenderlo.

GRAC. Pues mi señor Basanio dió su anillo
Al juez, quien lo pidió, y sin duda alguna
Lo mereció también. Luego el muchacho,
El pasante del juez, que con esmero
Desempeñó su cargo de escribiente,
Pidió el mio; y ni el amo, ni el criado
Quisieron admitir más recompensa
Que la sencilla de los dos anillos.

POR. ¿Y qué anillo le disteis vos, Basanio?
No aquel, espero, que de mí tuvisteis.

BAS. Si en mí cupiera ennegrecer mi falta
Con la mentira, os lo negara, Porcia;
Pero, ya veis, mi dedo está desnudo
Del anillo precioso: no lo tengo.

POR. No de otra suerte, de verdad exenta
Teneis el alma aleve. Al cielo juro,
Que no me he de acostar en vuestro lecho,
Mientras no me mostreis aquel anillo.

NER. Ni yo en el vuestro, hasta que el mio vea.

BAS. Querida Porcia, si supiereis sólo
A quién dí yo el anillo, si supiereis
Por quién dí yo el anillo, y concibiereis
Por qué dí yo el anillo, y con qué pena
Me desprendí de aquel anillo, cuando
Nada quisieron sino aquel anillo,
Templarais el rigor de vuestro enojo.

POR. Si la virtud supiereis del anillo,

O sólo, en parte, cuánto vale aquella
Que os dió el anillo, ó cuánto le importaba
A vuestro honor el uso del anillo,
No os desprendierais nunca del anillo.
Pues ¿qué hombre hubiera de razon tan falto,
Que, al defenderlo vos con algun celo,
Con tan tenaz porfia os exigiera
Prenda querida y respetada tanto?
Nerisa está en lo cierto, y me sugiere
Lo que he de creer. Apostaré la vida,
Que á alguna dama disteis el anillo.

BAS. ¡No, por mi honor, señora, por mi alma,
Juro que no lo he dado á dama alguna!
Sino á un civil doctor, que desprendido
Rehusó tres mil ducados que le daba,
Y me pidió el anillo. Pesaroso
Se lo negué, dejando que se fuera
El hombre, el mismo que salvó la vida
De mi mejor amigo, disgustado.
¿Y qué quereis que os diga, amada Porcia?
Fué menester mandárselo; vergüenza
Y cortesía á hacerlo me obligaron:
No consintió mi honor que le manchara
Tan negra ingratitud. Perdon, señora;
Por esas sacras luces de la noche,
Pienso, que á estar vos misma allí, me hubie-

[rais

Pedido aquel anillo para darlo
Al íntegro doctor.

POR. Que no se acerque
El tal doctor á mi morada nunca.
Ya que posee la joya que yo amaba,
Y que jurasteis vos en honor mio
Guardar eternamente; he de volverme
Tan liberal cual vos; no he de negarle
Nada, ni aún mi persona, ni aún el lecho
De mi propio marido. Estoy segura
Que le he de conocer. Ninguna noche

Dejeis, por tanto, de dormir en casa:
Como Argos vigiladme; de otra suerte,
Si no lo haceis, si me dejais á solas,
Os juro por mi honra, que aún es mia,
Que en uno he de yacer con el letrado.

NER. Y yo con su pasante. ¡Conque, alerta!
Dejadme vos campar por mi respeto.

GRAC. Pues hazlo; mas cuidado no le coja,
O embotaré la pluma al seor pasante.

ANT. Yo soy la infausta causa de estas riñas.

POR. No os aflijais; pues, á pesar de todo,
El bienvenido sois.

BAS. Perdoná, Porcia,
El mal que á pesar mio te he causado;
Y aquí, á la faz de todos mis amigos,
Te juro, hermosa, por tus lindos ojos
En que me veo...

POR. ¡Reparad en eso!
En mis dos ojos vese él duplicado,
Un Basanio en cada órbita contempla:
Jurad por la doblez de vuestro espíritu,
Y jurareis un voto fidedigno.

BAS. ¡Oye, por Dios! Perdóname esta falta,
Y por mi amor te juro que en mi vida
Quebrantaré palabra que te diere.

ANT. Presté una vez mi cuerpo por servirle,
El cual, sin el auxilio de aquel hombre
A quien dió vuestro esposo la sortija,
Perdido estaba sin remedio alguno.
Contraigo nuevamente compromiso,
Y el alma en prenda doy, de que Basanio
No volverá á romper la fe jurada,
No con intento al ménos.

POR. Pues entonces
Su fiador sereis. Dadle esta joya:
Y que la estime en más que la primera
De él exigid.

ANT. Tomad, señor Basanio:

Jurad no desprenderos de este anillo.

BAS. ¡Cielos! ¡el mismo es que al letrado diera!

POR. Lo tuve de él. Perdóname, Basanio,
Pues me gozó el doctor por ese anillo.

NER. Perdóname tambien, mi buen Graciano;
Que anoche aquel rapaz, pasante imberbe,
En pago de esto, reposó conmigo.

GRAC. Esto es lo mismo que allanar las vías
En el verano, cuando están bien llanas.

¿Sin merecerlo, somos ya cornudos?

POR. No habléis tan mal. — Estais suspensos todos:

¿Veis esta carta? Leedla cuando os plazca;
Viene de Padua, escribela Belario.

Vereis por ella que el doctor fué Porcia,
Nerisa su pasante. Aquí Lorenzo

Atestiguar podrá que á un tiempo mismo
Sali tras vos, volviendo en este instante:

El umbral de mi casa aún no he pisado.
Seais muy bien venido, Antonio, á ella.

Mejores nuevas para vos reservo
De las que imagináis. Leed esta carta.

Vereis por ella que de vuestras naves
Tres á seguro puerto de improviso

Llegaron ya cargadas de riqueza.
He de ocultaros el suceso extraño

Que puso entre mis manos esa carta.

ANT. Y yo enmudezco.

BAS. ¿Fuisteis vos, señora,
El buen doctor, y yo no os conocia?

GRAC. ¿Fuisteis vos el pasante? ¡aquel que aspira
A ornar mi frente á guisa de cabestro?

NER. Si tal; pero un pasante que no piensa
Hacer tal cosa mientras no fuere hombre.

BAS. Dulce doctor, compartireis mi lecho:
Y cuando yo esté ausente, con mi esposa
Podreis yacer en uno.

ANT. Hermosa dama,
A vos la vida debo y la fortuna;

Pues como cosa cierta aquí descubro
Que en salvo mis bajeles á la rada
Llegaron ya.

POR. Y en cuanto á vos, Lorenzo,
Algun consuelo os guarda mi pasante.

NER. Y se lo voy á dar sin honorario.

Tomad; á vos y á Jésica os entrego
Acta especial de donacion firmada
Por el judío, quien os lega todo
Cuanto tuviere en la hora de su muerte.

LOR. Señora, derramais maná bendito
En el camino de extenuada gente.

POR. El alba va á rayar, y estoy segura
Que aún satisfechos no quedais del todo
De lo que acabo de contar. Entremos,
Y allí podreis mejor interrogarnos,
Nosotros responder fielmente á todo.

GRAC. Pues dicho y hecho. La primer pregunta
Que me ha de contestar con juramento
Nerisa, es, cuál prefiere: á la siguiente
Noche aguardar, ó recostarse ahora,
Estando ya tan próxima la aurora;
Mas si de dia fuera, yo el primero
La aparicion pidiera del lucero
Entre nocturnas sombras, anhelante
De irme á acostar del juez con el pasante.
Seráme hasta que muera ley precisa
Guardar bien el anillo de Nerisa. (Vánse.)

MEDIDA POR MEDIDA.

PERSONAJES.

VICENCIO, *duque de Viena.*

ANCEL, *delegado del duque durante la ausencia de éste.*

ESCALO, *noble anciano de la corte del duque.*

CLAUDIO, *joven de familia noble.*

LUCIO, *libertino.*

DOS CABALLEROS, *amigos de Lucio.*

UN ALCAIDE.

TOMÁS, } *frailes.*
PEDRO, }

UN JUEZ.

VARRIO.

CODO, *alguacil ridiculo.*

ESPUMA, *hidalgo simple.*

POMPEYO, *criado de la dueña Pordemás.*

HORROREZ, *verdugo.*

BERNARDINO, *preso disoluto.*

ISABEL, *hermana de Claudio.*

MARIANA, *desposada de Angel.*

JULIETA, *amada de Claudio.*

FRANCISCA, *monja.*

LA DUEÑA PORDEMÁS, *alcahueta.*

*Nobles, empleados, ciudadanos, un muchacho y
acompañamiento.*

ESCENA: Viena.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

Un aposento del palacio ducal.

Salen el DUQUE, ÉSCALO, NOBLES y acompañamiento.

DUQUE. Éscalo.

Esc.

Alteza.

DUQUE.

Discurrir ahora

Sobre las propiedades del gobierno,

En mí parecería vano alarde

De inútil elocuencia, pues me cons

Que excede tu saber en tal asunto

A los consejos todos que pudiera

Darte mi autoridad: tan sólo falta

Que juntes tu virtud con tu valía,

Y deja que obren ellos. Del carácter

De nuestro pueblo, de los fueros, leyes,

É instituciones que al Estado rigen

Eres conocedor, y tan experto

En su gobierno como cualquier otro

Que yo recuerde, á quien práctica y arte

Lograron adiestrar. Hé ahí mi encargo:

Que no te apartes de él es mi deseo.

Llamad á mi presencia al conde Angel.

(Váse un criado.)

¿Qué tal opinas tú que hará mis veces?
 Que has de saber que, previsor y cauto,
 Para suplir mi falta le he elegido.
 Prestéle mi terror, de mi clemencia
 Le he revestido y, como á sustituto,
 Los atributos todos le he entregado
 De mi propio poder. ¿Qué piensas de ello?
 Esc. Si hay hombre alguno en toda Viena digno
 De tanto honor y de merced tan ámplia,
 Sin duda, es Angel.
 DUQUE. Mírale do viene.

Sale ANGEL.

ANG. Siempre obediente á tu mandato, Alteza,
 A recibir tus órdenes acudo.
 DUQUE. Hay, Angel, en tu vida cierto sello
 Que al hombre observador revela claro
 Tu historia toda. Tu valer, tus dotes,
 Tan propios no te son, ni son tan tuyos
 Que puedas malgastar tu vida en ellos
 Tan por completo, ni ellos en ti solo.
 Nos usa el cielo cual la antorcha usamos:
 No para sí se enciende. Si no esparce
 Nuestra virtud su brillo en torno suyo,
 Fuera lo mismo, á fe, que no tenerla.
 El alma noble nace destinada
 A noble fin; jamás prestó natura
 El átomo menor de sus primores
 Sin exigir, cual diosa avara siempre,
 Del usurero el galardón: las gracias
 Y el rédito además. Pero esto digo
 A quien mejor pudiera aleccionarme.
 (Dándole el despacho.)

Ten, Angel, pues. Durante nuestra ausencia
 Tú ocuparás en todo el puesto mio.
 La muerte y el perdón en Viena sólo
 Residen en tu pecho y en tu lengua.

Éscalalo, aunque con él hablé primero,
 Tu segundo será. Toma el despacho.
 ANG. Mi príncipe y señor, primero deja
 Que á mayor prueba mi metal exponga,
 Antes que en él tan noble sello imprimas.
 DUQUE. No hay evasion. Tras reflexion madura
 Y meditada, fuiste tú elegido:
 De autoridad revístete, por tanto.
 Exige mi partida tal premura,
 Y me urge tanto, que á dejar me obliga
 Sin resolver asuntos de importancia.
 Daréte cuenta de mi estado cuando
 El tiempo y la ocasion me lo aconsejen;
 Y espero recibir noticias vuestras.
 Quedad con Dios, y el éxito corone
 Vuestros esfuerzos todos cual deseo.
 ANG. Permite que sirviéndote vayamos,
 Alteza, al menos, parte del camino.
 DUQUE. No tal, no lo consiente mi premura.
 No abrigues duda alguna por tu vida:
 Igual en todo es tu poder al mio:
 La ley violenta ó templa á gusto tuyo.
 Dame la mano: iréme ocultamente.
 Al pueblo quiero, pero no me gusta
 Hacer ostentacion de mi persona
 Delante de sus ojos, ni apetezco,
 Por más que halaga, su ruidoso aplauso
 Y sus vehementes vivas: ni por hombre
 De discrecion madura tengo á nadie
 Que de ello guste. Adios de nuevo os digo.
 ANG. Contigo en toda empresa el cielo sea.
 Esc. Véte con él, y con él vuelve alegre.
 DUQUE. Gracias. Que os guarde Dios. (Váse.)
 Esc. Señor, te pido
 Licéncia para hablarte libremente.
 Me importa conocer mi cargo á fondo:
 Tengo poder, mas de qué fuerza ó clase,
 Me queda por saber.

ANG. Igual me pasa.
 Ven, discurremos juntos; de esa suerte
 Fácil será que solucion logremos
 Dar á este punto. Ven.
 Esc. Guia, Excelencia. (Vánse.)

ESCENA II.

Una calle.

Salen LUCIO y dos CABALLEROS.

LUCIO. Si nuestro duque y los demas duques no se ponen de acuerdo con el rey de Hungría, veis cómo se sublevarán todos los duques contra el rey.

CAB. 1.º ¡Que el cielo nos conceda su paz, pero no la del rey de Hungría!

CAB. 2.º ¡Amén!

LUCIO. Rematas tu oracion como aquel pirata devoto que se hizo á la mar con la ley de los diez mandamientos; pero borró uno de la tabla.

CAB. 2.º ¡No robarás?

LUCIO. Sí, ese lo borró.

CAB. 1.º Por cierto, semejante mandamiento mandaba al capitan, y á toda su tripulacion renegar de su oficio; pues se hicieron á la vela para robar. No hay un solo soldado entre nosotros á quien no se le indigeste, en las gracias que se dan despues de la comida, la oracion en que se pide que haya paz.

CAB. 2.º No sé de ningun soldado á quien eso le disguste.

LUCIO. Lo creo, pues sospecho que no comiste nunca donde hubiese costumbre de rezar.

CAB. 2.º ¡Cómo nó? Una docena de veces por lo menos.

CAB. 1.º ¡Cómo? ¿en verso?

LUCIO. En todos los metros y en todas las lenguas del mundo.

CAB. 1.º Lo creo; y en todas las religiones.

LUCIO. ¿Y por qué nó? Dar gracias es dar gracias, á despecho de toda controversia. Tú mismo, *verbi gratia*, eres un pícaro redomado, y te acuerdas más de las Gracias que de dar gracias á Dios.

CAB. 1.º Sí, sí; estamos cortados por una misma tijera.

LUCIO. Cierto; como velludo y paño burdo. Tú eres el paño burdo.

CAB. 1.º Y tú el velludo. Buen velludo estás tú; aterciopelado, sin duda. Más quisiera ser una lista de paño burdo inglés, que un velludo como tú, aterciopelado por manos francesas. ¿Te llevo al vivo ahora?

LUCIO. Creo que sí; pero es á costa de tu propia reputacion. Ya sé, por tu misma confesion, cómo he de beber á tu salud; pero mientras viva me guardaré de beber despues de ti.

CAB. 1.º Creo que me he hecho agravio á mí mismo.

CAB. 2.º Sí tal, estés contagiado, ó no lo estés.

LUCIO. ¡Mirad, mirad, dónde viene la dueña Mitigacion! He adquirido bajo su tejado enfermedades por valor de...

CAB. 2.º ¿De cuánto?

LUCIO. Adivinad.

CAB. 2.º ¿De tres mil dolores... digo, doblones por [año?

CAB. 1.º Sí, y encima de eso...

LUCIO. Un par de coronas francesas.

CAB. 1.º Estás hablando siempre de mis enfermedades; pero te engañas: estoy sano; no saqué nunca nada.

LUCIO. Pero te han sacado bastante: te han sacado hasta los tuétanos: tus huesos están huecos: la depravacion se cebó en ti.

Sale la DUEÑA PORDEMAS.

CAB. 1.º ¡Hola! ¿qué tal? ¿en cuál de tus caderas está ahora más arraigada la ciática?

DUE. Ya, ya; allí acaban de prender y llevar á la cárcel á un mozo que valia por cinco mil de vosotros.

CAB. 2.º Di pronto quién es.

DUE. ¿Quién quereis que sea, hidalgo, sino Claudio? el señor Claudio.

CAB. 1.º ¡Claudio preso! No puede ser.

DUE. ¿Que no puede ser? Pues á fe que á mí me consta. Yo misma le ví prender y le ví conducir á la cárcel; y lo que es más: dentro de tres dias le cortarán la cabeza.

LUCIO. Dejando á un lado la broma, no quisiera que fuese cierto. ¿Estás segura de lo que dices?

DUE. ¡Y tan segura! y es todo por haber dejado en cinta á la señora Julieta.

LUCIO. Creedme, es muy posible. Me prometió acudir hace dos horas á una cita, y siempre fué puntual en eso de cumplir su palabra.

CAB. 2.º Por otra parte, ya veis que concuerda completamente con lo que decíamos poco há.

CAB. 1.º Y sobre todo con la proclama.

LUCIO. Venid; vamos á averiguar la verdad.
(Vánse Lucio y caballeros.)

DUE. Y es el caso que con la guerra por un lado, los sudores por otro, por una parte las galeras, por otra la pobreza, me voy quedando sin parroquia.

Sale POMPEYO.

¡Hola! ¿Qué nuevas me traes?

POM. Ya se llevaron á aquel hombre á la cárcel.

DUE. ¿Y qué ha hecho? ¿se puede saber?

POM. Ha deshecho á una mujer.

DUE. Pero ¿cuál es su ofensa?

POM. Pescar truchas á tientas en arroyo ajeno.

DUE. ¿Hale hecho un hijo á alguna doncella?

POM. No, le ha hecho una hija á cierta moza. ¿No sabeis nada del bando?

DUE. ¿Qué bando es ese?

POM. Todas las casas de trato que hay en los arrabales de Viena han de venir al suelo.

DUE. ¿Y qué harán con las de la ciudad?

POM. Quedarán en pié para criar semilla. Tambien las hubieran mandado derribar, á no ser por un sabio concejal que salió á su defensa.

DUE. ¿Y van á derribar todas las casas públicas de los arrabales?

POM. Todas, hasta los cimientos, dueña.

DUE. ¡Vaya! ¿esta si que es cosa nueva en la república! ¿Qué va á ser de esta desdichada?

POM. ¡Cá! no tengais miedo. Al buen abogado no le faltan pleitos; aunque mudeis de vivienda, no por eso debéis mudar de oficio. Seguiré sirviéndoos en clase de mozo de taberna. ¡Animo! Tendrán compasion de vos; vos que casi habeis perdido los ojos en el oficio: sin duda, harán con vos la vista gorda.

DUE. ¿Qué va á ser de nosotros, mozo Tomás? Retirémonos.

POM. Aquí viene el señor Claudio, á quien lleva preso el alcaide; y ved allí tambien á la señora Julieta. (Vánse.)

Salen el ALCAIDE, CLAUDIO y JULIETA entre alguaciles.

CLAUD. ¿Por qué me enseñas de esta suerté al [mundo?

Vé, llévame á la cárcel do voy preso.

ALC. Por mala voluntad no lo hago, sino Por órden especial del conde Angel.

CLAUD. Así pagar nos hace nuestras culpas
La semi-diosa autoridad, á peso.
La ley de Dios lo dice: al que le toca,
Le toca; y al que no, se queda libre,
Y bien está; mas siempre es justiciera.

Salen LUCIO y dos CABALLEROS

LUCIO. ¿Qué es esto, Claudio? ¿preso tú? ¿por
[dónde?

CLAUD. Lucio, por libertad en demasía.

Así como el hastío engendra ayuno,
La libertad, usada con exceso,
Se trueca en sujecion. Nuestro apetito,
Como el raton goloso que se traga
Su propia muerte, sigue el mal sediento,
Y al mitigar la sed, bebemos muerte.

LUCIO. Si pudiese hablar tan sesudamente estan-
do preso, mandaria llamar á algunos de mis
acreedores. Pero con todo, á decir verdad, pre-
fiero la frivolidad de la libertad á la morali-
dad de la prision. ¿Cuál ha sido tu ofensa,
Claudio?

CLAUD. El pronunciarla fuera ofensa nueva.

LUCIO. ¿Alguna muerte acaso?

CLAUD.

No.

LUCIO.

¿Lujuria?

CLAUD. Llámalo así.

ALC. Debeis partir, hidalgo.

CLAUD. Escucha una palabra, amigo Lucio.

LUCIO. Y cien, si algun provecho hacerte pueden.
¿Con tal rigor castigan la lujuria?

CLAUD. En tal apuro estoy. Por leal contrato

Dueño del lecho vine á ser de Julia.

Tú la conoces. Es mi esposa en todo;

Tan sólo falta publicar el acto,

Como lo exige el uso. No lo hicimos,

Debido á cierto dote no pagado,

Que aún se halla de sus deudos en el arca;
De los cuales juzgábamos prudente
Ocultar nuestro amor hasta que el tiempo
Les inclinara á sernos favorables.
Pero es el caso que el secreto hurto
De nuestro mutuo trato se halla impreso
En rasgos harto grandes en Julieta.

LUCIO. ¿En cinta acaso?

CLAUD.

En cinta por desgracia.

Y el delegado del ausente duque—

Ya sea culpa de su nuevo empleo,

Que con su falso brillo le deslumbra,

O ya que el bien comun es como un potro

Al que el virey, reciente aún en la silla,

Para que entienda que cual buen jinete

Sabe mandar, hace sentir la espuela;

Ya sea que es despótico de suyo

El cargo, ó lo es su Alteza que lo ocupa;—

No sé, pero es lo cierto que este nuevo

Gobernador me saca de hondo olvido

Mil leyes anticuadas que en el polvo,

Cuelgan há tanto tiempo, que han pasado

Veinte zodiacos ya, sin que una de ellas

Se haya aplicado; y por cobrar renombre,

Contra mí nuevamente resucita

Esa olvidada, adormecida pena:

Sin duda alguna, es por cobrar renombre.

LUCIO. Es por eso, te lo aseguro; y tu cabeza está

tan poco firme en tus hombros, que una le-

chera enamorada pudiera derribártela de un

suspiro. Manda recado al duque, y apela á él.

CLAUD. Tal hice, pero en parte alguna le hallan.

Te ruego, Lucio, que un favor me prestes:

Hoy debe entrar mi hermana en un convento,

En donde va á pasar el noviciado;

Infórmala del riesgo en que me encuentro;

Implórala que busque en nombre mio

Amigos que al severo juez ablanden:
 Ruégala que ella misma le conjure;
 Confío mucho en ella; su ternura
 Y juventud poseen cierta elocuencia
 Que sin palabras habla irresistible
 Al corazon del hombre: de otra parte,
 De gracia y de agudeza está dotada,
 Y mueve su palabra á quien la escucha.

LUCIO. Quiera Dios que lo logre, no sólo para
 consuelo de los que se encuentren en igual
 apuro, y que de otra suerte tendrian que vivir
 sujetos á esta opresion rigurosa, sino tambien
 para que puedas seguir disfrutando de tu vida;
 pues sentiria en el alma que la perdieses tonta-
 mente á un juego de triquitraque. Voy á verla.

CLAUD. Te lo agradezco, Lucio, ¡oh noble amigo!

LUCIO. Hasta dentro de una hora.

CLAUD. Alcaide, vamos.

(Vánse.)

ESCENA III.

Un monasterio.

Salen el DUQUE y FRAY TOMÁS.

DUQUE. Buen padre, nó; desecha tal idea;
 Ni creas que de amor el leve dardo
 Alcanza á traspasar un pecho entero.
 Si pido que me des secreto albergue,
 Es con un fin más grave y más sesudo
 Que los fines y antojos de la loca,
 Fogosa juventud.

FR. T. Dímelo, Alteza.

DUQUE. Nadie mejor que tú, buen padre, sabe
 Cuán grata á mi alma siempre fué el retiro,
 Cuán enojoso el frecuentar tertulias,

Do juventud, y despilfarro, y necia
 Ostentacion acuden á porfía.
 He confiado al noble conde Angel,
 Hombre severo y de abstinencia firme,
 Mi absoluto poder y puesto en Viena;
 El cual me cree camino de Polonia:
 Que hice esparcir tal voz entre la plebe,
 Y ya válida corre. Sé que ahora
 Preguntarás, mi reverendo amigo,
 Por qué tal hago.

FR. T. Sí, con gusto, Alteza.

DUQUE. Tenemos estatutos rigurosos
 Y leyes muy severas, como frenos
 Precisos para potros cabezudos,
 Que de años diez y nueve á aquesta parte
 Hemos ido aflojando, y hoy descansan
 Como viejo león en su guarida,
 Que ya no sale en busca de su presa.
 Pues bien, habiendo, cual benigno padre,
 Colgado la palmeta, con objeto
 De espantar á sus hijos con la vista,
 No con el uso de ella, con el tiempo,
 Vino á ser más burlada que temida:
 Así nuestros edictos, ya difuntos
 Para el castigo, de hecho ya no existen:
 Y así el descaro de la ley se burla;
 El niño pega al ama, y el decoro
 Doquier de quicio sale.

FR. T. En esas manos
 Estaba el desatar la ley sujeta,
 Cuando te diere gusto; y más terrible
 Hubiera parecido esa reforma
 Hecha por ti que no por Angel.

DUQUE. Temo
 Que hubiese sido por demas terrible.
 Ya que soltó mi incuria el freno al pueblo,
 Tirano hubiera sido en castigarle,
 Acosándole crudo por las faltas

Que yo le consentí, pues dí permiso
 Para ello, dando al crimen libre vuelo,
 Y no al castigo. Por lo tanto, padre,
 En manos de Angel abdiqué tal cargo;
 Quien, escudado con mi nombre, puede
 Herir á fondo, miéntras de la lucha
 Quedo alejado, y de censura á salvo.
 Para observar su modo de gobierno,
 Cual si de la órden vuestra hermano fuera;
 Al príncipe y al pueblo á ver iréme.
 Provéeme, pues, de un hábito, te ruego,
 Y enséñame á portarme en la apariéncia
 Cual verdadero fraile. Más razones
 Para esta accion daréte cuando hubiere
 Tiempo y vagar; baste decirte ahora
 Que es muy severo en todo el conde Angel;
 Contra la envidia cauto se resguarda;
 Confiesa apenas que su sangre corre,
 O que apetece el pan más que las piedras.
 Pronto he de ver si en él hace mudanza
 El mando, ó si merece mi confianza. (Vánse.)

ESCENA IV.

Un convento de monjas.

Salen ISABEL y SOR FRANCISCA.

ISAB. ¿Y no teneis más libertad las monjas?

SOR. F. ¿Pues esa no es bastante?

ISAB. Sí, por cierto.

No hablé en sentido de que fuese escasa,

Sino más bien lo dije deséando

Que hubiese más recogimiento y freno

De Santa Clara en la hermandad devota.

LUCIO (Dentro). ¡Paz sea en esta casa!

ISAB. ¿Quién da voces?

SOR F. La voz es de hombre. Dulce Isabelita,

Ábrele tú; preguntale qué quiere.

Puedes, yo nó; pues aún no hiciste voto.

Cuando hagas voto, es menester que no hables

Con hombre alguno, salvo en la presencia

De la abadesa: entónces si le hablases,

Tendrás que hacerlo con la faz velada;

Si la enseñas, hablarle ya no debes.

LUCIO (Dentro). ¡Paz y prosperidad!

SOR F. Vuelve á dar voces.

Contéstale, te ruego. (Váse.)

ISAB. ¿Quién, quién llama?

Sale LUCIO.

LUCIO. ¡Salve, oh vírgen! si lo eres cual pregonan

Las rosas de esas cándidas mejillas.

Si puedes, haz merced de conducirme

A vista de Isabel, cierta novicia

De este santo lugar, y hermana bella

De su infeliz hermano, el triste Claudio.

ISAB. ¿Por qué infeliz? si es lícito, pregunto;

Y tanto más, teniendo que informaros

Que la que os habla es Isabel, su hermana.

LUCIO. Gentil beldad, tu hermano te saluda,

Y... para no cansarte, está en la cárcel.

ISAB. ¡Triste de mí! ¿por qué?

LUCIO. Por cierta ofensa,

Por la que á ser su juez yo mismo, creeme,

Le castigara dándole las gracias.

Dejó preñada á cierta amiga suya.

ISAB. Hidalgo, no os burleis de mí.

LUCIO. No, cierto.

Yo no quisiera (aunque es mi antiguo flaco

Dar broma á las doncellas, léjos siempre

Del labio el corazon), jugar con todas

De igual manera. Vírgen, yo te miro

Como algo celestial y sacrosanto;

Por tu renuncia, un inmortal espíritu,

A quien se debe hablar como á una santa,

De místico fervor el alma llena.

ISAB. Hacerme burla es ultrajar al Bueno.

LUCIO. No pienses tal.—De veras, pues, y en breve

Tu hermano y su adorada se abrazaron;

Y como engordan los que bien se nutren,

Como el Abril, tras la copiosa siembra,

Trueca el barbecho yermo en fértil campo;

Así revela su fecundo seno

El fruto de su esfuerzo y su cultivo.

ISAB. ¿En cinta álguien por él? ¿Mi prima Julia?

LUCIO. ¿Es prima tuya?

ISAB. Sí, prima adoptiva;

Como entre colegiales es costumbre

Trocar de nombres por pueril afecto,

Aunque sincero.

LUCIO. Es ésa misma.

ISAB. Entónces.

Cásense ella y él.

LUCIO. Hé ahí el dilema.

De aquí partió de extraño modo el duque.

Dió chasco á muchos nobles (yo fui uno)

Con esperanzas de inmediato empleo.

Pero nos consta por personas diestras

En tantear el pulso del Estado,

Que los motivos que alegó distaban

Mucho de ser la causa verdadera.

En su lugar y con poderes plenos

Angel gobierna; un hombre cuya sangre

Es nieve derretida; uno que nunca

Sintió de los sentidos las lascivas

Punzadas y emociones; pero que ántes

Embota su aguijon y lo adormece

Con trabajo mental, estudio, ayuno.

Éste, para infundir respeto, y miedo

A la licencia, que hace tiempo pasa

Inadvertida por la ley tremenda,

Como por el león el ratoncillo,

Rebusca un auto bajo el grave peso

De cuya decision peligro corre

La vida de tu hermano. Prende al triste,

Y con fatal rigor la ley aplica,

Para que sirva á los demas de ejemplo.

No queda ya esperanza de salvarle,

Si con la mágia de tu ruego dulce

No logras ablandar al juez severo.

En suma, esta es la esencia del encargo

Que para ti me dió tu pobre hermano.

ISAB. ¿Conque su muerte tan sañudo busca?

LUCIO. Lo ha sentenciado ya, y el carcelero,

Segun he oido, tiene ya la orden

Para su ejecucion.

ISAB. ¡Ay! ¡desdichada!

¿Qué aptitud hay en mí para ayudarle?

LUCIO. Prueba el poder que tienes.

ISAB. ¿Yo qué puedo?

¡Ay! dudo...

LUCIO. Nuestras dudas son traidoras,

Y nos hacen perder el beneficio

(Por miedo de atrevernos) que á menudo

Pudiéramos lograr. Ve al conde Angel,

Y enséñele tu voz que cuando ruegan

Doncellas, dan los hombres como dioses;

Mas cuando lloran y á sus piés se postran,

Llegan á ser tan suyas sus demandas

Cual si á otorgarlas fueran ellas mismas.

ISAB. Haré lo que pudiere.

LUCIO. Pero pronto.

ISAB. Iréme al punto, sin perder más tiempo

Que el necesario para dar noticia

De todo á la abadesa. Humildes gracias,

Hidalgo, os doy. Encomendadme á Claudio.

Antes de anochecer, noticia cierta

Mandarle espero de mi buena suerte.

LUCIO. Yo me despido.

ISAB. Dios os guarde, hidalgo—

(Vánse.)

ACTO II.

ESCENA PRIMERA.

Una sala de la quinta de Porcia en Belmonte.

*Salen EL PRÍNCIPE DE MARRUECOS y su séquito
PORCIA, NERISA, y doncellas de su servidumbre.*

(Tocan clarines.)

MAR. No os cause desamor mi tez morena,
Que es gala su color del sol radiante,
De quien nací vecino y allegado.
Que traigan al más rubio de los hijos
Del frío Norte, donde Febo apenas
Logra el hielo ablandar; y en honor vuestro
Abranse nuestras venas, y veamos,
De los dos, cuya sangre es la más roja.
Sabed, señora, que á los más valientes
Tal vez infundió miedo mi semblante;
Y os juro por mi amor que lo han amado
Las vírgenes más nobles de mi patria.
Tan sólo por captarme vuestro afecto
De tez trocara, dulce reina mía.

POR. No es sólo consejero de mi gusto
Mi delicado antojo de doncella;
Pues me negó la suerte caprichosa
A una libre eleccion todo derecho.

Al fallo de la ley?

ANG. El ser tentado,
 Escalo, es una cosa; el caer, otra.
 No niego que tal vez pudiera hallarse
 Entre los doce miembros del jurado,
 Llamados á fallar sobre la vida
 Del procesado, algun ladrón ó varios
 Aún más culpables que él á quien sentencian.
 La ley castiga á quien la ley convence.
 ¿Qué importa á la justicia que ladrones
 Sentencien á ladrones? Cosa es llana:
 La joya que encontramos, la cogemos,
 Porque la vemos; la que no se advierte,
 Se pisa y huella, y nadie piensa en ella.
 Atenüar no puedes su pecado
 Diciendo que pequé del mismo modo:
 Dime, más bien, que cuando yo faltare
 Del mismo modo que él á quien censuro,
 Dicte mi propio fallo á mí la muerte,
 Y no haya remision. Que muera es fuerza

Esc. Sea cual tu cordura lo disponga.

ANG. ¿En dónde está el alcaide?

AIC. Aquí, Vuescencia.

ANG. Cuida de que á las nueve esté mañana
 Claudio decapitado; no le falte
 Su confesor; que se prepare luégo,
 Pues ese el fin será de su jornada. (Váse el Alcaide.)

Esc. (Aparte.) ¡Perdónale, señor, perdona á todos!
 Al uno ensalza el vicio; en ruina y lodos
 Despeña al otro la virtud. Algunos,
 Corriendo mil peligros importunos,
 En salvo quedan, y á otros, ¡fiera suerte!
 Un yerro solo les condena á muerte.

Salen CODO y ALGUACILES con ESPUMA y POMPEYO.

CODO. Venid, traedlos acá; si fueren éstos buenos
 individuos de la república, estos que no hacen

más que cometer abusos en casas públicas, no
 entiendo nada de leyes. Traedlos acá.

ANG. ¿Qué hay, amigo? ¿Cómo te llamas, y qué
 sucede?

CODO. Con permiso de vuesamerced, soy alguacil
 del *pobre* duque, y me llamo Codo. Me apoyo
 en la justicia, señor, y traigo aquí, para some-
 terlos á tu severa justicia, á dos *bienhechores*
 notorios.

ANG. ¿Bienhechores? ¿Y qué clase de bienhechores
 son? Malhechores querrás decir.

CODO. Con permiso de vuesamerced, no sé pre-
 cisamente lo que son; pero me consta que son
 bellacos redomados, y sin un átomo de *profa-*
nacion en el cuerpo, que es cosa que no le debe
 faltar á un buen cristiano.

Esc. Bien dicho, á fe: hé aquí un alguacil inteli-
 gente.

ANG. Vamos, al grano. ¿Qué clase de gente es?
 ¿Conque te llamas Codo? ¿Por qué no hablas,
 Codo?

POM. No puede, señor. Tiene rotos los codos.

ANG. ¿Quién eres tú, amigo?

CODO. ¿Ese? Un mozo de taberna, medio alcahue-
 te, que sirve á una mala mujer; cuya casa aca-
 ba de ser derribada en los arrabales, y ahora ha
 puesto una casa de baños, la que, segun pien-
 so, debe ser una casa bastante mala.

Esc. ¿Cómo sabes eso?

CODO. Mi mujer, á quien *detesto*, como se lo juro
 á vuesamerced y á Dios...

Esc. ¿Cómo! ¡á tu mujer?

CODO. Sí, señor, mi mujer, quien, Dios sea loado,
 es mujer de bien...

Esc. ¿Y por eso la detestas?

CODO. Digo, señor, que yo por mi parte *detesto*, lo
 mismo que ella, que si esta casa no fuera casa de
 trato, lástima seria, pues es una casa perversa.

Esc. ¿Cómo sabes eso, alguacil?

Codo. Por mi mujer, señor; quien, á haber sido una mujer de inclinaciones carnales, hubiera podido ser *condenada* en dicha casa á toda suerte de fornicacion, adulterio y torpeza.

Esc. ¿Por los ardides de esa mujer?

Codo. Sí, señor, por los ardides de la dueña Por-demás. Pero como ella le escupió en la cara, ya comprendió él con quien se las habia.

Pom. Perdóneme vuesamerced, pero eso no es cierto.

Codo. Pruébalo delante de estos *pícaros*, tú, *hombre honrado*; pruébalo.

Esc. ¿No oís qué modo de disparatar?

Pom. Señor, ella entró en la casa, y estando embarazada, se la hubo de antojar (sea dicho con perdon de vuesamerced) unas ciruelas cocidas; no teníamos más que dos en casa, las cuales se hallaban en aquel entónces, como si dijéramos, en un plato frutero, un plato de tres maravedises ó cosa así; vuesamerced habrá visto tales platos; no son platos de la china, pero son platos muy buenos.

Esc. Adelante, adelante: ¿qué nos importa el plato?

Pom. Ni un bledo, señor, teneis razon en eso. Vamos ahora al grano. Digo, pues, que la mujer de Codo, estando como dije, embarazada; y bastante adelantada en su estado de preñez, y habiéndosele antojado las ciruelas, como ántes dije; y no habiendo más que dos en el plato, como acabo de decir, habiéndose comido las demas, como queda dicho, el hidalgo Espuma, que es este mismo que está presente, habiéndolas pagado, dicho se está, muy honradamente... pues ya os acordareis, hidalgo Espuma, que no os pude devolver las tres blancas.

Esp. Es muy cierto.

Pom. Perfectamente... ¿No lo veis? Estando vos entónces, si bien os acordais, partiendo los huesos de las susodichas ciruelas.

Esp. Es verdad, eso hacia.

Pom. Perfectamente. ¿No lo veis? Y yo os estaba contando precisamente, si bien os acordais, que aquel y el de más allá no se curarian de cierta enfermedad que vos conoceis, si no observaran un sistema de vida muy riguroso, como os dije...

Esp. Todo eso es muy cierto.

Pom. ¡Pues! ¿No lo veis?

Esc. ¿Qué pesado es! Al grano. ¿Qué se le hizo á la mujer de Codo para que tenga motivo de queja? Vengamos á lo que se le hizo.

Pom. Vuesamerced no puede venir á eso aún.

Esc. Ni es eso lo que quiero decir.

Pom. Pero vendremos á eso, con permiso de vuesamerced. Ahora os suplico que mireis bien la cara del hidalgo Espuma; hombre que tiene sus cuatrocientos escudos de renta anuales, cuyo padre se murió por el dia de Todos los Santos. ¿No fué por Todos los Santos?

Esp. No, sino la víspera.

Pom. ¿No lo veis? Me parece que estas son verdades. Estando él sentado en una silla baja... fué en la sala del racimo de uvas, donde os gusta tanto sentaros. ¿No es cierto?

Esp. Sí tal, es espaciosa y propia para el invierno.

Pom. ¿Pues no lo estais viendo? Me parece que estas son verdades.

Ang. No acabará ni en una noche en Rusia

Cuando más largas son allí las noches.

Me voy. Indaga, apura tú esta causa;

Y espero que la tengas suficiente

Para darles á todos una zurra.

Esc. Así lo espero. El cielo te acompañe.

(Váse Angel.)

Conque sepamos una vez más, qué se le hizo á la mujer de Codo.

Pom. ¿Una vez, hidalgo? No se le hizo nada una vez.

Codo. Os suplico, señor, que le preguntéis qué hizo este gentilhombre á mi mujer.

Pom. Suplico á vuesamerced que me lo pregunte.

Esc. Conque di: ¿qué le hizo este gentilhombre?

Pom. Os ruego que mireis bien el rostro de este caballero. Buen hidalgo Espuma, encaraos con el señor, es con buen fin. ¿Ve vuesamerced esa cara?

Esc. Sí, muy bien.

Pom. No, os ruego que la mireis bien.

Esc. Ya la miro.

Pom. ¿Ve vuesamerced algo malo en esa cara?

Esc. Nada.

Pom. Pues oso jurar ante un tribunal que su cara es lo peor que tiene. Pues bien, siendo su cara lo peor que tiene, ¿cómo es posible que el hidalgo Espuma haya podido hacer nada malo á la mujer del señor alguacil? A eso quiero que me conteste vuesamerced.

Esc. Tiene razon. ¿Qué contestas, alguacil?

Codo. En primer lugar, si os place, señor, la casa es una casa *respetuosa*; luego este hombre es un hombre *respetuoso*, y su ama es una mujer *respetuosa*.

Pom. Por esta mano os juro, hidalgo, que su mujer es persona mucho más *respetuosa* que ninguno de nosotros.

Codo. ¡Mientes, tunante! ¡mientes, pícaro bellaco! Aún no llegó el día en que se *respetase* lo más mínimo de ella, con hombre, mujer ó niño.

Pom. Hidalgo, se *respetó* de ella que tuviese algo con él ántes de casarse los dos.

Esc. ¿Cuál es aquí la más sesuda? ¿la justicia ó la iniquidad?—¿Es cierto eso?

Codo. ¡Oh pícaro! ¡oh villano! ¡oh pérfido Anibal! *Respetarse* de ella ántes de casarse conmigo? Si *respetaron* alguna vez de ella ó de mí, no me tenga vuesamerced por alguacil del *pobre* duque. Pruébalo, pérfido Anibal, ó te pondré pleito por *violencia*.

Esc. Y si te diera una bofetada, podrias tambien ponerle pleito por *calumnia é injuria*.

Codo. A fe que se lo agradezco á vuesamerced. ¿Qué quiere vuesamerced que haga con este pícaro bellaco?

Esc. Opino, señor alguacil, que, ya que tiene ciertas malas mañas, que tú bien quisieras averiguar, si pudieres, lo mejor será que le dejes continuar en su modo de vivir, hasta que averigües cuáles sean esas mañas.

Codo. A fe que se lo agradezco á vuesamerced. ¿Lo ves, pícaro bellaco? ¿ves á lo que has venido á parar? Tienes que *continuar*, gran pícaro; tienes que *continuar*. ¿Lo oyes?

Esc. ¿Dónde nacisteis, amigo?

Esp. Aquí en Viena, señor.

Esc. ¿Es cierto que teneis cuatrocientos escudos de renta?

Esp. Cierto, si os place, hidalgo.

Esc. Bien. ¿Qué oficio tienes tú?

Pom. Soy mozo de taberna; mozo de taberna de una pobre viuda.

Esc. ¿Que se llama?

Pom. La Dueña Pordemás.

Esc. ¿Ha tenido acaso más de un marido?

Pom. Nueve, señor: el último fué Pordemás.

Esc. ¡Conque nueve!—Venid acá, hidalgo Espuma.—Hidalgo Espuma, no quisiera que frecuentarais la compañía de mozos de taberna. ¿Lo ois? Ellos os chuparán la sangre, hidalgo Espuma, y vos los llevareis á la horca. Idos con Dios, y que no vuelva á tener noticias vuestras.

Esp. Doy á vuesamerced las gracias. Por mi parte sé decir que no entré una sola vez en una taberna que no me chupasen.

Esc. Bien está, hidalgo Espuma. Dios os guarde.

(Váse Espuma.) Ven acá, señor mozo, ven acá. ¿Cómo te llamas, señor mozo?

Pom. Pompeyo.

Esc. ¿Y qué más?

Pom. Posaderas, señor.

Esc. Y á fe que tus posaderas son la parte más grande de tu persona; de suerte que tomándolo en el sentido más vulgar y grosero, eres Pompeyo el Grande. Pompeyo, veo que, por más que lo quieras encubrir con el oficio de mozo de taberna, tienes tus puntos y ribetes de alcahuete. ¿No es cierto? Dime la verdad, te tendrá más cuenta.

Pom. A decir verdad, hidalgo, soy un pobre diablo que trata de buscarse la vida.

Esc. ¿Y cómo tratas de buscarte la vida? ¿siendo alcahuete? ¿Y qué te parece el oficio, Pompeyo? ¿Te parece oficio decente y tolerado por la ley?

Pom. Si la ley no lo prohíbe, señor...

Esc. Pero es el caso que la ley lo prohíbe, Pompeyo; y no será tolerado en Viena.

Pom. ¿Piensa vuesamerced capar y deslomar á todos los mozos de esta ciudad?

Esc. Nada de eso, Pompeyo.

Pom. Pues entónces, á fe, señor, no habrá medio de que se acabe eso. Si vuesamerced lograra contener á todas las mozas y mozos livianos, no tendríais nada que temer de los alcahuetes.

Esc. ¡Lindo reglamento es el que se va á inaugurar pronto, te lo aseguro! Nada ménos que horca y cuchillo.

Pom. Pues si ahorcáis y degolláis á todos los que ofendan de esa suerte, no más que por espacio de diez años, ya podeis ir encargando una

buena remesa de cabezas. Si rigiese esta ley tan sólo por espacio de diez años en Viena, me atrevería á arrendar la mejor casa que hay en ella por tres maravedises diarios. Si vivierais hasta que eso suceda, decid que Pompeyo os lo pronosticó.

Esc. Gracias, buen Pompeyo; y en pago de tu profecía, escucha: te aconsejo (¿me entiendes?) que no te vuelva á ver en mi presencia, sea por lo que fuere; no, ni áun por seguir viviendo en donde actualmente vives; si nos volvemos á ver, Pompeyo, mira que te haré retirar más que de prisa á tu tienda, y seré para ti un César riguroso. Hablando claro, Pompeyo, te mandaré azotar. Conque por esta vez, véte con Dios, Pompeyo.

Pom. Agradezco á vuesamerced sus buenos consejos; (Aparte.) pero en cuanto á seguirlos, eso será lo que dispongan la sangre y la fortuna.

¿Pegarme á mí? eso no:

Pegue el zagal á su burra;

¿Cuándo un hombre como yo

Dejó, por miedo á una zurra,

El oficio en que nació? (Váse.)

Esc. Ven acá, señor Codo; ven acá, señor alguacil. ¿Cuánto tiempo llevas en el empleo de alguacil?

Codo. Siéte años y medio, señor.

Esc. Me figuré, al ver tu destreza en el oficio, que hacia algun tiempo que lo desempeñabas.

¿Dices que hace ya siete años?

Codo. Y medio, señor.

Esc. Sin duda te causará grandes molestias. Es una injusticia obligarte á prestar este servicio tan á menudo. ¿No hay otros hombres capaces de desempeñarlo en tu parroquia?

Codo. A fe, señor, son pocos los que entienden de estas cosas. Cuando nos eligen, se dan por

muy satisfechos con elegirme á mí en su lugar. Yo lo hago por unos cuantos maravedises, y me encargo del oficio por todos.

Esc. Mira, procúrame los nombres de seis ó siete de las personas más capaces de tu parroquia.

Codo. ¿He de llevarlos á casa de vuesamerced?

Esc. A mi casa. (Váse Codo.) ¿Qué hora será?

JUEZ. Las once, señor.

Esc. Os convidó á comer conmigo.

JUEZ. Os doy humildes gracias.

Esc. Pena me da la muerte de ese Claudio; Mas no hay remedio.

JUEZ. El conde es muy severo.

Esc. Y es menester. Deja de ser clemencia

La que se muestra tal á todas horas;

Y madre es el perdon de nueva culpa.

Y sin embargo... ¡ay! ¡desdichado Claudio!

Ya no hay remedio.—Hidalgo, cuando os plazca
(Vánse.)

ESCENA II.

Otro aposento del mismo palacio:

Salen el ALCAIDE y un CRIADO.

CRIA. Dando una audiencia está. Vendrá muy
[pronto;

Diré que estais aquí.

ALC. Hazlo, te ruego.
(Váse el criado.)

Sabré cuál es su gusto: por ventura
Se mostrará más blando. Al fin, el pobre
Soló pecó como quien peca en sueños.
Todas las sectas, las edades todas
Incurren en tal vicio; y á él la vida
Le ha de costar.

Sale ANGEL.

ANG. ¿Qué ocurre, pues, alcaide?

ALC. ¿Ordenas que mañana muera Claudio?

ANG. ¿No te dije que sí? ¿No tienes orden?

¿A qué preguntas otra vez?

ALC. Temia
Precipitarme mucho. He visto casos

En que (señor, perdona mi osadía)

Cumplida la sentencia, la justicia

Tuvo que arrepentirse de su fallo.

ANG. ¡Eh! basta ya: que corra de mi cuenta.

Cumple con tu deber, ó deja el puesto:

Podré pasar sin ti.

ALC. Perdon te pido.

¿Qué hemos de hacer con la doliente Julia?

Se acerca su hora.

ANG. Llévenla á un paraje

Más conveniente; y hágase al momento.

Sale el CRIADO.

CRIA. Aquí la hermana está del sentenciado,
Señor, y os pide audiencia.

ANG. ¿Tiene hermana?

ALC. Sí tal, señor; doncella muy virtuosa;

Y á punto está de entrar en un convento,

Si no lo ha hecho ya.

ANG. Bien, que la admitan.
(Váse el criado.)

Que lleven á otra parte á la preñada,

Y que la den los medios necesarios;

Nada supérfluo. Haré que extiendan orden.

Salen ISABEL y LUCIO.

ALC. Dios guarde á tu Excelencia.

ANG. (Al Alcaide.)

Espera un rato.

(A Isabel.) Seas muy bien venida. ¿Qué deseas?

ISAB. De pena henchida á pretender acudo,
Y ruego á tu Excelencia que me escuche.

ANG. ¿Cuál es tu peticion?

ISAB. Hay cierto vicio

Que sobre todos odio y ver deseo
Punido por la ley más que otro alguno.
Interceder por él jamás osará,
Si mi deber no fuera, y él me dice
Que interceder no debo; pero lucho
Entre querer y no querer.

ANG. Al grano.

ISAB. Tengo un hermano condenado á muerte:
Muera su culpa, por favor te ruego,
Y no mi hermano.

ALC. (Aparte.) ¡Dios te dé elocuencia!

ANG. ¡Qué! ¿Condenar la culpa y no al culpable?
Antes de cometerse, toda culpa
Ya condenada está. Farsa seria
Mi cargo si la ofensa castigase,
Cuyo castigo el código prescribe,
Y al ofensor en libertad dejara.

ISAB. Ley justa, mas severa. ¡Ay triste! Entónces,
Tuve un hermano!—El cielo te proteja.

LUCIO. (Aparte á Isab.) No le dejes así; torna á rogarle:
Póstrate ante él, agárrale del sayo.
¿Tan fria estás? Si un alfiler pidieres,
No suplicaras con tan mansa lengua.
¡Animo! á él.

ISAB. ¿Y es menester que muera?

ANG. Doncella, no hay remedio.

ISAB. ¡Ay! sí. Me dice
El alma que pudieras perdonarle
Sin ofender al cielo ni á los hombres.

ANG. No quiero.

ISAB. Y si quisieras ¿no podrias?

ANG. Lo que no quiero hacer, hacer no puedo.

ISAB. ¿Mas no pudiera hacerlo tu clemencia,

Sin ofender al mundo, si embargase
Tu pecho la emocion que siente el mio?

ANG. Fué sentenciado; es tarde.

LUCIO. (Aparte á Isabel.)

Eres de mármol

ISAB. ¿Tarde? No tal. Si digo una palabra,

Bien puedo retirarla. Ten por cierto:

De cuantos atributos revestirse
Suele el poder, ninguno, ni la régia
Corona del monarca, ni la espada
Del delegado, ni el baston de mando
Del mariscal, no, ni del juez la toga,
Le presta la mitad del claro brillo
Que la clemencia. Si él hubiese estado
En tu lugar, y tú en el suyo, conde,
Como el errado hubieras, y él tan duro
No fuera como tú.

ANG. Véte, te ruego.

ISAB. Pluguiera á Dios que tu poder tuviese,
Y fueras tú Isabel. ¿Pasara esto?

No; qué es ser juez veria el mundo entónces,
Y qué ser preso.

LUCIO. (Ap. á Isab.) Así; bien vas; no cejes.

ANG. Tu hermano es presa de la ley; en vano
Derrochas tus palabras.

ISAB. Fueron presa

Las almas todas del pecado un dia;
Y Aquel que fácil castigarlas pudo,
Buscó el remedio. Dí: ¿de ti qué fuera,
Si Aquel que es de justicia excelsa cumbre,
Cómo eres te juzgase? ¡Oh! piensa en ello,
Y alentaré en tus labios la clemencia
Cual sér recién nacido.

ANG. Calma, jóven.

No yo, la ley es quien condena á Claudio.
Si fuera deudo, hermano ó hijo mio,
La misma suerte, á fe, le esperaria.
Mañana ha de morir.

ISAB.

¿Mañana mismo?

¡Tan pronto? ¡Oh, Dios! Perdónale, te ruego.
 Aún no está preparado para su hora.
 Si para nuestras mesas no matamos
 La caza sino á tiempo, ¿serviremos
 Al cielo mismo con menor respeto
 Que aquel con que halagamos nuestra gula?

LUCIO. ¡Bien dicho, á fe! (Aparte á Isabel.)

ANG. La ley no estaba muerta,
 Si bien dormida: nunca aquellos muchos
 Se hubieran atrevido á tal pecado,
 Si el que infringió primero aquel edicto
 Su error pagado hubiese. Ya despierta,
 Observa lo que pasa, y cual profeta
 Ve en un espejo los futuros males,
 Ya nuevos, ya engendrados por descuido,
 Dados á luz y fomentados luego,
 Que no han de desplegarse ya por grados,
 Sino al nacer, morir.

ISAB. Lástima tenle.

ANG. La tengo más cuando obro con justicia:
 Me apiado así de los que no conozco,
 A quienes hostigar pudiera luégo
 El perdonado crimen; siendo justo
 Con él también, que al expiar un crimen
 No vive para ser dos veces reo.

Basta; mañana ha de morir. ¡Paciencia!

ISAB. ¡Conque el primero en pronunciar tal fallo
 Has de ser tú, y él, en sufrirlo? ¡Oh! es noble
 Tener la fuerza de un gigante; usarla
 Como un gigante es pérfido.

LUCIO. (Ap. á Isab.) ¡Bien dicho!

ISAB. Si retronar pudiesen los magnates
 Cual Jove mismo, á Jove acordarian;
 Pues todo despreciable empléadillo
 Para tronar su Olimpo emplearia,
 Para tronar no más! Piadoso cielo,
 Tú con sulfúreo, agudo rayo hiendes
 Nudoso roble que no mellan cuñas,

Antes que blando mirto; pero el hombre,
 El hombre presuntuoso, revestido
 De breve autoridad, más ignorante
 De lo que más se jacta y envanece,
 Su sér vidrioso, como airado mono
 Representa tan cómicas escenas
 A vista de los cielos, que hasta arranca
 Lágrimas de los ángeles, los cuales,
 Si nuestro humor tuviesen, se volvieran,
 A fuerza de reir, mortales todos.

LUCIO. Anda, muchacha, á él; verás cuál cedo;
 Y pronto, á fe. (Ap. á Isab.)

ALC. (Aparte.) ¡Dios quiera que le ablande!

ISAB. No juzgues á mi hermano por ti mismo:
 Puede burlarse el grande de los santos;
 En él es agudeza; en el humilde
 Torpe profanacion.

LUCIO Está en lo justo:

Prosigue así.

ISAB. Lo que en el jefe es sólo
 Colérica palabra, en el soldado
 Es vil blasfemia.

LUCIO. (Aparte á Isabel.) ¿De eso entiendes?—Sigue.

ANG. ¿A qué colmarme de sentencias tales?

ISAB. Porque el poder, si bien cual todos yerra,
 Cierta remedio lleva en sí que espuma
 Del crimen lo peor. Llama á tu pecho,
 Y al corazon pregunta si no sabe
 De algun error igual al de mi hermano.
 Si natural flaqueza cual la suya
 Confiesa, no permitas que tu lengua
 Llegue á formar palabra alguna contra
 La vida de mi hermano.

ANG. (Aparte.) Habla y discurre
 Con juicio tal, que á mí me roba el juicio.
 —Que Dios te guarde.

ISAB. Oh noble conde, escucha.

ANG. Lo pensaré; puedes volver mañana.

ISAB. Verás cuál te soborno. Oh conde mio,
Torna y escucha.

ANG. ¡Cómo! ¡Sobornarme?

ISAB. Sí, mas con santos dones que contigo
Querrá partir el cielo.

LUCIO. (Aparte á Isabel.) De otra suerte,
Fuera perderlo todo.

ISAB. No con vanos
Montones de oro puro, no con piedras
Cuyo valor aumenta ó disminuye
Segun la instable moda los estima,
Sino con ruegos castos que á los cielos
Subiendo, en ellos lograrán entrada
Antes que salga el sol; ruegos fervientes
De almas puras, de vírgenes que ayunan,
Y á nada temporal la mente inclinan.

ANG. Bien; vuelve acá mañana.

LUCIO. (Aparte á Isabel.) Ven, partamos:
Lo lograrás.

ISAB. Que Dios te guarde, conde.

ANG. (Ap.) ¡Amén! pues temo que ando ya camino
De aquella tentacion que el rezo cruza.

ISAB. Mañana ¡á qué hora me pondré á tus plantas?

ANG. Siendo ántes de las doce, á cualquier hora.

ISAB. Guárdete Dios. (Vánse Isabel, Lucio y el Alcaide.)

ANG. De ti, virtuosa y todo.

¡Qué es esto? ¡qué es? ¡Es culpa suya ó mia?
¡Quién peca más aquí? ¡la tentadora,
O el sér tentado? ¡Ah no, no es ella! pura,
Ni seduce siquiera. Soy yo mismo
Que al sol tendido junto á la violeta,
Cual mosca vil, no cual la flor, me pudro
En su virtuoso ambiente. ¡Y es posible
Que la modestia excite el apetito
Más que la liviandad? Sobrando tierra
Inculta, ¡arrasaremos templos santos
Para fundar el vicio en sus escombros?
¡Baldon! ¡vergüenza! ¡Qué haces, Angel, qué eres?

¡Perderla quieres por aquello mismo
Que más la ensalza? ¡Oh, viva, pues, su hermano!
Para robar tiene el ladron derecho
Cuando el juez mismo roba. ¿Es que la adoro,
Que anhelo oír de nuevo su palabra,
Gozarme en su mirada? ¡Qué deliro?
¡Oh pérfido enemigo, tú que infame
Para gozar á un santo astuto cebas
Con santos el anzuelo! ¡Es peligrosa
La tentacion que al crimen nos aguija,
Amando la virtud! Ramera alguna
Con todo su vigor, belleza y arte,
Logró hechizarme nunca; y esta vírgen
Tan casta me subyuga por completo.
Hasta hoy ¡cómo es posible, me decia,
Que ame tan loco el hombre? y me reia. (Váse.)

ESCENA III.

Interior de una cárcel.

*Salen por distintos lados el DUQUE disfrazado de
fraile y el ALCAIDE.*

DUQUE. ¡Alcaide, salve! que eres tal colijo.

ALC. Soy el alcaide. ¡Padre, qué desea?

DUQUE. Por caridad y fiel á mi orden sacra,

Acudo á visitar los desdichados

En esta cárcel. Deja que los vea,

Segun es uso, y la índole refiere

De sus delitos, para que en su auxilio

Pueda cumplir mi santo ministerio.

ALC. Si hiciera falta más, aún más haria.

Sale JULIETA.

Mira, aquí viene cierta dama nuestra,
Quien, de su corta edad víctima siendo,
Amancilló su fama. Está con hijo,
Y sentenciado el padre, que es un mozo

ISAB. Verás cuál te soborno. Oh conde mio,
Torna y escucha.

ANG. ¡Cómo! ¡Sobornarme?

ISAB. Sí, mas con santos dones que contigo
Querrá partir el cielo.

LUCIO. (Aparte á Isabel.) De otra suerte,
Fuera perderlo todo.

ISAB. No con vanos
Montones de oro puro, no con piedras
Cuyo valor aumenta ó disminuye
Segun la instable moda los estima,
Sino con ruegos castos que á los cielos
Subiendo, en ellos lograrán entrada
Antes que salga el sol; ruegos fervientes
De almas puras, de vírgenes que ayunan,
Y á nada temporal la mente inclinan.

ANG. Bien; vuelve acá mañana.

LUCIO. (Aparte á Isabel.) Ven, partamos:
Lo lograrás.

ISAB. Que Dios te guarde, conde.

ANG. (Ap.) ¡Amén! pues temo que ando ya camino
De aquella tentacion que el rezo cruza.

ISAB. Mañana ¡á qué hora me pondré á tus plantas?

ANG. Siendo ántes de las doce, á cualquier hora.

ISAB. Guárdete Dios. (Vánse Isabel, Lucio y el Alcaide.)

ANG. De ti, virtuosa y todo.
¡Qué es esto? ¡qué es? ¡Es culpa suya ó mia?
¡Quién peca más aquí? ¡la tentadora,
O el sér tentado? ¡Ah no, no es ella! pura,
Ni seduce siquiera. Soy yo mismo
Que al sol tendido junto á la violeta,
Cual mosca vil, no cual la flor, me pudro
En su virtuoso ambiente. ¡Y es posible
Que la modestia excite el apetito
Más que la liviandad? Sobrando tierra
Inculta, ¡arrasaremos templos santos
Para fundar el vicio en sus escombros?
¡Baldon! ¡vergüenza! ¡Qué haces, Angel, qué eres?

¡Perderla quieres por aquello mismo
Que más la ensalza? ¡Oh, viva, pues, su hermano!
Para robar tiene el ladron derecho
Cuando el juez mismo roba. ¿Es que la adoro,
Que anhelo oír de nuevo su palabra,
Gozarme en su mirada? ¡Qué deliro?
¡Oh pérfido enemigo, tú que infame
Para gozar á un santo astuto cebas
Con santos el anzuelo! ¡Es peligrosa
La tentacion que al crimen nos aguija,
Amando la virtud! Ramera alguna
Con todo su vigor, belleza y arte,
Logró hechizarme nunca; y esta vírgen
Tan casta me subyuga por completo.
Hasta hoy ¡cómo es posible, me decia,
Que ame tan loco el hombre? y me reia. (Váse.)

ESCENA III.

Interior de una cárcel.

*Salen por distintos lados el DUQUE disfrazado de
fraile y el ALCAIDE.*

DUQUE. ¡Alcaide, salve! que eres tal colijo.

ALC. Soy el alcaide. ¡Padre, qué desea?

DUQUE. Por caridad y fiel á mi órden sacra,
Acudo á visitar los desdichados
En esta cárcel. Deja que los vea,
Segun es uso, y la índole refiere
De sus delitos, para que en su auxilio
Pueda cumplir mi santo ministerio.

ALC. Si hiciera falta más, aún más haria.

Sale JULIETA.

Mira, aquí viene cierta dama nuestra,
Quien, de su corta edad víctima siendo,
Amancilló su fama. Está con hijo,
Y sentenciado el padre, que es un mozo

Más apto á repetir la misma ofensa
Que á sucumbir por ésta.

DUQUE. Dime: ¿cuándo
Debe morir?

ALC. Mañana, según creo.
(A Julia.) Todo provisto queda; aguarda un poco;
Luego te sacarán.

DUQUE. Di: ¿te arrepientes,
Hermosa, de la falta en que incurriste?

JUL. Sí, y con paciencia mi deshonra llevo.

DUQUE. Quiero enseñarte á hacer prolijo exámen
De tu conciencia, á averiguar si es firme,
Si es verdadero tu arrepentimiento,
O si es fingido.

JUL. Aprenderé gustosa.

DUQUE. ¿Amas al hombre que causó tu ruina?

JUL. Como amo á aquella que causó la suya.

DUQUE. Parece, pues, que de comun acuerdo
Pecasteis ambos.

JUL. De comun acuerdo.

DUQUE. Tu falta es, pues, más grave que la suya

JUL. Sí, lo confieso, y me arrepiento, padre.

DUQUE. Bien, hija; empero es penitencia escasa
Llorar tu falta sólo por la afrenta
En que te pone: pena semejante,
Más que una ofrenda al cielo, es un tributo
Que rindes á ti misma, y prueba claro
Que más por miedo que fervor le sirves.

JUL. Del crimen me arrepiento por ser crimen,
Y gozo en mi vergüenza.

DUQUE. ¡Firme en eso!

Tu compañero ha de morir mañana,
Según entiendo. Voy á darle auxilio.
La bendición del cielo te acompañe. (Vase.)

JUL. ¡Morir mañana! ¡Oh injusto amor, qué vida
Cruel me das cuyo único consuelo
Es un horror mortal!

ALC. ¡Ay! ¡pobre Claudio! (Váanse.)

ESCENA IV.

Una sala de la casa de Angel.

Sale ANGEL.

ANG. Si pienso ó rezo, rezo y pensamiento
Se fijan en objetos diferentes.
Al cielo ofrezco mis palabras huecas,
Mas mi intención, sin atender al labio,
Se clava en Isabel. Dios en la boca;
Pero es cual si rumiase su alto nombre.
Dentro del corazón, en cambio, crece
Y bulle el crimen que mi mente trama.
El bien común, mi estudio en otro tiempo,
Es como un libro bueno hartamente leído:
Me inspira tedio y odio; mi cordura,
De que (no lo oiga nadie) me envanezco,
Trocara con ventaja por liviana
Pluma que el viento mece. ¡Oh, cargo! ¡Oh,
[forma!

Cuán á menudo con tu aspecto y brillo
Respeto al necio infundes, y alucinas
Al sabio con tu externa y falsa pompa.
Sangre, eres sangre siempre: si en los cuernos
De Satanás «buen ángel» se grabara,
No fueran ya su timbre.

Sale un CRIADO.

¿Qué hay? ¿quién llega?

CRIA. Cierta monja, Isabel, y audiencia pide.

ANG. Guiala á mi presencia. (Vase el criado.)

¡Oh, santos cielos!

¿Por qué mi sangre al corazón se agolpa
Haciéndole incapaz de dominarse,
Y arrebatando á mis demás potencias

La necesaria calma? Así se apiña
 En torno al desmayado necia turba;
 Van á salvarle todos, y le roban
 El aire que debiera restaurarlo.
 Y así de un rey querido el pueblo ansioso,
 Dejando sus talleres, á obsequiarle
 Acude á su presencia, do su inculto
 Amor, por fuerza, agravio le parece.

Sale ISABEL.

¿Qué traes, hermosa jóven?
 ISAB. Vengo, conde
 A oír cuál es tu gusto.
 ANG. El mio fuera,
 Que lo supieras ya, sin preguntarme.
 Tu hermano ha de morir.
 ISAB. ¿Conque es forzoso?
 Que Dios te guarde, conde.
 ANG. Sin embargo,
 Aún pudiera vivir por algun tiempo,
 Tanto, tal vez, cual tú, ó yo; no obstante,
 Que muera es fuerza.
 ISAB. ¿Bajo tu sentencia?
 ANG. Sí.
 ISAB. Dime cuándo, á fin de que en el plazo
 Que le concedas, fuere largo ó breve,
 Se pueda preparar, y no peligre
 De su alma la salud.
 ANG. ¡Oh, qué vergüenza!
 ¡Qué torpe vicio! Con igual derecho
 Pudiera perdonar á aquel que hubiese
 Robado al mundo un hombre ya formado,
 Que remitir la impúdica delicia
 De los que estampan la celeste imágen
 En cuños prohibidos. Es tan fácil
 Quitar aleve una existencia pura,
 Como sembrar en tierra prohibida

Fatal semilla para darla falsa.
 ISAB. Eso será en el cielo, no en la tierra.
 ANG. ¡Cómo! ¿Eso afirmas? Pronto he de cogerte.
 Di, ¿qué prefieres? ¿que la ley severa
 Ajusticie á tu hermano, ó redimirle
 Entregando tu cuerpo á dulce oprobio,
 Como ella, cuyo honor manchó tu hermano?
 ISAB. Tened por cierto, conde, que entregara
 El cuerpo ántes que el alma.
 ANG. No hablo de ella.
 Siempre entran más en número que en cuenta
 Los crímenes forzados.
 ISAB. ¿Cómo, conde?
 ANG. No oso abonarlo, es cierto, pues podria
 Desmentir lo que digo. Mas responde:
 Yo de la ley vigente órgano ahora,
 A Claudio á pena capital sentencio.
 ¿No hubiera caridad en el pecado
 Que le salvase?
 ISAB. Cometedlo, os ruégo;
 Yo tomo sobre mí todo el peligro:
 Delito alguno, caridad seria.
 ANG. Pues si eso á costa de tu alma hicieres,
 Pecado y caridad fueran iguales.
 ISAB. Si yo, al pedir la vida de mi hermano,
 Peco, que el cielo me lo tenga en cuenta;
 Si pecas tú á mi súplica cediendo,
 Mi rezo matinal será pedirle
 Al cielo que lo añada á mis ofensas,
 Sin que lo pagues tú.
 ANG. No tal; escucha:
 No sigue mi argumento tu sentido;
 O eres obtusa, ó artera finges serlo;
 Lo cual no está bien hecho.
 ISAB. Sea simple,
 Ni valga para nada; humilde sólo
 Sepa reconocer cuán poco valgo.
 ANG. Así el talento aspira á ser más vivo

Cuando se humilla más. No de otro modo
 Pregona en voz más alta veinte veces
 Negra careta la beldad tapada
 Que descubierto hechizo. Pero escucha:
 Para que entiendas bien, seré más claro.
 Tu hermano ha de morir.

ISAB. Así parece.

ANG. Y su delito es tal, según resulta,
 Que á tenor de la ley tal pena incurre.

ISAB. Es cierto.

ANG. Admite que no hubiera modo

Alguno de salvarle (no lo afirmo,
 Ni de él ni de otro, póngolo por caso)
 Sino que tú, su hermana, requerida
 Por cierto personaje, cuyo influjo
 Con el juzgado, ó cuyo excelso rango,
 Fuera parte á librarle de la garra
 De la ley que sujeta y liga todo;
 No habiendo ya otro medio de salvarle
 Sino el de que entregaras los hechizos
 De tu albo cuerpo á aquel supuesto prócer,
 O sucumbiera Claudio, di, ¿qué harías?

ISAB. Lo mismo que por mí, por él hiciera,
 Y es, que si me amagase con la muerte,
 Cada señal del látigo picante
 Llevara cual rubí; me desnudara
 Para la muerte como para el lecho
 Que hasta enfermar hubiese ansiado, ántes
 Que someter mi cuerpo á tal deshonra.

ANG. Es fuerza entónces que tu hermano muera.

ISAB. Y fuera lo mejor; sí, más valdria
 Que de una vez muriese aquel hermano,
 Y no que se muriera para siempre
 Su hermana por salvarle.

ANG. ¿No serias
 Entónces tan cruel cual la sentencia
 Que tanto has injuriado?

ISAB. No nacieron

Rescate ignominioso y libre indulto
 De un mismo tronco; en nada se parece
 Legítima merced á torpe compra.

ANG. Há poco parecióme que juzgabas
 Despótica la ley, y más que vicio,
 Alegre broma el crimen de tu hermano.

ISAB. Perdóname, señor; tal vez sucede
 Que á fin de conseguir lo que queremos,
 No dice el labio lo que el alma piensa.
 Disculpo en parte el crimen que abomino
 En pró de aquél á quien tan tierna adoro.

ANG. Frágiles somos todos.

ISAB. De otra suerte,
 Muera mi hermano, si es el solo reo
 Que ha menester de tu flaqueza, conde.

ANG. Pero tambien son frágiles las hembras.

ISAB. Sí tal, como el espejo en que se miran,
 Que así se rompe como rasgos copia.
 ¡Las hembras! ¡Válme Dios! Los hombres dañan
 Su propia procreacion, si abusan de ellas.
 Llamadnos, no una vez, diez veces frágil;
 Pues somos blandas como nuestros rostros,
 Y á falsas impresiones susceptibles.

ANG. Lo creo así; y en vista de esta franca
 Declaracion que haceis del propio flaco,
 (Y yo supongo que no fuimos hechos
 Los hombres con tal fuerza que no logren
 Móvernoss nuestras faltas) seré claro:
 Te cojo la palabra. Sé lo que eres,
 Eso es, mujer: si fueres más, no lo eres.
 Mas si eres hembra (como bien lo prueba
 Tu cándido exterior) muéstralo ahora;
 Sé frágil, pues, y cede á tu destino.

ISAB. Sólo una lengua tengo, noble conde.
 Ruego que me hables el primer lenguaje.

ANG. En breve, pues; te quiero.

ISAB. Quiso á Julia
 Mi hermano, y dices que por eso muere.

ANG. No morirá, Isabel, si amor me otorgas.

ISAB. Ya sé que tiene tu virtud licencia
Para mostrarse un poco más liviana
De lo que es en verdad, y así, sin duda,
Sondea á los demas.

ANG. Cree, por mi honra,
Que mis palabras mi intencion expresan.

ISAB. ¡Ay! honra escasa para ser creida,
Y pérfida intencion! ¡Oh farsa, farsa!
Te voy á delatar. ¡Angel, cuidado!
De Claudio al punto firmame el indulto,
O he de decir al mundo á voz en grito,
Quien eres tú.

ANG. ¿Quién te creará, Isabel?

Mi nombre inmaculado, de mi vida
La grave austeridad, mi testimonio
Contrario á ti, mi puesto en el Estado,
Superarán tu acusacion de suerte
Que ahogará tu voz tu mismo informe,
Y exhalarás calumnia. Ya en camino,
La rienda suelto á mi sensual carrera;
Tu asenso adapta á mi voraz deseo.
¡Fuera melindres y rubor prolijo,
Cuyo desvío es gana! A Claudio compra,
Tu cuerpo á mis antojos entregando,
Pues de otra suerte morirá no sólo
De infame muerte; tu dureza misma
La alargará con lánguido tormento.
Contéstame mañana, ó por la ardiente
Pasion que me domina, en mí tu hermano
Un déspota hallará.—Di lo que quieras,
Podrá más mi mentira que tus veras. (Vase.)

ISAB. ¿A quién quejarme? Si contase aquesto,
¿Quién me creería? ¡Oh peligrosa boca,
Tú, que con una sola y misma lengua
A un tiempo absuelves y condenas cruda;
Que haces callar la ley á tu capricho,
Y amoldas la razon, segun tu gusto

Seguirla ó huirla sea! Veré á mi hermano:
Y aunque pecó instigado por la sangre,
Guarda en su pecho un alma tan honrada,
Que si tuviese, no una, cien cabezas
Que hincar en tajos cien rojos de sangre.
Las postraria todas una á una,
Antes que permitir que á tal deshonra
Postrara el cuerpo su infeliz hermana.
Viva, pues, casta, y sáciese el tirano:
Vale mi castidad más que mi hermano.
Sabrá su pretension; y luego, en calma,
Rinda á la tierra el cuerpo, al cielo el alma. (Vase.)

ACTO III.

ESCENA PRIMERA.

La cárcel.

*Salen el DUQUE disfrazado de monje, CLAUDIO
y el ALCAIDE.*

DUQUE. ¿Esperas, pues, perdon del conde Angel?

CLAUD. Otro remedio el infeliz no tiene
Que la esperanza sólo: vida espero,
Y preparado estoy para la muerte.

DUQUE. Piensa en morir tan sólo: vida ó muerte
Será más dulce así. Habla á tu vida,
Y dile: si te pierdo, pierdo cosa
Que sólo estiman necios. Eres soplo,
En quien influye todo etéreo cambio
Que sin cesar aflige la morada
Do alientas tú. Juguete de la muerte,
Intentas evitarla con la fuga,
Y siempre hácia ella corres. No eres noble,
Pues lo agradable que tu seno encierra,
Bajeza lo engendró. No eres valiente,
Pues te amedrenta el breve, blando pico
De un pobre insecto. Tu mejor descanso
Es el dormir, que con frecuencia buscas,
Y temes á la muerte, que es un sueño.

No eres lo que pareces, pues tu esencia
 Forman mil granos que del polvo brotan.
 No eres feliz, pues siempre vas buscando
 Lo que no tienes, y lo tuyo olvidas.
 No eres constante, pues de incierto modo
 Mudas de complexion segun la luna.
 Rica, eres pobre; pues cual asno, cuyo
 Lomo se dobla bajo tejos de oro,
 Breve jornada llevas tus gravosas
 Riquezas, que la muerte al fin te quita.
 Amigo alguno tienes, pues tu sangre,
 Que padre te apellida, el dulce fruto
 De tus entrañas, de tu amor y brio,
 Maldice el reuma, el sérpigo y la gota
 Porque no acaban de matarte á tiempo.
 De juventud, ni de vejez disfrutas;
 Sino cual breve siesta te evaporas,
 Soñando en ambas: pues tu edad florida
 Se trueca en senectud, é implora ayuda
 De la vejez decrepita y avara;
 Y cuando á vieja llegas y eres rica,
 Ni gusto tienes, ni vigor, ni hechizo
 Para gozar tus bienes. ¿Qué, pues, queda
 De esto que vida llaman? Sin embargo,
 Se ocultan muertes mil en esta vida;
 No obstante, todos temen á la muerte,
 Y es la que allana todo.

CLAUD. Gracias, padre.
 Veo que ansiando vida, busco muerte,
 Y ansiando muerte, vida. Aquí la espero.

ISAB. (Dentro.) ¡Abrid! Paz haya aquí, salud y dicha.

ALC. ¿Quién llama? ¡que éntre! Tan cortés saludo
 La bienvenida exige.

DUQUE. Buen hermano,
 En breve he de volver á visitarte.

CLAUD. Te lo agradezco, padre reverendo.

Sale ISABEL.

ISAB. Quisiera una palabra ó dos con Claudio.

ALC. Congran placer.—Hidalgo, vuestra hermana.

DUQUE. Alcaide, una palabra.

ALC. Y mil, si os place.

DUQUE. (Aparte al Alcaide.)

Pónme do, sin ser visto, pueda oírles.

(Vánse el Duque y el Alcaide.)

CLAUD. ¿Qué alivio traes, hermana, qué consuelo?

ISAB. ¡Ay! grato como todos, sí, muy grato!

Teniendo asuntos con el cielo, el conde

Cual raudo embajador allá te envia,

Donde serás eterno residente.

Disponte, pues, al punto para el viaje;

Mañana es la partida.

CLAUD. ¿Y no hay remedio?

ISAB. Sólo uno, que al salvar una cabeza,

Un pecho partirá.

CLAUD. ¿Pero hay alguno?

ISAB. Sí tal: vivir aún puedes, pobre hermano.

Diabólica merced el juez abriga:

Con implorarla librarás tu vida;

Mas ¡ay! te engrillarás hasta la muerte.

CLAUD. ¿Prision perpetua?

ISAB. Sí, prision perpétua;

Terrible sujecion á atroz martirio,

Aun cuando fuera tuyo el universo

De un cabo al otro.

CLAUD. ¿Mas de qué manera?

ISAB. De modo tal, que si consientes, Claudio,

Sin honra dejarás tu noble tronco,

Y de virtud desnudo.

CLAUD. ¿Qué es? sepamos.

ISAB. Claudio, te tiemblo, y temo que quisieres

Tu vida dilatar febril é incierta,

Y más aprecies seis ó siete inviernos

Que una honra eterna. ¿Osas morir? Se funda

En aprension el miedo de la muerte;
Y el pobre insecto que tu planta pisa,
Sufre en el cuerpo igual dolor que cuando
Muere un gigante.

CLAUD. ¿A qué rubor causarme?
¿Crees tú que puedo cosechar firmeza
De blandas flores? Si morir me espera,
A las tinieblas abriré los brazos,
Y las estrecharé como á una novia.

ISAB. ¡Mi hermano habló! ¡la tumba de mi padre
Un grito despidió! Morir te aguarda.
Para comprar tu vida con bajezas,
Eres muy noble tú. Tu juez, tan santo,
Al parecer, quien con su grave rostro,
Y frase meditada, en flor agosta
La juventud, y la locura espanta
Como el neblí la garza, es, sin embargo,
Un diablo, un diablo atroz; si vaciara
El fango que hay en él, parecería
Un charco tan profundo como el Orco.

CLAUD. ¿Quién? ¿Angel? ¿Aquel santo?

ISAB. Es la artimaña
Más negra del infierno el ir vistiendo
Al más infame de hábito devoto.
¿Qué te parece, Claudio? Si entregase
Al pérfido mi honor, quedaras libre.

CLAUD. ¡Cielos! no puede ser.

ISAB. Por esa ofensa,
Para ofender de nuevo te soltara.
Esta noche es la cita, en que debiera
Hacer lo que me causa horror nombrarte.

CLAUD. Nunca lo harás.

ISAB. Fuera mi vida sola,
Y por salvarte la arrojara fácil
Como una aguja.

CLAUD. Gracias, dulce hermana.

ISAB. Prepárate á morir mañana, Claudio.

CLAUD. Sí... ¿Conque abriga sentimientos tales

Que á hollar la ley le obligan cuando intenta
Forzarla más? Sin duda no es pecado,
O al ménos el menor de los mortales.

ISAB. ¿Cómo el menor?

CLAUD. Si condenable fuera,
¿Cómo es posible que hombre tan sesudo
Se condenara por tan breve goce?
¡Ay, Isabél!

ISAB. ¿Qué dices, caro hermano?

CLAUD. ¡La muerte es cosa horrible!

ISAB. Y cosa odiosa
Y aborrecible, sin honor, la vida.

CLAUD. ¡Mas ay! morir, ir no sabemos dónde:
Yacer en fria cárcel y podrirse:
Trocarse en césped esta ardiente, blanda
Vitalidad; bañarse en ígneos lagos
El alma deleitada; estremecerse
De recio hielo entre hórridos montones;
Encarcelada en vientos invisibles,
Con incesante furia ir azotada
Alrededor de la flotante esfera;
O estar peor aún que el peor de aquellos
Que el pensamiento anárquico é inseguro
Se pinta aullando. ¡Es por demas horrible!
La humana vida más cansada y negra
Que edad, dolor, pobreza y cautiverio
Al hombre pueden dar, es, comparada
Con lo que da la muerte, un paraiso.

ISAB. ¡Ay!

CLAUD. ¡Déjame vivir, hermana mía!
Cree que cualquier pecado que cometas,
Para salvar la vida de un hermano,
Lo borrará tan de raiz natura,
Que vendrá á ser virtud.

ISAB. ¡Oh torpe bruto!
¡Cobarde ruin! ¡oh pérfido sin honra!
¿Quieres que mi delito te haga hombre?
¿No fuera incesto recibir la vida

A costa de la afrenta de tu hermana?
 ¡Qué he de pensar? ¡Oh Dios! ¡fué infiel acaso
 Mi madre con mi padre? ¡porque nunca
 Brotara de su sangre tan perverso
 Retoño del desierto! ¡Te rechazo!
 ¡Vé, muere, pues! Si á revocar tu sino
 Bastara el inclinarme, se cumpliera.
 Para que mueras rezaré mil ruegos;
 Para salvarte, ni uno.

CLAUD. ¡Escucha, hermana!

ISAB. ¡Oh, qué vergüenza! Tu pecar infame
 Accidental no fué, sino un oficio.
 Fuera contigo la piedad tercera.
 Mejor que mueras pronto.

CLAUD. ¡Escucha, hermana!

Vuelve á salir el DUQUE.

DUQUE. Concédeme una palabra, tierna herma-
 na, una palabra no más.

ISAB. ¡Qué deseas?

DUQUE. Si tuvieras vagar, quisiera hablarte lue-
 go; la merced que te pido, no dejará de redun-
 dar en tu provecho.

ISAB. No tengo vagar sobrado; habré de hurtar
 de otros quehaceres el tiempo que empleare con-
 tigo. Sin embargo, satisfaré tu deseo.

(Se retira á un lado.)

DUQUE (A Claudio). He entreoído cuanto acaba de
 pasar entre tú y tu hermana. Angel! no abri-
 gó nunca el designio de perderla; no hizo más
 que poner su virtud á prueba, para ejercitar
 su propio criterio en el conocimiento de las
 naturalezas. Ella, pertrechada de verdadero ho-
 nor, le dió aquella virtuosa respuesta que él
 con tanto agrado ha recibido. Soy confesor de
 Angel, y sé que esto es cierto: por lo tanto,
 prepárate á morir; no lisonjees tu firmeza con

esperanzas engañosas, pues has de morir ma-
 ñana. Póstrate de hinojos y estáte apercibido.
 CLAUD. Deja que pida perdon á mi hermana; es-
 toy tan desencantado de la vida, que seré capaz
 de rogar que me la quiten.

DUQUE. Mantente firme en ese propósito, y ten re-
 solución. ¡Adios! (Váse Claudio.) Alcaide una pa-
 labra.

Sale el ALCAIDE.

ALC. ¡Qué deseas, padre?

DUQUE. Que te vayas por donde viniste. Déjame
 un rato con esta doncella; mi intencion y mi
 hábito te responden de que no corre peligro al-
 guno en mi compañía.

ALC. En buen hora. (Váse el Alcaide.)

DUQUE. La mano que te hizo bella, te hizo buena;
 la bondad, que sólo consiste en la belleza, no
 tarda en robar la belleza de su bondad; pero
 siendo la virtud celestial el alma de tu belleza,
 será parte á mantener el cuerpo de ella en eterna
 lozanía. Por fortuna he sabido el ultraje que
 Angel te ha hecho; y si la flaqueza humana no
 ofreciera muchos ejemplos tales de liviandad,
 me asombraría la conducta de Angel. ¿Cómo
 harás para contentar al delegado y salvar al
 mismo tiempo á tu hermano?

ISAB. Voy á declararle al punto mi resolución.
 Prefiero que muera mi hermano por la ley, á
 que nazca mi hijo ilegítimo. ¡Mas, ay! ¡cuánto
 se engaña el buen duque en Angel! Si vuelve
 alguna vez, y logro hablarle, no volveré á des-
 pegar mis labios, ó delataré el gobierno de
 Angel.

DUQUE. Harás bien en eso. Sin embargo, en el es-
 tado en que se halla actualmente este asunto,
 podrá evadir tu acusacion: dirá que no hizo más
 que poner tu virtud á prueba. Por lo tanto,

presta oído á mis consejos; á mi deseo de hacer bien se le presenta un remedio. Estoy convencido de que sin dejar de obrar con toda rectitud, puedes hacer un beneficio merecido á una jóven ultrajada; redimir tu hermano de la garra de la ley; y, sin mancillar en lo más mínimo tu acrisolada virtud, dar una satisfaccion grande al duque, si por ventura volviera alguna vez y tuviese noticia de este suceso.

ISAB. Dame más pormenores. Tengo alma para hacer cualquiera cosa que no parezca vil y torpe á los ojos de mi alma.

DUQUE. La virtud es osada, y nunca miedosa la bondad. ¿No oiste hablar alguna vez de Mariana, la hermana del valiente soldado Federico, que sucumbió en alta mar?

ISAB. He oido hablar de esa dama, y por cierto, en términos de encomio.

DUQUE. Hubiera debido casarse con este Angel, quien habia jurado ser su esposo, y el dia de la boda estaba ya fijado. Pero en el intervalo desde el dia de los esponsales hasta el de la boda, naufragó su hermano Federico, hundiéndose con su nave, en la que llevaba el dote de su hermana. Imagínate ahora el apuro en que esta desgracia hubo de hundir á la pobre doncella: perdió á un hermano noble y renombrado, cuyo cariño hácia ella se manifestó siempre en extremo afectuoso y fraternal; con él su herencia y el nervio de su fortuna, su dote matrimonial; perdió además á su prometido esposo, el tal Angel, tan virtuoso al parecer.

ISAB. ¿Es posible? ¿Dejóla Angel de esa suerte?

DUQUE. La dejó bañada en lágrimas, sin enjugarle una sóla con su compasion; quebrantó los sagrados votos que le habia hecho, pretextando que habia notado en su conducta ciertas señales de liviandad. En suma, la abandonó á su

dolor, al cual aún sigue entregada por causa suya; y él, hecho duro mármol, es bañado con sus lágrimas y no se ablanda.

ISAB. ¿Que meritoria accion seria la de la muerte si quitase del mundo á esa pobre doncella! ¿Que perfidia la de esta vida que aún deja con vida á aquel hombre! ¿Pero en qué le podrá aprovechar este suceso?

DUQUE. Es una llaga que puedes fácilmente sanar, y cuya cura, no sólo salvará la vida de tu hermano, sino tambien tu honor, que ningun riesgo correrá si lo haces.

ISAB. Dime cómo, padre.

DUQUE. La doncella susodicha guarda aún vivo en su memoria el recuerdo de aquel primer afecto: el injusto desamor de Angel, que, segun era de esperar, hubiera debido extinguir su pasion, bien como impedimento que entorpece la corriente de un arroyo, la hizo más violenta y más indomable.—Vé tú á ver á Angel; cede á su pretension con aparente obediencia; otórgale la parte principal de su demanda, pero con la condicion de que tu cita con él ha de ser breve, que se verifique á una hora tranquila y oscura, y en cierto lugar á propósito para tal encuentro. Si consiente en ello, todo saldrá bien. Aconsejaremos á la doncella ultrajada que acuda en tu lugar; cuando se descubra luego la entrevista, podrá obligarle á recompensarla; y hé aquí cómo de esta manera queda salvo tu hermano, sin mancha tu honor, aventajada la pobre Mariana, y desenmascarada la perfidia del delegado. Yo sabré persuadir á la doncella y apercibirla para la entrevista. Si tu consientes en llevarlo á cabo, lo cual no te será difícil, el doble beneficio que redundará de este engaño, lo pondrá á salvo de cualquiera censura. ¿Qué te parece?

ISAB. El retrato que de él acabas de trazarme me tranquiliza desde luego, y confío en que alcanzará felicísimo éxito.

DUQUE. Dependerá en gran parte de tu comportamiento. Acude sin tardanza á ver á Angel. Si solicita gozar de tus hechizos esta misma noche, promete satisfacer su deseo. Iré luego á San Lúcas, donde en solitaria granja vive la desdeñada Mariana. Vé á buscarme allí; y ponte de acuerdo con Angel, á fin de que todo quede resuelto cuanto ántes.

ISAB. Te doy las gracias por este consuelo. Dios te guarde, padre reverendo. (Vánse por distintos lados.)

ESCENA II.

La calle delante de la cárcel.

Salen por un lado el DUQUE, disfrazado como ántes, y por otro, CODO, con POMPEYO entre alguaciles.

CODO. A fe mia, si esto no se remedía, y os empeñais en seguir comprando y vendiendo á hombres y mujeres, como si fueran bestias, todos tendrán que beber bastardo pardo y blanco (1).

DUQUE. ¡Cielos! ¡qué gente es ésta?

POM. Acabó la alegría en el mundo desde que, de dos usureros, dieron en suprimir el más alegre, y concedieron al peor, por orden de la justicia, un gaban de abrigo, por más señas, forrado por dentro con pieles de cordero, y por fuera con pieles de zorra, dando con esto á entender que la astucia, siendo más rica que la inocencia, siempre se queda encima.

(1) Alude, sin duda, á cierta clase de cerveza.

CODO. Méenos cháchara y más premura, tunante.
—Dios os guarde, buen padre fraile.

DUQUE. Y á vos, buen hermano padre. ¡Qué ofensa te ha hecho este hombre, amigo?

CODO. Ha faltado á la ley, señor; y sospechamos además que sea ladron, pues hemos encontrado sobre su persona cierta ganzúa de hechura extraña, la cual hemos enviado al señor delegado.

DUQUE. ¡Un alcahuete vil! ¡oh torpe esclavo!

¡El crimen que fomentas con tu auxilio

Te da sustento ruin! Piensa tan sólo

Lo que eso significa: hartar el hambre,

Vestir el cuerpo con tan torpe vicio.

Habla contigo mismo, y di: mediante

Su aborrecible, su bestial comercio,

Me visto y calzo, me alimento y vivo.

¡Y crees acaso que tu vida hedionda

Vida llamarse puede? Vé, y enmienda.

POM. Es verdad que algunas veces hiede; sin embargo, padre, podría probaros...

DUQUE. Si el diablo tales pruebas te sugiere, Le perteneces ya. Llévadle preso.

Pues para que se enmiende, necesita

Bestia tan torpe, exhortacion, castigo.

CODO. Tenemos que llevarle ante el delegado, padre, el cual le ha hecho ya una primera amonestacion. El delegado no puede sufrir esta canalla prostituida; y si resulta ser alcahuete, y se presenta delante del delegado, más le valiera estar á una legua de aquí.

DUQUE. ¡Fuéramos todos libres de pecado, O fuera siempre el mal desembozado!

CODO. Pronto se parecerá su garganta á vuestra cintura, padre: llevará un cordel.

POM. Aún me quedan esperanzas de salvacion; ya tengo un fiador. Aquí se acerca cierto caballero amigo mio.

Sale LUCIO.

LUCIO. ¿Qué es esto, noble Pompeyo? ¿Cómo! ¿un-
cido al carro de César? ¿Te llevan en triunfo
acaso? ¿Qué pasa? ¿Te se acabaron aquellas
imágenes de Pygmalion, aquellas mujeres re-
cien sacadas del horno, que no le costaban á
uno más que meter la mano en el bolsillo y sa-
carla cerrada? ¿Qué contestas, eh? ¿Cómo te
agrada esta marcha, manera y método? ¿Te
has ahogado en el último chubasco, dime?
¿Qué me cuentas? ¿Es machorra? ¿Anda el
mundo como solía andar, tunante? ¿En qué clave
entonarás ahora el estribillo? ¿En alguna muy
triste y en pocas palabras, ó como? Sepamos
tus proyectos.

DUQUE Siempre así, y así; siempre de mal en
peor.

LUCIO ¿Cómo se halla de salud y dinero mi adora-
da prenda, tu ama? ¿Sigue zurciendo volunta-
des eh?

POM. Lo cierto es, hidalgo, que se le han volado
las pájaras y se encuentra ella misma en la
jaúa.

LUCIO Bien está; así procede; así debe ser. ¿Hemos
de andar siempre entre rameras y terceras? La
consecuencia era inevitable; así debe ser. ¿Te
llevan á la cárcel, insigne Pompeyo?

POM. Sí, señor.

LUCIO Sea en buen hora, Pompeyo. Adios. Di que
yo te mando allí... ¿por deudas, Pompeyo, ó
por qué?

COO. Por alcahuete, por alcahuete.

LUCIO. A la cárcel con él; pues si la cárcel fuere el
galardon debido á los de su oficio, bien se la
merece; es lo que le corresponde. Pues no cabe
duda de que es alcahuete; y de fecha antigua;
es alcahuete nato. Adios buen Pompeyo; en-

comiéndame á la cárcel, Pompeyo. Ahora te
volverás buen marido, Pompeyo: no saldrás por
la noche.

POM. Confío, hidalgo, en que vuesamerced saldrá
fiador por mí.

LUCIO. Pues te engañas, Pompeyo: no sueño en ha-
cerlo siquiera. Eso ya no está de moda. Pediré
al cielo que prolongue tu cautiverio. Si pierdes
la paciencia, revelarás que aún te quedan brios.
Adios, insigne Pompeyo.—Dios te guarde, fraile.

DUQUE. Y á vos.

LUCIO. ¿Sigue acicalándose el rostro la Brígida,
Pompeyo?

COO. En marcha, bellaco; vamos.

POM. Es decir, que entónces no quereis salir fia-
dor por mí, hidalgo.

LUCIO. Ni entónces, ni ahora, ni nunca, Pompeyo.
—¿Qué nuevas corren por ahí, fraile? ¿Qué se
murmura?

COO. En marcha, bellaco; vamos.

LUCIO. A la cárcel, Pompeyo. ¡Largo!
(Vánse Codo, Pompeyo y alguaciles.)

¿Qué nuevas hay del duque, fraile?

DUQUE. No sé nada. ¿Sabeis vos algo de él?

LUCIO. Unos dicen que está con el emperador de
Rusia; otros que está en Roma. ¿Dónde piensas
tú que esté?

DUQUE. No sé dónde; pero esté donde estuviere,
deseo que esté bien.

LUCIO. Locura fantástica fué la suya; alejarse fur-
tivamente del Estado, y usurpar una pobreza
para la cual no ha nacido. Lo que es el conde
Angel, bien señorea en su ausencia. Se ensaña
con los adoradores de Vénus.

DUQUE. Hace bien en eso.

LUCIO. Sin embargo, no le vendría mal tener algu-
na más blandura con la lujuria. Es muy rigu-
roso en eso, buen fraile.

DUQUE. Es vicio muy generalizado, y es menester acabar con él á fuerza de severidad.

LUCIO. Sí por cierto, es vicio muy emparentado; tiene deudos distinguidos; y será casi imposible extirparlo del todo si ántes no se suprime el comer y el beber. Dicen que este Angel no nació de varon y hembra, ni vino al mundo por las vías ordinarias. ¿Crees tú que sea cierto eso?

DUQUE. ¿Pues cómo vino al mundo entónces?

LUCIO. Unos dicen que una sirena del mar le desovó; otros que fué engendrado por dos peje-palos. Pero es lo cierto que cuando hace agua, orina hielo congelado; y á mí me consta que eso es cierto.

DUQUE. Teneis humor alegre, hidalgo, y os que-reis divertir conmigo.

LUCIO. ¡Vaya una crueldad! ¡Quitar la vida á un pobre diablo porque se le sublevó la bragueta! ¿Haría esto el duque ausente? Antes que ahor-car á un hombre por haber engendrado á cien bastardos, hubiera sido capaz de mantener de su propio peculio á mil incluseros. Tambien solia tener sus jolgorios. Habia servido en las guerras, y eso le hacia ser más indulgente.

DUQUE. No oí nunca que se tuviese al duque por hombre muy dado á las mujeres: no era aficionado á eso.

LUCIO. Te equivocas, padre.

DUQUE. No es posible.

LUCIO. ¿Quién? ¿el duque? Y con una mendiga que frisara en los cincuenta. Solia echarle luego un ducado en la alcancia. Tenia sus conchas el tal duque. Tambien solia emborracharse, creé-melo á fe de caballero.

DUQUE. Le estais injuriando, sin duda.

LUCIO. No tal, padre. Tuve mucha intimidación con él. ¡Buen pez estaba el tal duque! Y me parece que sé la causa de su alejamiento

DUQUE. ¿Y cuál pudo ser esa causa? ¿se puede saber?

LUCIO. Eso no; perdóname, padre. Es un secreto que debe guardarse entre dientes y labios. Pero esto te sé decir: que la mayor parte de sus súbditos le tenían por un sabio.

DUQUE. ¿Sabio? Y lo era, sin duda.

LUCIO. ¡Cá! era un mozo muy superficial, muy ignorante, y muy ligero de cascos.

DUQUE. Esto no puede ménos de ser en vos envidia, necedad, ó engaño; todos los actos de su vida, el modo con que supo gobernar el timon del Estado, darian más favorable testimonio de su conducta, si fuera menester. Que atestigüen de su carácter sus propios hechos, y aparecerá á los ojos de la misma envidia como sabio, hombre de Estado, y buen soldado. Por lo tanto, os digo que hablais sin reflexion; y si es más claro vuestro juicio de lo que aparenta ser, lo oscurece en gran manera vuestra malicia.

LUCIO. Lé conozco, padre, y le quiero.

DUQUE. El cariño hablara con más conocimiento, y el conocimiento con más cariño.

LUCIO. Vamos, padre; yo sé lo que sé.

DUQUE. Apenas puedo creerlo, al ver que no sabeis lo que decís. Pero si tornase alguna vez el duque (como rogamos todos que suceda), os aconsejo que os disculpeis ante él. Si lo que decís es verdad, no os faltará valor para sostener vuestras palabras. Mi deber me obliga á delataros: y os ruego que me digais vuestro nombre.

LUCIO. Padre, me llamo Lucio, y bien me conoce el duque.

DUQUE. Os conocerá algo mejor, si vive hasta darle noticias vuestras.

LUCIO. No te temo.

DUQUE. ¡Hola! esperais que el duque no tornará;

Ó acaso me juzgais contrario muy inofensivo. Y por cierto, poco daño podré haceros, pues os desdireis, sin duda, de cuanto acabais de proferir.

LUCIO. Me dejaré ahorcar ántes. No me conoces, padre. Pero basta de esto. ¿Puedes decirme, padre, si Claudio morirá mañana?

DUQUE. ¿Y por qué ha sido sentenciado?

LUCIO. ¿Por qué? Por haber llenado una botella con un embudo. ¡Ojalá vuelva pronto el duque! Este delegado impotente va á despoblar la provincia á fuerza de continencia. No consiente que los gorriones hagan sus nidos en el alero de su casa, porque dice que el gorrion es bicho lujurioso. El duque, en cambio, hubiera dejado oculto un crimen cometido á oscuras; no lo hubiera sacado nunca á luz. ¡Ojalá estuviera de vuelta! A fe mia, el pobre Claudio ha sido condenado por haber desatado un nudo. Dios te guarde, buen fraile: reza por mí, te ruego. En cuanto al duque, te lo repito: comia carne los viernes. Ya pasó de la edad, y sin embargo, te aseguro que arrullaria á una pordiosera, aunqueapestara á pan de centeno y á ajos. Di tú que te lo he dicho yo. Adios. (Váse.)

DUQUE. Nunca el poder, ni en la más grande altura,

Se libra, en esta vida, de censura:

Calumnia por detras hiere taimada

A la virtud más pura é inmaculada.

¿Qué rey á sofocar fuera potente,

La amarga hiel en lengua maldiciente?

¿Mas quién se acerca?

Salen ESCALIO, el ALCAIDE, y la dueña PORDEMÁS entre alguaciles.

Esc. ¡Venid! ¡á la cárcel con ella!

DUEÑA. ¡Señor, por Dios, tened piedad de mí!

Vuesamerced tiene fama de hombre compasivo. ¡Piedad, mi buen señor!

Esc. Amonestada por segunda y tercera vez, y nada; vuelve á incurrir en la misma ofensa. Fuera bastante á enfurecer á la misma clemencia, y á convertirla en tirana.

ALC. Sepa vuesamerced que es una alcahueta que lleva ya sus once años en el oficio.

DUEÑA. Es un falso testimonio, señor, que me ha levantado un tal Lucio. Tuvo un hijo de la Cariharta en tiempo del duque, y la dió palabra de casamiento: su hijo cumplirá año y medio por San Felipe y San Jacobo: yo misma se lo he mantenido, y mirad cómo trata de desacreditarme.

Esc. Ese es un mozo en extremo licencioso: mandad que le citen ante nuestra presencia. ¡A la cárcel con ella! ¡Marchad! no más palabras. (Váanse los alguaciles con la Dueña.) Alcaide, mi colega Angel no se deja ablandar. Claudio ha de morir mañana. Envíale un confesor, y que no le falte auxilio espiritual. Si obrara mi compañero con la piedad que á mí me anima, no le pasara esto al pobre Claudio.

ALC. Señor, ese fraile que veis allí, estuvo con él, y le ha preparado para su última hora.

Esc. Buenas tardes, padre.

DUQUE. Dicha y ventura te sigan.

Esc. ¿De dónde sois?

DUQUE. No de este suelo, do por breve tiempo Me es fuerza detenerme. Soy hermano De una órden santa, y vengo de la Sede Con encargo especial del Padre Santo.

Esc. ¿Qué nuevas corren por el mundo?

DUQUE. Ninguna; como no sea la de que acosa á la rectitud una fiebre tan grande que ya no le queda más remedio que su propia disolucion. No se pregunta más que por lo nuevo; y es tan

peligroso envejecer en cualquier género de vida, como virtuoso el ser constante en cualquier empresa. Apenas existe lealtad suficiente para asegurar la existencia de la sociedad pero todos andan tan sobraos de confianza, que casi llega uno á renegar del trato social. La sabiduría del mundo gira únicamente alrededor de tales enigmas. Estas son nuevas bastante añejas; y sin embargo, son nuevas de todos los dias. Decidme, hidalgo ¿de qué condicion era vuestro duque?

Esc. De tal condicion, que parecia esforzarse más que en otra cosa alguna, en conocerse á si mismo.

Duque. ¿A qué clase de diversion era más dado.

Esc. Se alegraba ántes de ver la alegría ajena, que de cualquiera cosa que hubiera podido alegrarle á él: era un caballero de gran templanza. Pero dejémosle allá con su destino, y roguemos á Dios por su bienestar; y decidme ahora cómo hallasteis á Claudio. Segun oí, le habeis prestado auxilio.

Duque. Reconoce que no es injusta la pena que le ha impuesto el juez, y se somete de buen grado al fallo de la justicia; sin embargo, su flaqueza le habia llevado á forjarse mil engañosas esperanzas de vida, que yo he logrado desvanecer con mis consejos; y está ya resuelto morir.

Esc. Habeis cumplido con el santo ministerio que recibisteis del cielo, y con el deber que os impone el estado del preso. He trabajado en pró de ese pobre hidalgo hasta dónde me lo ha permitido mi modestia; pero hallé tan severo á mi compañero de justicia, que tuve que decirle que es en verdad la misma Justicia.

Duque. Si su propia vida corresponde á la severidad de su proceder, le estará bien; en cam-

bio si se aparta de ella, se ha sentenciado á si mismo.

Esc. Voy á visitar al preso. Quedad con Dios.

Duque. Paz sea contigo.

(Vánse Escalo y el Alcaide.)

El que de Dios blandir osa el acero,
 Debiera ser tan justo cual severo;
 Ejemplo de virtud y de entereza,
 Juzgar debiera con igual dureza
 La falta propia y el pecado ajeno.
 ¡Mal haya el hombre que, soltando el freno
 A su pasion, castiga con la muerte
 A aquel que peca de la misma suerte!
 ¡Baldon al juez que en otro el vicio escarda,
 Y deja que en su pecho crezca y arda!
 ¡Oh cuánto vicio bajo austero manto
 Tal vez esconde el que parece un santo!
 ¡Cuán á menudo el fingimiento astuto
 Engaña al mundo como torpe bruto;
 Y le hace creer que la hebra de una araña
 Le basta á remover una montaña!
 A su malicia he de tender un lazo:
 Con Angel esta noche en tierno abrazo,
 Reposará su antigua desposada;
 Al burlador castigue la burlada;
 Vengue otro engaño aquel engaño crudo,
 Y estreche el lazo antiguo un nuevo nudo. (Váse.)

ACTO IV.

ESCENA PRIMERA.

La granja cerca de San Lúcas.

Salen MARIANA y un PAJE.

PAJE. (Canta.) *Quita esos labios que arteros
Juráronme tierna fe,
Y esos ojos, dos luceros,
A cuyos rayos cegué.
Mas devuélveme aquel beso
Que te dí:
Iba en el mi amor impreso
¡Ay! no en tí.*

MAR. *Suspende tu cancion, y véte pronto:
Que aquí se acerca quien me trae consuelo;
El hombre que aplacó mil y mil veces
Con sus consejos mi rebelde pena. (Vase el paje.)*

Sale el DUQUE, disfrazado.

*Perdon te pido, y créelo, casi sientto
Que tan jovial, al parecer, me hallaras.
Perdóname, te ruego: no alegría,
Consuelo daba el canto al alma mia.*

DUQUE. Bien; mas su magia á veces es tan fuerte,
Que el mal en bien, el bien en mal convierte.
Dime, te ruego, si ha venido hoy álguien aqui
en busca mia. Tengo una cita aquí, próximamente á esta hora.

MAR. Nadie ha preguntado por ti: he estado sentada aquí todo el dia.

Sale ISABEL.

DUQUE. No puedo dudar de tu palabra. Ya llegó la hora. Ruégote que te ausentes por breve rato; quizá te llamaré luego para comunicarte cierto asunto que será en tu provecho.

MAR. Te quedo siempre agradecida. (Váse.)

DUQUE. Muy bien hallada y bien venida seas.

¿Qué nuevas traes del probo delegado?

ISAB. Tiene un jardin cercado de una tapia
Que hácia poniente á cierta viña cae;
A cuya viña, entrada da una puerta
Que abre esta llave, la mayor; esta otra
A cierto postiguillo corresponde
Que de la viña á su jardin conduce.
Le he prometido estar allí sin falta
A la hora funeral de media noche.

DUQUE. ¿Pero darás con el camino luego?

ISAB. En todo me fijé con gran cuidado.
En baja voz y con afan culpable
Mostróme, haciendo que notase todo,
Dos veces el camino.

DUQUE. ¿Y otra seña
No os disteis, que es forzoso que ella observe?

ISAB. No, nada más que dar con él á oscuras.
Mas le hice comprender que breve rato
Podria estar con él; pues llevaria
Conmigo una doncella, así le dije,
Que persuadida está que acudo á verle
Por causa del hermano.

DUQUE. Bien urdido.
Aún no he comunicado á Mariana
Ni una palabra de esto.—¡Sal, doncella!

Sale MARIANA.

Te ruego que conozcas á esta jóven,
Pues viene á hacerte un bien.

ISAB. Es mi deseo.

DUQUE. ¿Tienes la conviccion de que te estimo?

MAR. Buen fraile, bien lo sé por experiencia.

DUQUE. Pues á tu buena amiga da la mano;
Y escucha lo que tiene que contarte.
Aquí os aguardaré. Mas dáos prisa;
La noche vaporosa ya se acerca.

MAR. Vente conmigo á un lado, si te place.
(Vánse Mariana é Isabel.)

DUQUE. ¡Poder, grandeza, en ti se clavan miles,
Millones de ojos; tomos de censura
Con falsas y encontradas quejas siguen
La pista á tus acciones; mil graciosos
Te hacen origen de sus locos sueños,
Y allá en sus fantasías te trasiegan!

Salen MARIANA é ISABEL.

Muy bien venidas. ¿Os hallais de acuerdo?

ISAB. Se atreve, padre, á acometer la empresa,
Si tú lo apruebas.

DUQUE. No lo apruebo sólo,
Lo exijo así.

ISAB. (A Mar.) Tendrás que hablarle apenas.
Cuando te alejes sólo, di en voz baja:
«No olvides á mi hermano.»

MAR. Nada temas.

DUQUE. Ni tú tampoco nada temas, hija.
Es tu marido por contrato previo:
Juntaros de esta suerte no es delito,

Puesto que tu derecho á reclamarle
Santifica el engaño. Ven, partamos:
Pues ¿qué hemos de coger, si no sembramos?
(Vánse.)

ESCENA II.

La cárcel.

Salen el ALCAIDE y POMPEYO.

ALC. Ven acá, tunante. ¿Te sientes capaz de cortar la cabeza á un hombre?

POM. Si fuere soltero, sí; si fuere casado, sería cabeza de su mujer, y nunca me sentiré capaz de cortar la cabeza á una mujer.

ALC. Vamos, déjame ya de retruécanos, y dame una respuesta categórica. Mañana á primera hora han de morir Claudio y Bernardino. Hay en esta cárcel un verdugo de ordenanza, el cual necesita un subalterno que le ayude en su oficio: si te atreves á prestarle auxilio, eso te librará de tus grillos; si no, tendrás que cumplir tu condena, y recibirás al recobrar tu libertad una zurra bárbara; pues has sido alcahuete notorio.

POM. Señor, es verdad que he sido desde tiempo inmemorial alcahuete á despecho de la ley; pero ahora me inclino á ser legitimo verdugo. Recibiré con gusto alguna enseñanza de mi colega.

ALC. ¡Hola! ¡Horrorez! ¿Dónde estás? ¡Horrorez!

Sale HORROREZ.

HORR. ¿Llamais, señor?

ALC. Aquí tienes á un mozo que te ayudará mañana en la ejecucion. Si te parece bien, ajústale

por años, y que se quede aquí contigo; si no, empléale por esta vez, y despídele luego. No podreis reñir por cuestion de honra, pues fué alcahuete.

HORR. ¡Alcahuete, señor! ¡Mala landre le coma! desacreditará nuestro arte.

ALC. ¡Calla, bribon! Allá os ireis los dos: si os pesaran, bastaría una pluma á inclinar la balanza. (Váse.)

POM. Hidalgo, he oido llamar arte á la pintura; y como las ramerás, en cuyo gremio he tenido la honra de servir, gentilhombre, suelen entender de pintura, creo que esta circunstancia sea parte á elevar mi oficio al grado de arte; pero qué arte puede haber en el oficio de verdugo es lo que no concibo, aunque me diera garrote vuesa merced.

HORR. Te digo que és un arte.

POM. La prueba.

HORR. Siempre le viene bien al ladron la ropa del hombre honrado; si le viene estrecho al ladron, al hombre honrado se le figura que le viene muy ancho; y si le viene ancho al ladron, se le figura á éste que le viene muy estrecho: de suerte que siempre le viene bien al ladron la ropa del hombre honrado (1).

Sale el ALCAIDE.

ALC. ¿Estais de acuerdo?

POM. Sí, señor; le serviré; pues advierto que es oficio más penitente el de verdugo que el de alcahuete: pide más á menudo perdon.

ALC. Tú, verdugo, ten preparado tu tajo y hacha para mañana á las cuatro.

(1) Aunque la edicion inglesa no lo indica, debe haber aqui alguna omision ó adulteracion en el texto.

HORR. Vente conmigo, alcahuate; te instruiré en mi oficio; sígueme.

POM. Tengo grandes deseos de aprender, hidalgo; y si alguna vez tuvierais ocasion de necesitar de mis servicios, espero que quedareis satisfecho de mi habilidad; pues á decir verdad, hidalgo, vuestra bondad hácia mí os hace acreedor á mi agradecimiento.

ALC. Mandad que vengan Claudio y Bernardino.
(Vánse Pompeyo y Horrorez.)

Me apiada aquel, no él asesino; fuera
Mi propio hermano, y le gritara: ¡muera!

Sale CLAUDIO.

Mira aquí, Claudio, la órden de tu muerte.
Es media noche en punto, y á las ocho
Mañana irás á tu morada eterna.
¿Bernardino dó está?

CLAUD. Sumido en sueño
Tan hondo está como el cansancio cuando
Tieso los miembros del viajero embarga.
No quiere despertar.

ALC. Nada le mueve.
Vé, pues, y te prepara. (Llaman dentro.)
¡Calla! llaman.

Su ayuda te dé Dios. (Váse Claudio.)
—Ya van. ¡Paciencia!
¡Oh, fuera algun indulto ó tregua para
El pobre Claudio!

Sale el DUQUE, disfrazado.

Padre, bien venido.
DUQUE. Los genios más benignos de la noche
Te amporen, buen alcaide. ¿Vino alguno?

ALC. No, nadie, desde el toque vespertino

DUQUE. ¿Ni aun Isabel?

ALC. No tal.
DUQUE. Vendrán en breve.

ALC. ¿Hay para Claudio alivio?
DUQUE. En la esperanza

Aún queda alguno.
ALC. Es duro el delegado.

DUQUE. No tal, no tal; su vida paralela
Va con la norma de su gran justicia:
Domina en sí con abstinencia santa
Lo que, aguijando su poder, se esfuerza
A amortiguar en otros. Si tiznase
Su honor lo que condena, fuera entónces
Tirano; pero es justo así. (Llaman dentro.)

Ya vienen. (Váse el Alcaide.)
El hombre es blando. Rara vez humano
Se muestra el duro alcaide con su hermano.
(Llaman dentro.)

¡Qué golpes dan! Premura al duende acosa
Que da á paciente puerta tales golpes.

Sale el ALCAIDE.

ALC. (Hablando con uno dentro.)
Allí tendrá que estarse miéntras llegue
A abrirle el oficial. Ya le han llamado.

DUQUE. ¿No tienes contraórden para Claudio?
¿Ha de morir mañana?

ALC. Nada tengo.

DUQUE. Aunque está cerca el alba, ántes que raye,
Habrá algo nuevo, alcaide.

ALC. Por ventura
Algo sabrás; mas lo que es contraórden
No habrá, me temo. No hubo ejemplo de eso.
Por otra parte, desde la alta sede
De la justicia ha declarado el conde
Públicamente al pueblo lo contrario:
Que no ha de ser.

Sale un MENSAJERO.

Un nuncio del regente.

DUQUE. Vendrá el perdón de Claudio con el mismo.

MENS. (Dando un papel al Alcaide.) Mi señor te envía esta esquela, y por mi boca este aviso además: que no te apartes en lo más mínimo de lo que en ella te manda, ni en cuanto al tiempo, al asunto, ú otra circunstancia alguna. Buenos días; pues según pienso, ya despunta el alba.

ALC. Le obedeceré. (Váse el Mensajero.)

DUQUE (Aparte).

Es su perdón; por crimen tal comprado,
Que el que perdona viene á ser culpado.
Así florece el vicio y se acrecienta,
Cuando el poder lo ampara y lo fomenta.
Merced que engendra vicio tál se extiende,
Que ampara por la fuerza á aquel que ofende.
¿Qué nuevas hay?

ALC. Te lo dije. El conde Angel, juzgándome tal vez remiso en el desempeño de mi cargo, me avisa por medio de esta inusitada excitación.

Cosa extraña, pues nunca acostumbra hacerlo

DUQUE. Oigamos lo que dice, te ruego.

ALC. (Lee.) « Aunque oigas lo que oyeres en contra de ello, manda ajusticiar á Claudio á las cuatro de la mañana, y por la tarde á Bernardino. Para mayor seguridad, mándame la cabeza de Claudio á las cinco. Cumple mi mandato con toda exactitud; y ten entendido que de ello depende mucho más de lo que deba manifestarte ahora. Por lo tanto, no dejes de cumplir tu obligación, pues tendrás que responder de todo con tu propia vida.» ¿Qué dices de esto, padre?

DUQUE. ¿Quién es ese Bernardino que ha de ser ajusticiado por la tarde?

ALC. Un bohemio, gitano de nacimiento, pero

criado y educado aquí. Hace nueve años que está preso.

DUQUE. ¿Cómo fué que el duque ausente no le devolvió la libertad, ó no le mandó ejecutar? Según he oído, tal era su costumbre.

ALC. Sus amigos lograron alargar la causa; y en efecto, no se ha obtenido una prueba fehaciente hasta hace poco, bajo el gobierno del conde Angel.

DUQUE. ¿Está convicto ya?

ALC. Hasta la evidencia, y él no lo niega.

DUQUE. ¿Hase mostrado arrepentido durante su encierro? ¿Parece estar afectado?

ALC. Es hombre á quien le importa ménos morir que tomar una borrachera: abandonado, indiferente y sin miedo á lo pasado, á lo presente ni á lo porvenir, insensible á la muerte, y un asesino desesperado.

DUQUE. Ha menester consejo.

ALC. Ni escucharlo quiere. Ha estado siempre muy á sus anchas en la cárcel: si le diereis permiso para escaparse de aquí, no lo aprovecharía; está borracho muchas veces durante el día, cuando no completamente durante muchos días. Muchas veces le hemos despertado como para conducirlo al patíbulo, y le hemos enseñado una orden falsa: no le ha causado la menor impresión.

DUQUE. Luego hablaremos de él. Alcaide, llevas grabada en tu frente honradez y firmeza; si leo mal, es que me hace traición mi antigua experiencia. Entre tanto, fiado en la destreza de mi astucia, me aventuro á correr el albur. Claudio, á quien tienes ya orden de ajusticiar, no es en nada más culpable á los ojos de la ley que el mismo Angel que le ha sentenciado. Para convencerte mediante pruebas manifiestas, no te pido más que una tregua de cuatro días; para

lo cual es menester que me hagas un favor tan inmediato como peligroso.

ALC. ¿Cuál? si os place.

DUQUE. El de aplazar su muerte.

ALC. ¡Ay! ¿cómo podré hacerlo, teniendo la hora limitada, y órden terminante de presentar, bajo pena de muerte, su cabeza á Angel? Me veria en el mismo caso que Claudio, si faltase en lo más mínimo á lo mandado.

DUQUE. Te juro por el sacro voto de mi órden que saldré fiador por cuanto hicieres, si te resuelves á dejarte guiar por mis instrucciones. Haz ajusticiar esta mañana á ese Bernardino y que eleven su cabeza á Angel.

ALC. Angel ha visto á los dos, y conocerá el engaño.

DUQUE. La muerte lo disfraza todo, y tú puedes prestarla ayuda. Rasúrale el pelo y arregla la barba; y di que exigió el mismo reo ántes de la ejecucion, que se le rapase de esa suerte; ya sabes que es cosa comun. Si sacas de esta accion otra cosa que las gracias y una buena recompensa, juro por el santo de mi devocion, que abogaré en tu defensa con la propia vida.

ALC. Perdóname, padre; fuera infringir mi juramento.

DUQUE. ¿A quién prestaste juramento, al duque ó al delegado?

ALC. A él y á sus sustitutos.

DUQUE. ¿Creerás que no has cometido ofensa alguna, si el mismo duque atestigua la rectitud de tu proceder?

ALC. ¿Y qué probabilidad hay de eso?

DUQUE. No probabilidad, sino certeza. Pero ya que veo que es tal tu miedo que ni mi hábito, ni mi integridad, ni mis persuasiones son parte á resolverte, iré aun más allá del límite que me habia propuesto, á fin de desvanecer tus rece-

los. Mira, aquí tienes la rúbrica y el sello del duque: bien conoces su letra, lo sé; y el sello no te debe ser extraño.

ALC. Conozco entrambos.

DUQUE. El contenido de esta carta anuncia el próximo regreso del duque: la leerás luego á tu sabor; y verás por ella que estará de vuelta dentro de dos dias. Angel ignora por completo esta circunstancia, pues debe recibir hoy mismo cartas de tenor extraño, anunciando tal vez la muerte del duque, tal vez su entrada en algun monasterio; pero nada de lo que está escrito aquí. Mira, el lucero del alba ya despierta al pastor. No te cause asombro el cómo y por qué de estas cosas: toda dificultad parece fácil una vez conocida. Llama al verdugo, y caiga la cabeza de Bernardino: le tomaré inmediatamente la confesion, y le prepararé para un lugar mejor. Aún te dura el asombro; pero esto hará que te resuelvas del todo. Ven, pues; es casi de dia claro. (Vánse.)

ESCENA · III.

La cárcel.

Sale POMPEYO.

POM. Soy tan conocido aquí como en nuestra casa de trato: cualquiera diria que era esta la propia casa de la dueña Pordemás, pues aquí se reunen no pocos de sus antiguos parroquianos. En primer lugar, está aquí el caballerito Audaz: está preso por la friolerilla de unas resmas de papel de estraza y unas libras de jengibre; todo junto, cosa de siete arrobas y quince libras; de lo cual sacó cinco escudos en dinero contante; por cierto

que el jenjibre entónces no debia tener gran salida: habria habido, sin duda, una mortandad grande de viejas. Luego está aquí tambien un tal hidalgo Cabriola, procesado por el compadre Bocaci, el mercero, el cual le reclama cuatro cortes de raso negro, para devolver los cuales se ha de ver él mismo negro. Tenemos aquí además al jóven Vértigo, y al jóven hidalgo Votoredondo, y al señor Espueladecobre, y al valiente Matalacayos, el diestro de espada y daga, y al caballero Horcaespera, quien mató al compadre Gachas, y al hidalgo Rompelanzas, el justador, y al valiente señor Maletilla, el gran viajero, y al turbulento Mediacaña, que le vació el cráneo al pobre Botellas, y creo que á otros cuarenta de la misma ralea: todos gente de provecho para nuestro oficio, y hémelos aquí sin más amparo que el de Dios.

Sale HORROREZ.

HORR. ¡Hola, tunante! trae acá á Bernardino.

POM. ¡Señor Bernardino! ¡Es menester que os levanteis para que os ahorquen, señor Bernardino!

HORR. ¡Eh! ¡hola! ¡Bernardino!

BERN. (Dentro.) ¡Que un rayo os parta las gargantas! ¡Quién arma ese ruido? ¡Quién eres?

POM. Vuestro buen amigo el verdugo. Señor mio, tendreis la amabilidad de levantaros y de dejaros ahorcar.

BERN. (Dentro.) ¡Largo, bribon, largo! Tengo sueño.

HORR. Dile que es forzoso que se despabile, y pronto.

POM. Por Dios, señor Bernardino, sacudid el sueño hasta que os hayan degollado, y dormid luego.

HORR. Entra y sácale.

POM. Ya viene, señor, ya viene: oigo crujir la paja.

HORR. ¿Está el hacha en el tajo, tunante?

POM. Todo está listo, señor.

Sale BERNARDINO.

BERN. ¿Qué tal, Horrorez? ¿qué hay de nuevo?

HORR. A decir verdad, quisiera que te entregaras un rato á tus rezos; pues, mira, aquí está la orden.

BERN. ¡Bellacos! He pasado la noche entera bebiendo; no estoy preparado para eso.

POM. Tanto mejor, gentilhombre; pues si despues de beber toda la noche le ahorcan á uno por la mañana tempranito, tanto mejor podrá dormir durante todo el dia siguiente.

HORR. Mira, aquí viene el padre confesor. ¿Crees aún que es broma?

Sale el DUQUE, disfrazado.

DUQUE. Buen hombre, movido por mi caridad, y habiendo oido cuán próximo estaba la hora de tu partida, vengo á aconsejarte, á ofrecerte consuelo, y á rezar contigo.

BERN. Nada de eso, fraile. He estado bebiendo largo toda la noche, y me han de dar más tiempo para ponerme bien con Dios, ó de otro modo, que me aplasten los sesos con porras. Lo cierto es que no me conformo con morir hoy.

DUQUE. Amigo, es fuerza, y por lo tanto, ruego que midas la jornada que te espera.

BERN. Juro que no hay persuasion en hombre capaz de hacerme morir hoy.

DUQUE. Pero escucha.

BERN. Ni una palabra. Si tienes algo que decir-

me, vente á mi calabozo; pues de allí no salgo hoy. (Váse.)

DUQUE. Cual de vivir, es de morir indigno.

¡Pecho de pedernal! Seguidle, mozos;
Y arrastradlo al patíbulo sin tregua.

(Vánse Horrorez y Pompeyo.)

Sale el ALCAIDE.

ALC. ¿Cómo encuentras al preso, padre?

DUQUE. Indigno;

Aún no está preparado para el trance;
Y fuera criminal llevarle al rollo
En tal estado.

ALC. Aquí en la cárcel, padre,

Murió de cruda fiebre esta mañana
Ragozin, un pirata muy notorio,
De igual edad que Claudio, y barba y pelo
De idéntico color. ¿Qué te parece
Si aplazase el castigo del malvado
Hasta que se arrepienta, y procurase
Satisfacer al juez con la cabeza
De Ragozin, más parecido á Claudio?

DUQUE. Es una suerte que nos manda el cielo.
Hazlo al instante, pues se acerca la hora
Fijada por el conde, cuya orden
Harás cumplir al punto, mientras trato
De hacer morir contrito al insensato.

ALC. Luego se hará, buen fraile; pero es fuerza
Que hoy por la tarde muera Bernardino.

¿Y cómo proceder con Claudio luego,
Para ponerme á salvo del constante,
Peligro que, sin duda, correria,
Si se llegase á averiguar que vive?

DUQUE. Haz esto: ocultos en prision secreta
Encierra á Claudio y Bernardino, y ántes
Que el sol dos veces haya saludado
En cotidiano giro á los mortales,
Créeme, tendrás seguridad completa.

ALC. Gustoso te obedezco.

DUQUE. Vé, despacha:

Y manda al delegado la cabeza. (Váse el Alcaide.)
Al punto escribiré cartas al conde
(Las llevará el alcaide), por las cuales
Sabrá que me hallo cerca de mi córte,
Y que motivos de importancia suma
Me obligan á hacer pública mi entrada.
Le mandaré que salga á recibirme
A la vótiva fuente, que una legua
Dista de la ciudad, y desde donde
Procederé con Angel poco á poco,
Con método formal y bien medido.

Sale el ALCAIDE.

ALC. Aquí está la cabeza; iré yo mismo.

DUQUE. Así conviene; pero vuelve pronto;
Pues necesito hablarte de un asunto,
A tus oídos sólo reservado.

ALC. Volando voy. (Váse.)

ISAB. (Dentro.) Paz reine en este sitio.

DUQUE. La voz es de Isabel. Vendrá á informarse
De si llegó el indulto de su hermano.
Tendréla en ignorancia de su dicha,
Para trocar su angustia en santo alivio
Cuando ménos lo espere.

Sale ISABEL.

ISAB. Con licencia.

DUQUE. Buena alborada, dulce y casta niña.

ISAB. Mejor, viniendo de un varon tan santo.

¿Mandó el indulto de mi hermano el conde?

DUQUE. Hija, le ha libertad de este mundo.

Cortaron su cabeza, y al regente

Se la llevaron.

ISAB. ¿Cómo? ¿No es posible!

DUQUE. No de otra suerte fué. Demuestra, hija,
En tu resignacion tu gran cordura.

ISAB. ¡Oh! iréle á ver; ¡le sacaré los ojos!

DUQUE. No serás admitida á su presencia.

ISAB. ¡Claudio infeliz! ¡Ay Isabel cuitada!
¡Pérfido mundo! ¡Ay, Angel maldecido!

DUQUE. Así, ni ofendes á él, ni á ti te ayudas.

Déjalo, pues; y á Dios tu causa fía.

Fijate bien en lo que digo, y cada

Silaba te dirá que es verdad pura.

Mañana torna el duque... Enjuga el llanto.

Su confesor, un fraile de mi orden,

Me dió la nueva, y por igual conducto

Llegó á noticia de Escalo y de Angel;

Quienes á recibirle se disponen

Delante de las puertas, y á rendirle

El mando allí. Si puedes, encamina

Tu juicio por la senda que te trazo,

Y saciarás tu saña en el infame,

Venganza lograrás, merced del duque,

Y aplauso universal.

ISAB. Sé tú mi guía.

DUQUE. Vé, y á fray Pedro entrega aquesta carta,

En que el regreso me anunció del duque.

Por esta seña, dile que deseo

Verle esta noche en casa de Mariana.

Pondréle en autos de tu afan y el suyo;

Al duque os llevará, y en cara á Angel,

Su infamia delatadle. A mí me liga

Un sacro voto que tendráme ausente.

Vé tú con esta carta; y de tus ojos

Con alma alegre ahuyenta el triste llanto.

Y cree, por mi orden sacra, que te llevo

Por el mejor camino.—¿Quién se acerca?

Sale Lucio.

LUCIO. Buenas noches, fraile. ¿Dónde está el alcaide?

DUQUE. No está en la cárcel.

LUCIO. ¡Oh, linda Isabel! hasta mi corazon palidece
al ver tus enrojecidos ojos. Es menester pa-
ciencia. Tengo que acostumbrarme á no comer
ni cenar más que pan y agua; no me atrevo á
llenarme la panza por temor de mi cabeza: una
comida abundante fuera bastante para hacerme
pecar. Pero dicen que llegará mañana el duque.
A fe mia, Isabel, queria con extremo á tu her-
mano. Si el viejo, fantástico duque, ese hus-
meador de rincones se hubiese estado en casa
viviria aún. (Váse Isabel.)

DUQUE. Hidalgo, poco os tiene que agradecer el
duque la fama que le vais criando: lo mejor del
caso es que no le cuadra.

LUCIO. Fraile, te digo que no conoces al duque tan
bien como yo: es más diestro cazador de lo que
tú te imaginas.

DUQUE. En fin, os costará caro algun dia. Adios.

LUCIO. No, espera, me iré contigo; te contaré lin-
dos cuentos del duque.

DUQUE. A ser ciertos, hidalgo, hartos me habeis
contado ya; si no lo son, con uno sobrara.

LUCIO. Tuve que aparecer ante él una vez por ha-
ber dejado en cinta á una moza.

DUQUE. ¿Hicisteis cosa semejante?

LUCIO. Sí, por cierto; pero me apresuré á negarlo
con juramento; de otra suerte me hubieran ca-
sado con la nispola podrida.

DUQUE. Hidalgo, vuestra conversacion es más di-
vertida que honesta. Quedad con Dios.

LUCIO. Por mi vida, te he de acompañar hasta la
próxima esquina. Si te ofende esta charla obs-
cena, no te cansaré más con ella. Sí, fraile; soy
una especie de cadillo; no hay quien me sa-
cuda. (Vánse.)

ESCENA IV.

Una saia de la casa de Angel.

Salen ANGEL y ÉSCALO.

Esc. Cada carta que me escribe contradice la anterior.

ANG. De la manera más extraña é inexplicable. Su modo de proceder tiene algo de locura. Dios quiera que su juicio no esté alterado. ¿Y á qué viene eso de recibirle en la puerta de la ciudad y dimitir allí nuestros cargos?

Esc. No lo adivino.

ANG. ¿Y á qué mandarnos proclamar una hora ántes de su entrada que si álguien tiene motivo para pedir satisfaccion por alguna injusticia, manifieste su peticion en la plaza pública?

Esc. Da su razon para eso: quiere rematar de una vez con las quejas todas, y ponernos á salvo de estratagemas futuras, los cuales, de esa suerte, no podrán hacernos fuerza alguna.

ANG. Pues bien, te ruego que lo mandes proclamar por la mañana temprano; iré á buscarte á tu casa, y comunícalo á todas las personas que por su rango ó empleo tengan que asistir á su entrada.

Esc. Así se hará, señor. Dios te guarde.

ANG. Buenas noches. (Váse Escalo.)

Aquella accion me postra por completo,
Me enerva, y me hace inepto para todo.
¡Una inocente virgen desflorada!
¡Y por el juez más alto, que severo
Quiso esforzar la ley contra ese crimen!
A no vedar su cándida modestia
Que de su honor la pérdida pregone,
¡Cuál me pudiera avergonzar su lengua!

Mas la razon la enfrena; pues mi fama
Cargada va de crédito tan grande,
Que al maldiciente que una vez se atreve
A criticarla, sin piedad confunde.
Él no debió morir; pero temia
Que en tiempo porvenir, con fiero intento,
Su loca juventud tal vez pudiese
Tomar venganza por aquel ultraje:
La deshonrosa vida, rescatada
Con tan cruel baldon. ¡Viviese al ménos!
¡Ay! ¡si una vez del bien nos apartamos,
Todo va mal, é inciertos vacilamos! (Váse.)

ESCENA V.

Campo fuera de la ciudad.

Salen el DUQUE, *en su propio traje,* y FRAY PEDRO.

DUQUE. Dame estas cartas á debido tiempo:
(Le da unas cartas.)

Sabe el alcaide nuestro intento y trama.
La cosa marcha, cumple, pues, mi encargo
Y sigue siempre el prefijado rumbo,
Por más que algunas veces te desvies
Acá ó allá, segun el caso exija.
Vé á ver á Flavio, y donde aguardo dile;
Y da á Roldan, á Valentin y Craso
La misma nueva, y mándales que lleven
Los trompeteros á la puerta; pero
Venga ante todo Flavio.

FR. P. Harélo al punto. (Váse.)

Sale VARRIO.

DUQUE. Gracias por la premura, noble Varrío:
Partamos, ven. En breve otros amigos
Saldrán á saludarnos, Varrío mio. (Vánse.)

ESCENA VI.

Una calle próxima á la puerta de la ciudad.

Salen ISABEL y MARIANA.

ISAB. Me cuesta hablarle tan oblicuamente;
Diria la verdad; mas acusarle
Así, te toca á ti; pero él lo exige:
Dice, para velar mejor la trama.

MAR. Pues déjate guiar por él en todo.

ISAB. Tambien me dijo que, si por ventura
Hablase en pró del otro, en contra mia,
No lo extrañase; que era cual remedio
Que amarga con buen fin.

MAR. A fe, quisiera

Que el buen fray Pedro...

ISAB. Calla, el fraile viene.

Sale FRAY PEDRO.

FR. P. Venid, os he escogido un bravo puesto,
Donde estareis tan bien que el duque nunca
Podrá pasar sin veros. Los más nobles
Y graves ciudadanos se encaminan
Hácia la puerta por la cual su entrada
El duque en breve hará. Corred, por tanto.

(Vánse.)

ACTO V.

ESCENA PRIMERA.

La puerta de la ciudad.

MARIANA, tapada, ISABEL y FRAY PEDRO en su
puesto, esperando la llegada de la comitiva. Salen
el DUQUE, VARRIO, NOBLES, ANGEL, ÉSCALO, LUCIO,
ALCAIDE, EMPLEADOS, y CIUDADANOS, por varios
lados.

DUQUE. Muy noble primo, bien hallado seas.
Me alegra el verte, antiguo y fiel amigo.

ANG. } Vuelva feliz tu Alteza, y con ventura.
Esc. }

DUQUE. Mil y sinceras gracias doy á entrambos.

Tomé ya informes, y oigo elogios tales
De tu gobierno é integridad, que el alma
No puede ménos de exigir que premie
Pública gratitud tu noble celo,
De galardón más ámplio precursora.

ANG. Con nuevos lazos mi lealtad obligas.

DUQUE. Alto habla tu virtud; y fuera injusto
Guardarla oculta en mi escondido pecho,
Cuando merece hallar, grabada en bronce,
Firme reparo contra el diente agudo
Del tiempo y la guadaña del olvido.

Dame la mano; y que esto el pueblo vea,
Y sepa que esta externa cortesía
Alto proclama mi íntimo cariño.
Ven, Escalo, y á esta otra mano llega.
Firmes arrimos sois.

(Se adelantan Fray Pedro é Isabel.)

FR. P. (Aparte á Isabel.) Llegó el momento:
Háblale recio y póstrate de hinojos.

ISAB. ¡Justicia, oh noble duque! El ceño vuelve
A esta ultrajada... iba á decir doncella...
¡Ay! ¡quién pudiera! ¡Oh, príncipe preclaro,
No deshonres tu vista con fijarla
En otra cosa alguna, miéntras no oigas
Mi justa queja, miéntras no me otorgues
Justicia, sí, justicia, sí, justicia!

DUQUE. Tu ultraje cuenta: ¿en qué? ¿por quién? sé
[breve.

Aquí está el conde, y él te hará justicia.
Declárate con él.

ISAB. Oh noble duque,
Del diablo redencion pedir me mandas.
Oyeme tú, pues lo que hablar me cumple,
O á mí me punirá si no es creído
O arrancará de ti venganza cruda.
¡Escucha! ¡oyeme aquí!

ANG. Me temo, Alteza,
Que altera la locura su sentido.
Indulto me pidió para su hermano
Que víctima cayó de la justicia.

ISAB. ¡De la justicia!

ANG. Y suele hablar de acerbo,
Extraño modo.

ISAB. Sí, de extraño modo
Habré de hablar, más con verdad extraña:
Que es Angel un perjuro. ¿No es extraño?
Que es Angel homicida. ¿No es extraño?
Que es un ladron adúltero el tal Angel;
Un hipócrita vil. ¿No es cosa extraña?

Un forzador de vírgenes. ¡Qué extraño!
DUQUE. ¡Extraño? ¡Y tan extraño!

ISAB. Es tan seguro
Como él es Angel que esto todo es cierto,
Tan cierto como extraño. Sí, mil veces
Más cierto aún; que en conclusion de cuentas,
Verdad será verdad.

DUQUE. ¡Llevala! ¡Pobre!
Lo dice en el furor de su locura.

ISAB. Príncipe, te conjuro, por tu creencia
En otra salvacion que la del mundo,
Que no me desatiendas, sospechando
Que altera la locura mi sentido.
No juzgues imposible lo que sólo
Parece inverosímil. ¿No es posible
Que el hombre más perverso de la tierra
Parezca tan perfecto, grave y justo
Como Angel mismo? Pues, no de otra suerte,
A pesar de sus títulos y honores,
Su dignidad y pompa, bien podria
Ser Angel el mayor de los malvados.
¡Oh, créelo, noble príncipe; si es ménos,
No es nada; pero es más, y más seria,
Tuviese yo más nombres para el dolo!

DUQUE. Por mi honra, si está loca (cual lo creo)
Se muestra su locura tan sensata,
Hay tal coherencia entre una cosa y otra,
Cual nunca hallé en locura.

ISAB. No porfies
En eso, oh noble duque, ni destierres
A la razon por ser contradictoria;
Antes, merced á tu razon, aclara
Verdades que dudosas te parecen
Por la mentira que verdad se finge.

DUQUE. Habla con ménos juicio más de un cuerdo.
¿Qué me querrás decir?

ISAB. Yo soy hermana
De un cierto Claudio, sentenciado á muerte

Por quebrantar el sexto mandamiento;
Sentenciado por Angel. De novicia
En un convento á la sazón me hallaba,
Y me mandó mi hermano un mensajero,
Llamado Lucio...

LUCIO. Yo, si os place, Alteza.

Fuí de parte de Claudio á aconsejarla
Que probase fortuna con el conde,

A ver si perdonaba al pobre hermano.

ISAB. Es él, no hay duda.

DUQUE. (A Lucio.) ¿Quién hablar te manda?

LUCIO. Nadie, señor; pero callar, tampoco.

DUQUE. Pues te lo mando yo; tenlo entendido:

Si alguna vez en causa propia hablaras,

Pídele á Dios que te halle el juez sin tacha.

LUCIO. Respondo de ello, Alteza.

DUQUE. De ti mismo

Tendrás que responder; y ten cuidado.

ISAB. Contó el hidalgo parte de mi cuento.

LUCIO. Justo.

DUQUE. Será; mas no estás tú en lo justo,

Hablado cuando no te toca.—Sigue.

ISAB. Fuí á ver al vil y pérfido regente...

DUQUE. Suena á locura esa expresion.

ISAB. Perdona;

Cuadra bien al asunto.

DUQUE. Lo enmendaste.

Al grano, pues; prosigue.

ISAB. En suma, oh duque,

Dejando á un lado ociosos pormenores,

De cómo yo insistí, rogué, postréme,

Cómo me rechazó severo y crudo,

Lo que le contesté; fué cosa larga—

Comienzo á referir el vil remate

Con pena y con vergüenza: me pedia

El sacrificio de mi honor en aras

De su insaciable y pérfida lujuria,

Para librar de muerte al triste hermano.

Tras larga lucha al fin quedó triunfante
De mi firmeza el fraternal cariño;
Y me entregué al malvado. A la siguiente
Mañana á primer hora, en el exceso
De su maldad, mandó por la cabeza
Del pobre hermano.

DUQUE. ¡Es cosa muy probable!

ISAB. ¡Oh, fuera tan probable como cierto!

DUQUE. ¡Necia, ó no sabes, vive Dios, qué dices,

O sobornar por odio vil te dejás

Para infamar su honor! Primero, mancha

Alguna empaña su entereza; luego,

Fuera locura creer que persiguiera

Con tal vehemencia un vicio en que él incurre.

Si él hubiese ofendido de esa suerte,

Juzgado hubiera por sí mismo á Claudio;

Mas nunca le matara. Algüen te instiga;

Confiesa la verdad: ¡á cuya instancia

Viniste aquí á quejarte?

ISAB. ¿Y esto escucho?

¡Oh, entónces, séres puros de allá arriba,

Dadme paciencia, y á maduro tiempo

El crimen revelad que aquí se emboza

En alto amparo! Así te guarde el cielo,

Cual no creida parto y sin consuelo.

DUQUE. No dudo que gustosa partirías.—

Que venga un alguacil. Llevadla presa.

¿Cómo he de permitir que ruin se cebe

Tan vil calumnia en deudo tan cercano?

Por fuerza aquí se oculta alguna trama.

¿Quién supo de tu intento y tu venida?

ISAB. ¡Ay! ¡estuviera aquí! Fray Ludovico.

DUQUE. Sin duda, un confesor. ¿Quién le conoce?

LUCIO. Alteza, yo; es un fraile entremetido:

Su traza no me gusta; pues, si es lego,

Por ciertas frases que insolente dijo

Contra tu Alteza cuando estaba ausente,

Le zurro de lo lindo el otro día.

DUQUE. ¿Qué? ¿frases contra mí? ¡Valiente fraile!
 ¡Luego azuzar á esta infeliz muchacha
 Contra el regente! Que á ese fraile busquen.

LUCIO. Anoche mismo, Alteza, allá en la cárcel
 La ví con ese fraile: un insolente,
 Un fraile ruin.

FR. P. ¡Señor, bendito seas!
 Presente he estado, Alteza, y he escuchado
 Cuál de tu oído abusan. Ante todo,
 Esta mujer acusa injustamente
 Al delegado tuyo, quien tan libre
 De toda mancha ó culpa está con ella,
 Como ella con el sér aún no nacido.

DUQUE. No me pensaba ménos. Di: ¿conoces
 A Ludovico, el fraile de quien hablan?

FR. P. Por hombre santo y justo le conozco,
 No ruin, ni entremetido, ni insolente,
 Como este hidalgo acaba de pintarlo;
 Y hombre incapaz de propagar calumnias,
 O chismes de tu Alteza, como afirma.

LUCIO. Con lengua viperina, créelo, Alteza.

FR. P. En fin, sabrá justificarse á tiempo;
 Mas por ahora, Alteza, extraña fiebre
 Le postra en cama. Sólo á ruego suyo
 (Llegando á su noticia que intentaban
 Formular una queja contra el conde)
 Vine á contar aquí, cual si él hablase,
 Lo que le consta que hay de cierto ó falso;
 Y lo atestiguará con juramento,
 Y pruebas fehacientes cuando quiera
 Fuere citado á juicio. Y ante todo,
 Para justificar al noble conde,
 Tan torpe y mortalmente delatado,
 Haré que esta doncella con sus mismos
 Ojos lo falso de su aserto vea,
 Y lo confiese así.

DUQUE. Oigamos, padre.
 (Váse Isabel custodiada, y se adelanta Mariana.)

¡Y no te ries, Angel? ¡Dónde llega,
 Cielos, la vanidad de torpes necios!
 Dadnos asientos. Ven, ilustre primo.
 Seré imparcial en esto; en propia causa
 Sé tú tu juez.—¿Es el testigo, fraile?
 Que ántes la faz enseñe, y hable luego.

MAR. Perdon, señor; no enseñaré mi cara
 Hasta que mi marido me lo mande.

DUQUE. ¿Qué? ¿sois casada?

MAR. No, señor.

DUQUE.

¿Doncella?

MAR. No, Alteza.

DUQUE. ¿Viuda entónces?

MAR. No, tampoco.

DUQUE. Entónces no sois nada,

Ni viuda, ni doncella, ni casada.

LUCIO. Señor, será tal vez ramera; pues muchas
 de esas no son ni doncellas, ni viudas, ni ca-
 sadas.

DUQUE. ¡Haced que calle el necio! Bien quisiera
 Que tuviese que hablar en causa propia.

LUCIO. Bien, Alteza.

MAR. Confieso, Alteza, nunca fuí casada.

Tambien confieso que no soy doncella;

Me conoció mi esposo; mas mi esposo

Ignora que jamás me conociese.

LUCIO. Estaria borracho, entónces, Alteza; no
 tiene otra explicacion.

DUQUE. Y estuviéraslo tú tambien; al ménos calla-
 rias.

LUCIO. Bien, Alteza.

DUQUE. Eso no es testimonio en contra de Angel.

MAR. Ya irá saliendo. Aquella que le acusa

De quebrantar el sexto mandamiento,

Acusa al mismo tiempo á mi marido,

Y cita un hora, Alteza, en que bien oso

Atestiguarlo, estaba él en mis brazos

En el arrobo del amor más tierno.

ANG. ¿Culpa á álguien más que yo?

MAR. No, que yo sepa.

DUQUE. ¿Pues cómo? ¿no dijiste que á tu esposo?

MAR. Precisamente, Alteza; y ese es Angel;

Que cree saber que nunca usó mi cuerpo,

Y en cambio cree que de Isabel gozara.

ANG. ¡Esto es calumnia vil! A ver tu rostro.

MAR. Lo manda mi marido: me descubro.

(Se quita el velo.)

Angel cruel, esta es aquella cara

Que me juraste un tiempo que era digna

De ser mirada; esta es la misma mano

A que enlazaste en santa union la tuya.

Este es el cuerpo que arrancó la presa

De brazos de Isabel, y en tu emparrado

Sació tu afan en su soñada forma.

DUQUE. ¿Conoces á la jóven?

LUCIO. Carnalmente,

Segun dice ella.

DUQUE. ¡Calle!

LUCIO. Callo, Alteza.

ANG. Me es fuerza confesar que la conozco,

Señor; y hará seis años que se hablaba

De boda entre ella y yo; mas se deshizo,

En parte, porque el dote que traia

No era el pactado; pero sobre todo,

Porque su liviandad dudosa fama

Le iba criando. Desde aquella fecha

Ni hablé con ella, ni la ví, ni tuve

Noticia de ella, por mi honor lo juro.

MAR. Tan cierto, oh noble duque, como brota

La luz del cielo, del aliento el habla,

Como hay en la verdad recto sentido;

Verdad en la virtud, la prometida

Esposa soy del hombre aquel, ligada

Con lazo tan estrecho como el nudo

Que forma sacro voto; sí, y el Mártes,

De noche, en su emparrado, oh noble duque,

Como á mujer me conoció. Si es cierto,
Dejad que de este suelo me alce honrada;
Si nó, por siempre aquí enclavada quede,
Hecha marmórea estatua.

ANG. Hasta este instante

Tomélo á risa; ahora, oh noble duque,

A mi derecho libre vuelo otorga:

Perdí ya la paciencia. Bien percibo

Que estas pobres mujeres instrumentos

Son nada más de algun poder más alto

Que las incita. Dame rienda, oh duque,

Para desentrañar tan torpe trama.

DUQUE. De todo corazon; y á gusto tuyo

Castígalos sin miedo. Necio fraile,

Y tú, mujer perversa, conjurada

Con la que fuése há poco, ¿crees, ilusa,

Que atestiguar podrán tus juramentos,

Aunque bajar hiciesen en su apoyo

A cuantos santos en el cielo moran,

En contra de su mérito y valía,

A que mi aprobacion el sello puso?

Escalo, asiento toma al lado de Angel,

Y préstale tu auxilio; logre pronto

Dar con la fuente de esta inicua trama.

Hay otro fraile que azuzó á las necias;

Que vayan en su busca sin demora.

FR. P. ¡Ay, estuviera aquí! que él fué, por cierto,

Quien excitó á tal queja á las mujeres.

Sabe el alcaide el sitio en donde pára;

Y puede traerle.

DUQUE. Vé por él al punto. (Váse el Alcaide.)

Y tú, mi noble y muy probado primo,

A quien importa averiguarlo todo,

Obra como mejor te pareciere

En esta injuria: elige tú el castigo.

Por breve rato os dejo; mas vosotros

No os levanteis hasta fallar severos

La causa de estos tres calumniadores.

Esc. Se hará cumplidamente, noble duque.

(Váse el Duque.)

¿Señor Lucio, no digisteis que conociais á ese fray Ludovico por persona deshonesto?

Lucio. *Cucullus non facit monacum*; honesto nada más que en su traje; y uno que habló pestes del duque.

Esc. Os suplicamos que os quedeis aquí hasta que llegue, para declararlo así en su presencia. Este fraile debe ser mozo de provecho.

Lucio. Como no hay otro en Viena.

Esc. Llamad á la tal Isabel. Quisiera hablar con ella. (Váse un criado.) Permittede, señor, que la interrogué, verás cómo la manejo.

Lucio. No mejor que él, según su propia confesion.

Esc. ¿Deciais?

Lucio. Digo, señor, que creo que si la manejarais privadamente, confesaria ántes; quizá podría avergonzarse en público.

Esc. Pronto la dejaré á oscuras.

Lucio. Bien pensado: las mujeres echan chispas á media noche.

Salen ALGUACILES con ISABEL; y el ALCAIDE con el DUQUE, disfrazado de monje.

Esc. Venid acá, doncella; aquí hay una dama que niega cuanto habeis dicho.

Lucio. Señor mio, aquí viene el bellaco de quien os hablé; viene con el alcaide.

Esc. En buen hora; no le habléis hasta que yo os lo mande.

Lucio. ¡Chiton!

Esc. Acércate, amigo. ¿Instigaste á estas mujeres para que calumniaran al conde Angel? Ellas afirman que sí.

Duque. Es falso.

Esc. ¡Cómo! ¿Sabes dónde estás?

Duque. ¡Respeto á vuestro cargo! Y al demonio honren alguna vez por su igneo trono.

¿Dónde está el duque? Él es quien debe oirme.

Esc. El Duque está en nosotros, y mandamos que tú nos hables; habla, pues, con tiento.

Duq. Con brío, al ménos. Pero ¡ay, pobres almas!

¿Venis del lobo á reclamar la oveja?

¡Adios remedio entónces! ¿Fuése el duque?

Con él vuestra esperanza. Ha sido injusto

El duque en rechazar vuestra demanda

Tan manifiesta, y en poner en boca

Del pérfido villano, á quien quejosos

Venis á delatar, el fallo vuestro.

Lucio. Este es el aquel de quien hablé. ¡Bellaco!

Esc. ¡Oh fraile irreverente, oh inicuo fraile!

No basta haber comprado á estas mujeres

A fin de calumniar á un hombre digno,

Osas tambien con torpe boca, en propio

Oido apostrofarle de villano?

Y luego criticar al mismo duque,

Tachándole de injusto. Preso vaya.

¡A la cárcel con él, y luego al potro!

Te descoyuntaremos hueso á hueso

Hasta saber tu intento. ¡Injusto el duque!

Duque. No te acalores tanto: ántes osara

El duque dar tormento al propio cuerpo,

Que desdoblar un solo dedo mio.

Su súbdito no soy, ni de esta tierra;

Me hizo la ocupacion que aquí me trajo

Observador en Viena, en donde he visto

Hervir la corrupcion á borbotones,

Y rebosar; su ley á cada falta;

Y estas tan consentidas que las leyes,

Como lista de multas en taberna,

Tan burladas están como á la vista.

Esc. ¡Calumnia á la república! ¡A la cárcel!

ANG. ¿Qué ofensa puedes imputarle, Lucio?

¿Es éste el hombre aquel de quien hablabas?

LUCIO. El es, señor. Ven acá, compadre testacalva. ¿Me conoces?

DUQUE. Os reconozco en el timbre de la voz. Os encontré en la cárcel, durante la ausencia del duque.

LUCIO. ¿Conque me encontraste? ¿Y te acuerdas de lo que dijiste del duque?

DUQUE. Muy bien, hidalgo.

LUCIO. ¿Conque muy bien? ¿Y es el duque un putañero, un necio y un cobarde, como afirmaste entónces?

DUQUE. Antes de decir que yo afirmé tal cosa, debierais trocar nuestros papeles. En efecto, vos hablasteis mal de él; y mucho peor que eso, muchísimo peor.

LUCIO. ¡Oh, condenado pícaro! ¿No te dí yo un tiron de narices por haber dicho tales cosas?

DUQUE. Protesto que quiero al duque como á mí mismo.

LUCIO. Mirad cómo el tunante quisiera suspender la plática, despues de colmarle de calumnias.

Esc. No hay que perder palabras con semejante bellaco. ¡A la cárcel con él! ¿Dónde está el alcaide? ¡A la cárcel con él! Ponle bastantes grillos; no permitas que siga hablando; y llévate tambien á esas locuelas, y al otro conjurado.

DUQUE. (Al Alcaide.) ¡Espera! ¡poco á poco!

ANG. ¿Qué, se resiste? Ayudadle, Lucio.

LUCIO. Vamos, fraile; vamos fraile; vamos fraile; no te desmandes, fraile. ¿Qué es esto, bellaco calvo, embustero? ¿Siempre has de estar encapuchado? ¡Hola! Enseña esa cara de bribon; y mala landre te pudra. Enseña esa cara de ladrón de ovejas, y déjate ahorcar por una hora. ¿No quiere?

(Quita la capucha al fraile y descubre al Duque.)

DUQUE. Es el primer bellaco que hizo un duque.

Salgo fiador por estos tres, alcaide.

(A Lucio.) No te escabulles, buen amigo; aún tiene Que hablar contigo el fraile. Echadle mano.

LUCIO. Esto va á ser peor que degollarme.

DUQUE. (A Escalo.) Perdono tus injurias. Note nuevas. Que él va á cederme el puesto. (A Angel.)

Con permiso.

¿Tienes palabra, astucia, ó vil descaro De que aún valerte puedas? Si los tienes, Confía en ellos hasta el fin del cuento, Y tiembla entónces.

ANG. ¡Oh, tremendo duque!

Aún más culpable que mi culpa fuera, Si pensara encubrirme de tu enojo, Sabiendo que observaste mis maldades Como el poder divino. No; suspende, Por tanto, de mi oprobio el triste juicio; Mi propia confesion, mi exámen sea. Fallo inmediato, y luego pronta muerte Por toda gracia pido.

DUQUE. Ven, Mariana.

(Se acerca Mariana.)

(A Angel.) ¿De ser su esposo alguna vez le diste Palabra á esta mujer?

ANG. Disela, Alteza.

DUQUE. Vé, pues, con ella, y cúmplela al momento. Cásalos, fraile; y consumado el rito, Vuelve con él acá.—Síguele, alcaide.

(Vánse Angel, Mariana, Fray Pedro y el Alcaide.)

Esc. Me asombra más, Alteza, su ignominia Que la rareza de este lance extraño.

DUQUE. Acércate, Isabel. Trocöse en duque El fraile aquel; y así como era entónces Tu consejero cauto y fiel amigo, No mudando de intento con el traje, Sigue siendo tu amigo y consejero.

ISAB. Perdona, Alteza, si vasallo humilde Osé emplear y molestar cansada

Tu ignota majestad.

DUQUE. Perdon te otorgo,
Dulce Isahel; no ménos franca ahora
Sé tú conmigo. Sé que cruda aflije
Tu corazon la muerte de tu hermano;
Y extrañarás, sin duda, que encubierto
Haya tratado de salvarle sólo,
Y no haya preferido hacer violenta
Ostentacion de mi poder oculto,
A abandonarle así. Niña adorable,
Fué la rauda premura de su muerte,
Que con más tardo pié, creí, vendria,
La que frustró mi intento. ¡En paz descansa!
Es más feliz el que morir no teme,
Que el que temiendo vive. Sirvate eso
De alivio: dicha tal logró tu hermano.
ISAB. De alivio y de consuelo, noble duque.

Salen ANGEL, MARIANA, FRAY PEDRO *y el* ALCAIDE.

DUQUE. A aquel recién casado que se acerca,
Cuyo lascivo intento, sin embargo,
Osó ultrajar tu honor inexpugnable,
Es fuerza perdonar por Mariana;
Mas ya que ajustició crudo á tu hermano,
(Siendo de doble violacion culpable:
De sacra castidad y fe jurada,
Por la que prometió salvar á Claudio)
La merced misma de la ley reclama
A voz en grito, por su propia lengua:
«Un Angel por un Claudio; á muerte, muerte.»
Amor da amor, odio, odio en esta vida;
No bien por mal; MEDIDA POR MEDIDA.
Por tanto, está tan claro, Angel, tu crimen,
Que con querer negarlo, lo agravaras.
Al tajo te condeno donde Claudio
Halló la muerte, y con igual premura.
¡Llevadle, pues!

MAR. Espero, oh noble duque,
Que no fué mera burla el darme esposo.
DUQUE. El fué quien te burló con darte esposo.
Para salvar tu honor juzgué prudente
Apresurar tu boda: de otra suerte,
Habiéndote él gozado, la calumnia
Pudiera ajar tu vida, ahogar podria
Tu dicha por venir. Su hacienda toda,
Si bien, segun la ley, me corresponde,
En viudedad y posesion te entrego;
Así podrás lograr mejor marido.
MAR. Otro no quiero, ni mejor, Alteza.
DUQUE. No ruegues, nó, por él: estoy resuelto.
MAR. (Se arrodilla.) ¡Oh noble duque!...
DUQUE. En vano te fatigas.
Llevadle al rollo, y muera. (A Lucio.) A vos ahora.
MAR. ¡Mi buen señor! ¡Dulce Isabel, tu ayuda!
Préstame tus rodillas, y en tu auxilio
Te prestaré mi vida mientras viva!
DUQUE. Contra todo sentido la importunas.
Si de hinojos por él merced pidiese,
La sombra de su hermano romperia
Su embaldosado lecho y entre horrores
De aquí se la llevara.
MAR. ¡Isabelita!
¡Dulce Isabel! ¡ay! póstrate á mi lado;
En actitud de súplica levanta
Las manos; no hables; yo lo diré todo!
Dicen que los varones más perfectos
Se amoldan entre faltas, y mejores
Llegan á ser los más, siendo algo malos.
Así tal vez le pase á mi marido.
DUQUE. Él por la muerte de tu hermano muere.
ISAB. (Se arrodilla.) ¡Oh bondadoso duque! si te place,
Ruégote que á este sér culpable mires
Cual si viviese Claudio; en parte creo
Que noble celo gobernó sus actos
Hasta que á mí me vió; si es cual te digo,

Perdónale, por Dios. Se le hizo á Claudio
Justicia, nada más; pues fué culpable
Del crimen por el cual le dieron muerte.
En cuanto al conde, no alcanzó á su intento
Su loca accion, y es justo sepultarlo
Como un intento, muerto en el camino.
Los pensamientos nunca fueron obras,
Ni más que pensamientos los intentos.

MAR. No más, señor.

DUQUE. En vano ruegas. ¡Alza!

Me viene ya á las mientes otro yerro.
¡Alcaide, cómo fué que ajusticiaron
Al pobre Claudio en hora inusitada?

ALC. Así me lo mandaron.

DUQUE. ¿Por escrito?

ALC. No tal, Alteza, por verbal mensaje.

DUQUE. Por eso te despido de tu empleo.
Entrega, pues, tus llaves.

ALC. ¡Ay! perdona.

Creí que era un error, mas lo ignoraba.
Mejor aconsejado arrepentíme;
Y en prueba de ello queda allá en la cárcel
Un preso cuya vida puse en salvo,
Quien de otra suerte hubiera sucumbido
Por orden reservada.

DUQUE. ¿Quién es ése?

ALC. Se llama Bernardino.

DUQUE. Bien quisiera
Que lo mismo con Claudio hubieses hecho.
Vé, tráele acá, que quiero ver su rostro.
(Váse el Alcaide.)

Esc. Lamento que hombre tan prudente y sabio,
Angel, cual tú me pareciste siempre,
Haya faltado de tan torpe modo,
Soltando el freno á su sensual deseo,
Y obrando luego sin maduro juicio.

ANG. Lamento ser la causa de esa pena.
Y tal lo siente el alma arrepentida,

Que ántes anhele muerte que clemencia:
Muerte no más merezco, y muerte pido.

Sale el ALCAIDE con BERNARDINO, CLAUDIO embozado, y JULIETA.

DUQUE. ¿Cuál es el Bernardino?

ALC. Aquel, Alteza.

DUQUE. Háblome de este mozo cierto fraile.

Que eras un alma terca me decia,
Que nada temes más allá del mundo,
Y así es tu vida. Fuiste sentenciado,
Mas te perdono tus terrenas culpas;
Procura que te guíe mi clemencia,
A porvenir mejor. Le dejo, fraile,
A cargo tuyo; vé. ¿Y el encubierto?

ALC. Es otro preso á quien salvé la vida.
Debió morir al ser decapitado
Claudio; y su vera efigie, á fe, parece.

(Desemboza á Claudio.)

DUQUE. (A Isabel.) Si efigie es de tu hermano, por su
[causa

Absuelto quede; y por tu causa, hermosa,
Dame la mano, y dí que serás mia,
Y él mi hermano será. Pero eso luego.
Por esto el conde ve que está seguro.
Brillan sus ojos con más fuego, creo.
A fe, tu crimen, Angel, bien te paga:
Ama á tu esposa, honor su honor te preste.
Clemencia extraña siento en mí; con todo,
Hay uno aquí que perdonar no puedc.

(A Lucio.) Bellaco, tú, que sabes que soy sandio,
Cobarde, disoluto, un asno, un loco.

¿En qué he podido merecer concepto
Tan singular de ti, que así me ensalzas?

LUCIO. A fe, señor, lo dije... así, como cosa corriente.
Si te place ahorcarme por ello, en tu
mano está; pero más quisiera que fuese tu gusto
mandarme azotar.

DUQUE. Primero unos azotes, luego á la horca.

Alcaide, haz pregonar por toda Viena
Que si hay mujer alguna á quien agravio
Haya inferido este bellaco infame,
(Le oí jurar yo mismo que una habia
A quien dejó con hijo) que aparezca;
Se casará con ella, y terminada
La boda, que le azoten y le ahorquen.

LUCIO. Ruego á vuestra Alteza que no me case
con una ramera. Vuestra Alteza mismo dijo há
poco que yo le habia hecho duque; mi buen se-
ñor, no me recompenseis con hacerme cornudo.

DUQUE. Te casarás con ella, por mi vida.

Perdono tus calumnias, y con ellas
Aun tus demas ofensas. Vaya preso;

Y haced que en esto mi órden fiel se cumpla.

LUCIO. Casarse con una ramera, señor, es peor
que morir prensado, zurrado y ahorcado.

DUQUE. El calumniar á un duque lo merece.

(Váse Lucio entre alguaciles.)

Su honor devuelve, Claudio, á la ultrajada.

¡Vive feliz, Mariana! Amala, Angel:

La he confesado, y su virtud me consta.

Por tu lealtad, Escalo amigo, gracias:

Un parabien mayor luego te espera.

Gracias por tu reserva y celo, alcaide:

Te emplearemos en más digno puesto.

Angel, perdona á aquel que la cabeza

De Ragozin te dió por la de Claudio:

Es falta que á sí misma se redime.

Dulce Isabel, mi pecho un ruego aún guarda

Que es por tu bien. Si quieres bondadosa

Prestarme oído atento, y sin desvío,

Tuyo lo mio será, lo tuyo mio.

A mi palacio, pues; y de mi boca

Nuevas oireis que, á fe, saber os toca. (Váanse.)

OBRAS DE SHAKSPEARE.

OBRAS DE
SHAKSPEARE

VERSION CASTELLANA DE

JAIME CLARK

LA TEMPESTAD

LA NOCHE DE REYES

MADRID

MEDINA Y NAVARRO, EDITORES
Calle del Rubio, núm. 25

Es propiedad de los editores.

IMPRESA DE LA BIBLIOTECA DE INSTRUCCION Y RECREO
Calle del Rubio, núm. 25

SHAKSPERE

OBRA DE

JAMES CLARE

LA TEMPESTAD

LA NOCHE DE REYES

MADRID

LA TEMPESTAD.

PERSONAJES.

ALONSO, *rey de Nápoles.*
SEBASTIAN, *su hermano.*
PRÓSPERO, *duque legitimo de Milan.*
ANTONIO, *su hermano, duque usurpador de Milan.*
FERNANDO, *hijo del rey de Nápoles.*
GONZALO, *viejo consejero honrado.*
FRANCISCO, } *nobles.*
ADRIAN, }
CALIBAN, *esclavo salvaje y deforme.*
TRÍNCULO, *juglar.*
ESTÉBAN, *despensero borracho.*
UN PATRON DE BUQUE.
UN CONTRAMAESTRE.
MARINEROS.
MIRANDA, *hija de Próspero.*
ARIEL, *un espíritu aéreo.*
IRIS, }
CÉRES, } *representados por espíritus.*
JUNO, }
NINFAS, }
SEGADORES, }
Otros espíritus que sirven á Próspero.

ESCENA: un buque en alta mar; una isla.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

A bordo de un buque en alta mar. Tormenta con truenos y relámpagos.

Salen un PATRON DE BUQUE y un CONTRAMAESTRE.

PAT. ¡Contramaestre!

CONT. A la orden, mi capitán. ¿Qué hay?

PAT. Bien. Hablad á los marineros. ¡Que se muevan! ¡Listos! ó vamos á barar. ¡Moveos! ¡moveos! (Váse.)

Salen MARINEROS.

CONT. ¡Hola, muchachos! ¡ánimo! ¡ánimo! ¡moveos! ¡Aferrad esa gavia! ¡Atencion á la bocina del capitán! ¡Anda, sopla tú hasta que reventes, si hay lugar bastante!

Salen ALONSO, SEBASTIAN, ANTONIO, FERNANDO, GONZALO y otros.

ALON. ¡Buen contramaestre, ten cuidado! ¿Dónde está el patrón? Animad á la chusma.

CONT. Os ruego que os quedeis abajo.

ANT. ¿Contramaestre, dónde está el patrón?

CONT. ¡No le oís? No nos dejais trabajar; quedaos en vuestros camarotes. Ayudais á la tempestad.

GON. Amigo, cálmate.

CONT. Cuando se calme el mar. ¡Largo! ¡largo! ¡Qué les importa á estas rugientes olas el título de rey? ¡Al camarote! ¡Silencio! No nos molesteis.

GON. Bien está; pero acuérdate de quien llevas á bordo.

CONT. Nadie á quien quiera más que á mí mismo.

Sois consejero: si podeis hacer que callen estos elementos y que se restablezca la paz en el acto, no volveremos á tocar una cuerda; emplead vuestra autoridad; y si no, dad gracias á Dios por haber vivido tantos años, y preparaos en vuestro camarote para vuestra última hora, por si acaso sonare.—¡Vivos, muchachos!—Os digo que os quiteis de en medio. (Váse.)

GON. Me sirve de gran consuelo este bellaco. No tiene traza de morir ahogado: su cara está pidiendo un patíbulo. Hado benigno, no cejes en tu propósito de llevarle á la horca; sea la sogá de su destino nuestra amarra, pues la que tenemos ahora poco nos aprovecha. Si no nació para ser ahorcado, mala suerte nos espera. (Vánse.)

Vuelve á salir el CONTRAMAESTRE.

CONT. ¡Abajo con el mastelero! ¡vivos! ¡arriad! ¡arriad! Dejadla capear con la vela mayor. (Se oyen gritos dentro.) ¡Al diablo con sus gritos! Chillan más que las olas ó nuestro oficio.

Vuelven á salir SEBASTIAN, ANTONIO y GONZALO.

¡Otra vez? ¡Qué falta haceis aquí? ¡Quereis que nos crucemos de brazos y nos vayamos á fondo? ¡Teneis ganas de sumergiros?

SEB. ¡Malhaya tu lengua, perro maldiciente, blasfemo y descastado!

CONT. Pues manejad vosotros la nave.

ANT. ¡Que te ahorquen, perro! ¡Habrás visto tunante deslenguado y sin vergüenza! Méns miedo tenemos á morir ahogado que tú.

GON. Yo respondo de que no se ahogará, aunque la nave no fuera más recia que una cáscara de nuez, y tan agujereada como una ramera.

CONT. ¡Ceñidla al viento, al viento! ¡Largad los papahigos! ¡tomad el largo! ¡Largo!

Salen algunos MARINEROS mojados.

MAR. ¡Ya todo se perdió! ¡venid, recemos!

CONT. ¡Pues qué! ¿ya es fuerza echarnos á remojo?

GON. El principe y el rey están rezando.

Vamos á hacer lo mismo, que en apuro Igual nos vemos.

SEB. ¡Loco estoy!

ANT. Las vidas

Vilmente unos borrachos nos estafan.

Este bellaco infame, maldiciente...

¡Pluguiera á Dios que ahogándote estuvieras

Durante diez mareas!

GON. Todavía

Tendrán que ahorcarle, y aunque en contra [voten

Las olas todas, y abra el mar su seno Ansioso de engullirle.

(Ruido y voces dentro.) «¡Dios me valga!

¡La nave se hunde! ¡Adios, mujer é hijos!

¡Hermano, adios! ¡La nave se abre, se hunde!»

ANT. A sumergirnos con el rey volemos.

SEB. A despedirnos de él corramos todos.

(Vánse Antonio y Sebastian.)

GON. Diera en este instante cien estadios de mar por una fanega de tierra árida, altos matorra-

les, parda enhiesta, cualquier cosa. ¡Hágase la voluntad de allá arriba! aunque de buena gana feneciera de muerte enjuta. (Váse.)

ESCENA II.

La isla: delante de la celda de Próspero.

Salen PRÓSpero y MIRANDA.

MIR. Si el mágico poder de tus encantos
Turbó las fieras olas de esta suerte,
Padre querido, su furor aplaca.
Al parecer, lloviera el cielo azufre,
Si el mar, subiendo al alto firmamento,
El fuego no apagara. ¡Ay! ¡he sufrido
Con los que ví sufrir! Quedó deshecha
Gallarda nave, á cuyo bordo irian,
Sin duda, nobles séres. Sus gemidos
Al alma me llegaron. ¡Ay, los pobres
Se hundieron todos! Si en aquel instante
Hubiese sido algun potente númen,
Hubiera hundido el mar en el abismo,
Antes que permitir que se tragase
Crudo á la noble nave y á las almas
Que iban en ella.

PRÓS. ¡Calma! no te espantes,
Y á tu piadoso corazon sosiega,
Diciéndole que no hubo daño alguno.

MIR. ¡Hora desventurada!

PRÓS. No hubo daño.
Nada hice que no fuera en tu provecho;
Tu bien procuro sólo, mi hija amada,
Que ignoras aún quién eres, no sabiendo
De dónde soy, ni quién, ni que en el mundo
Fuí algo más que Próspero, tu padre,
Y humilde dueño de esta pobre celda.

MIR. Ni nunca se afaná mi pensamiento
Por saber más.

PRÓS. Es tiempo que te instruya,
Y sepas algo más. La mano extiende:
Quítame el manto mágico del hombro.

Bien. (Le quita el manto.)

Yace allí mi talisman. Tú, el llanto,
Mi bien, enjuga, y da consuelo al alma.
De aquel naufragio el hórrido espectáculo,
Que te llenó de lástima tan grande,
Dispuso mi arte con prudencia tanta,
Con tal cautela, que ni un alma sola...
¡Qué digo! ni la pérdida de un pelo
Sufrió criatura alguna que en la nave
Con grito horrendo sumergirse viste.
Mas siéntate y escucha, que es forzoso
Que sepas más.

MIR. Quién soy á referirme
Mil veces comenzaste, y de repente
La plática cortando, me dejaste
Sumida en vana duda, concluyendo:
«Espera, aún no.»

PRÓS. Pues ya llegó el instante;
Y él mismo exige que el oído aguces.
Obedécele, pues, y escucha atenta.
¡Te acuerdas por ventura de otro tiempo,
Antes de trasladarnos á esta celda?
Creo que nó, pues por aquel entónces
Tres años no contabas.

MIR. Bien me acuerdo.

PRÓS. ¿Por qué? ¿por otras cosas? ¿otros rostros?
Hazme la descripcion de cosa alguna
Que en la memoria te quedó grabada.

MIR. Es cosa muy remota, y más parece
Sueño que realidad lo que atestigua
Confusa mi memoria. ¿A mi servicio
No tuve un tiempo cinco ó seis doncellas?

PRÓS. Sí tal, y aún más, Miranda. ¿Cómo es eso

Que aún vive aquel recuerdo en tu memoria?
 ¿Qué más descubres en el fondo oscuro
 Y abismo de los tiempos? Fácil fuera,
 Ya que te acuerdas de hechos anteriores
 A tu llegada aquí, que te acordases
 También de tu llegada.

MIR. No me acuerdo.

PRÓS. Diez años hace que tu padre duque
 Era, Miranda, de Milan; diez años
 Que poderoso príncipe aún era.

MIR. ¿Pues no eres tú mi padre?

PRÓS. Lo afirmaba
 Tu madre, que era espejo de virtudes.
 Y duque de Milan era tu padre,
 Y tú princesa, su única heredera,
 No de más baja estirpe.

MIR. ¡Cielo santo!
 ¿Qué mala fe nos apartó del trono?
 ¿O fué por nuestra dicha?

PRÓS. Entrambas cosas.
 La mala fe nos desterró, cual dices,
 Y nuestra buena dicha aquí nos trajo.

MIR. ¡Cuán honda pena me traspasa el pecho,
 Pensando en el pesar que te daría,
 Del cual ya no me acuerdo! Mas prosigue.

PRÓS. Mi hermano, y tío tuyo, quien por nombre
 Tenía Antonio (que esto adviertas quiero),
 ¡Que pudo ser tan pérfido un hermano!
 El hombre á quien, despues de ti, mi prenda,
 Amaba como á nadie en este mundo,
 A quien fié las riendas del Estado,
 Que era entre todos el primero entónces,
 Y Próspero la flor de nobles duques,
 Por su alta dignidad por tal tenido,
 Y porque fué en las artes liberales
 Sin par. En éstas ocupado siempre,
 Dejé el gobierno en manos de mi hermano,
 Llegando á ser extraño á mis dominios;

En tal arrobamiento me tenia
 Sumido mi hondo afan. Tu falso tío...
 ¿Atiendes?

MIR. Padre, con cuidado sumo.

PRÓS. Una vez adiestrado en el secreto
 De conceder y de negar favores,
 Y cuando supo á quién premiar conviene,
 A quién podar como precoz retoño,
 Creó de nuevo á las hechuras mias,
 Logró trocarlas, digo, ó reformarlas.
 Teniendo de empléados y de empleos
 La llave en su poder, templó las cuerdas,
 Los corazones todos del Estado,
 A gusto y á capricho de su oido;
 Y de esta suerte vino á ser la hiedra
 Que asida á mi ducal excelso tronco
 Robóme mi verdor y lozanía...
 Mas no me atiendes.

MIR. Sí, te atiendo, padre.

PRÓS. Te ruego que me escuches. De esta suerte
 Yo descuidando mis mundanos fines,
 Entregado al retiro, y ocupado
 En adiestrar mi mente con estudios
 Que, á no ser tan secretos, excedieran
 A todo aplauso popular, incauto
 Dejé brotar en el infame pecho
 Del falso hermano inclinacion perversa:
 Mi confianza, como tierno padre,
 Engaño engendró en él, por otro extremo
 Tan grande como fué mi confianza;
 La cual, por cierto, término no tuvo,
 Era una fe sin límite. Ya dueño,
 No sólo del producto de mis rentas,
 Sino tambien de cuanto competia
 A mi alto rango, como mentiroso
 Que logra hacer pecar á su memoria
 Hasta el punto de creer en la mentira
 A fuerza de contarla, imaginóse

Ser en verdad el duque; tanto pudo
El sustituirle y ejercer del mando
Los cargos exteriores, revestido
De todos sus derechos y atributos.
De aquí, creciendo su ambicion... ¿Me escuchas?

MIR. Curara tu relato la sordera.

PRÓS. Por no sufrir entre el papel que hacia,
Y aquel por quién lo hacia traba alguna,
Dueño absoluto de Milan por fuerza
Aspira á ser. A mí, pobre recluso,
(Me era mi biblioteca ancho Ducado)
Juzga incapaz de temporal gobierno;
Se une (de mando tan sediento estaba)
Con el señor de Nápoles, pagando
Tributo anual, rindiéndole homenaje,
A su corona régia sometiendo
La corona ducal, y á innoble yugo
¡Oh, mísera Milan! tu altiva frente
Aleve doblegando.

MIR. ¡Dios piadoso!

PRÓS. Atiende al pacto, y oye el fin que tuvo;
Y di si pudo ser hermano mio.

MIR. Padre, si no pensara noblemente
De la que el sér te dió, fuera culpable.
Suelen nacer tal vez de honrados senos
Infames hijos.

PRÓS. El convenio escucha.

Siendo enemigo inveterado mio
De Nápoles el rey, oido presta
Al ruego de mi hermano, quien pedia
Que en premio de su oferta de homenaje,
Y no sé qué tributo, me arrojara
De mis Estados junto con los míos,
Y que á Milan la bella diera en feudo
Con todos sus honores á mi hermano.
Sellado el pacto, y reclutado en breve
Traidora hueste, en hora malhadada
De una noche propicia á tal designio,

Abrió las puertas de Milan Antonio,
Y en sepulcral silencio sus secuaces,
Los viles instrumentos de su infamia,
Juntos á mí y á ti, bañada en llanto,
Crudos nos alejaron.

MIR. ¡Dios piadoso!

Yo que del llanto aquel ya no me acuerdo,
Acerbo llanto he de verter ahora:
Es una sugestion que de mis ojos
Las lágrimas estruja.

PRÓS. Escucha un rato,
Y luego trataremos del asunto
Que nos ocupa ahora, de otro modo
Impertinente fuera mi relato.

MIR. ¿Por qué en el acto no nos dieron muerte?

PRÓS. Bien preguntado, niña: mi relato
Sugiere duda tal. No osaron, prenda,
(Tan grande amor mi pueblo me tenia)
Poner á su obra tan sangriento sello;
Sino adornaron con más lindo afeite
El sucio rostro de sus torpes fines.
Lleváronnos á bordo de una nave;
Se hicieron á la mar, y á pocas leguas,
El pútrido armazon de un bote izaron,
Sin palos, velas, jarcias, ni aparejo:
Huyeron de él las ratas por instinto.
En cuya embarcacion nos arrojaron
Para gemir al son del mar rugiente,
Y suspirar al viento, que piadoso
A nuestros tristes ayes respondiendo,
Benigno daño sólo nos hacia.

MIR. ¡Oh, cuánta angustia te causara entónces!

PRÓS. No, fuiste el querubin que me sostuvo.
De fortaleza celestial henchida,
Te sonreias, miétras yo, cubriendo
La faz del mar con mi salobre llanto,
Gemia bajo carga tan pesada:
Lo cual prestóme resistente brio

Para hacer frente á males venideros.

MIR. ¿Y cómo fué llegar de nuevo á tierra?

PRÓS. Por voluntad divina. Con nosotros

Llevábamos sustento y agua dulce

Que un hidalgo de Nápoles, Gonzalo,

Nombrado jefe de este ardid entónces,

Por caridad nos dió, con ricos trajes,

Lienzo, telas, y en fin, lo necesario,

Que fueron luego de provecho sumo.

Tambien me procuró su gentileza,

Sabiendo que era amante de mis libros,

Sacadas de mi misma biblioteca

Obras que estimo en más que mi Ducado.

MIR. ¡Fuera feliz con sólo verle el rostro!

PRÓS. Me elevo ahora. (Se vuelve á poner el manto.)

Quieta tú, y escucha

El fin de nuestro viaje proceloso.

Llegamos á esta isla, donde hiciste

Conmigo, tu tutor, más adelante

Que otras princesas qué más tiempo tienen

Para la holganza, y ayos ménos fieles.

MIR. El cielo te lo premie. Y dime ahora

(Pues bulle aún en mi mente) ¿con qué objeto

La tempestad sañuda provocaste?

PRÓS. Oye esto más. Por un suceso extraño,

La amiga suerte, que ahora me sonrie,

Trajo á mis enemigos á esta playa;

Y mi presciencia me revela claro

Que pende mi cenit en este instante

De un astro muy propicio, cuyo influjo

Es fuerza aprovechar, pues de otra suerte

Se hundiera para siempre mi fortuna.

No me hagas más preguntas. Tienes sueño:

Propicia es tu pereza; cede á ella.

Que no podrás por ménos sé; pues duerme.

(Miranda queda dormida.)

¡A mí, mi siervo! ven; estoy dispuesto.

¡Acude pronto, Ariel, mi Ariel, acude!

Sale ARIEL.

ARI. ¡Salve, maëstro egregio! ¡oh, sabio, salve!

A ejecutar tus órdenes acudo,

Sea volar, nadar, ó sumergirme

En ígneas ondas, ó correr montado

En crespas nubes; con tu voz potente

Dispon de Ariel y de sus fuerzas todas.

PRÓS. Espíritu, ¿cumpliste mi mandato

Tocante á la tormenta con esmero?

ARI. Punto por punto en todos sus detalles.

Raudo abordé del rey la noble nao,

Y ya en el espolon, y ya en los combes,

Ya en la cubierta, en cada camarote,

Sembré terror en ráfagas de fuego:

Me dividia ardiendo en muchos puntos;

En cofas, gavias y bauprés ardia,

Y luego me juntaba en una llama.

De Júpiter los rayos precursores

De horrenda voz de estrepitoso trueno

No eran tan momentáneos, ni á los ojos

Fugaces tanto; el fuego, los crujidos

De sulfuroso estruendo parecian

Sitiar hasta el poder del gran Neptuno,

Haciendo estremecer sus bravas olas,

Sí, y aún temblar su destructor tridente.

PRÓS. ¡Mi espíritu animoso! ¿Quién tan firme,

Quién tan constante fué, que presenciara

Tal alboroto con razon serena?

ARI. No hubo ni un alma sola que la fiebre

Del loco no sintiese, dando indicios

De desesperacion. Todos, excepto

Los marineros, locos se arrojaron

Al espumante mar, dejando el buque,

En llamas ya por mí. Fernando, el hijo

Del rey, con erizado pelo—juncos

Entónces más que pelos parecian—

Fué quien primero se arrojó gritando:

«Quedó el infierno sin demonios; todos Están aquí.»

PRÓS. ¡Espíritu del alma!

¿Mas todo ha sido cerca de la orilla?

ARI. Tocándola, maëstro.

PRÓS. ¿Y quedan salvos?

ARI. Ni un pelo pereció; ni leve mancha

Se advierte en sus vestidos, que parecen

Más nuevos que ántes. Como tú mandaste,

En grupos dispersélos por la isla.

Al príncipe yo mismo traje á tierra:

En árido rincon quedó sentado,

El aire refrescando con suspiros,

Cruzado así de brazos tristemente.

PRÓS. ¿Qué hiciste, dime, de la régia nave,

Qué de los tripulantes, y de todo

El resto de la escuadra?

ARI. Está segura

La régia nave en la abrigada cala

Donde me despertaste á media noche

Para traërte cierta vez recio

De las Bermudas, siempre combatidas;

Bajo cubierta los marinos todos;

Donde por medio de un encanto mio,

A más de las fatigas que pasaron,

Durmiendo los dejé. Y en cuanto al resto

Que dispersé de la pujante escuadra,

Volvieron á juntarse y todos flotan

Sobre el Mediterráneo: ya navegan

Con triste rumbo á Nápoles, creyendo

Que vieron naufragar la régia nave,

Y perecer del rey la alta persona.

PRÓS. Cumpliste bien mi encargo, Ariel. Con todo,

Más queda por hacer. ¿Qué hora es del dia?

ARI. Pasó del medio ya.

PRÓS. Una hora al ménos.

El tiempo que hay de aquí á las seis es fuerza

Que utilicemos con provecho sumo.

ARI. ¿Hay más que hacer? Ya que me das fatiga,

Deja que te recuerde tu promesa

Que aún no cumpliste.

PRÓS. ¡Regañon, qué es esto?

¿Adusto estás? ¿Qué puedes tú pedirme?

ARI. Mi libertad.

PRÓS. ¡Cómo! ¿ántes que se cumpla

El plazo estipulado? ¡Calla!

ARI. Piensa

Cuán útiles servicios te he prestado:

Nunca culpable fuí de engaño ó yerro;

Sin murmurar, sin queja te he servido.

Tú un año de perdon me prometiste.

PRÓS. ¿Y olvidas de cuán bárbaro tormento

Te liberté?

ARI. Jamás.

PRÓS. Sí tal: te espanta

Hollar del mar salado el hondo limo,

Correr en alas de aquilon sañudo,

Dar cima á mis trabajos en las vetas

De la tierra, aterida por el hielo.

ARI. No tal, maëstro.

PRÓS. Mientes, sér maligno.

¿Has olvidado á Sícorax, la torpe

Maldita bruja, á quien edad y envidia

Pusieron hecha un aro? ¿La olvidaste?

ARI. No, á fe.

PRÓS. Sí, á fe. ¿Dónde nació? Responde.

ARI. En Argelia, señor.

PRÓS. ¿Conque en Argelia?

De mes en mes es fuerza que te cuente

Quién eres, pues lo olvidas. Esa bruja,

La Sícorax maldita, como sabes,

De Argel fué desterrada por ofensas

Y encantamientos por demas horribles

Para que las escuche humano oido.

Por una cosa que hizo se abstuvieron

De quitarle la vida. ¿Es cierto?

ARI. Cierta.
 PRÓS. A aquella bruja de celestes ojos
 En cinta aquí trajeron; los marinos
 Aquí la abandonaron. Tú, mi esclavo,
 (Por tal te das) entónces la servias;
 Mas cuando tú, espíritu muy noble
 Para cumplir sus órdenes sensuales
 Y aborrecibles, rehusaste terco
 Tomar en sus empresas parte alguna,
 Te confinó, merced á los auxilios
 De sus más poderosos instrumentos,
 Y en el furor de su indomable saña,
 De añoso pino en el hendido tronco:
 En cuya raja preso te quedaste,
 Tormento atroz sufriendo, doce años.
 Murió entre tanto, y te dejó cautivo
 Allá en tu triste cárcel, do exhalabas
 Suspiros incesantes como golpes
 De ruedas de molino. Humana forma
 No honraba esta isla entónces, salvo el hijo,
 Pecosos monstruo que cual vil cachorro
 Aquí parió.

ARI. Sí, Caliban, su prole.
 PRÓS. ¿No lo oyes, torpe? Caliban, que ahora
 A mí me sirve. Como nadie sabes
 En qué tormento te encontré: tus voces
 Aullar al lobo hacian, traspasaban
 Del oso siempre fiero el pecho airado:
 Era un tormento propio del infierno,
 Que Sícórax en vano se esforzara
 A desligar de nuevo. Fué mi arte,
 Cuando llegué y oí tus tristes voces,
 La que mandó que bostezase el pino
 Y te soltase.

ARI. Lo agradezco, oh sabio.
 PRÓS. Si refunfuñas más, hendiendo un roble,
 Sabré clavarte en su nudoso tronco
 Hasta pasar gimiendo doce inviernos.

ARI. Perdon te pido: fiel á tus mandatos,
 Prometo ejecutar mi cometido
 Alegre y dócil.

PRÓS. Hazlo, y en dos dias
 Libre te dejaré.

ARI. ¡Mi noble amo!
 ¿Qué quieres que haga? di; ¿qué quieres que haga?

PRÓS. Al punto vé; conviértete en sirena:
 Que no te reconozca vista alguna
 Salvo la tuya y mia: sé invisible
 A todas las demas. Tal forma toma,
 Y en ella vuelve aquí. Vé con premura.

(Váse Ariel.)

Despierta, prenda amada. Bien dormiste.
 Despierta. (A Miranda.)

MIR. La extrañeza del relato
 Me dió sopor.

PRÓS. Sacúdelo, y en marcha:
 A ver á Caliban, mi esclavo, iremos,
 Quien no nos da jamás gentil respuesta.

MIR. Es un villano, padre, cuya vista
 Me causa horror.

PRÓS. Mas como están las cosas,
 Nos hace falta: nos enciende el fuego;
 Sale á traernos leña; en mil quehaceres
 Nos sirve con provecho.—¡Esclavo! ¡hola!
 ¡Ah! ¡Caliban! ¡Responde, vil gusano!

CAL. (Dentro.) En casa sobra leña.

PRÓS. Sal, te digo.
 Te he menester en otro asunto. ¿Vienes?
 Tortuga, sal.

Sale ARIEL en forma de sirena.

¡Aparicion hermosa!

¡Mi lindo Ariel! Escúchame en secreto.

ARI. Se hará, señor. (Váse.)

PRÓS. ¡Tú, ponzoñoso esclavo,

Engendro vil del mismo diablo, habido
En tu maligna madre, sal, perverso!

Sale CALIBAN.

CAL. ¡Rocío tan fatal como el que nunca
Pudo espumar con pluma de vil grajo
Mi madre de palustre infecta linfa
Sobre ambos llueva! ¡El vendabal azote,
Y cubra de apostemas vuestros miembros!

PRÓS. Por eso, no lo dudes, esta noche
Te haré sufrir calambres y punzadas
Que ahogarán tu aliento; con sus púas
Se cebarán erizos en tus carnes
Durante el largo espacio de la noche
Mientras moverse puedan. De tu cuerpo
Harán panal, y cada picadura
Punzante más que abeja que lo hiciere.

CAL. Dejad que coma al ménos. Esta isla
Que me arrebatas, mia es por mi madre.
Cuando por vez primera aquí viniste,
Me acariciabas, me tuviste en mucho,
Y agua con bayas á beber me dabas.
Del astro grande y del menor que brillan
De día y noche me enseñaste el nombre.
Amor te tuve entónces, y sumiso
Te revelé las propiedades todas
De nuestro suelo, sus salobres pozos,
Sus frescas fuentes, lo árido, lo fértil.
¡Maldito sea, nunca tal hiciera!
Sobre vosotros los hechizos todos
De Sícorax se abatan, alacranes,
Murciélagos y sapos! Pues no tienes
Más súbditos que yo, yo que ántes era
Monarca de mí mismo. En dura roca
Me encierras, como cerdo en su zahurda,
Mientras me vedas lo demas del suelo.

PRÓS. Esclavo mentiroso, á quien los golpes

Podrán mover, no la bondad; te tuve,
Vil fango que eres, en mi propia celda,
Dándote humano trato, hasta que aleve
Violar quisiste la honra de mi hija.
CAL. ¡Ya! ¡Y ojalá lo hiciera! Lo impediste;
Poblara de otra suerte la isla toda
De Calibanes.

PRÓS. ¡Vil, odioso esclavo!
En quien el bien no deja mella alguna,
Siendo capaz de todo mal; te tuve
Lástima, y por piedad quise afanarme
En enseñarte á hablar, y á todas horas
Algo aprendiste. Cuando tú, salvaje,
No te entendias á ti mismo, y como
El ente más brutal gruñir solias,
Para expresar tus miras y deseos
Te dí palabras. Mas tu vil origen,
Aunque aprendiste, en sí guardaba siempre
Algo que pechos de índole más noble
Nunca sufrir pudieron. Por lo mismo
Fuiste encerrado con fundada causa
En esta roca, tú que has merecido
Algo peor que riguroso encierro.

CAL. Tú me enseñaste á hablar, y mi ganancia
Es que sé maldecir. ¡Maligna peste
Te pague la enseñanza que me diste!

PRÓS. ¡Prole de bruja vil! Vé, tráenos leña;
Y date prisa, te tendrá más cuenta:
Te he menester para otro encargo. ¡Corre!
¡Te encoges de hombros, pérfido? Si omites,
Ó haces de mala gana lo que mando,
Tortura sabré darte con calambres;
Te llenaré los huesos de dolores;
Te haré bramar de suerte que á las fieras
Hagan temblar tus gritos.

CAL. No; te ruego.
(Aparte.) Es fuerza obedecer; pues sus encantos
Tan poderosos son, que domarian

A Sétebos, el númen de mi madre,
Trocándole en vasallo.

PRÓS. Véte, esclavo. (Váse Caliban.)

Aparece ARIEL invisible, tocando y cantando,
síguete FERNANDO.

CANCION DE ARIEL.

Venid á hollar la blanda arena, hermanos.

Hora juntad las manos.

Besándoos luego en fraternal saludo,

(Ya calla el mar sañudo)

Triscad, triscad, y al son del cefirillo

Cantad en coro alegre el estribillo.

¡Oid! ¡oid!

(Voces esparcidas.) ¡Bau! ¡uau!

Ladra el mastin:

(Voces esparcidas.) ¡Bau! ¡uau!

¡Oid! Con voz sonora

El vigilante nuncio de la aurora

Grita: ¡quiqueriquí!

FER. ¿En dónde suena música tan grata?
¿Es en el aire ó en tierra? Ya no se oye:
Sin duda, sigue á un númen de esta isla.
Sentado en un escollo, y de mi padre,
El rey, la triste pérdida llorando,
Llegóse á mí por cima de las aguas,
Calmando su furor y mi tristeza
Con dulce melodía. La he seguido,
Ó me arrastró más bien de donde estaba.
Mas ya cesó. No, que de nuevo empieza.

ARIEL. (Canta.)

Tu padre en el mar hondo está escondido;

Sus huesos se trocaron en coral;

En perlas sus pupilas se han fundido;

Nada hay en él mortal,

Fugaz y deleznable,
Que el mar no trueque en joya inestimable.

A fúnebre oracion

Repican las sirenas.

(Coro.) *Din, dan, don.*

Son ellas; sí, las oigo.

(Coro.) *Din, dan, don.*

FER. Habla esa voz de mi difunto padre.
No es esta accion mortal, ni es de la tierra
Aquel sonido. Lo oigo en alto ahora.

PRÓS. (A Miranda.) Descorre las cortinas de tus ojos,
Y di qué ves allí.

MIR. ¿Qué es? ¿una sombra?

¿Cómo gira los ojos! Créeme, padre,
Que tiene noble aspecto; pero es sombra.

PRÓS. No tal, mi bien, pues come, duerme y tiene
Sentidos cual nosotros. Ese mozo
Que ves, tambien estuvo en el naufragio;
Y si el pesar, de la beldad gorgojo,
No le afeara, con razon dijeras:
A fe que es lindo mozo. Va buscando
A sus amigos que perdidos llora.

MIR. Tal vez dijera que era un sér divino;
Pues cosa natural no ví tan noble.

PRÓS. (Aparte.) Veo que marcha como quiere el alma.
Ariel, hermoso espíritu, por esto
Libre estarás al cabo de dos dias.

FER. Sin duda, es la deidad por quien trinaron
Aquellas notas. Permitid que sepa
Mi ruego, si morais en esta isla;
Y á bien tened de darme algun informe
Que de gobierno aquí servirme pueda.
Mi ruego principal, aunque el postrero,
Es ¡oh portento! ¿sois ó no doncella?

MIR. Ningun portento, mas doncella, os juro.

FER. ¡Mi lengua! ¡cielos! Soy de cuantos la hablan
El más augusto, si estuviera ahora

En donde se habla.

PRÓS. ¿Cómo el más augusto?
¿Qué fueras si el de Nápoles te oyera?

FER. Un sér cual soy ahora, que se admira
De oírte hablar de Nápoles. Él me oye:
Por eso lloro. Nápoles te habla.

Yo ví con estos ojos, desde entónces
Nunca en menguante, hundirse al rey, mi padre.

MIR. ¡Ay! ¡qué dolor!

FER. Si, á fe: con él se hundieron
Sus grandes todos; de Milan el duque
Y su hijo noble el número aumentaron.

PRÓS. (Aparte.) El duque de Milan y su más noble
Hija pudieran refutar tu aserto,
Si fuera la ocasion. Trocaron de ojos
A la primer mirada. ¡Ariel querido,
Te he de librar por esto! (Alto.) Buen hidalgo,
Oid una palabra. Mucho temo
Que os engañeis en eso. Una palabra.

MIR. ¿Por qué habla tan colérico mi padre?
Este es el tercer hombre en quien los ojos
Puse jamás; sin duda es el primero
Que me arrancó un suspiro. Que á mi padre
Incline la piedad de parte mia.

FER. Si vírgen sois, y libre vuestro afecto,
Reina os haré de Nápoles.

PRÓS. ¡Eh! ¡paso!
¡Paso, galan! Oid, otra palabra.
(Aparte.) Prendado cada cual está del otro.
Es fuerza entorpecer accion tan pronta;
No sea que valor al premio quite
Tan fácil triunfo. (Alto.) Hidalgo, otra palabra.

Te mando que me sigas; pues usurpas
Mi nombre que no es tuyo, y como espía
Bajaste á esta isla con intento
De desposeerme á mí, que soy su dueño.

FER. No, por mi honor lo juro.

MIR. Es imposible

Que templo tal albergue nada malo.
Si tiene la maldad tan bella casa,
Séres de bien querrán vivir con ella.

PRÓS. (A Fer.) Sígueme. (A Mir.) No hables tú por él:
[te digo

Que es un traidor. Partamos. Piés con cuello
Te amarraré; por única bebida
Agua de mar tendrás, por todo pasto
Almejas del arroyo, mustias yerbas,
Y cáscaras amargas que sirvieron
De cuna á la bellota. Sigue.

FER. Nunca.

Rechazo trato tal, miéntras no logre
Rendirme mi enemigo. (Tira de la espada y queda inmóvil.)

MIR. ¡Padre mio!

¡No le sometas á tan dura prueba,
Que es dócil, no temible.

PRÓS. (A Miranda.) ¿Qué se entiende?

¿Querrá mandar el huevo á la gallina?

(A Fer.) Traidor, tu espada envaina. Harás alarde,
Mas no osarás herir. ¡Fuera de guardia!
Te puedo desarmar con esta vara,
Y tu acero rendir.

MIR. Te ruego, padre...

PRÓS. ¡Quítate! ¡no te cuelgues de mi manto!

MIR. ¡Ay! ¡ten piedad! ¡respondo de él!

PRÓS. ¡Silencio!

Un dicho más me obligará á reñirte,
Cuando no á odiarte. ¡Cómo! ¿En abogada
De un impostor te truecas? ¡Calla! Piensas,
Sin duda, que no hay forma que compita
En garbo con la de él, ¡Ay, niña ilusa!
Éste con otros hombres comparado
No es más que un Caliban; y los más de ellos
Angeles á su lado.

MIR. Pues entónces,
Humildes son mis gustos: no ambiciono
Ver á otro más galan.

PRÓS. (A Fernando.) Ven; obedece.
En infantil estado están tus nervios,
Sin fuerza alguna.

FER. Es cierto, sin ninguna:
Como en un sueño mis potencias todas
Están, al parecer, encadenadas.
La muerte de mi padre, mi impotencia,
El triste fin de todos mi amigos,
Las amenazas de este crudo, á cuya
Merced estoy, sin queja soportara,
Si ver pudiera el rostro de esta virgen
Desde mi cárcel una vez al dia.
Haga la libertad lo que quisiere
De los demas rincones de la tierra;
Ancha me fuera cárcel semejante.

PRÓS. (Ap.) Mi ardid empieza á obrar.—(A Fer.) Ve-
[nid, partamos.
¡Cumpliste como bueno, Ariel! (A Fer. y Mir.) Se-
[guidme.

(A Ariel.) Oye lo que has de hacer.

MIR. (A Fernando.) Cobrad aliento.
Mi padre no es tan duro cual le pinta
Su propia lengua: lo que dijo ha poco
Es cosa extraña en él.

PRÓS. (Aparte á Ariel.) Serás más libre
Que el viento en las alturas. Pero es fuerza
Que cumplas mi mandato; nada omitas.

ARI. Ni un punto.

PRÓS. (A Fer. y Mir.) Ven. No hables por él. Seguidme.

(Vánse.)

ACTO II.

ESCENA PRIMERA.

Otra parte de la isla.

Salen ALONSO, SEBASTIAN, ANTONIO, GONZALO,
ADRIAN, FRANCISCO *y otros.*

GON. Alégrate, señor, pues causa tienes,
Cual todos, de alegrarte: excede en mucho
Nuestra fortuna al daño que sufrimos.
Comun es nuestro mal: no pasa dia
Sin que de algun marino la consorte,
O de algun mercader los capitanes,
O el mismo mercader acaso tengan
Motivo tal de queja; en cambio á pocos,
Entre los infinitos que naufragan,
Sucede tal milagro; me refiero
A nuestra salvacion; por tanto, Alteza,
Midamos sabiamente nuestra angustia
Por nuestra dicha.

ALON. Ruego que te calles.

SEB. Recibe consuelo como si fuera caldo frio.

ANT. El enfermero no le dejará así.

SEB. Mirad, está dando cuerda al reloj de su in-
genio; luego dará la hora.

GON. Señor...

SEB. Una... cuenta.
 GON. Al que fomenta el duelo cuando llega, suele costarle...
 SEB. Un duro.
 GON. Duro lo paga, en verdad: hablasteis con más acierto de lo que pensasteis.
 SEB. Y vos lo tomáis en sentido más sesudo de lo que yo pensé.
 GON. Por tanto, Alteza...
 ANT. ¡Y vuelta! ¡qué liberal es con su lengua!
 ALON. Déjame, por favor...
 GON. Ya callo; pero...
 SEB. No sabe callar.
 ANT. ¿Qué apostaremos sobre cual de los dos, él ó Adrian, cacareará ántes?
 SEB. El gallo viejo.
 ANT. El gallito.
 SEB. Hecho. ¿Qué apostais?
 ANT. Una carcajada.
 SEB. Va.
 ADR. Aunque parece desierta esta isla...
 SEB. Já, já, já. Ya os pagué.
 ADR. Inhospitable y casi inaccesible...
 SEB. Sin embargo...
 ADR. Sin embargo...
 ANT. No podia faltar.
 ADR. Su clima debe ser apacible y de una templanza sutilísima y agradable.
 ANT. La templanza es una moza agradable.
 SEB. Cierto, y sutilísima; segun acaba de exponer muy sabiamente.
 ADR. El aire nos orea aquí con aliento dulcísimo.
 SEB. Como si tuviera pulmones, y putrefactos.
 ANT. O como si lo perfumara un pantano.
 GON. Aquí hay de todo cuanto puede ser provechoso para la vida.
 ANT. Cierto; salvo los medios de vivir.
 SEB. De eso hay nada, ó poco.

GON. ¡Que fresca y qué lozana crece esta yerba! ¡qué verde!
 ANT. En efecto, el suelo es pardusco.
 SEB. Con un ligero tinte de verde.
 ANT. No tiene mala puntería.
 SEB. No; yerra el blanco por completo.
 GON. Pero lo extraño del caso es, lo cual es casi increíble...
 SEB. Como la mayoría de las cosas extrañas que se afirman.
 GON. Que nuestros vestidos, habiendo sido como empapados en el mar, conserven, sin embargo, su frescura y brillo; de suerte que más bien parece que han sido teñidos de nuevo que manchados con agua salada.
 ANT. Si hablaran sus bolsillos ¿no le dirían que miente?
 SEB. Sí tal, ó embolsarian hipócritamente su aserto.
 GON. Al parecer están ahora nuestros vestidos tan nuevos como el dia en que los estrenamos en África, en la boda de la hija bella del rey, Clarabel, con el rey de Túnez.
 SEB. Fué una boda preciosa, y ha sido feliz nuestro regreso.
 ADR. Túnez no tuvo nunca la dicha de lograr por reina á un dechado semejante.
 GON. Nunca, desde el tiempo de la viuda Dido.
 ANT. ¿Viuda? ¡Al diablo con eso! ¿A qué viene eso de viuda? ¿La viuda Dido?
 SEB. ¿Y aunque hubiera dicho el viudo Eneas? ¡Válgame Dios, y cómo lo tomáis!
 ADR. ¿Dijisteis la viuda Dido? Me dais qué pensar con eso. Fué de Cartago, nó de Túnez.
 GON. Es que Túnez, amigo, fué Cartago.
 ADR. ¿Cartago?
 GON. Cartago, os lo aseguro.
 SEB. Puede más su palabra que el arpa milagrosa:

ha levantado, no sólo el muro, sino las casas también.

ANT. ¿Qué dificultad no allanará ahora?

SEB. Creo que se llevará esta isla á casa en el bolsillo, y se lo dará á su hijo por una manzana.

ANT. Y sembrando las pepitas en el mar, criará más islas.

GON. ¿Decís?

ANT. Sí, estais á tiempo.

GON. Señor, decíamos que nuestros vestidos parecen ahora tan nuevos como cuando asistimos en Túnez á la boda de vuestra hija, hoy reina.

ANT. Y la más hermosa que puso los piés allí.

SEB. Salvo, os suplico, la viuda Dido.

ANT. ¡Oh! ¡la viuda Dido! sí, ¡la viuda Dido!

GON. ¿No está mi jubon tan nuevo, señor, como el primer dia que me lo puse (se entiende, hasta cierto punto)...

ANT. A tiempo añadió lo de cierto punto.

GON. Cuando lo llevé en la boda de vuesta hija?

ALON. Atracais mis oidos de estas cosas
Contra la inclinacion de mi sentido.

¡Ojalá nunca á mi hija allí casara!

Pues al volver, no sólo á mi hijo pierdo,

Sino también, segun colijo, á ella,

Que está tan apartada de la Italia,

Que ya volverla á ver no espero nunca.

¡Oh, tú, heredero de mis ricas joyas,

Nápoles y Milan! ¿Di, de qué extraño

Pez fuiste pasto?

FRAN. Aún vive por ventura.

Yo, bajo sí, le ví pegar las olas,

Caballero en sus lomos; iba hollando

Las aguas, cuyo embate rechazaba,

Y el pecho opuso á la onda más henchida

Que fiera le embistió; su osada frente

Por cima de las aguas turbulentas

Llevaba erguida, y con sus fuertes brazos

Se fué remando con robusto esfuerzo

Hácia la orilla, que encorvada sobre

Su base carcomida por las olas,

Al parecer los brazos le extendia.

Llegó, sin duda, sano y salvo á tierra.

ALON. No, pereció.

SEB. Las gracias á ti mismo

Te puedes dar por pérdida tan grande,

Alteza, tú que terco no otorgaste

Que disfrutara Europa de tu hija,

Mas preferiste darla al africano,

Do vive desterrada de tus ojos,

Que pena tal con harta causa riegan.

ALON. Callad, por Dios.

SEB. Te importunamos todos,

Postrados ante ti, que no lo hicieses,

Y aquella tierna criatura misma

Entre la repugnancia y la obediencia

Dudosa estuvo, sin saber á dónde

Inclinar la balanza. Hemos perdido

A tu hijo para siempre, segun temo.

Nápoles y Milan más viudas cuentan

En su recinto, á causa de esta empresa,

Que hombres llevamos que les den consuelo.

Tuya es la culpa.

ALON. Y mía en mayor parte

La pérdida también.

GON. (A Sebastian.) Señor, carece

Esa verdad que dices, de blandura

Y de ocasion propicia: frotas crudo

La herida, cuando bálsamo requiere.

SEB. Bien dicho.

ANT. Habló cual diestro cirujano.

GON. Mal tiempo es para todos cuando, Alteza,

Te anublas tú.

SEB. ¿Mal tiempo?

ANT. Sí, muy malo.

GON. Colonizara, Alteza, yo esta isla...

ANT. De abrojos la sembrara.

SEB. Ó de cizaña.

GON. Y fuera de ella dueño y rey, ¿qué hiciera?

SEB. No emborracharte, pues no cria vino.

GON. Llevara todo á cabo en el Estado

Por máximas contrarias: clase alguna

De tráfico ni empleo consintiera;

Las letras, ignoradas; ni riqueza,

Ni menesteres, ni pobreza habria;

Nada de herencias, de contratos nada;

Ni lindes, ni labranza, ni viñedo;

Puesto el metal en uso no estaria,

Ni aceite, trigo, y uvas; sin faena

Viviera el hombre, y la mujer, en ocio;

En ocio, pero puros é inocentes;

Poder no habria...

SEB. Y ser él rey quisiera.

ANT. El fin de su Estado se olvida del principio.

GON. Del seno maternal de la natura

Brotara todo sin sudor ni esfuerzo;

Ni engaño hubiera, ni traicion, ni espada,

Ni pica, ni arcabuz, ni otra arma alguna;

Con espontáneo impulso, en rica copia,

Su cuerno derramara la Abundancia

Para nutrir á mi inocente pueblo.

SEB. Nada de casamientos entre sus súbditos.

ANT. Nada de eso, hombre; todos ociosos: ramer-
ras y bellacos.

GON. Tan sabio fuera mi gobierno, Alteza,

Que oscureciera aquella edad dorada.

SEB. ¡Viva su Majestad!

ANT. ¡Gonzalo viva!

GON. Por otra parte... di, señor, ¿me escuchas?

ALON. Calla, te ruego; me hablas de nonada.

GON. Lo creo, Alteza: lo hice á fin de dar ocasion
á estos caballeros, cuyos pulmones son tan sen-
sibles y tan ágiles, que suelen reirse siempre de
nada.

ANT. Nos reíamos de vos.

GON. De mí, que en esta especie de bufonada fes-
tiva, no soy nada para vosotros; por lo tanto,
podeis continuar riéndoos de nada.

ANT. ¡Qué golpe nos ha pegado!

SEB. Si, á no haber caido de plano.

GON. Sois, galanes, de lindo humor: sacariais á la
luna de su esfera, si tratase de permanecer en
ella cinco semanas sin mudarse.

Sale ARIEL, invisible, y toca una música solemne.

SEB. Si tal, y luego iríamos á caza de murciélagos.

ANT. No os enojeis, señor consejero.

GON. No, os aseguro que no aventuraré tan in-
sensatamente mi juicio. ¿Quereis arrullarme
con vuestra risa, pues me siento muy cansado?

ANT. Echaos á dormir, y prestadnos oido.

(Se quedan todos dormidos ménos Alonso, Sebastian y Antonio.)

ALON. ¡Cómo! ¿ya duermen todos? Bien quisiera
Que al cerrarse mis ojos se cerraran
Tambien mis pensamientos: se me antoja
Que á hacerlo tienden.

SEB. Si te place, Alteza,

La soñolienta oferta no rechaces:

Visita á la tristeza raras veces;

Y cuando lo hace, alivio trae consigo.

ANT. Los dos vigilaremos tu persona

Mientras reposes, guardia fiel haciendo.

ALON. Os doy las gracias. Pesadez extraña...

(Se duerme Alonso. Váse Ariel.)

SEB. Que extraña soñolencia los subyuga.

ANT. Es condicion del clima.

SEB. ¿Por qué entónces

No agobia nuestros párpados? No siento

Inclinacion al sueño.

ANT. Yo tampoco.

Cayeron todos cual de mutuo acuerdo;

Cayeron como heridos por el rayo.
 Pudiera... digno Sebastian... Pudiera...
 Silencio... Y sin embargo, se me antoja
 Ver en tu frente el premio que mereces.
 Propicia la ocasion te se presenta;
 Y ve bajar mi ardiente fantasía
 Sobre tus sienes fúlgida corona.

SEB. ¿Estás despierto?

ANT. ¿No oyes cuál te hablo?

SEB. Sí, á fe; y es soñoliento tu lenguaje:
 Hablas en sueños. ¿Qué es lo que dijiste?
 ¡Reposo extraño el suyo! Estás dormido,
 Y abiertos ambos ojos: andas, hablas,
 No obstante, estás sumido en hondo sueño.

ANT. ¡Oh noble Sebastian! ¿Será posible
 Que dejes que se duerma tu fortuna,
 O que se muera acaso? Pestañeas
 Mientras despierto estás.

SEB. ¿Qué claro roncas!
 Algun sentido encierran tus ronquidos.

ANT. Más serio estoy que de costumbre, Alteza;
 Debes serlo tambien, si me haces caso:
 Triplicarás con ello tu valía.

SEB. Soy estancada linfa.

ANT. Como arroyo
 Te enseñaré á correr.

SEB. Hazlo, me mueve
 A refluir pereza hereditaria.

ANT. ¡Oh! si supieras cómo al desdeñarlo
 Fomentas el designio! ¡cuál le adornas
 Al desdeñarlo! El hombre que refluye,
 Corre peligro de tocar el fondo
 Por causa de su tímida pereza.

SEB. Te ruego que prosigas; tu mirada
 Y tu semblante me presagian algo.
 A fe que el parto te acongoja mucho.

ANT. Escucha, pues. Si bien el consejero
 Aquel de la memoria desgraciada,

Y que tan flaca la tendrá, sin duda,
 Cuando enterrado esté, casi ha logrado
 Persuadir á su Alteza (es un espíritu
 De persuasion, en nada más se ocupa
 Que en persuadir) que aún vive su heredero,
 Es imposible que no se haya ahogado;
 Tan fácil fuera creer que está nadando
 Aquel que duerme allí.

SEB. No hay esperanza
 Alguna en mí de que no se haya ahogado.

ANT. ¡Cuánta esperanza, Sebastian, te ofrece
 Aquel «no hay esperanza!» Falta de ella
 En esta parte, en otra te asegura
 Esperanza tan alta, que no alcanza
 A trasponer su límite la vista
 De la ambicion, y vacilante duda
 De lo que allí descubre. ¿Me concedes
 Que entre las olas pereció Fernando?

SEB. Sí, pereció.

ANT. Pues di: ¿quién es entonces
 De Nápoles el próximo heredero?

SEB. Sin duda, Clarabel.

ANT. ¿Quién, la que es reina
 De Túnez hoy? ¿que vive al fin del mundo?
 Do recibir de Nápoles no puede
 Noticia alguna, como no la lleve
 El mismo sol (pues tardo fuera el hombre
 Morador de la luna) hasta que bozo
 Empieza á echar recien nacida barba?
 El mar á todos nos tragó, mas luego
 A algunos arrojó sobre esta playa,
 Predestinados á cumplir una obra,
 Cuyo prólogo fué lo que ha pasado,
 De cuyo porvenir el desempeño
 Nos toca á ti y á mí.

SEB. ¿Qué enredo es este?
 ¿Qué dices? Ciertamente, la hija de mi hermano
 Reina de Túnez es, y es heredera

De Nápoles tambien: entre una y otra
Algún espacio hay.

ANT. De cuyo espacio
Cada toësa al parecer te grita:
«¿Cómo podrá la Clarabel aquella
Seguirnos hasta Nápoles? Que en Túnez
Reinando quede, y Sebastian despierte.»
Juzgad que fuera muerte lo que ahora
Se ha apoderado de ellos: no estarian
Peor de lo que están. Hay quien pudiera
Regir tan bien á Nápoles como éste
Que aquí durmiendo está: hay consejeros
Que charlarian tan sin seso, y tanto
Como Gonzalo; sí, yo mismo haria
Urraca tan locuaz. ¡Cuánta grandeza
Te brinda el sueño aquel! ¡Señor, me entiendes?

SEB. Pienso que sí.

ANT. ¡Y hasta qué punto apoya
A tu feliz fortuna tu contento?

SEB. Si bien recuerdo, Antonio, suplantaste
A Próspero tu hermano.

ANT. Cierto, y mira,
Señor, qué bien me sientan mis vestidos;
Muy más airosos que ántes: los criados
De aquel hermano, entónces mis iguales,
Son hoy mis siervos.

SEB. Dime... ¿y tu conciencia?

ANT. ¿Mi conciencia, señor? ¿En dónde se halla?

Si fuera sabañon, me obligaria
A andar en chanclas; pero en este pecho
No mora tal deidad. ¡Veinte conciencias
Que hubiera entre Milan y yo podrian
Helarse y derretirse cual rocío
Antes de molestarme! Aquí durmiendo
Tu hermano yace, superior en nada
Al suelo en que reposa, si en efecto
Fuera lo que parece, que es cadáver,
A quien con nada más que tres pulgadas

De este obediente acero, en sueño eterno
Puedo arrullar. Haciendo tú lo propio,
Pudieras á la vez cerrar por siempre
Los ojos de este anciano don Prudencia;
Librándonos así de sus censuras.
En cuanto á los demas, ten por seguro
Que aceptarán instigacion cualquiera,
Cual bebe leche el gato: cree que en todo
Sabrán bailar al son que les tañamos.

SEB. Me servirá de precedente, amigo,
El caso tuyo; y como tú lograste
El trono de Milan, que alcance es fuerza
De Nápoles la espléndida corona.
Tu espada desenvaina: un solo golpe
Te libraré del pago del tributo,
Y Nos el rey en gracia te tendremos.

ANT. Desenvainemos juntos: cuando en alto
Levanto el hierro, haz tú lo propio, y caiga
Firme en Gonzalo.

SEB. Dos palabras, oye.
(Hablan aparte.)

Sale ARIEL, invisible.

ARI. Por medio de su magia mi maestro
Preve el peligro que su amigo corre,
Y me despacha aquí para que ampare
(Pues de otra suerte falla su designio)
Las vidas de estos que en peligro se hallan.

(Canta en el oido de Gonzalo.)

*Mientras tú roncas, libre de enojos,
Traicion astuta velando está.
Si amas tu vida, abre los ojos;
Sacude el sueño, despierta ya.*

ANT. Obremos, pues, con decision y pronto.
GON. (Despertando.) ¡Angeles, protegéd al rey!
(Despiertan todos.)

ALON. ¿Qué es esto?
 ¡Despiertos! ¿Contra quién blandís el hierro?
 ¿Por qué mirais tan téticos?

GON. ¿Qué ocurre?

SEB. Estando aquí velando vuestro sueño,
 Oimos estallar ahora mismo
 Hueco mugido, al parecer de toros,
 Quizá mejor dijera de leones.
 ¿No os despertó? Retumba aún en mi oído.

ALON. Yo nada oí.

ANT. ¿Bastara tal estruendo
 A estremecer el corazón de un monstruo,
 A hacer temblar la tierra: fué el rugido
 De una manada entera de leones!

ALON. ¿Gonzalo, oíste algo por ventura?

GON. Alteza, por mi honor, oí un zumbido,
 Extraño, á fe, que me sacó del sueño;
 Te sacudí gritando, abrí los ojos,
 Y ví sus armas fuera. Que hubo ruido
 Es cierto. Nos conviene estar alerta,
 Y huir este lugar. Desenvainemos.

ALON. Partamos, pues; y en busca de mi hijo
 Corramos nuevamente.

GON. ¿Dios le ampare
 Contra esas fieras! pues sin duda se halla
 Vagando por la isla.

ALON. Ven, partamos.

ARI. (Aparte.) Lo que hice, á mi señor diré prolijo.
 Vé, rey, seguro en busca de tu hijo. (Vánse.)

ESCENA II.

Otra parte de la isla.

Sale CALIBAN con una carga de leña. Se oye lejano trueno.

CAL. ¡Cuántas miasmas fétidas extrae
 El sol de inmundos charcos y pantanos,
 Sobre Próspero caigan y le infiltren
 Por cada poro enfermedad doliente!
 Sus espíritus me oyen; sin embargo,
 Me es fuerza maldecir. No me pincharan,
 Ni me llenaran de pavor traviosos,
 Ni me sacaran fuera del camino
 Ardiendo como antorcha en las tenebras,
 Si él no les azuzara; á su mandato
 Me acosan por cualquiera niñería:
 Tal vez cual monos gárrulos me siguen,
 Luego me muerden; como erizos luego
 Por donde voy descalzo se revuelcan,
 Esparciendo sus púas donde piso;
 Tal vez me enroscan áspides el cuerpo,
 Que á fuerza de silbar me vuelven loco
 Con sus hendidas lenguas.

Sale TRÍNCULO.

¡Uf, malhaya!

Un espíritu suyo aquí se acerca,
 Y viene á atormentarme porque tardo
 Tanto en llevar la leña. Aquí en el suelo
 Me tenderé; tal vez sin verme pase.

TRÍN. No hay aquí mata, ni arbusto alguno que
 le pueda ofrecer á uno el menor abrigo, y ya
 amaga nueva tormenta. La oigo silbar en el
 viento. Aquella nube negra, aquella grande, pa-

rece un odre viejo á punto de vaciar su contenido. Si tronara como ántes, no sabria dónde esconder la cabeza. Aquel nubarron no podrá ménos de desaguar á cántaros. ¿Qué tenemos aquí? ¿Es hombre ó pescado? ¿vivo ó muerto? Es pescado: huele á tal: echa un olor rancio y muy semejante al del pescado; así como abur, y no de lo más fresco. ¡Pescado extraño! Si estuviese en Inglaterra ahora, donde estuve una vez, y tuviera este pescado, aunque no fuese más que pintado, no habria bobo en dia de fiesta que no diera una moneda de plata por verle. Con este monstruo haria allí mi suerte: cualquier animal hace allí la suerte de un hombre. No darán una blanca á un pobre ciego; pero en cambio se gastarán diez por ver á un indio muerto. ¡Tiene piernas como un hombre! ¡y sus aletas son como brazos! ¡Y está caliente, á fe mia! Desecho ya mi anterior opinion; no la sostengo más. Esto no es pescado, sino algun isleño, á quien acaba de herir el rayo. (Truena.) ¡Ay de mí! ya vuelve la tormenta. Lo más acertado es acurrucarme debajo de su gabacha; no hay otro abrigo por aquí. ¡Con qué extraños compañeros de cama le pone á uno en contacto la necesidad! Me cobijaré aquí hasta que pase lo más recio de la tormenta.

Sale ESTÉBAN cantando, con una botella en la mano.

ESTÉBAN. *Ya no me embarco, no me embarco ya;
En tierra moriré.*

Esta es una melodía muy ruin para cantada en el entierro de un hombre; pero aquí está mi consuelo. (Bebe.)

(Canta.) *Nuestramo, el piloto, y el cómitre y yo*

*Gastábamos nuestra paga
Con Juana, con Cármen, con Luisa y Leonor,
Mas nadie queria á Maga.
Tenia una lengua atroz:
Al pobre marino le daba una coz;
Odiaba el olor de la brea y la pez:
Pero en cambio doquier le picaba,
Rascar se dejaba
Por un sastre villano y soez.
¡Partamos ligeros!
¡Que el diablo la lleve, y al mar, compañeros!*

Esta es tambien una melodía muy ruin; pero aquí está mi consuelo. (Bebe.)

CAL. No me atormentes; ¡ay!

ESTÉB. ¿Qué es esto? ¿Andan diablos por aquí? ¿Te estás mofando de mí con salvajes y hombres de la India? ¡Hola! Despues de haber estado á punto de ahogarme, no me asustarás con tus cuatro patas; pues se ha dicho de él que el hombre más valiente que anda en cuatro patas no le hará cesar; y se seguirá diciendo lo mismo mientras respire Estéban por estas narices.

CAL. El espíritu me atormenta. ¡Ay!

ESTÉB. Este debe ser algun monstruo de cuatro patas de la isla, el cual, segun sospecho, habrá cogido unas tercianas... ¿Dónde diablos pudo aprender nuestra lengua? Le prestaré algun alivio, aunque no fuere más que por eso. Si consigo restablecerle, y amansarle, y llevarmelo á Nápoles, á fe que será un regalo digno del más grande emperador que jamás pisó cuero de ganado vacuno.

CAL. Te ruego que no me atormentes; te prometo llevar la leña á casa con más premura.

ESTÉB. Ahora le da un ataque; y no habla, por cierto, con la mayor discrecion. Le haré probar el contenido de mi botella; si no ha probado

nunca el vino, será casi parte á curarle de su ataque. Si consigo restablecerle, y amansarle, no pediré mucho por él; pero lo que es el que le adquiera, me lo ha de pagar, y por cierto á peso de oro.

CAL. Todavía no me haces mucho daño; luego me lo harás; lo sé por el modo que tienes de temblar. Ahora obra en ti el poder de Próspero.

ESTÉB. Ven acá: abre esa boca. Hé aquí lo que te devolverá el juicio, gato. Abre esa boca. Esto hará que se estremezcan tus estremecimientos, te lo aseguro, y de firme. Nadie sabe quién es su amigo. Vuelve á abrir esas mandíbulas.

TRÍN. Debiera conocer esa voz; es él, sin duda... pero aquel se ahogó, y estos son demonios. ¡Ay, favor!

ESTÉB. Cuatro piernas y dos voces. ¡Lindísimo monstruo! Su voz delantera hablará bien de su amigo; su voz trasera pronunciará discursos perversos y calumnias. Si basta á restablecerle todo el vino que contiene mi botella, le curaré de sus tercianas. Ven acá. ¡Amén! Te echaré algo por la otra boca.

TRÍN. ¡Estéban!

ESTÉB. ¿Me llama tu otra boca? ¡Válgame Dios! ¡este es un demonio, no un monstruo! Le dejaré; no tengo ninguna cuchara larga con qué comer con él.

TRÍN. ¡Estéban! Si eres Estéban, tócame y háblame, pues yo soy Trínculo, no temas, tu buen amigo Trínculo.

ESTÉB. Si eres Trínculo, sal de ahí. Te tiraré de las piernas más flacas; si algunas de estas piernas fueren las de Trínculo, estas deben ser. ¿Eres el mismo Trínculo? ¿Cómo viniste á ser servicio de este monstruo? ¿Arroja Trínculos acaso?

TRÍN. Pensé que le habia muerto el rayo. ¿Pero no

te ahogaste, Estéban? Espero que no te ahogaste. ¿Pasó ya la tormenta? Me escondí debajo de la gabacha de este difunto monstruo por miedo á la tormenta. ¿Conque estás aún en vida, Estéban? ¡Oh, Estéban! ¡se han salvado dos napolitanos!

ESTÉB. Te ruego que no me des tantas vueltas; mi estómago no es muy estable.

CAL. (Aparte.) ¡Hermosos seres, si no son fantasmas! ¡Valiente dios aquel! Consigo lleva Néctar divino. Ante él postrarme quiero.

ESTÉB. ¿Cómo te salvaste? ¿cómo viniste aquí? Júrame por esta botella cómo viniste aquí. Yo me salvé sobre un tonel de malvasía que los marineros echaron al agua: lo juro por esta botella, que hice de la corteza de un árbol con mis propias manos, despues que fuí arrojado á tierra.

CAL. Te juro por esa botella que seré tu fiel vasallo; pues ese no es licor terrenal.

ESTÉB. Vamos, júrame por esta botella cómo te salvaste.

TRÍN. Me salvé á nado, amigo, como un pato. Sé nadar como un pato, te lo juro.

ESTÉB. Pues besa el libro. Aunque sepas nadar como un pato, tu traza es de ganso.

TRÍN. ¡Ay, Estéban! ¿tienes más de esto?

ESTÉB. El tonel entero, amigo. Mi bodega está en una roca á orilla del mar, donde tengo escondido mi vino. ¿Qué tal, monstruo? ¿cómo vamos de tercianas?

CAL. ¿No te has caido del cielo?

ESTÉB. De la luna, te lo aseguro. Fuí un tiempo morador de la luna.

CAL. Te he visto en ella, y juro que te adoro:

Mi dueña me hizo verte, con tu perro,
Y con la mata á cuya sombra estabas.

ESTÉB. Vamos, jura por esto; besa el libro. Lo llenaré luego con nuevos ingredientes. ¡Jura!

TRÍN. Por esa luz bendita que es muy sandio este monstruo. ¡Yo tenerle miedo? ¡Desdichado monstruo! ¡Conque morador de la luna? ¡Monstruo desdichado y crédulo por demas! Bien pensado, monstruo, á fe mia, bien pensado.

CAL. Te enseñaré pulgada por pulgada
Las fértiles comarcas de la isla.
Los piés te beso: sé mi dios, te ruego.

TRÍN. ¡Por esta luz que es el más pérfido y borracho de los monstruos! Cuando esté durmiendo su dios, le hurtará su botella.

CAL. Te besaré los piés; seré tu esclavo.

ESTÉB. Pues ven, póstrate y jura.

TRÍN. Me hará reventar de risa este monstruo majadero. ¡Monstruo ruin! Me dan ganas de pegarle.

ESTÉB. Vamos, besa.

TRÍN. ¡Si no estuviera bebido!... ¡Monstruo aborrecible!

CAL. Te enseñaré las fuentes, las mejores;
Bayas te cogeré, peces y leña.
¡Maldito sea el despota á quien sirvo!
No volveré á llevarle más tarugos;
Servirte quiero, oh, sér maravilloso.

TRÍN. ¡Habrás visto monstruo más ridículo?
¡Hacer de un pobre borracho una maravilla!

CAL. Deja que te conduzca á donde crecen
Silvestres peras; con mis largas uñas
Trufas te arrancaré; del gayo el nido
Quiero enseñarte, y á tender el lazo
Al ágil mono; y has de ver los bosques
De verdes, apiñadas avellanas;
A veces te traeré gaviotas tiernas
Nacidas en la roca. Dime: ¿vienes?

ESTÉB. Te ruego que nos enseñes el camino sin decir más palabras. Trínculo, ya que el rey y la tripulacion entera se han ahogado, tomaremos posesion aquí. Llévame esta botella. Amigo Trínculo, volveremos á llenarla en breve.

CALIBAN. (Canta con aire de beodo.)

¡Amo, adios, adios mi amo!

TRÍN. ¡Qué monstruo tan escandaloso! ¡qué monstruo tan borracho!

CAL. (Canta.) *No le saco más peces del mar,
Ni le traigo más leña,
Ni le arranco más breña;
Ni más platos le quiero fregar.*

*Ban, ban, Ca—Caliban
Ya tiene otro dueño, busca otro gañan.*

¡Hola! ¡ya soy libre! ¡ya soy libre! ¡Viva la libertad! ¡viva, viva la libertad!

ESTÉB. ¡Oh bravo monstruo! enseñanos el camino.

(Vánse.)

ACTO III.

ESCENA PRIMERA.

Delante de la celda de Próspero.

Sale FERNANDO cargado con un tronco.

FER. Juegos penosos hay, cuyas fatigas
Avivan el placer; tal vez el hombre
Viles oficios con nobleza cumple;
La más humilde empresa resultado
Próspero suele dar. Tan vil faena
Me fuera tan pesada como odiosa,
Si el dulce bien á quien amante sirvo,
No reanimara mis postradas fuerzas,
Trocando mis trabajos en deleite.
¡Ay! ella es dulce y blanda, veinte veces
Más dulce y blanda que áspero su padre,
Que es la dureza misma. Por castigo
Tengo que amontonar algunos miles
De estos maderos que á arrastrar me obliga.
Mi dulce dueña llora al verlo, y dice
Que nunca tuvo tan servil trabajo
Ejecutor igual. Tal vez me olvido;
Pero estos apacibles pensamientos
Ablandan mis fatigas, por tal arte
Que más me huelgo cuando más trabajo.

*Salen MIRANDA, y PRÓSPERO á cierta distancia,
sin ser visto.*

MIR. ¡Por Dios te ruego, no te afanes tanto!

Quisiera que incendiara el rayo ardiente
Estos maderos que tus miembros rinden.

Suéltalo, y ven, descansa. Cuando arda

Aquella leña, llorará sin duda

La pena que te causa. Ven, reposa.

Mi padre en hondo estudio está sumido,

Y por tres horas de él estás seguro.

FER. Dueña querida, el sol se pondrá ántes

Que acabe lo que es fuerza que concluya.

MIR. Pues si sentarte quieres, yo entre tanto

Los troncos llevaré: dame aquel leño,

Lo llevaré al monton.

FER. No, sér divino:

Primero reventara de fatiga,

Que estarme en ocio vil, viéndote expuesta

A tal deshonra.

MIR. A fe, no me estaria

Peor que á ti el hacerlo: lo cumpliera

Más fácilmente, pues mi buen deseo

Me presta aliento, y es contrario al tuyo.

PRÓS. (Aparte.) ¡Oh misero gusano, estás cogido!

Lo prueba tu visita.

MIR. Se me antoja

Que estás rendido.

FER. No, mi noble dueña:

Estando tú á mi lado me es la noche

Temprano albor. Mas dime, te lo ruego,

Más que por otra cosa, porque pueda

Nombrarte en mi oracion, ¡cuál es tu nombre?

MIR. Miranda.—¡Oh padre mio! al pronunciarlo

Desobediente tu mandato infrinjo.

FER. ¡Portento de belleza, alma Miranda,

Que vales lo que el mundo en más estima!

Miré tal vez con atencion profunda

A más de una hermosura, y muchas veces

La dulce melodía de sus lenguas

Avasalló mi oido, asaz atento:

Me han agradado por virtudes varias

Varias mujeres; mas ninguna tanto,

Ni tan de véras, que no hallara en ella

Algun defecto que, en constante lucha

Con su más noble hechizo, no empañara

Su resplandor; mas tú, tú tan perfecta,

Tan pura, tan sin par, creada fuiste

De lo mejor de cada criatura.

MIR. Del propio sexo no conozco á nadie,

Ni de mujer recuerdo cara alguna,

Salvo la mia, gracias á mi espejo.

No ví más hombres, dignos de tal nombre,

Que á ti, mi bien, y á mi querido padre:

Qué rostros puede haber en otros sitios

Ignoro, pero cree, por mi modestia,

La joya de mi dote, que en el mundo

Por compañero á nadie ambicionara,

A nadie más que á ti: mi fantasía

Crear no logra sér que le agradare

Otro que tú. Desatinada charlo,

Y olvido de mi padre los preceptos.

FER. De condicion soy príncipe, Miranda;

Creo que rey (¡nunca lo fuera!); y ántes

Que soportar esclavitud tan torpe

Dejara que los labios me picara

Molesta mosca. Te habla el alma, escucha:

En el instante en que te ví, rendido

Voló mi corazon á tu servicio;

Y allí reside para hacerme esclavo:

Por ti soy tan paciente jornalero.

MIR. ¡Me amas?

FER. ¡Oh! cielo y tierra sed testigos

De esta palabra! y coronad de dicha

Lo que protesto, si verdad dijere;

Trocad, si falso miento, en desventura

El más feliz pronóstico! Te adoro,
Te estimo, te honro más que bien alguno
Que el mundo encierra.

MIR. ¡Y yo no lloro, necia,
Por lo que más me alegra!

PRÓS. (Aparte.) ¡Dulce encuentro
De dos afectos por demas sensibles!
Llueva su gracia el cielo sobre el fruto
Que entre los dos germina.

FER. Di: ¿qué lloras?

MIR. Mi indignidad: hacer oferta no oso
De lo que dar deseo; y mucho menos
Tomar lo que, faltándome, muriera.
Pero esta es vana charla, niñería
Que cuanto más se afana en esconderse,
Más bulto enseña. ¡Aparta, torpe astucia!
¡Y tú, inocencia franca, sé mi guía!
Tu esposa soy, si tú por tal me quieres;
Si nó, tu esclava moriré. Negarme
Podrás de compañera el dulce puesto;
Pero quieras ó nó, seré tu sierva.

FER. ¡Mi reina, dulce bien! Yo humilde siempre,
Tu amante fiel.

MIR. ¿Serás mi esposo entónces?

FER. Con alma tan contenta, tan ansiosa,
Como de libertad la servidumbre.
Te doy mi mano.

MIR. Yo te doy la mia;
Y el corazon con ella. Ahora hasta dentro
De un hora ¡adios!

FER. ¡Adios! ¡adios mil veces!
(Vánse por distintos lados.)

PRÓS. Sentir no puedo el mismo gozo que ellos,
A quienes todo admira; y sin embargo,
Nada en el mundo gozo igual me diera.
Me vuelvo á mis estudios, que es forzoso
Dar cima á mil negocios de importancia
Antes que llegue la hora de la cena. (Váse.)

ESCENA II.

Otra parte de la isla.

Salen CALIBAN, ESTÉBAN, y TRINCULO.

ESTÉB. ¡No me hables de eso! Cuando la bota esté
vacía, beberemos agua; ni una gota ántes. Con-
que, firmes, y abordadlos. Criado-monstruo,
bebe á mi salud.

TRÍN. ¿Criado-monstruo? ¡Válgate Dios por isla
boba! Dicen que no hay más que cinco en esta
isla; nosotros somos tres de ellos; si los dos res-
tantes no tienen más seso, tambalea el Estado.

ESTÉB. Bebe, criado-monstruo, cuando yo te lo
mando. Tienes los ojos casi encajados en la
cabeza.

TRÍN. ¿Pues dónde querrias que los tuviera enca-
jados? Valiente monstruo seria si los tuviera
encajados en el rabo.

ESTÉB. Mi siervo monstruo ha anegado su lengua
en malvasía. Lo que es á mí, no me ahogará el
mar; ántes de poder ganar la orilla, nadé treinta
y cinco leguas, más ó menos. Por esa luz,
monstruo, serás mi teniente, ó mi aban-
derado.

TRÍN. Tu teniente, si quieres; pues no podria con
la bandera.

ESTÉB. No correremos, monsieur monstruo.

TRÍN. Ni andareis tampoco; pero os echareis
como perros, y no direis palabra.

ESTÉB. Mola, habla una vez siquiera en tu vida,
si eres buena mola.

CAL. ¿Cómo se siente tu merced? Deja que te lame
el zapato. No quiero servir al otro; no es va-
liente.

TRÍN. Mientes, ignorantísimo monstruo. Soy ca-

paz de tenérmelas tiesas con un alguacil. Dime, tú, peje disoluto, ¿hubo hombre alguno cobarde despues de haber bebido lo que he bebido yo hoy? ¿Querrás encajarme tan monstruosa mentira, no siendo más que mitad pez y mitad monstruo?

CAL. ¿No ves como se burla de mí? ¿y lo consentirás, príncipe mio?

TRÍN. ¿Príncipe, le llama? ¿Qué sea tan bobo un monstruo!

CAL. ¿Lo oyes? ¿lo oyes? otra vez. Te ruego que le mates á mordiscos.

ESTÉB. Refrena esa lengua, Trínculo. Si te sublevas, el árbol más próximo... Este pobre monstruo es súbdito mio, y no sufro que le maltrates.

CAL. Gracias, mi noble dueño. ¿Quieres prestar oído nuevamente á la súplica que te hice?

ESTÉB. Sí quiero. Arrodíllate y repítela. Me quedaré en pié, y Trínculo tambien.

Sale ARIEL, invisible.

CAL. Como ántes te dije, soy súbdito de un tirano, de un hechicero quien, merced á su astucia, ha logrado estafarme esta isla.

ARIEL. ¡Mientes!

CAL. (A Trín.) Mico burlon, no miento, nó, tú mientes.

Quisiera que mi dueño valeroso
La vida te quitara. Yo no miento.

ESTÉB. Trínculo, si le vuelves á molestar en su relato, por esta mano te juro que te derribaré un par de muelas.

TRÍN. No dije nada.

ESTÉB. ¡Chiton, y basta! Prosigue.

CAL. Ganó con sus encantos esta isla:

A mí me la quitó. Si en tu grandeza
Quieres tomar venganza de él... que á tanto

Te atreves, sé; pero éste nó, me consta.

ESTÉB. Eso es muy cierto.

CAL. Dueño de ella serás, y yo tu siervo.

ESTÉB. ¿Pero cómo lograremos eso? ¿Me puedes llevar á donde está ese hombre?

CAL. Sí tal, señor; durmiendo te lo entrego,
Donde en la sien podrás hincarle un clavo.

ARIEL. ¡Mientes! no puedes.

CAL. ¡Habrás visto zote abigarrado!

¡Bufon soez! A tu grandeza ruego

Que le pegue y le quite la botella.

Salmuera beberá cuando esto apure;

Pues no le enseñaré las frescas fuentes.

ESTÉB. Trínculo, no te espongas á nuevo peligro.

Vuelve á interrumpir con una sola palabra al

monstruo, y por esta mano que pondré mi compa-

sion por puertas, y te convertiré en pejepalo.

TRÍN. ¿Pues qué he hecho yo? No he hecho nada.

Me apartaré.

ESTÉB. ¿No dijiste que mentía?

ARIEL. Mientes.

ESTÉB. ¿Sí? pues toma. (Le pega.) Como eso te guste, vuelve á decirme que miento.

TRÍN. No dije que mentias. No sólo has perdido

el juicio, sino el oído tambien. ¡Mal haya tu

botella! A tal extremo lleva al hombre el vino

y la bebida. ¡Mala landre le coma á tu mons-

truo, y llévese el diablo tus dedos!

CAL. Já, já, já.

ESTÉB. Prosigue con tu relato. Y tú retírate.

CAL. Pégame firme: al cabo de algun rato

Le pegaré tambien.

ESTÉB. Prosigue.—Aparta.

CAL. Pues, cual te dije, tiene por costumbre

Dormir la siesta. Despacharle puedes

En cogiendo sus libros; con un leño

Podrás romperle el cráneo, ó destriparle

Con una estaca, ó bien con tu cuchillo

Segarle la garganta. No te olvides
De apoderarte de sus libros ántes;
Pues es tan zote como yo, sin ellos:
Ni un duende le obedece; le odian todos
De muerte, como yo. ¡Quema sus libros!
Lindos enseres tiene (así los llama),
Con que su casa ornar, cuando la tenga.
Y lo más admirable es la hermosura
De su hija: sin igual la llama él mismo.
Otra mujer que Sícorax, mi madre,
Y ella no ví; y á Sícorax excede
Como á lo más humilde lo más alto.

ESTÉB. ¿Tan linda moza es?

CAL. A fe, mi dueño,
Que es digna de tu lecho, te lo juro;
Y buena cria te dará, sin duda.

ESTÉB. Monstruo, mataré á ese hombre; y su hija
y yo seremos rey y reina. ¡Vivan nuestras Alte-
zas! y Trínculo y tú sereis vireyes. ¿Te gusta
el plan, Trínculo?

TRÍN. ¡Excelente!

ESTÉB. Dame tu mano. Siento haberte pegado;
pero mientras vivas, guárdate de dar rienda
suelta á tu lengua.

CAL. Dentro de un rato, quedará dormido.
¿Le matarás entónces?

ESTÉB. ¡Por mi honra!

ARIEL. (Aparte.) He de contarle todo á mi maëstro.

CAL. ¡Pónesme alegre! ¡lleno estoy de gozo!

Regocijemos, y la trova canta
Que há poco me enseñaste, dueño mio.

ESTÉB. A ruego tuyo, monstruo, haré lo que
pueda, todo cuanto pueda. Ven, Trínculo, can-
temos. (Canta.)

*Mofadlos y pegadlos,
Pegadlos y mofadlos:
Es libre el pensamiento.*

CAL. No es esa la melodía.

(Ariel toca la melodía con tamboril y pífano.)

ESTÉB. ¿Qué es lo que escucho?

TRÍN. La melodía de nuestra jácara tocada por la
estampa de Nadie.

ESTÉB. Si eres hombre, déjate ver en tu verdadero
aspecto; si eres demonio, haz lo que mejor te
cuadre.

TRÍN. ¡Ay, perdóname mis pecados!

ESTÉB. El que muere paga todas sus deudas: te
desafío.—¡Dios nos valga!

CAL. ¿Tienes miedo?

ESTÉB. ¿Yo miedo? No tal, monstruo.

CAL. No temas: por do quier en esta isla
Resuena extraño ruido, y se oyen voces
Y dulces melodías que deleitan,
Y á nadie ofenden. Zumban en mi oído
Tal vez mil penetrantes instrumentos;
Y á veces oigo voces, que aunque acabe
De despertar de largo sueño entónces,
Me harán dormir de nuevo. En dulces sueños
Parece luego que las nubes se abren,
Mostrándome riquezas á montones,
A punto de llover en mi regazo;
Tales, que al despertar del dulce arrobó,
Lágrimas vierto por soñar de nuevo.

ESTÉB. ¡Magnífico reino me brinda esta isla! Ten-
dré música de balde.

CAL. En destruyendo á Próspero.

ESTÉB. Eso será pronto. No he olvidado tu his-
toria.

TRÍN. El sonido se aleja. Sigámoslo, y luego em-
prenderemos nuestra obra.

ESTÉB. Guia, monstruo; te seguimos. De buena
gana veria á ese tamborilero: se aplica, se aplica.

TRÍN. ¿Vienes?—Te sigo, Estéban. (Vánse.)

ESCENA III.

Otra parte de la isla.

Salen ALONSO, SEBASTIAN, ANTONIO, GONZALO,
ADRIAN, FRANCISCO *y otros.*

GON. No puedo dar un paso más, lo juro;
Señor, me duelen mis caducos huesos.
Un laberinto recorriendo estamos
En línea recta y por tortuosa senda.
Me es fuerza descansar; con tu permiso.

ALON. No puedo censurarte, buen anciano;
Cansancio igual me acosa, y adormece
Mis fuerzas todas. Siéntate y reposa.—
Aquí reniego ya de la esperanza,
Ni escucharé más tiempo sus halagos.
Ahogóse aquel á quien errante busco;
Y el mar cruel se burla de esta vana
Pesquisa en tierra firme.—¡En paz descansen!

ANT. (Ap. á Seb.) Su falta de esperanza me consuela.
A la primer repulsa no desistas
Del plan que á ejecutar te resolviste.

SEB. (Ap. á Ant.) Es fuerza aprovechar cumplidamente
La próxima ocasion.

ANT. (Aparte á Sebastian.) Sea esta noche.
Estando tan rendidos de fatiga,
No podrán ejercer tanta cautela
Como ántes, cuando frescos aún estaban.

SEB. (Ap. á Ant.) Sea esta noche, pues: no más. Silencio.
(Suena música extraña y solemne.)

ALON. ¡Qué melodía es esa? ¡Oid, amigos!

GON. ¡Música extraña, y dulce á maravilla!

Aparece PRÓSPERO *en lo alto, invisible.*

(Salen varios séres extraños trayendo una mesa cubierta de manjares, á cuyo alrededor bailan, y con gestos de salutación convidan al rey y á su séquito á comer, y luego desaparecen.)

ALON. ¡Buena posada nos dé Dios! ¡Qué es esto?

SEB. Juego al vivo de títeres. Ahora
Creeré que hay unicornios, que en Arabia
Existe un árbol que es del fénix trono,
Y que allí reina en este instante un fénix.

ANT. Entrambas cosas creo; y todo cuanto
De crédito carezca á mi se acerque,
Y juraré que es cierto. No mintieron
Jamás los viajantes, aunque en casa
El necio los censure.

GON. ¡Si contase
En Nápoles tal cosa, me creerian?
Si dijere que he visto á isleños tales—
Pues hijos son sin duda de esta isla,
Los cuales, aunque monstruos por la forma,
No obstante, como veis, son de costumbres
Más blandos, más benignos que no pocos
Séres humanos, que ninguno acaso.

PRÓS. (Ap.) Bien dicho, buen anciano, pues algunos
De los que están presentes son mil veces
Peores que demonios.

ALON. No me canso
De recordar las formas, gestos, voces
De aquellos séres que, aunque careciendo
Del uso de la lengua, se expresaban
Por medio de una música excelente.

PRÓS. (Aparte.) Guarda tus alabanzas para luego.

FRAN. Se disiparon de manera extraña.

SEB. No importa; nos dejaron los manjares,
Y estómagos tenemos. Si es gustoso,
Los probaremos.

ALON. Nunca, por mi parte.

GON. No temas nada, Alteza: en nuestra infancia

¿Quién creyera que hubiese montañeses
Papudos como el buey, de cuyos cuellos
Colgaran sacos de rugosa carne?

O que existiesen séres cuyos rostros
Brotaran de sus pechos, cual lo afirma
Uno de cada cinco que hoy se embarcan?

AL. Pues yo me arrimo y cómo, aún cuando fuera
Mi último bocado. ¿Qué me importa?
Pasó ya lo mejor. Hermano, duque,
Venid, y sin reparo haced lo propio.

(Truenos y relámpagos. Sale Ariel en forma de arpía, y por medio de una invención ingeniosa desaparece el banquete.)

ARIEL. Tres malhechores sois, á quien el hado,
Cuyo instrumento es este bajo mundo
Y cuanto encierra, al piélago insaciable
Mandó arrojar sobre esta yerma isla,
Del hombre inhabitada, siendo indignos
Vosotros de vivir entre los hombres.
Furiosos yo os volví, y en tal estado
Os puse en que su propia vida el hombre
Se suele arrebatarse.

(Alonso, Sebastian y los demas sacan las espadas.)

Necios, ministros

Yo y mis hermanos del destino somos.
Más fácil fuera al hierro que endurece
Vuestras armas herir el ronco viento,
O el piélago matar, cuyas heridas
Se cierran al abrir, con vanos golpes,
Que ajar sólo una pluma de mis alas.
Cual yo, mis compañeros y secuaces,
Invulnerables son. Si herir pudieran,
Pesadas fueran para vuestras manos
Aquellas hojas, que blandir no pueden.
Mas recordad, pues esta es mi embajada,
Que alevos de Milan los tres, vosotros,
A Próspero arrojasteis, y expusisteis
Al crudo mar (que al fin os galardona)
Junto con él á su inocente hija.

Por cuya torpe acción la ira celeste,
Que aplaza, mas no olvida, en vuestro daño
Amotinó la mar y sus orillas,
Y contra vuestra paz al mundo entero.
El hijo, Alonso, á ti te arrebataron;
Y por mi boca aquel poder te anuncia
Que lenta perdición, peor que muerte
Que mata de una vez, por donde quiera
Siguiendo irá tu huella paso á paso.
De cuya saña os librareis tan sólo
(Pues de otra suerte cruda en vuestros pechos
Sobre esta yerma playa se cebara)
De la amargura el cáliz apurando,
Y haciendo vida pura en lo futuro.

(Desaparece entre truenos: luego vuelven á salir las formas extrañas al son de suave música, y bailando con gestos de desprecio y mofa, se llevan la mesa.)

PRÓS. ¡Bien el papel de arpía, Ariel, hiciste;
Con gracia encantadora! No olvidaste,
De cuanto te encargué que les dijeras,
Sílabas alguna. Así también al vivo,
Con raros gestos, con extraños usos,
Hicieron mis ministros más humildes
Sus respectivas partes. Surte efecto
Mi poderosa magia: en su locura
Quedan mis enemigos enredados;
En mi poder están. Les dejo ahora
De su delirio en el furor sumidos;
Y de Fernando, á quien suponen muerto,
Iréme en busca, y de su amada y mía. (Desaparece.)

GON. Señor, por lo más santo ¿qué te asombra?
¿Por qué suspenso estás?

ALON. ¡Oh atroz, monstruoso!
Me pareció que el mar me lo decía,
Que el viento lo cantaba en mis oídos,
Y el ronco trueno con su voz horrenda
De aquel Próspero el nombre pronunciaba,
A rugidos mi crimen publicando.

Por eso mi hijo en limo algoso yace:
 Y en busca suya sumergirme quiero
 Donde jamás llegó plomiza sonda,
 Y allí yacer con él encenagado. (Váse.)
 SEB. Una á la vez, demonios, y al infierno
 Entero afrontaré.

ANT. Soy en tu ayuda.
 (Vánse Sebastian y Antonio.)

GON. Locos están los tres, desesperados:
 Su crimen, cual ponzoña destinada
 A obrar tras larga tregua, empieza ahora
 A atormentar sus almas. Os suplico,
 Pues más lijeros sois, que con premura
 Sigais sus pasos, é impidais que se hagan
 Lo que el furor les dicta.

ADR. Voy; seguidme. (Vánse.)

ACTO IV.

ESCENA PRIMERA.

Delante de la celda de Próspero.

Salen PRÓSPERO, FERNANDO y MIRANDA.

PRÓS. Si duro fué el castigo que te impuse,
 El premio lo compensa; pues con ella
 Te ofrezco un hilo de mi propia vida,
 Mi único bien, por quien tan sólo vivo.
 De nuevo te la entrego. Tus trabajos
 Fueron no más que pruebas de tu afecto;
 Y bien los resististe; como pocos.
 Aquí á la faz del cielo ratifico
 Tan rico don. Fernando, no te rias
 Si ves que te la entrego jactancioso;
 Pues tú verás cuán rezagada deja
 Atras y cojëando á la alabanza.

FER. Lo creo, aunque un oráculo lo niegue.

PRÓS. Pues como don que te hago, y lucro propio,
 Dignamente adquirido, toma á mi hija;
 Mas si rompieres su virgíneo nudo
 Antes que puedan celebrarse todas
 Las santas ceremonias, cual lo manda
 El sacro rito, bienhechor rocío
 Sobre esta union no lloverán los cielos;

En cambio sembrarán el odio estéril,
La discordia, el desden de torvos ojos
El tálamo que os une, en vez de flores,
De nauseabundas yerbas, tan dañinas,
Que lo odiareis entrambos. Sed prudentes,
Así la antorcha de Hímen os alumbre.

FER. Tan cierto como anhelo larga vida,
Tranquilas horas y florida prole,
Con tal amor como el que siento ahora,
Ni el antro más oscuro, ni el paraje
Más conveniente, la atracción más fuerte
Que pueda sugerirme el mal deseo,
Podrá trocar mi honor en vil lujuria,
Para empañar la gloria de ese día,
En que creeré, ó que andan despeados
Los corceles de Febo, ó que la noche
Encadenada yace en el abismo.

PRÓS. Dijiste bien. Sentaos, y el tiempo gasta
En platicar con ella, pues ya es tuya.
—¡Eh! ¡Ariel! ¡Ariel! ¡mi siervo diligente!

Sale ARIEL.

ARIEL. Aquí me tienes. ¡Gran señor, qué mandas?

PRÓS. Con tus humildes socios dignamente
Cumpliste, Ariel, el último servicio;
Y he menester de vuestro auxilio en otro
Ardid igual. Vé y trae acá á la plebe
Sobre la cual te doy poder y mando;
É incítales á raudo movimiento,
Pues me es forzoso regalar los ojos
Del jóven par gentil con cierto fausto
En que haga ostentacion del arte mia.
Les hice tal promesa, y que lo cumpla
Esperarán sin duda.

ARI. Voy volando.

PRÓS. En un guiñar de párpados despacha.

ARI. Antes que digas «ven y vé,»

Tomes aliento y grites «¡eh!»
Haré que todos, juro á fe,
Estén aquí con ágil pié,
Y cada cual su vuelta dé.

¡Señor, me quieres?—No lo sé.

PRÓS. ¡Ariel, con toda el alma!—No te acerques
Hasta que yo te llame.

ARI. Bien; comprendo. (Vase.)

PRÓS. Firmeza ten; no sueltes demasiado
La rienda al regodeo: el juramento
Más firme es paja al fuego de la sangre,
Ten más templanza, ó adios solemne voto.

FER. Señor, yo te aseguro que la blanca,
Fria y virgínea nieve que mi pecho
Embarga, el fuego de mi sangre templa.

PRÓS. Bien.—¡Hora ven, mi Ariel! que sobren
[duendes

Antes que falte alguno. Acude, y presto.

—¡Chiton! ¡sellad el labio! ¡abrid los ojos!

(Música suave.)

Sale IRIS.

IRIS. Céres, blanda deidad, tu campo lleno
De frutos mil, de trigo y de centeno,
Tu floreciente prado,
Donde pace el ganado,
Tu vega do reposa bajo techo
De limpia paja, sobre blando lecho,
Tus apacibles fuentes
Cuyas aguas corrientes
Entre mimbres y flores se deslizan,
Cuyos bordes las auras fertilizan
Del esponjoso Abril, y á tu mandato
Cubren de verdes juncos para ornato
De tiernas, castas ninfas
Que alegres saltan en sus claras linfas;
Tus bosques de retama,
Donde á templar el fuego de su llama

Acude triste el desdeñado amante,
 Buscando alivio á su dolor constante;
 Tu parra de olmo en olmo entretejida;
 La playa regalada
 Del proceloso mar, que se alza erguida
 De rocas y peñascos erizada;
 La blanda arena que tu planta pisa,
 La cueva do te orea mansa brisa;
 La reina de los cielos altanera,
 Cuyo arco acuoso soy y mensajera,
 Te manda que abandones
 Aquellos sitios todos, y á la sombra,
 Sobre esta verde alfombra,
 A disfrutar acudas mil placeres.
 Ya vuelan sus pavones:
 Acude á entretenerla, rica Céres,

Sale CÉRES

CÉRES. ¡Oh salve! tú, pintada mensajera,
 Que á la alta compañera
 De Júpiter jamás desobedeces;
 Que con tus alas de azafran derramas
 Sobre mis flores y nacieses ramas,
 Mientras sus hojas meces,
 Gotas de miel en bienhechor rocío;
 Cuyo arco azul corona el monte, encierra
 En amistoso abrazo
 El llano y soto umbrío,
 Cual rica banda á mi orgullosa tierra.
 Dime ¿por qué tu reina aquí me llama,
 Do apenas cubre el suelo corta grama?
 IRIS. A celebrar de amor sincero lazo;
 Y á bendecir con rico don precioso
 Al tierno par dichoso.
 CÉRES. Dime, arco refulgente,
 Si Vénus acompaña con su hijuelo
 A la reina del cielo;

Pues desde que tramaron juntamente
 Los medios con que Dis de torva frente
 Logró ganar á mi hija,
 De su liviano trato he renegado
 Y del de su hijo, el ceguezuelo alado.
 IRIS. Temor de tal encuentro no te aflija:
 Yendo hácia Páfos vila en la alta esfera
 Hender las nubes en veloz carrera,
 De tórtolas tirada,
 Y del rapaz travieso acompañada.
 Pensaron con lascivo y torpe encanto
 Trocar la dicha de esta copia en llanto;
 Pues ambos novios juramento han hecho
 De no gozar del conyugal derecho
 Hasta que de Hímen arda la alma tea.
 Vano el esfuerzo fué de Citerea:
 La ardiente amiga del guerrero Marte
 Burlada á Páfos parte;
 Y su hijo, tiranuelo antojadizo,
 Pedazos mil el arco y flechas hizo;
 Y jura no llagar más corazones,
 Sino jugar tan sólo con gorriones.
 Y ser un niño en todo.
 CÉRES. De Juno la alta majestad divina
 Aquí se acerca; me lo anuncia el modo
 Con que altiva camina.

Sale JUNO.

JUNO. ¡Hermana bondadosa, bien hallada!
 A bendecir la copia enamorada
 Conmigo ven, sus bienes sean prolijos,
 Y logren honra y fama por sus hijos. (Cantan.)

JUNO.

*Juno os brinda sus favores:
 Dicha, paz, riqueza, honores;
 Largas horas de contento,
 Cuanto anhela el pensamiento.*

CÉRES.

*Céres os ofrece hartura,
Cuántos bienes la natura
En el seno de la tierra
Con mano pródiga encierra;
El granero siempre lleno
De trigo, el pajar de heno;
Apiñados los racimos
Cuelguen de la vid opimos;
Bajo el peso de su fruta
Quiébrese la rama enjuta;
Llegue á vos la primavera
Cuando aún trillan en la era;
Y huyan siempre vuestros lares
La escasez y los pesares.*

FER. Vision sublime, y llena de armonía
Que el alma encanta. ¿Debo creer acaso
Que son fantasmas éstas?

PRÓS. Son fantasmas
Que mi saber llamó de sus confines
Para dar vida y forma á mis antojos.

FER. Aquí dejad que viva eternamente:
Tan prodigioso padre, tal consorte,
Hacen de este lugar un paraíso.
(Juno y Céres hablan en voz baja, y envían á Iris con un recado.)

PRÓS. Hijo, silencio ahora: Juno y Céres
Discurren en secreto cosas graves;
Hay algo más que hacer. ¡El labio sella!
¡Chiton! ó de otra suerte adios encanto.

IRIS. Náyades del arroyo cristalino,
Ceñidas de espadaño y tosco pino,
Vosotras, castas ninfas,
Las de mirada blanda,
Dejad las crespas linfas
Y al césped acudid, Juno lo manda.
Venid á celebrar de amor sincero
Un lazo fiel. Venid con pié ligero.

Salen varias NINFAS.

Vosotros, los de tez al sol tostada,
Robustos segadores,
Cansados del Agosto y sus sudores,
Dejad los surcos y la miés dorada,
Y á festejar venid; venid ligeros
Cubiertos de sombreros
De paja de centeno, y retozando
Con estas ninfas, id la yerba hollando.

*Salen varios SEGADORES en traje de fiesta, los cuales,
juntándose con las NINFAS, bailan una graciosa
danza. Hacia el final de la misma PRÓSPERO se
levanta de repente y habla; despues de lo cual se
desvanecen aquellos lentamente en medio de un
extraño, hueco y confuso rumor.*

PRÓS. (Aparte.) La inicua trama ya olvidado habia
Que el bruto Caliban y sus infames
Cómplices urden contra mi existencia.
La hora se acerca ya.

(A los espíritus.) ¡Cesad! Ya basta.

FER. ¡Es singular! A vuestro padre agita
Pasion violenta.

MIR. Nunca hasta hoy le he visto
Por ira tan vehemente arrebatado.

PRÓS. Que miras, hijo, con asombro advierto,
Cual si tuvieras miedo. Ponte alegre:
La fiesta remató. Nuestros actores
Eran fantasmas todos, cual te dije;
Y en aire se han deshecho, en aire leve.
Y cual de esta vision fundada en viento
Se disipó la fábrica ilusoria,
Así las altas torres coronadas
De nubes, los espléndidos palacios,
Los sacros templos, y el gran globo mismo,
Se acabarán, y cuantos de él disfrutaban;

CÉRES.

*Céres os ofrece hartura,
Cuántos bienes la natura
En el seno de la tierra
Con mano pródiga encierra;
El granero siempre lleno
De trigo, el pajar de heno;
Apiñados los racimos
Cuelguen de la vid opimos;
Bajo el peso de su fruta
Quiébrese la rama enjuta;
Llegue á vos la primavera
Cuando aún trillan en la era;
Y huyan siempre vuestros lares
La escasez y los pesares.*

FER. Vision sublime, y llena de armonía
Que el alma encanta. ¿Debo creer acaso
Que son fantasmas éstas?

PRÓS. Son fantasmas
Que mi saber llamó de sus confines
Para dar vida y forma á mis antojos.

FER. Aquí dejad que viva eternamente:
Tan prodigioso padre, tal consorte,
Hacen de este lugar un paraíso.
(Juno y Céres hablan en voz baja, y envían á Iris con un recado.)

PRÓS. Hijo, silencio ahora: Juno y Céres
Discurren en secreto cosas graves;
Hay algo más que hacer. ¡El labio sella!
¡Chiton! ó de otra suerte adios encanto.

IRIS. Náyades del arroyo cristalino,
Ceñidas de espadaño y tosco pino,
Vosotras, castas ninfas,
Las de mirada blanda,
Dejad las crespas linfas
Y al césped acudid, Juno lo manda.
Venid á celebrar de amor sincero
Un lazo fiel. Venid con pié ligero.

Salen varias NINFAS.

Vosotros, los de tez al sol tostada,
Robustos segadores,
Cansados del Agosto y sus sudores,
Dejad los surcos y la miés dorada,
Y á festejar venid; venid ligeros
Cubiertos de sombreros
De paja de centeno, y retozando
Con estas ninfas, id la yerba hollando.

*Salen varios SEGADORES en traje de fiesta, los cuales,
juntándose con las NINFAS, bailan una graciosa
danza. Hacia el final de la misma PRÓSPERO se
levanta de repente y habla; despues de lo cual se
desvanecen aquellos lentamente en medio de un
extraño, hueco y confuso rumor.*

PRÓS. (Aparte.) La inicua trama ya olvidado habia
Que el bruto Caliban y sus infames
Cómplices urden contra mi existencia.
La hora se acerca ya.

(A los espíritus.) ¡Cesad! Ya basta.

FER. ¡Es singular! A vuestro padre agita
Pasion violenta.

MIR. Nunca hasta hoy le he visto
Por ira tan vehemente arrebatado.

PRÓS. Que miras, hijo, con asombro advierto,
Cual si tuvieras miedo. Ponte alegre:
La fiesta remató. Nuestros actores
Eran fantasmas todos, cual te dije;
Y en aire se han deshecho, en aire leve.
Y cual de esta vision fundada en viento
Se disipó la fábrica ilusoria,
Así las altas torres coronadas
De nubes, los espléndidos palacios,
Los sacros templos, y el gran globo mismo,
Se acabarán, y cuantos de él disfrutaban;

Y como este aparato hueco y mustio,
 Ni rastro dejarán. Formados somos
 De la materia misma que los sueños,
 Y un sueño abarca nuestra breve vida.
 Turbado estoy; perdona mi flaqueza:
 Mi seso agita loco devaneo;
 Mas mi dolencia no te dé cuidado.
 Retírate á mi celda, si te place,
 Y allí reposa: en tanto que paseo,
 Y trato de calmar mi loca mente.
 FER. y MIR. Os deseamos paz. (Vánse.)
 PRÓS. Ven como un soplo.
 Ariel, te doy las gracias. Ven, acude.

Sale ARIEL.

ARI. De tu capricho esclavo soy. ¿Qué mandas?
 PRÓS. Espíritu, es forzoso apercibirnos
 Contra el vil Caliban.

ARI. Cierto, mi dueño.
 Cuando de Céres el papel hacia,
 Decírtelo pensé, mas recelaba
 Causarte enfado.

PRÓS. Di otra vez: ¿en dónde
 Dejaste aquellos pérfidos?

ARI. Te dije,
 Señor, que estaban de beber candentes;
 Tan llenos de valor que el aire herian
 Porque en sus rostros el aliento echaba;
 Azotaban el suelo porque osado
 Besó sus plantas; mas resueltos siempre
 A ejecutar su plan. Toqué yo entonces
 Mi tamboril, y cual cerriles potros,
 Irguieron las orejas, levantaron
 Los párpados, sacando las narices,
 Cual si música olieran. Tal encanto
 Obró mi melodía en sus oídos,
 Que como chotos mi mugir siguieron

Por ásperos zarzales, rudos cardos,
 Duros abrojos y punzante enhiesta,
 Cuyas púas sus carnes penetraban.
 Por último, dejéles en el sucio
 Charco cubierto de verdoso manto,
 Que de tu choza más allá se extiende,
 Sumidos hasta el cuello, y vadéando
 En su asquerosa linfa, que apestaba
 Más que sus piés.

PRÓS. Bien hecho, prenda mia,
 Sigue guardando tu invisible forma,
 Y trae aquí la ropa que hay en casa:
 A estos ladrones servirá de cebo.

ARI. Voy, voy. (Váse.)

PRÓS. Es un demonio, un diablo nato,
 En cuyo sér no arraiga la cultura;
 En quien perdido fué el afán que humano
 Me di por amansarle; y á medida
 Que con los años su exterior se afea,
 Se pudre su alma. Atormentarlos quiero
 Hasta hacerlos rugir.

Sale ARIEL cargado de ricas prendas de vestir.

Sea en buen hora:
 Ven, cuélgalas, Ariel, en esta cuerda.
 (Próspero y Ariel permanecen invisibles.)

*Salen CALIBAN, ESTÉBAN y TRÍNCULO, completamente
 mojados.*

CAL. Andad con tiento, os ruego, no perciba
 El ciego topo la menor pisada.
 Nos vamos acercando ya á su celda.

EST. Monstruo, tu duende, el cual, segun dices,
 es un duende inofensivo, ha hecho poco ménos
 que burlarse de nosotros.

TRÍN. Monstruo, huelo todo á orines de caballo,
 lo cual tiene muy indignadas á mis narices.

ESTÉB. Y á las mias tambien. ¡Oyes, monstruo?
Si yo llego á enojarme contigo... mira...

TRÍN. Serás un monstruo perdido.

CAL. No me retires tu favor, mi dueño.

Paciencia ten: el premio que te brindo
Aquel percance borrará; por tanto,
Hablemos bajo, pues sumido en hondo
Silencio yace todo cual la noche.

TRÍN. Sí, pero perder nuestras botellas en el
charco...

ESTÉB. Lo cual no es sólo una ignominia y una
deshonra, sino una pérdida enorme.

TRÍN. Y eso me importa más que mi zambullida.
¿Y aún osas llamar inofensivo á este duende,
monstruo?

ESTÉB. He de sacar mi botella, aunque me cueste
sumegirme hasta las orejas.

CAL. Calla, por Dios, rey mio. ¿Ves? aquella

La entrada es de la celda. Vé sin ruido:

El fausto golpe da que de esta isla

Dueño te hará por siempre; y yo por siempre,

Yo, Caliban, seré tu lame-plantas.

ESTÉB. Dame la mano. En efecto, empiezo á abri-
gar pensamientos sanguinarios.

TRÍN. ¡Oh rey Estéban! ¡oh gran señor! ¡oh insig-
ne Estéban! Mira qué guardaropa hay aquí
para tu uso.

CAL. Déjalo, necio, es vana fruslería.

TRÍN. ¡Hola, monstruo! Ya sabemos lo que es una
prendería. ¡Oh rey Estéban!

ESTÉB. Descuelga el manto aquel, Trínculo. Por
esta mano, me pondré aquel manto.

CAL. ¡La hidropesía al mentecato anegue!

¿De estos harapos os prendais? Dejadlos.

Primero dadle muerte. Si despierta,

Desde la coronilla hasta las plantas

Nos cubrirá las carnes de pellizcos:

Saldremos de sus garras como nuevos.

ESTÉB. Calla tú, monstruo.—Señora cuerda, ¿no
es mio este jubon? Ahora está el jubon debajo
de la línea; ahora, jubon, corres peligro de per-
der el pelo, y te convertirás en jubon calvo.

TRÍN. Adelante, adelante. No hacemos más que
robar á cordel y á nivel, con permiso de tu Al-
teza.

ESTÉB. Te doy las gracias por el chiste; toma
en pago esta prenda. La gracia no quedará
sin recompensa, mientras fuere yo rey de esta
tierra. «Robar á cordel y á nivel» es una
magnífica ocurrencia. Vaya en pago de ello otra
prenda.

TRÍN. Vamos, monstruo, úntate los dedos con
liga, y arrambla con lo restante.

CAL. No quiero nada; el tiempo aquí perdemos,
Y en ostras nos convertirá, ó en monos
Con frentes chatas que dará vergüenza.

ESTÉB. Monstruo, echa mano; ayúdanos á llevarlo
á donde está mi bota de vino, ó te arrojaré de
mi reino. Vamos: carga con esto.

TRÍN. Y con esto.

ESTÉB. Sí, y con esto tambien.

(Se oye ruido de cazadores.)

*Salen varios espíritus en forma de perros, y los
cazan y persiguen, azuzados por PRÓSPERO y ARIEL.*

PRÓS. ¡Toma, Montero, toma!

ARI. ¡Agarra, Tigre!

PRÓS. ¡Mastin, Mastin! ¡aquí, Sultan! ¡Agarra!

(Vánse Caliban, Estéban y Trínculo, perseguidos por los perros.)

Vé, dí á mis duendes que sus huesos muelan

Con convulsiones rígidos, y encojan

Y tuerzan sus tendones con calambres;

Y á fuerza de pellizcos, más manchados

Les pongan que pantera ó gato agreste.

ARI. ¡Oye cuál rugen!

PRÓS. Bien cazados sean.
 En este instante á mi merced se hallan
 Mis enemigos todos. Mis trabajos
 En breve tendrán fin; y tú, mi siervo
 En libertad disfrutarás del aire.
 Sigueme un rato, y préstame tu auxilio. (Vánse.)

ACTO V.

ESCENA PRIMERA.

Delante de la celda de Próspero.

Salen PRÓSPERO en su traje mágico, y ARIEL.

PRÓS. De mi proyecto el término se acerca:
 No fallan mis hechizos, me obedecen
 En todo mis espíritus, y el tiempo
 Lleva su carga erguido. ¿Qué es del día?
 ARI. Es la hora sexta, la hora en que dijiste
 Que término tendría esta tarea.
 PRÓS. Tal dije, es cierto, cuando de los vientos
 La saña desperté. Di, duende mio,
 ¿Qué fué del rey Alonso y sus secuaces?
 ARI. Cumplí tu encargo: están sujetos todos,
 Como tú los dejaste; todos presos
 En el bosque de tilos que á tu celda
 Abrigo ofrece; ni moverse pueden
 Hasta que tú los libres. El monarca,
 Su hermano, el tuyo, todos tres deliran;
 Y los demas lamentan su destino
 Colmos de pena, de dolor y espanto;
 Mas sobre todo aquel á quien llamaste
 «El buen señor Gonzalo, el noble anciano.»
 Las lágrimas le corren por la barba,

Como en invierno gotas del alero.
Obra con tal poder tu magia en ellos,
Que si los vieres ahora, ciertamente
Tu pecho se ablandara.

PRÓS. ¿Ariel, tal piensas?

ARI. Si humano fuera, se ablandara el mio.

PRÓS. Me ablandaré también. No eres más que aire,

Y á lástima te mueve su desdicha:

Y yo, su semejante, yo que sufro

Pasion igual, iguales sentimientos,

¿Habré de ser más crudo, ménos blando?

Por más que su maldad me llega al alma,

Contra mi furia me pondré de parte

De mi razon más alta; que es más noble

Practicar la virtud que la venganza.

Si están ya arrepentidos, no se extiende

El solo fin de mi propuesto intento

Ni un ceño más allá. Vé, Ariel, libértalos.

Quiero romper mi encanto y devolverles

De nuevo sus sentidos, y los mismos

Que ántes serán.

ARI. Señor, me iré por ellos. (Váse.)

PRÓS. Vosotros, duendes de los montes, rios,

Lagos y bosquecillos; y vosotros

Que sin hollar la arena, al refluente

Neptuno perseguís, y cuando torna,

Medrosos de él huyendo vais; vosotros,

Semi-enanos que al rayo de la luna

Rizais los verdes, agrios anillitos

De que la cauta oveja nunca pace;

Vosotros que teneis por pasatiempo

Criar nocturnos hongos, y que alegres

Oís la voz solemne de la esquila

A vísperas tocar; con cuya ayuda

(Aunque valeis bien poco) de tinieblas

Logré cubrir el sol de mediodía,

Y amotinar los revoltosos vientos,

Sembrando entre la bóveda celeste

Y el verdinegro mar rugiente guerra;
Dí al ronco trueno llama, y con el rayo
De Jove mismo hendí su recia encina;
Hice temblar el firme promontorio;
Logré arrancar de cuajo el fuerte pino
Y majestuoso cedro; á mi mandato
Las tumbas despertaron á sus muertos,
Se abrieron y soltáronles á influjo
De mi arte prepotente. Pero abjuro
Aquí esta magia cruda; y en habiendo
Pedido cierta música solemne,
Cual lo hago ahora mismo, para que obre
En sus sentidos este aéreo encanto,
Rompo mi vara y la sepulto algunas
Brazas so tierra, y do plumiza sonda
Jamás llegó, sumergiré mi libro. (Música solemne.)

Sale ARIEL seguido de ALONSO, con gesto delirante, acompañado de GONZALO; SEBASTIAN y ANTONIO en igual estado, salen acompañados de ADRIAN y FRANCISCO; todos entran en el círculo trazado por PRÓSPERO y quedan allí encantados; al advertir lo cual habla PRÓSPERO:

Cancion solemne (no hay mejor remedio
Para la delirante fantasía)
Cure tu seso, que en tu cráneo ahora
Inútil hierve.—Allí quedad; sujetos
Os tiene á todos poderoso hechizo,—
Digno Gonzalo, venerable anciano,
Mis ojos, á la vista de los tuyos
Móvidos á amistad, derraman tiernos
Rocio fraternal.—Ya poco á poco
Disiparé el hechizo, y como á hurto
Se viene encima de la noche el alba,
La oscuridad fundiendo, así comienzan
A ahuyentar sus sentidos renacientes
Las ignorantes nubes que empañaban

Su lúcida razon.—¡Noble Gonzalo,
 Mi único salvador, y fiel vasallo
 De éste á quien sigues, pagaré con creces
 Tus beneficios con palabras y obras!
 Con pérfida crueldad trataste, Alonso,
 A mí y á mi hija; en cuya accion tu hermano
 Auxilio te prestó; y en grave aprieto
 Te ves por ello, Sebastian, ahora.
 A ti mi sangre y carne, hermano mio,
 Tú que hospedando á la ambicion, del pecho
 Remordimiento y mansedumbre echaste,
 Tú que con Sebastian, cuyo tormento
 Más íntimo y más crudo es por lo mismo,
 Matar al rey quisiste; te perdono
 Aun á pesar de tu alma descastada.
 —Su entendimiento empieza á dilatarse,
 Y en breve inundará cual mar creciente
 De su razon la playa, que ahora inmunda
 Y cenagosa yace. No hay ninguno
 Entre ellos que me mire ó me conozca.—
 Vé, Ariel, mi espada y mi sombrero trae:
 Me arrancaré el disfraz, y como duque
 Un tiempo de Milan presentaréme.
 Despacha, duende; en breve serás libre.
 (Ariel vuelve cantando y ayuda á vestir á Próspero.)

ARIEL.

*Do sorbe la abeja,
 Allí sorbo yo,
 Y duermo en el cáliz
 De cándida flor.
 Tendido allí escucho
 Del buho la voz,
 Y cuando el ardiente
 Verano pasó,
 Volando en las alas
 Del pájaro voy.*

*¡Dulce mi vida será, dulce y grata
 Bajo el capullo que cuelga en la mata!*

PRÓS. ¡Ariel querido! te echaré de ménos.
 No obstante, serás libre. ¡Así; me place!
 Vuela, invisible como estás, y aborda
 Del rey la nave, do hallarás durmiendo
 Y trae al capitan y contramaestre,
 En cuanto estén despiertos, á este sitio;
 Y pronto, te lo ruego.

ARI. En raudo vuelo
 Bebiendo iré los aires, y de vuelta
 Aquí estaré primero que tu pulso
 Dos veces lata. (Váse.)

GON. Aquí tan sólo moran
 Tormento, angustia, confusion y espanto.
 ¡Con bien nos saque algun poder celeste
 De esta espantosa tierra!

PRÓS. Al ofendido
 Próspero, duque de Milan, contempla,
 Oh rey; y en prueba de que te habla ahora
 Un príncipe en su sér, tu cuerpo abrazo,
 Y á ti y á tus secuaces bienvenida
 Sincera doy.

ALON. Si eres ó no quien dices,
 Si mágica ilusion, para engañarme,
 Como lo fuí poco há, no sé; tu pulso
 Late cual si de carne y sangre fuera,
 Y desde que te ví, se va aplacando
 En mi alma la aficcion con que, me temo,
 La tuvo aletargada algun delirio.
 Todo esto pide, en caso de ser cierto,
 Extraña historia. Abdico tu Ducado,
 Y ruego me perdones mis ultrajes.
 ¡Mas cómo puede estar Próspero en vida,
 Y aquí?

PRÓS. (A Gon.) Primero, noble amigo, deja
 Que abrace yo tus canas, cuyas honras
 Sin cuento son, ni límite conocen.

GON. Si es sueño ó realidad, jurar no osara.

PRÓS. Influyen en vosotros todavía

Sutilezas de la isla que no os dejan
Juzgar las cosas ciertas. Bienvenidos
Seais, amigos todos.

(Aparte á Seb. y Ant.) Pero en cuanto
A vosotros, mi par de arteros nobles,
Si fuese tal mi intento, bien podria
Clavar en vos el ceño de su Alteza,
Probando que sois pérfidos traidores.
Por esta vez no contaré más chismes.

SEB. (Aparte.) Habla el demonio en él.

PRÓS. No tal.—En cuanto

A ti, malvado, (pues llamarte hermano
Fuera infectar mi boca) te perdono
La más hedionda y torpe de tus culpas,
Te las perdono todas, y reclamo
Mi Ducado de ti, que tú por fuerza
Tendrás que devolverme, tal me consta.

ALON. Si eres Próspero danos permenores
De tu árdua salvacion: di cómo diste
Con nosotros aquí, que hará tres horas
En esta playa naufragamos, donde
(¡Ay! ¡cuán cruel es el recuerdo!) á mi hijo,
A Fernando perdí.

PRÓS. Señor, lo siento.

ALON. ¡Pérdida irreparable! La paciencia
Me dice que este mal no tiene cura.

PRÓS. Creo más bien que no buscáis su auxilio;
Merced á su benévola clemencia,
Logré su ayuda soberana en otra
Pérdida igual, y dóyme por contento.

ALON. ¡Pérdida igual!

PRÓS. Tan grande cual reciente.

Y para soportar pérdida tanta
No cuento con los medios que en tu ayuda
Puedes llamar: pues yo perdí á mi hija.

ALON. ¡A una hija? ¡Cielos! ¡ay! vivieran ambos
En Nápoles, allí cual rey y reina!
Porque eso fuera, bien quisiera verme

Encenagado en el algozo lecho
Do yace mi hijo. ¡Y cuándo la perdiste?
PRÓS. En la última tormenta. Mas advierto
Que causa nuestro encuentro tal asombro
A estos hidalgos todos, que admirados
Devoran su razon, y apenas juzgan
Verdad el testimonio de sus ojos,
O natural aliento sus palabras.
Pero por más que os hayan trastornado
El juicio y la razon, sabed por cierto
Que Próspero yo soy, el duque, el mismo
Que de Milan un tiempo fué arrojado,
Y se salvó sobre esta yerma playa,
Do naufragasteis, para ser su dueño.
Ahora basta de eso; que es historia
De dia en dia, no relato propio
Para un almuerzo, ni oportuno creo
En el primer encuentro. Bien venido
Seas, señor; mi corte es esta celda;
Mi séquito es escaso aquí, ni tengo
Súbdito alguno fuera. Entrad os ruego.
Ya que me devolvisteis mi Ducado,
Os quiero retribuir con don tan rico,
O ejecutar al ménos tal prodigio,
Que os dé contento igual que á mi mi trono.

(Próspero descubre á Fernando y Miranda jugando al ajedrez en la celda.)

MIR. Me engañas, dueño amado.

FER. No, mi vida:

A fe, no hiciera tal por todo el orbe.

MIR. Sí, y aunque disputaras por un mundo
De reinos, lo llamara juego limpio.

ALON. Si esto resulta una ilusion de la isla,
Dos veces lloraré de un hijo amado
La pérdida cruel.

SEB. ¡Oh, qué portentoso!

FER. Aunque amenaza el mar, es compasivo:
Sin causa lo maldije. (Se arrodilla.)

ALON. De un dichoso

Padre las bendiciones te rodeen.

Levanta, y dime cómo aquí llegaste.

MIR. ¡Oh, qué prodigio! ¡cuántos nobles séres
Se ven aquí! ¡Qué bellos son los hombres!
¡Oh, hermoso mundo nuevo, que morada
A tales séres das!

PRÓS. A ti te es nuevo.

ALON. ¡Quién es la joven con quien tú jugabas?
Vuestra amistad datar apenas puede
De hace tres horas. ¡Es la diosa acaso
Que separónos y que así nos junta?

FER. No, padre, que es mortal; empero, gracias
A la infinita Providencia, es mía.

Yo la elegí por tal cuando á mi padre

Pedir no pude parecer, en hora

En que creí que padre no tenía.

Hija es del duque de Milan famoso,

Cuyo renombre, á mí llegó mil veces,

Mas á quien ántes nunca ví: le debo

Segunda vida, y un segundo padre

Dióme esta dama en él.

ALON. Y yo soy suyo.

¡Mas ay! ¡qué extraño sonará que tenga

Yo que pedir perdon á mi hija!

PRÓS. ¡Basta!

Alteza, no agobiemos la memoria

Con un pesar que ya pasó.

GON. Llorando

Por dentro estuve, de otra suerte hubiera

Hablado há rato. ¡Oh, númenes! propicios

Miradnos, y lloved sobre esta copia

Corona bendecida! Pues vosotros

Sois los que nos trazaron el camino

Que aquí nos trajo.

ALON. ¡Digo amén, Gonzalo!

GON. ¡Fué desterrado de Milan su duque

A fin de que subiera su progenie

De Nápoles al trono? Alborzoaos

Con gozo no comun, y en letras de oro
Dejado impreso en tablas sempiternas.
En un viaje mismo halló, primero,
Esposo en Túnez, Clarabel; Fernando,
Su hermano, esposa do perdido estuvo;
Próspero su Ducado en pobre isla;
Y todos á nos mismos nos hallamos
Cuando de sí no era ninguno dueño.

ALON. (A Fernando y Miranda.)

Dadme las manos. ¡Que dolor y pena
Abracen siempre el corazon del hombre
Que dicha no os desee!

GON. ¡Tal sea! ¡Amén!

(Vuelve á salir Ariel invisible, seguido del patron y contramaestre,
azorados.)

¡Mirad, señor! más gente nuestra llega.

Profeticé que si quedaran horcas

En tierra, no se ahogara aquel bellaco.

¡Hola! blasfemia andando, tú que á fuerza

De renegar, á la bondad celeste

Al agua arrojas, ¿no hay en tierra un voto?

¿No tienes boca en tierra? ¿Qué hay de nuevo?

CONT. La mejor nueva es que encontramos salvos

Al rey y compañía; la segunda,

Que nuestra nave, que há tres horas dimos

Por estrellada, está tan firme y lista,

Tan bien aparejada, como cuando

Primero nos hicimos á la vela.

ARI. (Ap. á Prós.) Desque me fuí, señor, todo esto hice.

PRÓS. (Ap. á Ariel.) ¡Mi espíritu mañoso!

ALON. No son estos

Sucesos naturales: de un prodigio

A otro mayor pasamos. Pero dime,

Aquí ¡cómo llegasteis?

CONT. Si pensase,

Alteza, que estuviese bien despierto,

Tratará de contártelo. Rendidos

Estábamos de sueño, y (no sé cómo)

Bajo cubierta todos; donde há poco
 Nos despertó confuso ruido, estruendo
 De gritos, ayes, aullidos, rechinantes
 Cadenas, y otros hórridos rumores.
 Nos vimos luego en libertad, y hallamos
 Con aparejo nuevo á nuestra régia,
 Fuerte y gallarda nave, dando brincos
 Nuestro patron de gozo al contemplarla.
 Cuando en un tris (si os place), y como en sue-
 [ños,

De los restantes separados fuimos,
 Y traídos aquí, como atontados.

ARI. (Ap. á Prós.) ¿Llévelo bien á cabo?

PRÓS. (Aparte á Ariel.)

A maravilla,

Mi duende diligente. Serás libre.

ALON. Este es el laberinto más extraño

Que hombre jamás pisó; y en este asunto

Algo hay que nunca pudo obrar natura.

Fuerza es que algun oráculo lo aclare.

PRÓS. Rey y señor, tu mente no perturbes

Pensando en la extrañeza de este caso.

En teniendo vagar, que será pronto,

Punto por punto te daré noticia,

Que juzgarás verídica, de cada

Suceso que pasó. Tú, miétras tanto,

Estáte alegre y piensa bien de todo.

(Ap. á Ariel.) Acércate, mi espíritu: vé al punto

Y á Caliban liberta y sus compañas.

Vé, y el hechizo rompe. (Váse Ariel.)

¿Qué hay, Alteza?

Aún faltan de esta noble compañía

Dos raros mozos de quien no te acuerdas.

(Vuelve á salir Ariel, llevando por delante á empellones á Caliban, Estéban y Trínculo, ataviados en sus vestiduras robadas.)

ESTÉB. Cada uno mire por los demas, y nadie se
 cuide de sí mismo, pues todo es obra de la for-
 tuna. ¡Coraggio! monstruo valiente, ¡Coraggio!

TRIN. Si dicen verdad estas espías que llevo en la

frente, brava vista es la que aquí se nos ofrece.

CAL. ¡Oh, Sétebos! ¡qué espíritus tan bellos!

¡Qué hermoso está mi amo! Pero temo

Que me castigue.

SEB. ¡Ah, já! ¡Señor Antonio,

Estos, qué son? ¿Será posible acaso

Comprarlos con dinero?

ANT. Es muy probable:

El uno es pez; sin duda está de venta.

PRÓS. Mirad el traje, hidalgos, de esta gente:

Luego decid si pueden ser honrados.

La madre de este pícaro deforme

Fué bruja, y tan potente, que tenia

La luna en sujecion, y hasta lograba

Hacer que el mar fluyese y refluyese,

Y áun fuera de su esfera obraba hechizos.

Robáronme estos tres; y el semi-diablo

Aquel (pues es bastardo del demonio),

Con ellos conspiró contra mi vida.

A dos de estos bellacos, como vuestros,

Debeis reconocer: á aquel aborto

De negra oscuridad declaro mio.

CAL. Me hará morir rabiando á pellizcadas.

ALON. ¿No es éste Estéban, mi ébrio despensero?

SEB. Ebrio está ahora. ¿Dónde dió con vino?

ALON. Y Trínculo tambien lo está de firme.

¿Dónde encontraron el sabroso néctar

Que en tan alegre estado los ha puesto?

Di cómo te pusiste en tal adobo.

TRIN. Desde la última vez que os ví, señor, me

han revuelto en un adobo tal, que temo que no

habrá quien lo saque nunca de mis huesos. Ya

no tengo miedo á los moscones.

SEB. Vamos, Estéban, di ¡qué tal te sientes?

ESTÉB. ¡Ay! ¡no me toqueis! No soy Estéban, soy

un puro calambre.

PRÓS. ¡Necio, quisiste ser rey de esta isla?

ESTÉB. Hubiera sido en tal caso el rey doliente.

AL. (Mirando á Cal.) No ví jamás criatura tan extraña.

PRÓS. Son tan deformes su alma y sus costumbres

Como su cuerpo. Esclavo, vé á mi celda;

Vé con tus compañeros: como esperes

Lograr perdon, adórnala con gusto.

CAL. Sí, tal haré. De hoy más seré más cuerdo,

Y gracia buscaré. ¡Qué burro insigne

Fuí yo en tomar por dios á este borracho,

Y en adorar á un necio!

PRÓS. Calla y véte.

ALON. Id y dejad la ropa do la hallasteis.

SEB. O, por mejor decir, do la robaron.

(Vánse Caliban, Estéban y Trínculo.)

PRÓS. A tu Alteza y tu séquito convido

A descansar aquí en mi pobre celda

Por esta noche sola. Parte de ella

Pienso gastar en pláticas que pronto

La harán pasar, sin duda: de mi vida

Referiré la historia, y los sucesos

Extraños y notables que han pasado

Desde que vine aquí. Por la mañana

A bordo os llevaré de vuestra nave,

Y de esa suerte á Nápoles, en donde

Solemnizada espero ver la boda

De nuestros muy amados. Sin tardanza

A mi Milan retiraréme entónces,

Donde cada tercero pensamiento

Será en mi tumba.

ALON. Anhele oír la historia

De vuestra vida, Próspero, pues debe

Captar extrañamente los oídos.

PRÓS. Daré de todo cuenta, y os prometo

Tranquilos mares, viento favorable,

Rumbo tan expedito, que á la régia

Escuadra alcanzareis que léjos flota.

(Ap. á Ariel.) Ariel del alma, á cargo tuyo queda:

Luego á los elementos torna, y vive

Libre y feliz. ¡Adios!—Venid, si os place. (Vánse.)

EPÍLOGO

RECITADO POR PRÓSPERO.

Mis hechizos acabaron,
Y tan sólo me quedaron
Estas pobres fuerzas mías.
Tendré que pasar mis días
En este islote desierto,
Si de Nápoles al puerto
Benignos no me mandais.
¡Ay! por Dios, no permitais,
Ya que logré mi Ducado
Y al traidor he perdonado,
Que me quede sin consuelo
De esta isla en yermo suelo;
Antes rompan vuestras manos
Estos lazos inhumanos,
Y con vuestro blando aliento
Hinchad mis velas; mi intento
(Que no es otro que agradar)
De otra suerte ha de fallar.
Mi arte ya no puede nada
Ni en sirena, duende, ni hada,
Y habré de morirme luego
Si es que no me salva el ruego
Que hasta el alto cielo llega,
Y de suerte tal doblega,
Que hasta la merced asalta,
Y libra de toda falta.
Si quereis hallar perdon,
¡Ay! dejad por compasion
Que me ponga en libertad
Vuestra indulgencia y piedad.

LA NOCHE DE REYES

ó

LO QUE QUERAIAS.

PERSONAJES.

ORSINO, *duque de Iliria.*
SEBASTIAN, *hermano de Viola.*
ANTONIO, *capitan de buque, amigo de Sebastian.*
UN CAPITAN, *amigo de Viola.*
VALENTIN, } *gentileshombres de la servidumbre del*
CURIO, } *duque.*
DON TOBIAS REGUELDO, *tio de Olivia.*
DON ANDIÉS DE SECOROSTRO.
MALVOLIO, *mayordomo de Olivia.*
FABIO, } *criados de Olivia.*
FESTE, *bufón,* }
OLIVIA.
VIOLA.
MARÍA, *doncella de Olivia.*
Nobles, sacerdotes, alguaciles, músicos, y otros.

ESCENA : Una ciudad de Iliria, y la cercana playa.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

Una sala del palacio ducal.

Salen el DUQUE, CURIO y otros nobles. Músicos en el fondo.

DUQ. Si es del amor la música sustento,
Seguid tocando, hartadme de armonía,
Que hastiado el dulce anhelo enferme y muera.
La estrofa repetid: murió tan dulce;
Hirió mi oído como blanda brisa
Que sopla sobre un campo de violetas,
Robando y dando olor. Cesad; no cantes:
No suena ya tan dulce como ántes.
¡Tirano amor, cuán vivo y fresco eres!
Pues aunque todo cabe en tu ancho seno,
Como en el mar, en él nunca entra nada,
Por esforzado y válido que sea,
Que en precio y en valor no pierda al punto:
Tan lleno está el amor de fantasía,
Que él solo de fantástico se precia.

CUR. ¿Quereis cazar, señor?

DUQ. ¿Qué, Curio?

CUR. El ciervo.

DUQ. Tal hago, y al más noble de los míos.

¡Ay! cuando á Olivia ví por vez primera,
El aire con su aliento embalsamaba;
En el instante aquel troquéme en ciervo;
Y desde entónces como alanos crudos
Me acosan mis deseos.

Sale VALENTIN.

¿Qué me manda?

VAL. Alteza, perdonad: no obtuve audiencia;
Mas dióme su doncella tal recado:
Durante siete soles, ni áun su lumbre
Verá su hechizo á cara descubierta;
Mas cual reclusa, con tupido velo,
Su estancia irá regando cada día
Con llanto acerbo que los ojos hiere;
Y todo por amor de un muerto hermano,
Cuyo recuerdo en su memoria triste
Quisiera mantener vivo y constante.
DUQ. La que alma tiene de tan firme temple
Que deuda tal de amor rinde á un hermano,
¿Cuál no amaré cuando áurea flecha acabe
Con la legion de los demas afectos
Que en ella viven; cuando seso y alma,
Aquellos altos tronos, ocupados
Estén, y llenos sus hechizos todos
De un solo rey supremo?—Preparadme
De flores blando lecho: sobre el césped
Descansa amor cual bienvenido huésped. (Vánse.)

ESCENA II.

La orilla del mar.

Salen VIOLA, un CAPITAN y MARINEROS.

VIOL. ¿Qué tierra es esta?

CAP. Iliria, noble dama.

VIOL. ¿Qué hiciera yo en Iliria? En los eliseos
Campos mi hermano está. Por dicha, acaso
No se anegó. Marinos, ¿qué os parece?

CAP. Gran dicha fué salvaros vos, señora.

VIOL. ¡Mi pobre hermano! Aún él salvarse pudo.

CAP. Bien pudo; y si os consuela lo probable,
Sabed que al estrellarse nuestra nao,
Cuando ibais vos, con esta pobre chusma
Que se salvó con vos, en nuestro bote,
Ví á vuestro hermano, cauto en el peligro,
Atarse á un recio palo que vivía
Sobre el airado mar, cuyo recurso
Esperanza y valor le sugirieron;
Y como Arion en el delfin montado,
Le ví en amigo trato con las olas
Mientras le pude ver.

VIOL. Por esa nueva,
Este oro toma. Que salvarse pudo,
Mi propia salvacion me lo demuestra,
Y es tu discurso clara prueba de ello.
¿Conoces esta tierra?

CAP. Bien, señora:
Apénas distará de aquí tres leguas
El pueblo en que nació, y allí criéme.

VIOL. ¿Quién manda aquí?

CAP. Señora, un duque noble
De estirpe y corazon.

VIOL. ¿Se llama?

CAP. Orsino.

VIOL. Oí su nombre en boca de mi padre.
Y era soltero entónces.

CAP. Tal aún sigue;
O lo era há poco. Un mes hará que ausente
Estoy de aquí. Se murmuraba entónces—
Y ya sabeis que charlan los pequeños
De todo aquello que los grandes hacen—
Que loco estaba por la bella Olivia.

VIOL. ¿Y quién es ella?

CAP. Es una vírgen casta,
Hija de un conde, que murió há un año,
Dejándola al cuidado de su hijo,
Hermano de ella, el cual tambien ha muerto;
Por cuyo amor se dice que ha abjurado
La sociedad y vista de los hombres.

VIOL. ¡Pudiera yo servir á aquella dama,
Sin revelar mi condicion al mundo
Hasta que sazonara por mí misma
La coyuntura!

CAP. Fuera, á fe, difícil
Hacer que os aceptase, pues no admite
Instancia alguna, ni aún del mismo duque.

VIOL. Nobleza, capitan, en ti se advierte,
Y aún cuando la natura á veces cerca
Pútridos restos con hermosa tapia,
Me inclino á creer que tu alma corresponde
A tu exterior aspecto y noble trato.
Te ruego, y con largueza he de premiarte,
Que calles quien yo soy, y me procures
Algun disfraz que cuadre felizmente
Con mi intencion. Servir al duque quiero;
Tú me presentarás como un eunuco:
Bien pudiera valerte tu trabajo,
Pues sé cantar y puedo deleitarle
Con clases mil de música diversa;
Lo cual me recomienda á su servicio.
En tanto, lo demas al tiempo dejo:
Tú amolda tu silencio á mi consejo.

CAP. Su eunuco sed; seré yo vuestro mudo;
Si charlo, que me ciegue el hado crudo.
VIOL. Te lo agradezco, capitan. Sigamos. (Vánse.)

ESCENA III.

La casa de Olivia.

Salen DON TOBIÁS REGUELDO y MARIA.

D. TOB. ¿Qué diablos quiere decir mi sobrina con
tomar tan á pecho la muerte de su hermano?
Harto estoy de saber que el pesar consume la
vida.

MAR. A fe mia, don Tobías, es menester que os
retireis más temprano por la noche. Vuestra
sobrina, mi señora, se queja seriamente de
vuestras malas horas.

D. TOB. Quéjese en buen hora, con tal que yo no
la oiga.

MAR. Sí, pero os estaria mejor no exceder los
límites modestos de una vida ordenada.

D. TOB. ¡Me estaria mejor! No he menester que
nada me esté mejor: este gaban me está bas-
tante bien para echar con él un trago, y tam-
bien estas botas; y si no, que se cuelguen con
sus propios lazos.

MAR. Os arruinareis con tanto beber y trincar.
Oí á mi señora quejarse de ello ayer; y de
cierto caballero mentecato que trajisteis aquí
una noche para que la cortejara.

D. TOB. ¿Quién, don Andrés de Secorostro?

MAR. El mismo.

D. TOB. Es uno de los mejores mozos de toda
Iliria.

MAR. ¿Qué hace eso al caso?

D. TOB. ¡Cómo! Tiene sus tres mil ducados de
renta al año.

MAR. Pero con todos sus ducados no tendrá para un año; es un majadero y un pródigo.

D. TOB. ¡Callad! ¡que digais vos eso! Toca el violon y habla dos ó tres lenguas, palabra por palabra, sin libro, y posee todos los dones naturales que pueden adornar á un hombre.

MAR. A fe que sí; es decir, á un hombre idiota: pues además de ser necio, es quimerista, y si no tuviese el don de la cobardía para calmar sus ímpetus belicosos, opinan los sabios que no tardaría en tener el don de una tumba.

D. TOB. Por esta mano que son bellacos y embusteros los que tales calumnias le levantan. ¡Quiénes son?

MAR. Los mismos que aseguran que se emborracha todas las noches en vuestra compañía.

D. TOB. Cierto, bebiendo á la salud de mi sobrina; beberé á su salud mientras tenga expedito el gaznate y haya qué beber en Iliria. Cobarde y de baja estofa ha de ser el hombre que no quisiera beber á la salud de mi sobrina hasta que le girara el cerebro sobre un pié como un trompo. Calla, muchacha. ¡Castiliano volto! que aquí viene el mismo don Andrés de Secorostro.

Sale DON ANDRÉS DE SECOROSTRO.

D. AND. ¡Don Tobías Regueldo! ¿qué tal, don Tobías Regueldo?

D. TOB. ¡Don Andrés de mis entrañas!

D. AND. Dios os guarde, linda sirena.

MAR. Y á vos, hidalgo.

D. TOB. ¡A ella, D. Andrés, á ella!

D. AND. ¿Qué es eso?

D. TOB. La doncella de mi sobrina.

D. AND. Buena madama Aella, quisiera conoceros más de cerca.

MAR. Me llamo María, hidalgo.

D. AND. Buena madama María Aella...

D. TOB. No es eso, hidalgo: «á ella» quiere decir háblala, búscala, requiébrala, empréndela con ella.

D. AND. A fe mia no quisiera emprender nada con ella en presencia de esta compañía. ¿Conque eso quiere decir «á ella?»

MAR. Quedad con Dios, hidalgo.

D. TOB. Como la dejéis ir así, don Andrés, quiera Dios que no vuelvas nunca á sacar tu tizona.

D. AND. Como os vayais así, dueña mia, quiera Dios que no vuelva nunca á sacar mi tizona. Hermosa dama, ¿pensais acaso que traéis á unos necios entre manos?

MAR. No os tengo á vos por la mano.

D. AND. Pero me tendreis; aquí está mi mano.

MAR. Pues bien, hidalgo, los pensamientos son libres: se me antoja que pudierais tener esta mano un rato en la bodega.

D. AND. ¿Por qué, hermosa? ¿Qué significa esa metáfora?

MAR. Está caliente.

D. AND. No soy tan bobo que no sepa tener las manos calientes. ¿Quién no se calentara á vuestro lado?

MAR. Eso indica que teneis el corazon frio...

D. AND. ¿El corazon frio?

MAR. Y la mollera vacía. (Váse.)

D. TOB. ¡Oh hidalgo mio! has menester un trago de Canarias. Nunca te ví tan mohino.

D. AND. Nunca, como no fuera que me amohinara el Canarias. Se me antoja que algunas veces no tengo más ingenio que un cristiano, ó que cualquier hijo de vecino: cómo mucha carne de vaca, y creo que eso me entorpece el ingenio.

D. TOB. Sin duda.

D. AND. Si creyera eso, renegara de aquel alimento. Mañana, don Tobías, monto á caballo, y á casa.

- D. TOB. *¿Pourquoi*, querido hidalgo?
- D. AND. ¿Qué es eso de *pourquoi*? ¿Hazlo ó deja de hacerlo? Ojalá hubiese empleado en el estudio de las lenguas el tiempo que he gastado en la esgrima, el baile y las riñas de osos. ¡Ay! ¡yo me hubiera debido dedicar á las artes!
- D. TOB. ¡Oh! entónces hubieras sacado una hermosa cabellera.
- D. AND. ¿Por qué? ¿Hubiera mejorado mi pelo con eso?
- D. TOB. Sin duda: ya ves que no se quiere rizar naturalmente.
- D. AND. Sin embargo, me cae bien. ¿No es cierto?
- D. TOB. A las mil maravillas: como estopá en una rueca; y aún espero ver á una ama de casa cogerte entre las piernas é hilártelo.
- D. AND. A fe que me vuelvo á mi casa mañana: vuestra sobrina no se deja ver, y aunque se dejara, apuesto diez contra uno que no me querrá. El conde, vuestro vecino, la corteja en persona.
- D. TOB. No quiere tener nada que ver con el conde: no quiere casarse fuera de su esfera, ni en cuanto á bienes, ni en cuanto á edad, ni en cuanto á discrecion; se lo he oido jurar. ¡Animo! que la cosa promete.
- D. AND. Me quedaré un mes más. No hay hombre de más extraña condicion que yo en el mundo: á veces me da por pasar el tiempo en máscaras y en regocijos.
- D. TOB. ¡Hola! ¿Eres diestro en achaque de piruetas?
- D. AND. No hay quien me gane á eso en toda Iliria, sea quien fuere, exceptuando siempre á mis superiores: tampoco quiero compararme con una persona mayor.
- D. TOB. ¿Hasta qué grado de perfeccion has llegado en las seguidillas, hidalgo?

- D. AND. A fe, sé hacer una cabriola, y creo que doy el salto de gato tan bien como cualquiera en Iliria.
- D. TOB. ¿Y guardas ocultos tales dotes? ¿Cuelgas una cortina delante de esas gracias? ¿Temes acaso que se manchen de polvo? ¿Por qué no te vas á misa bailando unas seguidillas, y te vuelves á casa luciendo tu garbo en un bolero? Si fuera tú, mi paso constante seria una jota; no hiciera aguas siquiera sin ejecutar una zarabanda. ¿Estás en ti? ¿Es algún paraíso este mundo para que mantengas ocultas tales virtudes? Ya me imaginé, al ver la excelente hechura de tu pierna, que fué formada bajo el influjo de un astro bailarín.
- D. AND. Si, es robusta, y no parece mal con una media de color de grana. ¿No armaremos nuestro pequeño jolgorio?
- D. TOB. ¿Pues no lo hemos de armar? ¿Nacimos bajo el signo de Tauro ó nó?
- D. AND. ¿Tauro? Eso significa palos y mala vida.
- D. TOB. Nada de eso, amigo: significa saltos y brincos. ¡A ver, á ver cómo haces esas cabriolas? ¡Alza! ¡más alto! ¡eh! ¡oh! ¡magnífico! (Váse.)

ESCENA IV.

El palacio ducal.

Salen VALENTIN y VIOLA en traje de hombre.

VAL. Si continúa el duque dispensándoos tales favores, Cesario, no tardareis en ascender: hace tres dias que os conoce, y ya no os trata como á extraño.

VIOL. Debeis sospechar que pueda haber veleidad en él, ó negligencia en mí, cuando poneis en

duda la duracion de su afecto. ¿Es acaso in-
constante en sus favores?

VAL. No tal, os lo aseguro.

VIOL. Gracias. Aquí viene el conde.

Salen el DUQUE, CURIO, y acompañamiento.

DUQ. ¿Quién vió á Cesario?

VIOL. A la órden vuestra, Alteza.

DUQ. Vosotros retiraos por breve rato.—

Cesario, nada ignoras: ya te he abierto
Las más secretas páginas del alma;

Por tanto, buen mancebo, á verla acude:

No sufras detencion; firme en su puerta,

Di que echarán allí tus piés raices

Hasta obtener audiencia.

VIOL. Alteza, empero,

Si está tan entregada á su tristeza,

Cual dicen, nunca otorgaráme entrada.

DUQ. Haz ruido, y falta á todo urbano trato,

Primero que volver sin la respuesta.

VIOL. Y aunque la llegue á hablar, señor, ¿qué
[logro?

DUQ. Píntala mi pasion, mi amor ardiente:

Haz que mi fe constante la sorprenda.

Bien puedes tú pintarle mi honda cuita:

Tu tierna juventud podrá ablandarla

Mejor que nuncio de más grave aspecto.

VIOL. Lo dudo, Alteza.

DUQ. Creelo, amado jóven.

Calumniará tu edad feliz quien diga

Que ya eres hombre. El labio de Diana

No es más süave y cárdeno; tu acento

Es como voz de niña, agudo y claro,

Y mujeriles son tus prendas todas.

Me consta que es tu estrella favorable

Al desempeño de mision tan tierna.—

(A su acompañamiento.)

Háganle compañía cuatro ó cinco,

O todos si quereis; estoy á solas

Mejor que acompañado.—Y tú, prospera,

Y vivirás tan libre cual tu dueño,

Y partirás con él fortuna y dicha.

VIOL. Cuanto pudiere haré por ablandarla.

(Ap.) Corteje á quien quisiere, ¡oh suerte fiera!

¡Por ser su esposa yo la vida diera! (Váse.)

ESCENA V.

La casa de Olivia.

Salen MARIA y el BUFON.

MAR. Si no me dices dónde estuviste, no despe-
garé mis labios para disculparte, ni áun lo su-
ficiente para que pueda pasar por ellos una cer-
da: el ama te mandará ahorcar por tu ausencia.

BUF. Que me ahorque: quien fuere bien ahorcado
en este mundo, no tiene que temer á enemigo
alguno.

MAR. ¿Se puede saber por qué?

BUF. Porque ya no le es posible ver á ninguno.

MAR. La respuesta es ingenua. Yo te puedo decir
de dónde trae su origen ese dicho de no temer á
enemigo alguno.

BUF. ¿De dónde, ilustre señora María?

MAR. De las guerras; y así lo puedes afirmar en-
tre tus demas bufonadas.

BUF. Pues talento le dé Dios al que no le hiciere
falta, y válgale al necio su discrecion

MAR. Con todo, no os librareis de la horca por
haber estado ausente tanto tiempo; ó por lo
ménos, os pondrán en la calle, que es lo mismo
que si os dejaran colgado.

BUF. Más vale ser bien ahorcado que mal casado;
y en cuanto á ponerme en la calle, poco impor-
ta, miéntas dure el verano.

MAR. ¿Es decir, que estais resuelto?

BUF. No precisamente resuelto, aunque lo estoy tocante á dos puntos.

MAR. Para que si falta el uno te puedas acoger al otro; y si dan de sí ambos á la vez, te se caerán las bragas.

BUF. Bien dicho, á fe mia, muy bien dicho. En fin, véte con Dios; si don Tobías renunciase á la bebida, no habria en toda Iliria hija de Eva más discreta que tú.

MAR. Calla, bribon; no me toques esa tecla. Aquí viene mi señora. Harias bien en disculparte lo mejor que pudieres. (Váse.)

BUF. Ingenio mio, si te place, no me desampares en tan duro trance. Muchos sabios que creen poseerte, no pocas veces hacen papel de tontos; y yo que sé seguramente que no te tengo, podré pasar por sabio. ¿Pues qué dice Quinapalo? «Más vale ser bobo discreto que discreto bobo.»

Salen OLIVIA y MALVOLIO.

Dios te guarde, señora.

OLIV. Echad de aquí á este necio.

BUF. ¿No lo oís, bellacos? Echad de aquí á esta señora.

OLIV. ¡Quita allá! bufon insípido; no te quiero ver; te vas volviendo deshonesto además.

BUF. Dos faltas, madonna, que se pueden enmendar con buen vino y buenos consejos; pues dad al bufon insípido vino sabroso y sabrá á néctar; mandad al deshonesto que se enmiende, y si lo hace, ya no es deshonesto; si no logra enmendarse, que le remiende un sastre. Cualquiera cosa compuesta y enmendada no es sino un remiendo: la virtud que peca, no es sino un remiendo de pecados; y el pecado que se enmienda no es sino un remiendo de virtudes. Si

os basta este simple silogismo, bien; si no, ¿qué le vamos á hacer? Y así como el único cornudo verdadero es la desdicha, así es la belleza una flor. La señora mandó que echasen al necio bufon; por eso repito que echen á la señora.

OLIV. Mandé que os echasen á vos.

BUF. ¡Fué un error garrafal! Señora, *cuculus non facit monacum*; quiero decir que mi seso no es tan abigarrado como mi sayo. Buena madonna, permitid que os demuestre vuestra necedad.

OLIV. ¿Podrás hacerlo?

BUF. Con la mayor sencillez, buena madonna.

OLIV. Oigamos tu demostracion.

BUF. Para ello es menester que os catequice, madonna. Contéstame, dechado de virtud.

OLIV. Sea; á falta de otro pasatiempo, quiero someterme á tu exámen.

BUF. ¿Buena madonna, por qué llorais?

OLIV. Buen bufon, por la muerte de mi hermano.

BUF. Sospécheme que su alma está en los infiernos.

OLIV. Yo sé que su alma está en la gloria.

BUF. Tanto mayor es vuestra necedad, madonna, si llorais á un hermano cuya alma está en la gloria. Echad á esa necia, caballeros.

OLIV. ¿Qué os parece este bufon, Malvolio? ¿No va siendo cada dia mejor?

MAL. Sí, señora, é irá siendo cada vez mejor, hasta que le sacudan las ánsias de la muerte. La decrepitud que postra las facultades del cuerdo, aumenta la simpleza del necio.

BUF. ¡Dios os depare, hidalgo, una decrepitud precoz, para que aumente vuestra simpleza! Don Tobías no tendrá reparo alguno en jurar que no soy zorro; pero no apcstará una blanca á que no sois necio.

OLIV. ¿Qué contestais á eso, Malvolio?

MAL. Me asombra que guste vuesamercéd de las frialdades de un bellaco tan insípido. Le ví sufrir un revolcon el otro día á manos de un bufon vulgar, que no tiene más seso que una piedra. ¿No lo veis? Ya está desconcertado: si no os reís y no le dais pié para sus pullas, enmudece como un poste. Juro por mi honor que tengo á esos sabios que revientan de gozo oyendo á estos bufones privilegiados, por algo ménos que payasos de los mismos bufones.

OLIV. ¡Oh! el amor propio, Malvolio, os pudre la sangre y gustais de todo con paladar estragado. El que es generoso, ingenuo y de índole franca, toma por saetillas estas cosas que vos juzgais balas de cañon. El bufon privilegiado, áun cuando no haga otra cosa que mofarse de todo, no injuria jamás, como tampoco se mofa jamás el hombre de reconocida discrecion, áun cuando no haga otra cosa que censurar.

BUF. ¡Válgate Mercurio por embustera, ya que hablas tan bien de los bufones!

Sale MARIA.

MAR. Señora, acaba de llamar á la puerta un mancebo que os desea hablar.

OLIV. ¿De parte del conde Orsino, acaso?

MAR. Señora, no lo sé. Es un jóven de buen parecer, y viene bien acompañado.

OLIV. ¿Cuál de mis criados le detiene?

MAR. Don Tobías, señora, vuestro deudo.

OLIV. Haced que se retire, os ruego: no dice más que locuras. ¡Oh vergüenza! (Váse María.) Id vos, Malvolio; si es alguna pretension del conde, decid que estoy enferma, ó que he salido, ó lo que se os antoje, á fin de que pueda evadirme de ella. (Váse Malvolio.) Ya veis, bufon, cómo se van poniendo rancios tus chistes; ya no gustan á nadie.

BUF. Has defendido la causa de los bufones, madonna, como si debiera pertenecer á nuestro honrado gremio tu hijo primogénito, cuyo cráneo plegue á Júpiter atestar de sesos; pues aquí se acerca un pariente tuyo, cuyo piamá-ter es débil en extremo.

Sale DON TOBIAS.

OLIV. ¡Medio beodo, á fe mia! ¿Quién está en el portal, tío?

D. TOB. Un caballero.

OLIV. ¿Un caballero? ¿qué caballero?

D. TOB. Cierta caballero... (Eructa.) ¡Malditos arenques escabechados!... ¿Qué haces tú aquí, zote?

BUF. ¡Don Tobías de mi vida!

OLIV. Tío, tío, ¿cómo os hallais á estas horas de la mañana en tal estado de incuria?

D. TOB. ¿Lujuria? Reniego de la lujuria. Hay un hombre en el zaguan.

OLIV. Bien; ¿y quién es?

D. TOB. El diablo, si le place; no se me da un comino, podeis creerme. En fin, me es todo igual. (Váse.)

OLIV. ¿A qué se asemeja un beodo, bufon?

BUF. A un ahogado, á un necio y á un loco: un trago más de lo justo le convierte en necio, dos en loco, y tres en ahogado.

OLIV. Vé tú y llama al juez para que examine el cadáver, pues está en el tercer grado de la embriaguez; está ahogado. Vé, y no le pierdas de vista.

BUF. Aún no está más que loco, madonna, y el bufon bien puede vigilar al loco. (Váse.)

Sale MALVOLIO.

MAL. Señora, ese mancebo jura que os ha de hablar. Le dije que estabais enferma; asegura que lo supo de antemano, y que por lo mismo

os viene á hablar. Le dije que estabais dormida; parece que lo tuvo previsto tambien, y que por tanto os viene á hablar. ¿Qué le diremos? Está pertrechado contra cualquier evasiva.

OLIV. Dile que no me hablará.

MAL. Ya se lo he dicho; y asegura que se pondrá de planton en vuestra puerta, á guisa de centinela ó poste, hasta que le deis audiencia.

OLIV. ¿Qué clase de hombre es?

MAL. De una clase muy mal criada: está resuelto á hablarla, quiera vuesamerced ó no.

OLIV. ¿Qué aspecto y qué edad tiene?

MAL. No es bastante viejo para ser hombre, ni bastante jóven para ser muchacho: es como el agraz ántes de ser uva, ó como manzana en ciernes; está como estancado entre los lindes de rapaz y hombre. Es bien parecido y muy redicho; parece que aún se acuerda de los mimos de su madre.

OLIV. Que pase adelante. Llamad á mi doncella.

MAL. Doncella, la señora os llama. (Váse.)

Sale MARIA.

OLIV. Echame el manto y tápame la cara. Oigamos otra vez qué dice Orsino.

Salen VIOLA y acompañamiento.

VIOL. ¿Cuál es la noble dueña de esta casa?

OLIV. Habladme á mí, os contestaré por ella. ¿Qué mandais?

VIOL. Muy radiante, esclarecida y sin par hermosura... Decidme, os ruego, si es esta la dueña de la casa, pues no la ví jamás. No quisiera pronunciar mi discurso en balde, pues además de estar magistralmente compuesto, me he tomado gran trabajo en aprenderlo de memoria.

Hermosas mias, no os burleis de mí, soy en extremo susceptible, el menor desaire me llega al alma.

OLIV. ¿De dónde venís, hidalgo?

VIOL. Poco más podré decir de lo que he estudiado, y esa pregunta no está en mi papel. Prenda gentil, decidme de véras si sois vos la dueña de esta casa, para que pueda proseguir con mi discurso.

OLIV. ¿Sois cómico acaso?

VIOL. No tal, alma silenciosa, y sin embargo, juro por todos los ardides de la malicia que no soy lo que represento ser. ¿Sois la dueña de la casa?

OLIV. Si no me arrogo demasiado, lo soy.

VIOL. Ciertamente, si sois ella, os arrogais demasiado, pues lo que es vuestro para otorgar, no es vuestro para retener. Pero esto no entra en mi comision: proseguiré mi discurso en vuestro loor, y luego os comunicaré el grano de mi embajada.

OLIV. Vengamos al grano; os perdono el loor.

VIOL. ¡Ay! me costó tanto el aprenderlo, y es poético.

OLIV. Por lo mismo será ménos sincero: os ruego que lo guardéis para vos. Me han referido que os habeis propasado en mi umbral, y os he permitido la entrada más bien por el deseo de admiraros que por el de oiros. Si no careceis de cordura, idos; si teneis juicio, sed breve: no estoy de humor para perder el tiempo con tan frívolo coloquio.

MAR. ¿Quereis haceros á la vela, hidalgo? Este es vuestro rumbo.

VIOL. No, buen grumete; pienso navegar á palo seco por estos mares algun tiempo más.— Desbravad á esa fiera, hermosa dama. Manifestadme vuestro parecer; soy humilde mensajero.

OLIV. Terrible debe ser lo que me teneis que comunicar, cuando lo preludiais con tales frases. Decid lo que teneis que comunicarme.

VIOL. Es para vuestro oído no más. No traigo ninguna declaración de guerra, ni vengo á exigir tributo de homenaje: llevo en mi mano el ramo de olivo; mis palabras están tan repletas de paz como preñadas de materia.

OLIV. Sin embargo, empezasteis con rudeza. ¿Quién sois? ¿qué quereis?

VIOL. De mi acogimiento aprendí la rudeza de que dí prueba. Quién soy y qué quiero son cosas tan escondidas como el tesoro de la virginidad: para vuestros oídos revelación; profanación para los demás.

OLIV. Dejados solos; oiremos esta revelación.
(Vánse María y acompañamiento.)

Pues bien, hidalgo, ¿cuál es vuestro tema?

VIOL. Bellísima dama...

OLIV. Doctrina consoladora, y muy discutible. ¿Dónde está vuestro tema?

VIOL. En el pecho de Orsino.

OLIV. ¿En su pecho? ¿En qué capítulo de su pecho?

VIOL. Para contestar con método, en el primero de su corazón.

OLIV. ¡Oh! lo he leído; es herejía. ¿No teneis nada más que decir?

VIOL. Dama gentil, dejad que os vea el rostro.

OLIV. ¿Os encargó acaso vuestro amo que negociárais con mi rostro? Ahora os separais del tema; pero descorreremos la cortina, y os enseñaremos el cuadro. Mirad, hidalgo, tal soy á la hora presente.

VIOL. Divinamente hecho, á ser todo hechura de Dios.

OLIV. Es color legítimo, á prueba de viento y lluvia.

VIOL. Es beldad pura, cuyo rojo y blanco

Mezcló con tierna mano hábil natura.
Sereis la más crüel de las mujeres
Si vais con tales gracias al sepulcro,
Sin relegar al mundo alguna copia.

OLIV. ¡Oh! hidalgo, no seré tan dura de corazón; haré publicar varias esquelas de mi hermosura; haré de ella un inventario, y cada trozo y partícula estarán rotulados en mi testamento; como por ejemplo, *item*, dos labios medianamente rojos; *item* más, dos ojos azules con sus párpados correspondientes; *item* más, un cuello, una barba, *et sic de cæteris*. ¿Os mandaron aquí para tasarme?

VIOL. Os miro bien; sois por demás altiva; Mas aunque el diablo fueseis, fuerais bella. Mi amo y señor os quiere: tal afecto Sólo pudiera ser recompensado Si á vos, oh noble Olivia, os coronaran Reina sin parangón de la hermosura.

OLIV. ¿Qué, tanto me ama?

VIOL. Os idolatra; os quiere
Con lágrimas fecundas, con gemidos
Que amor retruenan, con suspiros que arden.

OLIV. Tu amo lo sabe bien: no puedo amarle.
Que es noble sé, me consta que es virtuoso,
De grandes bienes, jóven y sin tacha;
Goza de buena fama y es letrado,
De corazón valiente, de alma noble;
Y en cuanto á talle y dones de natura,
Hombre agraciado; mas no puedo amarle:
Saberlo bien debiera há mucho rato.

VIOL. Si yo os amara loco, cual mi dueño,
Con tanta pena, con tan muerta vida,
En ese nó, ningún sentido hallara,
No lo entendiera nunca.

OLIV. ¿Pues qué hariais?

VIOL. De mimbres una choza en vuestra puerta,
De donde voces diera al alma dentro:

De desdeñado amor escribiría
 Tierna y leal cancion, que á voz en grito
 Cantara en el silencio de la noche.
 Con vuestro nombre retumbar haría
 Las cóncavas colinas, y al parlero,
 Gárrulo confidente de los aires
 Gritar Olivia; y entre cielo y tierra
 Paz vuestro pecho en vano buscaría,
 Hasta que á compasion mi fe os moviese.

OLIV. Quizá lograrais mucho. ¿Vuestra estirpe?

VIOL. Es noble y superior á mi fortuna,
 Aunque esta mala no es: soy caballero.

OLIV. Al conde, pues, volved; no puedo amarle.

Decid que más mensajes no me envíe,

A no ser que volviéseis vos á darme

Cuenta de la impresion que le produzca.

Gracias por todo os doy. Tomad, os ruego;

Gastadlo á mi salud.

VIOL. Guardad la bolsa,

Señora, no soy nuncio asalariado:

No yo, mi dueño ha menester mercedes.

Convierta amor en duro risco el alma

Del hombre en quien pusiereis vuestro afecto;

Y cual mi dueño recibais en pago

De fe, desden. Adios, cruel belleza. (Váse.)

OLIV. Me dijo, al preguntarle por su estirpe:

«Es noble y superior á mi fortuna,

Aunque ésta mala no es; soy caballero.»

Oso jurar que lo eres. Sí, tu lengua,

Tu rostro, tus modales, talle y brio

Publican cinco veces tu hidalguía.

Obremos con mesura. ¡Paso! ¡paso!

¡Fuera el criado el amo al ménos! ¡Cómo!

¡Tan contagiosa es la amorosa plaga?

Paréceme que siento los hechizos

De aquel mancebo introducirse á hurto

Y sin ser vistos en mis ojos. Sea.

¡Hola, Malvolio!

Sale MALVOLIO.

MAL. ¿Qué mandais, señora?

OLIV. Id, alcanzad á aquel impertinente
 Mozo del conde. Aquí dejó este anillo,
 Quiera ó no quiera. Di que no lo acepto;
 Y que se guarde de adular á su amo;
 Y de alentarle infiel con esperanzas:
 Suya jamás seré. Si acaso el jóven
 Mañana por aquí volver quisiera,
 Diréle la razon en que me apoyo.
 Corre, Malvolio, vuela.

MAL. Voy, señora. (Váse.)

OLIV. A fe, no sé qué me hago; mas sospecho
 Que el ojo me soborna incauto el pecho.
 Hado, dispon: vencerte nadie crea;
 Lo que ha de ser será; pues eso sea. (Váse.)

ACTO II.

ESCENA PRIMERA.

La orilla del mar.

Salen ANTONIO *y* SEBASTIAN.

ANT. ¿No quereis quedaros más tiempo, ni quereis que os acompañe?

SEB. No quisiera, y perdonadme. Mi estrella arroja tétricos rayos sobre mí: la malevolencia de mi sino pudiera tal vez destemplan el vuestro; por lo tanto, os he de rogar que consintais que cargue solo con mis males; fuera pagar mal vuestra amistad echar sobre vuestros hombros parte alguna de ellos.

ANT. Sepa yo al ménos á dónde os dirigís.

SEB. Perdonadme, hidalgo. El viaje que he resuelto emprender no es más que un loco devaneo. Pero advierto en vos cierto rasgo sobresaliente de modestia: no quereis obligarme á revelar lo que callar deseo; lo cual es más bien parte á obligarme, como bien criado, á ser franco é ingenuo con vos. Sabed, pues, Antonio, que mi nombre es Sebastian, que yo troqué por el de Rodrigo. Mi padre fué aquel Sebastian de Metelin, del cual sé que teneis noti-

cia. Dejó al morir á mí y á una hermana, nacidos ambos en una misma hora. ¡Pluguiera al cielo que acabáramos de igual manera! Pero vos lo evitasteis; pues una hora ó cosa así ántes de que me recogisteis en la playa se ahogó mi hermana.

ANT. ¡Oh, triste día!

SEB. Una doncella, hidalgo, la cual, aunque se parecía á mí, según decían, era de muchos reputada por bella. Pero aún cuando el amor propio no me ciega hasta el punto de creer que lo fuera en tan alto grado, sin embargo, oso afirmar de ella que poseía un natural tan apacible, que la misma envidia no podía ménos de calificarlo de hermoso. Murió ahogada en las saladas ondas, hidalgo, aunque no parece sino que trato de ahogar su recuerdo con estas que vierten mis ojos.

ANT. Os ruego, hidalgo, que me perdoneis el mal hospedaje que os he dado.

SEB. No, perdonadme ántes, mi buen Antonio, la molestia que os he causado.

ANT. Si no quereis matarme por el amor que os tengo, permitidme que os siga como criado.

SEB. Si no quereis deshacer lo que habeis hecho, es decir, si no quereis matar á aquel cuya vida habeis salvado, no me lo pidais. Quedad con Dios una vez para siempre. Mi corazón está tan lleno de ternura, y aún conservo en mí tanta parte de mi madre, que por poco más que hagais, haránme traición mis ojos. Parto á la corte del conde Orsino. ¡Adios! (Váse.)

ANT. ¡Véte bendito de los dioses todos!

Tengo en su corte muchos enemigos,
O de otra suerte pronto allí te viera.

Mas haya lo que hubiere, tal te quiero,

Que arrostraré el peligro placentero. (Váse.)

ESCENA II.

Una calle.

Salen VIOLA y MALVOLIO siguiéndola.

MAL. ¡No os separasteis ahora mismo de la condesa Olivia?

VIOL. Ahora mismo, hidalgo; yendo á paso sosegado no he hecho más que llegar hasta aquí.

MAL. Os devuelve este anillo, hidalgo. Hubierais podido ahorrarme este paseo, llevándolo vos mismo. Añade, además, que asegureis resueltamente á vuestro amo, que ella no le quiere. Otra cosa más: que nunca seais osado á volver á pisar sus umbrales con recados de vuestro amo, como no fuese para darla cuenta del efecto que esto le produzca. Tomadlo pues.

VIOL. No le dí anillo alguno; no lo quiero.

MAL. ¡Ea, caballero! se lo arrojasteis con descaro; y ella quiere que os sea devuelto del mismo modo. Si vale la pena de que os agacheis para recogerlo, allí queda ante vuestros ojos; si no, sea del primero que lo encuentre.

(Váse.)

VIOL. ¡Qué me querrá decir? Anillo alguno
Dejó con ella. ¡El hado no permita
Que se haya enamorado de mi garbo!
Miróme de hito en hito, tan atenta
Cual si la vista le robase el habla:
A saltos discurría y sin concierto.
Me ama, sin duda: artera me convida
Por medio de aquel rudo mensajero.
Bien sé que la sortija no es del amo;
No la mandó ninguna. A mí se inclina.
Si fuera así, cual lo es, ¡pobre señora!
A fé, más le valiera amar un sueño.

Disfraz, advierto que eres torpe engaño,
 Util asaz al enemigo astuto.
 ¡Cuán fácil le es grabar al falso lindo
 En blando pecho de mujer su estampa!
 No la culpeis, culpada á su flaqueza:
 Tal es, pues la hizo tal naturaleza.
 ¡Qué saldrá de esto? La ama loco Orsino;
 Yo, pobre monstruo, no le quiero ménos;
 Y ella, engañada, al parecer me adora.
 ¡En qué vendrá á parar? Como hombre, es fuerza
 Que del amor del amo desespere:
 Como mujer—¡ay Dios! ¡cuántos suspiros
 En vano exhalará la pobre Olivia!
 Que el tiempo lo resuelva: en vano sudo;
 Para mis fuerzas es muy duro nudo. (Váse.)

ESCENA III.

La casa de Olivia.

Salen DON TOBIÁS y DON ANDRÉS.

- D. TOB. Acercaos, don Andrés. No estar en cama despues de media noche, es lo mismo que madrugar; y *diluculo surgere*, ya sabes...
- D. AND. A fe mia, no sé nada de eso; pero sé que velar á deshora es velar á deshora.
- D. TOB. Conclusion errónea que detesto como detesto una copa vacía. Velar despues de media noche, y acostarse luego, es temprano; de suerte que recogerse despues de media noche es recogerse temprano. ¿No se compone nuestra vida de los cuatro elementos?
- D. AND. Por cierto, así dicen; aunque yo me inclino más á creer que se compone de comer y beber.
- D. TOB. Eres un sabio: comamos, pues, y bebamos. ¡Hola, María! Venga una azumbre de vino.

Sale el BUFON.

- D. AND. En mi ánima, aquí viene el bufon.
- BUF. ¿Qué tal, compadres? ¿No visteis nunca el cuadro de los tres bobos?
- D. TOB. Bien venido, jumento. Cantemos ahora una jácara.
- D. AND. A fe mia, tiene este bufon primorosa garganta. Diera yo cuarenta escudos por tener tan buena pierna y tan buena voz para cantar como el bufon. A fe que tuviste bravo humor anoche cuando hablaste de Pigrogrómito, y de los Vapianos pasando por el equinoccio de Queubus: fué soberbio, á fe mia. Te mandé un real de á ocho para tu manceba; ¿lo recibiste?
- BUF. Sí, puse á buen recaudo tu propineja; pues la nariz de Malvolio no es vara de látigo. Mi ama tiene la mano blanca, y los Mirmidones no son bodegones.
- D. AND. ¡Soberbio! Al fin y al cabo no hay diversion como esta. Ahora una cancion.
- D. TOB. Venga. Ahí tienes un real. Cántanos una cancion.
- D. AND. Ahí va otro. Si un caballero da un...
- BUF. ¿Qué quereis? ¿Una cancion de amor, ó una cancion de vida ejemplar?
- D. TOB. Una cancion de amor, una cancion de amor.
- D. AND. Sí, sí: no me importa un comino la vida ejemplar.
- BUF. (Canta.) *¿Dónde vas, mi bien, errante,
 Léjos de tu fiel amante?
 Ven y escucha mi cancion.
 No te apartes, vida mia,
 Que de amor en la porfía
 Triunfa el firme corazon.*

D. AND. ¡Soberbia! á fe mia.

D. TOB. ¡Bravo, bravo!

BUF. (Canta.) *¿Qué es amor? No un bien futuro:
Lo presente está seguro,
Incierto lo porvenir.
Dame un beso, por tu vida;
Mira que la edad florida
Poco tarda en sucumbir.*

D. AND. ¡Melíflua voz, á fe de caballero!

D. TOB. ¡Dulcísimo aliento!

D. AND. ¡Melífluo y dulcísimo, á fe!

D. TOB. Si se le oye por la nariz, empacha de puro dulce. ¿Pero sois de parecer que hagamos bailar al mismísimo firmamento? ¿Quereis que despertemos á la lechuza con una jácara capaz de alegrarle las pajarillas á un muerto?

D. AND. Si me amais, hagamos eso. Soy el diablo en persona cantando una jácara. Cantemos aquello de

Gran pícaro...

BUF. ¿Qué? aquello de

Calla, calla, gran pícaro?

Me veré precisado á llamarte pícaro, hidalgo.

D. AND. No es la primera vez que he obligado á más de uno á llamarme pícaro. Empieza, bufon, empieza

Calla, calla...

BUF. ¿Cómo he de empezar, si me mandais que calle?

D. AND. ¡Soberbio, á fe! Vamos, empieza.

(Cantan una jácara.)

Sale MARÍA.

MAR. ¿Qué cencerrada es esta que estais armando aquí? Si no ha llamado mi señora á su mayordomo Malvolio para que os ponga á todos en la calle, pierda yo fama de honrada.

D. TOB. La señora es una camastrona, nosotros somos hijos del dios Baco, y Malvolio es un marica, y

(Canta.) *Somos uno, dos y tres,
Bravos mozos como ves.*

¿No soy consanguíneo? ¿no soy de su misma sangre? ¡Ole con ole, madama!

(Canta.) *Hubo en Babilonia un hombre.
Tralalalalá.*

BUF. ¡Pese á mi casta! ¡valiente humor tiene don Tobías esta noche!

D. AND. No lo hace mal cuando está de humor; ni yo tampoco: él lo hace con mejor gracia, pero yo lo hago con más naturalidad.

D. TOB. (Canta.) *El día doce de Diciembre...*

MAR. ¡Callad, por Dios!

Sale MALVOLIO.

MAL. ¿Estais locos, caballeros, ó qué os pasa? ¿Careceis de talento, crianza y honestidad, que armáis tal escándalo á estas horas de la noche? ¿Quereis convertir la casa de mi señora en un figon, graznando esas coplas de arriero con tan desapiadadas voces? ¿Así faltais al respeto de-

bido al lugar, á las personas, y á la hora? ¿Qué significa esta conducta descompasada?

D. TOB. Fuimos á compas en nuestra jácara. ¡Véte al cuerno!

MAL. Don Tobías, es menester que os hable claro. Mi ama me mandó deciros, que aunque os alberga en su casa como á deudo suyo, ningun parentesco la liga con vuestros desórdenes. Si podeis romper con vuestra mala conducta, se-reis el bien venido en su casa, si no, y tuvieseis á bien despediros de ella, está pronta á deciros adios.

D. TOB. (Canta.)

Adios, que parta es fuerza, prenda amada.

MAR. ¡Don Tobías, por Dios!

BUF. (Canta.) *Cercana muerte anuncia su mirada.*

MAL. ¿No acabareis?

D. TOB. (Canta.) *Jamás acabaré.*

BUF. (Canta.) *Mentís, hidalgo á fé.*

D. TOB. (Canta.) *¿Le mando que se largue?*

BUF. (Canta.) *Hacedlo, aunque le amargue.*

D. TOB. (Canta.) *Le mando que se largue al majadero?*

BUF. (Canta.) *No, no, no, no; que no lo osais infero.*

D. TOB. ¿Fuera de compas, bellaco? Mentís. ¿Eres algo más que un mayordomo? ¿Crees tú que porque eres virtuoso, se acabaron ya en el mundo las tortas y el vino?

BUF. No á fé, por Santa Ana; ni dejará por eso el jenjibre de arder en la boca.

D. TOB. Tienes razon. Anda vé, y límpiate la cadena con migas de pan. Tráete una azumbre de vino, María.

MAL. Señora María, si apreciáis en lo más mínimo el favor del ama, no dareis pábulo á esta vida desordenada. Ella lo ha de saber todo; lo juro por esta mano. (Váse.)

MAR. Anda, vé y trina.

D. AND. Fuera hacer tan buena obra como beber teniendo uno hambre, desafiarle al campo, faltar á la cita y darle un chasco.

D. TOB. Hazlo, hidalgo. Yo te escribiré el cartel de desafio; ó le comunicaré verbalmente tu indignacion.

MAR. Querido don Tobías, sosegaos por esta noche; está muy intranquila mi señora desde que estuvo con ella hoy el mancebo del conde. En cuanto á monsieur Malvolio, que corra de mi cuenta. Si no logro engañarle y convertirle en fábula y objeto de burla universal, decid que no tengo habilidad suficiente para tenderme á la larga. No desconfío de poder lograrlo.

D. TOB. Expílicate, expílicate. Cuéntanos algo de él.

MAR. Le da á veces por ser beato.

D. AND. ¡Ah! si creyera yo eso, le zurrara como á un perro.

D. TOB. ¿Por qué? ¿por beato? Sepamos tu bien meditada razon, hidalgo.

D. AND. No tengo razon alguna bien meditada; pero tengo razon que me sobra.

MAR. ¿Qué diablos ha de ser beato, ni cosa alguna á la larga más que un adulador servil que muda de casaca segun el viento que sopla! Es un jumento afectado, que ha aprendido de memoria cuatro cumplimientos ceremoniosos que repite á largos trozos; no hay hombre más satisfecho de sí mismo; se cree tan lleno de perfecciones que tiene por artículo de fe que cuantos le miran se enamoran de él. Este vicio suyo ofrece á mi venganza ancho campo donde obrar.

D. TOB. ¿Qué piensas hacer?

MAR. Pienso extraviar de intento en su camino intrincadas epístolas de amor; en las cuales, por el color de su barba, la hechura de su pierna, su modo de andar, la expresion de sus ojos y frente, y la color de su tez, se verá retratado al vivo. Imito perfectamente la letra de mi ama, vuestra sobrina; cuando nos viene á las manos un escrito que trata de asuntos olvidados, apenas podemos distinguir nuestras letras.

D. TOB. ¡Magnífico! Me va oliendo á chamusquina.

D. AND. Tambien me va dando en las narices.

D. TOB. Se figurará que las cartas que tú extraviarás proceden de mi sobrina, y que ella está enamorada de él.

MAR. No es otro mi propósito.

D. AND. Harásle hacer papel de burro insigne.

MAR. Insigne burro, es cierto.

D. AND. ¡Oh, será admirable!

MAR. ¡Soberbia broma, os aseguro! Sé que mi poción le hará efecto. Os colocaré en acecho á los dos, y el bufon hará el tercero, donde por fuerza ha de tropezar con la carta: notad la interpretacion que le diere. Por esta noche idos á la cama, y soñad con nuestra estratagemas.

Adios. (Váse.)

D. TOB. Buenas noches, Pentesilea.

D. AND. En mi ánima, que es brava moza.

D. TOB. Es una alhaja, y me adora, por más señas. ¿Y eso qué?

D. AND. Tambien fuí adorado una vez.

D. TOB. Vamos á dormir, hidalgo. Tienes que mandar por más dinero.

D. AND. Si no logro á vuestra sobrina, me saldrá mal la cuenta.

D. TOB. Manda por dinero, hidalgo. Si al fin y al

cabo no la logras, di tú que soy un calandria.

D. AND. Si no la logro, no os fieis más de mí; tomadlo como gustéis.

D. TOB. Ven, ven. Voy á mezclar una azumbre de aloque. Es tarde ya para acostarse. Ven, hidalgo, ven hidalgo. (Vánse.)

ESCENA IV.

El palacio ducal.

Salen el DUQUE, VIOLA, CURIO y otros.

DUQ. Música quiero.—Amigos, buenos dias.

Canta, Cesario, aquella trova sólo,

El canto antiguo aquel, que anoche oímos;

Mi pena consoló más que las huecas

Letrillas y conceptos rebuscados

De esta fugaz edad vertiginosa.

Vamos, sólo una copla, buen Cesario.

CUR. Perdonad, Alteza, no está aquí quien debiera cantarla.

DUQ. ¿Quién fué?

CUR. Feste, el juglar, Alteza; un bufon de quien

gustaba en extremo el padre de la señora Olivia. No debe estar léjos.

DUQ. Buscadle vos; y en tanto el aire toquen.

(Váse Curio. Suena música.)

Oye, rapaz. Si alguna vez amaras,

Tenme presente en tu tormento dulce;

Pues cual yo soy, son los amantes todos:

En todo caprichosos y volubles,

Salvo en honrar de la criatura amada

La imágen fiel. ¿Te place la armonía?

VIOL. Despierta un eco dulce en el asiento

Do amor su trono ocupa.

DUQ. A fe, bien dicho.

La vida apuesto á que, aunque jóven, tiernos

Ojos pusiste en algun rostro amado.

¿Rapaz, no es cierto?

VIOL. Hay algo de eso, Alteza.

DUQ. ¿Qué tal es ella?

VIOL. Vuestro garbo tiene.

DUQ. Pues digna no es de tí. ¿Qué edad? Sepa-
[mos.]

VIOL. De vuestra edad.

DUQ. ¡Es vieja, vive el cielo!

Elija siempre la mujer al hombre

Mayor que sí; se adapta de esa suerte

Mejor á sus costumbres, y en su pecho

Dura constante y firme su dominio.

Créeme, rapaz, por más que nos jactemos,

Nuestras pasiones son más vacilantes,

Más locas, van y vienen más volubles

Que las de la mujer.

VIOL. Señor, tal creo.

DUQ. Más jóven, pues, que tú tu amada sea,

O en vano tratarás de amarla firme:

Que es rosa la mujer: apenas nace

Su flor hermosa, cuando mústia yace.

VIOL. Tal es á fe. ¡Desventurada suerte!

¡En su mayor primor hallar la muerte!

Salen CURIO y el BUFON.

DUQ. Ven, mozo, y canta la cancion de anoche.

Cesario, escucha: antigua es y sencilla;

Suelen cantarla al sol las hilanderas,

Y las que el hilo con agujas tejen:

Es simple á fe; de la inocencia trata

Del dulce amor, como en la edad antigua.

BUF. ¿Puedo cantar, señor?

DUQ. Canta, te ruego. (Música.)

BUF. (Canta.) *Ven á mí, ven á mí, cruda muerte;
De cipreses mi tumba cercad.*

Huye, aliento, que es fuerza perderte,

Ya que en ella no encuentro piedad.

Preparad mi sepultura

Yerta y fria:

No hubo nunca fe tan pura

Cual la mia.

Ni una flor, ni una flor candorosa

Engalane mi negro ataud;

Ni un amigo, ni una alma piadosa

Pulse triste en mi huesa el laud.

Cerradla y borrad su huella;

Nunca errante

Acuda á llorar en ella

Fiel amante.

DUQ. Toma por tu trabajo.

BUF. No es trabajo alguno, señor; es un placer
para mí el cantar.

DUQ. Pues te pagaré tu placer.

BUF. Por cierto, señor, que el placer siempre se
hace pagar más temprano ó más tarde.

DUQ. Te pido ahora que te despidas.

BUF. Que el dios de la melancolía te proteja, y
haga el sastre tu jubon de tafetan tornasolado,
pues tu genio es un verdadero ópalo. Los hom-
bres de tu constancia debieran ser marinos; de
esa suerte podrian traficar con todo, y mudar
de rumbo con el viento; pues no hay como via-
jar sin rumbo para ir léjos. Dios os guarde.

(Váse.)

DUQ. Dejadnos solos. (Retíranse Curio y los demas.)

Otra vez, Cesario,

Llégate á ver á aquella hermosa ingrata:

Di que mi amor, más noble que este mundo,

No busca cantidad de sucias tierras;

Dila que cuantos bienes la fortuna

Sobre ella derramó, tan sólo estimo

En lo que vale la fortuna loca.
Es el portento de su gran belleza,
Joya de gran valor con que natura
La engalanó, lo que me roba el alma.

VIOL. ¿Y si no puede amaros?

DUQ. Yo no admito

Respuesta tal.

VIOL. Forzoso es admitirla.

Imaginaos que hubiere alguna dama
(Y tal vez la haya) que os amara loca,
Con tanta cuita como vos á Olivia;
Vos la decís que no podeis amarla:
¿No es fuerza que ella admita la respuesta?

DUQ. No, no hay mujer en cuyo pecho lata
Con tanta fuerza amor como en el mio:
No, no hay mujer en cuyo pecho quepa
Tanta pasion; les falta retentiva:
Amor sujeto á hastío y repugnancia
No es verdadero amor, es apetito
Que el paladar, no el corazon engendra.
Pero mi amor es como el mar hambriento;
Y no digiere ménos. No compares
Amor que una mujer tenerme pueda
Con el que á Olivia tengo.

VIOL. Sin embargo,
Bien sé...

DUQ. ¿Qué sabes?

VIOL. Cuánto amor en calma
Puede encerrar de la mujer el alma.

Su fe no es ménos firme que la nuestra.
Mi padre una hija tuvo, quien á un hombre
Amaba, como á vos, Alteza, acaso
Amara yo, si fuera de otro sexo.

DUQ. ¿Cuál fué su historia?

VIOL. Una hoja en blanco, Alteza.
No reveló jamás su amor; callada
Dejó que el duelo marchitase crudo,
Como gusano que el capullo roe,

Las rosas de sus cándidas mejillas.
Fuése acabando ensimismada y triste;
Y en negra, amarillenta pesadumbre
Sentada, la paciencia parecia
Sobre un sepulcro, que al dolor sonrie.
¿No era esto amor? Diremos más los hombres,
Y juraremos más; pero es lo cierto
Que exceden las palabras á las obras.
A creer en votos, fuéramos gigantes;
Y somos en amar ¡cuán inconstantes!

DUQ. ¿Murió tu hermana de ese amor, Cesario?

VIOL. De mi paterna estirpe ya no queda
Hija ni hermano más que yo; no obstante,
Lo ignoro, Alteza.—¿Írème á ver á Olivia?

DUQ. Sí, que eso es lo que importa. Corre á verla;
Dale esta joya, y di que mi tormento
No admite excusa ya ni aplazamiento. (Vánse.)

ESCENA II.

El jardin de Olivia.

Salen DON TOBIAS, DON ANDRÉS y FABIO.

D. TOB. Ven acá, señor Fabio.

FAB. Ya voy, no os apureis. Antes que perder un
átomo de esta diversion, dejárame hervir hasta
la muerte en melancolía.

D. TOB. ¿No te diera gusto ver á ese ruin bellaco,
á ese fullero, burlado y avergonzado?

FAB. Fuera un triunfo para mí, amigo. Ya sabeis
que me indispuso con la señora, con motivo
de una riña de osos.

D. TOB. Pues para que rabie, tendremos otra riña
de osos; y le pondremos de sandio y majadero
que no habrá por donde cogerle. ¿No es cierto,
don Andrés?

D. AND. Si no lo hiciésemos, lástima fuera de nuestras vidas.

D. TOB. Aquí viene la picarilla.

Sale MARÍA.

¿Qué tal, lucerito del alba?

MAR. Escondeos los tres detras de la mata: Malvolio viene por esta calle. Se ha estado media hora al sol haciendo reverencias á su propia sombra. Observadle bien, por el amor de la burla; pues sé que esta carta le trasformará en idiota contemplativo. ¡Silencio, en nombre del dios Momo. (Los hombres se ocultan.) Queda tú allí; (Echa una carta en el suelo.) pues aquí se acerca la trucha que hemos de pescar con cosquillas. (Vase.)

Sale MALVOLIO.

MALV. No es más que suerte; todo es suerte. Me dijo una vez María que me tenia aficion; y yo mismo he oido de sus propios labios, que si alguna vez llegase á enamorarse, seria de un hombre de mi garbo. Por otra parte, me trata con muchísimo más respeto que á otro cualquiera de su servidumbre. ¿Qué debo pensar de esto?

D. TOB. ¡Habrás visto pícaro presuntuoso!

FAB. ¡Silencio! La cavilacion le va convirtiendo en pavon soberbio. ¡Cómo se infla bajo sus erizadas plumas!

D. AND. ¡Por vida! ¡qué brava zurra le diera!

D. TOB. ¡Silencio digo!

MALV. ¡Ser todo un conde Malvolio!

D. TOB. ¡Ah, pícaro!

D. AND. ¡Un tiro, pégale un tiro!

D. TOB. ¡Silencio, silencio!

MALV. Se dan casos: la camarera mayor se casó con un palafranero.

D. AND. ¡Bribon desvergonzado!

FAB. ¡Silencio, por Dios! Ahora está engolfado. Ved como le hincha el amor propio.

MAL. A los tres meses de estar casado con ella, hallándome sentado bajo mi dosel...

D. TOB. ¡Quién tuviera un canuto para darle con un garbanzo en el ojo!

MAL. Llamo á mis criados á mi alrededor, envuelto en mi bata de terciopelo recamado: acabo de levantarme del estrado en que dejé á Olivia durmiendo...

D. TOB. ¡Fuego y azufre!

FAB. ¡Silencio, silencio!

MAL. Sentir luego ciertos arranques de grandeza; y despues de girar la vista en derredor con gravedad, diciéndoles: sé cuál es mi puesto, y quisiera que ellos no olvidasen cuál es el suyo; pregunto por mi deudo Tobías...

D. TOB. ¡Voto va al diablo!

FAB. ¡Silencio, silencio por Dios! Ahora, ahora.

MAL. Siete de mis criados, con un brinco de solícita obediencia, se lanzan en su busca: yo, entre tanto, frunzo el entrecejo, ó por ventura doy cuerda á mi reloj, ó juego con mi... con algun dije precioso. Entra Tobías y me hace desde allí una reverencia...

D. TOB. ¡Y aún hemos de dejarle con vida?

FAB. Callad, y aunque os arranquen las palabras con una recua.

MAL. Le alargo la mano así, dominando mi sonrisa familiar con una mirada austera de censura...

D. TOB. ¿Y no te limpia entónces Tobías el hocico de un revés?

MAL. Diciendo: «Tio Tobías, mi destino, habiéndome arrojado en brazos de vuestra sobrina, me autoriza para deciros...»

D. TOB. ¿Qué? Oigamos.

MAL. «Que os cureis del vicio de la embriaguez.»

D. TOB. ¡Mira, belitre!

FAB. ¡Eh, paciencia! ó daremos en tierra con nuestra trama.

MAL. «Además, derrochais lastimosamente las horas preciosas con un hidalgo majadero...»

D. AND. Ese soy yo, tenedlo por seguro.

MAL. «Un tal don Andrés...»

D. AND. Bien sabia que era yo, pues muchos me llaman majadero.

MAL. ¿Qué tenemos aquí? (Recoge la carta.)

FAB. La chocha se va acercando á la trampa.

D. TOB. ¡Silencio, por Dios! y que el genio de la burla le sugiera que lea en voz alta.

MAL. ¡Por vida mia que esta es letra de mi ama! Son sus misma ces, y sus ues, y sus tes; y así hace las pes mayúsculas. Es, sin duda alguna, su letra.

D. AND. ¿Sus ces, sus ues, sus tes? ¿A qué viene eso?

MAL. (Lee.) «Al amado desconocido, ésta, con mis mejores deseos.»—¡Sus mismas palabras! Con tu permiso, lacre. ¡Paso! Y el sello es la Lucrecia, con que acostumbra sellar. Es de mi ama. ¿A quién irá esto?

FAB. Esto le rinde en cuerpo y alma.

MAL. (Lee.) «Los dioses bien saben

Que adoro: ¿y á quién?

Callemos, que es fuerza

Que oculte mi bien.»

«¿Que oculte mi bien?» ¿Qué sigue? ¡Cambia de metro! «¿Que oculte mi bien?» ¡Si lo dijera por ti, Malvolio!

D. TOB. ¡Que te emplumen por necio!

MAL. (Lee.) «Puedo mandar en quien adoro; empero

Crudo el silencio, con oculta herida,

Hiere mi pecho cual traidor acero:

M, O, A, I, es dueño de mi vida.»

FAB. ¡Valiente quisicosa!

D. TOB. Soberbia moza digo yo.

MAL. «M, O, A, I, es dueño de mi vida.» Pero primero veamos, veamos, veamos.

FAB. Buen cebo le ha tendido.

D. TOB. Y con qué alas se tira á él el gánapiro.

MAL. «Puedo mandar en quien adoro.» Ciertamente, puede mandar en mí: yo la sirvo; es mi ama.

A fe que esto lo alcanza á comprender cualquiera inteligencia medianamente despejada; lo que es esta parte no ofrece dificultad alguna. Veamos la conclusion.—¿Qué significará esta combinacion alfabética? Si yo pudiese hallar alguna relacion entre estos signos y alguna condicion mia... Vamos despacio. M, O, A, I,...

D. TOB. Eso es: á ver si lo aciertas. Ha perdido la pista.

FAB. Sin embargo, el galgo no renuncia á la caza.

MAL. M... Malvolio. M... pues, así empieza mi nombre.

FAB. ¿No dije que acertaria con la quisicosa? Tiene buena nariz este gozque.

MAL. M... pero luego no hay correspondencia en lo que sigue; se resiste á la prueba: debiera seguir una A, y sigue una O.

FAB. Y acabará en ¡Oh! segun espero.

D. TOB. Si tal, ó yo le pegaré hasta que chille ¡Oh!

MAL. Luego sigue una I.

FAB. Hi de...

MAL. M, O, A, I; esta alusion no está tan clara como la anterior; y sin embargo, si la forzara un poco, no dudo que se acomodaria á mi persona; pues todas estas letras constan en mi nombre. ¡Poco á poco! aquí sigue prosa. (Lee.)

«Si esta carta cayere en tus manos, medita. En cuanto á destino, soy superior á ti; pero no te arredre la grandeza. Unos nacen grandes,

otros alcanzan grandeza, y á otros la grandeza se les echa encima. Tu destino te abre los brazos, échate en ellos con arrojo y brio; y para irte acostumbrando á la suerte que probablemente te espera, despójate de esa capa de humildad que te encubre y aparece otro. Sé caprichoso con cierto deudo, áspero con los criados; resuenen en tus labios argumentos de peso; haya singularidad en tu comportamiento; así te lo aconseja la que por ti suspira. Acuérdate de quién fué la que alabó tus medias amarillas, y manifestó el deseo de verte llevar siempre las ligas cruzadas: te digo que te acuerdes. Tienes hecha tu suerte; no falta más que cogerla; si no te atreves, véate yo mayordomo siempre, compañero de lacayos, é indigno de tocar la mano de la fortuna. Adios. La que quisiera trocar oficios contigo,

LA FELIZ DESDICHADA.»

Está más claro que la luz del día; aquí no cabe duda. Seré orgulloso, leeré autores políticos, haré la contra á don Tobías, sacudiré todas mis relaciones ordinarias, seré la misma perfección. En esto no me burlo de mí mismo, dejándome alucinar por la fantasía; pues todo tiende á indicar que mi ama me quiere. En efecto, celebró no há mucho mis medias amarillas, y alabó mis ligas cruzadas; con lo cual se brinda á mi amor, y con cierta alusión sutil, me obliga á vestir las galas que son de su gusto. Gracias á mi estrella soy venturoso. Seré singular, orgulloso, gastaré medias amarillas, y me cruzaré las ligas sin más tardanza que la que fuere menester para ponérmelas. ¡Loados sean los dioses y mi estrella! Hay todavía una postdata. (Lee.) «No puedes ménos de adivinar quién soy. Si correspondes á mi amor,

manifiéstalo sonriéndote: tus sonrisas te sientan bien; por lo tanto, te ruego, bien mio, que no dejes de sonreír en mi presencia.»—¡Gracias á Júpiter! Me sonreiré; haré todo cuanto me pidieres. (Vase.)

FAB. No cedería mi parte de esta burla por la mejor pension que me pudiera señalar el gran Sofí.

D. TOB. Seria capaz de casarme con esa moza sólo por haber tramado esta treta.

D. AND. Y yo tambien.

D. TOB. Y no pidiera con ella otro dote que una burla como esta.

D. AND. Ni yo tampoco.

FAB. Aquí viene nuestra gran cazadora de calandrias.

Sale MARIA.

D. TOB. ¿Quieres ponerme el pié en la nuca?

D. AND. Y en la mia tambien.

D. TOB. ¿Quieres que juegue mi libertad á una partida de damas y me convierta en humilde esclavo tuyo?

D. AND. A fé; y yo tambien.

D. TOB. Le has sumido en un sueño tal, que por fuerza se ha de volver loco cuando vea desvanecerse la vision.

MAR. Vamos, decidme la verdad: ¿le hace efecto?

D. TOB. Lo mismo que á una comadrona un trago de aguardiente.

MAR. Pues si quereis ver luego el fruto de esta burla, notad su primera entrevista con mi ama: se presentará á ella con medias amarillas, color que abomina, y con las ligas cruzadas, moda que ella detesta; y se sonreirá al mirarla, lo cual se avendrá tan mal con la disposicion de su ánimo, entregada como lo está á

la melancolía, que no podrá ménos de rebajarle notablemente en su opinion. Si quereis verlo, seguidme.

D. TOB. Hasta las puertas del Tártaro, ingeniosa diablilla.

D. AND. Seré de la partida tambien. (Vánse.)

ACTO III.

ESCENA PRIMERA.

El jardin de Olivia.

Salen VIOLA y el BUFON con un tamboril.

VIOL. Dios te guarde, bufon, y tu música. ¿Vives tocando el tamboril?

BUF. No, vivo tocando la iglesia.

VIOL. ¿Eres sacristan?

BUF. Nada de eso, hidalgo: vivo tocando la iglesia, porque vivo en mi casa, y mi casa está arrimada á la iglesia.

VIOL. De esa suerte podrias decir que el rey duerme al lado de una mendiga, si viviese una mendiga al lado de él; ó que tu tamboril es arrimo de la iglesia, si estuviese tu tamboril arrimado á la iglesia.

BUF. Decís bien, hidalgo. ¡En qué siglo vivimos! Una sentencia es como un guante de cabritilla para un ingenio discreto. ¡Con qué presteza logra volverla del revés!

VIOL. Cierto es, á fe; los que juegan diestramente con las palabras, pronto las hacen livianas.

BUF. Por eso quisiera que no le hubieran puesto nombre á mi hermana.

VIOL. ¿Por qué, amigo?

BUF. Porque su nombre, hidalgo, es una palabra, y temo que el jugar con esa palabra pudiera hacer liviana á mi hermana. Pero es lo cierto que las palabras son verdaderas pícaras desde que las deshonraron escrituras.

VIOL. ¿Por qué razon?

BUF. A fe, hidalgo, no os podré dar razon alguna si no es de palabra; y las palabras han llegado á ser tan falsas, que no me atrevo á fundar razon alguna en ellas.

VIOL. Apuesto la cabeza que eres mozo alegre y no te preocupas por nada.

BUF. No tal, hidalgo, me preocupo por algo; pero en mi ánima que no me preocupo con vos; si eso fuera no preocuparme por nada, quisiera que fuera parte á hacerlos invisible.

VIOL. ¿No eres el bufon de la señora Olivia?

BUF. No, á fe; la señora Olivia no gusta de bufonadas, ni mantendrá bufon alguno mientras no se case; y tanto va de un bufon á un marido como de una sardina á un arenque: el marido es el mayor de los dos. En verdad no soy su bufon, sino su corruptor de palabras.

VIOL. Te ví no há mucho en la corte del conde Orsino.

BUF. La necesidad, hidalgo, se pasea por todo el orbe, como el sol: brilla en todas partes. Lástima me diera de que el bufon no estuviera tan á menudo con vuestro amo como con mi ama. Se me antoja que ví á vuestra sabiduría allí mismo.

VIOL. Si piensas convertirme en blanco de tus pullas, hemos acabado. Toma por el gasto que has hecho.

BUF. Ruego á Júpiter que la próxima vez que le sobre pelo te conceda una barba.

VIOL. A fe mia te juro que casi me muero por una; (Aparte.) aunque no quisiera que me saliera en la cara.—¿Está en casa tu ama?

BUF. (Señalando la moneda que tiene en la mano.) ¿No darian fruto un par de estos?

VIOL. Ciertamente, teniéndolos juntos y administrándolos bien.

BUF. De buena gana haria el papel del seor Pandaro de Frigia, hidalgo, para traer una Creseida á este Troilo.

VIOL. Ya os entiendo; teneis buen modo de pedir.

BUF. La merced no será gran cosa, creo, pidiendo á una pordiosera. Creseida fué una pordiosera. Mi ama está dentro, hidalgo. La notificaré de dónde venís. Quién sois y qué quereis, son cosas que están fuera de mi esfera, mejor diria de mi elemento; pero la palabra está muy gastada. (Váse.)

VIOL. Le sobra seso para hacer el bobo.

Y algun ingenio ha menester si quiere
Hacer bien su papel: que observe es fuerza

De aquellos el humor á quien da broma,

Su rango y clase; que oportuno sea,

Y como el jerifalte se abalance

A cualquier pluma que su vista hiere.

Y es este tan difícil ejercicio

Como cualquiera á que se entrega el sabio:

Pues el bufon discreto nos distrae;

Y el sabio que da en necio, en loco cae.

Salen DON TOBIAS y DON ANDRÉS.

D. TOB. Dios os guarde, caballero.

VIOL. Y á vos, hidalgo.

D. AND. *Dieu vous garde, monsieur.*

VIOL. *Et vous aussi; vótre serviteur.*

D. AND. Así lo espero; y yo lo soy vuestro.

D. TOB. ¿Quereis honrar nuestra casa? Mi sobrina desea que paseis adelante, si es que traeis algun recado para ella.

VIOL. Es merced que me otorga. Ella es el límite de mi viaje.

D. TOB. Probad vuestras piernas, hidalgo; ponedlas en movimiento.

VIOL. Mis piernas me comprenden mejor que yo lo que quereis decir con mandar que pruebe mis piernas.

D. TOB. Quiero decir que andeis, hidalgo, que entreis.

VIOL. Os contestaré andando y entrando. Pero no me dejan.

Salen OLIVIA y MARÍA.

Muy noble y hechicera dama, lluevan los cielos perfumes sobre vos.

D. AND. Ese jóven es gran cortesano. «Llover perfumes.» ¡Bonito!

VIOL. Mi recado no tiene voz, señora, sino para vuestros solícitos y condescendientes oídos.

D. AND. «Perfumes, solícitos y condescendientes.» Al punto me los he de aprender de memoria.

OLIV. Que cierren las puertas del jardín, y dejad que le preste oído. (Vánse D. Tobías, D. Andrés y María.) Dadme la mano, hidalgo.

VIOL. Humilde á vuestras órdenes me postro.

OLI. ¿Cómo os llamais?

VIOL. Cesario tiene nombre, Princesa encantadora, vuestro siervo.

OLI. ¡Mi siervo, hidalgo! Nunca hubo alegría

En este mundo desde que en dar nombre

De cumplimiento á la lisonja dieron.

Criado sois del conde Orsino, jóven.

VIOL. Y él vuestro, y vuestro debe ser el suyo.

De vuestro siervo el siervo es siervo vuestro.

OLI. No pienso en él, os juro: más quisiera

Que fuera una hoja en blanco su memoria,

Que verla en mis recuerdos ocupada.

VIOL. Vengo á avivar, señora, en favor suyo
Vuestra memoria tierna.

OLI. Perdonadme.

Os dije que jamás en mi presencia

Volvierais á nombrarle. Pero en cambio,

Si otra merced tuviérais que pedirme,

Vuestra solicitud escucharía

Mejor que de los ángeles el canto.

VIOL. Señora...

OLI. Permitid, os ruego.

Despues que tal encanto há poco obrasteis

Aquí, mandé tras vos una sortija,

Haciendo tal agravio á mi persona,

A mi criado, y áun á vos, me temo.

Me expongo á vuestras duras conjeturas,

Pues quise con astucia ignominiosa

Daros por fuerza aquello que sabíais

Que no era vuestro. ¡Cómo me habreis puesto!

¡Mi honor habreis en blanco convertido,

Disparando sobre él cuantas injurias

Pudo inventar un corazon tirano!

Para un ingenio como el vuestro vivo

Bastante dije. ¡Ay! un cipres, no un pecho,

Mi corazon oculta! Hablad ahora.

VIOL. Lástima os tengo.

OLI. Hay de eso á amar un paso.

VIOL. No tal, ni medio. La experiencia enseña

Que nos infunden lástima á menudo

Los propios enemigos.

OLI. Pues entónces,

Es hora ya de sonreir de nuevo.

¡Cuán dado, oh mundo, es al orgullo el pobre!

Si es fuerza presa ser ¡cuánto más vale

Caer rendido ante el león que el lobo!

(Se oye dar la hora en un reloj.)

Me riñe porque el tiempo en vano gasto.

Nada temais, buen jóven; yo no os quiero.

No obstante, cuando lleguen á su agosto
 Ingenio y juventud, vuestra consorte
 Un hombre logrará de nobles prendas.
 A Poniente derecho vuestro rumbo
 Va por allí.

VIOL. Pues á Poniente entónces.
 Salud y alegre humor os acompañen.
 ¿Y no hay recado alguno para el amo?

OLI. Espera un poco, y dime, te lo ruego:
 De mí ¿qué piensas?

VIOL. Que pensais, señora,
 Que no sois lo que sois.

OLI. Pues si eso pienso,
 Pienso de vos lo mismo.

VIOL. Y bien pensado:
 Pues no soy lo que soy.

OLI. A fe, quisiera
 Que fuerais tal cual mi deseo os pinta.

VIOL. ¿Fuera mejor de lo que soy, señora?
 Lo espero: ahora soy juguete vuestro.

OLI. ¡Cuán seductora la altivez parece
 En el desden y enojo de ese labio!
 Más pronto sale á luz que muerte impía
 Tímido amor: su noche es claro día.

Cesario, por las rosas del estío,
 Mi fe, mi honor, mi virginal desvío,

Te juro que mi pecho loco te ama
 A pesar de tu orgullo y de mi fama.

Sutil no arguyas, porque así te imploro,
 Que debes ver impávido mi lloro;

Sé compasivo, y tu razon discreta
 En esta forma á la razon sujeta:

Si es dulce amor, con hondo afan logrado,
 Más dulce es cuando brota inesperado.

VIOL. Por mi inocencia y juventud os juro
 Que tengo un alma fiel y un pecho puro;
 Y dueña de ellos no es mujer alguna,
 Y salvo yo, no lo será ninguna.

Que os guarde Dios. Jamás por mi plañido
 Será de mi amo el duelo á vuestro oido.
 OLI. No, ven; tal vez podrás mover mi pecho
 A amar al hombre cuyo amor desecho. (Vánse.)

ESCENA II.

La casa de Olivia.

Salen DON TOBIAS, DON ANDRÉS y FABIO.

D. AND. No, á fe, no me quedaré un minuto más.

D. TOB. ¿Tu razon, querido veneno? dinos tu razon.

FAB. Es fuerza que manifesteis vuestra razon, don Andrés.

D. AND. Es el caso que ví á vuestra sobrina hacer tales favores al criado del conde, como no me los dispensó á mí jamás; lo ví todo en el jardin.

D. TOB. Pero ¿te vió á ti al mismo tiempo, camarada? Contéstame á eso.

D. AND. Tan claro como os veo á vos ahora.

FAB. Pues os dió con eso una prueba grande de su amor.

D. AND. ¡Vive Dios! ¿os quereis divertir conmigo?

FAB. Os lo probaré en toda regla, hidalgo, bajo el juramento del criterio y la razon.

D. TOB. Y estos fueron siempre grandes jurados desde ántes que Noé dió en hacerse marino.

FAB. Se mostró afable con el mancebo delante de vuestros propios ojos, sólo con el objeto de exasperaros, de despertar vuestro valor de lirón, de llenaros el corazon de fuego y el hígado de azufre. Hubierais debido acercaros á ella en aquel instante, y con algunos chistes agudísimos y flamantes de puro recién acuñados, hundir en mutismo al mancebo. Esto es

lo que ella aguardaba de vos, y esto es lo que vos no supisteis hacer. Dejasteis que el tiempo borrarase el doble dorado de esta feliz ocasion, y ahora habeis ido á parar á los mares del Norte de la estimacion de mi ama, en donde os quedareis colgado como un témpano de la barba de un holandés, si no remediais vuestra torpeza haciendo algun laudable esfuerzo de valor ó de política.

D. AND. En siendo de algun modo, habrá de ser con valor, pues detesto la política; más quisiera ser puritano que político.

D. TOB. Pues entónces edifica tu fortuna sobre la base del valor. Desafía al mancebo del conde y sácale á reñir; hiérele en once partes; mi sobrina lo tendrá en cuenta; y ten por seguro que no hay corredor de amor que pueda recomendar con más eficacia á un hombre á las mujeres que la fama de valiente.

FAB. No os queda otro camino, don Andrés.

D. AND. ¿Se prestará cualquiera de vosotros á llevarle un cartel de desafío?

D. TOB. Vé, escríbelo en letra marcial; sé áspero y breve. Poco importa que sea chistoso ó no, con tal que sea elocuente y rebose discrecion. Búrlate de él con toda la licencia que te concede la tinta; no estará de más que le tutees media docena de veces; y pon en tu carta cuantas mentiras quepan en el papel, aunque fuere tan grande como una sábana. Vé, y pon manos á la obra. Cuida de que haya bastante hiel en tu tinta, y aunque escribas con pluma de ganso, no importa. Manos á la obra.

D. AND. ¿Dónde os hallaré?

D. TOB. Te iremos á llamar á tu cubículo. Véte.

(Váse don Andrés.)

FAB. Caro os debe ser este hombrecillo, don Tobías.

D. TOB. Tambien le soy caro, muchacho: de un par de miles, ó cosa así, no bajan.

FAB. Braba carta recibiremos de él: pero no la entregareis.

D. TOB. Me guardaré muy bien. Tratad vos de aguijar al mancebo para que le conteste. Creo que ni con un tiro de bueyes será posible juntarlos. En cuanto á Andrés, si se le abriera, y halláreis en su hígado sólo una gota de sangre bastante para entorpecer la pata de una pulga, me comprometo á comerme lo restante del cádaver.

FAB. Y el rostro de su adversario, el mancebo, no presagia tampoco gran valentía.

Sale MARÍA.

D. TOB. Mirad donde viene la picarilla.

MAR. Si teneis gana de hipocondría, y quereis desternillaros de risa, seguidme. El chorlito de Malvolio se ha convertido en pagano, en verdadero renegado; pues es imposible que ningun cristiano que espere salvarse por la verdadera creencia, crea en semejante cúmulo de despropósitos. Lleva medias amarillas.

D. TOB. ¿Y las ligas cruzadas?

MAR. Sí tal, está feísimo; tiene traza de pedante maestro de escuela. Le he acechado como un asesino. Cumple al pié de la letra la carta que extravié para engañarle. A fuerza de sonreirse ostenta más líneas en su cara que tiene el nuevo mapa con el aumento de las Indias. No os podeis figurar qué ridículo está. Apenas me pude contener de tirarle algo á la cabeza. Sé que mi señora le dará de bofetadas, y si tal hace, se sonreirá, y lo tendrá á gran merced.

D. TOB. Vén, llévanos, llévanos adonde esté.

(Vánse.)

ESCENA III.

Una calle.

Salen SEBASTIAN y ANTONIO.

SEB. No os quise ser molesto ni gravoso;
Mas ya que hallais placer en molestaros,
No os reconvengo más.

ANT. Me fué imposi ble
Quedarme atras: me puso espuelas mi ánsia,
Aun más aguda que afilado acero.
Mas no movióme afan de veros sólo,
(Aunque hartó tuve para haber seguido
Mayor jornada) sino en parte angustia
Por saber cómo os iba en vuestro viaje
Por esta para vos ignota tierra,
Ruda tal vez, no siempre hospitalaria
Para el extraño que por vez primera
La pisa sin amigos y sin guía.
Solicito mi amor, con el recelo
De estos peligros aguijado, al punto
Me hizo salir tras vos.

SEB. Mi buen Antonio,
No puedo contestaros sino gracias,
Gracias y siempre gracias. A menudo
Tal pago logran las mejores obras.
Mas si tan firme fuera mi fortuna
Cual mi intencion, más justo premio os diera.
¿Qué haremos? ¿Visitar los monumentos
De esta ciudad?

ANT. Mañana. Por ahora
Conviene más buscar alojamiento.

SEB. No estoy cansado, y rato hay á la noche:
Os ruego que saciemos nuestros ojos
Con los recuerdos y notables cosas
Que esta ciudad encierra.

ANT. Perdonadme:

No sin peligro voy por estas calles.
Presté en naval combate cierto dia
Servicios tales contra las galeras
Del conde, que si preso aquí cayese,
Dificilmente respondiera de ellos.

SEB. ¿Quizá mataste á mucha gente suya?

ANT. De índole tan sangrienta no es mi ofensa;
Aunque fué tal la riña, y en tal tiempo,
Que muertos pudo haber por ambas partes.
Hubiera sido fácil arreglarlo
Con devolver las presas que cogimos,
Cual por amor del tráfico más tarde
Hizo en su mayor parte nuestra gente.
Yo solo no cedi; por cuya causa,
Si aquí me ven podrá costarme caro.

SEB. Entónces no os mostreis tan sin rebozo.

ANT. Fuera imprudente á fe. Tomad mi bolsa.
El Elefante es la mejor posada
Del arrabal del Sur: allí estaremos.
Mientras burlais el tiempo apacentando
Vuestros conocimientos con la vista,
Encargaré que apronten la comida.
Allí me encontrareis.

SEB. ¿Y á qué la bolsa?

ANT. Pudierais reparar en algun dije,
Que quisierais comprar, y vuestra hacienda
No está, me temo, para ociosas compras.

SEB. Haré de tesorero, y por un rato
De vos me alejo.

ANT. Al Elefante.

SEB. Entiendo. (Vánse.)

ESCENA IV.

El jardín de Olivia.

Salen OLIVIA y MARÍA.

OLIV. Mandé tras él, y dijo que vendría.

¿Cómo he de agasajarle? ¿Qué daréle?

Más fácil es comprar á un alma jóven,

Que ablandarla con súplicas y ruegos.

Hablo de más. ¿En dónde está Malvolio?

Es grave y es cortés, y bien se aviene

Criado de esta especie con mi estado.

¿En dónde está Malvolio, te pregunto?

MAR. Ya viene, señora, aunque de un modo extraño. Sin duda debe estar poseído, señora.

OLIV. ¿Qué ocurre, pues? ¿Delira?

MAR. No, señora; no hace más que sonreirse.

Vuesamerced haria bien en tener á alguien cerca cuando venga, pues de fijo tiene trastornado el seso.

OLIV. Vé, corre en busca de él; dile que venga.

*(Váse María.)*Mi seso igual enfermedad padece,
Si el loco alegre al triste se parece.*Sale MALVOLIO.*

¿Qué tal Malvolio?

MAL. *(Se sonrie.)* ¡Hermosa dama! ¡oh! ¡oh!

OLIV. Pero ¿qué es eso, dime? ¿Te sonries?

Pensaba hablarte en un asunto serio.

MAL. ¿Sério? ¿Señora! Gana tengo de estar sério: este cruzamiento de ligas produce cierto entorpecimiento en la sangre. ¿Pero qué importa? En agradando á los ojos de una, digo como aquel verdadero soneto: «En agradando á una, agrado á todas.»

OLIV. Pero, Malvolio, ¿cómo te encuentras, hombre? ¿Qué te pasa?

MAL. No negro de humor, aunque sí amarillo de piernas. En efecto, llegó á sus manos, y las órdenes serán cumplidas. Creo que conocemos la bella letra romana.

OLIV. ¿Te quieres ir á la cama, Malvolio?

MAL. ¿A la cama? Cierto, bien mio, y me tendrás á tu lado.

OLIV. ¡Válgate Dios! ¿Por qué te sonries tanto, y te besas la mano tan á menudo?

MAR. ¿Cómo os sentís, Malvolio?

MAL. ¡A la orden vuestra! Ruisiñores contestan á grajos.

MAR. ¿Cómo osais presentaros con tan ridícula impertinencia delante de la señora?

MAL. «No te arredre la grandeza.» Bien escrito estaba.

OLIV. ¿Qué quieres decir con eso, Malvolio?

MAL. «Unos nacen grandes...»

OLIV. ¿Cómo?

MAL. «Otros alcanzan grandeza...»

OLIV. ¿Qué dices?

MAL. «Y á otros la grandeza se les echa encima.»

OLIV. ¡Dios te ayude!

MAL. «Acuérdate de quien alabó tus medias amarillas...»

OLIV. ¡Tus medias amarillas!

MAL. «Y manifestó el deseo de verte siempre con las ligas cruzadas.»

OLIV. ¡Ligas cruzadas!

MAL. «Ea, tienes hecha tu suerte; no falta más que cogerla...»

OLIV. ¡Mi suerte!

MAL. «Si no te atreves, véate yo mayordomo siempre.»

OLIV. ¡Válgame Dios! ¡Este hombre está loco rematado!

Sale un CRIADO.

CRIADO. Señora, el paje del conde Orsino está de vuelta; apénas pude conseguir que volviese. Aguarda las órdenes de vuesamercé.

OLIV. Voy á verle. (Váse el criado.) Querida María, haz que cuiden de este hombre. ¿Dónde está mi tío Tobías? Que tengan dos ó tres de mis criados particular cuidado con él. No quisiera por la mitad de mi dote que se me desgraciara.
(Vánse Olivia y María.)

MAL. ¡Hola! ¡Ya va dando en el blanco! ¡Nádie ménos que don Tobías ha de cuidar de mi persona! Esto concuerda exactamente con el contenido de la carta: le manda precisamente con objeto de que pueda contrariarle: me lo dice en su carta. «Despójate, me dice, de esa capa de humildad que te encubre; sé caprichoso con cierto pariente; áspero con los criados; resuenen en tus labios argumentos de peso; haya singularidad en tu comportamiento.» Y luego describe la manera en que esto se ha de hacer, á saber: con aspecto grave, con apostura venerable, lengua pausada, á manera de gran personaje, y lo demas. La tengo enligada. ¡Pero todo es obra de los dioses, y hagan ellos que me muestre agradecido! Y ahora al marcharse: «Haz que cuiden de ese hombre.» ¡Hombre! no Malvolio, ó segun mi tratamiento, sino hombre. Está visto, hay en todo completa concordancia; de suerte que ningun grano de escrúpulo, ningun escrúpulo de escrúpulo, ningun obstáculo, ninguna circunstancia inverosímil ó equívoca... ¿Qué se me podrá objetar? No puede haber nada que se interponga entre mí y el vasto horizonte de mis esperanzas. En fin, Júpiter es el autor de todo esto, y á él rindamos gracias.

Salen MARÍA, DON TOBIÁS y FABIO.

D. TOB. En nombre de todos los santos, decidme en dónde está. Aunque todos los demonios del infierno estuvieran reconcentrados en breve espacio, y estuviera poseido de la misma legión, no obstante, le hablaré.

FAB. Aquí está, aquí está. ¿Cómo os sentís, hidalgo? ¿Qué tal te va, hombre?

MAL. Alejaos; os despido; dejadme disfrutar de la soledad. Alejaos.

MAR. ¿No oís con qué voz tan hueca habla dentro de él el enemigo? ¿No os lo dije? Don Tobías, mi señora os ruega que mireis por él.

MAL. ¡Hola, hola! ¡conque eso quiere!

D. TOB. ¡Silencio! ¡silencio! Es menester que le tratemos con dulzura. Dejadme á mí. ¿Qué tal, Malvolio? ¿Cómo os sentís? Vamos, hombre, no os rindais; resistid al demonio; considerad que es enemigo del género humano.

MAL. ¿Sabeis lo que decís?

MAR. ¡Mirad, mirad cuán á pecho lo toma cuando se habla del demonio! ¡Dios quiera que no le hayan hechizado!

FAB. Llevad su orina á casa de la curandera.

MAR. A fe mia que se la he de llevar mañana en cuanto amanezca, si vivo. Mi señora no quisiera que se le desgraciara por todo el oro de las Indias.

MAL. ¿De véras, madama?

MAR. ¡Dios mio!

D. TOB. Calla, por favor. Esto no se hace así. ¿No veis que le estais enojando? Dejadme á solas con él.

FAB. ¡Con dulzura! ¡con dulzura! Mucha calma. El diablo es díscolo, y no se deja tratar con rudeza.

D. TOB. ¿Qué tal, buen mozo? ¿Cómo te va, pichon?

MAL. ¡Caballero!

D. TOB. Ven acá, pimpollo. Vamos, hombre. No es digno de un hombre formal jugar á la gallinita ciega con Satanás. ¡Fuera con ese inmundo carbonero!

MAR. Haced que rece, don Tobías, haced que rece una oracion.

MAL. ¡Una oracion, fregona!

MAR. ¿No lo veis? ¿no os lo dije? Reniega de la devocion.

MAL. ¡Idos todos al diablo! Sois unos séres abyectos y mentecatos: no pertenezco á vuestra esfera. Luego sabreis algo más. (Váse.)

D. TOB. ¿Será posible?

FAB. Si se representara esto en un teatro, lo tendria acaso por una ficcion inverosímil.

D. TOB. Nuestro stratagema le tiene sorbido el seso.

MAR. Seguidle ahora, no sea que le dé el aire á nuestro ardid, y se evapore.

FAB. De esta hecha le volveremos loco de véras.

MAR. Más tranquila estará la casa.

D. TOB. Venid; le encerraremos atado en un aposento oscuro. Mi sobrina está ya en la conviccion de que está loco; podremos seguir con la broma, para diversion nuestra y escarmiento suyo, hasta que nuestro mismo pasatiempo, cansado y sin aliento, nos mueva á apiadarnos de él; y á ti, muchacha, te expediremos patente de reconocedora de locos. Pero, ¡mirad! ¡mirad!

Sale DON ANDRÉS.

FAB. Más materia para un dia de carnestolendas.

D. AND. Aquí teneis el cartel de desafio; leedlo: yo respondo de que tiene sal y pimienta.

FAB. ¿Tan picante es?

D. AND. Ya lo creo: respondo de ello. Leed, leed.

D. TOB. Dame. (Lee.) «Mancebo, seas lo que fueres, no eres sino un bellaco.»

FAB. ¡Bien! ¡muy valiente!

D. TOB. (Lee.) «No te asombres ni te admires en tu imaginacion de que te ponga tal mote, pues no te daré razon alguna para ello.»

FAB. Buena cláusula. Así os poneis á salvo de la garra de la ley.

D. TOB. (Lee.) «Visitas á la señora Olivia, y delante de mí te trata con halago. Pero mientes en tu garganta; no es esta la razon por que te desafío.»

FAB. Así: breve y en excelente sentido... tonto.

D. TOB. (Lee.) «Te acecharé al volverte á tu casa, y si tienes la suerte de matarme...»

FAB. ¡Bien!

D. TOB. (Lee.) «Me matarás á traicion y villanamente.»

FAB. Siempre os manteneis á barlovento de la ley: ¡bien!

D. TOB. (Lee.) «Dios te guarde, y que él se apiade de una de nuestras dos almas. Podrá ser que se apiade de la mia; pero mi esperanza es más risueña, y por tanto, vive alerta. Tu amigo, segun y conforme le tratares, y tu enemigo jurado,

ANDRÉS DE SECOROSTRO.»

Si no le mueve esta carta, no le moverán sus piernas. Yo se la entregaré.

MAR. Buena ocasion se os presenta. Está ahora platicando con mi ama, y no tardará en marcharse.

D. TOB. Vé, don Andrés, y acéchale como un alguacil á la vuelta del jardin. En cuanto le veas, desenvaina, y al desenvainar, reniega horriblemente; pues un voto redondo, echado á tiempo y con acento de maton, suele dar á un hombre más fama de valiente de la que le diera nunca la mayor prueba de bravura.

D. AND. Lo que es á renegar no me ganará nadie.
(Váse.)

D. TOB. Me guardaré bien de entregar esta carta, pues el comportamiento del mancebo revela que es discreto y bien criado: el oficio que desempeña entre su amo y mi sobrina lo demuestra claramente; por lo tanto, esta carta no podrá infundir, por lo absurda que es, miedo alguno en el jóven: verá que procede de un zote. En cambio, le comunicaré su reto por palabra; diré maravillas de la bravura de Secorostro; y haré formar al caballero, cuya juventud é inexperiencia fácilmente se dejarán engañar, una opinion atroz del coraje, de la destreza, furia y denuedo del otro. Esto producirá en ambos tal miedo, que se darán mutuamente la muerte con sus miradas como basiliscos.

Salen OLIVIA y VIOLA.

FAB. Aquí viene con vuestra sobrina. Dejadles pasar hasta que se despida, y luego id al punto tras él.

D. TOB. Discurriré entre tanto algun terrorífico exordio para el reto.

(Vánse don Tobías, Fabio y María.)

OLIV. Bastante dije á un corazon de piedra,
E incauta por demas mi honor expuse.
Hay algo en mí que tal error reprende;
Pero es error tan terco y poderoso
Que de la débil reprension se burla.

VIOL. Cual la pasion en vos, así en el alma
De mi señor la pena estragos hace.

OLIV. Llevad por mí esta joya: es mi retrato;
No lo rehuséis, no os cansará con charlas.
Os ruego que volvais mañana á verme.
¿Qué me podreis pedir que yo os negare,
No siendo de mi honor en menoscabo?

VIOL. Esto no más: vuestra alma para el conde.
OLIV. ¿Cómo con honra puedo darle aquello
Que ya os he dado á vos?

VIOL. Yo os dejo libre.

OLIV. Vuelve mañana. Adios. ¡Demonio tierno!
¡Contigo fuera alegre al misma infierno! (Váse.)

Salen DON TOBIAS y FABIO.

D. TOB. Dios te guarde, hidalgo.

VIOL. Y á vos, caballero.

D. TOB. Ten á mano las armas que llevares contigo: no sé de qué índole son las ofensas que le has hecho; pero tu acechador, lleno de coraje, sangriento como el cazador, te aguarda á la vuelta del jardin. ¡Saca tu tizona! ¡ármate de brio! pues tu contrincante es ágil, diestro y mortal.

VIOL. Os engañais, hidalgo: estoy seguro que nadie piensa en reñir conmigo. No conservo en mi memoria imágen ni recuerdo de agravio inferido á hombre alguno.

D. TOB. Os desengañareis en breve, os lo aseguro. Conque, si es que estimais en algo vuestra vida, poneos en guardia; pues vuestro adversario tiene de su parte cuantas ventajas puedan dar á un hombre, juventud, fuerza, destreza y coraje.

VIOL. Por favor, hidalgo, decidme quién es.

D. TOB. Es caballero, armado tal con espada sin mella, y en campo alfombrado; pero es un verdadero demonio en achaque de desafíos: ha divorciado ya á tres cuerpos de sus almas, y su cólera es tan implacable en este instante, que no admitirá otra satisfaccion que muerte y sepultura. ¡Cis! ¡zas! tal es su consigna: donde las dan las toman.

VIOL. Volveré á entrar en la casa y pediré auxilio

á la señora. Yo no soy quimerista. He oido hablar de ciertos hombres que se entretienen en trabar de intento pependencias con otros, á fin de probar su valor: me temo que sea éste uno de aquellos.

D. TOB. No, señor: su enojo procede de una injuria grave; conque, id allá y satisfaced su deseo. Lo que es á la casa no habeis de volver, á ménos que querais emprender conmigo lo que con no ménos seguridad pudierais ajustar con él: conque vamos allá, ó desnudad de pomo á punta la espada; pues es cosa resuelta que teneis que reñir, ó renunciar á ceñir acero.

VIOL. El lance es tan descortés como extraño. Os ruego que me hagais la merced de informaros de ese caballero en qué le he podido ofender: sin duda habrá sido por inadvertencia, no con intento.

D. TOB. Quiero complaceros en eso. Señor Fabio, quedaos con el hidalgo hasta que yo vuelva.
(Váse.)

VIOL. Decidme, hidalgo: ¿teneis alguna noticia de esta pendencia?

FAB. Sé que ese caballero está enfurecido con vos hasta el extremo de hacerlo cuestion de vida ó muerte; pero ignoro las demas circunstancias.

VIOL. Y decidme, ¿qué clase de hombre es?

FAB. A juzgar por su exterior, no parece ni con mucho tan formidable como le hallareis, sin duda, al poner á prueba su valentía. Es, en verdad, el más diestro, sangriento y fatal adversario que hubierais podido encontrar en toda Iliria. ¿Quereis ir á su encuentro? Os ayudaré á hacer las amistades con él, si puedo.

VIOL. Os lo agradeceré en el alma. Por mi parte, estoy más á gusto entre letrados que entre soldados; y no me importa que me tachen de prudente. (Vánse.)

Salen DON TOBIAS y DON ANDRÉS.

D. TOB. Hombre, te digo que es el mismísimo demonio: no vi en mi vida tan diestro espada-chin. Le di un pase con la espada en la vaina; y tira cada estocada, y con tan mortal intencion, que no hay quien la evite. Al parar, os devuelve el golpe con más seguridad que tocan vuestros piés el suelo que pisan. Dicen que ha sido maestro de esgrima del Gran Turco.

D. AND. ¡Pese á mi casta! no me meteré yo con él.

D. TOB. Sí; pero es el caso que no se deja apaciguar: Fabio apenas puede sujetarle allá abajo.

D. AND. ¡Voto va! á haber sabido que era tan valiente y tan diestro esgrimador, dejara que cargara el demonio con él ántes que retarle. Haced de modo que dé la riña por concluida, y le regalaré mi caballo tordo Capuleto.

D. TOB. Le haré la proposicion. Quedaos ahí, y haced semblante de valiente: esto acabará sin perdicion de almas. (Aparte.) A fe, á fe, le pondré la silla á tu caballo tan bien como á ti la albarda.

Salen FABIO y VIOLA.

(A Fabio.) Ya me da su caballo por arreglar la pendencia. Le he hecho creer que el mancebo es un demonio.

FAB. No tiene éste ménos horrible aprension del otro, y tiembla y palidece como si le siguiera un oso á los talones.

D. TOB. (A Viola.) No hay remedio, hidalgo; quiere reñir con vos sólo porque lo ha jurado. Aunque en lo que toca á la pendencia con vos, lo ha pensado mejor, y ve que la cosa no vale la pena de que se hable de ello. Conque, desenvainad

para que no falte á su juramento. Protesta que no os hará daño.

VIOL. (Aparte.) ¡Dios me proteja! La menor cosa bastara para que les dijera lo que me falta para ser hombre.

FAB. Cejad, si veis que se pone furioso.

D. TOB. Vamos, don Andrés, no hay remedio: por la negra honrilla se empeña el caballero en dar un pase con vos: las leyes del duelo se lo imponen; pero me ha prometido, á fe de caballero y de soldado, que no os hará daño. ¡Vamos! ¡en guardia!

D. AND. Dios quiera que cumpla su palabra.

VIOL. Sucede á mi pesar, os lo aseguro.

(Sacan las espadas.)

Sale ANTONIO.

ANT. Guardad la espada. Si este jóven hizo Ofensa alguna, yo respondo de ella.

Si le ofendisteis, yo por él os reto.

D. TOB. ¡Vos, hidalgo? ¡y quién sois vos?

ANT. Un hombre que osa hacer por sus amigos Lo que su lengua, por modestia, calla.

D. TOB. Si sois quimerista, soy con vos.

(Sacan las espadas.)

Salen ALGUACILES.

FAB. ¡Teneos, buen don Tobías! aquí viene la justicia.

D. TOB. (A Antonio.) Nos veremos despues.

VIOL. Os ruego, hidalgo, que envaineis ese acero, si os place.

D. AND. A fe mia, hidalgo, que lo he de hacer; y en cuanto á lo que os prometí, cumpliré mi palabra. Os llevará á gusto, y está bien arrendado.

ALG. 1.º Este es, prendedle.

ALG. 2.º Antonio, te prendo por orden del conde Orsino.

ANT. Os engañais, hidalgo.

ALG. 1.º No me engaño.

Bien reconozco, hidalgo, vuestra cara,

Aunque cubierta la cabeza ahora

No lleveis con la gorra de marino.

Prendedle; sabe bien que le conozco.

ANT. Es fuerza obedecer. (A Viola.) Esto me viene

De iros siguiendo á vos; mas no hay remedio:

Caro me costará. ¡Qué hareis ahora

Que trance tan cruel me pone en caso

De pedir mi bolsa? Más lo siento

Por lo que hacer no puedo en vuestra ayuda,

Que por mi propia causa. Estais perplejo;

Mas ánimo cobrad.

ALG. 2.º Venid, hidalgo.

ANT. Parte de aquel dinero necesito.

VIOL. ¡De qué dinero hablais? Movido en parte

Por la amistad de que me disteis prueba,

Y en atencion á vuestro actual apuro,

Quiero prestaros parte de mi pobre

Misero haber: escasa es mi fortuna;

Mas partiré con vos lo que me resta:

Tomad; es la mitad de cuanto llevo.

ANT. ¡Cómo! ¿os negais ahora? ¡Y es posible

Que no os persuadan beneficios tantos?

¡Oh, no apureis á un misero! no sea

Que olvide mi decoro hasta el extremo

De echaros las mercedes y favores

Que os hice, en cara.

VIOL. Yo no sé de alguno;

Ni vuestra cara, ni esa voz recuerdo.

Odio la ingratitud en pecho humano

Aún más que la mentira, que el orgullo,

Que la embriaguez, que la jactancia necia,

O vicio alguno, cuya vil ponzoña

La débil sangre infecta.

ANT. ¡Cielos santos!
 ALG. 2.º Venid, hidalgo, no os pareis, os ruego.

ANT. Dejadme que hable un rato. A este jóven
 Libré yo de las garras de la muerte;
 Díle socorro con amor tan santo,
 Y hasta adoré su imágen, en que oculta
 Hallar creí virtud esclarecida.

ALG. 1.º ¿Qué nos importa? El tiempo vuela, vamos.

ANT. ¡Y el dios en tan vil ídolo se trueca!
 Deshonras, Sebastian, tan noble traza.

Sólo á Natura infama el torpe pecho:
 El hombre ingrato sólo es contrahecho.

Beldad es la virtud; maldad lozana,

Negro ataud que el pérfido engalana.

ALG. 1.º Se vuelve loco, á fe: llevadle al punto.

Venid, venid, hidalgo.

ANT. Conducidme.

(Vánse Antonio y los Alguaciles.)

VIOL. Habla con tal fervor, que en su quebranto
 Se cree á sí mismo: no hago yo otro tanto.

¡Oh hermano! ¡que se cumpla mi recelo,

Y que por ti me tomen quiera el cielo!

D. TOB. Ven aquí, hidalgo; ven aquí, Fabio; re-
 flexionemos sábiamente un rato, y pongámonos
 de acuerdo.

VIOL. A Sebastian nombró, tal vez no en vano,

Pues soy espejo vivo de mi hermano

En todo igual: usaba vestidura

De igual adorno, igual color y hechura;

Que es él á quien imito. ¡Si así fuera,

Por mansos, viento y olas bendijera! (Váse.)

D. TOB. Es un muchacho ruin y sin honra, y más
 cobarde que una liebre. Prueba su deshonra el
 hecho de dejar á su amigo en apuro y ne-
 garle su amistad; y en cuanto á su cobardía,
 preguntádselo á Fabio.

FAB. Es un cobarde, un cobarde devoto: es reli-
 gioso en la cobardía.

D. AND. ¡Pese á mi casta! Le voy á seguir y á
 pegarle.

D. TOB. Hazlo: dale recio con los puños; pero no
 saques la espada.

D. AND. ¡Si no lo hago... (Váse.)

FAB. Vamos á ver en qué pára.

D. TOB. Te apostaré lo que quieras que no lle-
 gará la sangre al rio. (Váse.)

ACTO IV.

ESCENA PRIMERA.

Delante de la casa de Olivia.

Salen SEBASTIAN *y el* BUFON.

BUF. ¿Me querreis hacer creer que no me han enviado á llamaros?

SEB. Véte, y déjame en paz; eres un necio.

BUF. ¡Bien sostenido, á fe mia! No, no os conozco, que digamos, ni me ha mandado la señora decirnos que fuérais á hablar con ella; no, vuestro nombre no es Cesario, ni es esta mi nariz tampoco. Nada está conforme está.

SEB. Por Dios, te ruego, ensarta tus sandeces En otra parte: á mí no me conoces.

BUF. ¡Ensartar mis sandeces! Ha oído esa frase de algun grande hombre, y ahora lo aplica á un bobo. ¡Ensartar mis sandeces! Me temo que este poltronazo, el mundo, acabará por ser petimetre. Ruégote ahora que te despojes de esa extrañeza, y me digas qué la he de ensartar á mi señora. ¡Le ensartaré tu próxima llegada?

SEB. Ruégote, sandio griego, que me dejes.

¡Quieres dinero? Aquí lo tienes: toma.
Paga peor tendrás si no te marchas.

BUF. A fe mia, tienes mano franca. Estos sabios
quedan dinero á los necios cobran buena fama...
al cabo de diez años de estarla pretendiendo.

Salen DON TOBIAS, DON ANDRÉS y FABIO.

D. AND. ¡Hola, caballero! ¿Os vuelvo al fin á en-
contrar? Tomad. (Le pega.)

SEB. Pues toma tú tambien, y toma, y toma.
Esta gente está loca, segun creo.

D. TOB. Poco á poco, hidalgo, ó arrojaré vuestra
espada por cima del tejado.

BUF. Se lo voy á contar á mi ama al punto. No
quisiera hallarme en vuestras chupas por dos
maravedís. (Váse.)

D. TOB. (Sujetando á Sebastian.) Vamos, hidalgo, teneos.

D. AND. No, soltadle. Yo le ajustaré las cuentas
por otro lado: le citaré á juicio por agresion
violenta, si es que hay aún justicia en Iliria. Y
aunque yo le pegué primero, no importa.

SEB. Suéltame.

D. TOB. ¡Vamos, hidalgo! no os quiero soltar.
¡Vamos, jóven soldado, envainad ese acero! No
teneis malos puños. ¡Vamos!

SEB. ¡Me soltarás! ¿Qué quieres? Si te empeñas
En apurarme más, saca tu espada.

D. SEB. ¡Hola, hola! Será menester sacarte un
par de onzas de esa sangre atrevida.

(Sacan las espadas.)

Sale OLIVIA.

OLIV. ¡Tente, Tobias, por tu vida, tente!

D. TOB. ¡Señora!

OLIV. ¡Siempre la misma historia! ¡Mal nacido,
Tan sólo digno de vivir en montes
Y bárbaras cavernas donde nunca
Crianza penetró! ¡Sal de mi vista!
No os deis por ofendido, buen Cesario.

¡Grosero, vé! (Vánse don Tobias, don Andrés y Fabio.)

Te ruego, dulce amigo,
Que te dejes guiar por tu cordura;
Y no por la pasion, en este injusto
Grosero ataque contra tu sosiego.
Vente conmigo; y en mi casa oido
Presta al relato de las mil locuras
Sin tino urdidias por aquel malvado,
Y de ésta te reirás. Fuerza es que vengas;
No rehuses. ¡Mal haya aquel impío;
Turbó en tu pecho un corazon que es mio!

SEB. (Aparte.) Me place el lance. ¿A qué vendrá su
[empeño?

O yo estoy loco, ó debe ser un sueño.

¡Hunde mi acuerdo en Lete, oh fantasía!

¡Si esto es soñar, durmamos, alma mia!

OLIV. Ven, pues. Sé en todo dócil á mi ruego.

SEB. Tal juro ser

OLIV. ¡Ay, dilo, y hazlo luego! (Vánse.)

ESCENA II.

Una sala de la casa de Olivia.

Salen MARÍA y el BUFON.

MAR. Ven acá, te ruego: ponte esta sotana y este
alzacuello, y hazle creer que eres don Matias, el
padre cura. Date prisa; llamaré á don Tobias
mientras tanto. (Váse.)

BUF. Pues me la pondré, y me disfrazaré con
ella. ¡Ojalá fuera yo el primero que se disfrazó
con la sotana! No soy bastante alto para llenar
bien mi papel, ni bastante flaco para poder
pasar por buen estudiante: pero vale tanto
tener fama de hombre honrado y de gobierno,
como de hombre prudente y de gran letrado.
Aquí vienen mis colegas.

Salen DON TOBIAS y MARÍA.

D. TOB. ¡Dios te bendiga, padre cura!

BUF. *Bonos dies*, don Tobías; pues como dijo con mucha gracia el viejo ermitaño de Praga, que no vió nunca tinta ni papel, á la sobrina del rey Gorboduc, «lo que es es,» así yo, siendo el padre cura, soy el padre cura. ¿Pues qué es «que» sino «que,» y «es» sino «es?»

D. TOB. A él, padre Matías.

BUF. ¡Ah! ¿quién hay aquí? Paz sea en esta cárcel.

D. TOB. El pícaro disimula bien. ¡Valiente pícaro!

MAL. (Dentro.) ¿Quién llama?

BUF. Padre Matías, el cura, que viene á visitar á Malvolio el lunático.

MAL. ¡Padre Matías! ¡padre Matías! ¡Buen padre Matías! Id á ver á mi señora.

BUF. ¡*Vade retro*, hiperbólico demonio! ¡así atormentas á este desdichado! ¿No sabes hablar más que de las señoras?

D. TOB. Bien dicho, padre cura.

MAL. Padre Matías, nunca fué maltratado de esta suerte hombre alguno. Buen padre cura, no creais que estoy loco. Me han encerrado aquí entre horrosas tinieblas.

BUF. ¡Calla, inmundo Satanás! Te apostrofo en los términos más blandos posibles, pues soy hombre de genio dulce, que trata con cortesía al mismísimo Belcebú. ¿Osas decir que esta casa está en tinieblas?

MAL. Como el infierno, padre cura.

BUF. ¿Qué se entiende? Tiene ventanas saledizas tan transparentes como postigos, y las tejas hácia el surnorte relumbran como el ébano: ¿y aún te quejas de las tinieblas?

MAL. No estoy loco, padre Matías: os digo que esta casa está en tinieblas.

BUF. Loco, te engañas. Te digo que no hay más tinieblas que la ignorancia en que tú estás enredado como los egipcios en su niebla.

MAL. Digo que esta casa está tan tenebrosa como la ignorancia, aunque fuera la ignorancia tan tenebrosa como el infierno; y digo que nunca fué maltratado de tal suerte hombre alguno. Tengo tanto de loco como vos, y si no, haced la prueba dirigiéndome preguntas razonables.

BUF. ¿Cuál es la doctrina de Pitágoras concierne á las aves silvestres?

MAL. Que el alma de nuestra abuela pudiera tal vez estar en un ave.

BUF. ¿Qué opinas de su doctrina?

MAL. Yo pienso noblemente del alma, y no apruebo en manera alguna su doctrina.

BUF. Dios te guarde. Permanece siempre en tinieblas. Tienes que creer en la doctrina de Pitágoras ántes que te pueda dar yo por cuerdo, y guardarte de matar ninguna perdiz por temor de expulsar al alma de tu abuela. Dios te guarde.

MAL. ¡Padre Matías, padre Matías!

D. TOB. ¡Padre Matías de mis entrañas!

BUF. Nado bien en todas aguas.

MAR. Para hacer eso no habias menester alza-cuello y sotana: no te ve.

D. TOB. Háblale ahora en tu voz natural, y dime cómo le encuentras. Quisiera poner término cuanto ántes á esta truhanada. Si pudiéramos ponerle en libertad oportunamente, lo haria de buena gana, pues estoy ahora tan de malas con mi sobrina, que no puedo seguir sin peligro con esta broma hasta el remate. Llégate luego á mi aposento. (Vánse don Tobías y María.)

BUF. (Canta.) *Dime, pastor, por tu vida:
¿Qué hace tu prenda querida?*

MAL. ¡Bufon!

BUF. (Canta.) *Me trata sin compasion.*

MAL. ¡Bufon!

BUF. (Canta.) *¡Mal haya! ¿por qué razon?*

MAL. ¡Bufon! ¡oye!

BUF. (Canta.) *Está por otro perdida.*

¿Quién llama?

MAL. ¡Querido bufon! si deseas hacerte acreedor á mi gratitud eterna, procúrame una vela, una pluma, tinta y papel: á fe de caballero, te lo he de agradecer.

BUF. ¡Señor Malvolio!

MAL. ¡El mismo, querido bufon!

BUF. ¡Ay triste! ¿Cómo fué eso de perder vuestros cinco sentidos?

MAL. Bufon, te digo que no se abusó nunca tan ignominiosamente de la paciencia de un hombre. Estoy tan cuerdo como tú.

BUF. ¿No más cuerdo que yo? Pues entónces debéis estar loco rematado, si no teneis más cordura que un bufon.

MAL. Me han encerrado en este calabozo; me tienen á oscuras, me mandan clérigos asnos, y hacen cuanto pueden por volverme loco.

BUF. ¡Cuidado con lo que se dice! el clérigo está aquí. (Mudando la voz.) «¡Malvolio! ¡Malvolio! ¡que el cielo te devuelva tu juicio! Procura conciliar el sueño, y deja esa ociosa cháchara.»

MAL. ¡Padre cura!

BUF. «No te entretengas en pláticas con él, amigo.»—¿Quién, yo, señor? No haré tal. Dios os guarde, padre Matías.—«Amén, digo.»—Está bien, lo haré así.

MAL. ¡Bufon! ¡bufon! ¡bufon! escucha.

BUF. Vamos, señor, tened paciencia. ¿Qué decís? Me regañan porque os hablo.

MAL. Querido bufon, procúrame una luz y papel: te digo que estoy tan en mi juicio como cualquiera en Iliria.

BUF. ¡Ojalá fuera eso cierto!

MAL. A fe mia que lo estoy. Querido bufon, un poco de papel, tinta y luz, y entrega lo que pusiere por escrito á mi señora: nunca te habrá valido tanto la entrega de una carta.

BUF. Os lo procuraré; pero decidme la verdad: ¿estais loco de veras, ó lo fingis tan sólo?

MAL. Créeme, no estoy loco: te digo la pura verdad.

BUF. ¡Ca! no creeré jamás á ningun loco mientras no le vea los sesos. Os traeré luz, papel y tinta.

MAL. Bufon, te lo pagaré con creces. Vete, por Dios.

BUF. (Canta.) *Al punto voy:
Un duende soy;
Vuelvo en un santiamen.
Y corro más
Que Satanás
Cuando me pagan bien. (Vase.)*

ESCENA III.

El jardin de Olivia.

Sale SEBASTIAN.

SEB. Este es el aire; aquel el sol radiante; Dióme esta perla, yo la palpo y veo; Y aunque el asombro embarga mis sentidos, Locura no es. ¿En dónde estará Antonio? En vano fui á buscarle al Elefante: Y estuvo allí; y allí me aseguraron

Que fué por la ciudad en busca mia.
 Pudiera serme su consejo ahora
 De áureo provecho; que aunque bien discurre
 El alma, á la que apoyan mis sentidos,
 Que puede ser error, mas no locura;
 No obstante, excede tanto á toda idea,
 A todo ejemplo tal raudal de dicha,
 Que casi de mis ojos desconfío,
 Y á mi razon censuro, porque trata
 De disuadirme de la firme creencia
 De que estoy loco, ó que lo está la dama.
 Empero, si así fuera, mal podria
 Su casa gobernar y sus criados,
 Velar por todo, y despachar asuntos
 Con aire tan resuelto, afable y firme
 Como advertí que lo hace. Aquí se oculta
 Algun misterio. Mas la dama viene.

Salen OLIVIA y un SACERDOTE.

OLIV. Mi prisa no tacheis. Si vuestros fines
 Honestos son, conmigo y este padre
 En ese templo entrad, y en su presencia,
 Allí, bajo aquel techo consagrado,
 Juradme fe cumplida, y logre mi alma,
 Que aún turban mil recelos y mil dudas,
 Certeza y paz. Lo callará hasta el dia
 Que os plazca hacerlo público; y entónces,
 Como á mi rango cumple, nuestra boda
 Celebraremos. ¿Qué decís, amigo?

SEB. Iré con vos y con el buen anciano,
 Y os juraré ser fiel, y á fe, no en vano.

OLIV. Padre, guiad. Y con su luz el cielo
 Bendiga el logro de mi dulce anhelo. (Vánse.)

ACTO V.

ESCENA PRIMERA.

Delante de la casa de Olivia.

Salen el BUFON y FABIO.

FAB. Si me quieres, bufon, enséñame su carta.

BUF. Querido señor Fabio, dejad que os pida otro favor.

FAB. Pídemelo que quieras.

BUF. No me pidais que os enseñe esta carta.

FAB. Esto es como regalarme un perro y pedirme en recompensa el mismo perro otra vez.

Salen el DUQUE, VIOLA, CURIO y otros.

DUQ. ¿Sois de la servidumbre de la señora Olivia, amigos?

BUF. Sí, señor; formamos parte de sus trastos domésticos.

DUQ. Te conozco muy bien. ¿Qué tal te va, buen hombre?

BUF. A fé, señor, bien con mis enemigos, y mal con mis amigos.

DUQ. Al contrario; bien con tus amigos.

BUF. No, señor, mal.

DUQ. ¿Pues cómo es eso?

Buf. Ello es, señor, que mis amigos me alaban y me convierten en asno; en cambio, mis enemigos me dicen claramente que soy un borrico: de suerte que por mis enemigos gano en conocimiento de mí mismo, y por mis amigos me pongo en ridículo. De suerte que, siendo las conclusiones como besos, si cuatro negativas hacen dos afirmativas, resulta que me va bien con mis enemigos y mal con mis amigos.

Duq. A fé que esto es excelente.

Buf. Nada de eso, señor, por más que os complacéis en ser uno de mis amigos.

Duq. Pero no quiero que pierdas nada por mí; toma esta moneda de oro.

Buf. Si no hubiera algo de doblez en la accion, os pediria que doblaseis esta moneda.

Duq. ¡Oh! me das malos consejos.

Buf. Meted vuestra bondad en vuestro bolsillo, por esta vez no más, y dejad que vuestra carne y sangre la obedezcan,

Duq. Pues pecaré hasta el extremo de obrar con doblez: toma otra.

Buf. No es mal juego, señor, el de á la una, á las dos, á las tres; y como dice el antiguo adagio, á la tercera va la vencida. No hay compás más alegre que el compás de tres; acordaos del repique de las campanas de San Benito: una, dos, tres.

Duq. No me sonsacarás más dinero de esta hecha. Si quieres anunciar á tu ama que deseo hablarla, y logras traerla contigo, eso tal vez podrá ser parte á despertar mi liberalidad.

Buf. Pues arrullad á vuestra liberalidad hasta que vuelva. Voy, señor, aunque no quisiera que penserais que mi deseo de tener es codicia. Pero, como vos decís, que dé unas cabezadas vuestra liberalidad; no tardaré en despertarla.

(Váse.)

Salen ANTONIO y ALGUACILES.

Viol. Este es el hombre á quien amparo debo.

Duq. Y bien recuerdo aquella cara suya.

La última vez que yo la ví, tiznada

Estaba y negro como el dios Vulcano

Del humo de la guerra. De una triste

Nave era capitan, inapreciable

Por su pequeño porte y corta cala;

Con ella, empero, á la más noble quilla

De nuestra armada se aferró tan crudo,

Que hubo de honrarle y de gritarle vitor

La misma envidia y voz de la derrota.

¿Qué ocurre?

Alg. 1.º Orsino, este es aquel Antonio

Que el Fénix os quitó con cargamento;

Este es quien abordara el tigre cuando

Perdió la pierna vuestro deudo Tito.

Aquí en las calles, temerario y rudo

Prendímosle, trabado en una riña.

Viol. Se puso de mi parte y dióme amparo;

Mas luego, Alteza, hablóme tan confuso,

Que dijo no sé qué; locura, creo.

Duq. ¡Ladron de mar! ¡indómito pirata!

¿Qué nécio arrojó así á merced te puso

De quien en tan sangriento y rudo encuentro

Trocaste en enemigo?

Ant. ¡Noble Orsino!

Ladron pirata no fué nunca Antonio,

Aunque confieso que con harta causa

Enemigo de Orsino. Aquí me atrajo

Mágica fuerza. A aquel rapaz ingrato

Libré de la espumante y fiera boca

Del mar airado. Presa de la muerte

Le dí la vida, y mi amistad con ella;

Le dí mi amor sin límite ni freno;

El alma le entregué; por causa suya,

Por puro amor hácia él, me expuse sólo

De esta ciudad adversa á los peligros.
 En su defensa desnudé la espada,
 Viéndole acometido; y siendo preso,
 Le dió descaro su falaz astucia
 (No estando en compartir conmigo el riesgo)
 Para negar nuestra amistad y trato,
 Y en un guiñar de párpados trocose
 En sér remoto. Me negó mi bolsa,
 Mi propia bolsa que minutos ántes
 Dejó para su uso.

VIOL. ¡Lance extraño!

DUO. ¿Y cuándo vino aquí?

ANT. Señor, hoy mismo;
 Y por espacio de tres meses ántes
 Vivimos siempre juntos, noche y dia,
 Ni un punto, ni un instante separados.

Sale OLIVIA con acompañamiento.

DUO. Ya viene la condesa: el cielo ahora
 Huella la tierra.—En cuanto á tí, buen hombre,
 Locura es lo que dices: há tres meses
 Que este mancebo á mi servicio se halla.
 Luego hablaremos de ello; retiradle.

OLIV. ¿En qué serviros puede Olivia, Alteza,
 No siendo en cosa que os esté vedada?—
 Vuestra palabra no cumplís, Cesario.

VIOL. Señora mia...
 DUO. Encantadora Olivia...

OLIV. ¿Qué contestais, Cesario?—Señor Conde...

VIOL. Mi dueño quiere hablar: callar me cumple.
 OLIV. Si es algo, Alteza, sobre el tema antiguo,
 Tan poco grato es á mi oído, como
 Tras música ladridos.

DUO. ¡Siempre cruda!
 OLIV. Siempre constante, Alteza.

DUO. ¡Sí, constante
 En la perversidad! Beldad tirana,
 En cuyo ingrato altar, jamás propicio,

Mi alma exhaló los más sinceros votos
 Que nunca fe prestó, ¿qué quieres que haga?
 OLIV. Lo que mejor le cuadre á vuestra Alteza.
 DUO. ¿Por qué, si alma tuviese para hacerlo,
 Como el ladron egipcio en la hora extrema,
 No hubiera de matar al bien que adoro?
 ¡Bárbaros celos que hasta en nobles rayan!
 Pero esto oid: ya que desden tan sólo
 Mi fe os arranca, y pues conozco en parte
 Al instrumento que me saca artero
 Del puesto á mí debido en vuestra gracia,
 Vivid, tirana de mármóreo pecho.
 Pero esta prenda, á quien amais, me consta,
 Y á quien, lo juro al cielo, estimo en mucho,
 Sabré arrancar de vuestros crudos ojos,
 Do se entronó á despecho de su dueño.
 Vente, rapaz, conmigo. Mis entrañas
 Rebosan en crueldad. Por darte enojos,
 Alma de grajo en tórtola escondida,
 A esta ovejita quitaré la vida. (En actitud de irse.)

VIOL. Y yo contentó iré, jovial, gozoso,
 A muertes mil porque logreis reposo.

OLIV. ¿Dónde, Cesario?

VIOL. Tras el bien que quiero
 Más que á mis ojos y que al mundo entero;
 Más, mucho más, mil veces, que mi vida,
 Cual nunca amar podré á mujer nacida.
 Si disimulo, mi falaz engaño
 Castigue el cielo con rigor extraño.

OLIV. ¡Ay! ¡infeliz de mi! ¡que así me engañe!

VIOL. ¿Quién os engaña? ¿quién os hace ofensa?

OLIV. ¿Así te olvidas? Que hace un hora piensa.
 Llamad al padre. (Váse un criado.)

DUO. Ven.

OLIV. ¿Señor, á dónde?

Cesario, esposo, ¿dónde vas? responde.

DUO. ¡Esposo!

OLIV. ¡Esposo! Niégalo, perjuro.

DUQ. ¿Su esposo tú?

VIOL. No tal, señor, lo juro.

OLIV. ¡Ay triste! la bajeza de tu miedo

A sofocar te obliga tu decoro.

Nada temas, Cesario; á tu fortuna

Abrázate resuelto; sé quién eres,

E igual serás al que te causa espanto.

Sale el SACERDOTE.

¡Oh bienvenido, reverendo padre!

Te encargo por tu santo ministerio,

Que aqui declares (aunque há poco rato

Nos propusimos mantener oculto

Lo que revela la ocasion ahora

Antes que esté maduro) lo que sabes

Que hubo entre mí y aquel mancebo há poco.

SAC. De eterna fe y amor contrato estrecho;

Con mutua union de manos confirmado,

Atestiguado con un santo beso,

Fortalecido con trocar de anillos,

Y de esta union la ceremonia toda

Sellada por mi cargo y testimonio.

De cuándo acá dice el reloj que anduve

Dos horas sólo de mortal jornada.

DUQ. ¿Qué no serás, hipócrita taimado,

Cuando de gris tu frente el tiempo siembre?

¿O crecerá tu astucia tan ladina,

Que causa sea de tu propia ruina?

Tómala, adios, y vuelve tus pisadas

Donde jamás te alcancen mis miradas.

VIOL. Juro, señor...

OLIV. No jures; bien conviene

Alguna fe en quien tanto miedo tiene.

Sale DON ANDRÉS con la cabeza ensangrentada.

D. AND. ¡Un cirujano, por amor de Dios! Y en-
viad uno pronto á don Tobías.

OLIV. ¿Qué ocurre?

D. AND. Me ha descalabrado, y don Tobías ha sa-
cado de la refriega una cresta ensangrentada.
Por el amor de Dios, prestadme ayuda. Diera
cuarenta escudos por estar en mi casa.

OLIV. ¿Quién ha hecho eso, don Andrés?

D. AND. El paje del conde, un tal Cesario. Le
teníamos por cobarde, y es el mismo diablo en
persona.

DUQ. ¿Mi paje Cesario?

D. AND. ¡Pese á mi casta, aquí está! Me habeis
roto la cabeza por nada, pues lo que hice lo
hice á instigacion de don Tobías.

VIOL. ¿Por qué eso á mí? No os hice daño nunca,
Sin causa el hierro contra mí sacásteis,
Mas yo os hablé cortés; no os hice nada.

D. AND. Si darle á uno una cresta ensangren-
tada es hacerle daño, vos me habeis hecho
daño. Me parece que no dais importancia al-
guna á una cresta ensangrentada.

Salen DON TOBIÁS y el BUFON.

Aquí viene don Tobías cojeando; ya oireis algo
más. A no haber estado él borracho, á fe que
te hubiera hecho bailar otra danza.

DUQ. ¿Qué tal, hidalgo? ¿Cómo os va?

D. TOB. Es igual; me ha herido, y santas pascuas.
¿Zote, has visto al maestro cirujano, zote?

BUF. Hace una hora, don Tobías, que está bor-
racho. A las ocho de la mañana ya habian ano-
checido sus ojos.

D. TOB. Es un pícaro entónces, un liron. Detesto
á esos pícaros borrachos.

OLIV. Lleváosle. ¿Quién fué el autor de esta des-
gracia?

D. AND. Yo os ayudaré, don Tobías, pues nos van
á vendar juntos.

D. TOB. ¿Vos ayudarme? ¡Quita allá, asno, fátuo, bellaco, bellaco cobarde, ganso!

OLIV. Llevadle á la cama y que le curen las heridas. (Vánse el bufon, don Tobías, don Andrés y Fabio.)

Sale SEBASTIAN.

SEB. Me duele haber herido á vuestro deudo; Mas aunque hubiese sido hermano mio, A obrar con discrecion y con cautela, No pudiera por ménos. Noble dama, Que me mirais con extrañeza advierto, Lo cual me prueba que os he dado ofensa. Olivia, perdonadme por los votos Que hicimos mutuamene há poco rato.

DUO. Un rostro, traje y voz, y dos personas. Ilusion natural que es y no es cierto.

VIOL. ¡Antonio mio! ¡oh mi querido Antonio! ¡Con qué rigor tratáronme las horas Desde que te perdí!

ANT. Decid: ¿por dicha Sois Sebastian?

SEB. ¿Dudarlo puede Antonio?

ANT. ¿Pues cómo os dividísteis de vos mismo? No se parece tanto un huevo á otro, Como estas dos criaturas. ¿Cuál, pregunto, Es Sebastian?

OLIV. ¡Oh rara maravilla!

SEB. ¿Seré yo aquel? No tuve hermano nunca; Y no es mi sér de tan divina esencia Que pueda estar aquí y en todas partes. Tuve una hermana á quien las ciegas ondas Del piélago engulleron. Reveladme Por compasion ¿qué vínculo nos une, De qué nacion, qué estirpe sois, qué nombre?

VIOL. De Metelin: fué Sebastian mi padre; Y Sebastian llamábase mi hermano. Si pueden revestirse los espíritus

De forma y traje, vienes á espantarnos.

SEB. Soy en efecto espíritu; no obstante

Voy revestido de corpórea forma

Que en el materno seno me fué dado.

Fuerais mujer, pues lo demas concuerda,

Vuestra mejilla en lágrimas bañara,

Diciendo: ¡Salve, naufragada Viola!

VIOL. Tuvo un lunar mi padre aquí en la frente.

SEB. Tambien el mio.

VIOL. Y falleció aquel dia

En que cumplió su Viola trece abriles.

SEB. Vivo en el alma guardo aquel recuerdo.

Al fin llegó de su mortal jornada

Cuando cumplió mi hermana trece abriles.

VIOL. Si nada estorba nuestra mutua dicha

Sino este traje varonil que usurpo,

Los brazos no me dés miétras no afirme,

Concuerte y pruebe cada circunstancia

Que Viola soy; y para confirmarlo,

Llevaros quiero á casa de un marino

Que se halla en la ciudad, en donde queda

Mi traje de doncella. Con su ayuda

Logré salvarme, entrando de este noble

Conde al servicio; y cuantos incidentes

Registra desde entónces mi fortuna,

Han sido entre esta dama y este conde.

SEB. (A Olivia.) Al parecer, señora, os engañasteis.

Aunque natura en esto obró cual suele,

Os queriais casar con una vírgen;

Y á fe que en eso no sufrís engaño,

Pues con un hombre vírgen os casasteis.

DUO. No os perturbeis; nació de sangre noble.

Si esto es así, cual lo atestigua todo,

Tendremos parte en tan feliz naufragio.

(A Viola.) Rapaz, mil y mil veces me digiste

Que como á mí, nunca á mujer amaras.

VIOL. Y lo que entónces dije, juro ahora,

Y lo jurado guardaré tan firme,

Cual la celeste bóveda la lumbre
Que el alba del crepúsculo separa.

DUQ. Dame la mano y deja que te vea
En tus virgíneas galas.

VIOL. DÍLAS luego
Al capitan que á tierra aquí me trajo,
Quien preso está, no sé por qué motivo,
A instancia de Malvolio, gentilhombre
De la alta servidumbre de esta dama.

OLIV. Pondrále al punto en libertad. Que venga
Malvolio aquí.—¡Mas ay, me acuerdo ahora
Que dicen que está loco el desdichado!

Salen el BUFON con una carta y FABIO.

Mi propio frenesí, que tal me tuvo,
El suyo desterró de mi memoria.
¿Qué hace, bufon?

BUF. A fe, señora mia, hace cuanto le es posible
hacer á un hombre en su estado por tener á
raya á Belcebú. Os ha escrito esta carta; os la
hubiera debido entregar esta mañana; pero
como la epístola de un loco no es ningun evan-
gelio, no corre gran prisa el entregarla.

OLIV. Abrela y lee.

BUF. No podreis ménos de quedar edificadas,
oyendo al bufon interpretar al loco. (Lee.) «Vive
Dios, señora...»

OLIV. ¿Qué es eso? ¿estás loco?

BUF. No, señora; no hago mas que leer locuras. Si
quiere vuestra Señoría que lo haga como es de-
bido, es menester que dé rienda suelta á mi
voz.

OLIV. Te ruego que la leas con sano juicio.

BUF. Tal hago, madonna; pero para dar á sus pa-
labras su verdadero sentido, es fuerza leerlas
así. Por tanto, reflexionad, princesa, y prestad-
me atencion.

OLIV. Léela tú, Fabio.

FAB. (Lee.) «Vive Dios, señora, que me ultrajais; y
lo ha de saber el mundo. Aunque me habeis en-
cerrado en un calabozo tenebroso, bajo la cus-
todia de vuestro tio borracho, no obstante estoy
tan en uso de razon como vuestra Señoría. Guar-
do en mi poder la carta, escrita de vuestro puño
y letra, que me indujo á tan extraño comporta-
miento; con la cual estoy seguro que podré jus-
tificarme á mí mismo y avergonzaros á vos.
Pensad de mí lo que querais. Me olvido por un
instante del respeto que os debo, y hablo movi-
do por el ultraje que se me ha inferido.

EL LOCAMENTE TRATADO MALVOLIO.»

OLIV. ¿Y es él quien esto escribe?

BUF. Es él, señora.

DUQ. A fe su estilo no es de loco.

OLIV. Fabio,

Hazle soltar, y tráele á mi presencia. (Váse Fabio.)

Alteza, si os pluguiere, tras madura,

Sensata reflexion, considerarme

Antes que como esposa, como hermana,

Celébrese algun dia esta alianza,

Si os place, aquí en mi quinta y á mi costa.

DUQ. Con gusto acepto vuestra oferta, Olivia.

(A Viola.) En libertad os deja vuestro dueño.

Por el servicio que le habeis prestado,

A vuestro blando sexo tan opuesto,

Tan inferior á vuestras nobles prendas

E innata gentileza, y ya que dueño

Durante tanto tiempo me llamasteis,

Mi mano os doy: sereis desde este dia

Dueña de vuestro dueño.

OLIV. ¡Hermana mia!

Salen FABIO y MALVOLIO.

DUQ. ¿Es este el loco?

OLIV. Este es, señor. Malvolio,

¿Qué hay, pues?

MAL. Señora, me habeis hecho ultraje,
Notorio ultraje.

OLIV. ¿Yo, Malvolio? Nunca.

MAL. Señora, vos. Leed esta carta, os ruego.

No me osareis negar que es letra vuestra.

Si sois capaz de hacerlo, en otro estilo

Trazad con otra letra estos renglones.

Negad que es vuestro el sello y la inventiva.

No, no podeis. Pues confesadlo entónces;

Y por la fe de vuestro honor, decidme

¿Por qué me disteis pruebas tan patentes

De estima y de favor? ¿Por qué mandasteis

Que á vos me presentara sonriendo,

Con medias amarillas, como os gusta,

Y las ligas cruzadas? ¿que tratara

Con desdeñoso orgullo á don Tobías

Y á la menuda gente? Y al cumplirlo

Con celo humilde, lleno de esperanza,

¿Cómo pudisteis consentir que en negra

Lóbrega cárcel me tuvieran preso,

Que fuera á verme el cura, y que atrevidos

Me convirtieran en insigne ganso,

Y en el nécio mayor con quien la mofa

Se divirtió jamás? ¿Por qué? decidme.

OLIV. Mira, Malvolio, que esta no es mi letra;

Aunque muy parecida, lo confieso.

Sin duda alguna es letra de María.

Y fué ella misma, lo recuerdo ahora,

Quien primero me habló de tu locura.

Luego llegaste sonriendo, en traje

Igual al que en la carta te alabaron.

Sosiegate, por Dios. Pesada burla

Es la que te han jugado; mas te juro

Que cuando sepa los autores de ella,

Serás tú mismo juez y demandante

En causa propia.

FAB. Noble dama, oidme;

Y no dejeis que empañe de esta hora

El brillo, que contemplo con asombro,

Reyerta por venir, ni crudo enfado.

En la esperanza de que así suceda,

Confieso con lealtad que yo y Tobías

Contra Malvolio urdimos esta burla,

Movidos á rencor por su aspereza

Y trato descortés. La consabida

Carta escribió María, importunada

Por don Tobías con ardiente ruego,

Quien dióla en pago mano y fe de esposo.

La festiva malicia con que á cabo

Llevamos nuestro plan, más bien provoca

A risa que á venganza, si se tiene

En cuenta los agravios inferidos

Por una y otra parte, noble dama.

OLIV. ¡Ay infeliz! ¿de ti cuál se han burlado!

BUF. Ya se ve, «unos nacen grandes, otros al-

canzan grandeza, y á otros la grandeza se les

echa encima.» Tambien desempeñé mi papel

en este entremes, hidalgo: representé á un cierto

padre Matías; pero es todo uno. «¡Vive Dios,

bufon, que no estoy loco!» ¿Pero no os acordais?

«Señora, no comprendo cómo os puede divertir

un bellaco tan sin gracia; si no os reis, se le

traba la lengua.» Así es como se venga esa pe-

rinola, el tiempo.

MAL. Yo sabré vengarme de la cuadrilla entera.

(Váse.)

OLIV. La broma ha sido por demas pesada.

DUQ. Corred tras él; tratad de apaciguarle:

Aún no nos dió del capitan noticia.

Despues de hablar con él, y cuando el tiempo

Propicio nos convide, nuestras almas

Solemne union celebrarán gozosas.

De aquí no nos iremos entre tanto,

Hermosa dama. Ven, Cesario mio;

Pues tal serás en tanto que hombre fueres;

Mas cuando te revistas de otras galas,
Serás de Orsino esposa, y reina mia.
(Vánse todos ménos el bufon.)

BUF. (Canta.) *Cuando era yo rapaz y pequeñuelo,
¡ Voto va con el viento y la lluvia!
Vivia alegre sin pesar ni duelo;
Y es que todos los dias diluvia.*

*Ya fui mayor y ví que á los ladrones,
¡ Voto va con el viento y la lluvia!
Cerraban todos puertas y cajones;
Y es que todos los dias diluvia.*

*Cuando tomé mujer en dia infando,
¡ Voto va con el viento y la lluvia!
En vano quise prosperar holgando;
Y es que todos los dias diluvia.*

*Y cuando me iba del figon al lecho,
¡ Voto va con el viento y la lluvia!
Galera parecia en mar deshecho;
Y es que todos los dias diluvia.*

*Há siglos que anda el mundo como andaba,
¡ Voto va con la lluvia y el viento!
Pero es todo uno: aquí la pieza acaba;
Y es que todos los dias, no miento,
Trataremos de daros contento. (Váse.)*

ÍNDICE.

	PÁGINAS.
La Tempestad.....	5
La noche de Reyes.....	89

ERRATAS.

Página 26, línea 34, donde dice:

Mi nombre...

léase:

Un nombre...

Página 79, línea 4, donde dice:

...do hallarás durmiendo

Y trae al capitán...

léase:

...do hallarás durmiendo

Bajo cubierta á los marinos todos,
Y trae al capitán...

OBRAS DE SHAKSPEARE.

OBRAS DE
SHAKSPEARE

VERSION CASTELLANA DE

JAIME CLARK

Es propiedad de los editores.

HAMLET

LAS ALEGRES COMADRES DE WINDSOR

MADRID

MEDINA Y NAVARRO, EDITORES

Calle del Rubio, núm 25

IMPRESA DE LA BIBLIOTECA DE INSTRUCCION Y RECREO
Calle del Rubio, núm. 25.

HAMLET
PRÍNCIPE DE DINAMARCA.

PERSONAJES.

CLAUDIO, *rey de Dinamarca.*
HAMLET, *hijo del rey difunto y sobrino del actual.*
POLONIO, *mayordomo mayor.*
HORACIO, *amigo de Hamlet.*
LAERTES, *hijo de Polonio.*
VOLTIMAND,
CORNELIO,
ROSENKRANZ,
GUILDENSTERN, } *Cortesianos.*
OSRICO,
UN CABALLERO,
UN CLÉRIGO.
MARCELO, } *Oficiales.*
BERNARDO,
FRANCISCO, *soldado.*
REINALDO, *criado de Polonio.*
CÓMICOS.
DOS SEPULTUREROS.
FORTIMBRÁS, *príncipe de Noruega.*
UN CAPITAN.
EMBAJADORES INGLESES.
GERTRUDIS, *reina de Dinamarca y madre de Hamlet.*
OFELIA, *hija de Polonio.*
Nobles, damas, oficiales, soldados, marineros, mensajeros y acompañamientos.
La sombra del padre de Hamlet.

ESCENA : Dinamarca.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

Helsingor.—Una esplanada delante del castillo.

FRANCISCO *de centinela.* Sale BERNARDO.

BERN. ¿Quién va?
FRAN. ¡No! respondedme á mí. Teneos,
Y descubriós.
BERN. ¡Vive el rey!
FRAN. ¿Bernardo?
BERN. El mismo soy.
FRAN. Puntual á tu hora acudes.
BERN. Las doce han dado. Al lecho vé, Francisco.
FRAN. ¡Gracias por el relevo! El frio es crudo,
Y desfallezco.
BERN. ¿Qué tal guardia hiciste?
FRAN. Ni un raton se ha movido.
BERN. Buenas noches.
Si acaso tropezaras con Marcelo
Y Horacio, compañeros de mi guardia,
Diles que se den prisa.
FRAN. Creo oirles.
¡Teneos! ¿Quién va?

Salen HORACIO y MARCELO.

HOR. Amigos de este suelo.
 MAR. Y del Danés vasallos.
 FRAN. Buenas noches.
 MAR. ¡Guerrero honrado, adios! ¡Quién te releva?
 FRAN. Bernardo el puesto ocupa. Dios os guarde.
 (Váse.)

MAR. ¡Hola, Bernardo!
 BERN. ¿Te acompaña Horacio?

HOR. Un trozo de él.
 BERN. Horacio, bien venido.
 Bien venido, Marcelo.

MAR. ¿Aquella cosa
 Ha vuelto á aparecer?

BER. No he visto nada.
 MAR. Que es ilusion no más, Horacio dice.

Dar fe no quiere á la vision horrenda
 Que vimos por dos veces. Le he rogado,
 Por tanto, que velando con nosotros
 Pase las largas horas de la noche,
 A fin de que si torna aquel espectro
 Abone nuestra vista y pueda hablarle.

HOR. ¡Bah! no aparecerá.
 BERN. Siéntate un rato,

Y deja que sitiemos tus oidos,
 Tan pertrechados contra nuestro aserto,
 Contando lo que vimos ya dos noches.

HOR. Sentémonos, y cuéntelo Bernardo.

BERN. Anoche mismo, cuando aquel lucero,
 Que ves allá del polo hácia Occidente,
 Su curso recorriendo, iluminaba
 El firmamento donde brilla ahora,
 Marcelo y yo, dando el reloj la una...

Sale la SOMBRA.

MAR. ¡Calla! suspende el cuento: ved do torna.

BERN. En todo parecido al rey difunto.

MAR. Tú eres letrado: habla con él, Horacio.

BERN. ¿No se parece al rey? Notadlo Horacio.

HOR. Igual; me hiela de terror y asombro.

BERN. Quisiera que le hablaran.

MAR. Habla, Horacio.

HOR. ¿Quién eres, tú que usurpas de esa suerte

Esta hora de la noche y ese hermoso

Guerrero aspecto en que hubo un tiempo an-
 [duvo

La muerta majestad de Dinamarca?

¡Por el Eterno te conjuro que hables!

MAR. Está enojado.

BERN. Ved, se aleja altivo.

HOR. ¡Detente, y habla! ¡Te conjuro que hables!

(Váse la sombra.)

MAR. Se fué sin contestar.

BERN. ¿Qué tal, Horacio?

Temblando estás y pálido. ¿Y es esto

No más que fantasía? ¿Qué os parece?

HOR. Juro ante Dios que nunca lo creyera,

A no apoyarlo el testimonio firme,

Tangible y cierto de mis propios ojos.

MAR. ¿No se parece al rey?

HOR. Cual tú á ti mismo.

Tal era la armadura que llevaba

Cuando luchó con el Noruego altivo;

Tal ceño puso cuando airado un dia

En plática enojosa del trineo

Derribó sobre el hielo á los polacos.

Es singular.

MAR. Dos veces de ese modo,

A esta hora sepulcral precisamente,

Con actitud marcial pasó delante

De nuestra guardia.

HOR. Cómo interpretarlo

No sé; mas se me antoja desde luego

Que amaga á nuestro Estado algun trastorno.

MAR. Venid, sentaos, y diga quien lo sepa:

¿Por qué esta exacta y vigilante guardia
 Noche tras noche al súbdito del suelo
 Fatiga así? ¿A qué de día en día
 Este fundir de bélicos cañones,
 Y compra de pertrechos extranjeros?
 ¿A qué esta leva, en fin, de calafates,
 Cuya tarea amarga no separa
 El día de trabajo del festivo?
 ¿Qué hay para que estas prisas afanosas
 Truequen la noche en auxiliar del día?
 ¿Quién me podrá informar?

HOR. Yo puedo hacerlo,

O por lo ménos esto se susurra.
 Nuestro último monarca, cuya efigie
 Ahora mismo se mostró á nosotros,
 A singular combate fué retado
 Por Fortimbrás, monarca de Noruega,
 Estimulado por celosa envidia.
 En cuya lid nuestro Hamlet valeroso
 (Por tal le tuvo al ménos esta parte
 Del mundo conocido) fiera muerte
 Dió á Fortimbrás; quien por sellado pacto,
 Ratificado por la ley y el fuero
 De la caballería, con su vida
 Cedia al vencedor las tierras todas
 Que poseyese; nuestro rey, en cambio,
 En prenda dió su parte equivalente,
 Que á Fortimbrás tocara, si en la lucha
 Quedase vencedor; cual cupo en suerte,
 Segun el mismo pacto y condiciones
 Del arreglo comun, el suyo á Hamlet.
 Hoy, pues, el jóven Fortimbrás, henchido
 De indómito coraje y necio arrojo,
 Aquí y allá en las lindes de Noruega,
 Ha logrado enganchar por pan y costas
 A un bando de resueltos foragidos,
 Para una empresa que requiere audacia.
 La cual no es otra (como con acierto

Deduce nuestro Estado) que el recobro,
 A mano armada y con violento ataque,
 De susodichas tierras, de esa suerte
 Perdidas por su padre: y pienso que esto
 Sea el motivo primordial de tantos
 Preparativos, causa de esta guardia,
 Y principal razon de esta premura,
 Trágin y movimiento en nuestra tierra.

BERN. Tal debe ser, sin duda; y bien se explica
 Que acuda armado á perturbar la guardia
 Esta horrenda vision, tan semejante
 Al rey que fué y es causa de estas guerras.

HOR. Mota es que ofusca el ojo de la mente.

Estando Roma altiva en su apogeo,
 Poco ántes que cayese el magno César,
 Sin huéspedes las tumbas se quedaron,
 Y en sus mortajas iban los difuntos
 Gimiendo y sollozando por las calles.
 Hubo portentos mil de infausto agüero:
 Astros con colas de encendida llama,
 Lluvias de sangre, y en el sol desastres,
 Y el húmedo planeta á cuyo influjo
 Sujeto está el imperio de Nereo,
 De eclipse enfermo oscureció su rostro
 Como del juicio en el tremendo día.
 Y tales signos de hórridos sucesos,
 Cual nuncios precursores del destino,
 Y prólogo de próximos desastres,
 Juntos manifestaron cielo y tierra
 A nuestros horizontes y paisanos.
 ¡Pero silencio! ¡Ved, oh, ved do torna!

Vuelve á salir la SOMBRA.

He de atajarle áun cuando me aniquile.
 ¡Deten, vision! si tienes voz ó acento,
 Háblame tú; si hubiese alguna noble
 Accion que hacer, que á tí reposo y honra

A mí pudiera dar, háblame, ¡oh, habla!
 Si del destino de tu patria acaso
 Eres consabidor, y precaverlo
 Pueda la prevision, háblame, ¡oh, habla!
 O si tal vez en vida amontonaste
 Tesoros mal logrados en el seno
 De la alma tierra, causa, según dicen,
 De que fantasmas como tú vagando
 Vayan en brazos de la muerte, ¡oh, habla!
 ¡Detente, y habla!—Páralo, Marcelo.

MAR. ¡Daréle con mi lanza? (Canta el gallo.)

HOR. Dale firme

Si no se para.

BERN. ¡Aquí está!

HOR. ¡Aquí!

MAR. Se ha ido.

(Váse la sombra.)

Siendo tan majestuoso le ultrajamos
 Con ofrecerle alarde de violencia,
 Pues es invulnerable como el aire,
 Y nuestros vanos golpes mofa aleve.

BERN. De hablar á punto estaba, y cantó el gallo.

HOR. Y estremeciósese como sér culpable

A horrenda citacion. Decir he oido

Que el gallo, que de trompa al alba sirve,

Despierta con su voz aguda y clara

Al dios del dia, y á su ronco aviso,

Esté ya en mar ó en tierra, en aire ó fuego,

Huye el espectro errante y vagabundo

A su region. Y que hay verdad en esto

Acaba de probarnos esta sombra.

MAR. Mústio á la voz del gallo se deshizo.

Algunos dicen que al llegar la fecha

En que del Redentor el nacimiento

Se suele celebrar, pasa cantando

La noche entera el ave de la aurora.

Y diz que entónces no osa sombra alguna

Salir errante: sanas son las noches;

Ningun planeta ofende, ningun hada
 Logra encantar, ni hechiza bruja alguna;
 Tan sacra es la sazón, de gracia llena.

HOR. Tal me dijeron, y lo creo en parte.

Mas ved do el alba en burdo manto envuelto
 Del alto cerro aquel huella el rocío.

Rindamos nuestra guardia; y yo propongo

Que hagamos sabedor al jóven Hamlet

De cuanto en esta noche presenciamos.

Pues, por mi vida, que esta sombra, muda

Para nosotros, le hablará de fijo.

¡Estais de acuerdo en que le demos parte,

Cual manda amor, y cumple á nuestro celo?

MAR. Hagamos eso, os ruego; yo sé dónde

Habrá lugar de hablarle esta mañana. (Vánse.)

ESCENA II.

Sala de recibimiento del castillo.

*Salen el REY, la REINA, HAMLET, POLONIO, LAERTES,
 VOLTIMAND, CORNELIO, NOBLES y acompañamiento.*

REY. Aun cuando de Hamlet, nuestro caro her-
 [mano,

Verde el recuerdo de la muerte sea,

Y nos cumpliera hundir el alma en duelo,

Y á nuestro reino todo contraerse

En solo un ceño de dolor, con todo,

Tanto luchó criterio con natura,

Que en él pensamos con sesuda pena,

Sin olvidarnos de nosotros mismos.

Por tanto, á nuestra reina, hermana un tiempo,

La excelsa viuda y heredera de este

Guerrero Estado, con vencido gozo,

Con ojos á la par de risa y llanto,

Con regocijo fúnebre y endechas

Mezcladas con el canto de Himeneo,

Con peso igual midiendo duelo y dicha,
 Tomamos por consorte. En esto en nada
 Vuestro mejor criterio contrariamos
 Que libre lo aprobó. Por todo, gracias.
 Según sabeis, teniendo en menosprecio
 El jóven Fortimbrás nuestra valía,
 O pensando tal vez que la reciente
 Muerte de nuestro hermano muy querido
 Sacó de quicio y dislocó el Estado,
 Y estimulado por el dulce sueño
 De su provecho propio, con mensajes
 De importunarnos necio no ha dejado,
 Restitucion pidiendo de las tierras
 Perdidas por su padre, y legalmente
 Adjudicadas al valiente hermano.
 Mas basta de él: vengamos á nosotros
 Ahora, y al objeto de esta junta.
 El caso es como sigue. En esta carta
 Pedimos al monarca de Noruega,
 Tio de Fortimbrás, quien en el lecho
 Postrado yace, y poco ó nada sabe
 Del atrevido plan de su sobrino,
 Que le impida avanzar por esa senda,
 Ya que las levas y armamentos todos
 En sus dominios se hacen. A vosotros
 Cornelio y Voltimand, cual portadores
 De nuestro fiel saludo despachamos
 Al anciano monarca de Noruega,
 Sin concederos más poder privado
 Para tratar con él, que el que os otorga
 El texto del despacho. Dios os guarde.
 Y vuestra prisa abone vuestro celo.

COR. Y VOLT. Prueba daremos de ello en esto y
 [todo.]

REY. No lo dudamos. Idos en buen hora.

(Vánse Voltimand y Cornelio.)

¿Y tú, Laërtes, dí, qué solicitas?
 De una merced hablaste. ¿Qué es, Laërtes?

Hablar no puedes al Danés, de cosa
 Que esté en razon sin que él tu voz escuche.
 ¿Qué puedes tú pedir que yo benigno,
 Antes que tú lo pidas no te ofrezca?
 No son más allegados alma y seso,
 Más servicial al labio no es la mano,
 Que el rey de Dinamarca al padre tuyo.
 ¿Laërtes, qué pretendes?

LAER. Tu licencia
 Para volver á Francia, oh rey temido.
 Vine de allí con gusto á Dinamarca
 A cumplir mi deber cual buen vasallo
 En tu coronacion. Confieso, empero,
 Cumplido aquel deber, que á Francia tienden
 Mis pensamientos y deseos todos,
 Siempre sujetos á tu real permiso.

REY. ¿Lo otorga el padre? ¿Qué decís, Polonio?

POL. Señor, á fuerza de obstinados ruegos
 Logró arrancarme mi tardía vénia:
 Por complacer á su deseo ardiente,
 Al fin el sello al duro asenso puse.
 Dadle para partir licencia, os ruego.

REY. Hora propicia elige, buen Laërtes:
 El tiempo es tuyo; gástalo á tu antojo.
 ¿Qué dices, Hamlet, deudo é hijo mio?

HAM. (Aparte.) Un poco más que deudo, amigo apenas.

REY. ¿Cómo es que empañan nubes aún tu frente?

HAM. No tal, Alteza; al sol harto me expongo.

REINA. Hamlet querido, el negro luto arroja,
 Y como amigo á Dinamarca mira.
 No busques siempre el párpado abatido
 Al noble padre en el terreno polvo.

Que es ley comun no ignoras; cuanto vive
 Por fuerza ha de morir, pasando todo
 Por lo terreno á la morada eterna.

HAM. Es ley comun, señora.

REINA. ¿Pues entónces,
 A tí por qué tan singular parece?

HAM. ¿Parece? Es; no sé lo que es «parece.»
 No es sólo el negro manto, buena madre,
 Ni el traje al uso de solemne luto,
 Ni el ronco resollar de ahogado aliento,
 Ni de los ojos el fecundo rio,
 Ni el contristado gesto del semblante,
 Junto con todos los modales, usos
 Y formas del dolor, los que revelan
 Fielmente mi sentir: estos... parecen;
 Son actos que fingir pudiera el hombre.
 Hay algo más en mí que la apariencia;
 Estas las galas son de mi dolencia.

REY. Tierno y laudable es, Hamlet; el tributo
 Que rindes de tu padre á la memoria.
 Mas piensa que perdió tu padre á un padre,
 Y aquel al suyo. Al sér que sobrevive
 Filial ternura obliga por un tiempo
 A hacer alarde de obsequioso luto;
 Mas porfiar en obstinada queja
 Es proceder con terquedad impía,
 Es sentimiento indigno de hombre fuerte,
 Revela inclinacion rebelde al cielo,
 Y flaco corazon, alma impaciente,
 Falta de discrecion y de experiencia.
 Lo que sabemos que ha de ser por fuerza,
 Y es más comun que el más vulgar suceso
 Que á todas horas los sentidos hiere,
 ¿A qué con enojosa resistencia
 Tomarlo á pecho? ¡Calla! es negro crimen
 Contra el poder divino, es una falta
 Contra los mismos muertos y natura,
 Y es á la ley de la razon absurdo,
 Cuyo tema comun no es otro que este:
 La muerte de los padres, cuyo acento
 Siempre gritó, desde el primer cadáver
 Hasta el que acaba de morir: «Es fuerza
 Que sea así.» Modera, pues, te ruego
 Tu inútil lloro; acuérdate que tienes

En mí á un padre. Pues bien sabe el mundo
 Que eres el más cercano á nuestro trono,
 Y que te trato con igual cariño
 Que al hijo amado el padre más afecto.
 En cuanto á regresar á tus estudios
 En Witemberg, segun intentas, Hamlet,
 Nada hay más encontrado á mi deseo:
 Ruégote por favor que aquí te quedes
 Al blando amor de mis benignos ojos,
 Cual mi primer valido, deudo é hijo.
 REINA. Rogar no dejes á tu madre en vano:
 Quédate con nosotros, te lo ruego,
 Hamlet querido; á Witemberg no vayas.
 HAM. En todo trataré, señora y madre,
 De obedecerte lo mejor que pueda.
 REY. ¡Dulce y cortés respuesta! En Dinamarca
 Sé cual yo mismo. Ven, consorte. De Hamlet
 La amable y espontánea deferencia
 Risueña y grata el corazon me anima:
 De cuya accion en honra, ronca salva
 Pregonará á las nubes cada brándis
 Que hoy beba Dinamarca, y su alegría
 Divulgarán los cielos, eco haciendo
 Al trueno terrenal. Venid; partamos.
 (Vánse todos ménos Hamlet.)

HAM. ¡Oh! ¡si esta carne, por demas maciza,
 Pudiera deshelarse, derretirse,
 Y disolverse en líquido rocío!
 ¡O no dictara nunca el sempiterno
 Suley contra el suicidio! ¡Oh, Dios! ¡cuán rancias
 Cuán tristes, sin provecho y enfadosas
 Hallo las cosas todas de este mundo!
 ¡Vergüenza! ¡Horror! Es como huerto inculto
 Que grana por do quier; nociva yerba
 Tan sólo brota en él. ¡Que llegue á esto!
 ¡A los dos meses de morir!... ¿Dos meses?
 No, no hace tanto. ¡Un rey tan bueno y noble!
 A quien el que hoy impera se parece

Como un sátiro á Apolo; esposo tierno,
Siempre tan cariñoso con mi madre,
Que nunca consintió que su mejilla
Rozase crudo el soplo de los cielos.
¡Y he de acordarme de ello! ¡Cielo y tierra!
¡Pendiente de sus labios, parecia
Que acrecentaba el goce su deseo!
Y un mes despues... No quiero recordarlo.
¡Quien te nombró, mujer, flaqueza dijo!
¡Un breve mes! aún nuevos los zapatos
Con que siguió los restos de mi padre,
En llanto como Niobe deshecha...
Ella, ella misma... ¡Ay Dios! ¡más se doliera
Un torpe bruto de razon exento!
¡Casada con mi tio, de mi padre
Con el hermano! ¡ay! ménos parecido
Al padre aquel que yo al forzudo Alcides.
¡En sólo un mes! Aún húmedos sus ojos
Y enrojados por su inícuo llanto,
Casóse infiel. ¡Oh pérfida premura!
¡Precipitarse en tálamo incestuoso
Con tal arrojó! Nunca accion tan torpe
En bien podrá acabar. Mas, pecho, estalla,
Ya que es forzoso que mi lengua calle.

Salen HORACIO, MARCELO y BERNARDO.

HOR. ¡Salve, señor!

HAM. Me alegra el verte bueno,
Horacio, ó de mí mismo ya me olvido.

HOR. El mismo, Alteza, y siervo tuyo humilde.

HAM. Mi buen amigo, y dame tú tal nombre.

¡Cómo de Witemberg ausente, Horacio?

¡Marcelo?

MAR. A vuestras órdenes, Alteza.

HAM. Me alegra mucho el verte. (A Bernardo.) Bue-
[nas tardes.

¡Mas qué haces tú de Witemberg ausente?

HOR. Cierta aficion á holgar, príncipe mio.

HAM. Tal no me diga tu mayor contrario;

Ni harás á mis oídos tal violencia

Que presten fe jamás á los informes

Que dieres en desdoro de ti mismo.

Tú no eres holgazan; ¡pues qué negocio

Te trajo á Helsingor? Antes que partas

Te ensañaremos á beber, y largo.

HOR. Vine á ver el entierro de tu padre.

HAM. Te ruego, camarada, no te burles;

Seria á ver la boda de mi madre.

HOR. A fe, señor que le siguió de cerca.

HAM. ¡Horacio, parsimonia, parsimonia!

Fiambres sirvieron en la boda viandas

Que del banquete funeral sobraron.

¡Quisiera haberme hallado allá en el cielo

Con mi enemigo más odiado y crudo,

Antes que ver el dia aquel, Horacio!

¡Mi padre!... pienso que á mi padre veo.

HOR. ¿Dónde, señor?

HAM. Aquí en mi fantasía.

HOR. Vile una vez; era un gran rey tu padre.

HAM. ¡Ay, era un hombre tan cabal en todo

Que ya no espero ver su semejante!

HOR. Alteza, creo que le he visto anoche.

HAM. ¿Le viste? ¡á quién?

HOR. Señor, al rey tu padre.

HAM. ¿Al rey mi padre?

HOR. Calma un breve rato

Tu asombro con prestarme atento oído,

Miéntras te cuento, con el firme apoyo

De estos hidalgos, maravilla tanta.

HAM. Por el amor de Dios, dejad que lo oiga

HOR. Dos noches sucesivas, los hidalgos

Marcelo aquí y Bernardo, haciendo guardia,

En la quietud más honda de la noche,

Tuvieron tal encuentro. Adusta sombra,

En todo parecida al rey tu padre,

Aparecióse ante ellos, toda armada
De punta en blanco; y con solemne porte
Pasó á su lado lenta y majestuosa.
Tres veces por delante de sus hijos,
Por el terror desencajados ojos,
Altivo caminó, como á distancia
De su baston de mando, miéntras ellos,
De miedo casi en hielo convertidos,
Quedaron mudos sin osar hablarle.
Me lo contaron con misterio horrendo:
Velé con ellos la tercera noche;
Y cual me habian dicho, á la hora misma,
En forma igual, cumpliendo cada aserto,
Salió la sombra. Conocí á tu padre;
No son más semejantes estas manos.

HAM. ¿Mas dónde sucedió?
HOR. En la esplanada,
Donde de guardia estábamos, Alteza.

HAM. ¿Y no le hablaste?
HOR. Sí, señor, habléle;
Mas nada respondió. No obstante, pienso
Que irguió una vez la frente y se dispuso,
Al parecer, á usar de la palabra,
Cuando cantó de pronto agudo el gallo;
A cuya voz huyó, y de nuestra vista
Rauda desapareció.

HAM. ¡Qué extraño lance!
HOR. Pues es tan cierto como te hablo, Alteza.
Creimos que el deber nos obligaba
A darte cuenta de ello.

HAM. A fe, señores,
A fe que desazon me va causando.
¿Estais de guardia hoy?
MAR. y BERN. Sí tal, Alteza.

HAM. ¿Armado, no decís?
MAR y BERN. Armado, Alteza.

HAM. ¿De todas armas?
MAR. y BERN. Sí, de punta en blanco.

HAM. ¿No visteis, pues, su rostro?
HOR. Cierto, Alteza,
Llevaba la visera levantada.

HAM. ¿Y qué? ¿miraba con ceñuda frente?
HOR. Con gesto de dolor más que de enfado.

HAM. ¿Pálido ó rojo?
HOR. Pálido en extremo.

HAM. ¿Clavó la vista en ti?
HOR. Muy fijamente.

HAM. ¿Quién estuviera allí!
HOR. Te hubiera dado
Pavor el verle.

HAM. Es fácil, sí, muy fácil.
¿Quedóse mucho rato?
HOR. El suficiente
Para contar, no muy de prisa, ciento.

MAR. y BERN. Más, más.
HOR. No cuando yo le vi.

HAM. ¿Tenia
La barba blanca? ¿no?
HOR. Cual se le ha visto
Cuando vivia; un negro plateado.

HAM. Guardia esta noche haré; tal vez podria
Volver á aparecer.
HOR. Respondo de ello.

HAM. Si el aire toma de mi noble padre,
Le hablo, aunque el mismo infierno bostezara
Mandándome callar.—Os ruego á todos,
Si es que hasta aquí callasteis este lance,
Que lo guardéis secreto en vuestras almas;
Y en cuanto á lo que ocurra en esta noche,
Fiadlo al pensamiento, no á la lengua.
Tendré el favor en cuenta. Dios os guarde.
En la esplanada, pues, iré á buscaros
Entre once y doce.

TODOS. A la órden tuya, Alteza.

HAM. Guardadme amor, y no dudeis del mio.
Adios. (Vánse todos ménos Hamlet.)

¡La sombra de mi padre en armas?
 Todo no marcha bien; maldad recelo.
 ¡Oh, fuera ya de noche! Miétras llegue,
 Alma, sosiega.—El crimen nauseabundo
 Saldrá á la luz aunque le encubra un mundo.
 (Váse.)

ESCENA III.

Una sala de la casa de Polonio.

Salen LAERTES y OFELIA.

LAER. A bordo están mis trastos. Dios te guarde.
 Y, hermana, habiendo viento bonancible
 Y medios de transporte, no te duermas:
 Mándame nuevas tuyas.

OFEL. ¿Y aún lo dudas?

LAER. En cuanto á Hamlet y su amor voluble,
 Ténlo por moda ó dije de la sangre;
 Cual viola en el abril de la existencia,
 Precoz, no estable, dulce, no constante;
 Perfume y refrigerio de un minuto,
 No más.

OFEL. ¿Qué, nada más?

LAER. No en más lo estimes.

Porque natura, al desplegar sus fuerzas,
 No crece sólo en nérvios y en tamaño,
 Sino á medida que este templo cunde,
 El culto interno de la mente y alma
 Tambien se extiende. Acaso te ama ahora;
 Maldad y engaño la virtud no enturbian
 De su albedrío aún. Empero, teme:
 Con rango tal, no es suyo su albedrío;
 Él mismo está sujeto á su alto origen;
 No puede obrar cual la menuda gente,
 A su sabor: de su eleccion depende
 El bien y la salud del reino todo.

Por tanto, su eleccion está sujeta
 Al voto y al aplauso de ese cuerpo
 Cuya cabeza él es. Si amor te brinda,
 Importa á tu cordura creerle sólo
 En cuanto su derecho y régio estado
 Permitan que dé efecto á su palabra,
 Que no va más allá de donde llega
 Unánime la voz de Dinamarca (1).
 Piensa lo que tu honor perder pudiere,
 Si oido incauto á sus requiebros prestas,
 Pierdes el corazon y abres tu casto
 Tesoro á su importuno y loco asedio.
 ¡Témelo, Ofelia! ¡Témelo, alma hermana!
 Y á retaguardia de tu afecto queda,
 Fuera del tiro y riesgo del deseo.
 Pródiga es la doncella más esquiva,
 Si enseña sus hechizos á la luna.
 Ni aún la virtud se libra de los tiros
 De la calumnia vil; rõe el gusano
 Los hijos de la blanda primavera,
 Tal vez aún ántes que el capullo se abra;
 Y en el albor y líquido rocío
 De la alma juventud, las contagiosas
 Exhalaciones son más inminentes.
 Sé cauta, pues: el miedo da cautela:
 La juventud, á solas, se rebela.

OFEL. De tal leccion me servirá el sentido
 De alcaide al corazon. Mas, caro hermano,
 Cual predicante omiso no me enseñes,
 La árdua, espinosa senda de los cielos,
 Miétras, cual fátuo y torpe libertino
 Pisas la senda del placer florida,
 Hollando tus consejos.

LAER. Nada temas.
 Ya tardo mucho; mas mi padre viene.

(1) En la época á que se refiere el autor, era electiva la monarquía en Dinamarca.

Sale POLONIO.

A doble bendicion, ventura doble:
Sonríe el hado á nueva despedida.

POL. ¡Laërtes, aún aquí? ¡A bordo, á bordo!
Sacude el viento el hombro de tu vela;
Te esperan ya. Mi bendicion te valga.
(Le bendice.)

Y graba en tu memoria estos preceptos.
No des al pensamiento libre lengua,
Ni efecto al pensamiento inconveniente.
A fable sé, vulgar en modo alguno.
Al fiel amigo de lealtad probada
Con férreo gárfio al corazon estrecha;
Mas no encallezcas liberal tu mano
Agasajando á todo compañero
Recien nidado. Guárdate prudente
De no trabar pendencia; mas trabada,
Haz que de tí se guarde tu contrario.
A todos presta oido, á pocos lengua.
De todos toma parecer; mas cauto
Reserva tu opinion. Tu traje sea
Costoso cual tu bolsa lo permita,
Mas no chocante; rico, no ostentoso,
Pues harta vez publica el traje al hombre;
Y los de rango y noble cuna en Francia
Tienen en esto gusto muy selecto.
No prestes, ni jamás prestado pidas;
Pues el prestar es causa muchas veces
De que se pierdan préstamo y amigo.
Pedir prestado embota el buen gobierno.
Sé fiel contigo mismo, sobre todo;
Y seguiráse cual la noche al dia,
Que no podrás ser falso con ninguno.
Adios, mi bendicion en tí lo inculque.

LAER. Humildemente, padre, me despido.

POL. Te llama la hora; esperan tus criados.

LAER. ¡Ofelia, adios! no olvides mi consejo.

OFEL. Aquí cerrada en mi memoria queda:
De ella tú mismo guardarás la llave.

LAER. Adios. (Váse.)

POL. Ofelia, ¡qué consejo es ese?

OFEL. Algo tocante á Hamlet, padre mio.

POL. ¡Ah! bien pensado; pues segun me dicen

Suele gastar contigo muchos ratos
En plática secreta; y tú te muestras
Muy franca y liberal en darle audiencia.
Si fuere así, y así me lo contaron
A guisa de advertencia, he de decirte
Que tan claro á tí misma no te entiendes,
Cual cumple á mi hija, y á tu honor conviene.
Dí la verdad: ¡qué pasa entre vosotros?

OFEL. De breve tiempo acá, señor, me ha hecho
Ofertas mil de aprecio y de cariño.

POL. ¡Cariño! ¡bah! discurre como niña
En tan agudos lances nada experta.

¡Y crees en sus ofertas, cual las llamas?

OFEL. Padre, no sé qué he de pensar.

POL. ¡Escucha!

Te lo diré: pues piensa que eres boba,
Y tomas por vellon ofertas tales
Que á fe, no son de ley. Ten más cautela
O (por no atormentar hasta la muerte
Tan pobre frase) empañarás tu fama.

OFEL. Señor, me ha importunado con su afecto
Con modos honestísimos.

POL. Sí, modos,
O moda, todo es uno. ¡Calla, calla!

OFEL. Y me ha abonado sus palabras siempre
Con casi todos los más santos votos.

POL. Sí, trampas para chochas. Ya sabemos
Cuán pródiga á la lengua votos presta,
Cuando la sangre bulle, loca el alma.
Hija, esas llamaradas que difunden
Más lumbre que calor, y que se extinguen
En su fulgor al proferir su oferta,

No has de tomar por fuego. En adelante,
 Más parca sé con tu presencia virgen;
 Y estima tus favores y atractivos
 En más que una llamada á parlamento.
 Por lo que toca á Hamlet, hazte cargo
 Que es mozo, y no le ligan tantas trabas
 Como requieres tú. En suma, Ofelia,
 No creas en sus votos; son terceros,
 No del matiz que ostentan en sus trajes,
 Sino abogados de perversas causas,
 Que hipócritas exhalan santos votos
 Para engañar mejor. En fin, no quiero
 Que en adelante, hablando con franqueza,
 Un sólo instante de vagar derroches
 Charlando en vanas pláticas con Hamlet.
 Te encargo que no lo echés en olvido.
 Vé á tus quehaceres.

OFEL. Padre, te obedezco. (Vánse.)

ESCENA IV.

La esplanada.

Salen HAMLET, HORACIO y MARCELO.

HAM. Corta sutil el aire: es crudo el frío.

HOR. Áspero sopla el viento, y cómo pica.

HAM. ¿Qué hora será?

HOR. Las doce cerca, creo.

HAM. No, han dado ya.

HOR. ¿De veras? No lo he oído;
 Se acerca la hora, pues, en que el fantasma
 Su ronda suele hacer.

(Toque de trompas y disparos dentro.)

¿Señor, qué es eso?

HAM. Huelga esta noche el rey, y hay borrachera,
 Y se revuelca el fanfarrón ruidoso:
 Y á cada trago de áureo Rhin que apura,

Pregonan roncós trompas y atabales
 El triunfo de su brindis.

HOR. ¿Es costumbre?

HAM. Sí tal; cuya infracción, á juicio mio,
 Aunque he nacido y me he criado en ella,
 Nos honraria más que su observancia.
 Este beber sin tino nos expone
 De Ocaso á Oriente á universal censura:
 Las gentes nos motejan de borrachos,
 Y súcio apodo á nuestros nombres cuelgan.
 Y á fe que quita á nuestros altos hechos,
 Por ínclitos que sean, brillo y fama,
 La nata y flor del mérito. A menudo
 Tal acontece al individuo aislado;
 Ya por defecto natural, ó vicio,
 Tal vez de nacimiento (en que inocente
 De toda culpa está, pues la natura
 Su origen nunca elige), ó por exceso
 De vida y de vigor, que muchas veces
 Rompe de la razón diques y vallas,
 O alguna maña que aja en demasía
 Las cultas formas del ameno trato;
 A tales hombres, porque llevan, digo,
 En sí la estampa de un defecto sólo,
 (Divisa de natura ó don de estrella)
 Aun cuando fueren sus virtudes puras
 Como la gracia celestial, tan grandes,
 Tan infinitas como en alma humana
 Puedan caber, en la comun censura
 De su valer, inficionara á todas
 Aquella falta sola, y rebajara
 Al ínfimo nivel de su torpeza
 El átomo de vicio á aquel conjunto
 De noble perfección.

HOR. ¡Mirad, ya viene!

Sale la SOMBRA.

HAM. ¡Angeles, nuncios de bondad, valednos!
Seas vision de paz ó duende inmundo,
Traigas contigo celestiales áuras,
O del infierno ráfagas infectas;
Sea tu intento pérfido ó benigno,
En forma tan augusta me apareces,
Que hablarte quiero. Lllamaréte Hamlet,
Rey, padre, gran Danés; ¡contesta, oh, habla!
No dejes que ignorante estalle el pecho;
Mas di: ¿por qué tus restos venerables,
Guardados por la muerte, reventaron
Su lienzo sepulcral; por qué la tumba,
Dónde te vimos en quietud sepulto,
Su boca abrió de ponderoso mármol
Para arrojarte así? ¿Qué significa
Volver tú en pleno arnés, cadáver muerto,
A visitar los rayos de la luna,
A desformar la noche? ¿Qué el turbarnos
Nosotros, irrisión de la natura,
Llenos de espanto tal, con pensamientos
Que á comprender no alcanzan nuestras almas?
¿Qué es esto, dí? ¿qué exiges de nosotros?
(La sombra hace señas á Hamlet.)

HOR. Hace ademán de que con él te alejes,
Cual si quisiera platicar contigo
A solas.

MAR. Mira con qué urbano modo
Te convida á un lugar más retirado:
Mas no te irás con él.

HOR. De modo alguno.

HAM. No quiere hablar; pues seguiréle entónces.

HOR. No tal, señor.

HAM. ¿Qué hay que temer en eso?
Ni en un comino aprecio yo mi vida:
Y en cuanto al alma, ¿qué pudiera hacerle,
Siendo como él una inmortal esencia?

A hacerme señas vuelve; yo le sigo.
HOR. ¿Y si te arrastra, Alteza, hácia el torrente,
O á la tremenda cima del peñasco
Que al mar se encorva encima de su base,
Y asume allí más hórrida figura,
Que de razon, Alteza, te privara,
Y te volviera loco? Piensa en ello;
El sitio mismo inspira horror de suyo,
Sin otra causa, y llena de extravíos
Desesperados á cualquier cerebro
Que el mar contempla desde tal altura,
Y oye cual ruge abajo.

HAM. Aún me hace señas.
Pues vé, te sigo.

MAR. Nunca, Alteza.

HAM. ¡Quita!

HOR. Prudencia ten. No irás.

HAM. Mi sino llama;
Y cada arteria de mi cuerpo vuelve
Duro cual nervio del león nemeo.
Me llama sin cesar; soltad, hidalgos.
¡Fantasma haré del que estorbarme intente!
¡En marcha, pues! Delante vé; te sigo.

(Vánse la sombra y Hamlet.)

HOR. Le vuelve la aprension desesperado.

MAR. Sigámosle; no es justo obedecerle.

HOR. Te sigo.—¿En qué vendrá á parar todo esto?

MAR. Algo hay podrido en el Danés Estado.

HOR. Dios lo encaminará.

MAR. Sus huellas sigue.

(Vánse.)

ESCENA V.

Otra parte de la esplanada.

Salen la SOMBRA y HAMLET.

HAM. ¿Dónde me llevas, dí? De aquí no paso.

SOM. Escucha.

HAM. Escucho.

SOM. La hora ya se acerca
En que á las crudas, sulfurosas llamas
Me he de entregar de nuevo.

HAM. ¡Ay, triste sombra!

SOM. No, no te apiades; presta atento oído
A cuanto revelare.HAM. Habla, te escucho;
Oírte es mi deber.SOM. Tomar venganza
Será, despues de oirme.

HAM. ¿Qué?

SOM. La sombra

Soy de tu muerto padre, condenada
Por cierto plazo á andar de noche errante,
Y en ígnea llama á padecer de día,
Hasta purgar los crímenes y errores
Que en vida cometí. No me estuviera
Vedado el revelarte los secretos
De mi prision, y un cuento te contara
Cuya menor palabra redujera
A polvo tu alma; helara en tí la sangre;
Lanzarse de sus órbitas haria
Tus ojos como estrellas; dividirse
Tus enroscades rizos, y erizarse
Cada distinto pelo coma pua
En puercoespín rabioso. Tal relato
No es para oídos, no, de carne y nervio.
¡Escucha, pues, oh, atiende! Si quisiste

Alguna vez á tu benigno padre...

HAM. ¡Oh Dios!

SOM. Venganza toma de su alevé
Cruel asesinato.

HAM. ¡Asesinato!

SOM. Cobarde y vil, cual lo es áun disculpable;
Pero este fué inaudito, fué alevoso,
Contra la misma ley de la natura.HAM. Dímelo al punto, y deja que con alas
Raudas cual la oracion, ó el pensamiento
De pecho amante, á mi venganza vuele.SOM. Dispuesto te hallo; y menester seria
Que lerdo fueras más que yerba crasa
Que en paz arraiga en la letal orilla,
Si esto no te moviese. Escucha ahora:
Corre la voz que en mi jardín dormido
Un áspid me picó; y así se abusa
Vilmente de la fe de Dinamarca,
Dando mentida cuenta de mi muerte.
Mas sabe, oh noble jóven, que ese áspid
Que hirió la vida de tu padre, ahora
Su cetro empuña.HAM. ¡Oh mi profética alma!
¡Mi tío?SOM. Aquel adúltero incestuoso,
Con el hechizo de su astuto ingenio,
Con falsos dones—¡ay! ¡ingenio inícuo,
Pérfidos dones, cuya fuerza alcanza
A seducir así!—rindió á su torpe
Sensual deseo el gusto y albedrío
De mi consorte, al parecer tan casta.
¡Ay! ¡Hamlet, que villana apostasía!
¡Dejarme á mí, cuya pasión, tan firme.
Corrió parejas siempre con el voto
Que la hice ante el altar, y rebajarse
A un hombre vil, en naturales dotes
Tan pobre y ruin, conmigo comparado!
¡Mas ay! así cual la virtud no falta,

Por más que la lujuria la corteje
 En forma celestial, la vil lujuria,
 Unida á un ángel de beldad radiante,
 En lecho celestial sintiendo hastío,
 Se cebará en basura! Pero ¡calla!
 Creo husmear del alba el fresco aliento:
 Seamos breve. En mi jardín dormido
 (Fué mi costumbre siempre por la tarde)
 Tu tío me acecha en mi tranquila siesta,
 Con zumo de beleño maldecido
 Que en una ampolla lleva, y por la entrada
 Vierte en mi oído el tósigo leproso,
 Cuya eficacia enemistad tan cruda
 Tiene á la sangre humana declarada,
 Que rauda cual azogue se introduce
 Por las puertas y acequias naturales
 Del cuerpo, y con vigor tan repentino,
 Cual galio en leche á gotas escanciado,
 Corta y cuaja la acuosa y limpia sangre.
 Tal hizo con la mía; y de repente,
 Cual Lázaro, cubierto de asquerosa
 Hedionda caspa ví mi tersa carne.
 Así, durmiendo, por mi hermano crudo
 De vida, cetro, y reina fuí privado;
 Muerto en la misma flor de mis pecados,
 Sin confesion, sin óleos, sin ayuda,
 Mi cuenta sin hacer, mandado á juicio
 Con todos mis pecados sobre el alma.
 ¡Oh, horrible! ¡horrible! ¡por demas horrible!
 Si hay compasion en tí, jamás lo sufras;
 ¡Ah, no permitas, no, que se convierta
 El tálamo real de Dinamarca
 En nido de lujuria y torpe incesto!
 Pero cualquiera el derrotero fuere
 Que sigas para el logro de este acto,
 Tu honor no manches; nada frague tu alma
 Contra tu madre, no: déjala al cielo,
 Y á los abrojos que en su pecho anidan

Para punzar y herirla. ¡Adios! la vuelta
 Del alba la luciérnaga me anuncia,
 Y se amortigua ya su inútil fuego.
 ¡Adios! ¡Adios! ¡ay Hamlet, no me olvides!
 (Váse.)

HAM. ¡Oh de los cielos hueste eterna! ¡oh tierra!
 ¡Qué más? ¡te he de nombrar tambien, oh in-
 [fierno?

¡Oh oprobio! ¡Tente, corazon! ¡oh, tente!
 Y nervios ¡ay! no caduqueis de pronto;
 Mas sostenedme firme. ¡No te olvide!
 Sombra, jamás, miéntras memoria more
 En el revuelto globo. ¡No te olvide!
 De la hoja borraré de mi memoria
 Todo trivial recuerdo, adagio ó imágen,
 Toda impresion pasada que trazaron
 Observacion y juventud en ella,
 Y tu mandato vivirá tan sólo
 Dentro del libro y tomo de mi seso,
 Nunca mezclada con más vil materia.
 ¡Sí, vive Dios! ¡Oh sierpe pernicioso!
 ¡Oh pérfido! ¡Oh risueño y vil bellaco!
 Mis hojas... bien merece que lo apunte;
 Que uno puede reirse, y sonreirse,
 Y ser un vil: seguro estoy al ménos
 Que puede suceder en Dinamarca. (Escribe.)
 Aquí estás, tío. ¡A mi consigna ahora!
 Ella es «¡Adios, adios, y no me olvides!»
 Ya lo he jurado.

MAR. y HOR. (Dentro.) ¡Alteza! ¡Alteza!

MAR. (Dentro.) ¡Hamlet!

HOR. (Dentro.) ¡El cielo le proteja!

HAM. ¡Amén!

HOR. (Dentro.) ¡Eh! ¡Hola!

¡Hola, señor!

HAM. ¡Eh! ¡Hola, ven, tordito!

Salen HORACIO y MARCELO.

- MAR. ¿Qué tal, señor?
 HOR. Alteza, ¿qué hay? ¿qué ocurre?
 HAM. ¡Oh maravilla!
 HOR. Cuenta todo, Alteza.
 HAM. Nó, lo revelareis.
 HOR. No tal, lo juro
 Por Dios, señor.
 MAR. Y yo tambien, Alteza.
 HAM. ¿Pues qué decis? ¿Creyéralo alma humana?
 ¿Mas callareis?
 MAR. y HOR. Por el Eterno, Alteza.
 HAM. No hay un bellaco en Dinamarca toda
 Que un redomado pícaro no sea.
 HOR. Para eso, Alteza, no hace falta, créo,
 Que salga sombra alguna de su huesa.
 HAM. Tienes razon; estás, á fe, en lo justo.
 Y así, sin más ambajes, me parece
 Que nos demos las manos, y partamos;
 Vosotros donde os llame oficio ó gusto;
 Pues cada cual su oficio y gusto tiene,
 Sea cual fuere; y por mi humilde parte,
 Mirad, me iré á rezar.
 HOR. Estas, Alteza,
 Son nada más que locas frases, viento.
 HAM. Pues siento que te ofendan, en el alma;
 Si, á fe, en el alma.
 HOR. No hay ofensa, Alteza.
 HAM. Por San Patricio, sí que la hay, Horacio,
 Y mucha. En cuanto á la vision que vimos,
 Dejad que os diga que es un duende honesto.
 En cuanto á averiguar qué hubo entre ambos,
 Arréglate cual puedas. Y ahora, amigos,
 Como tales, soldados y estudiantes,
 Hacedme una merced.
 HOR. ¿Cuál es? Por hecha.
 HAM. No revelar lo que esta noche visteis:

- Nunca.
 HOR. y MAR. Jamás, señor.
 HAM. Juradlo.
 HOR. Juro
 Que nunca, Alteza.
 MAR. Y yo, señor, por mi honra.
 HAM. Sobre mi espada.
 MAR. Alteza, ya juramos.
 HAM. Aquí, sobre mi espada, digo.
 SOM. (Debajo tierra.) Jura.
 HAM. ¿Eso dices? ¿Estás allí, buen hombre?
 Venid—ya oís al otro en la bodega—
 Prestad el voto.
 HOR. Príncipe, proponlo.
 HAM. No hablar jamás de lo que visteis. ¡Nunca!
 Jurad sobre esta espada, sí.
 SOM. (Debajo tierra.) Juradlo.
 HAM. ¿*Hic et ubique*? De lugar mudemos.
 Venid, hidalgos, y poned las diestras
 Sobre mi espada: nunca hablar de aquello
 Que visteis, sí; jurad por esta espada.
 SOM. (Debajo.) Jurad.
 HAM. ¡Bien, topo! ¿Escarbas tan de prisa?
 ¡Bravo minero! Más allá, señores.
 HOR. ¡Por cielo y tierra que es extraño el lance!
 HAM. Pues como á extraño dale bienvenida.
 Más cosas hay en cielo y tierra, Horacio,
 De lo que sueña tu filosofía.
 Pero venid. Jurad aquí, como ántes,
 Que nunca, así de Dios la gracia os valga,
 Por raro y por extraño que me porte,
 (Pues podrá ser que luego halle prudente
 Mostrarme acaso de índole grotesca)
 Que nunca al verme en tales ratos, nunca,
 Dareis señal, cruzando así los brazos,
 Moviendo la cabeza, ó pronunciando
 Frases dudosas, como: «Ya sabemos»...
 «Pudiera, si quisiese»... ó «Si yo hablase»...

O bien: «Los hay que si pudieren»... y otras
Ambigüedades tales, denotando
Que algo sabeis de mí; no hacerlo nunca,
Así os ayude el cielo en todo apuro,
Jurad.

SOM. (Debajo tierra.) Jurad.

HAM.

Paz, paz, inquieta sombra.

(Juran Horacio y Marcelo.)

Bien, caballeros, mi amistad os brindo;
Y lo que pueda hacer hombre tan pobre
Como Hamlet, para demostrar su afecto,
Mediante Dios, no faltará. Partamos.
Anda lujado el mando. ¡Oh pérfido hado!
Que á reducirlo á mí me has destinado.
Venid, hidalgos; nos iremos juntos. (Vánse.)

ACTO II.

ESCENA PRIMERA.

Una sala de la casa de Polonio.

Salen POLONIO y REINALDO.

POL. Ten, dále este dinero y estas cartas,
Reinaldo amigo.

REIN. Así lo haré, Excelencia.

POL. Harias bien, Reinaldo, en informarte
De su comportamiento ántes de verle.

REIN. Señor, pensaba hacerlo.

POL. ¡Bien, bien dicho!

A fe, ¡muy bien! Y mira, lo primero,
Pregunta tú qué clase de daneses
Hay en Paris, y quiénes son, y cómo
Y con quién viven, cuánto gastan;
Y de esta suerte, á fuerza de preguntas,
Será más fácil que á tu objeto llegues
Que por tu propia indagacion privada.
Haz cual si lazos de amistad remota
Unieran á ambos; díles, por ejemplo:

«Conozco á sus parientes y á su padre,
Y áun algo á él.» ¡Me entiendes, buen Reinaldo?

REIN. Muy bien, señor.

POL. «Y áun algo á él; no mucho,»

Podrás decir, «ni bien; mas si es quien digo,
Es algo calavera, aficionado
A tal ó cual;» y forja luego embustes
Cuantos quisieres de él; mas nada grave
Que pueda ajar su honor; guárdate de eso:
Sino deslices, locos extravíos,
Perennes compañeros, ya se sabe,
De juventud y libertad proterva.

REIN. Como jugar, señor.

POL. Precisamente,
O bien reñir, jurar, emborracharse,
Tratar con mozas; puedes ir tan lejos.

REIN. Eso, señor, pudiera ajar su honra.

POL. No tal, á fe, si sabes manejarlo:
No debes acusarle de otro vicio,
De incontinencia haciéndole culpable:
No es esa mi intencion; sino procura
Engalanar sus faltas de tal suerte
Que puedan parecer leves lunares,
Chispas y arranques de índole fogosa,
Violencia de la sangre no domada
Que á todos acomete.

REIN. Pero, mi amo...

POL. ¿Por qué lo debe hacer?

REIN. Eso quisiera
Saber, señor.

POL. Pues bien, mi plan es este;
Y á mi entender es un ardid de ingenio:
Tachando á mi hijo de estas leves manchas,
Cual cosa que se ensucia en la faena,
(Que adviertas esto bien) está seguro
Que aquel con quien hablares (como hubiese
Hallado alguna vez culpable al jóven
De quien se trata, de antedichas faltas)
Rematará la plática, diciendo:
«Mi buen señor,» ó bien «Amigo,» «Hidalgo,»
Segun el tratamiento ó usanza propia
Del hombre ó la nacion...

REIN. Bien, amo mio.

POL. Y luego, si esto hiciere, hará... ¿Pero qué
iba á decir? ¡Viven los cielos! algo iba á decir.
¿En qué quedamos?

REIN. En «Rematará la plática diciendo: «Ami-
go,» «Hidalgo,» «ó cosa así.»

POL. «Rematará la plática,» sí, en eso;
Y acabará: «Conozco al gentilhombre;
Vile antëayer, ó ayer, ó há pocos dias,
Con tal ó cual; jugando en cierto sitio,
Segun decís; en tal, borracho; en otro,
Riñendo á la pelota;» ó por ventura,
«Vile tal dia entrar en cierta casa...»
(Es decir, un burdel); *et sic de cæteris*.
Repara ahora:—con mentido cebo
Pescas á aquella trucha verdadera.
Así nosotros los de seso y chispa
Sacamos, por recodos y emboscadas,
Con tales indirectas las verdades.
No de otra suerte lograrás de mi hijo
Vida y milagros indagar, siguiendo
Mi aviso y mi consejo. Dí, ¿me entiendes?

REIN. Señor, te entiendo.

POL. ¡Adios! y que Él te ampare.

REIN. ¡Mi buen señor!

POL. Observa por tí mismo
Su inclinacion.

REIN. Lo haré, señor.

POL. Y estudie

Música con ahinco.

REIN. Bien, mi dueño.

POL. ¡Adios! (Váse Reinaldo.)

Sale OFELIA.

¿Qué es esto, Ofelia? Dí, ¿qué ocurre?
OFEL. ¡Ay padre, ay padre! ¡estoy toda azorada!
POL. ¡Por el amor de Dios! ¿por qué? sepamos.

OFEL. Señor, cosiendo estaba en mi aposento,
 Cuando Hamlet, sin sombrero en la cabeza,
 Aflojado el jubon, las medias sucias,
 Sin ligas y caidas como ajorcas,
 Blanco cual su camisa, sus rodillas
 Chocando una con otra, con mirada
 Tan llena de afliccion cual alma en pena
 Que hubiesen libertado del infierno
 Para contar horrores—me aparece.

POL. ¿Loco de amor por tí?

OFEL. Lo ignoro, padre;
 Pero, en verdad, lo temo.

POL. ¿Qué te dijo?

OFEL. Me asió del puño y sujetóme firme;
 Echóse luego atrás, cuan largo el brazo,
 Y puesta su otra mano así en las sienes,
 Mi rostro escudriñó con tal ahinco,
 Cual si sus rasgos dibujar quisiera.
 Estuvo largo rato en tal postura;
 Al fin, mi brazo sacudiendo leve,
 Y por tres veces la cabeza hincando,
 Un ¡ay! echó tan triste, tan profundo,
 Que pareció dar fin á su existencia,
 Haciendo estremecer su cuerpo todo.
 Soltóme luego, y vuelta atrás la cara,
 Halló el camino, al parecer, sin ojos,
 Pues fuese por la puerta sin su ayuda,
 Clavando en mí su lumbre hasta ausentarse.

POL. Conmigo ven; del rey en busca iréme.
 Esto es de amor el éxtasis clavado,
 Cuyo poder violento así se arruina,
 Y á empeños temerarios lleva el alma
 Tan á menudo cual pasion alguna
 Que en este suelo nuestro sér aflige.
 Lo siento.—¿Le has tratado con dureza
 Recientemente, acaso?

OFEL. No, mi padre;
 Mas como tú mandaste he rechazado

Sus cartas, y neguéme á recibirle.

POL. Eso le ha vuelto loco; y siento mucho
 No haber juzgado con mejor criterio
 Y juicio de él: temí que fuese burla,
 Y que era su propósito perderte.
 ¡Mal hayan mis recelos! Es tan propio
 De nuestra edad caduca, ¡vive el cielo!
 El excederse en precaver desastres,
 Como comun la falta de prudencia
 En gente jóven. Ven; al rey busquemos.
 Es fuerza que esto sepa; de otra suerte
 Causa de más pesar el ocultarlo
 Pudiera ser, que de ódio el revelar lo. (Vanse.)

ESCENA II.

Una sala del castillo.

*Salen el REY, la REINA, ROSENKRANZ, GUILDENSTERN
 y acompañamiento.*

REY. Rosenkranz, Guildenstern, muy bien veni-
 [dos.]

No sólo afan de veros, sino falta
 De vuestra ayuda motivó la prisa
 Con que os llamamos. Algo habeis oido
 De la mudanza de Hamlet; tal la llamo,
 Pues ni por dentro ni por fuera el propio
 Parece ya. Cuál puede ser la causa,
 Si no es la muerte de su padre, de esta
 Triste enajenacion de su sentido,
 No acierto á adivinar. Os ruego á entrambos,
 —Ya que os criasteis desde niño juntos,
 Tan allegados á su edad y genio—
 Que os digneis deteneros en mi corte
 Por breve tiempo, á fin de estimularle
 Con vuestro ameno trato á los placeres,
 Y de indagar, en cuanto lo permitan

Las circunstancias, si algo que ignoramos,
Le aflige de esta suerte, y si estuviera,
Sabido el mal, en nos el darle alivio.

REINA. Ha hablado mucho, hidalgos, en vosotros,
Y estoy segura que otros dos no existen
A quienes más aprecia; y si os pluguiere
Benévolos hacernos la fineza
De estaros breve rato á nuestro lado,
En bien y pro de nuestro ardiente anhelo,
Recompensar sabremos vuestra estancia
Cual cumple á noble rey y agradecido.

ROS. A vuestras Majestades competiera,
Por soberana ley que en vos reside,
Manifestar más bien en son de mando
Que en voz de ruego vuestro real deseo.

GUILD. No obstante, obedecemos uno y otro;
Y á vuestra voluntad nos entregamos,
Resueltos á poner á vuestras plantas
Nuestros servicios fiel y libremente.

REY. ¡Buen Guildenstern y Rosenkranz, mil gra-

[cias!

REINA. ¡Buen Rosenkranz y Guildenstern, mil gra-

[cias!

Y que al instante visiteis os ruego
A mi hijo, ¡ay! ¡tan mudado! Lleve alguno
A estos hidalgos donde se halla Hamlet.

GUILD. Dios quiera que halle en nuestro trato y

[obras

Placer y alivio.

REINA. ¡Amén! Tal es mi ruego.

(Vánse Rosenkranz, Guildenstern y algunos criados.)

Sale POLONIO.

POL. Los dos embajadores de Noruega
Alegres regresaron, rey benigno.

REY. De buenas nuevas fuiste padre siempre.

POL. ¡De veras hablas? Te aseguro, Alteza,
Que cumplo mi deber cual cumple mi alma,

Con Dios á un tiempo y con mi rey clemente;
Y pienso, ó de otra suerte ya no husmea
Tan bien mi ingenio cual solia el rastro
De la sagacidad, que he descubierto
La propia causa del delirio de Hamlet.

REY. ¡Oh, habla de eso! es lo que más ansío.

POL. Audiencia da primero á tus legados,
Y servirán de postre mis noticias
A aquel festin opíparo.

REY. Tú mismo
Harásles el honor de introducirles. (Váse Polonio.)
Me dice, cara esposa, que ha encontrado
La fuente de ese mal que á tu hijo aqueja.

REINA. Me temo que no es otra que la antigua:
Del padre el trance, y nuestra pronta boda.

REY. Bien; le he de sondear.

Salen VOLTIMAND y CORNELIO.

¡Muy bien venidos,

Amigos fieles! ¡Voltimand, qué nuevas
De nuestro primo de Noruega traes?

VOLT. Devuelve agradecido el fiel saludo
Y tus deseos. Al primero nuestro,
Mandó sin tregua suspender las levas
De Fortimbrás, que por apresto tuvo
Contra el Polaco; mas mejor miradas,
Halló en efecto ser en daño tuyo.

Y resentido de la aleve burla
Hecha á sus duelos, canas é impotencia,
Arresto dicta en contra del sobrino;
Quien obedece en breve su mandato,
Se humilla á la censura de Noruega,
Y en suma, presta voto ante su tío,
De no intentar jamás empresa armada
Contra tu Majestad. El rey anciano,
De júbilo vencido á tal conducta,
En feudo anual le da tres mil coronas,

Y ámplo poder para emplear las tropas,
Reclutadas así, contra el Polaco,
Con cierta instancia aquí especificada:

(Le da un pliego.)

Pidiendo que concedas paso libre
Por tus dominios, rey, á aquella empresa,
Con cuantas concesiones y resguardos
Constan en el despacho.

REY.

¡Bien! nos place.

Y á tiempo más idóneo lo leeremos;
Y meditado, se dará respuesta
A tal negocio. Recibid en tanto
Gracias por vuestro celo y buen servicio:
Id, reposad; luego holgaremos juntos.
¡Muy bien venidos al nativo suelo!

(Vánse Voltimand y Cornelio.)

POL. Buen fin, al parecer, tuvo este asunto.
El debatir, señor y reina mia,
Lo que es la majestad, qué el homenaje,
Por qué sucede que es el dia, dia,
La noche, noche, el tiempo, tiempo, fuera
Perder en vano noche, dia, y tiempo.
Pues bien; ya que es la brevedad el alma
De la razon, la pesadez sus miembros
Y galas exteriores, seré breve.
Está vuestro hijo loco; y digo loco
Por esto: la locura verdadera
¿Consiste en otra cosa que en ser loco?
Mas de eso, asaz.

REINA.

Más miga, menos arte.

POL. Señora, juro que arte alguna empleo.
Que es loco, es cierto; es cierto que da grima,
Y grima da el ser cierto. ¡Ruín figura!
Allá se vaya: no he de usar de arte.
Démosle, pues, por loco; y resta ahora
Buscar y hallar la causa de este efecto,
O por mejor decir, de este defecto;
Pues este efecto defectuoso nace

De alguna causa; cierto; en esto queda;
Y lo que queda es esto. Discurramos.
Una hija tengo—tengo, porque es mia.—
La cual, de su deber en cumplimiento,
Esto me dió: juzgad, y adivinadlo.

(Lee.) «A la celestial, el ídolo de mi alma, la
hermosísima Ofelia.»—Mala locucion es esa;
locucion ordinaria; hermosísima es locucion
ordinaria; pero sigamos. Dice así. (Lee.) «A su
albo y tierno seno; estos renglones, etc.

REINA. ¿Es Hamlet quien la escribe?

POL.

Reina mia,

Paciencia ten, y contarélo todo.

(Lee.) «Duda del sol radiante,
Del rayo y su fulgor;
Duda de fe constante,
Mas nunca de mi amor.

»¡Ay, querida Ofelia! mala maña me doy para
hacer versos: no poseo el arte de medir mis que-
jidos; pero cree que te amo más que á nadie,
oh tú la más digna de ser amada. Adios.

»Tuyo siempre, dueña adorada, mientras le
perteneziere esta máquina,

HAMLET.»

Esto obediente me entregó mi hija,
Y confió además á mis orejas
Sus mil solicitudes, la hora, el sitio,
Los medios que empleara.

REY.

¿Y ella cómo

Su afecto recibió?

POL.

¿Por qué me tienes?

REY. Por hombre fiel, de honor acrisolado.

POL.

Ser tal quisiera. Pero ¿qué pensarás,
Si al ver tender las alas á su ardiente,
Tenaz amor... (y es menester que os diga
Que supe de él aun ántes que mi hija
Me lo contase) ¿qué pensarás, digo,
Su Majestad, tu reina, qué pensara,

Si el libro ó el pupitre hubiese hecho,
O acongojando el alma en muda pena,
Mirara su pasion con lerdos ojos?
¿Qué pensaras de mí? No; obré sin miedo,
Y hablé á mi señorita de esta suerte:
«Hamlet, mi prenda, es príncipe; de rango
Muy superior al tuyo, y esto nunca
Podrá, ni debe ser;» y aconsejéla
Luego que se escondiese de su trato,
Mensajes no admitiese, ni recuerdos.
Hecho esto, aprovechó mis advertencias;
Y él, desdeñado—para ser más breve—
Al duelo se entregó, luego al ayuno,
Luego á velar, á inercia luego, luego
A levedad, viniendo á dar por grados
En la locura en que delira ahora,
Y lamentamos todos.

REY. ¿Crees que es eso?

REINA. A fe, pudiera ser; es muy probable.

POL. ¿Saber quisiera si hubo vez alguna
En que afirmé «tal es» con confianza
Y resultó al revés?

REY. No, que yo sepa.

POL. (Señalando á su cabeza y hombros.)

Troncha esta de estos, si esto es de otra suerte.
En dando con la pista, pronto logro
Saber en dónde la verdad se oculta,
Aunque en el centro mismo se escondiese.

REY. ¿Qué modo hubiera de indagarlo á fondo?

POL. Sabeis que horas enteras se pasea
Aquí en la galería.

REINA. A fe, tal hace.

POL. En hora tal le mandaré mi hija:
Tras de un tapiz conmigo estate entónces;
Nota el encuentro: si no la ama tierno,
Si no es de su locura amor la causa,
No sea funcionario del Estado,
Mas labre el campo y cuide de mis yuntas.

REY. La prueba haremos.

REINA. ¡Ay! mirad do el pobre
Se acerca triste y mísero, leyendo.

POL. Os ruego que os vayais; marchad entrambos.
Luego le abordaré.

(Vánse el rey, la reina y acompañamiento.)

Sale HAMLET leyendo.

Licencia dame.

¿Hamlet, que tal te va, príncipe mio?

HAM. Bien, á Dios gracias.

POL. ¿Me conoceis, señor?

HAM. Perfectamente; eres pescadero.

POL. Nada de eso, señor.

HAM. Pues quisiera que fueras hombre tan hon-
rado.

POL. ¿Honrado, señor?

HAM. Sí, amigo; el ser honrado significa, segun
anda el mundo, ser un hombre escogido entre
diez mil.

POL. Eso es muy cierto, señor.

HAM. Pues si el sol engendra gusanos en un
perro muerto, y siendo un dios besa con sus
rayos un cadáver corrupto... ¿No tienes una
hija?

POL. Sí, príncipe mio; tengo una.

HAM. Pues no la dejes pasear al sol: la concep-
cion es una bendicion del cielo, pero no del
modo en que pudiera concebir tu hija. Mucho
ojo, amigo.

POL. (Aparte.) ¿Qué querrá decir con eso? Siempre
dale que da con mi hija. Sin embargo, no me
conoció en un principio: dijo que era pescadero.
Está muy ido, muy ido. Y es lo cierto que en
mi juventud me puso el amor en grande aprie-
to, casi en tanto como él. Le volveré á hablar.
—¿Qué lees, señor?

HAM. Palabras, palabras, palabras.

POL. ¿Pero de qué se trata, señor?

HAM. ¿Entre quién?

POL. Quiero decir, de qué trata el libro que lee tu Alteza.

HAM. De calumnias, hidalgo; pues el satírico pícaro dice aquí que los viejos tienen la barba blanca, la cara arrugada, que manan de sus ojos ambar cuajado y goma de ciruela, y que adolecen de una falta abundante de talento, y de una flojedad grande de caderas; y aunque estoy firme y completamente convencido de la verdad de todo esto, sin embargo, no tengo por cosa honesta el que se estampe de esa suerte en el papel, pues tú mismo, amigo, serías tan viejo como yo si pudieras andar hácia atrás como el cangrejo.

POL. (Aparte.) Aunque todo es locura, no deja de haber cierto método en lo que dice.—¿No quieres venir, señor, donde no te dé el aire?

HAM. Sí, entrando en mi sepultura.

POL. Allí sí que no da el aire. (Aparte.) Qué acertadas son á veces sus respuestas. Esta es una gracia en que á menudo suelen dar los locos, y con la cual no podrian acertar tan fácilmente los cuerdos y los de sano juicio. Le dejaré ahora y dispondré al punto los medios para que se verifique el encuentro entre él y mi hija.—Noble príncipe, tomaré la libertad de despedirme humildemente de tu Alteza.

HAM. Hidalgo, no puedes tomar de mí cosa alguna de que con más gusto me desprenda, exceptuando la vida, exceptuando la vida, exceptuando la vida.

POL. Adios, Alteza.

HAM. ¡Fastidiosos y caducos necios!

Salen ROSENKRANZ y GUILDENSTERN.

POL. Si buskais al príncipe Hamlet, vedle allí.

ROS. (A POL.) Hidalgo, Dios os guarde. (Váse Polonio.)

GUIL. ¡Señor ilustre!

ROS. ¡Príncipe querido!

HAM. ¡Oh mis buenos amigos! ¿Qué tal, Guildenstern? ¡Ah, Rosenkranz! ¿Qué tal os va, galanes?

ROS. Como á medianos hijos de este mundo.

GUIL. Felices en no ser hartos felices.

No somos el airon precisamente, Alteza, del tocado de Fortuna.

HAM. Ni las suelas de su calzado tampoco.

ROS. Ni uno ni otro, señor.

HAM. En tal caso vivireis hácia su cintura, ó sea en el centro de sus favores.

GUIL. A fe, somos sus privados.

HAM. Pues, en lo más oculto. Bien puede ser: es meretriz. ¿Qué hay de nuevo?

ROS. Nada, señor; sino que la gente se va volviendo honrada.

HAM. Pues entónces debe estar próximo el día del juicio. Permitid que os interrogue más á fondo. ¿Qué delitos habeis cometido para que vuestra mala suerte os haya traído á esta cárcel?

GUIL. ¿Cárcel, señor?

HAM. Dinamarca es una cárcel.

ROS. Lo será el mundo en tal caso.

HAM. Y muy grande; en la cual hay muchos guardas, encierros y calabozos; y Dinamarca es uno de los peores.

ROS. No opinamos así, Alteza.

HAM. Pues entónces, podrá no serlo para vosotros; porque nada hay bueno ó malo sino en fuerza de nuestra fantasía. Para mí es una cárcel.

ROS. Será vuestra ambicion la que os le figure tal: vuestro ánimo le hallará estrecho.

HAM. ¡Oh Dios! pudiera estar encerrado en una cáscara de nuez, y juzgarme rey del universo, si no fuera por los malos sueños que me acosan.

GUIL. Los cuales sueños no son más que ambicion; pues la misma esencia de la ambicion no es más que la sombra de un sueño.

HAM. El sueño en sí no es más que una sombra.

ROS. Cierto; y yo tengo á la ambicion por de condicion tan aérea y liviana, que me parece la sombra de una sombra.

HAM. En tal caso, los mendigos serán cuerpos, y los monarcas y héroes esparrancados, sombras de los mendigos. ¿Iremos á la córte? pues, á fe mia, no tengo la cabeza para discurrir.

ROS. Y GUIL. Te iremos sirviendo.

HAM. Nada de eso. No os quiero confundir con mis demas criados, que á fe de hombre de bien, me sirven indignamente. Pero, decidme por nuestra admistad antigua: ¿qué haceis en Helsingor?

ROS. Venimos á verte, señor; no con otro objeto.

HAM. Tan pobre soy, que ando escaso de gracias. No obstante, os agradezco la fineza; bien que puedo aseguraros, amigos mios, que áun pagadas á ochavo, son demasiado caras mis gracias. ¿No os han mandado que vengais? ¿Os trae vuestra propia inclinacion? ¿Es una visita voluntaria? Vaya, sed francos conmigo; vaya, vaya, decidmelo.

GUIL. ¿Y qué hemos de decirte, señor?

HAM. Lo que querais, con tal de que venga á cuento. Os han mandado que vengais, y se advierte en vuestras miradas cierta confesion, que toda reserva no alcanza á desmentir. Sé que el bueno del rey y la reina os han mandado que vengais.

ROS. ¿A qué fin, señor?

HAM. Eso es lo que vosotros debeis decirme. Pero os conjuro por los vínculos de nuestro compañerismo, por la conformidad de nuestros años juveniles, por la obligacion en que nos pone nuestro no interrumpido afecto, y por todo aquello, en fin, que un orador más diestro que yo os pudiera encargar como lo más sagrado, que seais francos y leales para conmigo, os hayan mandado venir ó no.

ROS. (Aparte á Guildenstern.) ¿Qué dices?

HAM. (Aparte.) ¡Hola! ya os he echado el ojo.—Si me amais no os retireis.

GUIL. Pues, señor, es cierto: nos han hecho venir.

HAM. Os diré el por qué; de esa suerte me anticiparé á vuestra propia confesion, y no faltareis en lo más mínimo al secreto que debeis á los reyes. He perdido de poco tiempo á esta parte—aunque ignoro la causa—toda mi alegría, renunciando á todas mis acostumbradas distracciones; y en efecto, tal pesadez agobia mi ánimo, que esta excelente fábrica, la tierra, me parece un promontorio estéril; ese dosel magnífico de los cielos, ese hermoso firmamento que veis colgado sobre vosotros, esa majestuosa techumbre llovida de doradas luces, á fe, no otra cosa me parece que una vil y pestífera multitud de vapores. ¿Qué obra maestra es el hombre! ¡cuán noble su razon! ¡qué infinitas sus facultades! ¡qué expresivo y admirable en su forma y sus movimientos! ¡qué semejante á un ángel en sus acciones! ¡y en su espíritu cuán semejante á un dios! El es lo más hermoso de la tierra, el más perfecto de todos los animales. Y sin embargo, ¿á mí qué esta quinta esencia de polvo? No hallo deleite alguno en el hombre; no, ni en la mujer tampoco, por más que con vuestra sonrisa pareceis indicar que sí.

Ros. Príncipe mio, juro que no he pensado en cosa semejante.

HAM. ¿Pues por qué os reísteis cuando dije «no hallo deleite en el hombre?»

Ros. Al considerar, señor, que si no os deleitan los hombres, qué agasajo de cuaresma recibirán de tu Alteza los cómicos. Los alcanzamos en el camino, y se dirigen aquí á ofrecerte sus servicios.

HAM. El que hace de rey sea muy bien venido; su majestad recibirá tributo de mí; el caballero animoso sacará á lucir su espada y broquel; el galán no suspirará en balde; el que hace de loco acabará su papel en paz; el gracioso hará reir á los que tengan el diafragma quisquilloso, y la dama expresará libremente su pasión, ó de otra suerte el verso cojeará por ello. ¿Qué cómicos son?

Ros. Los que tanto agrado os solian dar; los trágicos de la ciudad.

HAM. ¿Y por qué andan vagando así? Una residencia fija fuera más ventajosa, tanto para su reputación como para su provecho.

Ros. Creo que la reciente innovación se lo prohíbe.

HAM. ¿Gozan de la misma fama que cuando estuve yo en la ciudad? ¿Son tan buscados?

Ros. No por cierto.

HAM. ¿Cómo es eso? ¿se van poniendo rancios?

Ros. Nada de eso; sus esfuerzos siguen la marcha acostumbrada; pero hay una cria de chiquillos, de avejillas implumes, que chillando en la declamación fuera de propósito, son por lo mismo palmoteados con exceso. Estos están ahora en boga, y baladorean de tal suerte en los teatros ordinarios, como ellos los llaman, que muchos valientes de espada en cinta, atemorizados por las plumas de ganso, apenas se atreven á poner los piés allí.

HAM. ¡Oiga! ¿Conque son muchachos? ¿Y quién los sostiene? ¿Qué sueldo les dan? ¿Piensan abandonar la carrera en cuanto se les acabe la voz atiplada? ¿Y no dirán despues cuando tengan que hacerse cómicos ordinarios, que será lo más probable, no teniendo otros medios, que sus compositores los han perjudicado haciéndoles declamar en daño de su propio porvenir?

Ros. A fe, ha habido grandes disgustos por ambas partes, y el pueblo no tiene por pecado el azuzarles á la contienda: hubo un tiempo en que era imposible sacar una blanca de ninguna obra en que el poeta y los actores no anduviesen á mojicones con sus contrarios.

HAM. ¿Es posible?

GUIL. ¡Oh, se han descalabrado mutuamente de lo lindo!

HAM. Y qué ¿se llevan la mejor parte los muchachos?

Ros. A fe que sí, Alteza: á Hércules y su carga además.

HAM. Nada tiene de extraño; pues mi tío es rey de Dinamarca, y los que se mofaban de él mientras vivió mi padre, dan veinte, cuarenta, cincuenta, cien ducados por su retrato en miniatura. ¡Vive Dios! en esto hay algo que es sobrenatural, si la filosofía pudiera descubrirlo.

(Suenan clarines dentro.)

GUIL. Ya están ahí los cómicos.

HAM. Hidalgos, muy bien venidos á Helsingor. Dadme las manos; acercaos, pues. Las señales de una buena acogida consisten en ceremonias y cumplimientos. Permitid que cumpla con vosotros de esta suerte, pues no quisiera que el recibimiento que haga á los cómicos (el cual os aseguro deberá manifestarse muy cortés en lo exterior) pareciese más cumplido que el que

os haga á vosotros. Bien venidos; pero mi tío padre, y mi madre tía, viven engañados.

GUIL. ¿En qué, príncipe?

HAM. No estoy loco sino cuando sopla el noroeste; cuando corre el sud, sé distinguir un huevo de una castaña.

Sale POLONIO.

POL. Dios os guarde, caballeros.

HAM. Oye tú, Guildenstern; y tú también: un oyente á cada lado. Aquel vejestorio que veis allí, aún no ha salido de mantillas.

ROS. Por dicha habrá vuelto á ellas; pues segun dicen, la vejez es una segunda infancia.

HAM. Oso profetizar que me viene á hablar de los cómicos. Notadlo. Decís bien, hidalgo; el lunes por la mañana; así fué en efecto.

POL. Señor, tengo nuevas que contarte.

HAM. Señor, tengo nuevas que contarte.—Cuando Roscio era actor en Roma...

POL. Han llegado los cómicos, Alteza.

HAM. ¡Tuh! ¡tuh! ¡tuh!

POL. A fe de hombre de bien...

HAM. «Jinete en burro cada actor acude.»

POL. Los mejores cómicos del mundo, ya sea en la tragedia, comedia, historia, pastoral, cómico-pastoral, pastoral-histórico, trágico-histórico, tragi-cómico, tragi-cómico-histórico-pastoral, escena indivisible ó poema ilimitado: para ellos Séneca no puede ser demasiado grave, ni Plauto demasiado festivo. Y así para lo escrito como para lo improvisado, estos son los únicos.

HAM. ¡Oh Jefté, juez de Israel, qué tesoro tuviste!

POL. Pues ¿qué tesoro era el suyo, señor?

HAM. Pues,

«No más que una hermosa hija,
A quien amó tierno y fiel.»

POL. (Aparte.) Siempre pensando en mi hija.

HAM. ¿No estoy en lo justo, anciano Jefté?

POL. Si tu Alteza me llama Jefté, cierto es que tengo una hija á quien amo tierno y fiel.

HAM. No, no es eso lo que sigue.

POL. ¿Pues qué sigue, señor?

HAM. Pues,

«Segun el dado

»Arrojó el hado,»

Y luego, ya sabes,

«Aconteció lo que era de esperar.»—

La primera línea del piadoso villancico te dirá lo demas: pues mira dónde se acercan los compendiadores de mi discurso.

Salen cuatro ó cinco cómicos.

Bien venidos, señores, bien venidos todos. Me alegro de verte bueno. Bien venidos, camaradas. ¡Oh, mi antiguo amigo! qué flecos te han salido en la cara desde la última vez que te ví; aunque espero que no vienes á subírteme á las barbas en Dinamarca. ¡Hola, linda damita, y muy señora mia! Por la Virgen que ya está vuesa merced una cuarta más cerca del cielo desde la última vez que la ví. Dios quiera que tu voz no resulte cascada, como una moneda de oro falso. Señores, muy bien venidos todos. Pongamos manos á la obra en seguida como halconeros franceses, nos arrojaremos sobre el primer objeto que se nos presenta: oigamos al punto una relacion: vamos, dadnos una prueba de vuestra habilidad: venga una relacion apasionada.

COM. 1.º ¿Cuál ha de ser, señor?

HAM. Te oí recitar cierta vez una relacion que nunca llegó á representarse, ó si llegó, fué

una sola vez cuando más; pues la obra no agradaba á la multitud: no era manjar para el vulgo; pero á mí me pareció, y áun á otros cuyo dictámen estaba muy por cima del mio, una excelente pieza; bien dispuesta la fábula, y escrita con no ménos decoro que ingenio. Me acuerdo que no faltó, sin embargo, quien dijo que no habia en los versos toda la sal necesaria para sazonar el asunto, ni sentido alguno en la frase que pudiera delatar afectacion en el autor, sino que estaba escrito en estilo honesto, tan instructiva como agradable, y muy más bello que adornado. Una relacion, sobre todo me agradó en extremo: era el relato de Eneas á Dido, y particularmente aquel trozo en que habla de la muerte de Príamo. Si aún vive en tu memoria, empieza por aquel verso... á ver, á ver...

«El crudo Pirro cual hircana fiera....»

No, no es así; pero empieza con Pirro.

«El crudo Pirro, cuyas tetras armas,

Negras como su intento, parecian

A aquella noche en que yació tendido

En el fatal caballo, acaba ahora

De ennegrecer aquel horrible aspecto

Con más atroz blason: de pié á cabeza

Es rojo todo: le orna horribilmente

Sangre de padres, madres, hijas, hijos

Que abrasa el fiero incendio de las calles,

Que prestan lumbre bárbara y maldita

Al vil asesinato de su dueño.

Ardiendo en ira y fuego, y de viscosa

Cuajada sangre todo embadurnado,

Los ojos cual carbunclos, Pirro crudo

Busca al abuelo Príamo.»

Así prosigue ahora.

POL. Por Dios, príncipe, muy bien dicho, con buena entonacion y buen estilo.

ACT. 1.º

«Le halla en breve,

Do al griego afronta mal: su antigua espada,

Rebelde al brazo, yace donde cae,

Al mando indócil. Pirro al teucro embiste

En liza desigual: el brazo tiende;

Mas sólo al zumbo de su fiera espada

Cae enervado el padre. Aunque sin vida,

Ilion, al golpe al parecer sensible,

Al suelo inclina la flamante cresta,

Y con horrendo estrépito cautiva

El oido de Pirro; ¡y ved! su espada

Que iba á caer sobre la láctea frente

Del venerable Príamo, en el aire

Al parecer se atasca. Tal quedóse,

Hecho bermejo monstruo, Pirro, y como

Neutral entre alma y cuerpo no hizo nada.

Mas cual se advierte muchas veces ántes

De la tormenta, en honda calma el cielo,

Parado el nubarron, los vientos mudos,

Y el orbe abajo quieto cual la muerte,

Hasta que el trueno horrendo el aire rasga;

Así despues de aquella pausa, á Pirro

A nuevo asalto la venganza aguija;

Y nunca de los cíclopes los mazos

Dieron en la armadura del dios Marte,

Forjada á prueba eterna, tan de recio,

Tan sin piedad, cual la sangrienta espada

De Pirro sobre Príamo se abate.

¡Oh tú, Fortuna, aparta, vil ramera!

Y en sínodo total, vosotros todos,

Quitadle su poder, romped, oh dioses,

Los rayos y las calces de su rueda,

Y desde la alta cima de los cielos

El eje despeñad al hondo abismo.»

POL. Esto es demasiado largo.

HAM. Irá á casa del barbero con tu barba: pre-

fiere un baile, ó un cuento obsceno, ó si no, se

duerme. Prosigue; vengamos á Hécuba.

Act. 1.º «¡Quién viese! ¡ay! ¡quién! la mal ceñida
[reina...»

HAM. «¡Mal ceñida reina!»

POL. Eso es bueno: «mal ceñida reina» es bueno.

Act. 1.º «Correr, descalzo el pié, de arriba abajo,

Amenazando las rojizas llamas

Con llanto acerbo; un lienzo en la cabeza,

La misma que ciñó diadema há poco;

En vez de rica vestidura, cubre

Su flaco seno, de parir rendido,

Vil manta, asida en presurosa alarma.

Quien viese tal, con ponzoñosa lengua

Traicion gritara en rostro á la fortuna.

Mas si los dioses mismos la observaron,

Cuando de Pirro vió la cruda espada

Por burla aleve hacer menudos trozos

Los miembros del consorte, el grito horrendo

En que estalló su angustia repentina,

(Si á lo mortal no son del todo extraños)

Debió bañar los refulgentes ojos

Del cielo en acre llanto, y á los dioses

De lástima llenar.»

POL. ¡Mirad, si no ha mudado de color y le saltan
las lágrimas de los ojos!—No más, por favor.

HAM. Bien está; luego me recitarás lo que falta.

Señor mio, ¿te quieres encargar del hospedaje

y agasajo de los cómicos? ¿Lo oyes? es menes-

ter que los trates bien; pues son como el espejo

y crónica compendiada de los tiempos. Más te

valdria tener un mal epitafio despues de muerto,

que una mala reputacion entre ellos miétras

vivas.

POL. Yo los trataré, señor, conforme á su mereci-

miento.

HAM. ¡Voto al diablo! No tal, hombre, sino mu-

chísimo mejor. Si se tratase á todo hombre

segun merece ¿quién se libraria de una zurra?

Trátalos como corresponda á tu propia nobleza

y dignidad; cuanto menor sea su mérito, tanto
mayor será tu generosidad. Acompáñalos.

POL. Venid, hidalgos.

HAM. Seguidle, amigos: mañana habrá comedia.

(Vánse Polonio y todos los cómicos ménos el primero.)

Oye, mi antiguo amigo: ¿no pudieras represen-
tar la muerte de Gonzago?

Act. 1.º Sí, señor.

HAM. Pues mañana por la noche se repre-sen-
tará. ¿Y no podrias, si fuese menester, apren-
der de memoria una relacion de unos doce ó
diez y seis versos, que pienso escribir é insertar
en la pieza? ¿Podrás?

Act. 1.º Sí, señor.

HAM. Muy bien. Sigue á aquel gentilhombre, y
guárdate de hacer burla de él. (Váse el cómico primero.)

Mis queridos amigos, me despido de vosotros
hasta la noche. Bien venidos á Helsingor.

Ros. ¡Mi noble príncipe!

HAM. Bien. Id con Dios. (Vánse Rosenkranz y Guildenstern.)
Ahora estoy á solas.

¡Oh qué villano soy, qué agreste esclavo!

¡No es asombroso que este actor, en una

Ficcion mentida de pasion soñada,

Logre obligar al alma á su capricho

De suerte, que el color de la mejilla

Su agitacion le robe, arrase en llanto

Sus ojos, llene de estupor su aspecto,

Corte su voz, y su apostura toda

Fuerza á su antojo? ¡Y todo por nonada!

¡Por Hécuba! Y á él Hécuba ¿qué importa?

¡Qué á ella él, para que así la lllore?

¡Ay! ¿qué no hiciera si motivo y seña

Tuviese como yo para alterarse?

En lágrimas la escena anegaria,

Del público el oido desgarrara

Con hórrido discurso, enloqueciera

Al delincuente, y aterrara al justo,

Al necio confundiera, y embotara
 Las facultades de los ojos y de los oídos!
 Y yo bellaco lerdo y apocado,
 Cual soñador follon, me arrastro á hurto,
 Ajeno de mi causa, y nada digo,
 No, ni aún en pró de un rey, á cuya hacienda
 Y cara vida dieron crudo asalto.
 ¡Soy yo cobarde? ¡Quién de vil me tilda?
 ¡Quién rompe mi cabeza? ¡quién arranca
 Mis barbas y en mi cara me las sopla?
 ¡Quién la nariz me pizca? ¡quién el mientes
 Me arroja hasta el pulmon por la garganta?
 ¡Quién osa hacerme tal? ¡Ah! ¡Voto al diablo!
 Sufrirlo bien debiera; pues, por fuerza,
 Tengo hígados de tórtola, me falta
 Hiel que hace amarga la opresion, ó há tiempo
 Cebado hubiera los milanos todos
 De la region etérea con los restos
 Del monstruo aquel. ¡Sangriento, ruin bellaco!
 ¡Cruel, lascivo, falso, vil bellaco!
 ¡Venganza! ¡Oh qué asno soy! ¡Qué accion tan
 [brava!

Que yo, hijo de un caro padre muerto,
 Por cielo y tierra á mi venganza hurgado,
 Tenga que descargar cual vil ramera
 Mi pecho con palabras, maldiciendo
 Como una mujerzuela, una fregona.
 ¡Vergüenza vil! ¡Despierta oh seso! He oido
 Que casos hubo, en que culpables séres,
 Estando en la comedia, se han sentido
 Heridos tan al vivo por el arte
 Y sutileza misma de la escena,
 Que han declarado luego sus delitos;
 Que aunque sin lengua, el homicidio habla
 Por modo extraño. Haré que representen
 Estos actores algo parecido
 Al torpe asesinato de mi padre
 Ante mi tio; observaré sus gestos.

Hasta lo vivo tentaré su herida:
 Si ceja, sé mi rumbo. Aquella sombra
 Que viera, el diablo puede ser; que al diablo
 Le es dado disfrazarse en forma grata.
 ¡Oh, sí! tal vez notando mi flaqueza
 Y mi melancolía, y ejerciendo
 Poder tan grande sobre tales sombras,
 Abuse así de mí para perderme.
 He menester motivos más fundados.
 Aquel ardid me valga: por la pieza,
 Del rey sabré si es cierta la vileza. (Váse.)

ACTO III.

ESCENA PRIMERA.

Una sala del castillo.

Salen el REY, *la* REINA, POLONIO, OFELIA, ROSEN-
KRAZ Y GULDENSTERN.

REY. ¿Con qué no hay forma alguna de arrancarle
La causa del trastorno que aparenta,
Que crudo gasta su apacible vida
Con peligrosa estática locura?

ROS. Confiesa que se siente perturbado;
Pero se obstina en no decir la causa.

GUIL. Tampoco fué nos fácil sondearle,
Pues con locura artera se evadía,
Siempre que procurábamos moverle
A confesar su verdadero estado.

REY. ¿Os recibió cortés?

ROS. Muy caballero.

GUIL. Aunque forzando su índole no poco.

ROS. Parco en hacer preguntas, pero franco
En contestar á las demandas nuestras.

REINA. ¿A alguna diversion le convidásteis?

ROS. Señora, en el camino por ventura
A ciertos comediantes encontramos;
Se lo contamos luego, y al oírlo,

Al parecer, llenóse de alegría.
Aquí en la corte están, y tienen orden
De ejecutar ante él, según entiendo,
Algo esta noche.

POL. Ciertó; y encargóme
Que á vuestras majestades convidase
A oír y ver la pieza.

REY. Con el alma.
Y á fe, me alegro que le dé por eso.
En él la gana estimulad, hidalgos,
Y á tales regocijos excitadle.

ROS. Se hará, señor. (Váanse Rosenkranz y Guildenstern.)
Vé tú también, Gertrúdis.

Pues he citado con sigilo á Hamlet,
Para que aquí se encuentre con Ofelia
Cual por acaso. Ocultos yo y Polonio,
Legítimos espías, nos pondremos
Donde podamos verles sin ser vistos,
Formar de su entrevista juicio exacto,
Y averiguar por la conducta de Hamlet,
Si es la congoja de su amor origen
De su hondo mal.

REINA. Me es grato obedecerte.
Y por tu parte, Ofelia, bien quisiera
Que fuese tu beldad dichosa causa
De la locura de Hamlet; de esa suerte,
Podré esperar que tus virtudes logren
Devolverle el humor acostumbrado
Para honra de ambos.

OFEL. ¡Ójala, señora! (Váse la Reina.)

POL. Pasea, Ofelia, por aquí. Si gustas,
Alteza, ya podemos ocultarnos.
(A Ofelia.) Toma este libro, y lee; y esta aparente
Ocupación tu soledad disfrace.
Culpables somos á menudo en esto—
Harto probado está.—Con cara y visos
De austera devoción, y aire piadoso,
Solemos disfrazar al mismo diablo.

REY. (Aparte.) ¡Oh! ¡cierto por demás! ¡Qué duro
[azote,

A mi conciencia aplica esa palabra!
De la ramera el rostro, que hermosea
El arte del afeite, no es más feo
Con su falaz adorno comparado
Que mi acto vil con mi pulida frase.
¡Oh grave carga!

POL. ¡Calla! pasos siento.
Alteza, retirémonos; ya viene.
(El Rey y Polonio se ocultan.)

Sale HAMLET.

HAM. Ser ó no ser, tal es aquí el enigma.
¿Cuál es más noble? ¿Soportar el alma
Los crudos tiros de la adversa suerte,
O armarse contra un mar de desventuras,
Hacerles frente, y acabar con ellas?
Morir... dormir... no más. Pensar que un sueño
Da fin á las angustias y mil males
Que hereda nuestra carne, es meta digna
De ser íntimamente deseada.
Morir... dormir... dormir... soñar acaso.
Hé ahí el tropiezo. El meditar qué sueños
Podrán sobrevenir en aquel hondo
Letargo de la muerte, cuando el alma
Este mortal despojo haya arrojado,
Por fuerza ha de ser parte á detenernos.
Esta es la reflexión que á la desdicha
Tan larga vida da. Pues ¿quién sufriera
Del tiempo la irrisión y vil escarnio,
Del opresor el yugo, los ultrajes
Del orgulloso, el ansia, los tormentos
De un mal pagado amor, de la justicia
La lentitud, del mando la insolencia,
El menoscabo con que aleve trata
La indignidad al mérito paciente,
Pudiendo por sí mismo procurarse

Con un puñal reposo? ¿Quién llevara
 Gravosas cargas, quién gimiera triste,
 Sudando bajo el peso de esta odiosa,
 Cansada vida, si el temor que infunde
 Algo desconocido trás la muerte
 (Aquella ignota tierra, cuyos lindes
 No vuelve á traspasar viandante alguno)
 No confundiese el alma y nos hiciese
 Antes sufrir los males que nos cercan,
 Que huir en busca de otros que ignoramos?
 Así en cobardes nos convierte á todos
 Tremenda la conciencia; así se apaga
 El fuego natural de la osadía
 De la prudencia al pálido reflejo.
 Por eso empresas de importancia suma,
 Y llenas de vigor, mudan camino,
 Y de hecho nombre pierden.—Pero ¡calla!
 ¡La hermosa Ofelia! Ninfa, ten presente
 En tus plegarias mis pecados todos.

OFEL. ¿Qué tal te va, señor, há tantos dias?

HAM. Te doy humildes gracias; bien, Ofelia.

OFEL. Guardo recuerdos tuyos que deseo,
 Señor, ha mucho tiempo devolverte.

Que los admitas ruego, ahora mismo.

HAM. ¿Quién, yo? Jamás te dí recuerdo alguno.

OFEL. Alteza, sabes bien que tal hiciste,
 Y con palabras de tan dulce aliento,
 Que acrecentaban su valor. Ahora
 Que ya han perdido su perfume, Alteza,
 Vuelve á tomarlos: para el alma noble
 El don más rico pierde su valía
 Cuando el afecto del dador se enfria.
 Alteza, ten.

HAM. ¡Já, já! ¿Y eres honesta?

OFEL. ¡Señor!

HAM. ¿Y hermosa?

OFEL. ¿Qué querrás decirme?

HAM. Que si eres honesta y hermosa, tu hones-

idad no debiera tener trato alguno con tu hermosura.

OFEL. ¿Con quién mejor pudiera tratarse la hermosura que con la honestidad?

HAM. Sí, á fe, pues el poder de la hermosura convertirá la honestidad en alcahueta, ántes que la fuerza de la honestidad logre dar á su hermosura su semejanza. En otro tiempo esto fué tenido por paradoja, pero en el siglo presente es cosa probada. Te queria un tiempo.

OFEL. Por cierto, señor, así me lo hiciste creer.

HAM. No hubieras debido creerme; pues la virtud no puede ingerirse tan por completo en nuestro envejecido tronco que no nos quede algo del antiguo sabor. No te he querido nunca.

OFEL. Tanto mayor ha sido mi engaño.

HAM. Véte á un convento. ¿Por qué quieres ser madre de pecadores? Yo mismo soy medianamente honrado; sin embargo, podría acusarme de tales cosas, que fuera mejor que mi madre no me hubiese parido. Soy muy soberbio, vengativo, ambicioso, con más pecados sobre mi alma que pensamientos tengo para manifestarlos, imaginacion para darles forma, ó tiempo para ejecutarlos. Somos todos unos insignes malvados: no te fies de ninguno. Véte, véte á un convento. ¿En dónde está tu padre?

OFEL. En casa, señor.

HAM. Pues que le cierren bien todas las puertas para que no haga el bobo más que en su propia casa. Adios.

OFEL. ¡Oh santos cielos, socorredle!

HAM. Si te casas, te daré en dote esta maldicion: aunque seas tan casta como el hielo, tan pura como la nieve, no te librarás de la calumnia. Véte á un convento, vé, adios. Y si es forzoso que te cases, cástate con un tonto, porque los hombres discretos saben muy bien en qué clase

de monstruos los convertís vosotras. Al convento, véte, y pronto. Adios.

OFEL. ¡El cielo omnipotente déle alivio!

HAM. Tengo noticia tambien de vuestros afeites y pinturas; ¡oh! lo sé todo. Dios os ha dado una cara, y vosotras os haceis otra. Brincais, amblais, ceceais y poneis motes á las criaturas de Dios, y haceis pasar vuestra liviandad por ignorancia. Pero basta ya; no quiero hablar más del asunto: me ha trastornado el juicio. Digo sólo que se acabaron ya los casamientos: los que están casados, todos ménos uno, vivirán; los demas se quedarán solteros. Al convento, véte. (Váse.)

OFEL. ¡Oh, qué trastorno embarga esa alma noble!
 ¡Del cortesano el ojo, la elocuencia
 Del erudito, del guerrero el brio,
 Flor y esperanza del egregio Estado,
 Del garbo espejo, de costumbres norma,
 Blanco de todo observador... perdido,
 Aniquilado todo! Y yo, cuitada,
 Doncella la más mísera entre todas,
 Que miel sorbí de sus promesas dulces,
 Su noble mente y soberana veo,
 Como campanas dulces mal tocadas,
 Fuera de tono y discordante ahora,
 Su noble aspecto y juventud florida
 Víctimas de un delirio. ¡Ay! ojos tristes,
 ¡Ver lo que veis despues de lo que viste!

Vuelven á salir el REY y POLONIO.

REY. No es al amor do sus afectos tienden;
 Y lo que dijo, aunque en la forma oscuro,
 No pareció demencia. En su alma hay algo
 Que cubre y que fomenta su tristeza,
 Y temo que el engendro que produzca
 Peligro amague. A fin de prevenirlo,

Con pronta decision esto he resuelto:
 Saldrá sin dilacion para Inglaterra
 A exigir los tributos atrasados.
 Tal vez los mares y diversos climas
 Disiparán con mil objetos nuevos
 El sentimiento que en su pecho arraiga,
 Y en que su mente cavilando, logra
 Sacarle así de quicio. Dí, ¿qué opinas?
 POL. Dará buen resultado; pero opino
 Que un mal pagado amor la causa sea
 Y origen de su mal.—Ofelia mia,
 No has menester contarnos lo que dijo
 Hamlet; lo oimos todo.—A gusto tuyo
 Obra, señor, en esto; y si te place,
 Haz que despues de la comedia á solas
 Hable con él su madre, á ver si logra
 Que su pesar le cuente; háblele claro:
 Y yo en acecho me pondré, si quieres,
 Do á mis oidos lleguen sus palabras.
 Si ella no logra sondear su pecho,
 Vaya á Inglaterra, ó ténle confinado
 Do juzgue conveniente tu prudencia.
 REY. Así lo haré. En los grandes, la locura
 Ha menester observacion y cura. (Vánse)

ESCENA II.

Una antesala del castillo.

Sale HAMLET, seguido de algunos cómicos.

HAM. Te ruego que recites este pasaje tal como yo lo he declamado, con soltura de lengua; pero si vociferas, como suelen hacer muchos de nuestros cómicos, más quisiera que el pregonero recitase mis versos. Guárdate tambien de acuchillar demasiado el aire, manoteando, así; haya mesura en todo, porque en el torrente, tem-

pestad, y, por mejor decir, el torbellino de la pasión, es menester que te apropiés y manifiestes cierta moderación que temple su furia. Oh, es cosa que me ofende en el alma oír á un mocetón de robustos pulmones y melenuda cabeza hacer trizas, verdaderos andrajos, una pasión, rajando los oídos de la gente menuda del patio, que por lo general no gusta más que de ridículas pantomimas y estrépito. De buen grado mandara azotar á un energúmeno de esa ralea: eso es ser más Herodes que el mismo Herodes. Procura evitarlo, te lo ruego.

COM. 1.º Te lo prometo, señor.

HAM. No seas tampoco demasiado frío, sino deja que tu misma discreción te guíe: adapta la acción á la palabra, y la palabra á la acción, cuidando sobre todo de no traspasar los modestos límites de la naturaleza. Pues el exagerar la acción de esa suerte es apartarse del verdadero objeto de la representación dramática, cuyo fin es y ha sido, desde el principio hasta ahora, ofrecer, como quien dice, un espejo á la naturaleza; mostrar á la virtud sus propios rasgos, al vicio su verdadera imagen, y á cada siglo y cada época del tiempo su forma é impresión. Pues bien, si esta pintura se exagera, ó se representa con frialdad, aunque provoque á risa á los ignorantes, no podrá por ménos de enojar á los inteligentes; y la censura de uno de estos debe preponderar en vuestra estimación sobre los aplausos de un teatro lleno de aquellos. Sí, cómicos hay á los cuales he visto representar, y he oído á otros elogiarlos con entusiasmo, por no decir con escándalo, los cuales no teniendo acento, ni figura de cristianos, gentiles, ni de hombres siquiera, se pavoneaban y bramaban de tal manera, que hube de creer que algún mal aprendiz de la naturaleza, tratando de ha-

cer hombres, no había logrado hacer sino un simulacro rudo de la especie humana: tan abominablemente remedaban la naturaleza.

COM. 1.º Creo poder afirmar que en nuestra compañía se ha corregido bastante ese defecto.

HAM. Oh, corregidlo del todo; y que los que entre vosotros hacen de graciosos no añadan nada á lo que está escrito en el papel; pues los hay que suelen reírse á carcajadas á fin de provocar á risa á unos cuantos espectadores mentecatos, tal vez en el instante mismo en que algún pasaje interesante del drama debería ocupar toda la atención del auditorio. Esto es indigno, y revela una ambición despreciable en el necio que lo practica. Idos, y preparaos. (Vánse los cómicos.)

Salen POLONIO, ROSENKRANZ y GUILDENSTERN.

¿Qué hay, pues, Polonio? ¿gustará el rey de oír esa pieza?

POL. Y la reina también, y eso al instante.

HAM. Dí á los cómicos que se apresuren.

(Váse Polonio.)

¿Y vosotros, señores, quereis darles prisa?

ROS. y GUIL. Con mucho gusto, príncipe.

(Vánse Rosenkranz y Guildenstern.)

HAM. ¡Horacio, ven!

Sale HORACIO.

HOR. A la orden tuya, Alteza.

HAM. Eres, Horacio, el hombre más virtuoso

De cuantos me hizo conocer el trato.

HOR. Mi buen señor...

HAM. No pienses que es lisonja;

Pues ¿qué merced podré esperar de un hombre

Quien, como tú, no tiene renta alguna,

Salvo su genio alegre y nobles prendas,

Para vestirse y sustentar su cuerpo?
 ¿Por qué adular al pobre? No, que lama
 La pompa necia la meliflua lengua,
 Y ágil se doble la servil rodilla
 Do torpe lucro á la lisonja sigue.
 ¿Me atiendes? Desde que de sí fué dueña
 Mi alma, y supo distinguir los hombres,
 Por suyo te eligió. Pues fuiste siempre
 Como el que al parecer no sufre nada,
 Sufriendo todo; un hombre que recibe
 De la fortuna premios y reveses
 Con gratitud igual. ¡Ay! son dichosos
 Aquellos cuya sangre y cuyo juicio
 Están tan bien mezclados, que no sirven
 Jamás de caramillo á la fortuna,
 Para que toque en ellos á su antojo,
 Segun la llave que su dedo aprieta.
 Sí, dadme á un hombre que no sea esclavo
 De sus pasiones, y en el centro mismo
 Del corazon le guardaré, en el alma
 Del alma misma, como á tí te guardo.—
 De esto hartó hablé.—Comedia habrá esta
 [noche
 Delante del monarca. En una escena
 Pasa algo parecido al incidente
 Que te conté del trance de mi padre.
 Te ruego, al ver ejecutar el paso,
 Que con la fuerza toda de tu alma
 Observes á mi tío; si en esa escena
 No se descubre su delito oculto,
 Sombra infernal, sin duda, es la que vimos,
 Y mis sospechas todas son más negras
 Que el yunque de Vulcano. En él te fija:
 Yo clavaré mis ojos en su cara;
 Cotejaremos luégo nuestros juicios
 Y juzgaremos de él por la apariencia.
 HOR. Muy bien, señor; y si nos hurta un rasgo
 Durante el espectáculo, evadiendo

Nuestra pesquisa, pagaré yo el hurto.
 HAM. Ya acuden á la pieza: á mí me cumple
 Hacer el loco; busca tú un asiento.
 (Marcha danesa. Toqué de clarines.)

Salen el REY, *la* REINA, POLONIO, OFELIA,
 ROSENKRANZ, GUILDENSTERN, *y otros,*

REY. ¿Cómo está nuestro querido Hamlet?
 HAM. Muy bien, á fe. Me nutro del sustento del
 camaleon: cómo aire, engordo con esperanzas;
 no podeis cebar así á vuestros capones.
 REY. Nada me dices con esa respuesta: esas pala-
 bras no son para mí.
 HAM. No, ni mias tampoco ahora. (A Polonio.) ¿Gen-
 tilhombre, no dijiste que representaste una
 vez en la universidad?
 POL. Cierto, príncipe.
 HAM. ¿Qué papel hiciste?
 POL. Hice el papel de Julio César; me dieron
 muerte en el Capitolio; Bruto me mató.
 HAM. Cometió, á fe, una accion bastante brutal
 con matar á un becerro tan excelente. ¿Están
 prevenidos los cómicos?
 ROS. Sí, señor; esperan vuestras órdenes.
 REINA. Ven aquí, querido Hamlet, siéntate á mi
 lado.
 HAM. No, buena madre, aquí hay un imán que
 me atrae más.
 POL. (Aparte al Rey.) ¡Oh, oh! ¿Notais eso?
 HAM. ¿Señora, puedo reposar en vuestra falda?
 (Sentándose á los piés de Ofelia.)
 OFEL. No, señor.
 HAM. Quiero decir, mi cabeza en vuestra falda.
 OFEL. Sí, señor.
 HAM. ¿Pensábais acaso que hablaba en sentido
 rústico?
 OFEL. No pienso nada, señor.
 HAM. Qué dulce, sin embargo, es el pensamiento

de reposar entre las piernas de una doncella.

OFEL. ¿Decís, señor?

HAM. Nada.

OFEL. Estais de broma, señor.

HAM. ¿Quién, yo?

OFEL. Vos, señor.

HAM. A bromista no me gana nádie. ¿Qué ha de hacer un hombre sino estar alegre? Pues mirad qué cara tan risueña tiene mi madre, y hace dos horas que se murió mi padre.

OFEL. No tal, hace dos veces dos meses, señor.

HAM. ¿Tanto há? ¡Hola! pues que el diablo se vista de luto; yo quiero un traje de armiño. ¡Cielos! ¿Muerto há dos meses, y aún no le han olvidado? Pues entónces hay esperanzas de que la memoria de un grande hombre le sobreviva quizá medio año. Pero, ¡por la Virgen! será menester que levante iglesias, ó de otra suerte nádie se acordará de él; le pasará como al caballico de palo, cuyo epitafio dice:

«¡Más ay! ¡más ay!

Nádie se acuerda del caballico (1).»

(Toque de trompetas. Luego la pantomima.)

(Salen un rey y una reina, muy cariñosos; al encontrarse se abrazan mutuamente. Ella se arrodilla, mostrándole cariño y respeto. El la levanta y reclina la cabeza en su pecho; él se acuesta sobre un lecho de flores; ella se retira al verle dormido. Sale luego un hombre, le quita al rey la corona, le vierte veneno en el oído, y váse. Vuelve la reina; halla muerto al rey, manifiesta gran sentimiento. Vuelve á salir el envenenador seguido de dos ó tres cómicos que no hablan, y hace ademan de lamentarse con ella. Los tres hombres se llevan al cadáver del rey. El envenenador solicita á la reina, ofreciéndole dádivas; ella resiste en un principio, pero acaba luego por admitir su amor. (Vánse.)

OFEL. ¿Qué significa esto, señor?

HAM. Esta es una truhanería oculta: anuncia grandes maldades.

OFEL. Esta escena muda encierra tal vez el argumento de la tragedia.

(1) Caballico de palo (Hobby-horse). Cierta cancion popular prohibida por los puritanos.

Sale el actor que hace de PRÓLOGO.

HAM. Lo sabremos por lo que diga este buen hombre: los cómicos no saben guardar nada secreto; lo charlan todo.

OFEL. ¿Nos dirá lo que significa esta escena?

HAM. Sí, y cualquiera otra escena que le queráis representar. No os dé vergüenza, representársela, y él no se avergonzará de deciros lo que significa.

OFEL. ¡Qué malo, qué malo sois! Pero quiero atender á la pieza.

PRÓL. Para la pieza y cómicos
Pedimos indulgencia,
Rogando al noble público
Que la oiga con paciencia. (Váse.)

HAM. ¿Es esto prólogo, ó mote de sortija?

OFEL. Es breve, señor.

HAM. Como amor de mujer.

Salen un REY y una REINA.

REY. (De la pieza).

De Febo el carro vueltas treinta ha dado
A las saladas ondas de Nereo,
Y al globo de la tierra;
Y doce lunas con fulgor prestado
El mundo en menstruo giro han alumbrado
Desde que en lazo estrecho
Unió á tu pecho amor mi amante pecho,
Y en sacrosanto nudo nuestras manos
Himeneo, propicio á los humanos.

REINA. (De la pieza.) Permitan sol y luna que contemos

Otras tantas jornadas
Antes que el fuego de este amor se apague.
¡Mas ay! tristeza leo en tus miradas;
De breve tiempo acá tu muerto brío
Dolencia en tí me anuncia, dueño mio,

Y me inspira cuidado.
 Mas aunque temo por tu bien, esposo,
 No turben mis recelos tñ reposo.
 Pues el temor de la mujer camina
 Parejas con su amor: no siente nada,
 O suele ser en ambos extremada.
 Do es grande amor la menor duda aterra;
 Y amor inmenso encierra
 El alma en que despiertan mil terrores
 Los más leves temores.

REY. (De la pieza).

Es fuerza que te deje, y pronto, amada.
 El peso de los años anonada
 Mis fuerzas y vigor; más tú, querida
 Y honrada, gozarás de larga vida
 En este mundo hermoso;
 Acaso entónces, tan amante esposo...

REINA. (De la pieza).

¡Mal hayan los demas! Oh, sella el labio.
 ¡Yo hacerte tal agravio?
 ¡Dios me maldiga, si otra vez me caso!
 Por vez segunda el lazo sólo anuda
 La que al primer amor mató sañuda.

HAM. (Aparte.) Esto es zumo de ajenos.

REINA. (De la pieza).

La que en segundas nupcias liga el pecho,
 Lo hace, no por amor, por vil provecho.
 Mata segunda vez al muerto esposo
 La que al segundo abraza
 En lecho vergonzoso.

REY. (De la pieza.) Que son sinceras tus palabras creo;

Pero á menudo lo que el labio jura
 Quebranta luego el natural deseo.
 Es la intencion de la memoria esclava:
 Fuerte al nacer, su fuerza pronto acaba.
 Cual fruta verde al árbol hoy se adhiere;
 En madurez lozana
 Al propio peso cederá mañana.

Fácilmente olvidamos
 Lo que á nosotros mismos nos juramos.
 El firme empeño que á la sombra crece
 De la pasion, con la pasion fenece.
 Al destruirse á sí, con su violencia
 Pena y placer destruyen su eficiencia
 Do más se alegra el gozo,
 Pronto se muda en duelo el alborozo;
 Y quien se aflige por cualquier quebranto,
 Por breve gozo trueca en risa el llanto.
 Temprano ó tarde llega al fin la muerte:
 El mundo no es eterno, y no es extraño
 Que sea amor mudable cual la suerte.
 Es cosa que aún se ignora, si fortuna
 Es la que manda á amor, ó amor á ella.
 El poderoso que se ve caido,
 No tarda en ver huir al protegido;
 En cambio el pobre que se ve encumbrado
 Por cima de los cuernos de la luna,
 Trocados ve en amigos
 Los que ántes fueron crudos enemigos.
 En esto sigue amor á la fortuna.
 Nunca falta un amigo al venturoso;
 En cambio, el desdichado
 Que en la miseria ruega á un falso amigo,
 Al punto lo convierte en enemigo.
 Mas para rematar donde he empezado,
 Caminan siempre por tan vária senda
 La voluntad y el hado,
 Que á pesar de sudores y de afanes,
 Al suelo se derrumban nuestros planes.
 Poseemos el intento,
 Mas no la ejecucion. Dices ahora
 Que nunca tomarás segundo esposo;
 Mas ¡ay! podrás mudar de pensamiento
 Cuando el primer marido,
 Entregado al olvido,
 Yazga sepulto en eternal reposo.

REINA. (De la pieza.) Niégume luz el cielo,
 Paz y sustento el suelo;
 Léjos huyan de mí, de noche y día,
 Reposo y alegría;
 En negras acechanzas
 Conviértanse mis dulces esperanzas;
 Apure cual recluso en celda oscura
 El cáliz del dolor y la amargura;
 Convierta en hondo duelo
 Cuanto enturbia del gozo la mirada
 Mi mayor dicha y más ardiente anhelo;
 Y sea escarnecida
 Sin tregua, y castigada
 En esta y la otra vida,
 Si una vez viuda, vuelvo á ser casada.

HAM. ¡Si no lo cumpliera ahora!

REY. (De la pieza.) ¡Mucho juraste! Déjame, te ruego,
 Por breve rato; ha menester sosiego
 Mi espíritu cansado; y bien querría
 Del sueño en brazos engañar al día.

REINA. (De la pieza.) Tu mente el sueño arrulle, es-
 [poso mio,
 Y nunca nos separe el hado impío.
 (Váse la reina; el rey queda dormido.)

HAM. ¿Y qué os va pareciendo la pieza, señora?

REINA. Me parece que la dama promete demasiado.

HAM. Oh, pero cumplirá su palabra.

REY. ¿Os habeis enterado bien del asunto? ¿No
 contiene nada ofensivo?

HAM. No señor, nada de eso; es todo ello mera
 ficción; hay un envenenamiento, pero fingido;
 no contiene la menor ofensa.

REY. ¿Cómo se intitula la pieza?

HAM. *La Ratonera*. ¿Cómo, decis? Metafórica-
 mente. Esta pieza representa un asesinato co-
 metido en Viena. El duque se llama Gonzago;
 su consorte Baptista; ya lo vereis; es un en-
 redo infernal. ¿Pero eso qué importa? A vuestra

Magestad y á nosotros que tenemos las con-
 ciencias libres, no nos puede incomodar. Que
 se rasque el leproso; nosotros tenemos la piel
 sana.

Sale LUCIANO.

OFEL. Suplis perfectamente al coro, príncipe.

HAM. Pudiera servir de intérprete entre vos y
 vuestro amante, si viese accionar los títeres.

OFEL. Sois sutil, señor, sois sutil.

HAM. Os costaría más de un gemido el embotar
 mi filo.

OFEL. Siempre mejor, y de mal en peor.

HAM. Así haceis eleccion de maridos. Empieza,
 asesino. ¡Por Dios! Déjate de hacer muecas, y
 empieza. Vamos:

«El cuervo graznador venganza pide.»

LUC. Designios negros, mano y droga activa,
 Sazon propicia, y el lugar desierto.

Tósigo infame, extracto de nociva

Yerba fatal, de Hecátes en el huerto

Cogida en lo hondo de la noche oscura;

Tres veces maldecida por su encanto,

Y otras tantas regada con el llanto

Infecto de la impura;

Obra, ponzoña mágica, y convierte

Esta robusta vida en yerta muerte.

(Vierte veneno en el oído del durmiente.)

HAM. Le envenena en el jardín para usurparle
 sus Estados. Se llama Gonzago; la historia se
 conserva todavía; está escrita en castizo italia-
 no. Vereis luego cómo logra el asesino el amor
 de la esposa de Gonzago.

OFEL. El rey se levanta.

HAM. ¿Qué? ¿le atemoriza un fuego aparente?

REINA. ¿Cómo estás, señor?

POL. Suspended la representacion.

REY. Traed luces. ¡Partamos!

Todos. ¡Luces, luces, luces!

(Vánse todos menos Hamlet y Horacio.)

HAM. «Retoce el ciervo ileso; con voz bronca
Llore la cierva herida:
El uno vela, miétras otro ronca;
Tal es la triste vida.»

¿No fuera esto parte, amigo, si en adelante me
tratase la fortuna como turco á cristiano, con
un penacho de plumas en la cabeza, y un par
de rosas provenzales en mis roidos zapatos, á
procurarme un buen empleo en una compañía
de cómicos?

HOR. Mediano papel.

HAM. ¿Mediano? Excelente.

«Ya sabes mi Damon, Damon querido,
Que aquí cayó del trono
El mismo Jove, y que le ha sucedido
Un verdadero, verdadero... pavo.»

HOR. Hubieras podido conservar el consonante.

HAM. ¡Oh, Horacio mio! apostaré mil ducados
que es cierto lo que nos dijo el espectro... ¿Lo
notaste?

HOR. Muy bien, señor.

HAM. ¿Cuándo se trató del veneno?

HOR. Bien le noté, bien.

HAM. ¡Hola, dadnos música! ¡vengan las flautas!
«Si al rey la pieza no le gusta nada,
Será, sin duda, porque no le agrada.»
Vaya un poco de música.

Salen ROSENKRANZ y GUILDENSTERN.

GUIL. Mi noble príncipe, permitid que os diga una
palabra.

HAM. Sí, señor, una historia entera.

GUILD. El rey, señor...

HAM. Bien; ¿qué le sucede?

GUILD. Se ha retirado á su aposento muy des-
templado.

HAM. ¿Por la bebida?

GUILD. No, príncipe, más bien por la cólera.

HAM. Hubiérais obrado con más discrecion anun-
ciádoselo á su médico; pues si yo le propinase
una purga, podria ser que se le aumentase la
cólera.

GUILD. Príncipe mio, tratad de ordenar algun
tanto vuestro discurso, y no os apartéis con
esas extravagancias del objeto de mi recado.

HAM. Ya estoy sereno, hablad.

GUILD. La reina, vuestra madre, sumida en la
mayor afliccion me envia á hablaros.

HAM. Seais muy bien venido.

GUILD. No, señor, estos cumplidos no vienen al
caso. Si quereis darme una respuesta sensata,
cumpliré el encargo de vuestra madre; si no,
con pediros perdon y marcharme, doy fin á mi
encargo.

HAM. Hidalgo, no puedo.

GUILD. ¿Cómo, señor?

HAM. Daros una respuesta sensata; mi ingenio
está enfermo. Pero, hidalgo, tal respuesta
como yo sea capaz de dar, está á vuestras ór-
denes, ó por mejor decir á las órdenes de mi
madre. Por lo tanto, basta con eso, y al asunto.
Decis que mi madre...

GUILD. Dice lo siguiente: vuestra conducta la ha
llenado de extrañeza y asombro.

HAM. ¡Oh hijo portentoso, que logra asombrar
de tal modo á su madre! ¿Pero no le sigue nin-
guna consecuencia á esta admiracion maternal?
Oigamos.

ROS. Desea hablar con vos en su aposento, ántes
de iros al lecho.

HAM. Obedeceremos, y aunque fuera diez veces
nuestra madre. ¿Teneis algo más que comuni-
carme?

ROS. Señor, me amábais un tiempo.

HAM. Y os amo todavía, lo juro por estas dos garras de ladrón.

ROS. ¿Cuál es la causa de vuestro mal, príncipe mio? Ciertamente atrancais la puerta á vuestra propia libertad, ocultando vuestras penas de vuestro amigo.

HAM. Hidalgo, me falta promoción.

ROS. ¿Cómo puede ser eso, cuando el mismo rey os ha dado palabra de nombraros sucesor al trono de Dinamarca?

HAM. Sin duda; pero, «Mientras crece la yerba,» —el proverbio es algo rancio.

Salen algunos cómicos con flautas.

¡Hola! ¡las flautas! Veamos una. Escuchad una palabra en secreto:—¿Por qué girais en torno mio para ganarme por la mano, como si quisierais empujarme hácia un lazo?

GUIL. Oh, príncipe, si soy demasiado atrevido en el cumplimiento de mi deber, mi amor en cambio es por demas descomedido.

HAM. No entiendo eso muy bien. ¿Quereis tocar esta flauta?

GUIL. Señor, no puedo.

HAM. Os lo ruego.

GUIL. Creedme, es imposible.

HAM. Os lo suplico.

GUIL. No sé tocar ese instrumento.

HAM. Es tan fácil como mentir. Gobernad estos agujeros con los dedos y el pulgar; dadle aliento con vuestra boca, y emitirá elocuentísima música. Mirad, estas son las llaves.

GUIL. Pero no está en mi mano el regirlas de modo que emitan armonía alguna: no poseo el arte.

HAM. Mirad ahora, por cuán triste cosa me teneis á mí. Quisiérais tocarme á mí; haceis como si

conociérais mis más íntimos resortes; quisiérais arrancarme el alma de mis más ocultos secretos; quisiérais sondearme desde mi nota más baja hasta la mayor extensión de mi voz; y encerrando este pequeño instrumento un sin-número de acordes, una voz excelente, sin embargo, no podeis hacerlo hablar. ¡Vive Dios! ¿creeis acaso que es más fácil tañerme á mí que tocar una flauta? Tenedme por el instrumento que os diere gana; podeis desentonarme, pero nunca tañerme.

Sale POLONIO.

Dios te guarde.

POL. Señor, la reina quisiera hablarte, y al momento.

HAM. ¿Ves aquella nube que casi tiene la forma de un camello?

POL. ¡Vive Dios! se parece mucho á un camello.

HAM. Se me antoja que se parece á una comadreja.

POL. Tiene el lomo como una comadreja.

HAM. ¿O como una ballena?

POL. Se parece mucho á una ballena.

HAM. Pues entónces, iré luego á ver á mi madre. Me tratan como á loco que es un gusto. Iré al momento.

POL. Se lo diré.

HAM. Es fácil decir al momento. (Váse Polonio.) Dejádme solo, amigos. (Vánse todos ménos Hamlet.)

HAM. Es la hora más siniestra de la noche, Propicia á duende y bruja, cuando se abren Las tumbas bostezando, y el infierno Contagia al mundo con su infecto soplo. Sangre humeante me bebiera ahora, E hiciera tales cosas, que temblara El día al contemplarlas. ¡Paso! Vamos

Al cuarto de mi madre. ¡Ay! alma mia,
 No olvides tus deberes naturales;
 ¡Nunca permitas que en mi firme pecho
 Halle cabida de Neron el alma!
 Cruel con ella, no inhumano sea;
 Puñal habrá en mi lengua, no en mi mano.
 ¡Disimulad en esto, lengua y alma;
 Denigren su conducta mis razones,
 Mas no las sellen nunca mis acciones! (Váse.)

ESCENA III.

Una sala del castillo.

Salen el REY, ROSENKRANZ y GULDENSTERN.

REY. No gusto de él, y á riesgos me expondría,
 Si diese libre vuelo á su locura.
 Por tanto, preveníos. Haré que al punto
 Extiendan los despachos, y á Inglaterra
 Irá con vos. Los cargos que me impone
 Mi dignidad, exigen que me guarde
 Del peligro que crece cada dia
 Con su delirio.

GUIL. Nos aprestaremos.
 Muy justo y santo es el temor que vela
 Por tantas, tantas almas como viven
 A expensas de tu Alteza que los nutre.

ROS. Guardar le cumple al hombre humilde, ais-
 [lado,

Con el esfuerzo todo de su alma
 Su vida contra enojos y peligros;
 Y mucho más á aquel, de cuya vida,
 De cuyo bien, depende el bien de muchos.
 La majestad no muere sola, engulle
 Cual vértice voraz cuanto le cerca.
 Es como rueda enorme colocada
 Sobre la cumbre del más alto monte,

De cuyos rayos gigantescos pende
 Un cúmulo de cosas más pequeñas;
 Y cuando se derrumba, arrastra y hunde
 Consigo á cuanto de ella dependia.
 Jamás se queja el rey sin que gemido
 Universal responda á su quejido.
 REY. Ruego que os apresteis á partir pronto.
 Quiero ponerle grillos á este miedo,
 Que va muy libre.

ROS. y GUIL. Nos daremos prisa.
 (Vánse Rosenkranz y Guildenstern.)

Sale POLONIO.

POL. Al cuarto de su madre se encamina:
 Me ocultaré detrás de los tapices
 Para escuchar su plática. Sin duda
 Le reñirá de firme; y es prudente,
 Como dijo tu Alteza, y muy bien dicho,
 Que álguien más que la madre (quien, cual
 [todas,
 Será parcial) oculto oído preste
 A su conversacion. Tus plantas beso.
 Antes que tú te acuestes, iré, Alteza,
 A decirte lo que hay.

REY. Adios Polonio. (Váse Polonio.)
 Atroz es mi delito; al alto cielo
 Sube su rancio hedor; consigo lleva
 La maldicion primera, la más grande:
 La muerte de un hermano. Orar no puedo,
 Aunque quisiera con el alma toda:
 Más que mi voluntad resuelta y firme
 Puede mi enorme crimen; soy cual hombre
 Que dos negocios entre manos trae:
 Dudo con cuál he de empezar primero,
 Y ambos descuido. Y aunque en sangre her-
 [mana

Bañado hubiese mi maldita diestra
 Mil y mil veces ¡lluvia no hay bastante

En ese cielo justo y bondadoso
 Para volverla blanca cual la nieve?
 Inútil fuera la merced, si osada
 El crimen no afrontase; vano el rezo,
 Si no tuviese en sí la doble fuerza
 De precaver el crimen meditado,
 De perdonar la culpa cometida.
 Recemos, pues; mi crimen ya está hecho.
 Mas ¿de qué forma de oracion valerme?
 «¿Perdóname el aleve asesinato?»
 No puede ser: las prendas aún conservo
 Que me instigaron al horrendo crimen:
 Mi cetro, mi ambicion, mi esposa y reina.
 ¿Podrá lograr perdon quien aún ofende?
 En el perverso mundo la dorada
 Mano del criminal tal vez consigue
 Hacer que retroceda la justicia;
 Y vése que á menudo al oro infame
 Cede la ley; mas nunca allá en el cielo.
 No sirve allí la astucia; claro el crimen
 Parece tal cual es, y frente á frente
 Salen á condenarnos nuestras faltas.
 ¿Qué queda, pues, que hacer? ¿Arrepentirme?
 ¿Qué no podrá la contricion sincera!
 Mas ¿qué podrá si el alma no se humilla?
 ¡Oh lastimoso estado! ¡oh seno inmundo,
 Más negro que la muerte! ¡Alma enligada,
 Que cuanto más te afanas por librarte
 Te enligas más! ¡Favor, oh, cielos!
 ¡Doblaos, rebeldes piernas, y hazte blando
 Como los nervios del recién nacido,
 Mi corazon, más duro que el acero!
 Aún puede haber remedio para todo.

(Se retira y se arrodilla.)

Sale HAMLET.

HAM. Propicia es la ocasion, está rezando:
 Le mato ahora. Así se irá á la gloria;

Y logro así vengarme.—Meditemos.
 Mata á mi padre un vil bellaco; en pago
 De su traicion, yo, su único hijo, envio
 A aquel malvado al cielo. No, eso fuera
 Premiar al asesino, no vengarme.
 Él sorprendió á mi padre descuidado,
 Saliendo del festin, harto de vino.
 Cubierto de pecados cual de flores
 Por Mayo el prado; y cuán estrecha cuenta
 Hubo de dar, tan sólo sabe el cielo;
 Pero, segun concibe nuestra mente,
 Debe pasarlo mal. ¿Y esto es vengarme?
 ¿Matar en oracion al asesino
 Cuando contrito purifica su alma,
 Y se dispone para el viaje eterno?
 Vuelve á tu vaina, espada, y coyuntura
 Más espantosa aguarda: cuando ronque
 En ébrio sueño, cuando esté entregado
 A la ira, ó á los goces incestuosos
 Del mancillado lecho, ó bien al juego,
 Jurando, ú ocupado en algun acto
 Contrario á la salud de su alma eterna;
 Hiérole entónces, y rebelde al cielo
 Húndase su alma, negra y condenada
 Como el infierno, en su antro más profundo.—
 Mi madre espera.—El plazo que te otorgo,
 Prolonga sólo tu achacosa vida. (Váse.)
 REY. (Se levanta.) En alto vuela mi palabra, en tierra
 Mi pensamiento queda: la palabra
 Sin pensamiento nunca llega al cielo. (Váse.)

ESCENA IV.

La estancia de la reina.

Salen la REINA y POLONIO.

POL. Vendrá muy pronto. Muéstrale entereza;
Dile que han sido tantas sus locuras,
Tales, que no es posible tolerarlas:
Y que tu Majestad le ha defendido,
Y se ha interpuesto entre él y grandes ódios.
Aquí me escondo. Ruégote, señora,
Que le hables con firmeza.

HAM. (Dentro.) ¡Madre! ¡madre!

REINA. Te lo aseguro; nada temas. Véte.

Se acerca ya. (Polonio se esconde detrás de los tapices.)

Sale HAMLET.

HAM. ¿Qué ocurre, madre mia?

REINA. Muy ofendido tienes á tu padre.

HAM. Muy ofendido tienes, madre, al mio.

REINA. Vaya, contestas con osada lengua.

HAM. Anda, preguntas con perversa lengua.

REINA. ¿Hamlet, qué es esto?

HAM. ¡Madre, qué sucede?

REINA. ¿Te olvidas de quién soy?

HAM. No tal, lo juro:

Eres la reina, esposa del hermano
De tu marido, y... ¡no lo fueras nunca!
Eres mi madre.

REINA. Bien; haré que te hable
Quien réplicas no sufre.

HAM. (Asiéndola.) ¡Quieta, digo!

Siéntate, y no te muevas por tu vida.

Pues no saldrás de aquí sin que te ponga

Un espejo delante en que desnudo
De tu conciencia lo más hondo veas.

REIN. ¿Qué vas á hacer? ¿querrás matarme acaso?
¡Favor! ¡favor!

POL. (Detrás de los tapices.) ¡Favor! ¡por Dios, ayuda!

HAM. (Desenvainando.)

¿Qué es? ¿un raton? Muerto, un ducado apuesto.
(Da una estocada á través de los tapices y hiere á Polonio.)

POL. (Detrás.) ¡Ay! ¡muerto soy! (Cae, y muere.)

REIN. ¡Ay! ¡ay de mí! ¿Qué has hecho?

HAM. Nada; no sé. ¿Quién es? ¿El rey acaso?

REIN. ¡Oh temeraria accion, sangrienta y cruda!

HAM. ¡Accion sangrienta, sí! tan cruda casi

Como matar á un rey, mi buena madre,

Y desposarse luego con su hermano.

REIN. ¿Matar á un rey?

HAM. Sí, fueron mis palabras.

(Levanta el tapiz y descubre á Polonio.)

¡Misero, osado, entremetido necio,

Adios! por otro te tomé de rango

Más principal; mas sufre tu destino.

Ya ves que el ser curioso en demasia

Algún peligro ofrece. (A la Reina.) No te tuerzas

Las manos de esa suerte; sella el labio;

Siéntate al punto, y deja que te tuerza

El corazon; que es fuerza que tal haga,

Si no es de pasta ruda, impenetrable,

Si la costumbre de pecar maldita

No lo ha trocado en duro bronce y puesto

A prueba de cualquiera sentimiento.

REIN. ¿Pues qué hice yo para que así te atrevas

Rudo á soltar en tales vituperios

La lengua contra mí?

HAM. Accion tan torpe,

Que del pudor sonrojo y gracia afea;

Que arranca de la frente tersa y casta

De un inocente amor la rosa pura,

Y pone en su lugar úlcera hedionda;

Que hace promesas conyugales falsas
 Cual votos de tahir. ¡Oh! accion tan negra,
 Que arrebató del cuerpo del contrato
 El alma misma, y trueca en vil rapsodia
 La dulce religion. La faz del cielo
 Se inflama en ira, y esta artificiosa
 Sólida y vasta fábrica del mundo,
 Con triste faz, cual si su fin temiese,
 Contempla tal accion desconsolada.

REIN. ¡Qué accion es esa ¡ay triste! que rugiendo
 Con voz de trueno, horrenda así se anuncia?

HAM. En ese cuadro y en aquel contempla
 De dos hermanos el retrato al vivo.
 ¿Ves cuánta gracia en esa frente brilla?
 De Febo la rizada cabellera;
 De Jove mismo el ceño; del dios Marte
 La vista amenazante é imperiosa;
 Del heraldo Mercurio la apostura,
 Cuando se posa sobre excelsa cima
 Que al cielo toca; sin igual conjunto
 De bellas formas en que cada númen
 Hincó su sello, para dar al orbe
 Del hombre un parangon. Tal fué tu esposo.
 Ve lo que sigue ahora. Este es tu esposo;
 Quien, cual espiga con tizon, destruye
 A su lozano hermano. ¿Y tienes ojos?
 ¿Pudiste abandonar de aquella hermosa
 Colina el verde pasto, por cebarte
 En este vil pantano? ¡Ay! ¿tienes ojos?
 No digas que es amor; pues á tus años
 Se amansan los hervores de la sangre,
 Y humilde atiende al juicio; mas ¿qué juicio
 Se fuera de éste á aquel? Sentido tienes,
 Pues de otra suerte afectos no tendrías;
 Mas debe estar aquel aletargado:
 Pues nunca errara tanto la locura,
 Ni avasalló jamás con tal exceso
 Al juicio el frenesí, que no guardase

Para apreciar tamaña diferencia
 Algun criterio. ¿Qué demonio pudo
 Así burlarte á la gallina ciega?
 Sin tacto el ojo, el tacto sin la vista,
 Sin manos y sin ojos el oido,
 El olfato sin nada, el más endeble
 Atomo de cualquier cabal sentido
 Nunca de modo tan cegato errara.
 ¿Modestia, dónde escondes tu sonrojo?
 Rebelde infierno, si osas sublevarte
 De una matrona en los caducos huesos,
 ¡Oh! ¡sea la virtud para la ardiente,
 Fogosa juventud cual blanda cera,
 Y entre sus propios fuegos se liquide!
 No, no griteis baldon cuando al asalto
 Vuela violento el ímpetu fogoso;
 Pues con igual ardor se abrasa el hielo,
 Y de la voluntad en vil tercera
 Se trueca la razon.

REIN. ¡Ay! ¡Hamlet, calla!
 Me haces volver la vista á mi conciencia,
 Y veo allí tan negras y hondas manchas,
 Que acaso nunca perderán su tinte.

HAM. Pero vivir entre el sudor y miasmas
 De nauseabundo lecho y, como hirviendo
 En corrupcion, folgar y acariciarse
 En la sentina inmunda...

REIN. ¡Calla, oh, calla!
 No me hables más: tus frases como agudos
 Puñales atraviesan mis oidos.
 No más, Hamlet querido.

HAM. Un vil bellaco,
 Un asesino aleve, que no vale
 La centésima parte que el primero,
 Un rey bufon, ratero del Estado
 Y su gobierno, quien robó cobarde
 De un anaquel la espléndida corona
 Y guardósela luego en el bolsillo.

REIN. No más.

HAM. Un rey de andrajos y remiendos...
(Aparece la sombra desarmada.)

¡Oh espíritus celestes, defendedme,

Y sobre mí cerned las fuertes alas!

¿Qué quieres, dime, sombra venerable?

REIN. ¡Ay! loco está.

HAM. ¡No acudirás por dicha

A reprender á tu hijo negligente,

Quien por el tiempo y la pasión vencido

De tu mandato horrendo la importante

Ejecución olvida? ¡Habla!

SOM.

No olvides;

Vengo á avivar tu ardor casi extinguido.

Pero mira: á tu madre asombro embarga:

¡Oh, ponte entre ella y su alma, en lucha ahora!

Obra con más violencia en el más débil

Siempre la fantasía. Háblale, Hamlet.

HAM. Dí, madre: ¿cuál te sientes?

REIN.

¿Cuál te sientes

Tú, que la vista en el vacío clavabas,

Con el aire incorpóreo discurrendo?

Fiera á tus ojos tu pasión se asoma;

Y cual dormida hueste al son de alarma,

Tus yacentes cabellos vida adquieren

Y rígidos se erizan. ¡Hijo amado!

De tu delirio el fuego ardiente templado

Con gotas de paciencia. ¿Adónde miras?

HAM. A él. ¿No ves cuán pálido relumbra?

Su aspecto y causa, hablando á duras piedras,

Vida les infundiera. ¡Ay! ¡no me mires!

No sea que tu gesto lastimoso

Mi fiero intento ablande, y pierda luego

Fuerza y vigor: en vez de sangre, lágrimas.

REIN. Pero ¿á quién dices eso?

HAM.

¿No ves nada?

REIN. Nada; y no obstante cuanto existe veo.

HAM. ¿Ni oíste nada?

REIN. Nada; nuestras voces.

HAM. Mírale allí; ve cual se aleja á hurto.

Mi padre, con el traje que vestía.

¿No ves? Ya por el pórtico se sale. (Váse la sombra.)

REIN. Es sombra que engendró tu fantasía.

Diestro en crear, visiones incorpóreas

El éxtasis fué siempre.

HAM. ¿Éxtasis dices?

Late á compás mi pulso como el tuyo,

Y tañe tan salubre melodía.

No, no es locura lo que he dicho; á prueba

Ponme, y verás cual lo repito todo

Palabra por palabra; y la locura

Huyera de ello á brincos. ¡Madre! ¡madre!

¡Oh, por tu eterna salvación, no apliques

A tu alma herida unción tan halagüeña:

Que te habla mi locura, no tu culpa!

Fuera eso encallecer la parte herida,

Dejando que por dentro la gangrena

Oculto lo infectase todo. Al cielo

Confíesate; arrepiéntete contrita

De lo pasado; esquiva lo futuro.

No abones la cizaña porque crezca

Aún más lozana. A mi virtud perdona,

Madre, este arranque; que es forzoso en esta

Lasciva, obesa edad, pedir del vicio

Perdon la virtud misma, y aún rogarle

Porque se enmiende, hincando la rodilla.

REIN. ¡El corazón, ¡ay! Hamlet, me has partido!

HAM. Arroja, pues, la parte más dañada,

Y haz por vivir más pura con la otra.

Vé; buenas noches; mas su lecho huye.

Asume una virtud de que careces.

El hábito, ese monstruo que se traga

Todo pudor, si en lo demás demonio,

No obstante, en esto es ángel: para el uso

De acciones puras y altas también presta

Traje ó disfraz que es fácil de vestirse.

Por esta noche abstente; así más fácil
Será tal vez la próxima abstinencia;
La próxima, más fácil todavía
Casi á borrar alcanza la costumbre
La estampa misma que imprimió natura;
O amansa á Satanás, ó bien del alma
Le arroja con poder maravilloso.
De nuevo, buenas noches. Pediréte
Tu bendicion, cuando con fe sincera
A la del cielo aspiras. De este hidalgo
(Señalando á Polonio.)

Lamento la desgracia. Pero al cielo
Le plugo castigarle por mi mano,
Y á mi por él, trocándome en azote
Y en instrumento de su fiero enojo.
Queda á mi cargo; y yo sabré, cual cumple,
Justificar la muerte que le he dado.
Si soy cruél, es que piedad me asalta:
Con mal empieza, y lo peor aún falta.
Otra palabra; escucha, buena madre.

REIN. ¿Qué debo hacer?

HAM. Nada de cuanto he dicho.

Deja que el rey, hinchado con la cena,
Te arrastre con halagos á la cama,
Lascivo te pellizque las mejillas,
Te llame prenda suya; deja luego
Que por un par de besos lujuriosos,
O por tentarte el pecho con sus torpes,
Malditos dedos, logre sonsacarte
Todo el negocio: que no estoy demente,
Sino lo finjo artero. Bueno fuera
Que lo supiese todo; pues ¿qué reina
Discreta, hermosa, casta, esconderia
De un sapo, de un murciélago, de un gato
Cosas tan lindas? ¿Quién tratara de eso?
Nunca; á pesar del juicio y del sigilo,
Abre la cesta encima del tejado,
Y deja que los pájaros se vuelen;

Y como el mono aquel, métete en ella,
Y rómpete la nuca al dar en tierra.

REIN. Créeme; si son aliento las palabras,
Vida el aliento, vida no hay ni aliento
En mí para exhalar lo que me has dicho.

HAM. Me mandan á Inglaterra. ¿Sabes eso?

REIN. ¡Ay! me olvidaba. Es cosa ya resuelta.

HAM. Están sellando cartas y despachos,
Y mis dos condiscípulos, de quienes
Fiaréme cual de un áspid ponzoñoso,
Son del mandato portadores. Ellos
Me allanarán la senda, y como heraldos
Guiaránme á la vileza. Pero sea;
Que es mucho gusto hacer volar en humo
Con su petardo mismo al artillero;
Y mal irán las cosas, si no logro
Excavar una vara más debajo
De sus minas, y hacer que salten juntos
Hasta la luna. Es gusto ver, sin venda,
Topar dos tunos por la misma senda.—
Buen fardo me echa á cuestras el buen hombre.
Arrastraré el tripon hasta esa pieza.
Muy buenas noches, madre.—El consejero,
Que en vida fué un bribon impertinente
Y parlanchin, está muy grave ahora,
Callado y taciturno. Ven, amigo,
Es menester que acabe ya contigo.
Muy buenas noches, madre.

(Vánse por distintos lados; Hamlet sacando á rastra el cadáver de Polonio.)

ACTO IV.

ESCENA PRIMERA.

Una sala del castillo.

*Salen el REY, la REINA, ROSENKRANZ,
y GUILDENSTERN.*

REY. Esos suspiros y profundos ayes
Me dan en qué pensar: háblame claro;
Quiero saberlo. ¿En dónde está tu hijo?

REINA. (A Ros. y Guild.)
Dejadnos solos un instante, os ruego.
(Vánse Rosenkranz y Guildenstern.)

¡Ay, señor, lo que he visto en esta noche!
REY. ¿Qué fué, Gertrúdis? ¿Qué hace tu hijo
[Hamlet?

REINA. Furioso está cual mar y viento, cuando
Disputan entre sí cuál es más fuerte.
En el furor de su locura, oyendo
Ruido detrás de los tapices, saca
Su espada y grita: «Es un raton,» y mata
En su ilusion frenética, sin verle,
Al bueno, al noble anciano.

REY. ¡Oh accion funesta!
A estar yo allí lo propio me pasara.
Peligro amaga á todos su delirio,

A mí, á tí misma, á todos. ¡Ay! ¿Y cómo
 Disculparemos acto tan sangriento?
 A mí la imputarán, cuya cautela
 Debiera haber atado corto y puesto
 En sujecion á aquel mancebo loco.
 Mas tanto fué mi amor, que nunca quise
 El remedio adoptar que era más propio.
 Y como el que padece un mal inmundo,
 Antes que declararlo, dejé incauto
 Que en la vital sustancia se cebase.
 ¿Adónde es ido?

REINA. A retirar el cuerpo
 A quien dió muerte. En esto su demencia
 Se manifiesta pura; como el oro,
 Tal vez mezclado con metales viles.
 Llora el pasado error.

REY. Gertrúdis, vamos.
 Y apénas dore el sol los altos montes,
 Haremos que se embarque y parta luego.
 Es menester salir á la defensa,
 Y disculpar aquella accion villana
 Con nuestra autoridad y astucia toda.
 ¡Eh Guildenstern!

Salen ROSENKRANZ y GUILDENSTERN.

Amigos míos, id, buscad auxilio.
 Ciego de frenesí, Hamlet ha muerto
 Al buen Polonio, y le ha sacado á rastra
 Del cuarto de su madre. Id, id, buscadlo;
 Habladle atento, y que el cadáver lleven
 A la capilla. Os ruego, daos premura.

(Vánse Rosenkranz y Guildenstern.)

Gertrúdis, ven. A nuestros más prudentes
 Amigos llamaremos, para darles
 Cuenta de lo que pienso hacer, y de esta
 Desgracia que en mal hora ha sucedido.
 Así, tal vez, la pérfida calumnia,
 Cuyo rumor de un polo al otro arroja

Sus ponzoñosos tiros tan certeros
 Como el cañon al blanco, nuestro nombre
 Errando, hiera el viento invulnerable.
 ¡Oh, vente, ven! ¡devuélveme la calma!
 Que horror embarga en fiera lucha el alma.
 (Váse.)

ESCENA II.

Otro aposento del castillo.

Sale HAMLET.

HAM. Queda en lugar seguro.

ROS. y GUILD. (Dentro.) ¡Hamlet, Hamlet!
 HAM. ¿Qué ruido es ese? ¿Quién llama á Hamlet?
 ¡Oh! ya están aquí.

Salen ROSENKRANZ y GUILDENSTERN.

ROS. Dínos, señor, ¿qué hiciste del cadáver?

HAM. Mezclélo con el polvo, del que es deudo.

ROS. Dínos en dónde está, para que al punto
 De allí á la capilla lo llevemos.

HAM. No lo creais.

ROS. ¿Qué es lo que no debemos creer?

HAM. Que pueda yo guardar vuestro secreto, y no
 el mio. Por otra parte, ¡preguntármelo una es-
 ponja! ¿Qué contestacion debiera darle el hijo
 de un rey?

ROS. Me tomáis por una esponja, señor?

HAM. Sí tal; por una esponja que se chupa el
 semblante, los favores y las órdenes del rey.
 Bien que tales empleados son los que mejores
 servicios prestan al rey; los guarda, como el
 mono, en un rincon de la boca; el primero que
 entró es el último que se traga: cuando nece-
 sita lo que has rebuscado, sólo falta exprimírte,
 y te quedas enjuto, esponja.

Ros. No te entiendo, señor.

HAM. Me place en extremo. Las razones agudas son ronquidos para los oídos tontos.

Ros. Señor, es menester que nos digais en dónde está el cadáver, y os vengais con nosotros á ver al rey.

HAM. El cadáver está con el rey, pero el rey no está con el cadáver. El rey es una cosa...

GUILD. ¡Una cosa, señor!

HAM. Que no es nada. Conducidme á su presencia.—Escóndete, zorro, y todos detrás. (Vánse.)

ESCENA III.

Otra sala del castillo.

Sale el REY, con acompañamiento.

REY. (Para sí.) Mandé por él y en busca del cadáver. Es peligroso que ande así tan suelto. No obstante, no podemos aplicarle con todo su rigor la ley severa. La multitud fanática le quiere; La multitud que elige con los ojos, Y no con la razón; y en casos tales, Del ofensor la pena toma en cuenta, Pero jamás la ofensa. Bien mirado, Para que todo marche en paz y calma, Conviene que esta ausencia repentina Parezca como cosa de antemano Resuelta y meditada. Pues los males, Cuando llegan á ser desesperados, No se curan con nada, ó con remedios También desesperados.

Sale ROSENKRANZ.

¿Qué hay? ¿qué ocurre?

Ros. No pudimos lograr que nos dijese,

Señor, en dónde ha puesto aquel cadáver.

REY. Pero él ¿en dónde está?

Ros. Señor, afuera,

Guardado, do tus órdenes espera.

REY. Traédle á mi presencia.

Ros. (Al paño.) ¡Compañero!

¡Eh, Guildenstern! que el príncipe se acerque.

Salen HAMLET y GUILDENSTERN.

REY. Y bien, Hamlet, ¿en dónde está Polonio?

HAM. Cenando.

REY. ¡Cenando! ¿En dónde?

HAM. No en donde coma, sino en donde es comido. Cierta congrua de gusanos políticos celebra sesión sobre él. El gusano es el supremo de los emperadores en lo tocante á la mesa: engordamos á todos los demás animales para engordarnos á nosotros, y engordamos nosotros á los gorgojos. El rey obeso y el mendigo flaco son manjares diferentes; dos platos, pero para una misma mesa: en esto pára todo.

REY. ¡Ay! ¡ay!

HAM. Tal vez un hombre puede pescar con el gusano que se comió á un rey, y comerse luego el pez que se alimentó de aquel gusano.

REY. ¿Y qué quieres decir con eso?

HAM. Nada más que manifestar cómo un rey puede hacer una jornada por las tripas de un mendigo.

REY. ¿En dónde está Polonio?

HAM. En el cielo. Envía á alguno que lo vea, y si tu mensajero no lo encuentra allí, búscale tú mismo en otra parte. Pero en verdad, si no le hallais en todo este mes, le olfateareis al subir por la escalera que conduce á la galería.

REY. (A unos criados.) Id allá á buscarle.

HAM. Se aguardará hasta que llegueis. (Vánse criados.)

REY. Para seguridad de tu persona

(Que aprecio en tanto cuanto siento, Hamlet,
La accion que has hecho) exige este suceso
Que huyas de aquí con prontitud fogosa.
Prepárate, por tanto: el barco espera,
Y el viento es favorable; ya te aguardan
Tus compañeros, y á Inglaterra impele
Todo.

HAM. A Inglaterra.

REY. Hamlet, sí.

HAM. Me place.

REY. Sin duda, si mis planes conocieses.

HAM. Veo á un querube que los ve. Pero vamos
á Inglaterra. Adios, querida madre.

REY. Hamlet, tu padre que te quiere.

HAM. Mi madre. Padre y madre son marido y
mujer; marido y mujer son una carne misma;
conque mi madre. ¡Vamos á Inglaterra! (Váse.)

REY. Seguid su huella; instad su pronto embarco:
No lo aplaceis; saldrá esta noche misma.
¡Partid! pues cuanto á aqueste asunto atañe
Está sellado y pronto. Prisa os pido.

(Vánse Rosenkranz y Guildenstern.)

Y tú, Inglaterra, si por dicha en algo
Estimas mi amistad (y cuánto vale
Te dice mi poder, pues aún sangrienta
Y viva está la llaga que debiste
A la danesa espada; y respetuosa
Dócil tributo pagas á mi cetro)
Rehácia no andarás en dar cumplido
Efecto á mi mandato soberano,
Que ordena claramente, como consta
En las cartas escritas al efecto,
De Hamlet la pronta muerte. Hazlo, Inglaterra;
Pues cual fiebre voraz arde en mi sangre,
Y de tí sola alivio y cura espero.
Mientras no sepa que está dado el golpe,
Por bien que me tratare la fortuna,
No hallaré paz ni dicha en parte alguna. (Váse.)

ESCENA IV.

Una llanura en Dinamarca.

Salen FORTIMBRÁS, un CAPITAN y SOLDADOS,
de marcha.

FOR. Vé, capitan; saluda de mi parte
Al rey danés, y dile que en virtud
De su licencia Fortimbrás le pide
El prometido paso por su reino.
Ya sabes el lugar de nuestra cita.
Y si su Majestad quisiera hablarme,
Íréle á saludar como es debido.
Díselo así.

CAP. Así lo haré, mi príncipe.

FOR. Vosotros proseguid con paso lento.
(Vánse Fortimbrás y soldados.)

Salen HAMLET, ROSENKRANZ, GUILDENSTERN y otros.

HAM. ¡Hidalgo, cuyas son aquellas tropas?

CAP. De Noruega, señor.

HAM. ¿Qué objeto llevan?

CAP. Señor, contra una parte de Polonia
La marcha emprenden.

HAM. ¿Quién las acaudilla?

CAP. Fortimbrás, el sobrino del anciano
Rey de Noruega.

HAM. ¿Acaso se dirigen
Contra Polonia toda, ó sólo á alguna
Parte de sus fronteras, caballero?

CAP. A deciros verdad y sin ambajes,
Vamos á conquistar un breve trozo
De tierra que otra utilidad no ofrece
Que la del nombre: á fe, no la labrara,
Costárame el arriendo seis ducados.
Ni al de Noruega ni al polaco pienso

Que le produzca más vendido á censo.

HAM. No la defenderá el polaco entónces.

CAP. Pienso que sí; ya está muy guarnecida.

HAM. Ni dos mil almas, veinte mil ducados

Podrán zanjar tan mísera disputa.

De mucha hacienda y paz es como absceso

Que, reventando dentro, no descubre

Señal de muerte alguna por de fuera.

¡Os doy humildes gracias, caballero!

CAP. Que os guarde Dios. (Váse.)

Ros.

¡Quereis venir, Alteza?

HAM. Os sigo en breve. Adelantaos un poco.

(Vánse todos ménos Hamlet.)

¡Oh cuál me acusan los sucesos todos,

Y aguijan mi venganza perezosa!

¡Qué fuera el hombre si su bien más alto

El logro de su vida consistiese

Sólo en dormir y sustentar su cuerpo?

Un bruto, nada más. El que nos hizo,

Dotados de talento tan preclaro,

Que vemos lo pasado y lo futuro,

Por cierto no nos dió razon divina,

Tal aptitud á fin de que en nosotros

Se tomasen de orin por falta de uso.

Sea bestial olvido ó torpe duda

Que tímida cavila con exceso

En el evento (proceder que siempre,

En partes dividida, tendrá una

De discrecion por tres de cobardía)

Por qué existe no sé, gritando siempre:

«Esto he de hacer,» teniendo como tengo

Razon de sobra, voluntad resuelta,

Arrojo, fuerza y medios para hacerlo.

Ejemplos claros como el sol me excitan;

Y prueba de ello es esta noble hueste,

Tan fuerte y numerosa, conducida

Por un príncipe tierno y delicado,

Cuya alma, henchida de ambicion excelsa,

Afrenta audaz el éxito dudoso,

Y expone su mortal y frágil vida

Del hado y de la muerte á los amaños,

Y á mil peligros por tan fútil causa.

El ser de veras grande no consiste

Sólo en obrar con fundamento grande,

Sino en luchar con alma grande y noble

Por una paja, si al honor importa.

¡Y qué hago yo que no me muevo, estando

Muerto mi padre, sin honor mi madre,

Estímulos capaces ciertamente

De excitar mi razon y mi ardimiento;

Miéntras para vergüenza propia veo

Cerca la muerte de diez mil soldados,

Que por un sueño, un chasco de la fama,

Como á sus lechos, al sepulcro corren,

Y luchan por un trozo de terreno,

Do apénas caben los que en lucha embisten,

Y que es recinto y sepultura estrecha

Para cadáver tanto?—¡Oh pensamiento,

De hoy más no valgas nada, ó sé sangriento!

(Váse.)

ESCENA V.

Helsingor. Una sala del castillo.

Salen la REINA, HORACIO, y un CABALLERO.

REINA. No quiero hablarla, no.

CAB. Insta por veros.

Demente está: da compasion su estado.

REINA. ¡Qué quiere, pues?

CAB. Habla en su padre mucho;

Dice que oye decir que el mundo es malo;

Solloza, y se lastima el blando pecho;

La cosa más trivial la causa enojo;

Habla sin tino, sin sentido apénas;

Hueca es su charla, mas su extravagancia
 Despierta en quien la escucha mil sospechas,
 Y cavilando amoldan sus razones
 Segun les dicta el propio pensamiento:
 Los guiños, cabecños, gestos raros
 Con que ella emite sus palabras, dieran
 Lugar á creer que algun sentido esconden,
 Mas nada sano y mucho lamentable.
 HOR. Prudente fuera hablarla; pues podria
 Ir esparciendo en ánimos dispuestos
 A interpretarlo todo mal, sospechas,
 Fatales conjeturas.

REINA. Que la admitan.
 (Váse Horacio.)

A mi alma enferma (y siempre á la culpada)
 Es nuncio de terror cualquier nonada.
 De modo tal la culpa el riesgo abulta,
 Que más resalta cuando más se oculta.

Vuelve á salir HORACIO con OFELIA.

OFEL. La hermosa Majestad de Dinamarca
 ¿En dónde, en dónde está?

REINA. ¿Qué tal, Ofelia?

OFEL. (Canta.)
 ¿Cómo quieres que distinga
 De otro cualquiera á tu amor?
 —Por su concha y su esclavina,
 Su sandalia y su bordon.

REINA. Oh dulce niña, ¿á qué viene esa trova?

OFEL. ¿Decís?—Os ruego, oid.

(Canta.) *De otra morada es ya huésped;*
¡Ay niña, no vive ya!
Cubre su sien verde césped;
A sus piés dura losa está.

REINA. Sí, pero Ofelia...

OFEL. Dadme oído, os ruego.

(Canta.) *Envuelto en lienzo nevado...*

Sale el REY.

REINA. ¡Ay, desdichada! Mira, esposo mio.

OF. (Canta.) *Que adorna más de una flor,*
Bajó á la tumba regado
De ardiente llanto de amor.

REY. Óyeme: ¿Cómo estás, graciosa niña?

OFEL. En fin, Dios os lo pague. Dicen que la le-
 chuza fué hija de un tahonero. ¡Jesús! sabemos
 lo que somos, pero no lo que podemos ser.
 ¡Dios bendiga vuestra mesa!

REY. Alusion á su padre.

OFEL. Por favor, no hablemos más en esto; pero
 si os preguntan lo que significa, decid:

(Canta.) *De San Valentino (1)*
La fiesta es mañana.
Yo niña amorosa,
Al toque del alba,
A ser tu pareja
Me iré á tu ventana.
Despierta el mancebo,
Se viste de gala;

(1) En estos versos se alude á una costumbre popular muy comun en Inglaterra. Las muchachas solteras tenian gran cuidado de ponerse á la ventana ó salir á la calle en el primer dia de Mayo, al rayar el alba, y el jóven que las veia, aquel creian que fuese el que la fortuna les destinaba para marido ó galan. Esta costumbre es muy semejante á otra práctica vulgar que solian observar las mozas casaderas antiguamente en España el dia de San Juan, y á la cual hacen alusion, Cervantes en la comedia intitulada *Pedro de Urdemalas*, y Lope de Vega en la suya, intitulada *La Estrella de Sevilla*.

*Y abriendo el postigo
Llamó á la muchacha,
Que entrando doncella
Salió desflorada.*

REY. ¡Hermosa Ofelia!

OFEL. En verdad, y sin jurarlo, la voy á concluir.

(Canta.)

*Por Dios y la Virgen
Que es treta villana
Jugarle á una niña
Tan mala pasada.
¡Mas quién menosprecia
Ventura tan alta?
¡Mal haya la boba
Que os mira y os ama!
Pues falsos sois todos,
Le dice indignada.
Antes que en tus brazos
Me mirase incauta,
De hacerme tu esposa
Me diste palabra.
—Por el sol te juro
Que no lo olvidara,
Si tú no te hubieras
Venido á mi cama (1).*

REY. ¡Cuánto há que se halla así?

OFEL. Espero que todo irá bien. Debemos tener paciencia; pero no puedo ménos de llorar considerando que le han sepultado en la tierra fria. Es menester que mi hermano lo sepa; y con eso os doy las gracias por vuestros buenos consejos. ¡Vamos! ¡mi carroza! Buenas noches, señoras; buenas noches, bellas señoras; buenas noches, buenas noches. (Váse.)

(1) Salvo algunas variaciones, esta version es idéntica á la que insertó Moratin en su traduccion del HAMLET.

REY. Seguid sus pasos; vigiladla, os ruego.

(Váse Horacio.)

Esto es veneno del pesar más hondo,
Y nace de la muerte de su padre.
¡Gertrúdis, ay! cuando los males llegan,
No vienen como espías, uno á uno,
Sino en legiones. ¡Ay! su padre muerto;
Ausente tu hijo, habiendo sido él mismo
Violento autor de su destierro justo;
Revuelto el pueblo y en tumulto ardiendo,
Rebelde y mal dispuesto, cavilando
Sobre la muerte de aquel buen Polonio;
Y mal aconsejados anduvimos
En enterrarle tan ocultamente.
¡Y Ofelia, enajenada de sí misma
Y de su sano juicio, la cuitada!
Sin él ¿qué somos? Vanos simulacros,
Brutos no más. Por último, y aquesto
No es ménos esencial que lo restante,
Su hermano ha regresado ocultamente
De Francia, y con su asombro se alimenta,
Entre nubes se esconde, y no le faltan
Maldicientes que infectan sus oidos
Con funestos relatos de la muerte
De su buen padre, en que, falta de nuevas
Seguras, la perplejidad sin duda
La lengua no se anudará, zahiriendo
De boca en boca nuestra real persona.
¡Ay! mi Gertrúdis, este triste lance,
Cual metralla mortífera, supérflua
Muerte me inflige en muchas partes.

REINA.

¡Calla!

¿Qué estruendo es este?

REY.

¿En dónde están mis suizos?

Que vigilen la puerta.

Sale un CABALLERO.

¿Qué sucede?

CAB. ¡Oh, sálvate, señor! El Océano
Sus diques reventando, no se traga
Con ímpetu mayor á los bajíos,
Que el con que rinde el juvenil Laërtes,
A la cabeza de tropel rebelde,
A tus soldados. De señor el vulgo
Nombre le da; y como si empezase
Ahora el mundo, y fuera ya olvidada
La antigüedad, difunta la costumbre,
De todo dicho apoyo, afirmamiento,
Grita: «Escojamos; sea rey Laërtes.»
Con ronco aplauso, lenguas, manos, gorras,
Llevan la voz comun hasta las nubes:
«¡Laërtes será rey! ¡viva Laërtes!»

REINA. ¡Oh, con qué gusto el rastro mal seguro
Siguen aullando! ¡Errais la pista, falsos
Daneses perros!

REY. Roto han ya la puerta.

Sale LAERTES armado; le sigue el PUEBLO.

LAER. ¿El rey do está?—Quedaos afuera, hidalgos.

PUEBLO. No tal; entremos.

LAER. Dad permiso, os ruego.

PUEBLO. Bien, nos iremos. (Se retiran todos.)

LAER. ¡Gracias!—Que vigilen

La puerta bien.—¡Oh, tú, vil rey! ¡oh, dame,
Dame á mi padre!

REINA. Calma, buen Laërtes.

LEAR. Si hubiera en estas venas una gota
De sangre en calma vil, me proclamara
Bastardo, y á mi padre infamaria
De vil cornudo; aquí en la frente pura
Y casta de mi madre fiel grabara
Vil prostituta.

REY. Dí, ¿por qué motivo,
Laërtes, se presenta tan hercúlea
Tu rebelion? Vé, déjale, Gertrúdis.
En cuanto á mi persona nada temas:
Pues tal divinidad cerca á los reyes,
Que la traicion, al entrever tan sólo
El fin que se propone, de él desiste.
¿Por qué tan enojado? dí, Laërtes.
Déjale tú, Gertrúdis. Habla, jóven.

LAER. ¿En dónde está mi padre, en dónde?

REY. Ha muerto.

REINA. Mas no por él.

REY. Pregunte cuanto quiera.

LAER. ¿Y cómo ha muerto? A mí no se me en-
[gaña.

¡Al Orco la lealtad! ¡al más sombrío
De los demonios, sacros juramentos!
¡Piedad, conciencia, al antro más profundo!
¡La perdicion eterna desafío!
¡Llegó ya á tanto, que desprecio osado
Entrambos mundos, venga lo que venga!
Sólo á vengarme aspiro de la muerte
Dada á mi padre.

REY. ¿Y quién podrá estorbarte?

LAER. Mi voluntad, no el mundo entero, nunca.
Y administrar sabré tan bien mis medios,
Que haré con poco mucho.

REY. Buen Laërtes,

Si la verdad averiguar deseas
Del trance de tu padre, ¿se halla escrita
Acaso en tu venganza, que tan ciego
Hayas de atropellar en tu victoria
A amigos y enemigos, al que gana
Y al perdidoso?

LAER. Sólo á mis contrarios.

REY. Querrás entónces conocerlos, pienso.

LAER. A sus amigos fieles, de esta suerte
Los brazos abriré, sí, y con mi sangre,

Como el ave pelicano benigno,
Pródigo de su vida, nutrirélos.

REY. Hablaste cual buen hijo y caballero.
Que culpa alguna tuve yo en la muerte
De tu buen padre, y que más que otro alguno
Su pérdida lamento, aclararáse
A tu razon, como á tu vista el dia.

PUEBLO. (Dentro,) Dejadla entrar.

LAER. ¿Qué hay, pues? ¿qué ruido es este?

Vuelve á salir OFELIA.

¡Calor activo, oh, mi cerebro seca!
¡Llanto salobre y cáustico en extremo
Quema y destruye de mis vivos ojos
Fuerza y virtud! ¡Por ese cielo juro
Que han de pagarnos tu demencia en modo,
Que tuerza el fiel el peso del castigo,
Y baje la balanza! ¡Oh flor de Mayo!
¡Oh amable niña! ¡Mi querida Ofelia!
¡Oh dulce hermana! ¡Cielos! ¿y es posible
Que sea el juicio de una tierna niña
Tan frágil cual la vida de un anciano?
Es en amores fina la Natura;
Y donde fina adora, alguna prenda
Preciosa de sí misma tierna envía
Tras el objeto amado.

OFEL. (Canta.)

*Llevaronle sobre el féretro,
La blanca faz desnuda.
¡Ay lástima, lástima grande!
Llovieron á mares lágrimas
Sobre su sepultura.*

¡Adios, tórtolo mio!

LAER. ¡Tuvieras tú razon y me incitaras
A la venganza, ménos me movieras!

OFEL. (Canta.) *Debeis cantar: abajo, abajo, abajo;
Y llamaréisle abajo.*

¡Oh, y qué bien la acompañan los golpes de la
rueda! Es el pícaro del mayordomo que robó á
la hija de su amo.

LAER. Dice ésta nada más que mil relatos.

OFEL. Tomad; allá va romero, que es para la me-
moria: te ruego, amor mio, que te acuerdes. Y
allá van pensamientos, que son para la fide-
lidad.

LAER. Una sentencia en medio de la locura: pen-
samientos y memoria acordes.

OFEL. Aquí hay hinojo para vos, y palomillas y
ruda... y aquí hay esto poquito para mí. Pode-
mos llamarla yerba santa del domingo (1). Oh,
vos podeis llevar vuestra ruda con la distincion
que os parezca. Vaya una margarita. Bien qui-
siera daros unas violetas, pero se marchitaron
todas cuando se murió mi padre. Dicen que
tuvo buen fin...

(Canta.)

*Un solitario
De plumas vario
Me da placer (2).*

LAER. Ira, afliccion, tristeza, el mismo infierno.
Todo lo trueca en gracia y donosura.

OFEL. (Canta.) *¿Y no volverá jamás?
¿Y no volverá jamás?*

(1) La ruda se llamaba en Inglaterra yerba santa del domingo, por-
que los curas católicos usaban de ella, mezclándola con la bebida que
daban á los energúmenos cuando los exorcizaban, y esto se practicaba
en los domingos.—WARBURTON.

(2) El pájaro solitario, segun la opinion vulgar de Inglaterra, recor-
daba la memoria de los difuntos á quienes se habia tenido en vida mayor
cariño; y cuando una de estas aves entraba en alguna casa, creian que
anunciase la muerte próxima de alguno de aquella familia.—LETOURNEUR.

*¡Ay! nó: murió; ¡fiera suerte!
Huye á tu lecho de muerte.
Pues no volverá jamás.*

*Blanca nieve era su sien,
Blanca su barba tambien.
Se fué, se fué el buen anciano,
Y viertes el llanto en vano.
¡Los cielos su paz le den!*

Y á todas las almas cristianas, quiera Dios,
quedad con él. (Váse.)

LAER. ¡Ves esto, oh Dios?

REY. Es menester, Laërtes,
Que reflexione con tu amarga pena;
Me privas, de otra suerte, de un derecho,
Por breve rato aléjate, y elige
A los más fieles de entre tus amigos:
Oigan y juzguen ellos entre ambos.
Y si por mano propia ó por ajena
Halláranme culpado, reino y cetro,
Mi vida misma y cuanto mio propio
Puedo llamar, daréte en desagravio.
Si nó, contento préstame paciencia;
Y trataré, con tu alma juntamente,
De darle alivio.

LAER. En ello vengo; sea.

Su extraño fin, su funeral oscuro
(Ni espada, ni blasones, ni trofeo
Cubrieron su cadáver, ni alto rito
Hubo, ni ostentacion formal, ni pompa)
Claman bien claro, como voz del cielo
Al bajo mundo, que el misterio aclare.

REY. Lo harás; y donde quiera esté la culpa,
Caiga el cuchillo, y tronche. Ven, partamos.
(Vánse.)

ESCENA VI.

Otra sala del castillo.

Salen HORACIO y un CRIADO.

HOR. ¡Qué gente es la que quiere hablar con-
[migo?

CRIA. Gente de mar, señor; dicen que tienen
Cartas que darte.

HOR. Díles que entren luego.
(Váse el criado.)

Yo no sé de qué parte de este globo
Pueda escribirme nádie, sino Hamlet.

Salen unos MARINEROS.

MAR. 1.º Dios te guarde, señor.

HOR. Y á tí tambien.

MAR. 1.º Así lo hará, si fuere tu gusto. Te
traigo aquí una carta, señor; es del embajador
que debió embarcarse para Inglaterra, y es
para tí, si te llamas Horacio, como me han
asegurado.

HOR. (Lee.) «Horacio, luego que hayas leído ésta,
haz que estos hombres vean al rey. Llevan
cartas para él. Apénas llevábamos dos dias de
navegacion, cuando un pirata muy bien ar-
mado nos dió caza. Viendo que nuestro navío
era poco velero, hicimos alarde de un valor obli-
gado, y en la refriega los abordé. En aquel
mismo instante se desaferraron de nuestra
nave; de suerte que yo sólo quedé prisionero
suyo. Se han portado conmigo como ladrones
compasivos; pero ya sabian lo que se hacian;
he de pagárselo con una buena obra. Haz que
el rey reciba las cartas que he enviado, y tú

ven á verme con tanta premura como si hu-
yeras de la muerte. Tengo cosas que decirte al
oído que te dejarán atónito; y sin embargo, son
demasiado livianas para la importancia del
asunto. Estos bravos mozos te conducirán al
lugar donde me hallo. Rosenkranz y Guildens-
tern siguen su rumbo á Inglaterra. Mucho tengo
que contarte de ellos. Adios. Tuyo siempre,

«HAMLET.»

Venid, pues; yo os enseñaré la senda
Para entregar las cartas. Daos premura,
A fin de que podais llevarme luego
Adonde se halle aquél de quien proceden.

(Vánse.)

ESCENA VII.

Otra sala del castillo.

Salen el REY y LAERTES.

REY. Ahora es menester que tu conciencia
Confirme mi descargo, y que me otorgues
Dentro del corazón lugar de amigo;
Pues ya has oído, y con oreja cauta,
Que el que mató á tu noble padre, contra
Mi vida conspiraba.

LAER. Así parece.
Pero dime: ¿por qué no procediste
Contra esas fechorías tan culpables,
Y de índole tan grave, cual tu propia
Seguridad, prudencia y sano juicio,
Junto con lo demás, te aconsejaban?

REY. Créeme; por dos razones especiales,
Que acaso juzgarás de poca fuerza,
Mas que la tienen para mí no poca.
Su madre y reina se sustenta casi
Con sus miradas. Por mi parte (sea

Virtud tal vez, ó bien desdicha mía)
Con ella vivo tan unido en alma
Y cuerpo, que cual astro que no gira
Sino en su propia esfera, así, sin ella,
Inerte me quedara. La otra causa
Que me impide hacer público este lance
Es el aprecio grande en que le tiene
El pueblo, el cual, bañando en su cariño
Sus faltas todas, convirtiera pronto
En gracias sus errores, como fuente
Que trueca el verde tronco en dura peña,
De suerte que mis flechas mal construidas
Para tan fuerte ráfaga, se hubieran
Vuelto otra vez al arco de rechazo,
Sin acertar el blanco á que apuntaba.

LAER. Y en tanto yo he perdido á un padre noble,
Y en deplorable estado hallo una hermana,
Cuyo valer (si es que el elogio alcanza
A lo que ya no existe) en la alta cumbre
De nuestra edad osó retar triunfante
A lucha universal lo más perfecto.
Mas llegará de mi venganza el día.

REY. No turbe ese cuidado tu reposo;
Ni puedes presumir que soy de pasta
Tan insensible y torpe, que permita
Que mese así mis barbas el peligro,
Y lo tome á solaz. Cosas mayores
Sabrás en breve. Amé á tu padre, y, créeme,
Yo no me quiero mal, lo cual espero,
Te hará prever...

Sale un MENSAJERO.

¿Qué nuevas hay? ¿qué ocurre?
MENS. Cartas, señor, de Hamlet. Esta es para
Tu Majestad; para la reina esta otra.
REY. ¿De Hamlet? ¿Quién las trajo?
MENS. Un marinero,

Dicen, señor. Yo no le he visto. Claudio,
El cual las recibió del que las trajo,
Es quien me las ha dado.

REY. Oirás, Laërtes,
Su contenido.—Déjanos. (Váse el mens.) Escucha.
(Lee.) «Alto y poderoso señor: Os hago saber que
he llegado desnudo á vuestro reino. Mañana os
pediré permiso para presentarme ante vuestros
reales ojos, y entónces, despues de haberos pe-
dido licencia, relataré la causa de mi repentina
y extraña vuelta.

«HAMLET.»

¿Esto qué significa? ¿Se habrán vuelto
Tambien los otros, ó hay algun engaño,
Y es todo falso?

LAER. ¿Conoceis la letra?

REY. De Hamlet es. «¡Desnudo!» Y en postdata
Dice aquí: «Solo.» Dí ¿qué me aconsejas?

LAER. En duda estoy, señor. Pero... que llegue.
Siento aplacarse el mal que arde en mi pecho,
Sólo al pensar que viviré gozoso
Para decirle en cara: «Así lo hiciste.»

REY. Si fuera así... ¿Cómo es posible, cómo?
¿Y qué otra cosa puede ser? Laërtes,
¿Te dejarás guiar por mí?

LAER. Sí, Alteza:
Como á la paz no trates de inclinarme.

REY. Sólo á tu propia paz. Si vuelve ahora,
Por el viaje irritado, y se resiste
A reemprenderlo, yo sabré animarle
A cierta empresa que en mi mente bulle,
Y en que perecerá sin duda alguna.
Y con motivo de su muerte, créeme,
No soplará ni la más leve áura
De acusacion, ni advertirá la treta
Su misma madre, y llamarlo acaso.

LAER. Señor, en todo seguiré tu juicio;
Y más, Alteza, si te fuera dable

Hacerme el instrumento.

REY. Tal procuro.
Desde tu ausencia mucho se ha contado
De tí delante de él, por cierta dote,
En que, segun es fama sobresaes.
No le causó el conjunto de tus prendas
Envidia tanta como aquella sola,
En mi opinión, la de menor valía.

LAER. ¿Y qué virtud ó prenda es esa, Alteza?

REY. No es más que un mero lazo en el sombrero
De la alma juventud; mas necesario.
Pues á la juventud tan bien le sienta
El traje airoso que al descuido viste,
Como á la edad madura los ropajes
De piel forrados y de austero corte,
Que por abrigo y gravedad se ciñe.
Dos meses há que estuvo un caballero
De Normandía aquí. Yo mismo he visto,
Y he militado contra los franceses:
Buenos ginetes son; pero este mozo
Era un prodigio en esto; parecia
Haber brotado de la misma silla;
Y á hacer portentos tales obligaba
A su caballo, como si estuviese
Incorporado en él, y le animase
El mismo instinto que al valiente bruto.
Y tanto se excedió, tanto á mi idea,
Que yo, inventando brincos, saltos y aires,
Me quedo aún muy atrás de lo que él hizo.

LAER. ¿Dices que era normando?

REY. Sí, normando.

LAER. Lamond, por vida mia.

REY. El mismo.

LAER. Cierto;

Bien le conozco; á fe que es el orgullo,
La joya más preciosa de su patria.

REY. El nos habló de tí con mucho extremo,
De tu destreza haciendo mil elogios,

En el noble ejercicio de la esgrima;
Sobre todo en el uso de la espada.
Admirable espectáculo sería,
Dijo, el verte lidiar, si se encontrase
Rival que te igualara; pues los diestros
De su nacion, juraba, carecian
De agilidad, defensa y ojo cuando
Con ellos batallabas. Este informe
Llenó de envidia tal el pecho de Hamlet,
Que ya no hacia más que ansiar vehemente,
Pidiendo con afan tu pronta vuelta
Para lidiar con él. Pues bien, con esto...

LAER. ¿Señor, qué esperas de esto?

REY. Di, Laërtes:

¿Amabas á tu padre, ó eres como
Retrato del dolor, rostro sin alma?

LAER. ¿Por qué preguntas eso?

REY. No es que pienso

Que no le amabas, sino que me consta
Que todo amor está sujeto al tiempo,
Y que él es quien su ardor y chispa templa.

De amor en medio de la llama existe
Cierta pábilo ó mecha que lo apaga.

Nada hay que se mantenga siempre fijo

En igual grado de bondad, pues ésta,

Degenerando en plétora, fenece

De exceso propio. Cuanto el alma anhele

Hacer, debiera hacerse en el instante

En que el anhelo nace, que ese anhelo

Cambios, rebajas, detenciones sufre

Cuantas hay lenguas, manos y accidentes;

Y viene á ser cual pródigo suspiro

Que ofende al dar alivio. Pero basta:

Toquemos en lo vivo de la herida.

Hamlet torna. ¿Qué accion acometieras

Para mostrarte, más que con palabras,

Con obras digno hijo de tu padre?

LAER. Le degollara aún en el mismo templo.

REY. Asilo en parte alguna el homicida
Debiera hallar, ni márgen la venganza.
Mas, buen Laërtes, si eso hacer deseas,
Tente en tu cuarto oculto. Cuando llegue,
Hamlet sabrá que estás ya de retorno.
Haré que algunos tu destreza alaben,
Y den un nuevo lustre á los elogios
Que hizo de tí el francés. Será muy fácil
Juntaros luego, y en favor de entrambos
Se harán apuestas. Él, que es distraido,
Muy generoso, libre de recelo,
No observará curioso los floretes;
De suerte que con poca maña que uses,
Te será fácil elegir un hoja
De punta no embotada, y en un pase
Pagarle lo del padre.

LAER. Así he de hacerlo.

Con cuyo objeto me untaré la espada.
De un charlatan compré yo cierto unguento
Tan mortal, que en mojando en él la hoja
De un cuchillo cualquiera, no bastara,
Por eficaz que fuese, emplasto alguno,
Ni aún compuesto de cuantos simples crecen
Bajo la luna con virtud salubre,
Para librar de muerte á sér alguno
Herido de un rasguño de ese acero.
En tal ponzoña bañaré la punta
De mi hoja, á fin de que le dé la muerte
Con rozarle no más.

REY. Reflexionemos
Sobre esto con más calma; discurrámos
Los medios y ocasion más oportunos
Para alcanzar la meta. Si esto falla,
O se descubre acaso nuestro intento
A través de la hilaza mal urdida
De nuestra ejecucion defectüosa,
Valiera más no haberlo acometido.
Conviene, pues, que vaya este proyecto

Por otro sostenido que asegure
 El golpe, por si estalla éste en la prueba.
 ¡Espacio! A ver... Solemne apuesta haremos
 Sobre vuestra destreza... ya... lo tengo.
 Cuando en lo más revuelto de la justa
 Esteis acalorados y sedientos,
 (Para esto es fuerza que la lid arrecies)
 Y él pida de beber, tendré una copa
 Dispuesta á tal efecto, que si de ella
 Gustare sólo, en caso de evadirse
 De tu estocada ponzoñosa, triunfe,
 No obstante, nuestro plan.

Sale la REINA.

¿Qué hay, dulce reina?

REINA. Un mal pisando va la huella de otro,
 Tal es la rapidez con que se siguen.

Tu hermana acaba, Láertes, de ahogarse.

LAER. ¿Señora, qué decís? ¿Ahogarse? ¡Oh! ¿dónde?

REINA. Junto á un arroyo un saúce al sesgo crece,
 Cuyas canudas hojas se reflejan
 En las corrientes aguas cristalinas;
 Allí la sien ceñida de fantásticas
 Guirnaldas de ranúnculos y hortigas,
 De mayas y purpúreas abejas,
 A las que nombre ménos decoroso
 Da el rústico pastor, y que las castas
 Doncellas llaman dedos de difuntos;
 Allí, trepando por colgar sus flores
 De los pendientes ramos, se quebranta
 Un vástago envidioso, y juntamente
 Con sus trofeos rústicos, la pobre
 Al quejumbroso arroyo cae. Sus ropas
 La sostuvieron, huecas y extendidas,
 Sobre las raudas aguas cual sirena,
 Y en tanto iba cantando de tonadas
 Antiguas trozos mil, como ignorante

De su peligro, ó como sér criado,
 Nacido en aquel húmedo elemento.
 Poco duró, que al cabo sus vestidos,
 Pesados con el agua que absorbían,
 Interrumpiendo su cantar sabroso,
 A cenagosa muerte la arrastraron.

LAER. En suma, ¿que se ahogó? ¡Miseró!

REINA. Ahogóse.

LAER. ¡Agua de sobra tienes, pobre Ofelia!

Por eso el lloro atajo. Mas, no obstante,

Persiste la natura en su costumbre,

Por más que nos regañe la vergüenza.

Pero cuando éstas cesen, ¡ay! entónces

De femenil en mí no hallarán nada.

¡Adios, señor! Cual llamas mis razones

Arder verias, si este necio llanto

Su fuego no apagase. (Váse.)

REY. Ven, Gertrúdis.

¡Costóme tanto apaciguar su furia!

Ahora temo que esta triste nueva

Le irrite más. Sigámosle por tanto. (Vánse.)

ACTO V.

ESCENA PRIMERA.

Un cementerio.

Salen dos SEPULTUREROS con azadones, etc.

SEP. 1.º ¿Y ha de sepultarse en tierra sagrada la que busca deliberadamente su propia salvacion?

SEP. 2.º Dígame que sí; con que haz presto el hoyo. El juez ha reconocido ya el cadáver y ha dispuesto que se la entierre en sagrado.

SEP. 1.º ¿Cómo puede ser eso, no habiéndose ahogado en defensa propia?

SEP. 2.º Así han juzgado que fué.

SEP. 1.º Es menester que haya sido *se offendendo*; no puede ser de otro modo. Pues aquí está el *quid*: si yo me ahogo voluntariamente, esto arguye una accion; y una accion consta de tres partes, que son: obrar, hacer y ejecutar; de consiguiente, se ahogó voluntariamente.

SEP. 2.º No tal; pero óigame el compadre Socaba...

SEP. 1.º Permíteme. Aquí está el agua. Bien. Aquí está el hombre. Bien. Pues si este hombre se va al agua, y se ahoga, el caso es que, quiera ó no quiera, él se va. Pero si el agua viene

hacia él y lo ahoga, no se ahoga á sí mismo. De consiguiente, el que no es culpable de su muerte, no se acorta la vida.

SEP. 1.º ¿Y eso es la ley?

SEP. 2.º Ya lo creo que lo es: ley de juez de primera instancia.

SEP. 2.º ¿Quieres que te diga la verdad de esto? Si no hubiese sido una gran señora, no la enterrarian en sagrado.

SEP. 1.º En efecto, dices bien; y es mucha lástima que los grandes hayan de tener en este mundo el privilegio especial, entre los demas cristianos, de ahogarse y ahorcarse cuando les da la gana. Vamos allá; venga mi azadon. Ello es que no hay caballeros de nobleza tan antigua como los jardineros, cavadores y sepultureros: ellos perpetúan la profesion de Adan.

SEP. 2.º Pues qué: ¿Adan fué caballero acaso?

SEP. 1.º Como que fué el primer caballero que llevó armas.

SEP. 2.º ¿Qué! si nunca las tuvo.

SEP. 1.º ¿Cómo que no? ¿Eres gentil acaso? ¿Cómo entiendes tú la Sagrada Escritura? La Escritura dice: «Adan cavó.» ¿Y cómo habia de cavar Adan sin armas? (1) Pero voy á hacerte otra pregunta, y si no me contestas acorde, has de confesar que eres...

SEP. 2.º Adelante.

SEP. 1.º ¿Cuál es el que construye edificios más fuertes que los que hacen los albañiles y los carpinteros de casas y ribera?

(1) Aquí hay un juego de palabras que no puede conservarse en la traducción. *Arms* en inglés significa unas veces armas, y otras brazos. De aquí resulta en el original el siguiente equívoco: «Sep. 2.º ¿Pues qué, Adan fué caballero?—Sep. 1.º Como que fué el primero que llevó armas (*brazos*).—Sep. 2.º ¿Qué! si nunca las tuvo.—Sep. 1.º ¿Cómo que no? ¿Eres gentil acaso? ¿Cómo entiendes tú la Sagrada Escritura? La Escritura dice: «Adan cavó.» ¿Y cómo habia de cavar Adan sin armas (*sin brazos*)?»

SEP. 2.º El que hace la horca; porque aquella fábrica sobrevive á mil inquilinos.

SEP. 1.º A fe mia que me place tu agudeza. Bueno es eso de la horca; pero ¿cómo es bueno? Es bueno para los que hacen mal. Ahora bien: tú haces mal en decir que la horca es fábrica más fuerte que una iglesia. De consiguiente, la horca podrá ser buena para tí. Volvamos á la pregunta.

SEP. 2.º «¿Cuál es el que hace edificios más fuertes que los albañiles y los carpinteros de casas y ribera?»

SEP. 1.º Precisamente; contéstame á eso, y quítate esa carga de encima.

SEP. 2.º A fe mia que te lo diré.

SEP. 1.º Vamos, pues.

SEP. 2.º Voto va, no puedo decirlo.

Salen HAMLET y HORACIO á cierta distancia.

SEP. 1.º Vaya, no te devanes más los sesos sobre ello, pues el burro lerdo no saldrá de su paso por más que le pegues; y cuando te vuelvan á hacer esa pregunta, dí tú: el sepulturero. Las casas que él hace duran hasta el dia del juicio. Anda vé á casa del Romo y tráeme una copa de aguardiente.

(Váse el Sep. 2.º; el 1.º cava y canta al mismo tiempo.)

*Amé en mis primeros años;
Muy dulce me pareció;
Pero de uncirme á la yunta
Nunca llegó la ocasion.*

HAM. ¿No le causa á ese hombre sentimiento alguno su oficio, que abre una sepultura y canta?
HOR. La costumbre le ha hecho ya familiar con esa ocupacion.

HAM. Así es en efecto: la mano que ménos trabaja, tiene más delicado el tacto.

SEP. 1.º (Canta.)

*Mas la edad que callada camina
Me apresó con su garra feroz;
Y me trajo á estas tierras remotas
Cual si allá no tuviese mansion.*

(Desentierra una calavera.)

HAM. Aquella calavera tuvo lengua y cantó con ella en otro tiempo. ¡Cómo la tira al suelo el pícaro! como si fuese la quijada con que Cain hizo el primer homicidio. Y la que está revolviendo ahora ese asno bien pudo ser la cabeza de algun estadista, que acaso pretendió embaucar al mismo Dios. ¡No podria ser?

HOR. Bien podria ser, señor.

HAM. O la de algun cortesano, que sabia decir: «Felicísimos dias, señor excelentísimo. ¡Cómo va de salud, mi venerado señor?» Éste pudo ser el conde de Tal, que hacia grandes elogios del potro del marqués de Cual, con la santa intencion de ver si se le ocurría regalárselo luego. ¡No podria ser así?

HOR. Sí, señor.

HAM. Sí por cierto. Y ahora está en poder del señor gusano; boquiteco y zarandeado por el azadon de un sepulturero. Grandes revoluciones se hacen aquí, si hubiera en nosotros habilidad para observarlas. Pero ¡costó acaso tan poco la manutencion de estos huesos que hayan de servir de bolos para jugar con ellos? Los míos me duelen sólo al pensar en ello.

SEP. 1.º (Canta.)

*Traigan luego piqueta y azada;
No le falte mortaja, por Dios:*

*Pues que un hoyo profundo en la tierra
A ese huésped se le abra es razon.*

(Arroja otra calavera.)

HAM. Ahí va otra. ¡Por qué no podria ser esa la calavera de un letrado? ¡Qué fué de sus equívocos, sus sutilezas, sus litigios, sus casos, sus embrollos? ¡Por qué sufre ahora que ese pícaro grosero le pegue en la mollera con su azadon lleno de barro, y no le amenaza con un proceso por violencia? ¡Hum! Este mozo seria tal vez allá en sus tiempos un gran comprador de tierras, con sus hipotecas, sus obligaciones, sus multas, sus seguridades mutuas, sus cobranzas. Ve aquí el arriendo de sus arriendos, y el cobro de sus cobranzas. ¡En esto vino á parar? ¡en que se le llenara la mollera de lodo? ¡Sus fianzas y seguridades, recíprocas á mayor abundamiento, no le aseguraron de sus adquisiciones otra posesion que la del espacio que puede cubrirse con un par de escrituras? Los títulos de tras-paso de las tierras que poseyó cabrian difícilmente en esa caja. ¡Y tampoco le quedará más á su actual heredero? ¡Eh?

HOR. Ni un grano más, señor.

HAM. ¡No se hace el pergamino de piel de carnero?

HOR. Sí, señor, y de piel de ternera tambien.

HAM. Pues, dígotte que son carneros y terneros los que fundan su seguridad en eso. Voy á tramar conversacion con este mozo.—¡Cúya es esa sepultura, buena pieza?

SEP. 1.º Mia, señor.

(Canta.) *Pues que un hoyo profundo en la tierra
A este huésped se le abra es razon.*

HAM. Creo que es tuya, en verdad; pues estás dentro de ella.

SEP. 1.º Vos estais fuera de ella, señor, y por lo tanto no es vuestra. Por mi parte no estoy en ella enterrado, y sin embargo, es mia.

HAM. Tú mientes (1) en ella; pues estando dentro de ella dices que es tuya. Es para los muertos, no para los vivos; por lo tanto, mientes.

SEP. 1.º Esa es una mentira viva: se escapa de mí, y se vuelve á vos.

HAM. ¿Para qué hombre cavas esa sepultura?

SEP. 1.º Para ninguno.

HAM. ¿Pues para qué mujer?

SEP. 1.º Para ninguna tampoco.

HAM. ¿Pues quién ha de enterrarse en ella?

SEP. 1.º Un cadáver, que fué mujer, señor; pero Dios la tenga en su gloria; ya murió.

HAM. ¿Que sutil es el pícaro! Hay que hablarle con cartilla, ó será capaz de confundirnos á equívocos. ¡Vive Dios! Horacio, de tres años á esta parte lo voy observando: esta edad en que vivimos se ha vuelto tan puntiaguda y sutil que el villano sigue tan de cerca al cortesano, que ya le desuella el talon.—¿Cuánto tiempo há que eres sepulturero?

SEP. 1.º De todos los dias del año yo comencé el oficio precisamente el dia en que nuestro último rey Hamlet venció á Fortimbrás.

HAM. ¿Cuánto tiempo habrá desde aquello?

SEP. 1.º ¿No sabeis eso? Pues hasta los niños de teta os lo dirán. Sucedió el mismo dia en que nació el jóven Hamlet, el que está loco y se ha ido á Inglaterra.

HAM. ¡Oiga! ¿Y por qué le han enviado á Inglaterra?

SEP. 1.º Pues, porque está loco. Allí cobrará su

(1) Hay aquí otro juego de palabras que no puede conservarse en la traducción. El verbo inglés *to lie* unas veces es mentir, y otras ya-cer ó estar.

juicio; y si no lo cobra, á bien que allí poco importa.

HAM. ¿Por qué?

SEP. 1.º Allí no se lo echarán de ver; porque allí todos son tan locos como él.

HAM. ¿Y cómo fué volverse loco?

SEP. 1.º De un modo muy extraño, segun dicen.

HAM. ¿Cómo extraño?

SEP. 1.º Pues, habiendo perdido el entendimiento.

HAM. Pero ¿qué motivo dió lugar...

SEP. 1.º ¿Qué lugar? Aquí, en Dinamarca. Hace treinta años que, de chico y de grande, he sido aquí enterrador.

HAM. ¿Cuánto tiempo podrá estarse enterrado un hombre sin corromperse?

SEP. 1.º A fé mia, si no corrompia ántes de morir (como nos sucede hoy dia con muchos cuerpos galicados, que no hay por dónde asirlos) podrá durar cosa de ocho ó nueve años; un curtidor durará nueve años por lo ménos.

HAM. ¿Por qué ese más que otro cualquiera?

SEP. 1.º Porque, señor, su pellejo está ya tan curtido por mor de su oficio, que puede resistir mucho tiempo el agua; y el agua, señor mio, es el destructor más terrible de cualquier hideputa de muerto. Hé aquí una calavera que ha estado debajo de tierra veinte y tres años.

HAM. ¿De quién es?

SEP. 1.º Fué de un hideputa loco. ¿De quién creéis que sea?

HAM. ¿Cómo he de saberlo?

SEP. 1.º ¡Mala peste en él y sus travesuras! Una vez me echó un frasco de vino del Rhin por los cabezones. Pues señor, esta calavera es la calavera de Yorick, el bufon del rey.

HAM. ¿Esta?

SEP. 1.º Esta misma.

HAM. A ver. (Coge la calavera.) ¡Ay, pobre Yorick! Yo

le conocí, Horacio: era un mozo sumamente gracioso; de la más fecunda imaginación. Me llevó mil veces sobre sus hombros; y ahora su vista me llena de horror, me da náuseas. Aquí colgaron aquellos labios que yo besé no sé cuántas veces. ¿Qué se hicieron tus pullas, tus brincos, tus cantares y aquellas chispas de grajeo que de ordinario animaban la mesa con estrepitosas carcajadas? ¿No te queda uno sólo ya para mofarte de tu propio gesto? ¿Tan encogido estás? Véte ahora al tocador de alguna de nuestras damas, y dila, que por más que se ponga una pulgada de afeite en el rostro, por fuerza tendrá que venir á parar en esto: excita con eso su risa. Ruégote, Horacio, que me digas una cosa.

HOR. ¿Cuál es, señor?

HAM. ¿Crees tú que Alejandro, metido debajo de tierra, sería de este talante?

HOR. De ese mismo.

HAM. ¿Y apestaría así? ¡Uf! (Arroja la calavera.)

HOR. Asimismo, señor.

HAM. ¿En qué abatimiento hemos de parar, Horacio! ¿Y por qué no podría la imaginación seguir las ilustres cenizas de Alejandro, hasta encontrarlas tapando la boca de algún barril?

HOR. Fuera examinar las cosas con excesiva curiosidad el examinarlas de esa suerte.

HAM. No por cierto, ni en lo más mínimo. No hay sino irle siguiendo hasta allí con bastante miramiento, y dejarse conducir siempre por la probabilidad, de esta suerte: Alejandro murió; Alejandro fué sepultado; Alejandro se redujo á polvo; el polvo es tierra; de la tierra hacemos barro; ¿y por qué con este barro en que él fué convertido, no habrán podido tapar un barril de cerveza?

«En barro el magno César convertido
Pudo tapar tal vez un agujero

Para atajar el cierzo enfurecido.

¡Cielos! el polvo aquel que al orbe entero
Miedo infundió, blindar un muro pudo
Contra la saña del invierno crudo!»
Mas ¡calla! ¡chit! ¡á un lado! el rey se acerca.

*Salen varios CLÉRIGOS, etc., en procesion; el cadáver de OFELIA conducido en hombros; LAERTES, y los que hacen el duelo; el REY, la REINA y sus sé-
quitos, etc.*

La reina allí, los grandes... ¿A quién siguen?
¡Y con ceremonial tan incompleto!
Señal de que el cadáver que conducen
Fin á su vida dió con mano airada.
Persona fué de calidad, sin duda.
Puestos aquí en acecho, observaremos.
(Se retira con Horacio.)

LAER. ¿Qué ceremonia falta?

HAM. Ese es Laertes;
Mancebo muy ilustre; mas repara.

LAER. ¿Qué ceremonia falta?

CLÉR. Sus exequias
Con cuanta pompa el ritual permite
Se han celebrado. Da lugar su muerte
A muchas dudas; y á no haber atado
Las manos de la ley orden más alta,
En tierra no sagrada yacería
Hasta el toque final; caído hubieran
Sobre ella, en vez de santas oraciones,
Cascote y duras piedras y guijarros.
Concédenla, no obstante, sus virgíneas
Coronas, y de flores lluvia casta,
Clamor de sacro bronce y sepultura.

LAER. ¿No hay más que hacer?

CLÉR. No hay más. Fuera mofarnos
Del rito funeral cantar un *requiem*,
Pedir descanso á Dios, cual para el alma

Que deja el suelo en paz.

LAER. Pues dadla tierra;

Y de sus carnes bellas é impolutas
Broten violetas. Cura ruin, te anuncio
Que un ángel de bondad será mi hermana,
Mientras estés bramando en los abismos.

HAM. ¡Qué? ¡La alma Ofelia!

REINA. (Esparce flores sobre el cadáver.)

A la dulzura dulces.

¡Adios! Que hubieses sido tierna esposa
De mi Hamlet esperaba. ¡Oh dulce niña!
Pensé adornar tu tálamo de flores,
¡Ay! ¡no sembrar con ellas tu sepulcro!

LAER. ¡Oh! ¡veces mil y mil maldita sea
El alma cuya accion privóte infame
Del más sublime ingenio! —No, teneos.
Dejad la tierra en paz un rato, mientras
La estreche yo otra vez en estos brazos.

(Se arroja dentro de la tumba.)

Echadla ahora sobre vivo y muerta
Hasta que de este llano hagais un monte
Más alto que el Pelion, y que descuelle
Sobre la cima azul del alto Olimpo.

HAM. (Adelantándose.)

¡Quién es el que á su duelo da lenguaje
Tan enfático, quién? ¡á cuyas voces
Como hechizados por algun conjuro
Se paran las estrellas siempre errantes?
Yo soy aquel, Hamlet de Dinamarca.

(Se arroja dentro de la tumba.)

LAER. ¡El diablo tu alma lleve!

HAM. (Luchan.) Mal rezaste.

Quita esos dedos de mi cuello, ¡quita!
Que aunque no soy colérico y violento,
Peligro en mí se anida, que prudente
En tí fuera evitar. ¡Quita esa mano!

REY. ¡Eh! ¡separadlos! ¡id!

REINA. ¡Oh! ¡Hamlet! ¡Hamlet!

Todos. ¡Señores!

HOR. Serenaos, príncipe mio.
(Algunos del séquito los separan y salen del hoyo.)

HAM. No, lidiaré con él por esta causa
En tanto que estos párpados se muevan.

REINA. ¡Hijo, qué causa puede haber?

HAM. He amado.

A Ofelia cara, y de cien mil hermanos
Todo el amor nunca igualara el mio.
Di tú: ¡qué harás por ella?

REY. Está demente,
Laertes.

REINA. No hagas caso de él, te ruego.

HAM. ¡Viven los cielos! dí: ¡qué harás por ella?

¿Llorar? ¿reñir? ¿sufrir? ¿hacerte trizas?
¿Beber vinagre? ¿devorar caimanes?

Lo haré tambien. ¡Viniste aquí á quejarte?

¡A mofarme, arrojándote en su tumba?

Con ella vivo hazte enterrar; y harélo.

Y si de montes charlas necio, arrojen

Sobre nosotros acres mil de tierra

Hasta que el suelo, su testuz tostado

Allá en la zona tórrida, á verruga

Reduzca el Osa. Si hablas con jactancia,

Lo haré mejor que tú.

REIN. Esto es locura,

Cuyo furor así le agita á ratos;

Luego, paciente cual paloma mansa,

Que ve animadas las mellizas crias,

Se queda cabizbajo y silencioso.

HAM. Escucha, hidalgo. ¡Qué razon te mueve

A obrar conmigo así? Siempre te he amado...

Pero, no importa. Aun cuando se opusiera

Hércules mismo, al fin mayará el gato,

El perro dueño quedará del plato. (Váse.)

REY. Te ruego que le sigas, buen Horacio.
(Váse Horacio.)

Cobre de nuestra plática de anoche

Fuerza y vigor, Laërtes, tu paciencia.
 Pronto pondremos nuestro plan por obra.
 Gertrúdis, que vigilen á tu hijo.
 Tendrá esta tumba monumento eterno.
 En breve rayará más blanda aurora:
 Paciencia tú hasta entónces atesora. (Vánse.)

ESCENA II.

Una sala del castillo.

Salen HAMLET y HORACIO.

HAM. Ya basta de eso; á lo demas ahora.
 ¿Te acuerdas bien de cada circunstancia?

HOR. ¿Señor, no he de acordarme?

HAM. Pues, amigo,
 Sentí en mi corazon como una riña
 Que me robaba el sueño; y me juzgaba
 Estar peor que en cepo el delincuente.
 Osado yo... ¡Bien haya la osadía!
 Y es fuerza confesar que algunas veces
 La indiscrecion nos sirve bien, al paso
 Que se malogran los más cautos planes;
 Lo cual revela claro que hay un númen
 Que amolda nuestros fines, por muy toscos
 Que el hombre los desbasta...

HOR. Eso es muy cierto.

HAM. Salgo del camarote, rebujado
 Apénas con mi manto de marino,
 Y á oscuras llego á donde están á tientas;
 Cojo el paquete, y vuélvome á mi cuarto;
 Donde, olvidando mi temor respetos,
 Abro el despacho, y hallo en él, Horacio...
 ¡Oh regia picardía!... orden precisa,
 Condimentada con razones varias,
 Tocante á la salud de Dinamarca,
 Y aún de Inglaterra... y ¡oh! qué de temores

Y presagios de mal, si me escapase,
 De que despues de leerla, sin demora,
 No, ni aún para afinar del hacha el filo,
 Cortasen mi cabeza.

HOR. ¿Y es posible?

HAM. Hé aquí la orden; léela más despacio.

¿Pero quieres saber lo que hice luego?

HOR. Te lo suplico.

HAM. Viéndome enredado
 Así por todas partes con traiciones,
 (Sin que le hiciese el prólogo, mi mente
 Comienzo al drama dió) sentéme al punto,
 Invento nueva orden, y la escribo
 De buena letra. En otro tiempo tuve,
 Cual más de un gran señor, por cosa baja
 El escribir con bella letra, y grandes
 Esfuerzos hice yo por olvidarlo.
 Pero en esta ocasion préstome, amigo,
 Grandes servicios. ¿Quieres que te diga
 Cuál era el contenido del despacho?

HOR. Sí tal, señor.

HAM. Del rey formal, ardiente
 Exhortacion, en que al britano instaba,
 Por la fidelidad de buen vasallo
 Jurada al rey danés, que si anhelase
 Que entre ambos floreciese cual robusta
 Palmera la amistad, y la corona
 De espigas siempre la alma paz ciñese,
 Cual fiel aliada de los dos, con otros
 Mil cargos semejantes de gran peso;
 Vista que fuese aquella carta, al punto,
 Sin otro exámen ni consulta prévia,
 Hiciese perecer de pronta muerte
 A los dadores, y sin darles tiempo
 Ni aún para confesarse.

HOR. Pero ¿cómo
 La pudiste sellar?

HAM. También en eso

Anduvo el cielo previsor. Traia
 En mi bolsillo el sello de mi padre,
 Que á aquel sello danés sirvió de molde.
 El pliego cierro en forma igual que el otro;
 Lo firmo, pongo el sello, y lo devuelvo
 Sin verme nádie y sin notarse el cambio.
 Al otro dia fué el naval combate:
 Lo que ocurrió despues, ya te lo dije.

HOR. ¿Y Guildenstern con Rosenkranz va á muerte?

HAM. Ellos solicitaron tal empleo.

No turban mi conciencia; su rüina
 Nace de su ingerencia. Es peligroso
 Al inferior meterse entre las puntas
 De airado acero que iracundos blanden
 Contrarios poderosos.

HOR. ¡Qué rey este!

HAM. Y dí: ¿no juzgas que me incumbe ahora...

(Mató á mi rey, prostituyó á mi madre,
 Entre mis esperanzas se interpuso
 Y la eleccion, echó el anzuelo aleve
 Contra mi propia vida, y ¡con qué astucia!)
 ¿No es lícito, y muy justo, darle el pago
 Con este brazo? Dí: ¿no mereciera
 Condenacion eterna, si dejase
 Que tomara incremento en nuestro cuerpo
 Este cáncer mortal?

HOR. De allá muy pronto
 Nuevas tendrá del éxito del lance.

HAM. Sabrálo en breve; en tanto el tiempo es mio

Y la vida de un hombre ¿qué es? Un soplo.
 Pero lamento, Horacio, que olvidado
 De mí propio ofendiese al buen Laërtes;
 Pues en el cuadro de su pena veo
 La copia de la mia. Haréle excusas.
 Mas la jactancia de su duelo al colmo
 Mi cólera irritó.

HOR. ¡Calla! ¿Quién llega?

Sale OSRICO.

OSR. Seais, señor, muy bien venido á Dinamarca.

HAM. Os doy humildes gracias, caballero.—¿Conoces á este moscon?

HOR. No, señor.

HAM. Pues tenlo á mucha honra, que el conocerle es un crimen. Es señor de muchas tierras y muy fértiles. En siendo una bestia señor de bestias, tendrá fijo su pesebre en la mesa del rey. Es una urraca; pero como te he dicho ya, es rico en posesiones de lodo.

OSR. Amado príncipe, si vuestra Alteza tuviese vagar, le comunicaria una cosa de parte del rey.

HAM. La recibiré con la mayor atencion, señor hidalgo. Pero emplead vuestro sombrero en el uso que le corresponde: se hizo para la cabeza.

OSR. Oh, gracias, Alteza; hace mucho calor.

HAM. No tal, os aseguro; hace mucho frio; el viento es Norte.

OSR. A fe que hace bastante frio.

HAM. No obstante, se me antoja que hace un calor sofocante, al menos para mi complexion.

OSR. Oh, en extremo, señor; por demas sofocante... como si dijéramos... no sé cómo diga. Pero, señor, su Majestad me manda que os informe de que ha hecho una gran apuesta en vuestro favor. Este es el asunto...

HAM. Os suplico que tengais presente que...

(Le hace ademan de que se cubra.)

OSR. ¡Oh! señor... lo hago por comodidad, os lo juro. Ello es que Laërtes acaba de llegar á la córte; y á fe mia, que es un perfecto caballero, de excelentes cualidades, trato muy dulce y hermosa presencia; en verdad, hablando con más sentido, es la nata y flor de la galanura, pues hallareis en él como el epítome de cuantas prendas pueden exigirse en un caballero.

HAM. La exposicion de sus partes no desmerece nada en vuestra boca; aunque me consta que el hacer el inventario de sus virtudes seria bastante para aturdir la aritmética de la memoria; y sin embargo, no es más que ir guiñando, comparado con su marcha veloz. Pero, dicho sea con toda la seriedad que cabe en el elogio, le tengo por un ingenio de grandes alcances, dotado de tan particular y extraordinaria inspiracion, que (hablando con toda la exactitud posible) no halla semejante sino en su espejo, y el que presume seguir en su huella, será su sombra nada más.

OSR. Vuestra Alteza habla de él con entera imparcialidad.

HAM. Pero sepamos á qué propósito nos enronquemos colmando de alabanzas á ese galan.

OSR. ¿Decís, señor?

HOR. ¿No fuera posible que os explicarais en otro lenguaje? Creo que no os seria difícil.

HAM. ¿A qué viene ahora hablar de ese caballero?

OSR. ¿De Laërtes?

HOR. Ya vació su bolsillo; se le acabó la provision de frases doradas.

HAM. Del mismo, hidalgo.

OSR. Ya sé que no estais ignorante de...

HAM. Quisiera que supierais de fijo que lo fuera, bien que, á fe mia, esa seguridad no me añadiría un gran concepto. ¿Conque, señor hidalgo?

OSR. No ignorais de qué mérito Laërtes está...

HAM. No me atrevo á confesarlo por temor de compararme con él en virtudes; pues el conocer á fondo á otro es conocerse á sí mismo.

OSR. Yo lo decia por su destreza en el arma; segun la fama que le tributan, no tiene rival.

HAM. ¿Y qué arma es la suya?

OSR. Espada y daga.

HAM. Esas son dos armas. Vaya, adelante.

OSR. El rey, señor, ha apostado con él seis caballos berberiscos; contra los cuales ha empeñado él, segun he sabido, seis espadas francesas con sus dagas y guarniciones correspondientes, como cinturones, colgantes, y lo demas. Tres de estas cureñas son, en efecto, hermosísimas de ver; cuadran perfectamente con los puños. Cureñas bellísimas, y de mucho gusto y primor.

HAM. ¿Y á qué llamais cureñas?

HOR. Ya sabia yo que tendriais que apelar á las notas marginales ántes de acabar el diálogo.

OSR. Las cureñas, señor, son los colgantes.

HAM. La expresion seria mucho más propia si pudiéramos llevar al lado un cañon; hasta entónces los llamaremos colgantes. Pero adelante: seis caballos berberiscos contra seis espadas francesas, con sus guarniciones, y tres cureñas de hechura primorosa. ¿Conque esto es lo que apuesta el francés contra el danés? ¿Y á qué fin han empeñado (como vos decís) todo eso?

OSR. El rey, señor, ha apostado que en una docena de pases entre vos y Laërtes, él no os excederá en más de tres botonazos: ha apostado doce contra tres; y que se haria la prueba inmediatamente, si vuestra Alteza se dignara de responder.

HAM. ¿Y si respondo que no?

OSR. Quiero decir, Alteza, si os dignais exponer vuestro cuerpo á esa prueba.

HAM. Señor hidalgo, quiero pasearme en esta sala, si su Majestad no lo ha por enojo; esta es la hora crítica en que acostumbro respirar el ambiente. Tráiganse aquí los floretes, y si gusta de ello ese caballero, y el rey se mantiene en su propósito, le haré ganar la apuesta, si puedo; si no, lo que ganaré será la vergüenza y los botonazos que reciba de más.

OSR. ¿Conque lo diré en esos términos?

HAM. En este sentido, con cuantas flores os sugiera vuestro ingenio.

OSR. Recomiendo mis respetos á vuestra Alteza.

HAM. Siempre vuestro, vuestro. (Váse Osríco.) Hace bien en recomendarse á sí mismo; de otra suerte no hallaría lengua que lo hiciera por él.

HOR. Esta avefria se voló del nido con el cascarron pegado á la cabeza.

HAM. Hizo sus reverencias á la teta ántes de mamar. De esta suerte ha pillado él, y otros muchos de la misma laya, de quienes me consta que está prendada esta edad superficial, sólo el tono de la moda y el brillo exterior del trato; una especie de mezcla espumosa que les hace emitir las opiniones más imbéciles y más cerneadas que pueden darse; pero en poniéndola á prueba revientan las burbujas.

Sale un CABALLERO.

CAB. Señor, su Majestad os ha mandado saludar por medio del jóven Osríco, quien ha vuelto diciendo que le esperais en esta sala. El me envia á saber si gustais de lidiar con Laërtes, ó si quereis que se aplace.

HAM. Soy constante en mis propósitos, que están siempre sujetos á la voluntad del rey. Si esta hora le es oportuna, yo estoy pronto, ahora ó cuando guste, con tal que esté tan bien dispuesto como ahora.

CAB. El rey y la reina bajan ya con toda la córte.

HAM. En buen hora.

CAB. La reina quisiera que ántes de comenzar la lidia, hablárais á Laërtes con dulzura y expresiones de amistad.

HAM. Es advertencia muy prudente. (Váse el Cab.)

HOR. Perderás esta apuesta, príncipe mio.

HAM. Yo pienso que nó: desde que él partió á Francia, no he cesado de ejercitarme: ganaré por la ventaja que me da. Pero no te puedes imaginar qué angustia siento aquí en torno al corazon. Pero nada importa.

HOR. No tal, señor...

HAM. Bobadas no más; sin embargo, es una especie de presentimiento fatal, que tal vez turbara un alma femenil.

HOR. Si alguna cosa causa repugnancia á tu espíritu, obedécele: yo me anticiparé á su llegada y diré que estás indispuerto.

HAM. Ni pensarlo: me burlo de tales presagios: hasta en la muerte de un pájaro interviene una Providencia especial. Si ha de ser ahora, no está por venir; si no está por venir, sucederá ahora; si no sucede ahora, no obstante, vendrá; todo estriba en hallarse prevenido; y puesto que ningun hombre es dueño de nada de lo que por fuerza tiene que dejar, ¿qué importa dejarlo á tiempo?

Salen el REY, la REINA, LAERTES, CABALLEROS, OSRICO y CRIADOS con floretes, etc.

REY. Ven, Hamlet, ven; de mí toma esta mano.
(El rey coloca la mano de Laertes en la de Hamlet.)

HAM. Perdóname, Laërtes, te hice ultraje.

Mas, por tu honor, que me perdones ruego.

Los circunstantes saben, y sin duda

Habrás oido, que tenaz demencia

Aflige mi razon. Cuanto haya hecho

Que lastimar pudiera rudamente

Tu corazon, tu honor ó tu crianza,

De mi locura efecto aquí declaro.

¿Quién ultrajó á Laërtes? ¿Hamlet? Nunca.

Si enajenado y fuera de sí mismo

Ofende loco Hamlet á Laërtes,

No es Hamlet quien le ofende; que él lo niega.

¿Pues quién le ofende entónces? Su locura.

Y si es así, debeis contar á Hamlet

Entre los agraviados: su locura

Es de este mísero el mayor contrario.

Permite, pues, que ante esta noble audiencia,

Al renegar de todo avieso intento,

Me absuelva tu dictámen generoso:

Juzga que á ciegas disparé la flecha,

Hiriendo por error al propio hermano.

LAER. Mi sangre, cuyo impulso más que nada

Debiérame mover en este lance

A la venganza, queda satisfecha.

Por lo que toca á mi honra, aún me abstengo,

Ni reconciliacion alguna admito,

Mientras no logre de árbitros más altos,

De honor probado, voto y precedente

Que amparo á mi honra den. Pero hasta en-

[tónces

Admito como afecto el que me ofreces,

Y juro no ultrajarlo.

HAM. El tuyo acepto;

Y sin recelo, en fraternal contienda

Contigo lidiaré.—Dadnos floretes.

Vamos.

LAER. Sí, vamos. Uno á mí.

HAM. Buen blanco

Tendrás en mí, Laërtes; mi ignorancia

Hará que luzca ardiente tu destreza

Cual viva estrella en tenebrosa noche.

LAER. Señor, de mí te burlas.

HAM. Nó, lo juro.

REY. Jóven Osrico, dales los floretes.

¿Sabes cuál es la apuesta, hijo Hamlet?

HAM. Muy bien, señor. Alteza, has apostado

Por la parte más débil.

REY. Nada temo.

De ambos conozco el juego, y por lo mismo

Que él se ha adiestrado, la ventaja es nuestra.

LAER. Este es pesado. ¿A ver? Probemos otro.

HAM. Este me place. ¿Son iguales todos?

OSR. Sí tal, señor. (Se disponen á lidiar.)

REY. Poned en esta mesa

Los frascos de áureo Rhin. Si acierta Hamlet

A dar el primer bote, ó el segundo,

O á dar un quite á la tercera suerte,

Ronco estampido de cañon retumbe

En todas las almenas: el rey bebe

A la salud de Hamlet; y una perla

En la copa echará, de más valía

Que la que cuatro reyes sucesivos

De Dinamarca en su corona usaron.

Vengan las copas; y el timbal pregone

A la trompeta, la trompeta luego

Al artillero fuera, los cañones

Al alto cielo, el cielo á la alma tierra:

«Ahora brinda á la salud de Hamlet

El rey de Dinamarca.» Conque en guardia;

Y vosotros, los jueces, ojo alerta.

HAM. Vamos.

LAER. Vamos, señor. (Esgrimen.)

HAM. Una.

LAER. No.

HAM. Juzguen.

OSR. Sin duda, una estocada.

LAER. Bien. A otra.

REY. ¡Alto! Que traigan vino. Aquesta perla;

Hamlet, es para tí: con ella brindo

A tu salud. (Suena dentro ruido de trompetas y cañonazos.)

Dadle la copa, os ruego.

HAM. Quiero jugar primero aquesta suerte:

Dejadla á un lado. Vamos. (Vuelven á lidiar.)

Otro bote.

¿Qué dices?

LAER. Me ha tocado, lo confieso.

REY. Nuestro hijo vencerá.

REINA. De aliento falto,
Le rinde su gordura. Toma, Hamlet,
Ten este lienzo y límpiame la frente.
La reina brinda á tu fortuna Hamlet.

HAM. ¡Señora mia!...

REY. No bebas, no, Gertrúdis.

REINA. Quiero, señor; permíteme, te ruego.

REY. (Ap.) ¡Ay! es la copa envenenada: es tarde.

HAM. No oso beber aún, señora; luego.

REINA. Ven, déjame limpiarte el rostro.

LAER. (Al rey.) Ahora
Verás, Alteza, si le doy.

REY. Lo dudo.

LAER. (Ap.) Y casi me remuerde la conciencia.

HAM. (A Laertes.) Vamos á la tercera. Estás de
[broma.
Lidia, te ruego, con tu esfuerzo todo:
A fé me temo que te estás burlando.

LAER. ¿Tal dices? Vamos. (Lidian.)

OSR. Nada, ni uno ni otro.

LAER. ¡Ya va de veras! (Laertes hiere á Hamlet; en la re-
friega truécense las espadas, y Hamlet hiere á Laertes.)

REY. Basta, separadlos.
Están acalorados.

HAM. No, otra suerte.
(La reina se desmaya.)

OSR. ¡Eh, mirad por la reina!

HOR. ¡Ambos heridos!
¿Qué tal, señor?

OSR. ¿Qué tal os va, Laertes?

LAER. Preso en el propio lazo, Osrico; muero
Víctima, y con razon, de mi perfidia.

HAM. ¿Pero á su Majestad qué le sucede?

REY. Se ha desmayado al ver correr la sangre.

REINA. No, no, fué la bebida... ¡Ay Hamlet mio!
¡Ah, la bebida!... ¡muero envenenada! (Muere.)

HAM. ¡Oh alevosía! A ver... cerrad las puertas.
¡Traicion, traicion! Buscad, ved do se esconde.

LAER. Hamlet, aquí: te han muerto; ni hay re-
[medio
En este mundo que salvarte pueda.
Media hora apénas réstate de vida;
Tu diestra empuña el instrumento aleve
Con punta envenenada. En daño mio
Volvióse mi acto vil. Vesme postrado
Para no alzarme nunca. Envenenada
Tu madre está... No puedo más... la culpa
Es de él, del rey.

HAM. ¡La punta emponzoñada!
Obra ponzoña, pues. (Atraviesa al rey.)

TODOS. ¡Traicion, traicion!

REY. Prestadme ayuda; estoy no más que herido.

HAM. ¡Oh! tú, de incesto y sangre colmo, apura
Esta pocion. ¿Está la perla en ella?
Sigue á mi padre.

LAER. Justo es su castigo:
Tósigo es que mezcló su propia mano.
Sea mutuo el perdon, oh noble Hamlet:
No caiga sobre tí mi cruda muerte,
Ni la del padre, ó sobre mí la tuya. (Muere.)

HAM. ¡Librete de ella el cielo! Ya te sigo.
Yo muero, Horacio. ¡Adios! ¡miserá reina!
Vosotros que temblais, pálido el rostro,
Al ver el fin de tan fatal suceso,
Espectadores mudos de esta escena,
Si yo tuviese tiempo (¡ay! anda lista
La cruda muerte en capturar su presa)
Pudiera yo contaros... mas callemos.
Yo muero, Horacio: tú que aún vives, habla
De mí cual fuí, y aclara mi conducta
A quien la ignora.

HOR. No, jamás lo esperes.
Más que danés, soy yo romano antiguo.
Tósigo aún queda aquí.

HAM. ¡Por vida tuya!
Dame esa copa, suéltala; la quiero.

¡Oh, amigo Horacio, qué dañado nombre
Después de muerto dejaré, si queda
Esto ignorado! Si en tu pecho amigo
Alguna vez tuvísteme encerrado,
Renuncia á ser feliz por breve tiempo,
Y en este mundo cruel, doliente inhala
Aliento para referir mi historia.

(Se oye tocar desde lejos música militar, y un disparo de cañon.)

¿Qué belicoso estrépito es aqueste?

OSR. El jóven Fortimbrás que de Polonia
Torna cual vencedor, con esa salva
Saluda á los legados de Inglaterra.

HAM. Yo espiro, Horacio. Aquel veneno activo
Mi espíritu subyuga por completo.
No puedo oír las nuevas de Inglaterra;
Mas profetizo que será elegido
Rey Fortimbrás: mi voto moribundo
Le doy: díselo tú, con cuanto acaba
De suceder. Silencio á mí me espera. (Muere.)

HOR. Acaba de estallar un pecho noble.
¡Adios! amado príncipe; á bandadas
Los ángeles arrullen tu reposo.

(Vuelve á sonar dentro música militar.)

¿Cómo es que aquí se acercan los tambores?

*Salen FORTIMBRÁS, los EMBAJADORES de Inglaterra,
y otros.*

FOR. ¿Do está ese cuadro horrendo?

HOR. Si prodigios
O duelos quereis ver, tened el paso.

FOR. Este monton asesinato grita.

¡Soberbia muerte! ¿qué festin preparas
En tu eternal morada, que has herido
Así de un solo golpe y tan cruelmente
Tantas ilustres víctimas?

EMB. 1.º El cuadro
Infunde horror; y tarde de Inglaterra

Llega el mensaje. Sordo está el oído
Que de estos labios escuchar debía
Que se cumplió fielmente su mandato:
Que Rosenkranz y Guildenstern han muerto.
¿Quién nos dará las gracias?

HOR. No esta boca,

Ni aunque tuviese vida para darlas:
Jamás dió orden para tales muertes.
Ya que á raíz de lance tan siniestro
Llegais vos de la guerra con Polonia;
Vos de Inglaterra, orden dad que á vista
Del público se expongan sobre excelso
Túmulo estos cadáveres, en tanto
Que yo relate al mundo, que lo ignora,
La causa de estos males; sí, de acciones
Oireis carnales, bárbaras, sangrientas,
Juicios casuales, ciegos homicidios,
De muertes, hijas de violenta astucia,
Y en conclusion, proyectos malogrados
Que hicieron perecer á sus autores.
Veraz mi labio os contará todo esto.

FORT. A oírlo apresurémonos, y acudan
Con tal objeto los más nobles todos.
Con pena á mi fortuna doy los brazos.
Tengo derechos á este reino, antiguos,
Que mi provecho á reclamar me invita.

HOR. Causa tendré de hablar tambien en eso,
Su voto declarando, que otros muchos
Arrastrará tras sí. Mas que se lleve
A cabo lo dispuesto, mientras bulle
El ánimo del pueblo; no sucedan
Merced á error ó intrigas nuevos males.

FORT. Al noble Hamlet lleven cual soldado
Al catafalco cuatro capitanes;
Pues si ocupado hubiese el alto trono,
Sin duda hubiera sido gran monarca.
Por donde pase, bélica algazara,
Y los honores todos de la guerra

Publiquen en voz alta su valía.
Llevaos estos cadáveres. Bien cuadra
En campo de batalla tal escena,
No aquí, do sume el alma en honda pena.
Mandad á los soldados que disparen.

(Marcha fúnebre. Vánse llevándose á los cadáveres; se oye disparar
luego una salva de artillería.)

LAS ALEGRES COMADRES DE WINDSOR

PERSONAJES.

DON JUAN FALSTAFF.
FENTON, *caballero*.
POCOFONDO, *juez de paz*.
DELGADO, *sobrino de Pocofondo*.
VADO, } *dos hidalgos, vecinos de Windsor*.
PAJE, }
GUILLERMO, *niño de pocos años, hijo de Paje*.
EL PASTOR HUGO EVANS, *cura párroco galés*.
EL DOCTOR CAIUS, *médico francés*.
EL POSADERO, *dueño del meson de la Jarretera*.
BARDOLF, }
PISTOL, } *gente de mala vida, secuaces de Falstaff*.
NIM, }
ROBIN, *paje de Falstaff*.
SIMPLE, *criado de Delgado*.
JUAN RUGBY, *criado del doctor Caius*.
LA SEÑORA VADO.
LA SEÑORA PAJE.
ANA PAJE, *su hija*.
LA DUEÑA SIEMPRELISTA, *ama del doctor Caius*.
Criados de Paje, Vado, etc.

ESCENA: Windsor y sus alrededores.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

Windsor. Delante de la casa de Paje.

Salen POCOFONDO, DELGADO *y el pastor*
HUGO EVANS.

POCOF. Pastor Evans, no os empeñeis en persuadirme: llevaré este asunto á la Cámara estrellada (1). Aunque fuese veinte veces don Juan Falstaff, no se ha de burlar impunemente de Roberto Pocofondo, hijodalgo.

DELG. Del condado de Gloster, juez de paz y *coram* (2).

POCOF. Sí, sobrino Delgado, y *custalorum*.

DELG. Sí, y *rotalorum* también, é hijodalgo de nacimiento, señor pastor; que se firma *armigero* en cualquiera cédula, oficio, letra de pago, ú obligación; *armigero*.

POCOF. Sí, á fe, así lo acostumbro, y há más de trescientos años que he acostumbrado hacerlo.

DELG. Todos sus *sucesores* que le han precedido

(1) Tribunal supremo que habia antiguamente en Inglaterra.

(2) Privilegios judiciales que en aquella época concedia la corona á ciertas personas.

lo han hecho, y tambien lo podrán hacer todos sus *antecesoros* que le vayan detrás: todos tienen derecho de llevar en sus *libreas* el leon acuartelado en fondo rojo.

EVANS. ¿Qué es eso de piojos (1)?

POCOF. Es una *librea* antiquísima.

EVANS. No cuadra mal piojo en libreas viejas; hace bien así rampantes. Es un bicho familiar al hombre, y significa amor.

POCOF. El leon significa ofensa, los cuarteles de-
fensa.

DELG. Bien pudiera cuartelar mi *librea*, ¿no, tio?

POCOF. Bien puedes, casándote.

EVANS. Fe mia, fuera estropear libreas, si cuar-
telase.

POCOF. Nada de eso.

EVANS. ¡Sí, por la Virgen! Si quita libreas un cuarto, no quedarán más que tres cuartos de libreas, á mi pobre modo de conjeturas. Pero es todo unos. Si don Juan Falstaff os agravia, yo visto sotanas, y como miembro de la iglesia, puedo emplear mi autoridad en reconciliaciones y compromisos entre vosotros.

POCOF. Me oirá el Consejo: es un escándalo.

EVANS. No está bien oiga escándalos el Consejo: no hay devociones en escándalos: el Consejo querrá oír devociones y no escándalos. Sirva á vuesamerced eso de consejos.

POCOF. ¡Ah! ¡por vida mia! Si me volviese jóven otra vez, la espada decidiria.

EVANS. Más vale amigos ser espadas, y lo arreglen. Tengo además otras astucias en mi cabeza, que traen consigo grandes ventajas. ¿No conoce

(1) Este personaje, por su origen galés, habla mal el inglés en el original. Sin atreverme á caracterizarle por un tipo provincial español, me he limitado á hacerle hablar mal el castellano, á emplear ciertas palabras en sentido erróneo y á faltar con frecuencia á las reglas gramaticales, cosa que le caracteriza tambien en el original.

vuesamerced á doncella Ana Paje, hija del señor José Paje, que está en la flor de la virginidad?

DELG. ¿Ana Paje? Esa tiene el pelo castaño y la voz atiplada, como de mujer.

EVANS. La mismísima persona, y otra más á propósito con candil no encuentras; y setecientos ducados en oro y plata sonantes piensa en el mortífero lecho el abuelo (Dios le resurreccione feliz) dejarle, cuando tenga diez y siete años cumplidos. Bueno fuera que pusieran términos aquí á controversias y dimes y diretes, y pensarán en concertar casamientos entre Abraham que estás presente y doncella Ana Paje.

DELG. ¿Y le deja su abuelo setecientos ducados?

EVANS. Sí, y su padre no los echará en saco roto.

DELG. Conozco á esa doncella: tiene buenas prendas.

EVANS. Pienso buenas prendas son setecientos ducados.

POCOF. Bien está. Vamos ahora á ver á mi buen amigo Paje. ¿Estará allí Falstaff?

EVANS. ¿Quieres que os diga embustes? Yo desprecio á embusteros, como desprecio hombre falso, ó como desprecio hombre no sincero. El caballero don Juan Falstaff está allí; yo os suplico que os dejéis guiar por personas que os quieren bien. Daré golpes en puertas para llamar á hidalgo Paje. (Llama á la puerta.) ¡Eh! ¡hola! ¡Paz en estas casas!

PAJE. (Dentro.) ¿Quién llama?

Sale PAJE.

EVANS. Aquí está la bendicion de Dios, y vuestro amigo, y el juez Pocofondo; y aquí el jóven señor Delgado, quien por ventura os contará otro cuento, si fueren cosas á vuestro gusto.

PAJE. Me alegre en el alma de ver que están bue-

nos vuesasmercedes. Mil gracias por la caza, señor Pocofondo.

POCOF. Señor Paje, me alegra el veros; deseo en el alma que os haga buen provecho. Hubiera querido que fuese mejor vuestra caza; pero la mataron mal. ¿Qué tal la señora Paje? Yo os quedo siempre agradecido; en el alma, sí, en el alma.

PAJE. Gracias, hidalgo.

POCOF. No, yo os doy las gracias, por sí ó por no; yo, yo.

PAJE. Me alegra el veros, señor Delgado.

DELG. ¿Cómo está vuestro galgo pardo, hidalgo? He oído decir que fué vencido en las carreras de Cotsall.

PAJE. Quedó la cosa indecisa.

DELG. No queréis confesarlo, no queréis confesarlo.

POCOF. No, y hace muy bien. La culpa es vuestra, señor Paje, la culpa es vuestra; es buen perro.

PAJE. Mal bicho, amigo.

POCOF. No señor, es buen perro, y hermoso. ¿Puede decirse más? Es bueno y hermoso. ¿Está aquí don Juan Falstaff?

PAJE. Dentro está, y á fe mia, no sé qué diera por poder reconciliaros.

EVANS. Así hablas, buen cristiano.

POCOF. Señor Paje, me ha agraviado.

PAJE. En parte él lo confiesa.

POCOF. No me basta la confesion, necesito satisfaccion. ¿No digo bien, señor Paje? Me ha agraviado; á fe que sí; palabra de honor, me ha agraviado: Roberto Pocofondo, hijodalgo, se da por agraviado.

PAJE. Aquí viene don Juan.

Salen DON JUAN FALSTAFF, BARDOLF, NIM,
y PISTOL.

FALS. ¿Conque señor Pocofondo, quereis quejaros de mí al rey?

POCOF. Caballero, habeis pegado á mi gente, habeis matado mi venado y asaltado mi casa de guarda.

FALS. Pero no he besado á la hija de vuestro guarda.

POCOF. ¿Qué se entiende? Esto requiere explicacion.

FALS. Héla aquí: confieso que lo he hecho. ¿A qué más explicacion?

POCOF. Os acusaré ante el Consejo.

FALS. Mejor será que lo guardéis secreto, pues se reirán de vos en el Consejo.

EVANS. *Pauca verba*, señor don Juan: hablemos con sosiego.

FALS. ¡Sosiego! ¡So... burro! Amigo Delgado, te rompí la mollera. ¿Qué tienes que reclamar contra mí tocante á esta materia.

DELG. Sí, materia es la que aún me mana del chichon. Tengo que reclamar, y mucho, contra vos, y contra estos tres bellacos manilargos que os acompañan, Bardolf, Nim y Pistol.

BARD. ¡Calla! ¡queso de bola!

DELG. No, no es nada, no.

PIST. ¿Qué es eso, Mefistófilus?

DELG. No, no es nada, no.

NIM. ¡Voto va! digo yo: *¡Pauca, pauca!* ¿Estamos? Así las gasto yo.

DELG. ¿Dónde está Simple, mi criado? ¿Me lo podeis decir, tío?

EVANS. Calma, calma. A ver si nos entendemos. Hay tres árbitros en esta cuestion, á saber: el señor Paje, *fidelicet* señor Paje; yo mismo, *fidelicet* yo; y la parte tres, última y finalmen-

te, nuestro huésped el posadero de Jarreteras.
PAJE. Nosotros tres oiremos todo y zanjaremos la disputa.

EVANS. Perfectamente. Quiero apuntarlo en carteras; luego tratarás de zanjar la disputa con discreciones posibles.

FALS. ¡Pistol!

PIST. Te presto atento oído.

EVANS. ¡Diablo y su comadre! ¡Qué frases estas? «Te presto atento oído.» Esto es afectaciones.

FALS. ¡Pistol, le has robado el bolsillo al joven Delgado?

DELG. Sí, juro por estos guantes que me lo robó, ó no vuelva yo á verme en los días de mi vida en mi aposento grande. Seis peniques en moneda antigua, y dos tejos del rey Eduardo, que me costaron dos chelines cada uno en casa de Blas Molina; lo juro por estos guantes.

FALS. ¡Es verdad eso, Pistol?

EVANS. ¡Oh! él es un bellaco, destripabolsas.

PIST. ¡Oh, forastero montaraz!—Mi dueño,

Don Juan ilustre, á singular combate Reto á esta espada vil de hoja de lata.

Ten, en tus labios el mentís arrojado:

¡Mientes, vil lodo, ruin gusano, mientes!

DELG. Pues por estos guantes juro que fué él.

NIM. Escuchad un consejo y no hagais caso de una humorada, hidalgo. Si me acusais á mí con esos humos, no tardaré en gritar: «Donde las dan las toman.» Y esto es la verdadera suma y extension del caso.

DELG. Entónces juro por este sombrero que fué aquel de la cara encendida; pues aunque no sé lo que fué de mí despues que me emborrachásteis, no soy tan del todo borrico.

FALS. ¡Qué decís vosotros, Escarlata y Juan (1)?

(1) Nombres de dos ladrones de la cuadrilla del célebre bandolero inglés Robin Hood.

BARD. Por mi parte, don Juan, digo que este caballero habia ahogado sus cinco *sentencias* en vino.

EVANS. ¡Qué cinco *sentencias*? Sentidos, hombre, sentidos. ¡Lo que es ignorancias!

BARD. Y estando postrado, y más que ido, como quien dice, le desafcramos, y en conclusion, le estrujamos los trapos.

DELG. Tambien entónces hablabais en latin; pero no importa; miéntras viva, no volveré á emborracharme sino en compañía de gente honrada, urbana y devota; esto me servirá de escarmiento. Si me emborracho alguna vez, será con gente devota y no con pícaros borrachos.

EVANS. Así Dios te ayude; es mozo virtuoso.

FALS. Ya veis, señores, lo desmienten todo; ya lo veis.

Salen ANA PAJE, con copas y vino; la señora VADO y la señora PAJE.

PAJE. No, hija, llévate el vino adentro; lo beberemos en casa. (Váse Ana Paje.)

DELG. ¡Oh cielos! esta es la doncella Ana Paje.

PAJE. ¡Qué tal os va, señora Vado?

FALS. A fe mia, señora Vado, seais muy bien hallada; con permiso, linda dama. (La besa.)

PAJE. Mujer, da la bienvenida á estos caballeros. Venid, hareis penitencia con nosotros; tenemos un pastel de venado caliente. Venid, señores, espero que acabaremos con todas estas rencillas á tragos.

(Vánse todos ménos Pocofondo, Delgado y Evans.)

DELG. Diera cuarenta maravedís por tener aquí mi librito de Cantares y Sonetos.

Sale SIMPLE.

¡Hola, Simple! ¡En dónde estabas metido? ¡Será menester que me sirva yo á mí mismo, tu-

nante? ¿Traes, por ventura, mi librito de Adivinanzas encima? ¿Lo traes?

SIM. ¡Librito de Adivinanzas! ¿Pues no se lo prestásteis á la Alicia Pancorto el día de Todos los Santos, dos semanas ántes de San Miguel?

POCOF. Vamos, sobrino, vamos; te estamos aguardando. Oye una palabrita, sobrino. Se trata aquí de una declaracion, como quien dice; de una especie de declaracion que el señor pastor ha emitido, así, á la chita callando. ¿Me entiendes?

DELG. Sí, señor; me hallareis siempre razonable: y si es así, haré lo que esté en razon.

POCOF. Pero hazte bien cargo de lo que te digo.

DELG. Ya lo entiendo.

EVANS. Prestad oídos á propuestas tuyas, señor Delgado. Yo os haré breves descripciones de lo que se trata, si os sentis capaz de ejecuciones.

DELG. No, yo haré lo que me diga mi tío Pocolondo; perdóneme vuesamerced, os suplico: él es juez de paz en su condado, por más que me veis aquí tan á la llana.

EVANS. Pero no se trata de eso; trátase de vuestros casamientos.

POCOF. Ahí está el *quid*.

EVANS. Ahí, ahí, preciso; vuestros casamientos con la doncella Ana Paje.

DELG. Pues si es eso, me caso con ella bajo cualquiera condicion razonable.

EVANS. Mas... ¿no sientes aficiones á la doncella? Sépase de su propia boca, ó de sus labios; porque hay filósofos que opinan que los labios son partes de bocas. Vamos, pues, decid: ¿puedes en doncella Ana concentrar aficiones?

POCOF. Primo Abraham Delgado, ¿puedes amarla?

DELG. Señor, espero obrar en eso como le corresponde obrar á un hombre que se deja guiar por la razon.

EVANS. Pero... ¿por las ánimas benditas de allá

arriba! debes contestar como cosa decidida, si quieres concentrar en la doncella Ana aficiones.

POCOF. Por fuerza. ¿Te casarás con ella si la dotan bien?

DELG. Algo más que eso haria yo á peticion vuestra, tío; siempre que estuviese puesto en razon, se entiende.

POCOF. No, entiéndeme, entiéndeme bien, amado sobrino; si yo no pienso más que en darte gusto, sobrino. ¿Puedes amar á la muchacha?

DELG. Me casaré con ella á peticion vuestra, tío; y aunque no nos tengamos mucho amor en un principio, con el ayuda de Dios podrá *disminuir* con la mayor intimidad del trato, cuando nos casemos y tengamos más lugar de conocernos mutuamente. Yo espero que con la familiaridad del trato aumentará el *desden*. Pero si tú me dices: «Cásate con ella,» con ella me casaré; á eso estoy *disolutamente* resuelto.

EVANS. Las contestaciones son muy discretas, salvo lo de la palabra *disolutamente*; no *disolutamente*, absolutamente es la palabra. Mas intenciones es buenas.

POCOF. Sí, creo que es buena la intencion de mi primo.

DELG. Sí, ó de otra suerte quisiera verme ahorcado. Pues.

POCOF. Aquí viene la hermosa Ana.

Vuelve á salir ANA PAJE.

¡Quién pudiera volverse jóven por mor de vos, señora Ana!

ANA. La mesa está servida. Mi padre os ruega que le acompañeis.

POCOF. Estoy á sus órdenes, linda Anita.

EVANS. ¡Bendito seas Dios! No quiero estar ausente; no quiero faltar al *Benedicite*.

(Vánse Pocolondo y Evans.)

ANA. Y vuesamerced ¿no gusta de entrar?

DELG. No, os doy humildes gracias; á fé que me hallo muy bien.

ANA. La comida os espera, señor.

DELG. No tengo apetito; gracias, mil gracias;

(A Simple.) Vé, tú, pícaro; aunque eres criado mio, vé y sirve á mi tio Pocofondo. (Váse Simple.)

Un juez puede necesitar alguna vez del criado de un amigo. Por ahora no mantengo más que tres criados y un paje, hasta que se muera mi madre. Pero ¿qué importa? Entre tanto vivo como un pobre hijodalgo, de nacimiento.

ANA. No me atrevo á entrar, dejando aquí á vuesamerced; no se sentarán á la mesa hasta que llegueis.

DELG. A fé, no tengo gana de comer; pero os lo agradezco como si comiera.

ANA. Os suplico, hidalgo, entrad.

DELG. Gracias; prefiero pasearme por aquí. Me desollé la canilla el otro dia ejercitándome á espada y daga con un maestro de esgrima: tres pases por un plato de ciruelas cocidas; y á fé mia, desde entónces no puedo sufrir el olor de la carne cocida. ¿Por qué ladran tanto vuestros perros? ¿Hay osos en la ciudad?

ANA. Creo que sí, hidalgo. He oido hablar de eso.

DELG. Me agrada mucho esa diversion; y estoy tan dispuesto á reñir por ella como cualquiera en Inglaterra. ¿Os dará miedo, sin duda, cuando veis suelto á un oso?

ANA. Sí, por cierto.

DELG. Oh, eso es un gusto para mí. Yo he visto á *Sackerson* (1) suelto veinte veces lo ménos, y le he cogido de la cadena; pero os aseguro que las mujeres corrian y chillaban, que era cosa de

(1) Nombre de algun oso célebre en Windsor.

ver. Es verdad que las mujeres no los pueden sufrir: son tan feos y rudos esos bichos.

Vuelve á salir PAJE.

PAJE. ¿Qué es esto, señor Delgado? Venid, os aguardan para comer.

DELG. Gracias, hidalgo, pero no tengo apetito ninguno.

PAJE. ¡Vive Dios! no hay evasion. Vamos, venid.

DELG. No, os suplico... vos primero.

PAJE. Vamos, vamos.

DELG. Señorita Ana, romped la marcha.

ANA. No tal; os ruego que entreis.

DELG. Eso nunca, no paso el primero. ¿Yo hacer os ese agravio?

ANA. Por favor, hidalgo.

DELG. Prefiero que me tachen de descortés ántes que de importuno. Os haceis agravio á vos misma, os aseguro. Pues. (Vánse.)

ESCENA II.

La misma.

Salen el pastor HUGO EVANS y SIMPLE.

EVANS. Anda, ves, y pregunta el camino que conduce á casa del doctor Caius. Allí vive la dueña Siemprelista, ama, cocinera, lavandera, que plancha, friega, hace todo al doctor.

SIM. Está muy bien.

EVANS. No, falta lo mejor. Dále esta carta á ella; es muy amiga de doncella Ana Paje, y el objeto de la carta es rogarla y solicitarla que inste á la doncella Paje en favor de deseos de tu amo. Lárgate, te ruego. Oh, es menester que dé fin á la comida; aún faltan manzanas y queso. (Vánse.)

ANA. Y vuesamerced ¿no gusta de entrar?

DELG. No, os doy humildes gracias; á fé que me hallo muy bien.

ANA. La comida os espera, señor.

DELG. No tengo apetito; gracias, mil gracias; (A Simple.) Vé, tú, pícaro; aunque eres criado mio, vé y sirve á mi tio Pocofondo. (Váse Simple.) Un juez puede necesitar alguna vez del criado de un amigo. Por ahora no mantengo más que tres criados y un paje, hasta que se muera mi madre. Pero ¿qué importa? Entre tanto vivo como un pobre hijodalgo, de nacimiento.

ANA. No me atrevo á entrar, dejando aquí á vuesamerced; no se sentarán á la mesa hasta que llegueis.

DELG. A fé, no tengo gana de comer; pero os lo agradezco como si comiera.

ANA. Os suplico, hidalgo, entrad.

DELG. Gracias; prefiero pasearme por aquí. Me desollé la canilla el otro dia ejercitándome á espada y daga con un maestro de esgrima: tres pases por un plato de ciruelas cocidas; y á fé mia, desde entónces no puedo sufrir el olor de la carne cocida. ¿Por qué ladran tanto vuestros perros? ¿Hay osos en la ciudad?

ANA. Creo que sí, hidalgo. He oido hablar de eso.

DELG. Me agrada mucho esa diversion; y estoy tan dispuesto á reñir por ella como cualquiera en Inglaterra. ¿Os dará miedo, sin duda, cuando veis suelto á un oso?

ANA. Sí, por cierto.

DELG. Oh, eso es un gusto para mí. Yo he visto á *Sackerson* (1) suelto veinte veces lo ménos, y le he cogido de la cadena; pero os aseguro que las mujeres corrian y chillaban, que era cosa de

(1) Nombre de algun oso célebre en Windsor.

ver. Es verdad que las mujeres no los pueden sufrir: son tan feos y rudos esos bichos.

Vuelve á salir PAJE.

PAJE. ¿Qué es esto, señor Delgado? Venid, os aguardan para comer.

DELG. Gracias, hidalgo, pero no tengo apetito ninguno.

PAJE. ¡Vive Dios! no hay evasion. Vamos, venid.

DELG. No, os suplico... vos primero.

PAJE. Vamos, vamos.

DELG. Señorita Ana, romped la marcha.

ANA. No tal; os ruego que entreis.

DELG. Eso nunca, no paso el primero. ¿Yo hace-ros ese agravio?

ANA. Por favor, hidalgo.

DELG. Prefiero que me tachen de descortés ántes que de importuno. Os haceis agravio á vos misma, os aseguro. Pues. (Vánse.)

ESCENA II.

La misma.

Salen el pastor HUGO EVANS y SIMPLE.

EVANS. Anda, ves, y pregunta el camino que conduce á casa del doctor Caius. Allí vive la dueña Siemprelista, ama, cocinera, lavandera, que plancha, friega, hace todo al doctor.

SIM. Está muy bien.

EVANS. No, falta lo mejor. Dále esta carta á ella; es muy amiga de doncella Ana Paje, y el objeto de la carta es rogarla y solicitarla que inste á la doncella Paje en favor de deseos de tu amo. Lárgate, te ruego. Oh, es menester que dé fin á la comida; aún faltan manzanas y queso. (Vánse.)

ESCENA III.

Un aposento del meson de la Jarretera.

Salen FALSTAFF, el POSADERO, BARDOLF, NIM,
PISTOL, y ROBIN.

FALS. ¡Oh posadero insigne de la Jarretera!

Pos. ¿Qué quieres, Rodamonte? Habla con erudición y seso.

FALS. Francamente, señor posadero, me es forzoso despedir á algunos de mis secuaces.

Pos. Despídelos, guapo Hércules, destitúyelos; pongan piés en polvorosa; ¡largo! ¡largo!

FALS. Suben mis gastos á diez libras por semana.

Pos. Eres un Emperador, un César, un Sultan, un Vazir. Bardolf se quedará conmigo; sacará vino, escanciará. ¿Digo bien, guapo Héctor?

FALS. Hazlo, querido posadero.

Pos. Ya está dicho; que me siga. (A Bardolf.) Quiero ver cómo me espumas la cerveza y me tapas mis barriles. Tengo palabra de rey. Sígueme.

(Váse.)

FALS. Síguele Bardolf. Es buen oficio el de mozo de taberna; de una capa vieja se suele hacer un sayo nuevo; de un lacayo enmohecido un lozano mozo de taberna. Véte; adios.

BARD. Es la vida que siempre he ambicionado; prosperaré.

PIST. ¡Oh esclavo vil! ¿A manejar mugriento, Sucio tapon con júbilo te aprestas? (Váse Bardolf.)

NIM. Fué engendrado en una borrachera. ¿Te parece ingeniosa la humorada?

FALS. Doy gracias á Dios por verme libre de este yesquero. Eran demasiado manifiestos sus robos; su manera de hurtar se parecia á un mal cantante: no guardaba compás.

NIM. La gracia está en robar á hurtadillas.

PIST. El verbo es «apropiar,» segun los sabios.

«Robar» es frase vil. «¿Robar?» ¡Simpleza!

FALS. Sí, amigos, me voy quedando á oscuras, como quien dice.

PIST. Andemos, pues, á tientas.

FALS. No hay remedio; es fuerza discurrir alguna trama; esto no puede seguir así.

PIST. El grajo tierno ha menester sustento.

FALS. ¿Cuál de vosotros conoce á Vado, vecino de esta ciudad?

PIST. Conozco al ruin, y tiene hacienda mucha.

FALS. Mis honrados muchachos, os voy á decir lo que abarca mi mente.

PIST. Dos varas por lo ménos vuestra panza.

FALS. Déjate ahora de chanzas, Pistol. Por cierto que mi panza tiene dos varas de circunferencia; pero aquí no se trata de panzas, sino del modo de llenarlas. En suma, estoy resuelto á hacer el amor á la mujer de Vado. Noto que hay cierta buena disposicion en ella; charla, discurre mil encuentros, me guiña con ojos incitantes. Yo alcanzo á interpretar su estilo familiar, y el pasaje más dificultoso de su comportamiento, traducido en castizo inglés, dice: «Me peino para el caballero don Juan Falstaff.»

PIST. Ha estudiado su intencion y la traduce de la honestidad al inglés.

NIM. El ancla está hondo. ¿Puede pasar la humorada?

FALS. Pues bien, corre la voz de que manda en la bolsa de su marido. Éste tiene una legion de ángeles (1).

PIST. Toma á soldada tú tantos demonios, Y embístela sin tregua, es mi consejo.

(1) Angel, moneda de oro corriente en Inglaterra en tiempo de Shakspeare.

NIM. No está mal; le sopla la musa de la gracia: es humorada la de los angelones.

FALS. La he escrito esta carta, y esta otra á la mujer de Paje, quien ahora mismo me echaba unos ojos... como examinando mi donaire con mirada crítica. Los rayos de sus ojos ora daban mi pié, ora mi rolliza panza.

PIST. Cual dora el sol estercolero inmundo.

NIM. Te alabo la humorada.

FALS. ¡Oh, recorrió mi exterior con tan ansiosa atencion, que la avidez de su mirada me abrasaba como si fuera un vidrio ustorio! Esta otra carta es para ella; tambien lleva la bolsa; es una costa de Guiana, todo oro y feracidad. Estas dos me servirán de tesoreras, y yo las sabre engatusar: ellas serán mis Indias Orientales y Occidentales, y yo traficaré con ambas. Vé, lleva tú esta carta á la señora Paje, y tú esta á la señora Vado. Prosperaremos, muchachos, prosperaremos.

PIST. ¡He de trocar me en Pándaro de Troya, Llevando espada en cinta? ¡Al diablo el pliego!

NIM. Yo no quiero tener parte en escena de tan poco humor; toma, toma tu carta. Debo mirar por mi reputacion.

FALS. (A Robin.) Toma, rapaz, y entrégalas con [maña.

Cual mi pinaza, á aquellas costas de oro
Cruza ligero. ¡Pícaros bellacos!

Marchad, desvanecēos cual granizo;
¡Largo! Buscad en otra parte albergue.

Sabré tomar el pulso á nuestro siglo:

De vida mudaremos, habla y traje,

Todo á moda de Francia, yo y mi paje.

(Vánse Falstaff y Robin.)

PIST. ¡Róantelas entrañas fieros buitres!

Con dados falsos, as y seis se estafa

A rico y pobre. Cuando estés pidiendo

Por el amor de Dios, llena la bolsa
Tendré de escudos, ¡torpe turco frigio!

NIM. Me cruza algo por la cabeza que me huele á humoradas de venganza.

PIST. ¿Quieres venganza?

NIM. ¡Sí, por cielo y tierra!

PIST. ¡Y cómo? ¿con astucia ó con acero?

NIM. De ambas maneras. La humorada de este Chistoso amor discutiré con Paje.

PIST. Yo á Vado le diré que este grosero Monton de carne vil

Piensa robar su tórtola y dinero,
Y profanar su tálamo, el reptil.

NIM. No se aplacará mi saña. Incitaré á Paje á emplear un veneno. Le haré enfermar de ictericia, pues la revolucion que siento aquí es peligrosa. Este es mi verdadero humor.

PIST. De descontentos eres el dios Marte:

Yo te secundaré; vamos marchando. (Vánse.)

ESCENA IV.

Un aposento de la casa del doctor Caius.

Salen la DUEÑA SIEMPRELISTA, SIMPLE,
y JUAN BUGBY.

DUEÑA. Oye, amigo Juan. Ruégote que te asomes á la ventana, por si viene mi amo, el doctor Caius. Si viene y encuentra á álguien en casa, no será mala gresca la que él arme, abusando de la paciencia de Dios, y de nuestro idioma.

JUAN. Me pondré en acecho.

DUEÑA. Vé, y nos desquitaremos luego con una bebida nocturna, cuando llegue la noche, á los últimos fulgores de la lumbre de carbon de piedra. (Váse Juan.) Ahí teneis á un mozo tan honrado, listo y servicial como se lo pudiera desear

cualquier amo; y os aseguro que no es ni chismoso ni reñidor. La peor falta que tiene es la de ser devoto; en eso es algo testarudo; pero ¿quién no tiene sus faltas? Pero basta de eso. ¿Pedro Simple decis que es vuestro nombre?

SIM. Sí, á falta de otro mejor.

DUEÑA. ¿Sois criado del señor Delgado?

SIM. Sí, por cierto.

DUEÑA. ¿Lleva barba poblada y redonda como tranchete de guantero?

SIM. No, por cierto: si tiene una carita tan chiquita, con una barbita roja, del color de la de Judas.

DUEÑA. ¿Hombre de carácter apacible y manso, no?

SIM. Sí, por cierto; pero en cuanto á los puños, es una fiera; se pegó una vez con un guardabosque.

DUEÑA. ¿Qué me contais? Oh, yo debo acordarme de él. ¿No lleva la cabeza erguida, y no se pavonea al andar?

SIM. Sí, por cierto; tiene esa maña.

DUEÑA. ¿Vamos, no le mande Dios peor suerte á la Ana Paje! Decid al señor pastor que haré lo que pueda en favor de vuestro amo. Ana es una buena muchacha, y deseo...

Vuelve á salir JUAN.

JUAN. ¡Ay! marchaos, amigo, que viene el amo.

DUEÑA. ¡Ay! nos pondrá á todos como chupa de dómine. Escóndete aquí, buen mancebo; en este gabipete; no tardará en marcharse. (Encierra á Simple en el gabinete.) ¡Juan! ¡Juan! ¡eh! ¡Juan, digo! Vé, Juan, y pregunta por mi amo. Me temo que ha debido ponerse malo; tarda tanto en volver á casa.

(Canta.)

¡Y tralaralará!

Sale el doctor CAIUS.

CAIUS. ¿Qué cantas, mujer? Yo no gusto esas bromas. Vaya y *porte* de mi *cabinet un boitier vert*, una caja, una caja verde. ¿Comprende lo que digo? Una caja verde.

DUEÑA. Sí, por cierto, os la traeré. (Aparte.) ¡Cuánto me alegro que no haya ido él mismo! Si hubiese tropezado con ese jóven, se hubiera vuelto rabioso.

CAIUS. ¡Uf, uf, uf! *Ma foi, il fait fort chaud. Je m'en vais á la court... la grande affaire!*

DUEÑA. ¿Es esta, señor?

CAIUS. *Oui; mette le au mon bolsillo; dépêche, ¡viva! ¿Dónde estar ese pícaro Juan?*

JUAN. Aquí, señor.

CAIUS. Tú eres Juan Rugby, y tú eres Juanito Rugby. Bien, toma tu espada y sígueme á la córte.

JUAN. Ya está lista, señor; allá en el zaguan.

CAIUS. *Ma foi!* pierdo tiempo. A ver... *Qu'ai-je oublié?* Hay algunos simples en *mon cabinet* que no quiero dejar atrás *pour tout le monde*.

DUEÑA. ¡Ay de mí! va á tropezar allí con ese jóven, y se volverá loco.

CAIUS. *Oh diable, diable!* ¿quién es en *mon cabinet?* ¡Bellaco! *larron!* (Sacando á Simple.) Juan, mi espada.

DUEÑA. ¡Amo mio, calma por Dios!

CAIUS. ¿Por qué calma?

DUEÑA. Ese jóven es un jóven honrado.

CAIUS. ¿Qué hace jóven honrado en *mon cabinet?* No hay jóven honrado que entre en *mon cabinet*.

DUEÑA. Os suplico que no seais tan *flemático*. Escuchad la pura verdad. Vino á verme con recado del pastor Evans.

CAIUS. Bien.

SIM. Sí, por cierto, para pedirle que...

DUEÑA. Silencio, os ruego.

CAIUS. Silencio tu lengua. (A la Dueña.) Cuenta tú todo. (A Simple.)

SIM. Para pedir á esta buena señora que se sirviera decir una palabra á la doncella Ana Paje en favor de mi amo, tocante á su casamiento con ella.

DUEÑA. Eso es todo, á fe. ¿Pues? Pero no se me ocurrirá jamás meter la mano en el fuego, ni lo he menester.

CAIUS. ¿Pastor Evans es quien te manda? Juan, *bailles moi* un poco papel. Espera tú *un instant*. (Escribe.)

DUEÑA. (Aparte á Simple.) Me alegro que le dió por no enojarse; si le hubiese llegado al vivo, ya hubiérais oído qué estrépito y qué *melancolía*. Pero, sin embargo, amigo, haré por vuestro amo cuanto pueda. Y la verdad del caso es que el doctor francés, mi amo (bien puedo llamarle mi amo, puesto que yo le gobierno la casa, y lavo, y plancho, y guiso, y friego, y le arreglo la comida y la bebida, hago las camas, y en fin, lo hago todo yo sola)...

SIM. (Aparte á la Dueña.) Es mucha carga para una persona sola.

DUEÑA. (Aparte á Simple.) ¿Ya sabeis algo de eso? Ya me direis qué carga es, ya... Y levantarse temprano y acostarse tarde; pero sin embargo (hablando con sigilo, pues no quisiera que se murmurara de ello), mi amo mismo está locamente enamorado de la doncella Ana Paje. Pero sin embargo de eso, sé yo cómo piensa la Anita. Bien que eso no nos importa.

CAIUS. Tú, mequetrefe, da esta carta *au père* Hugo. *Pardieu!* es un cartel de desafío; le cortaré el pescuezo en el parque, y enseñaré á un mequetrefe cura meterse en libros de caballería. Puedes marcharte; no está bien que per-

manezcas aquí. ¡Marcha! *Pardieu*, yo cortaré sus orejas, no le quedará una oreja para tirar á su perro. (Váse Simple.)

DUEÑA. Pero si no hace más que interesarse por su amigo.

CAIUS. Eso no es del caso. ¿No dices tú que Ana Paje será *pour moi*? *Pardieu!* Mataré yo al bribon cura, y he elegido á *mon hôte de la Jarretière* para medir nuestras armas. *Pardieu!* la Ana Paje será *pour moi*.

DUEÑA. Amo mio, la niña os quiere, y todo irá bien. Son nada más que habladorías de gente ociosa, qué diantre.

CAIUS. Juan, ven á la córte con *moi*. *Pardieu!* si no logro á Ana Paje, yo meterte á *la porte*. Sigue mis huellas, Juan. (Vánse Caius y Juan.)

DUEÑA. Lo que lograrás tú es una cabeza de burro como para tí solo. Cá, ya sé yo lo que piensa la Ana; no hay una mujer que esté tan enterada como yo de los secretos de Ana, ni que pueda hacer con ella lo que yo, loado sea Dios.

FENT. (Dentro.) ¿Quién hay aquí? ¡hola!

DUEÑA. Ya sé yo quién está allá fuera. Acercaos, entrad os ruego.

Sale FENTON.

FENT. ¿Qué tal, buena mujer? ¿Cómo estás de salud?

DUEÑA. Mejor desde que vuesamerced pregunta por ella.

FENT. ¿Qué hay de nuevo? ¿Qué hace mi linda Anita?

DUEÑA. En verdad que es linda criatura, y honrada, y juiciosa, y que os quiere bien, loado sea Dios.

FENT. ¿Piensas tú que conseguiré algo? ¿No será en balde mi galanteo?

DUEÑA. Ya se ve, señor; todo está en manos de El de allá arriba. Pero, sin embargo, señor Fenton, me atrevo á jurar sobre la hostia consagrada que os adora. ¿No tiene vuesamerced una verruga más arriba del ojo izquierdo?

FENT. Sí, por cierto. ¿Y qué tiene eso que ver...

DUEÑA. ¡Oh! mucho habria que contar de eso. A fé que esa Anita (no hay otra como ella)... pero puedo *detestar* que no la hay más honrada entre cuantas comen pan. Una hora entera estuvimos hablando de esa verruga. No me rio nunca como cuando estoy en compañía de esa niña; aunque, á decir verdad, es muy dada á la melancolía y á cavilaciones; pero en cuanto á vos... ¡valor, y á ella!

FENT. En fin, hoy la veré. Espera, toma esta pequeñez: sea tu elocuencia en mi ayuda. Si la vieres ántes que yo, ofrécela mis respetos.

DUEÑA. ¿Vuestros respetos? ¿Pues no lo he de hacer? Y la próxima vez que nos veamos contaré á vuesamerced algo más tocante á la verruga; Tambien le hablaré de otros pretendientes.

FENT. Queda con Dios; llevo prisa.

DUEÑA. Él os guarde. (Váse Fenton.) A fe mia que es rumboso este caballero; pero Ana no le quiere; porque yo sé cómo piensa Ana tan bien como otra cualquiera. ¡Jesus! ¿Qué es lo que he olvidado? (Váse.)

ACTO II.

ESCENA PRIMERA.

Delante de la casa de Paje.

Sale la señora PAJE con una carta.

SRA. PAJE. ¿Qué? ¿Me he librado de estas misivas de amor durante la primavera de mi hermosura para verme hoy convertida en blanco de sus ataques? Veamos. (Lee.)

«No me preguntéis la razon por qué os amo; pues aunque el amor suele valerse de la razon como médico, no lo admite nunca por consejero. Vos no sois jóven, ni yo tampoco; me parece que en eso hay simpatía. Vos sois alegre; yo lo soy tambien. ¡Ah já! ved, en eso hay aún más simpatía. Os gusta el vino de Canarias; yo me muero por él. ¿Pudierais desear más simpatía? Que te baste, señora Paje (si es que el amor de un soldado pueda bastarte), el saber que te amo. No te diré que te apiades de mí: es frase impropia de un soldado; pero sí que me quieras.

Tu firme, sincero,
Léal caballero,
Dispuesto, alma mia,

De noche y de día
A hacer con su acero
Alarde de brío
Por tí, dueño mio,

JUAN FALSTAFF.»

¿Qué Herodes de Judea es éste? ¡Oh, pérfido, pérfido mundo! Un viejo, gastado y casi derren-
gado por los años, arrogarse los aires de un jó-
ven galan! ¿Qué liviandad habrá podido notar
en mí, para atreverseme de esta suerte? ¡Apé-
nas ha estado tres veces en mi compañía! ¿Qué
le habré podido decir? Por cierto que fuí entón-
ces muy parca de mi alegría. ¡Dios me perdone!
¡Juro que he de presentar una propuesta de ley
al Parlamento para la expulsion de los hom-
bres! ¿Cómo vengarme de él? Y he de vengarme
¡oh, sí! tan seguro como están hechas de pudin
sus tripas.

Sale la señora VADO.

SRA. VADO. ¡Señora Paje! Créeme, amiga, que
iba á tu casa.

SRA. PAJE. Y cree tambien que iba yo á la tuya.
Tienes mala cara.

SRA. VADO. No lograrás convencerme de eso;
tengo pruebas de lo contrario.

SRA. PAJE. Pues á mí me parece que sí.

SRA. VADO. Pues entónces será verdad; pero te
aseguro que tengo pruebas de lo contrario.

¡Oh, amiga! ayúdame con tus consejos.

SRA. PAJE. ¿Qué sucede, mujer?

SRA. VADO. ¡Oh, amiga! si no lo impidiera un li-
gero estorbo, podria alcanzar una gran merced.

SRA. PAJE. ¡Al diablo el estorbo! y admite la mer-
ced. ¿Qué es ello? No hagas caso de estorbos.

¿Qué es ello?

SRA. VADO. Si quisiera condenarme al infierno

por un momento eterno, ó cosa así, podria
verme armada caballero.

SRA. PAJE. ¿Qué dices? ¡Mentira! ¡El caballero
doña Alicia Vado! Esa caballería es fruslería,
y por lo tanto harás mejor en no mudar de
condicion social.

SRA. VADO. No nos entendemos. Toma, lee, lee,
y verás cómo podria ingresar en la caballería.
Pensaré todo el mal posible de los hombres
gordos, mientras me queden ojos para juzgar
del parecido de los hombres. Y sin embargo,
se portaba como persona decente; no renegaba,
elogiaba la modestia en las mujeres; y habló
con tanto y tan juicioso desprecio de todo lo
que oliera á liviandad, que hubiera jurado que
su conducta correspondia á la sensatez de sus
palabras; y veo que mejor que ésta y aquella
concuerdan la letanía y el aire de un bolero.
¿Qué tormenta nos ha arrojado á tierra en
Windsor á esta ballena con tantas toneladas
de aceite en su panza? ¿Cómo vengarme de él?
Creo que la manera mejor será entretenerle con
esperanzas, hasta que el fuego maldito de la
lujuria le derrita en su propia grasa. ¿Has oido
en tu vida cosa igual?

SRA. VADO. Idénticas, letra por letra, con la única
diferencia de los nombres Paje y Vado. Para
que te sirva de consuelo en medio de este
cúmulo de liviandades, mira aquí la hermana
melliza de tu carta; pero herede la tuya prime-
ro; pues juro que la mia no heredará nunca.
Estoy segura que tiene un millar de estas car-
tas, todas con un espacio en blanco para dife-
rentes nombres, ó más, sin duda; y puede que
éstas sean de la segunda edicion. Las mandará
imprimir, seguramente; pues será capaz de
dar cualquier cosa á la prensa, cuando trata de
ponernos á nosotras en prensa. Más quisiera

ser una gigante y cargar con el monte Pelion. Ten por cierto que es más fácil dar con veinte tórtolos lascivos que con un hombre casto.

SRA. VADO. Pues ésta es idéntica: la misma letra, las mismas palabras. ¡Qué se habrá figurado de nosotras!

SRA. PAJE. A fe que no lo entiendo. Me dan ganas casi de regañar con mi propia honestidad. Habré de mirarme como una persona extraña á quien no conozco; pues ciertamente, como no haya descubierto en mí cierta condicion que me es completamente desconocida, jamás se hubiera atrevido á abordarme con esta furia.

SRA. VADO. «¡Abordaje,» lo llamas? Yo estoy segura de no dejarle poner piés en cubierta.

SRA. PAJE. Y yo tambien. Si llega á escurrirse bajo mis cuarteles, no volveré á hacerme á la mar jamás. Discurramos el modo de vengarnos de él. Démosle una cita; alentemos su amor con cierta esperanza ficticia, y no le soltemos de la mano, sino vámosle llevando y trayendo con dilaciones y aplazamientos bien urdidos, hasta que tenga que empeñar sus caballos con el posadero de la Jarretera.

SRA. VADO. Sí, estoy dispuesta á jugarle cualquiera villanía que no fuere en desdoro de la pureza de nuestra honestidad. ¡Oh! si mi marido viese esta carta, daria pasto eterno á sus celos.

SRA. PAJE. Mira donde viene, y mi marido tambien. El mio está tan léjos de tener celos de mí, como yo de dárselos; y creo que esa es una distancia inconmensurable.

SRA. VADO. Tanto mayor será vuestra felicidad.

SRA. PAJE. Vamos á celebrar un consejo de guerra contra este caballero grasiento.

(Se retiran.)

Salen VADO con PISTOL, y PAJE con NIM.

VADO. Bien, espero que no será así.

PIST. Corre tal vez cual galgo la esperanza, Sin rastro. A tu mujer don Juan aspira.

VADO. Pero, hidalgo, mi mujer ya no es jóven.

PIST. Corteja á baja y alta, á rica y pobre, A moza y vieja, Vado; una con otra; Le gustan barajadas. ¡Vado, alerta!

VADO. ¡Amar á mi mujer?

PIST. Con hígados de fuego. Evítalo, ó anda Como Acteon, acosado por los galgos.

¡Oh, la palabra es por demas odiosa!

VADO. ¡Qué palabra?

PIST. El cuerno, digo. ¡Adios! ¡Alerta vive!

¡Ojo al Cristo! de noche anda el gatera.

¡Alerta, pues! Mira no llegue Mayo, Y cante el cuco.—Ven, sargento Nim.

Créele, buen Paje; es cierto lo que cuenta. (Váse.)

VADO. ¡Paciencia! Ya lo averiguaremos.

NIM. Y esto es verdad. A mí no me da la humorada por mentir. Me ha ultrajado en algunas humoradas. Quería que le llevara su carta humorosa; pero ciño espada, y cuando es menester sabe ella enseñar los dientes. Ama á vuestra mujer; ese es la *summa summarum* de mi relato. Me llamo el sargento Nim: sostengo lo que afirmo: es la verdad pura. Me llamo Nim, y Falstaff ama á vuestra mujer. Adios, no me gusta la humorada del pan y queso; y en eso estriba la humorada del asunto. Adios. (Váse.)

PAJE. ¡La «humorada» dice? Hé aquí un mozo que se entretiene en trastornar el sentido del idioma.

VADO. Buscaré á Falstaff.

PAJE. En mi vida he visto pícaro más gangoso y afectado.

VADO. Si llego á descubrirlo... ¡ya!

PAJE. No creeré en lo que me dijera semejante mameluco, aunque el cura del pueblo me lo recomendase por honrado.

VADO. Parecía buen muchacho é inteligente. ¡Ya!

PAJE. ¡Hola, Margarita!

SRA. PAJE. (Adelantándose con la señora Vado.) ¡Adónde vas, Jorge? Escucha.

SRA. VADO. ¡Qué tal, querido esposo? ¡Por qué estás tan pensativo?

VADO. ¡Yo pensativo? ¡No estoy pensativo! ¡A casa!

SRA. VADO. Vamos, vamos; algun capricho te se habrá metido en esa cabeza. ¡Vámonos, amiga Margarita?

SRA. PAJE. Ya te sigo. ¡Vendrás á comer, Jorge? (Aparte á la señora Vado.) Mira quién viene. Ella será nuestra mensajera á ese galan impertinente.

SRA. VADO. A fe mia que pensaba en ella. Ella nos sacará del apuro.

Sale la DUEÑA SIEMPRELISTA.

SRA. PAJE. ¡Venís á ver á mi hija Ana?

DUEÑA. Sí, por cierto. ¡Y qué tal le va á la buena Anita, si os place?

SRA. PAJE. Venid con nosotras, y la vereis. Tenemos que charlar largo rato. (Vánse la señora Paje, la señora Vado y la Dueña.)

PAJE. ¡Qué os pasa, amigo Vado?

VADO. ¡Oiríais sin duda lo que me dijo aquel pícaro? ¡Lo oísteis?

PAJE. Sí. ¡Y vos oiríais tambien lo que me dijo el otro?

VADO. ¡Creeis que es verdad lo que afirman?

PAJE. ¡Mala landre les coma, tunantes! No creo que don Juan se atreva á tanto. Pero estos que le acusan de conspirar contra nuestra honra son un par de pícaros, á quienes acaba de des-

pedir; tunantes redomados, hoy que están sin acomodo.

VADO. ¡Eran criados suyos? ¡Hola!

PAJE. A fe que lo eran.

VADO. Eso me da todavía peor espina. ¿No pára en la Jarretera?

PAJE. Sí tal, allí pára. Si se fuera con semejante embajada á mi mujer, no seré yo quien se lo impida: como logre otra cosa que malas razones, que me lo claven en la frente.

VADO. Yo no dudo de la fidelidad de mi mujer; pero, la verdad, no los dejaba á solas. El exceso de confianza en un marido es peligroso. Yo no quiero exponerme á que me claven nada en la frente. Esto no me gusta.

PAJE. Mirad dónde viene ese fanfarron del posadero de la Jarretera. O lleva vino en la mollera, ó dinero en el bolsillo, cuando viene tan risueño.

Sale el POSADERO.

¡Qué tal, querido posadero?

POSAD. ¡Cómo va ese valor, valenton mio? Tú eres un caballero. ¡Vamos, señor justicia de paz, vamos!

Sale POCOFONDO.

POCOF. Ya te sigo, posadero, ya te sigo. Mil veces buenas tardes, señor Paje. ¿Quereis venir con nosotros, señor Paje? Traemos una broma entre manos.

POSAD. Díselo, caballero justicia, díselo, valenton.

POCOF. Ello es que vamos á presenciar un desafío entre el señor Hugo Evans, el pastor galés y Caius, el médico francés.

VADO. Buen posadero, oid una palabra en secreto. (Se retiran á un lado.)

POSAD. ¿Qué me cuentas, Rodamonte?

POCOF. (A Paje.) ¿Quereis venir con nosotros á presenciarlo? Nuestro risueño amigo el posadero es el encargado de medirles las armas, y creo que les ha citado para lugares distintos; pues os aseguro que he oido decir que el pastor no gusta de bromas. Oid; os diré cuál va á ser nuestra diversion. (Hablan aparte.)

POSAD. ¿Tienes alguna queja contra mi caballero, mi caballero huésped?

VADO. Ninguna, lo juro; pero os enviaré una botella de Canarias si lograis presentarme á él bajo el nombre de Arroyo; por broma no más.

POSAD. Aquí está mi mano, Roldan. Tendrás libre entrada y salida. ¿Digo bien? Y tu nombre será Arroyo. ¿Vámonos, muchachos?

POCOF. Ya vamos, posadero.

PAJE. Me han asegurado que el francés es diestro esgrimidor.

POCOF. Cá, amigo; sobre eso hay mucho que hablar. En estos tiempos todo se vuelve posturas, quites, paradas, y qué sé yo. Corazon es lo que hace falta, señor Paje; esto, esto. Hubo un tiempo en que con mi espada de más de marca hacia yo brincar como ratones á cuatro moce-tones como gigantes.

POSAD. ¡Vivos, muchachos, vivos! ¿Vamos co-leando?

PAJE. En marcha, pues. Más quisiera verles reñir de palabra que con espada.

(Vánse el Posadero, Pocofondo y Paje.)

VADO. Por más que ese Paje sea un necio con-fiado, y se apoye con tanta seguridad en la fla-queza de su mujer, lo que es yo no puedo des-echer tan fácilmente mis sospechas. Estuvo con ella en casa de Paje, y Dios sabe qué pasa-

ria allí entre los dos. En fin, he de hacer averi-guaciones; con ese disfraz sondearé á Falstaff. Si la encuentro honrada, no es trabajo perdido; si resulta lo contrario, es trabajo bien em-pleado.

ESCENA II.

Un aposento del meson de la Jarretera.

Salen FALSTAFF y PISTOL.

FALS. No te quiero prestar ni un solo penique.

PIST. Entónces para mí será este mundo

Cual ostra, que abriré con esta espada.

FALS. Ni un penique. He consentido, tunante, en empeñar mi palabra más de una vez por tí; he molestado tres veces á mis mejores amigos por zafarte á tí y á tu compinche Nim de las garras de la justicia; de otra suerte hubiérais podido estar mirando por la reja como un par de mo-nos gemelos. Estoy condenado á los infiernos por haber jurado á amigos míos, personas de la primera sangre, que érais buenos soldados y gente brava; y cuando la señora Brígida perdió su abanico, juré por mi honra que tú no lo tenias.

PIST. ¿No te tocó tu parte, diez peniques?

FALS. Y con razon sobrada, gran pícaro. ¿Crees tú que voy á exponer mi alma gratis? En una palabra, no te cuelgues de mis hombros; no soy ninguna horca para tí. Véte. Una navaja corta y un tropel de gente es todo lo que te hace falta. Véte á tu mansion de Pickt-hatch. Vé. ¿Conque te niegas á llevarme una carta, bri-bon? ¿Te escudas con tu honor, tú, vil com-puesto de bajeza? ¡Trabajo me cuesta á mí el conservar limpio de mancilla mi honor; yo,

yo mismo algunas veces, dejando á un lado el temor de Dios, y encubriendo mi honor con mi necesidad, sin reparar en escrúpulos, me veo precisado á hacer alguna trampa, á tender algun lazo, ó á armar alguna treta; y tú, vil bellaco, á pesar de tus harapos, tus miradas de gato montés, tus frases tabernarias y tus votos de arriero, te quieres amparar al abrigo de tu honor! ¿Conque no quieres hacerlo, eh?

PIST. Yo me arrepiento. De un mortal, tirano, ¿Qué más puedes pedir?

Sale ROBIN.

ROB. Señor, aquí hay una mujer que os desea hablar.

FALS. Que se aproxime.

Sale la dueña SIEMPRELISTA.

DUEÑA. Buenos dias os dé Dios, hidalgo.

FALS. Buenos dias, buena mujer.

DUEÑA. No tanto, con perdon de vuesa merced.

FALS. Buena doncella, entónces.

DUEÑA. A fe que sí, tan doncella como mi madre cuando me parió.

FALS. Creo á la gente cuando jura. ¿Qué quieres de mí?

DUEÑA. Seré gustosa de decir una palabra á vuesa merced.

FALS. Dos mil, linda moza, y yo seré gustoso de oirlas.

DUEÑA. Hay una tal señora Vado, caballero... Os ruego que os acerqueis un poco más á este lado. Yo misma vivo con el doctor Caius...

FALS. Muy bien. Proseguid. La señora Vado, decid...

DUEÑA. Dice muy bien vuesa merced. Ruego á vuesa merced que se acerque un poco más á este lado.

FALS. Te aseguro que nádie nos escucha: es gente mia, gente mia.

DUEÑA. ¿De véras? Dios los bendiga y los haga sus siervos.

FALS. Bien, la señora Vado. ¿Y qué hay con eso?

DUEÑA. A fe, señor, que es una mujer honrada.

¡Ay, ay! ¡qué picaron es vuesa merced! Yo siempre pido á Dios que nos perdone á todos.

FALS. La señora Vado; vamos, la señora Vado.

DUEÑA. Hé aquí, pues, en breves palabras el *tutatum* de la cuestion. La habeis puesto en un estado de impaciencia, que es un portento. Cuando estuvo la córte aquí en Windsor, el más galan de los cortesanos no logró traerla á tal estado de impaciencia. Y hubo, sin embargo, entre ellos muchos nobles, y lores, y galanes, y señorones, con sus carrozas, os aseguro, y carroza tras carroza, carta tras carta, regalo tras regalo, tan dulcemente perfumados, echaban un olor á algalia, y con un crugido de sedas y brocados, os aseguro, ¡y hablaban en términos tan *alegantes!* y la enviaban vinos y dulces de lo mejor y más caro, capaces de ablandar el corazon de una santa; y os aseguro que no pudieron conseguir que les echara ni una sola mirada. Esta misma mañana me han regalado veinte ángeles; pero yo me rio de cuantos ángeles hay en el cielo cuando no van con buen fin, como dicen; y os aseguro que nunca pudieron conseguir de ella que probase ni un sorbo siquiera, ni aún con el más orgulloso de ellos; y sin embargo, puedo aseguraros que hubo entre ellos algunos condes, y lo que es más, algunos guardias de corps; pero os aseguro que para ella todo era uno.

FALS. Pero, ¿qué dice de mí? Abreviemos, mi buena Mercurio hembra.

DUEÑA. Pues ha recibido vuestra carta, por la

cual os da mil gracias; y os manda decir que su esposo estará fuera de casa entre diez y once.

FALS. ¿Diez y once?

DUEÑA. Sí, por cierto; y entónces, dice, podeis ir á ver el cuadro aquel que vos sabeis. El señor Vado, su marido, estará ausente. ¡Ay! ¡si vierais qué vida tan perra le da á la pobre! ¡Es más celoso! Todas son riñas y peloterías para esa bendita de Dios.

FALS. Diez y once. Dueña, ofrécela mis respetos; no faltaré.

DUEÑA. Muy bien dicho. Pero traigo otro recado para vuesamercé. La señora Paje tambien os manda saludar muy de corazón; y podeis creerme á ojos cerrados que no hay en todo Windsor esposa más virtuosa y modesta que ella, sea quien fuere la otra. ¡Qué habia de faltar ella ningun dia á misa por la mañana, y á la salve por la noche! Tambien me encargó que os dijera que raras veces sale de casa su marido; pero que espera que algun dia... No ví nunca á una mujer tan loca por un hombre como lo está ella por vuesamercé. A fe mia, voy pensando que neis algun hechizo, picaron; sí, á fe.

FALS. No tal, te lo juro. Como no sea la magia de mi gallarda presencia, no sé de otro alguno.

DUEÑA. ¡Dios os bendiga por eso!

FALS. Pero dime, te ruego: ¿se han confesado mutuamente la mujer de Paje y la de Vado la pasión que me tienen?

DUEÑA. ¡Eso sí que fuera gracioso! No las tengo yo por tan lerdas. ¡Vaya una treta, á fe mia! Pero la señora Paje os manda rogar, por lo que más estimais en el mundo, que le enviéis vuestro pajecillo; su marido le tiene un cariño enorme; y por cierto que el señor Paje es un hombre de bien. No hay otra mujer en Windsor que lleve tan buena vida como ella: haga lo que

quiera, diga lo que quiera, acuéstese ó levántese á la hora que le diere gana, siempre está bien; pues si hay una mujer amable y de buen corazón en Windsor, es ella. Debeis enviarla vuestro paje; no hay remedio.

FALS. Así lo haré.

DUEÑA. Sí, pero enviadlo de veras; y, ya comprendereis, podrá servir de *intrépète* entre los dos: y tened en todo caso una señal para que os podais entender sin que lo entienda el rapaz; porque no está bien que los niños se enteren de nada malo; la gente madura, ya me entiende vuesamercé, tiene discrecion, como dicen, y sabe lo que es el mundo.

FALS. Dios te guarde: encomiéndame á las dos. Ahí va mi bolsa: aún te quedo deudor. Rapaz, acompaña á esa mujer. (Vánse la Dueña y Robin.) ¡Esta noticia me llena de alboroz!

PIST. Buen correo de amor es esta chocha. Cázala á todo trapo, y zafarrancho; ¡Fuego! la presa es mia, ó de otra suerte Engulla el mar á todos! (Váse.)

FALS. ¡Lo ves, anciano don Juan, lo ves? ¡Adelante con la trama! Tendré tu viejo talante en más estimación que hasta ahora. ¿Te miran de soslayo todavía? ¿Después de derrochar tanto dinero, vas á recoger algo ahora, eh? Te doy las gracias, garbo mio. Digan, si quieren, que lo hago groseramente; pero no importa, como sea con gracia.

Sale BARDOLF.

BARD. Don Juan, abajo hay un tal Arroyo que quisiera hablar con vos y conoceros, y os envia esta botella de Canarias.

FALS. ¿Conque Arroyo, eh?

BARD. Sí, señor.

FALS. Que pase. (Váse Bardolf.) Son de mi gusto los arroyos como éste, que manan tales líquidos. ¡Ah já! ¡Conque señoras Vado y Paje, os he enganchado á las dos? ¡Victoria! ¡ánimo!

Vuelve á salir BARDOLF conduciendo á VADO disfrazado.

VADO. Dios os guarde, señor.

FALS. Y á vos, hidalgo. ¿Quereis hablarme?

VADO. Me he atrevido á acercarme á vuesamerced, así con llaneza y sin cumplidos.

FALS. Seais muy bien venido. ¿Qué deseais? Déjanos mozo. (Váse Bardolf.)

VADO. Soy un gentilhombre que ha gastado mucho dinero, y me llamo Arroyo.

FALS. Buen hidalgo Arroyo, deseo conoceros más á fondo.

VADO. Querido don Juan, yo os suplico que me otorgueis un lugar en vuestra amistad. No vengo á echaros carga alguna sobre los hombros, pues debo manifestaros que me creo hallar en mejores condiciones que vos para prestar; lo cual me dió la osadía hasta cierto punto de introducirme de esta manera un poco inoportuna, pues suelen decir que cuando se lleva de delantero al dinero todas las vias son llanas.

FALS. El dinero es buen soldado; siempre se abre camino.

VADO. Cierto, y traigo aquí un talego de dinero que me pesa. Si quereis ayudarme á llevarlo, don Juan, tomad la mitad de él, ó todo, por aliviarme de esta pesadumbre.

FALS. Hidalgo, no sé cómo puedo merecer la honra de ser vuestro mozo de carga.

VADO. Yo os lo diré, caballero, si quereis prestarme oído.

FALS. Hablad, señor Arroyo; tendré mucho gusto en ser criado vuestro.

VADO. Caballero, he sabido que sois erudito (seré muy breve, caballero) y hace ya tiempo que os conozco, aunque no tuve nunca ocasion, si bien deseo, de trabar amistad con vos. Os voy á informar de un asunto en que me será forzoso publicar con frecuencia mi propia debilidad; pero, mi querido don Juan, á medida que vayais pasando revista á mis locuras, segun os las iré manifestando, echad tambien una mirada sobre el registro de las vuestras, á fin de que pueda librarme más fácilmente de vuestra censura, pues vos mismo sabeis cuán fácil es incurrir en tales faltas.

FALS. Muy bien, hidalgo, proseguid.

VADO. Vive en esta ciudad una dama, cuyo marido se llama Vado.

FALS. Bien, hidalgo.

VADO. Há tiempo que la adoro, y os aseguro que he gastado mucho con ella; la he tratado con el más respetuoso cariño; he discurrido mil pretextos para acercarme á ella; he acechado, á costa de mil afanes, las más ligeras ocasiones que me hayan podido proporcionar, siquiera momentáneamente, el gusto de verla; no sólo la he comprado muchos regalos, sino que he dado grandes cantidades á otras personas con el solo objeto de saber qué era lo que ella deseaba que le regalase. En suma, la he perseguido con el mismo ardor que á mí me ha perseguido el amor, es decir, en alas de todas las ocasiones. Pero por grandes que hayan sido los méritos que he hecho, ya por mi pasión, ya por los medios empleados, lo cierto es que hasta ahora no he logrado premio alguno; á no ser que deba considerar la experiencia como una joya adquirida á costa de muchos sudores y

dinero; y de ella he aprendido esta moraleja:
«Huye cual sombra amor de quien le sigue;
Y al que le esquivo con afán persigue.»

FALS. ¿Y no os ha dado la más leve esperanza de que lograríais algún día su favor?

VADO. Nunca.

FALS. ¿La habeis importunado con tal objeto?

VADO. Nunca.

FALS. ¿Qué clase de amor era entonces el vuestro?

VADO. Como una casa hermosa edificada en tierra ajena; de suerte que he perdido mi edificio, por haberme equivocado de solar.

FALS. ¿Y con qué fin venis á contarme á mí todo esto?

VADO. En contestándoos á esta pregunta os lo habré dicho todo. Dicen algunos que si bien aparenta ser esquivo conmigo, con otros suele soltar la rienda á su jovialidad, y en tal manera, que da lugar á interpretaciones malévolas. En esto, pues, se encierra, señor don Juan, el grano de mi súplica. Sois caballero de esmerada educacion, de trato amenísimo, muy relacionado, respetado por vuestro rango y vuestras dotes personales, y de todos elogiado por las muchas y excelentes prendas que os adornan como soldado, cortesano y erudito.

FALS. ¡Oh, hidalgo!

VADO. No me lo negueis, pues os consta. Aquí tenéis dinero; gastadlo, tiradlo; si quereis más, más, todo cuanto poseo; lo único que os pido es que en pago de ello me deis aquella parte de vuestro tiempo que habreis menester para poner cerco amoroso á la virtud de la mujer de Vado. Echad mano de vuestras artes de persuasion; tratad de ganar su buena voluntad; pues si es posible que álguien lo consiga, nadie podrá hacerlo tan pronto como vos.

FALS. ¿Pero le podrá convenir á la vehemencia

de vuestro afecto que logre yo lo que vos deseais con tanto anhelo? Se me antoja que el remedio que os prescribis es muy disparatado.

VADO. Oh, fijaos bien en el blanco de mis aspiraciones. Está tan encastillada en la fortaleza de su honor, que el arrebató de mi pasión no osa afrontarla; relumbra demasiado para que yo me atreva á mirarla. Ahora bien, si yo pudiese acercarme á ella llevando en mi auxilio cualquier descubrimiento de esa naturaleza, mis deseos hallarian pruebas y argumentos en que apoyarse; y entonces fuera fácil desalojarla de la trinchera de su pureza, su reputacion, su voto conyugal, y otros mil reparos que hoy me ofrecen insuperable resistencia. ¿Qué contestais á eso, don Juan?

FALS. Señor Arroyo, ante todo me atreveré á disponer de vuestro dinero; luego dadme esa mano; y por último, os juro á fé de caballero que gozareis, si gustais, de la mujer de Vado.

VADO. ¡Oh, mi buen amigo!

FALS. Os digo que la gozareis.

VADO. No reparéis en el dinero, don Juan, que no os faltará.

FALS. No os aflijais ya más por la señora Vado, hidalgo Arroyo, que no os faltará. Tengo una cita con ella (bien os lo puedo decir) que me ha dado ella misma. Un instante ántes de entrar vos á verme, se separó de mí su asistenta, ó medianera. Os digo que me veré con ella entre diez y once; porque á esa hora precisamente estará ausente el pícaro bellaco celoso de su marido. Venid á verme luego á la noche, y sabreis el éxito de la entrevista.

VADO. Vuestra amistad será para mí una bendicion. ¿Conoceis por dicha á Vado, caballero?

FALS. ¡Mala landre le pudra á ese pobre diablo de cornudo! No, señor, no le conozco. No obs-

tante, le hago agravio con llamarle pobre; pues dicen que ese pícaro celoso con cuernos tiene el oro á montones, por lo cual me parece muy guapa su mujer. Yo la usaré como si fuera la llave del arca de aquel bribon cornudo, y allí tendré yo mi agosto.

VADO. Quisiera, hidalgo, que conociérais á Vado para esquivarle, si acaso tropezárais con él.

FALS. ¡Mala peste en él, vil plebeyo mantecoso! Me encararé con él hasta sacarle de su juicio; le infundiré respeto con mi porra; colgará como un meteoro encima de sus cuernos. Sí, amigo Arroyo, ya verás cómo logro dominar á ese patán, y tú te acostarás con su mujer. Ven á verme luego á la noche. Vado es un cabron, y yo le voy á dejar aún más acoquinado. Tú, amigo Arroyo, le conocerás por bellaco y cornudo. Ven pronto á verme por la noche. (Váse.)

VADO. ¡Qué maldito pícaro epicureo éste! Mi corazón está á punto de reventar de pura rabia. ¿Quién me dirá ahora que son infundados mis celos? Mi mujer le ha dado una cita; la hora está fijada; todo está ya arreglado. ¡Mirad qué infierno trae consigo una mujer falsa! Profanarán mi lecho, saquearán mis cofres, minarán mi reputacion; y no basta sufrir estos ultrajes; he de aguantar además que me insulte con los dicterios más aborrecibles el mismo que me hace este ultraje. ¡Y qué dicterios! ¡qué palabritas! Amaimon suena bien; Lucifer, bien; Barbason, bien; y no obstante son nombres de demonios, apodos de energúmenos. Pero ¡cornudo! ¡cabron! ¡cornudo! Ni al mismo diablo le ponen tal nombre. Paje es un asno, un asno cabezudo: confía en su mujer; no sabe lo que son celos. Antes que fiarme de mi mujer á solas, fiara mi manteca á un flamenco; mi queso al pastor Hugo, el galés; mi frasco de

aguardiente á un irlandés, ó mi capon andador á un ladron para que me lo paseara. ¡Malditas mujeres! Luego traman mil enredos, luego cavilan, luego discurren, y cuando les dice su alma que son capaces de ejecutar una cosa, la ejecutan aunque les cueste perder el alma. ¡Bendito sea Dios que me dió este genio! Las once es la hora convenida. Lo voy á estorbar; voy á arrancarle la máscara á mi mujer, vengarme de Falstaff y reirme de Paje. Manos á la obra; más vale llegar tres horas ántes, que un minuto despues. ¡Oh, horror! ¡horror! ¡cabron! ¡cornudo! (Váse.)

ESCENA III.

Una pradera cerca de Windsor.

Salen CAIUS y JUAN RUGBY.

CAIUS. ¡Juanito Rugby!

JUAN. ¿Señor?

CAIUS. ¿Qué hora, Juan?

JUAN. Ya pasó de la hora en que el pastor Hugo prometió acudir á la cita.

CAIUS. *Pardieu!* él ha salvado su alma con no haber venido; ha estudiado bien su Biblia con no haber venido. *Pardieu!* Juan, es muerto ya si ha venido.

JUAN. Es prudente, señor; ya sabia él que vuesa-merced le mataria si viniese.

CAIUS. *Pardieu!* el arenque no es tan escabechado como *moi* escabecharle. Toma tu espada, Juan; yo te haré ver cómo le mataré.

JUAN. ¡Ay señor! si no sé usarla.

CAIUS. ¡Oh villanía! ¡Tomar tu espada!

JUAN. Teneos, aquí viene gente.

Salen el POSADERO, POCOFONDO, DELGADO y PAJE.

POSA. ¡Dios te guarde, doctor Roldan!

POCOF. ¡Servidor, señor doctor Caius!

PAJE. ¡Buenos dias, mi buen doctor!

CAIUS. ¡A qué venir vosotros, uno, dos, tres, cuatro?

POSA. A verte batallar, á verte esgrimir, á verte dar un pase ¡huy! á verte aquí, á verte allí; á verte dar esa estocada, ese tajo, ese reves, tu parada, tu montante. ¡Ha muerto, etiope mio? ¡Ha muerto, Bernardo mio? ¡Hola, valenton! ¡Qué me dice mi Esculapio, mi Galeno, mi médula de saúco? ¡Ha muerto, di, guapo mio, ha muerto?

CAIUS. *Pardieu!* que es el más cobarde cura *du monde*; él no enseñar su cara.

POSA. ¡Tú eres don Urinal, rey de Castilla; el mismísimo Héctor de Grecia, por mi vida!

CAIUS. Suplico, señores, sed testigos de que le hemos esperado seis ó siete horas, dos, tres horas, y no venir.

POCOF. Es el más prudente de los dos, señor doctor: él debe curar las almas, vos curais los cuerpos; fuera renegar de vuestras profesiones si os metiérais á reñir. ¿No es verdad, señor Paje?

PAJE. Señor Pocofondo, vos mismo fuisteis allá en vuestros tiempos hombre muy pendenciero; bien que ahora sois juez de paz.

POCOF. Por las llagas de Cristo, señor Paje, aunque viejo y juez de paz, cuando veo una espada desenvainada ya me pican los dedos por dar un quite. Por más que seamos jueces, médicos y eclesiásticos, señor Paje, aún nos queda en el cuerpo un poco de fuego juvenil; somos hijos de mujer, señor Paje.

PAJE. Es verdad, señor Pocofondo.

POCOF. Ya lo verán algun dia, señor Paje. Señor doctor Caius, he venido con objeto de llevaros á vuestra casa. Yo soy juez de paz: os habeis portado como médico prudente, y el pastor Hugo se ha portado como paciente eclesiástico. Es forzoso que os vengais conmigo, señor doctor.

POSA. *Pardon*, señor justicia.—Una palabra, mo-siú Escudriñaorines.

CAIUS. ¿Escudriñaorines? ¿Qué es eso?

POSA. Escudriñaorines en nuestro idioma inglés significa valor, valenton.

CAIUS. Pues entónces yo tengo escudriñaorines como el inglés. ¡Miserable cura roñoso! *Pardieu!* le cortaré las orejas.

POSA. Te circunvalará de firme, tremendon.

CAIUS. ¿Circunvalar? ¿Qué es eso?

POSA. Eso quiere decir que te dará todo género de satisfacciones.

CAIUS. *Pardieu!* yo espero que circunvalará; pues, *pardieu!* yo lo exijo.

POSA. Yo le incitaré á ello, ó se las tendrá que ver conmigo.

CAIUS. Yo daros gracias por eso.

POSA. Y además, guapeton mio... pero ante todo, señor huésped, y vos señor Paje, y lo mismísimo á vos os digo, caballero Delgado, dirigios todos por la poblacion á Frogmore.

(Les habla en voz baja.)

PAJE. ¿El pastor Hugo está allí? no.

POSA. Allí está. Mirad de qué humor se halla, y me llevaré allí al doctor campo traviesa. ¿Os parece bien?

POCOF. Así se hará.

Todos. Adios, querido doctor.

(Vánse Paje, Pocofondo y Delgado.)

CAIUS. *Pardieu!* vamos á matar al cura, pues él habla á Ana Paje en favor de un mequetrefe.

POSA. Mátele un rayo. Envaina tu inquietud, échale agua fría á tu coraje, y vente conmigo por esos campos hácia Frogmore. Yo te llevaré adonde esté Ana Paje festejando en un cortijo, y la harás el amor. ¿Dí en el hito? ¿dije bien?

CAIUS. *Ma foi*, daros gracias por eso, *pardieu!* yo os quiero mucho; y yo os *procurer les bons huéspedes*, los caballeros, los condes, los grandes, mis pacientes.

POSA. Por lo cual yo seré tu adversario con la Ana Paje. ¿Dije bien?

CAIUS. *Pardieu, c'est bien dit*, bien dicho.

POSA. Caminemos, pues.

CAIUS. Sigue mis huellas, Juan Rugby. (Vánse.)

ACTO III.

ESCENA PRIMERA.

Salen el pastor HUGO EVANS, y SIMPLE.

EVANS. Criado del buen señor Delgado, y amigo Simple por tus nombres, te ruego ¿por qué lados has mirado por el señor Caius, que titularse doctor en medicinas?

SIM. A fe, señor, que he mirado hácia el lado del barranco, y hácia el lado del parque, y á todos lados, hácia el lado de Windsor viejo y á todos lados ménos hácia la ciudad.

EVANS. Deseo con muchas vehemencias que mires también hácia ese lado.

SIM. Miraré, señor.

EVANS. ¡Válgame Dios! ¡y qué repletos estoy de cóleras y de estremecimientos de ánimos! Me alegraré si me has engañado. ¡Qué melancolías me entras! Yo te romperé sus orinales en su cabeza, bribon, pícaro médico, en cuanto tengas ocasiones. ¡Válgame Dios!

(Canta.) *A orillas de la fuente
Que corres mansamente
Con sonoro murmullo,*

*Al que con blando arrullo
Y gorjeo silabe
Respondes tierna el ave,
Hagamos dulce cama
Sobre la verde grama,
Y entre las gayas flores
Que viertes mil olores.
A orillas...*

¡Oh mísero de mí! siento grandes disposiciones de llorar.

(Canta.) *Respondes tierna el ave...
Sentado en Babilonia...
Y entre las gayas flores.
A orillas...*

SIM. Allá viene el doctor Caius, por ese lado.
EVANS. Seas bien venido.

(Canta.) *A orillas de la fuente
Que corres mansamente...*

¡Dios proteja al justo! ¿Qué armas lleva?
SIM. No lleva arma ninguna, señor. Allí viene mi amo con el señor Pocolondo y otro caballero, del lado de Frogmore; ahora cruzan la vereda por aquel lado.

EVANS. Ruégote, dame mi vestuario, ó nó, guardas en brazos.

Salen PAJE, POCOFONDO y DELGADO.

POCOF. ¿Qué tal, señor pastor? Buenos dias, pastor Hugo. Tened á un jugador apartado de los dados y á un estudiante aplicado apartado de sus libros, y diré que haceis milagros.

DELG. (Aparte.) ¡Oh dulce Ana Paje!

PAJE. Dios os guarde, querido pastor.

EVANS. El bendigas á todos en sus grandes misericordias.

POCOF. ¡Cómo! ¡la espada y la Biblia! ¡Las estudiais á la vez, señor pastor?

PAJE. ¡Y siempre tan juvenil! ¡A cuerpo en un dia tan crudo y reumático!

EVANS. Tienes sus causas y razones.

PAJE. Venimos á haceros una buena obra, señor pastor.

EVANS. Muy bien. ¿Qué es?

PAJE. Allí hay un señor muy respetable, el cual, habiendo recibido sin duda algun agravio de otra persona, está á regañadientes con su propia gravedad y paciencia.

POCOF. He vivido ya ochenta años y más en este mundo, y no he visto nunca á un hombre de su posicion, gravedad y saber, olvidarse de ese modo del respeto debido á su propia persona.

EVANS. ¿Quién es?

PAJE. Creo que le conoceis: es el señor doctor Caius, el renombrado médico francés.

EVANS. ¡Voluntad de Dios, y su pasion de mi corazon! Tan gustoso me fueras que me hablaras de pucheros de sopa.

PAJE. ¿Y eso?

EVANS. Ese no tiene más conocimientos de Hipócrates y Galeno... y es además un embustero bellaco; tan pícaro cobarde como pudieras desear.

PAJE. Os apuesto cualquier cosa que este es el hombre que debia batirse con el doctor.

DELG. (Aparte.) ¡Oh dulce Ana Paje!

POCOF. Así parece, á juzgar por sus armas. No lo solteis. Aquí viene el doctor Caius.

Salen el POSADERO, CAIUS y JUAN RUGBY.

- PAJE. Vamos, señor pastor, dejad esa espada.
 POCOF. Y vos la vuestra tambien, querido doctor.
 POSAD. Desarmadlos y dejadlos discutir; que reserven sus propios miembros y hagan trizas nuestra lengua.
 CAIUS. *Je vous prie*, yo ruego, dejad que os diga una *parole* al oido. ¿Por qué no acudir vuesa-merced al *rendezvous*?
 EVANS. (Aparte á Caius.) Os suplico, armaos de paciencia un poco, y sea en buen hora.
 CAIUS. *Pardieu!* vos sois el cobarde, el mequetrefe, el gallina.
 EVANS. (Aparte á Caius.) Os ruego no seas hazmereir de estas gentes; yo os profeso amistades, y de unas maneras ó de otras os daré satisfacciones. (Alto.) Os romperé los orinales en tus cabezas por haber faltado á la cita, embustero bellaco.
 CAIUS. *Diable!* Juan Rugby, *mon hôte de la Jarretière*, ¿no estar yo esperando ese cobarde mequetrefe en el lugar de la cita?
 EVANS. Como soy almas cristianas este es el lugar de la cita; pido que hagais justicia el señor posadero de Jarreteras.
 POSAD. Haya paz, Galia y Gáles, galo y galés, cura-almas y cura-cuerpos.
 CAIUS. ¡Oh, estar muy bueno, *charmant!*
 POSAD. ¡Silencio, digo! y prestad atencion al posadero de la Jarretera. ¿Soy yo político? ¿soy yo sutil? ¿soy yo un Maquiavelo? ¿He de consentir que me maten á mi médico? No, él me suministra las pociones y las emociones. ¿He de consentir que me degüellen á mi eclesiástico, á mi clérigo, á mi pastor Hugo? No, él me explica los proverbios y los no-verbios. Dame esa mano, terrenal; dame la tuya, celestial. Así. Hijos del arte, os he burlado á entrambos; os he citado

para lugares distintos. Vuestros corazones son grandes, vuestras pieles están sanas, y sea el resultado una broma de Canarias. Vamos, llevad esas espadas á la casa de préstamos. Seguidme, hombres de paz, seguidme.
 POCOF. ¡Vive Dios, que es chistoso este posadero! Sigámosle, caballeros.

(Vánse Pocofondo, Delgado, Paje y el Posadero.)

- CAIUS. ¡Hola! *qu'est ce que j'aperçois?* ¿Nos habeis engañado, ah, ah?
 EVANS. Eso sí que está bien: ¿nos tiene por primo! Os deseo que hagamos amistades; y demos de cabezadas para tomar venganzas de este compañero ruin, roñoso y embustero, este posadero de Jarreteras.
 CAIUS. *Pardieu*, con toda mi alma. El prometer llevarme adonde estaba Ana Paje; *ma foi*, él engañarme tambien.
 EVANS. Yo romperéle los cascós. Os ruego que me sigas. (Vánse.)

ESCENA II.

Una calle de Windsor.

Salen la SEÑORA PAJE y ROBIN.

- SRA. PAJE. Vamos, adelante, siempre adelante, jóven galan. Antes solias ir detrás, pero ahora eres tú el que guia. ¿Cuál te gusta más? ¿dirigir mis ojos, ú ojear los calcañales de tu amo?
 ROB. Por fuerza ha de serme más gustoso ir delante de vos como un hombre, que detrás de él como un enano.
 SRA. PAJE. ¡Oiga, oiga, el aduladorzuelo! Ya veo que llegarás á ser cortesano algun dia.

Sale VADO.

VADO. Seais muy bien hallada, señora Paje. ¿A dónde bueno caminais?

SRA. PAJE. A fe, hidalgo, á ver á vuestra mujer. ¿Está en casa?

VADO. Sí, por cierto; y tan ociosa por falta de compañía que no sabe qué hacerse. Creo que si os quedárais viudas os volveríais á casar.

SRA. PAJE. Tenedlo por seguro; al instante, con otros dos maridos.

VADO. ¿En dónde habeis dado con este lindo pajecillo?

SRA. PAJE. No sé cómo diantre se llama la persona de quien lo tuvo mi marido. ¿Cómo se llama tu amo, rapaz?

ROB. Don Juan Falstaff.

VADO. ¡Conque don Juan Falstaff!

SRA. PAJE. Cosa rara; nunca puedo acordarme de su nombre. Son muy íntimos mi marido y él. Pero de véras ¿está vuestra mujer en casa?

VADO. Sí á fe.

SRA. PAJE. Con vuestro permiso; me muero por verla. (Vánse la señora Paje y Robin.)

VADO. ¿Pero está en su sano juicio ese Paje? ¿Tiene ojos en la cara? ¿Le queda algun sentido á ese hombre? Sin duda los debe tener aletargados; no sabe hacer uso de ellos. ¡Pues digo! tan capaz será ese rapazuelo de llevar una carta, aunque sea á una distancia de siete leguas, como un cañon de dar siete docenas de veces en el blanco. No parece sino que él mismo lo va disponiendo todo á gusto y capricho de su mujer; da aliento y ocasion á su locura. Y ahora va á ver á mi mujer; ¡y va con ella el paje de Falstaff! A fe mia que ya se conoce que arrecia la tormenta en el zumbido del aire. ¡Y va con ella el paje de Falstaff! Bien lo han tramado.

Nada, nuestras dos mujeres se van á condenar juntas. ¿Sí? Pero le voy á pescar; luego daré tormento á mi mujer; arrancaré del rostro de la señora Paje, al parecer tan beata, el prestado velo de modestia con que se cubre, pregonaré al mismo Paje por un sándio, confiado y cabezudo Acteon, y estoy seguro que todos los vecinos me aplaudirán este proceder violento. (Se oye dar la hora.) El reloj me da la señal, y la confianza me anima á proseguir con mis pesquisas. Antes que hacerme burla, me elogiarán por esto; pues es cosa tan segura como que está firme la tierra, que está Falstaff allí. Vamos allá.

Salen PAJE, POCOFONDO, DELGADO, el POSADERO, el pastor HUGO EVANS, CAIUS y JUAN RUGBY.

TODOS. Bien hallado, señor Vado.

VADO. ¡Oh! ¡qué brava compañía! Buen festin tenemos hoy en casa; os ruego, venid á comer conmigo, venid todos.

POCOF. Permitid, señor Vado, que no acepte vuestra invitacion.

DELG. Ni yo tampoco, hidalgo. Nos han convidado á comer hoy en casa de la señora Ana Paje, y no faltaria á la palabra que le he dado por todo el oro que pudierais nombrar.

POCOF. Há tiempo que tratamos de concertar una boda entre Ana Paje y mi sobrino Delgado, y hoy aguardamos la contestacion.

DELG. Cuento con vuestro consentimiento, querido padre Paje.

PAJE. Podeis contar con él, señor Delgado; yo soy todo vuestro; pero lo que es mi mujer está de parte vuestra, señor doctor.

CAIUS. Sí, *pardieu!* Y la doncella me quiere; mi ama la dueña Siemprelista me lo asegura.

POSAD. ¿Y qué os parece el jóven hidalgo Fenton? ¿No brinca ese mozo, no danza, no tiene ojos claros y vivos, no tañe coplas, no echa flores y perfumes de abril y mayo, eh? El se la llevará; la fortuna le protege: él se la llevará.

PAJE. No con mi consentimiento, os aseguro. Ese mancebo tiene poca hacienda. Anduvo mucho en compañía del turbulento príncipe Enrique, y Poin (1); no, lo que es ese no ha de echarse ningún nudo en su fortuna con el dedo de mi hacienda. Si se la lleva, se la llevará sin dote; los bienes que poseo dependen de mi consentimiento, y mi consentimiento no se inclina hácia ese lado.

VADO. Os ruego, señores, que me acompañeis á comer, ya que no todos, algunos de vosotros. Además de la comida os tengo preparado una diversion: os enseñaré un monstruo. Señor doctor, vos al ménos vendreis conmigo; y vos, señor Paje, y vos, pastor Hugo.

POCOF. Pues id con Dios; así tendremos más lugar de adelantar nuestras gestiones matrimoniales en casa del señor Paje. (Vánse Pocofondo y Delgado.)

CAIUS. Véte á casa, Juan Rugby; yo voy *tout de suite*, en seguida. (Váse Juan Rugby.)

POSAD. ¡Adios! mis bravos mozos. Yo me iré en busca del honrado caballero don Juan Falstaff, y beberemos juntos un frasco de Canarias.

(Váse.)

VADO. (Aparte.) Se me antoja que ántes de eso le haré yo beber un trago de veneno. Esta vez bailará al son que yo le taña.

Todos. Vamos á ver ese monstruo. (Vánse.)

(1) El príncipe Enrique, y Poin, personajes que figuran en el drama histórico ENRIQUE IV, en que sale también Falstaff.

ESCENA III.

Un aposento de la casa de Vado.

Salen la señora VADO y la señora PAJE.

SRA. VADO. ¡Eh! ¡Juan! ¡eh! ¡Roberto!

SRA. PAJE. ¡Vivos! ¡vivos! ¿Está la canasta?

SRA. VADO. Ya lo creo. ¡Eh! ¡Robin, oye!

Salen CRIADOS con una canasta.

SRA. PAJE. Vamos, vamos.

SRA. VADO. Dejadla aquí.

SRA. PAJE. Dí á tus criados lo que han de hacer; es menester que nos demos prisa.

SRA. VADO. Conque ya lo sabeis; vosotros, Juan y Roberto, como os dije ántes, os tendreis prevenidos en la cervecería de enfrente; cuando de repente os llamare, entrad, y al instante y sin titubear cargad esta canasta en vuestros hombros. Esto hecho, llevadla de prisa y corriendo al lavadero de la pradera de Blatchet, y vaciadla en la zanja cenagosa á orilla del Támesis.

SRA. PAJE. ¿No dejareis de hacerlo?

SRA. VADO. Se lo he repetido cien veces; ya saben lo que han de hacer. Idos, y acudid cuando os llame. (Vánse los criados.)

SRA. PAJE. Aquí viene Robinito.

Sale ROBIN.

SRA. VADO. ¿Qué tal, bribonzuelo? ¿Qué nos traes de nuevo?

ROB. Mi amo, don Juan, ha entrado por la puerta trasera, y desea verse con vos.

SRA. PAJE. ¿Tú, bobaliconcillo, nos has sido fiel?

ROB. Sí tal, os lo puedo jurar. Mi amo ignora que vos estais aquí, y me ha amenazado con darme eterna libertad si os dijese una palabra; pues jura que me echará á la calle.

SRA. PAJE. Eres buen muchacho; tu sigilo te hará las veces de sastre, y te cortará una chupa y unas calzas nuevas. Yo me escondo.

SRA. VADO. Hazlo.—Vé y dí á tu amo que estoy sola. (Váse Robin.) Amiga, no descuides tu papel.

SRA. PAJE. No temas nada. Si no lo represento bien, sílbame. (Váse.)

SRA. VADO. ¡Animo, pues! Ya le daremos una leccion á esta hidropesia infecta, á esta calabaza acuosa; ya le enseñaremos á distinguir una tórtola de un grajo.

Sale FALSTAFF.

FALS. ¡Te tengo, por fin, mi joya celestial? ¡Oh, dejad que me muera en este instante, pues har- to he vivido; esta es la meta de mi ambicion! ¡Ay! ¡hora feliz!

SRA. VADO. ¡Oh querido don Juan!

FALS. Señora Vado, yo no sé adular, yo no sé discre- tear, señora Vado. Voy á cometer un crimen con declararte mi deseo; pero quisiera que tu esposo fuera cadáver; se lo diré en cara al más alto: te haria mi *lady* (1).

SRA. VADO. ¡Yo vuestra *lady*, don Juan! Ah, no soy digna de honra tanta.

FALS. Que me enseñen otra semejante en la córte de Francia. Ya veo cómo competirian esos ojos con el fulgor del diamante. Tu hermosura es- triba precisamente en esa hechicera caída de

(1) *Lady* es el tratamiento que se da en Inglaterra á la mujer de todo noble, desde caballero para arriba; no tiene correspondencia exacta en castellano.

cejas que da tanto realce á cualquier adorno, á la marinera, á la amazona, ó cualquier adorno de moda veneciana.

SRA. VADO. Una toca modesta, don Juan, es lo único que sienta bien á mi cara; y ni aun esa perfectamente.

FALS. ¡Vive Dios, que es delito de lesa majestad lo que acabas de decir! Harias una cortesana perfecta; y ese firme aplomo de tu pié presta- ria soberbio donaire á tu porte, sobre todo lle- vando guardainfante semicircular. Ya colum- bro lo que tú pudieras ser, si la fortuna no te fuera adversa, ya que naturaleza te es amiga. Vamos no lo puedes ocultar.

SRA. VADO. Tened por cierto que no tengo nada de eso.

FALS. ¡Pues por qué me he prendado de tí? Que eso te persuada que hay algo extraordinario en tí. Vamos, yo no sé adular y decir que eres esto y lo otro, como haria ceceando más de un pimpollo de Abril, de esos que parecen mujeres disfrazadas de hombres, y huelen á droguerías en tiempo de recoleccion. Yo no sé hacer eso; pero te adoro, á tí, á tí nada más; y lo mereces.

SRA. VADO. ¿No me engañais? Me temo que os gusta mucho la señora Paje.

FALS. Créeme, como estar en la cárcel por deu- das, que es cosa que aborrezco como el humo de una calera.

SRA. VADO. En fin, Dios sabe con qué extremos os quiero yo, y vos lo sabreis algun dia.

FALS. Permanece constante en ese propósito; sabré merecerlo.

SRA. VADO. ¡Oh! debo confesar que ya lo mere- ceis; de otra suerte no abrigara semejante pro- pósito.

ROB. (Dentro.) ¡Señora Vado, señora Vado! Aquí está la señora Paje dando golpes en la puerta,

sudando y sin aliento, y toda turbada, y dice que es preciso que os hable al momento.

FALS. No quiero que me vea; me esconderé detrás de los tapices.

SRA. VADO. Hacedlo, por Dios; es muy chismosa esa mujer. (Falstaff se esconde.)

Vuelven á salir la señora PAJE y ROBIN.

¿Qué ocurre? ¿qué hay?

SRA. PAJE. ¡Ay señora Vado, y qué habeis hecho! Estais deshonrada, perdida, arruinada para siempre.

SRA. VADO. ¿Qué podrá ser? Sepamos, querida señora Paje.

SRA. PAJE. ¡Está bien, sí, muy bien, señora Vado! teniendo un marido tan bueno como el vuestro, darle tal motivo de sospecha.

SRA. VADO. ¿Pero cómo motivo de sospecha?

SRA. PAJE. ¿Cómo motivo de sospecha, hola? ¡Habrás visto descaros! ¡Cuán otra te juzgaba!

SRA. VADO. ¡Triste de mí! Pero dime: ¿qué es ello?

SRA. PAJE. Tu marido viene flechado hácia aquí, mujer, con todos los alguaciles de Windsor tras él á buscar á un caballero que dice que está en su casa con anuencia tuya, y que se aprovecha ilegítimamente de su ausencia. ¡Oh, estás perdida!

SRA. VADO. No será verdad, espero.

SRA. PAJE. Dios quiera que no sea verdad que tengas escondido aquí á ese hombre: pero ten por seguro y ciertísimo que tu marido viene y tras él medio Windsor, en busca de ese hombre. Me adelanté para avisártelo. Si tienes limpia la conciencia, vamos, me alegraré; pero si tienes escondido aquí á algun amigo, despáchale en seguida, pronto. No te aturdas; ten serenidad y defiende tu reputacion, ó despídete para siempre de tu vida honrada.

SRA. VADO. ¿Qué he de hacer? En efecto, hay un caballero en casa, amigo mio muy querido; y lo que me desazona, no es tanto mi deshonra como su peligro. ¡Diera mil libras por verle fuera de aquí!

SRA. PAJE. ¡Pero, mujer! ¡por Dios! no te estés ahí con «¡diera mil libras!» y «¡diera mil libras!» Tu marido está en el zaguan; discurre pronto algun medio de sacar á ese hombre; en casa no lo puedes ocultar. ¡Oh, cuán otra te juzgaba! Mira, aquí hay esta canasta; si es de estatura razonable bien podrá acurrucarse en ella, y le echaremos ropa súcia encima, como si fuera á lavar; ó bien... sí, hoy es dia de colada... que le lleven tus criados á la pradera de Datchet.

SRA. VADO. Es mucho hombre para que quepa allí. ¿Qué hacer, Dios mio?

FALS. (Saliendo de su escondite.) ¡A ver, á ver, por Dios, á ver! Me meto en ella; ¡qué diantre! me meto en ella. Seguid el consejo de vuestra amiga. Yo me zampo en ella.

SRA. PAJE. ¡Hola, señor don Juan! ¿Conque en esto paran vuestras cartas, caballero?

FALS. Te adoro; pero ayúdame á salir de aquí. Dejad que me meta. ¡Como yo vuelva!...
(Se mete en la canasta; ellas le tapan con ropa súcia.)

SRA. PAJE. ¡Rapaz! ayúdanos á tapar á tu amo. Llama á tus mozos, amiga.—¡Habrás visto, pícaro traidor!

SRA. VADO. ¡Eh! Juan, Roberto, Juan. (Vase Robin.)

Vuelven á salir los CRIADOS.

¡Pronto! cargad con esta ropa. ¿Dónde está el palo? ¡Cuidado con gandulear! ¡Volando con ella á casa de la lavandera, que vive en la pradera de Datchet. ¡Listos, vamos!

Salen VADO, PAJE, CAIUS y el pastor HUGO EVANS.

VADO. Entrad, os ruego. Si es infundada mi sospecha, haced burla de mí, sírvaos de mofa y escarnio; lo tendré merecido.—¿Qué es eso? ¿A dónde llevais esa canasta?

CRiado. ¿A dónde? Al lavadero.

SRA. VADO. ¡Esto faltaba! ¿Y á tí qué te importa á donde la llevan? Mézclate ahora tambien en asuntos de lavado

VADO. ¡Asuntos de lavado! Sí, ya quisiera yo lavarme de este asunto. ¡Asunto! ¡sí! ¡ya verás tú en lo que pára el asunto! (Vánse los criados con la canasta.) Hidalgos, sabed que he soñado anoche; os contaré mi sueño. Aquí, aquí están mis llaves: recorredlo todo; registrad, buscad, indagad; ya vereis cómo damos con el zorro. Primero cerrémosle el paso por aquí. (Cierra la puerta con llave.) Ahora, á buscar.

PAJE. Buen amigo Vado, os haceis ultraje á vos mismo.

VADO. Teneis razon, señor Paje. Arriba, caballeros; ya vereis qué diversion se os prepara. Seguidme, hidalgos. (Váse.)

EVANS. Esto es verdaderos fantásticos humores y celosías.

CAIUS. *Pardieu!* no es la moda de Francia; en Francia no celosos.

PAJE. Pero sigásmosle, caballeros; veamos el resultado de su pesquisa. (Vánse Paje, Caius y Evans.)

SRA. PAJE. Esta es una diversion régia y doble.

SRA. VADO. No sé cuál me alegra más; el engaño de mi marido ó el de don Juan.

SRA. PAJE. ¡Cómo se le pondrian las magras cuando oyó preguntar á tu marido lo que habia en la canasta!

SRA. VADO. Sospéchome que le debe hacer buena

falta un baño; y le haremos un beneficio con echarle al agua.

SRA. PAJE. ¡Mal haya el pícaro bribon! Quisiera que cuantos piensen como él estuviesen en el mismo aprieto.

SRA. VADO. Creo que mi marido debe tener algun motivo especial para sospechar que estaba aquí Falstaff, pues nunca le he visto tan tenaz en sus celos como hoy.

SRA. PAJE. He de armar una treta á fin de averiguarlo; y no será éste el último escarmiento que le demos á Falstaff. La fiebre disoluta que le acosa no cederá con este primer remedio.

SRA. VADO. ¿Te parece que le enviemos aquella buena pieza, la dueña Siemprelista, para disculparnos de lo de la zambullida, y le demos nueva esperanza para atraerle á nuevo castigo?

SRA. PAJE. Sí, hagamos eso. Citémosle para mañana á las ocho para darle una disculpa.

Vuelven á salir VADO, PAJE, CAIUS y el pastor HUGO EVANS.

VADO. Vamos, no doy con él. Tal vez el bribon se jactó de cosa que era superior á sus fuerzas.

SRA. PAJE. (Aparte á la señora Vado.) ¿Oiste eso?

SRA. VADO. ¿Y dirás todavía que me tratas bien, marido?

VADO. Sí que te trato bien.

SRA. VADO. ¡Dios te haga mejor que tus pensamientos!

VADO. ¡Amén!

SRA. PAJE. Os haceis injusto agravio, señor Paje.

VADO. ¿Qué le hemos de hacer? ¡Paciencia!

EVANS. Si hay álguien en casa, y en aposentos, y en cofres, y en alacenas, Dios perdones mis pecados en dias de juicio.

CAIUS. *Pardieu!* yo tampoco. No hay nadies.

PAJE. ¡Oh qué oprobio, señor Vado! ¡Pero no os

da vergüenza? ¿Qué mal espíritu, qué demonio os sugiere estas fantasmas? No quisiera tener vuestro genio celoso por todo el oro que encierra el castillo de Windsor.

VADO. La culpa es mía, señor Paje, y yo sufro las consecuencias.

EVANS. Sufres por tener malas conciencias. Vuestra mujer es mujer tan honrada como pudieras desear entre cien mil, y hasta entre diez mil.

CAIUS. *Pardieu!* yo veo que es honrada mujer.

VADO. En fin, yo os prometí una comida. Venid, iremos ahora á pasear por el parque. Os ruego que me perdoneis; luego os diré por qué motivo hice esto. Ven, mujer; venid, señora Paje. Os pido perdon, perdon mil veces.

PAJE. Vamos, hidalgos; pero os juro que nos hemos de divertir á costa suya. Os convido mañana á almorzar en mi casa; despues iremos á cazar pájaros. Tengo un hermoso alcotan. ¿Queremos en eso?

VADO. Cualquier cosa.

EVANS. Si hay unos, yo soy dos.

CAIUS. Si hay uno ó dos, *moi ser troizième.*

VADO. Vamos, os ruego señor Paje.

EVANS. (A Caius.) Os ruego tengas memorias mañana de ese pícaro roñoso de posadero.

CAIUS. Eso es bueno; *pardieu! de toute mon âme.*

EVANS. ¡Pícaro roñoso, vienes con mofas y burlas!
(Vánse.)

ESCENA IV.

Un aposento de la casa de Paje.

Salen FENTON y ANA PAJE.

FENT. No logro, no, la vénia de tu padre.

Por tanto, Anita, á él más no me remitas.

ANA. ¿Qué hacer entónces!

FENT. Sé tú más resuelta.

Dice tu padre que mi estirpe es noble,
Mi hacienda ruin, merced á mis locuras;
Y que al pedir tu mano, sólo pienso
En subsanar mi falta con sus sobras.
Y otras mil trabas pone en mi camino;
Mi incuria, mis desórdenes pasados,
Mis locas amistades; y asegura
Que es imposible que te quiera, Anita,
Sino por tu dinero.

ANA. Acaso acierte.

FENT. ¡No, así en lo porvenir me ayude el cielo!
Aunque confieso que el primer motivo
Que á requebrarte me movió, mi prenda,
Fué la riqueza de tu padre. Empero
Al requebrarte vi que tú valías
Más que en talegos montes de oro puro.
Al íntimo tesoro que en tí encierras
Es á lo que hora aspiro.

ANA. ¡Oh noble amigo!
Buscad, no obstante, de mi padre, os ruego,
La voluntad; buscad su vénia siempre.
Si humilde ruego, si ocasion propicia
No fueran parte á conseguirla, entónces...
Pero escuchad, venid conmigo á un lado.
(Hablan aparte.)

Salen POCOFONDO, DELGADO y la dueña SIEMPRE-LISTA.

POCOF. Interrumpid su plática, dueña; mi sobrino hablará por sí.

DELG. Haré de tripas corazon. ¡Qué diantre! no es más que atreverse.

POCOF. No te acobardes.

DELG. ¿Yo dejarme acobardar por ella? No; no es eso lo que me apura, sino que tengo miedo.

DUEÑA. Oid, si os place: el señor Delgado quisiera deciros una palabra.

ANA. Voy. (Aparte.) ¡Dios! el protegido de mi padre.
 ¡Qué cúmulo soez de torpes faltas
 Parece hermoso visto por el prisma
 De cuatrocientas libras anüales!

DUEÑA. ¡Y cómo le va al buen señor Fenton? Oid
 una palabra, os ruego.

POCOF. Ya viene; á ella, sobrino, ¡oh chico! tuviste
 un padre.

DELG. Tuve un padre, señora Ana; mi tío os con-
 tará lindas cosas de él. Os ruego, tío, que le
 conteis á la doncella Ana la broma aquella,
 cuando mi padre robó dos gansos de un corral.

POCOF. Señora Ana, mi sobrino os ama.

DELG. Sí por cierto, tanto como á cualquiera mu-
 jer del condado de Gloster.

POCOF. Y os mantendrá como una marquesa.

DELG. Sí por cierto; sin exceder los límites de mi
 clase.

POCOF. Y os señalará una viudedad de ciento cin-
 cuenta libras.

ANA. Querido señor Pocolondo, dejad que corteje
 por sí.

POCOF. A fé mia, os doy mil gracias por ese con-
 suelo. Te llama, sobrino; yo os dejo á solas.

ANA. Conque, señor Delgado...

DELG. Conque, señorita Ana...

ANA. ¡Cuál es vuestra voluntad?

DELG. ¡Mi voluntad! ¡Mi última voluntad? ¡Eso sí
 que es gracioso! Todavía no he pensado en ha-
 cer mi testamento, gracias á Dios. No soy yo de
 complexion tan enclenque, loado sea su nombre.

ANA. Quiero decir, ¿qué es lo que deseais de mí?

DELG. A fé, lo que es por mi parte poco ó nada
 deseo de vos. Vuestro padre y mi tío son los
 fautores de esto: si fuera mi suerte lograros,
 bien; si no, feliz aquel que os logre. Ellos os
 podrán decir cómo anda la cosa mejor que yo.
 Podeis preguntar á vuestro padre; aquí viene.

Salen PAJE y la señora PAJE.

PAJE. Muy bien, señor Delgado. Amale, hija.
 ¿Señor Fénton aquí? ¿Qué es esto, hidalgo?
 Me haceis agravio con rondar mi casa.
 Os dije que está dada ya mi hija.

FENT. Tened paciencia os ruego, señor Paje.

SRA. PAJE. No importuneis á mi hija, hidalgo
 [Fénton.]

PAJE. No es para vos.

FENT. ¿Quereis prestarme oído?

PAJE. No, buen hidalgo.—Amigo Pocolondo,
 Venid; venid, señor Delgado, adentro.
 Sabiendo vos cual pienso es ofenderme
 Mostraros tan rebelde, hidalgo Fénton.
 (Vánse Paje, Pocolondo y Delgado.)

DUEÑA. Habladle á la madre.

FENT. Señora, por favor, prestadme oído.
 Queriendo como quiero á vuestra hija
 Con tan sincero amor, con fé tan pura,
 A pesar de estas trabas y reproches,
 Y hollando la costumbre, me es forzoso
 Adelantar constante en esta empresa,
 No retirarme: imploro vuestro auxilio.

ANA. Madre, no me caseis con ese necio.

SRA. PAJE. No pienso tal; otro mejor te guardo.

DUEÑA. Ese es mi amo, el señor doctor.

ANA. ¡Ay! ántes que eso hundidme viva en tierra.
 Y apedrãdme hasta morir con nabos.

SRA. PAJE. No te preocupe tanto.—Señor Fénton,
 No os quiero ser ni amiga ni enemiga;
 Indagaré si os ama mi hija, y cómo.
 Luego obraré, segun la encuentre á ella.
 En tanto, hidalgo, adios. Es fuerza que éntre,
 O se expondrá al enojo de su padre.

FENT. Señora, Dios os guarde. Adios, Anita.
 (Vánse la señora Paje y Ana.)

DUEÑA. No direis ahora que esto no es obra mia.

«Qué, le dije, ¿quereis arruinar á vuestra hija casándola con un necio ó con un médico? Poned los ojos en el señor Fenton.» Todo esto es obra mia.

FENT. ¡Gracias! Te ruego que esta noche á Ana Des este anillo; de ello en pago, toma.

DUEÑA. ¡Ahora de véras digo que te dé fortuna el cielo! (Váse Fenton.) A fe que tiene buen corazon este caballero. ¿Qué mujer no seria capaz de arrostrar peste y hambre por un galan de tan buen corazon? Pero, sin embargo, quisiera que mi amo lograrse á la doncella Ana; ó que la lograrse el señor Delgado; ó que la lograrse el señor Fenton, á fe mia. Haré lo que pueda por los tres, pues así se lo he prometido, y he de cumplir mi palabra; y sobre todo con el hidalgo Fenton. Ahora me acuerdo que tengo que llevar un recado á don Juan Falstaff de parte de mis dos amas. Y yo ¡bestia de mí! me estoy aquí con esta calma. (Váse.)

ESCENA V.

Un aposento de la posada de la Jarretera.

Salen FALSTAFF y BARDOLF.

FALS. ¡Oye, Bardolf!

BARD. ¿Señor?

FALS. Anda y tráeme un frasco de Canarias; échale una tostada. (Váse Bardolf.) ¿Quién me habia de decir que yo habia de verme llevado en una canasta como una carga de tripas del madero, y zambullido luego en el Támesis? ¡Vive Dios! como me vuelvan á jugar otra partida como esta, haré que me saquen los sesos y que los unten de manteca, y se los daré como aguinado á un perro. Los bellacos me echaron al

rio con la misma frescura con que hubieran ahogado unos cachorrillos ciegos, quince de una lechigada; y ya podeis juzgar por mi volumen que tengo cierta propension á irme á fondo; aunque fuera el cauce del rio más profundo que el mismo infierno, hasta abajo me iria. A no ser por lo arenosa y enjuta de la orilla, hubiera fenecido ahogado; muerte que aborrezco, pues el agua suele hinchar al muerto; ¿y dónde diablos iria yo á parar con este volumen si me inflasen? Me hubiera convertido en una montaña de momia.

Vuelve á salir BARDOLF con el Canarias.

BARD. Ahí está la dueña Siemprelista, señor, que os desea hablar.

FALS. Venga; echémosle un poco de Canarias al agua del Támesis, pues mis tripas están tan heladas, que no parece sino que me he tragado bolas de nieve como píldoras para refrescarme los riñones. Que éntre.

BARD. ¡Adelante, mujer!

Sale la DUEÑA SIEMPRELISTA.

DUEÑA. ¿Hay permiso? Os pido mil perdones; Dios guarde á vuesamerced.

FALS. Quita estos cálices. Vé y prepárame un jarro de Canarias, como á mí me gusta.

BARD. ¿Con huevos, señor?

FALS. Neto, sin nada: no quiero esperma de gallo en mi bebida. (Váse Bardolf.) ¿Qué tenemos?

DUEÑA. ¡Ay don Juan! vengo á veros de parte de la señora Vado.

FALS. ¡La señora Vado! Estoy harto ya de vados; me han hecho pasar por el vado; tengo las tripas llenas de vado.

DUEÑA. ¡Ay! ¡hora menguada! No fué culpa de ella, la pobre. Si viérais qué enfadada está con los mozos; se equivocaron de *ereccion*.

FALS. Y yo tambien, al fiarme en la promesa de una necia mujer.

DUEÑA. Pero ella lo lamenta tanto, don Juan, que os daría lástima el verla. Su marido va hoy á caza de pájaros, y ella quisiera que fuérais á verla otra vez entre ocho y nueve. Es menester que la lleve la contestacion al momento. Ella se dará maña para disipar vuestro enojo, os aseguro.

FALS. En fin, la iré á ver; díselo, y dile tambien que se haga cargo de lo que es un hombre; que considere cuánta es su flaqueza, y juzgue luego de mis méritos.

DUEÑA. Se lo diré.

FALS. Díselo. ¿Entre nueve y diez, no es eso?

DUEÑA. Ocho y nueve, señor.

FALS. Bien, vé con Dios; no faltaré.

DUEÑA. Quedad con él, don Juan. (Váse.)

FALS. Me extraña que no haya venido el señor Arroyo. Me mandó decir que le esperase en casa. Me sabe bien su dinero. Hola, aquí viene.

Sale VADO.

VADO. Dios os guarde, hidalgo.

FALS. Hola, señor Arroyo; vendreis á saber, sin duda, lo que ha pasado entre mí y la mujer de Vado.

VADO. Ese es, en efecto, don Juan, el asunto que aquí me trae.

FAL. Señor Arroyo, no os quiero mentir: estuve en su casa á la hora convenida.

VADO. ¿Y os salió bien, don Juan?

FAL. Picaramente, os aseguro, amigo Arroyo.

VADO. ¿Y eso? ¿Había mudado de propósito?

FAL. No, señor Arroyo; sino que el desdichado cornudo de su marido, amigo Arroyo, atormentado constantemente por la furia de los celos, se coló en casa en el momento mismo en que se verificaba nuestro encuentro, despues de habernos abrazado, besado, protestado mutuo amor, y como quien dice, despues de haber recitado el prólogo de nuestra comedia, seguido de un tropel de gentecilla, compañeros suyos, llevados allí y como instigados por su demencia, con objeto, nada ménos, de registrar la casa y buscar al amante de su mujer.

VADO. ¿Cómo? ¿miétras vos estabais allí?

FALS. Sí, miétras yo estaba allí.

VADO. ¿Y qué? ¿os buscó acaso y no os halló?

FALS. Escuchad. Quiso mi buena suerte que á la sazón pasase por allí una tal señora Paje, quien nos dió aviso de la próxima llegada de Vado; y á sugestion suya, y en medio de la distraccion de la mujer de Vado, me sacaron en una canasta de ropa sucia.

VADO. ¿En una canasta?

FALS. Sí, ¡vive Dios! en una canasta. Y allí me atracaron con camisas sucias, delantales, calcetines, medias sucias, servilletas grasientas, que juntamente, amigo Arroyo, formaban la mezcolanza más nauseabunda de pestíferos olores que jamás ofendió nariz.

VADO. ¿Y cuánto tiempo estuvisteis metido en ella?

FALS. Oh, ya oireis, señor Arroyo, sabreis lo que he sufrido por traer á mal camino, en provecho vuestro, á esa mujer. Estando yo embutido de esta suerte en la canasta, llamó la mujer de Vado á dos mozos, dos siervos de ese infeliz cornudo, para que me llevasen como ropa sucia á la pradera de Datchet; me cargaron en hombros, y al salir por la puerta, tropezaron con el pícaro celoso de su amo, el cual les preguntó

más de una vez que qué llevaban en aquella canasta. Yo me estremecí de miedo, temiendo que al lunático bribon le diera la ocurrencia de registrar la canasta; pero la suerte, que para cornudo le tenia reservado, detuvo su mano. Notad ahora lo que sigue, señor Arroyo. Sufrí las ansias de tres muertes distintas: primero, un susto tremendo, el de ser descubierto por un morueco rancio y celoso; luego, ser empaquetado como una hoja de Toledo en la circunferencia de un medio celemin, pomo con punta, piés con cabeza; y por último, sufrir que me taparan, como se tapa aguardiente de treinta grados, con ropa sucia que fermentaba en su propia grasa. ¡Figuraos! un hombre de mi volumen, ¡figuraos! yo que soy tan sensible al calor como la manteca; yo que vivo en una disolución, en un deshielo continuo, fué milagro no morirme asfixiado. Luego en el mayor hervor de este baño, y cuando yo estaba medio estofado en grasa como un guiso holandés, ser arrojado al Támesis, echando chispas, para refrescar en aquella agua como herradura de caballo; ¡figuraos! Chisporroteaba de puro candente... ¡figuraos eso! señor Arroyo.

VADO. Siento, á fe, que por causa mia hayais sufrido tanto. Mi pretension es, pues, inútil. ¿No volveréis á solicitarla?

FALS. Señor Arroyo, así como me han arrojado al Támesis, consentiré que me arrojen en el cráter del Etna, ántes que dejarla de esta suerte. Su marido ha salido esta mañana á cazar pájaros; y ella me ha enviado una segunda embajada, citándome para una nueva entrevista; de ocho á nueve es la hora, señor Arroyo.

VADO. Pues ya son más de las ocho.

FALS. ¿De veras? Pues entónces acudiré á mi cita. Venid á verme á la hora que os fuere más có-

moda y os daré cuenta de mis hazañas; y como coronamiento del edificio, vos la gozareis. Os digo que la gozareis, señor Arroyo; señor Arroyo, le pondreis cuernos á Vado. (Váse.)

VADO. ¡Hum! ¡ah!... ¿Es esta alguna vision? ¿Es esto un sueño? ¿Estoy yo dormido acaso? ¡Amigo Vado, despierta! ¡despierta, amigo Vado! que te están abriendo un agujero en tu mejor sayo. ¡Este es el matrimonio! ¡esto es tener ropa blanca, y canastas! Bien, me daré por lo que soy, pero lo que es esta vez pescaré á ese libertino. Está ahora en mi casa; no se puede evadir de mis garras; es imposible que se escape esta vez; no puede meterse en un estuche de medio chelín, ni en un pimentero... Sin embargo, por si el diablo que le protege le presta auxilio, registraré los rincones más excusados. Es verdad que no puedo evitar lo que ya llevo encima; pero el llevar encima lo que me revienta llevar, no ha de ser parte á amansarme. Si llevo cuernos capaces de enfurecer al más manso, cúmplase en mi el refran; seré un toro. (Váse.)

ACTO IV.

ESCENA PRIMERA.

Una calle de Windsor.

*Salen la señora PAJE, la dueña SIEMPRELISTA
y GUILLERMO.*

SRA. PAJE. ¿Crees tú que estará ya en casa de Paje?

DUEÑA. Si no está allí ya, no tardará en llegar; aunque os puedo asegurar que está dado á los diablos con motivo de la zambullida en el rio. La señora Vado desea que acudais al instante.

SRA. PAJE. Iré en seguida; no voy más que á dejar á mi hijito en la escuela. Pero mira dónde viene su maestro. Segun veo, debe ser dia de fiesta.

Sale el pastor HUGO EVANS.

¡Hola, señor pastor! ¿No hay clase hoy?

EVANS. No; el señor Delgado ha dado permiso á los niños para holganzas.

DUEÑA. ¡Dios se lo pague!

SRA. PAJE. Señor pastor, mi marido se queja de que mi hijo no adelanta en sus estudios. Os

ruego que le hagais algunas preguntas de gramática.

EVANS. Ven acá, Guillermo; ponte derecho, Guillermo.

SRA. PAJE. Vé, picaro; ponte derecho, y contesta á lo que te pregunte el maestro; vé sin miedo.

EVANS. ¿Guillermo, cuántos números tienes en los nombres?

GUILL. Dos.

DUEÑA. ¡Dos nada más! Pues yo creía...

EVANS. ¡Silencio tus bobadas, mujer!—¿Qué es hermoso, Guillermo?

GUILL. *Pulcher*.

DUEÑA. ¿Cómo? ¡pulga! Por cierto que hay cosas más hermosas que las pulgas.

EVANS. ¿Quieres callar, mujer estúpida? ¡Silencio! ¿Qué es *lapis*, Guillermo?

GUILL. Una piedra.

EVANS. ¿Y qué es piedra, Guillermo?

GUILL. Una guija.

EVANS. No, no; es *lapis*. Recuérdalo en tus memorias, Guillermo.

GUILL. *Lapis*.

EVANS. Bien, Guillermo, bien. ¿De dónde se derivan los artículos, Guillermo?

GUILL. Los artículos se derivan del pronombre, y se declinan así: *Singulariter, nominativo, hic, hæc, hoc*.

EVANS. *Nominativo, hic, hæc, hoc*. Atiendes, te ruego: *genitivo, hujus*. Bien. ¿Como es el *acusativo*?

GUILL. *Acusativo, hinc*.

EVANS. Te ruego, tengas memorias, niño; *acusativo, hunc, hanc, hoc*.

DUEÑA. *Hunc, hanc, hoc*. ¡Vaya una lengua! Así hablan los cerdos.

EVANS. ¡Silencio, mujer! ¡Patochadas! ¿Y el caso *vocativo*, Guillermo?

GUILL. *O, vocativo, O*.

EVANS. Recuerda, Guillermo, recuerda: *caret*.

DUEÑA. ¿Cómo es eso.

EVANS. ¡Silencio, mujer!

SRA. PAJE. ¡Silencio!

EVANS. ¿Cómo hace el caso genitivo en plural, Guillermo?

GUILL. ¿Caso genitivo?

EVANS. Bien.

GUILL. Genitivo... *horum, harum, horum*.

DUEÑA. ¡*Horum*, qué palabrotas!

EVANS. ¡Silencio, mujer!

DUEÑA. Haceis muy mal en enseñarle esas cosas.

¡*Hunc, hac, hoc, horum, harum*! ¡Válgame Dios!

Enseñadle á hablar como Dios manda.

EVANS. ¡Oh mujeres! No disparates. ¿Estás locas?

¿No entiendes nada de declinaciones por casos y números? Eres más estúpida que puedes encontrar entre cristianos.

SRA. PAJE. Calla, por Dios.

EVANS. A ver, Guillermo, cómo declinas los pronombres.

GUILL. ¡Ay maestro, lo he olvidado!

EVANS. Declinas *qui, quæ, quod*. Si te olvidas de tus *quis*, tus *quæ* y tus *quods*, tendrás azotes, niño. Ves, corres y juegas.

SRA. PAJE. Pues sabe más de lo que yo creía.

EVANS. Tienes buenas memorias. Adios, señora Paje.

SRA. PAJE. Adios, señor pastor. (Váse Evans.) Véte á casa, rapaz. Vámonos, dueña; ya tardamos mucho. (Vánse.)

ESCENA II.

Un aposento de la casa de Vado.

Salen FALSTAFF y la señora VADO.

FALS. Señora Vado, vuestro gran sentimiento pone término á mi pena. Veo que vuestro amor no es sin consideracion para mí, y os aseguro que sabré corresponder á vuestro cariño hasta el último grano; no sólo en lo que se refiere al amor en sí, sino en todas sus exigencias, ceremonias y apéndices. Pero sepamos: ¿hay temor esta vez de que nos sorprenda vuestro marido?

SRA. VADO. Está cazando pájaros, bien mio.

SRA. PAJE. (Dentro.) ¡Ah de casa! Oye, amiga, oye.

SRA. VADO. Entrad en esa pieza, don Juan.

(Váse Falstaff.)

Sale la señora PAJE.

SRA. PAJE. ¡Hola, querida! ¿Hay alguien en casa además de tí?

SRA. VADO. Los criados, nadie más.

SRA. PAJE. ¿De veras?

SRA. VADO. De veras. (Aparte.) Habla más alto.

SRA. PAJE. Pues me alegro, á fé mia, que no haya nadie.

SRA. VADO. ¿Por qué?

SRA. PAJE. Porque á tu marido le ha vuelto á dar la antigua manía. No sabes las disputas que arma con mi marido; y cómo reniega de los casados en general, y en particular de las mujeres, maldiciendo á las hijas de Eva, sean de la complexion que fueren; luego se pega en la frente, gritando: «Brotad, brotad.» Te aseguro que comparado con él, el loco más rematado parece un cordero; tal es la furia que le

acosa. Me alegro en el alma que aquel caballero gordo no esté aquí.

SRA. VADO. ¿Pues qué? ¿Habla de él acaso?

SRA. PAJE. De nadie más que de él; y jura que la última vez que le buscó, salió de aquí en una canasta; y asegura á mi marido que está aquí ahora mismo, y ha conseguido suspender la cacería, para que vengan todos á ayudarle en esta segunda pesquisa. Pero me alegro que el caballero no esté aquí. Ahora se convencerá tu marido de su locura.

SRA. VADO. ¿Y á qué distancia podrá estar, amiga?

SRA. PAJE. Muy cerca; aquí á la vuelta; le verás entrar en breve.

SRA. VADO. ¡Soy perdida! Ese caballero está en casa.

SRA. PAJE. En tal caso, tu honra está por el suelo, y él puede darse por difunto. ¡Válgame Dios, y qué mujer ésta! Despáchale, despáchale. Más vale deshonra que muerte.

SRA. VADO. ¿Y por dónde quieres que se vaya? ¿dónde quieres que le esconda? ¿Le volveré á meter en la canasta?

Sale FALSTAFF.

FALS. No. ¡Maldita sea la canasta! No me vuelvo á meter en ella. ¿Pero no podría salir antes de que llegue?

SRA. PAJE. ¡Ca! Si tiene á tres de sus hermanos vigilando la puerta, pistola en mano, para que no salga nadie; de otra suerte, bien podriais escapar antes de su llegada. ¿Pero qué haceis parado?

FALS. ¿Y qué quereis que haga? Me esconderé en la chimenea.

SRA. VADO. No, tienen costumbre de descargar sus arcabuces allí. Escondeos en el horno.

FALS. ¿Dónde está?

SRA. VADO. Pero no, tampoco; lo registrará de fijo. No hay alacena, cofre, cómoda, maleta, pozo ni bodega en toda la casa, de cuya disposición no se acuerde con exactitud; es capaz de pasarles revista como con un inventario. Es imposible ocultaros en casa.

FALS. Saldréme entónces.

SRA. PAJE. Si salis en vuestra propia semejanza, morireis, don Juan. Como no saliereis disfrazado...

SRA. VADO. Esoes. ¿De qué podríamos disfrazarle?

SRA. PAJE. A fe mía, no lo sé. No es posible que haya ropa de mujer que le venga; si no, podría vestirse una saya, manto y sombrero, y escaparse de esa suerte.

FALS. ¡Por vida vuestra, queridas mias, discurrid algo: cualquier extremo es preferible á una desgracia!

SRA. VADO. ¡Ah! ahora me acuerdo que la tia de mi doncella, la mujer gorda de Brentford, se dejó un vestido arriba.

SRA. PAJE. ¡Oh dichosa casualidad! Le vendrá pintado; y arriba están su capucha y su manto. Arriba, arriba, don Juan.

SRA. VADO. Id, id, don Juan mio. La señora Paje y yo buscaremos alguna toca de holanda para taparos la cara.

SRA. PAJE. ¡Moveos! ¡vivo! Iremos á vestiros al instante; entre tanto, poneos la saya.

(Váse Falstaff.)

SRA. VADO. Diera no sé qué porque tropezara de esa facha con mi marido. No puede aguantar á esa vieja de Brentford: jura que es bruja; le tiene prohibido el poner los piés en su casa, y la ha amenazado con pegarla.

SRA. PAJE. Guíele el cielo camino del palo de tu esposo, y guíe luego el diablo su palo.

SRA. VADO. ¿Pero de véras viene mi marido?

SRA. PAJE. Y tan de véras; y tambien habla de la canasta, sépalo por donde lo sepa.

SRA. VADO. Vamos á hacer la prueba. Haré que los mozos la vuelvan á sacar para que tropiecen con él en la puerta como la otra vez.

SRA. PAJE. Pero va á llegar en seguida. Vamos á ataviarle como la bruja de Brentford.

SRA. VADO. Primero diré á los mozos lo que han de hacer con la canasta. Véte arriba; subiré al punto con la holanda. (Váse.)

SRA. PAJE. ¡Mal haya el picaro desvergonzado! Es poco todo cuanto le hagamos.

Quede probado, pues, que la casada

Aun siendo alegre, puede ser honrada.

No en balde dijo há siglos un prudente:

«Teme del agua mansa la corriente.» (Váse.)

Vuelve á salir la SEÑORA VADO con los CRIADOS.

SRA. VADO. Vamos, cargad con esta canasta; el amo debe estar cerca; si os manda descargarla, hacedlo así. Despachad. ¡Vivo! (Váse.)

CRIA. 1.º Vamos, echa una mano.

CRIA. 2.º Plegue á Dios que no vaya repleta de caballero esta vez.

CRIA. 1.º Espero que no, aunque estuviera llena de plomo.

Salen VADO, PAJE, POCOFONDO, CAIUS y el pastor HUGO EVANS.

VADO. Bien; pero y si resulta cierto, ¿estaré en vuestra mano el desasnarme? ¡Hola! ¡al suelo con esa canasta, villanos! Que llamen á mi mujer. ¡Bravo, doncel encanastado! ¡Oh pícaros alcahuetes! Aquí se oculta un ardid, un lazo, una trama, una conspiracion contra mí. Ahora

voy á cubrir de vergüenza al demonio. ¡Eh, mujer, sal, sal te digo! Mira qué lindos trapos mandas á la colada.

PAJE. ¡Vive Dios, señor Vado, esto ya pasa de la raya! No debemos consentir que andeis suelto por ahí; tendrán que ataros codo con codo.

EVANS. ¡Oh, esto es locuras! Estás más loco que perros rabiosos.

POCOF. A fe, señor Vado, que esto no está bien.

VADO. Lo propio digo yo.

Vuelve á salir la SEÑORA VADO.

¡Venid acá, señora Vado; señora Vado, la mujer virtuosa, la esposa modesta, el dechado de virtud, que tiene por marido á ese majadero celoso! ¿Conque son infundadas mis sospechas, eh?

SRA. VADO. Sábelo el cielo, si es que sospechas algo malo de mí.

VADO. ¡Bien hablado, cara de bronce! Sigue en tus trece.—Sal, bellaco. (Sacando la ropa de la canasta.)

PAJE. ¡Esto es por demas!

SRA. VADO. ¿No te da vergüenza, marido? Deja esa ropa.

VADO. Ya te pescaré.

EVANS. ¡Esto es demencias! ¿Quieres meteros en trapos de mujer? ¡Oh vergüenzas!

VADO. Fuera esa ropa, os digo.

SRA. VADO. ¿Pero á qué viene eso, hombre?

VADO. Señor Paje, tan fijo como yo soy hombre, sacaron ayer de esta casa á uno en esta canasta; y ¿qué razon hay para que no suceda otra vez? Mis informes son fundados; no en vano abrigo celos. ¡Fuera con esa ropa hasta el último calcetín!

SRA. VADO. Si hallarais entre ella á un hombre, morirá de la muerte de una pulga.

PAJE. Aquí no hay nádie.

POCOF. A fe mia, señor Vado, que esto no está en el orden; os hace muy poco favor.

EVANS. Señor Vado, debes rezar y no seguir imaginaciones de tus cerebros: esto es celosías.

VADO. Pues no está aquí el hombre á quien yo busco.

PAJE. Ni aquí, ni en parte alguna más que en vuestra imaginacion.

VADO. Ayudadme á registrar la casa por esta sola vez. Si no doy con lo que busco, dad rienda suelta á la lengua; asaeteadme con vuestras burlas; sírvaos para siempre de charla de sobremesa; dígame de mí: «Tan celoso como Vado, que buscó al amante de su mujer dentro de una nuez vacía.» Hacedme ese favor por esta vez no más; por esta sola y última vez ayudadme á buscarlo.

SRA. VADO. ¡Eh, señora Paje! bajad ya con la anciana; mi marido quiere entrar en ese cuarto.

VADO. ¡Anciana! ¿Qué anciana es esa?

SRA. VADO. Nádie más que la tia de mi doncella, la de Brentford.

VADO. ¡Oh bruja, ramera, mala pieza! ¿No le he prohibido que éntre en mi casa? ¿Vendrá con recados, eh? ¡Ay, hombres desdichados! No sabemos toda la maldad que se esconde bajo la capa de la buenaventura. Esa bruja obra por encantos, sortilegios y signos mágicos, y otras astucias semejantes; cosa que no está al alcance de nuestros sentidos; no sabemos nada.

¡Baja, maldita bruja, baja, gitana, baja!

SRA. VADO. ¡Por Dios, querido, adorado esposo! Señores, no consintais que pegue á esa pobre anciana.

Vuelven á salir FALSTAFF, disfrazado de mujer, y la señora PAJE.

SRA. PAJE. Ven, tia cháchara, dame tu mano.

VADO. Yo te daré cháchara; toma. (Le pega.) ¡Fuera de mi casa, tia bruja, alcahueta, mala vieja, sabandija! ¡Fuera, fuera! Yo te voy á conjurar; yo te diré la buenaventura. (Váse Falstaff.)

SRA. PAJE. ¿No os da vergüenza? Sin duda habreis matado á la pobre mujer.

SRA. VADO. La matará fijamente algun dia, y le hará mucha honra.

VADO. ¡Mal haya la bruja!

EVANS. Por sí ó por no, creo que es bruja esa mujer; no me gusta mujeres con barbas: yo vi unas grandes barbas debajo de sus mantos.

VADO. ¿Quereis seguirme, hidalgos? Os ruego que me sigais; sed testigos por esta vez no más del resultado de mis celos. Si grito esta vez sin motivo, no os fieis nunca de mí cuando abra la boca.

PAJE. Llevémosle el humor un rato más. Venid, hidalgos. (Vánse Vado, Paje, Pcofondo, Caius y Evans.)

SRA. PAJE. ¿Sabes que le zurró lastimosamente?

SRA. VADO. No, por todos los santos; mejor dijeras que le zurró sin lástima alguna.

SRA. PAJE. Yo haré que rocíen el palo con agua bendita, y lo colgaré en el altar: ha prestado servicios meritorios.

SRA. VADO. ¿Qué te parece? ¿Nos autoriza nuestra honradez de mujer y el testimonio de una conciencia limpia para seguirle persiguiendo con nuestra venganza?

SRA. PAJE. Temo que el demonio de la lascivia le haya dejado ya. Como el diablo no le tenga cogido con arras y reengancho, creo que será imposible que trate de seducirnos ya.

SRA. VADO. ¿Quieres que les contemos á nues-

tros maridos la partida que les hemos jugado? SRA. PAJE. ¿Pues quién lo duda? Aun cuando no fuera con otro fin que el de ahuyentar el coco de la mente de tu marido. Si tuviesen valor para seguir con el escarmiento de ese pobre caballero, tan falto de virtud como sobrado de carnes, nosotras seguiremos siendo sus verdugos.

SRA. VADO. Yo apuesto cualquier cosa á que le querrán avergonzar en público; y pienso que la broma no seria completa si no lo hiciesen.

PAJE. Vamos, pues: á la fragua con ello, y á hierro caliente machacar de repente. (Vánse.)

ESCENA III.

Un aposento del meson de la Jarretera.

Salen el POSADERO y BARDOLF.

BARD. Mi amo, los alemanes quieren que les alquileis tres de vuestros caballos. El duque debe llegar mañana á la córte, y piensan salir á su encuentro.

POSAD. ¿Y qué duque es ese que se viene tan callandito? No he oido hablar de él en la córte. Yo les hablaré á esos caballeros. ¿Supongo que hablarán el inglés?

BARD. Sí, mi amo. Los llamaré.

POSAD. Les daré los caballos; pero me los han de pagar; les hablaré clarito. Hace ya una semana que me están ocupando lo mejor de mi casa, y por su causa he tenido que despedir á muchos parroquianos. Me los han de pagar; les hablaré clarito. (Vánse.)

ESCENA IV.

Un aposento de la casa de Vado.

*Salen PAJE, VADO, la señora PAJE, la señora VADO,
y el pastor HUGO EVANS.*

EVANS. ¡Já! Son las mejores discreciones de ingenios mujeriles que has visto en mis días.

PAJE. ¿Y os mandó estas dos cartas al mismo tiempo?

SRA. PAJE. No medió entre la recepción de ámbas un cuarto de hora.

VADO. Perdon, mujer. De hoy más haz lo que [gustes.

Antes al sol sospecharé de frío,
Que á tí de liviandad. En este pecho,
Herético poco ántes, tu honra arraiga
Tan firme cual la fé.

PAJE. Basta; dejadlo.

Tan extremado no seais ahora
Al someteros, como endar ofensa.
Mas siga nuestro ardid. Citen de nuevo,
Para goce comun, nuestras consortes
A aquel galan tripon, donde podemos
Cogerle y darle el pago que merece.

VADO. No hallo medio mejor que el que proponen.

PAJE. ¿Qué, darle una cita para que se vea con ellas á media noche en el parque? Callad, callad, no acudirá jamás.

EVANS. Dices que ha sido zambullido en las aguas, y recibido zurras disfrazado de viejas; y pienso que debes estar tan repleto de terrores que no acudirás: se me figura que sus carnes están harto castigadas, y no tendrás deseos.

PAJE. Eso creo yo.

SRA. VADO. Pensad en castigarle cuando llegue;

Nosotras cuidaremos de que acuda.

SRA. PAJE. De Herne el cazador, un tiempo guarda De Windsor y su selva, narra un cuento Que en el invierno crudo á media noche Vueltas á un roble da, cual ciervo armado; Y allí desgaja el tronco, y á las reses Hechiza, y hace que las vacas viertan En vez de leche, sangre, sacudiendo Tetra cadena que hórrida rechina.

Del duende habreis oido, y bien os consta Que nuestra ancianidad de flaco seso, Supersticiosa recibió la historia De Herne el cazador, y á los vivientes La trasmitió cual hecho sucedido.

PAJE. Cierto, y no falta quien en noche oscura Teme acercarse al roble misterioso. Mas ¿qué hay con eso?

SRA. VADO. El plan es como sigue: Haced que acuda Falstaff disfrazado De Herne al roble, á verse con nosotras.

PAJE. No lo dudeis; acudirá sin falta. Y cuando en tal disfraz al roble acuda ¿Qué hareis con él? ¿qué os proponéis? Sepamos.

SRA. PAJE. Hemos pensado en ello. De este modo. A mi hijo pequeñuelo y á la Anita, Y á tres ó cuatro de su edad, de blanco Y verde vestiremos como duendes, Hadas y trasgos, coronados todos De velas encendidas, y llevando Sonajas en las manos; de repente Saldrán brincando de un aserradero, Cantando en son extraño; á cuya vista Nosotras dos huiremos espantadas; Cércanle en corro entónces, y girando En torno de él cual duendes, á pellizcos Al libertino acosen, y pregunten Cómo se atreve á hollar con pié profano, En hora destinado al regodeo

De duende y hada, aquel sagrado asilo.

SRA. VADO. Y hasta que diga la verdad, sin tregua

Pellizquenle de firme nuestras hadas,

Y quémense las carnes con sus luces.

SRA. PAJE. Sabida la verdad, saldremos todos

A recibir á Herne, á quien los cuernos

Arrancaremos, y entre befa y burla

A Windsor llevaremos al malvado.

PAJE. Es menester que ensayen bien los niños

Su parte, ó nunca acertarán con ello.

EVANS. Yo enseñaré á los niños sus comporta-

mientos, y yo mismo me pondré de mono salvaje

para quemar al pícaro Falstaff con mis velas.

VADO. ¡Magnífico! Les compraré caretas.

SRA. PAJE. Mi Ana será la reina de las hadas;

De blanco irá vestida lindamente.

PAJE. Yo compraré la seda. (Aparte.) Y entre tanto,

El seor Delgado llevaráse á Ana,

Y casaránse en Eton.—Sin demora

Mandad recado á Falstaff.

VADO. Sí; yo mismo

A verle iré, de Arroyo disfrazado.

Todo me lo dirá. Vendrá, sin duda.

SRA. PAJE. No lo dudeis. Buscadnos atavíos

Y cuanto necesiten nuestras hadas.

EVANS. Manos á las obras. Es admirables diver-

siones y honestísimas picardías.

(Vánse Paje, Vado y Evans.)

SRA. PAJE. Amiga, véte, y mándale recado

Al ínclito don Juan, á ver si acude.

(Váse la señora de Vado.)

Busquemos al doctor, mi protegido;

Nadie más que él se casará con Ana.

El otro, aunque hacendado, es un idiota;

Y es él á quien prefiere mi marido.

Caius es rico, y sus amigos pueden

Mucho en la córte. Él logrará mi perla,

Viniera el Preste Juan á pretenderla. (Váse.)

ESCENA V.

Un aposento del meson de la Jarretera.

Salen el POSADERO y SIMPLE.

POSAD. ¿Qué quieres, gañan? ¿Qué hay, piel gorda?
¡Vamos, habla, cuenta, discurre; vivo, pronto,
listo, breve!

SIM. A fé, señor, vengo con un recado de mi amo
el señor Delgado, para el señor caballero don
Juan Falstaff.

POSAD. Allí tienes su cuarto, su casa, su castillo,
su cama y su catre de campaña; están pintadas
las paredes en rededor con la historia del Hijo
Pródigo, todo fresco y reciente. Vé, toca y lla-
ma: te contestará á estilo de antropófago: lla-
ma, te digo.

SIM. Acaba de subir á su cuarto una anciana,
una mujer gorda; me tomaré la libertad de es-
perar hasta que baje; pues es á ella, en efecto,
á quien va mi recado.

POSAD. ¡Hola! ¿una mujer gorda? No le vayan á
robar al caballero. Llamaré. ¡Eh! ¡valenton,
bravo don Juan! contéstame con ese bélico
aliento. ¿Estás ahí? Es tu huésped, tu Efeso,
quien llama.

FALS. (Arriba.) ¿Qué hay, posadero?

POSAD. Aquí hay un tártaro de Bohemia que está
aguardando á que baje tu mujer gorda. Despí-
dela, valenton, despídela; mi posada es mansion
del honor. ¡Cómo! ¿tapadillas en mi casa? ¡qué
vergüenza!

Sale FALSTAFF.

FALS. Es cierto, posadero, que estuvo conmigo
ahora mismo una mujer gorda; pero ya se fué.

- SIM. Decidme, caballero, ¿no era la hechicera de Brentford?
- FALS. Sí por cierto, concha de molusco. ¿Y qué tienes tú que ver con ella?
- SIM. Mi amo, hidalgo, el señor Delgado, viéndola atravesar la calle, envió á preguntarla si un tal Nim, que le ha robado una cadena, tenia esa cadena, ó no.
- FALS. Hablé de eso con la vieja.
- SIM. ¿Y qué dijo, señor?
- FALS. Dijo que el mismo que le robó al señor Delgado la cadena, se la birló.
- SIM. ¡Ójala hubiera podido hablarla yo mismo! Otras varias cosas tenia que preguntarla de parte de mi amo.
- FALS. Sepamos cuáles son.
- POSAD. Dilo pronto.
- SIM. Me está prohibido el revelarlas, señor.
- FALS. Revélalas, ó date por muerto.
- SIM. Pues todo ello se refiere no más que á la doncella Ana Paje, señor: era para saber si mi amo tendria la suerte de lograrla ó no.
- FALS. Tendrá esa suerte, la tendrá.
- SIM. ¿Cuál, señor?
- FALS. La de lograrla, ó no. Vé y dile que esa mujer me lo ha dicho.
- SIM. ¿Podré atreverme á tanto, caballero?
- FALS. Sí, amigo, á todo lo que quisieras.
- SIM. Doy mil gracias á vuesamerced. Voy á dar un alegrón á mi amo. (Váse.)
- POSAD. Eres un sabio, don Juan, un sabio. ¿Pero de veras ha estado contigo una hechicera?
- FALS. Sí á fe, posadero mio; y una que me ha enseñado más sabiduría de la que aprendí en toda mi vida; y eso sin costarme una blanca; al contrario, además de la enseñanza me dieron algo encima.

Sale BARDOLF.

- BARD. ¡Ay mi amo! ¡ay! ¡ha sido todo engaño, un puro engaño!
- POSAD. ¿Qué les ha pasado á mis caballos? Dame buenas noticias de ellos, *varletto*.
- BARD. Se han escapado con los ladrones; pues en cuanto estuvimos más allá de Eton, yendo yo en ancas con uno de ellos, me arrojaron á un lodazal, é hincando las espuelas, echaron á correr como tres alemanes que lleva el diablo, como tres doctores Faustos.
- POSAD. Habrán ido á encontrar al duque, majadero: no digas que se han escapado; los alemanes son gente honrada.

Sale el pastor HUGO EVANS.

- EVANS. ¿Dónde estás, mi posadero?
- POSAD. ¿Qué ocurre, señor pastor?
- EVANS. Tengas muchos ojos con tus huéspedes; acaba de llegar á Windsor un amigo mio, y dices que hay tres pícaros ladrones de Alemania que han robado caballos y dineros á todos los hosteleros de Readings, Maidenhead, y Colebridge. Os lo digo de buen corazon, ya ves: tienes astucias y agudezas, y quieres dar bromas á todos, y no está bien que os estafen así. Dios os guarde. (Váse.)

Sale el doctor CAIUS.

- CAIUS. ¿Dónde es *mon hôte* de la *Jarretière*?
- POSAD. Aquí, señor doctor, sumido en duda y consternacion.
- CAIUS. *Moi* no saber lo que es eso; pero me vienen á decir que vos hacer grandes *préparations* por un duque de Alimaña. *Ma foi*, en la *court* no saber nada de llegada de ningun duque. Os lo digo de *bon coeur*, por su bien. *Adieu*. (Váse.)

POSAD. Corre tú y grita ¡al ladron! ¡Anda tunante! Préstame tu ayuda, don Juan mio. ¡Me han arruinado! Anda corre y grita ¡al ladron! ¡Me han perdido! (Vánse el posadero y Bardolf.)

FALS. ¡Ójala engañaran y estafaran á todo el mundo, pues á mí me han engañado y zurrado además! Si llegaran á oídos de la córte las transformaciones que he sufrido y la vil manera en que, transformado de esa suerte, he sido zambullido y zurrado, á fe que habian de sacarme toda esta grasa gota á gota, y untar botas de pescadores conmigo; estoy seguro que me asaetearian con sus pullas y cuchufletas hasta dejarme más encogido que una pera asada. No me ha vuelto á favorecer la suerte desde la vez que me perjuré jugando al Primero. Juro que si me alcanzara el aliento para rezar una oracion, me arrepentiria.

Sale la dueña SIEMPRELISTA.

¡Hola! ¿De dónde vienes?

DUEÑA. De parte de las dos, don Juan.

FALS. ¡Llévese el diablo á la una y su comadre á la otra, y así tendrán ámbas su merecido! He sufrido más por causa de ellas, sí, más de lo que es capaz de aguantar la mísera flaqueza de la condicion humana.

DUEÑA. ¿Y ellas, las pobres, acaso no han sufrido nada? Sí por cierto; sobre todo la una, la señora Vado. ¡Desdichada! Está hecho un puro cardenal; en toda ella no hallareis tanto así de carne blanca.

FALS. ¡Qué me vienes ahora hablando de cardenales, si á mí me han puesto, á fuerza de palos, hecho un arco iris! Y en un tris estuve de que me llevaran á la cárcel por bruja; á no ser por la maravillosa destreza de mi talento, que imitando al vivo los gestos y andares de una

vieja, á estas horas me viera, por mano de un pícaro alguacil, expuesto á la vergüenza en el cepo, en el cepo público, por bruja.

DUEÑA. Don Juan, permitid que os hable en vuestro aposento, y vereis qué giro va tomando la cosa; estoy persuadida hasta más no poder de que os ha de agradar. Aquí teneis una carta que algo os dirá. ¡Válgame Dios, y lo que cuesta juntaros! Temo que uno de vosotros no sirve bien á Dios, cuando os sale así todo al revés.

FALS. Ven, subamos á mi cuarto. (Vánse.)

ESCENA VI.

Otro aposento del meson de la Jarretera.

Salen FENTON y el POSADERO.

POSAD. ¡Por Dios, dejadme en paz, señor Fenton! No sabeis lo atribulado que estoy; no me importa un bledo nada.

FENT. Préstame oído al ménos, dame auxilio,
Y á fe de caballero, juro darte
Cien libras, más el gasto que tú hicieres.

POSAD. Os prestaré oído gustoso, señor Fenton;
y por lo ménos sabré callar.

FENT. De vez en cuando, amigo, te he contado
El gran amor que guardo á Ana bella;
Quien mutuamente á mi querer responde,
(En cuanto su eleccion de sí depende)
Y colma su cariño mi deseo.

Aquí tengo una carta de su puño,
Cuya lectura ha de causarte asombro.

Pero es el caso que va tan unido
El chiste que contiene con mi asunto,
Que es imposible que comprendas nada
Ni de uno ni otro, si ambos no te explico.

Tiene el panzudo Falstaff gran escena.
Aquí leerás en términos muy claros

Todo el enredo. Escucha, posadero.
 De Herne á pié del roble á media noche,
 Mi Anita hará de reina de las hadas;
 Por qué, diráte el pliego; en cuyo garbo,
 Cuando más animada esté la broma,
 Quiere su padre y manda que se escurra
 Con el señor Delgado, y que se casen
 En Eton luego; y ella ha consentido.
 Pues bien, la madre, que odia tal enlace,
 Y al doctor Caius favorece firme,
 Ha dispuesto tambien que él se la lleve,
 Mientras estén los otros distraídos,
 Y se case con ella en el deanato,
 Do les espera un clérigo. Obediente,
 Al parecer, al gusto de su madre,
 Tambien palabra ha dado al doctor Caius.
 Hora la cosa se halla así: su padre
 Cree que ella irá de blanco, y que en tal traje,
 Cuando Delgado en ocasion propicia
 Le dé la mano, y diga: «Ven conmigo,»
 Se irá con él. La madre, empero, exige,
 Para que la distinga bien el novio,
 (Pues todos han de estar enmascarados)
 Que en ancha saya verdemar se arrope,
 La sien ceñida de ondulantes cintas;
 Y hallando Caius ocasion madura,
 Pellizcarle la mano; á cuya seña
 Dijo la niña que con él se iria.
 POSAD. ¿A quién piensa engañar, á padre ó madre?
 FENT. Amigo, á entrambos, y se irá conmigo.
 Tú tenme prevenido, que esto importa,
 Al cura en la capilla al dar las doce,
 Do en sacro nudo conyugal dos almas
 En dulce lazo se unirán por siempre.
 POSAD. Bien, no lo descuideis. Harélo al punto:
 Traed la novia vos, yo traigo al cura.
 FENT. Te lo he de agradecer eternamente,
 Y desde luego premiaré tu celo. (Vánse.)

ACTO V.

ESCENA PRIMERA.

Un aposento del meson de la Jarretera.

Salen FALSTAFF y la dueña SIEMPRELISTA.

FALS. Basta de cháchara, véte. No faltaré. Esta es la tercera vez: espero que el número impar me traiga suerte. Anda, vé. Es costumbre decir que los números impares traen bendicion, ya sea al nacer, ya en el destino, ya al morir. Lárgate.

DUEÑA. Yo os proveeré de una cadena, y haré lo que pueda por procuraros un par de cuernos.

FALS. Véte, te digo, que el tiempo vuela. Lleva erguida la frente y hazte la dengosa. (Váse la dueña.)

Sale VADO disfrazado.

¿Cómo vamos, señor Arroyo? Señor Arroyo, esta noche se verificará la cosa; esta noche, ó nunca. Estad en el parque á media noche próximamente, cerca del roble de Herne, y vereis portentos.

VADO. ¿Acudísteis ayer á la cita como me dijísteis?

FALS. Fui á verla, señor Arroyo, del talante que me veis; pero me separé de ella, señor Arroyo, á guisa de una pobre vieja. Ese bribon de Vado, su marido, está poseido del demonio más astuto de los celos que dominó jamás á una mente frenética. Escuchad: me zurró de lo lindo en forma de vieja, pues lo que es en forma de hombre, señor Arroyo, me rio yo de Goliath y su viga de tejedor; pues sé muy bien que esta vida es una lanzadera. Tengo prisa; acompañadme, y os lo contaré todo, amigo Arroyo. Desde que dejé de pelar patos, de hacer novillos y de jugar al trompo, no he sabido hasta hace poco lo que es recibir una zurra. Seguidme, os contaré bravas cosas de ese bribon de Vado. Traigo ciertas cosas entre manos, amigo Arroyo, que harán bailar al lucero del alba. Seguidme. (Vánse.)

ESCENA II.

El parque de Windsor.

Salen PAJE, POCOFONDO *y* DELGADO.

PAJE. Venid, venid; nos pondremos en acecho en el foso del castillo hasta que veamos las luces de nuestros duendes. Acuérdate de tu novia, hijo Delgado.

DELG. ¿No me he de acordar? He hablado con ella, y hemos convenido en una seña para conocernos. Yo me acerco á ella, y grito «pif,» y ella contesta «paf;» y con eso nos conocemos.

POCOF. No está mal tramado; pero ¿qué falta hace ni que tú grites «pif,» ni que ella conteste «paf?» Basta fijarte en su vestido blanco para distinguirla. Son las diez dadas.

PAJE. La noche está oscura; bien se avendrá su

oscuridad con las luces y fantasmas. ¡Sea el cielo propicio á nuestra broma! Nadie piensa en nada malo sino el demonio, y á ese le conoceremos por sus cuernos. Vamos, seguidme.

(Vánse.)

ESCENA III.

La misma.

Salen la SEÑORA PAJE, la SEÑORA VADO *y* el doctor CAIUS.

SRA. PAJE. Señor doctor, mi hija irá vestida de verde; cuando halleis ocasion propicia, asidla de la mano, llevadla al deanato, y despachadlo en seguida. Penetrad en el parque; nosotras debemos ir solas.

CAIUS. Yo sé lo que tengo que hacer. *Adieu.*

SRA. PAJE. Dios os guarde, caballero. (Váse Caius.) No le dará tanta alegría á mi marido el castigo de Falstaff, como enojo el casamiento de mi hija con el doctor; pero no importa; más vale un rato de enfado que un siglo de afliccion.

SRA. VADO. ¿En dónde estará ahora tu Anita con sus hadas y el duende galés Hugo?

SRA. PAJE. Están todos escondidos en una zanja cerca del roble de Herne, con las luces tapadas, que destaparán de improviso en la oscuridad de la noche, en cuanto aparezcamos con Falstaff.

SRA. VADO. Eso le asustará por fuerza.

SRA. PAJE. Si no le asusta, le mofaremos, y si le asusta, mayor será la mofa.

SRA. VADO. La traicion que le armamos va á ser completa.

SRA. PAJE. El ser traidor con hombre tan soez Es obra santa, digna de honra y prez.

SRA. VADO. Se va acercando la hora. ¡Al roble, al roble! (Vánse.)

ESCENA IV.

La misma.

Sale pastor HUGO EVANS disfrazado de sátiro, y seguido de varios niños disfrazados de hadas.

EVANS. Corred á saltos y brincos, venid; y no olvidéis vuestras partes; tengas atrevimientos, te ruego. Bajas conmigo al hoyo; y cuando os haga contraseñas, seguid instrucciones. Venid, venid, á saltos y brincos. (Vánse.)

ESCENA V.

Otra parte del parque.

Sale FALSTAFF disfrazado de Herne.

FALS. El reloj de Windsor ya dió las doce; el instante se acerca. ¡Vuestro amparo pido, oh dioses ardientes! Acuérdate, Jove, que fuiste toro una vez por amor de Europa; el amor te puso cuernos. ¡Oh amor poderoso, que á veces conviertes á un bruto en sér racional, y á veces al sér racional en bruto! También fuiste cisne, Júpiter, por amor de Leda. ¡Oh amor omnipotente! ¡Cuán cerca estuvo el dios de parecerse á un ganso! Primero cometiste una falta en forma de bruto. ¡Oh Jove, una falta brutal! Y luego otra falta en forma de ave. ¡Repara en eso, oh Jove; otra falta bestial! Cuando hasta á los dioses se les calientan los cascos ¿qué hemos de hacer los míseros mortales? Pues héteme aquí hecho ciervo de Windsor: y el más rollizo de la selva, según creo. Dame tiempo fresco de brama, oh Jove. ¡Quién viene hácia aquí? ¡Mi cierva, por dicha?

Salen las señoras VADO y PAJE.

SRA. VADO. ¡Don Juan! ¿Estás ahí, mi corzo, mi gamo, mi ciervo querido?

FALS. ¡Sí, cierva mía del rabito negro! Lleva ese firmamento patatas; retruene al son de la jacarandaina; granice confites, y nieve cardos; levántese una tempestad de provocacion, aquí hallaré abrigo.

SRA. VADO. La señora Paje está conmigo, cielo mio.

FALS. Partidme entre ámbas, como ciervo de regalo: una pierna á cada una; guardaré mis costillas para mí; mis cuernos se los cedo á vuestros maridos. Decid: ¿no tengo yo aire silvestre? ¿No hablo á estilo de Herne el cazador? Por esta vez Cupido se ha portado conmigo como rapaz de conciencia: al fin me galardona. ¡A fe de duende honrado, os doy la bienvenida!

(Ruido dentro.)

SRA. PAJE. ¡Ay de mí! ¿Qué ruido es ese?

SRA. VADO. ¡El cielo nos perdone nuestros pecados!

FALS. ¿Qué podrá ser eso?

SRA. PAJE. ¡Huyamos!

SRA. VADO. ¡Huyamos! (Huyen precipitadamente.)

FALS. Nada; está visto: el demonio se resiste á condenarme; sin duda teme que le incendie su infierno con la grasa que tengo en el cuerpo; de otra suerte nunca me contrariara de este modo.

Salen el pastor HUGO EVANS, disfrazado como ántes; PISTOL de espectro; la dueña SIEMPRELISTA, ANA PAJE, y otros de hadas con hachas y luces.

DUEÑA. Hadas de verde, blanco y gris ornadas, Sombras nocturnas, triscadoras hadas,

Huérfana prole del destino eterno,
Mirad por vuestro honor y buen gobierno.
Heraldo espectro, llámalas al órden.

Pist. Duendes, oid; y cese ya el desórden.
De Windsor, grillo, salta á los hogares;
Y donde sin barrer alguno hallares,
La brasa ardiendo, ó por el suelo el cisco,
De uno y otro mordisco,

Morada pon cual mora á la fregona,
Pues odia nuestra reina á la gorriona.
FALS. Son duendes; quien les habla, muere al
[punto.

Me tumbaré; si miro, soy difunto.
(Se tumba boca abajo.)

EVANS. ¡Chispa, do estás? En dónde quier tro-
[pieces

Con vírgen que rezado haya tres veces
Antes de se acostar «¡Ave María!»
Acorde templa su alma fantasía,
Aunque del niño duerma el hondo sueño.
Mas la que busca plácido beleño,
Sin confesarse de sus culpas ántes,
Con uñas penetrantes

Pellízcala cruel hombros, mejillas,
Brazos, espaldas, piernas y canillas.

DUEÑA. Corred, corred y registrad, oh hadas
De Windsor foso y torres almenadas;
Cada rincon llenad de dicha y suerte,
Que hasta el juicio final resista fuerte,
Con regio lujo, próspero y risueño,
Digno del dueño siempre, y de él el dueño;
El tálamo cubrid, la augusta silla,
De bálsamo, de flores sin mancilla.
Y cada timbre, escudo fiel, librea
Adorne leal blason, bendito sea.
Y cada noche, en círculo formando
La Jarretera, retozad cantando.
Y allí do la formeis, buscad el césped

Do crece más feraz, digno del huésped.
Y *Honi soit qui mal y pense* tracen
Con grama y flores mil que se entrelacen;
Cual ciñe, en perlas y rubí bordada,
Del caballero la rodilla hincada:
En vez de letras flores usa el hada.
Idos; pero á bailar hasta la una
Cabe el roble de Herne; no falte alguna.

EVANS. Formad en corro, muevan esas piernas;
Luciérnagas serán nuestras linternas,
Para alumbrar la danza en torno al roble.
Mas quieto; huelo un sér de tierra innoble.

FALS. ¡El cielo me defienda de ese duende galés,
no me vaya á convertir en una rueda de queso.

EVANS. ¡Oh vil gusano, desde que naciste,
Envilecido, bajo y torpe fuiste!

DUEÑA. Las puntas de sus dedos sean pasto
Del fuego, pues si es casto,
Al suelo bajará la llama ardiente,
E ileso quedará; si brinca á un lado,
El pecho tiene lleno de pecado.

PISTOL. Vamos, probad.

EVANS. A ver; ¿arde esta leña?
(Le queman con sus hachas.)

FALS. ¡Ay, ay, ay!

DUEÑA ¡Más corrompido está que húmeda breña!
Hadas, girad en corro, idle mofando,
Y pellizcadle miéntas vais triscando.

CANCION.

¡Al pecho lascivo
Colmad de baldon,
Y al torpe que vive
Sin fé y sin pudor!
¿Y qué es la lujuria?
Sangriento tizon,
Que enciende la llama
De impúdico ardor;

Que nutre el deseo
 Con ánsia feroz,
 Que crece y se extiende
 Con raudo furor,
 Al soplo de infame
 Funesta pasión.
 Punzadle, fantasmas,
 Bailando en redor,
 Y purgue á pellizcos
 Su crimen atroz.

Pinchadle y quemadle y mil vueltas le dad,
 Mientras velas y luna nos den claridad.

Salen PAJE, VADO, la señora PAJE y la señora VADO.

PAJE. No, no corrais; al fin estais cogido.
 Señor don Juan ¿qué es esto? ¿No os quedaba
 Otro recurso que el de Herne el duende?

SRA. PAJE. Venid, os ruego; y basta ya de broma.
 ¿De Windsor qué os parecen las comadres,
 Don Juan? ¿Marido, ves? ¿No cuadran estos
 Mejor que en la ciudad, aquí en la selva?

VADO. ¡Hola, señor don Juan! ¿Quién es ahora el
 cornudo? Señor Arroyo, Falstaff es un bribon,
 un pícaro cornudo; aquí están sus cuernos, se-
 ñor Arroyo; y, señor Arroyo, no ha gozado de
 Vado, más que su canasta de la colada y su
 porra, y veinte libras en moneda, que tendrá
 por fuerza que devolver al señor Arroyo, para
 lo cual han sido embargados ya sus caballos,
 señor Arroyo.

SRA. VADO. Señor don Juan, mala suerte hemos
 tenido; no nos pudimos juntar jamás. No os
 querré nunca para amante; pero os tendré
 siempre por mi ciervo (1).

(1) En inglés la palabra *deer*, ciervo, se pronuncia lo mismo que la
 palabra *dear*, querido.

FALS. Empiezo á notar que he estado haciendo
 el asno.

VADO. Sí, y el buey tambien; de ámbos está pa-
 tente la prueba.

FALS. ¿Conque estas no son hadas? Se me ocur-
 rió más de una vez que no lo eran; y no obs-
 tante, la conciencia de mi culpa, el atolondra-
 miento de mis facultades, dieron á tan mani-
 fiesto engaño tal sello de verdad, que á despecho
 de toda rima y razon, las tomé efectiva-
 mente por hadas. Ya veis cuán fácilmente se
 convierte el talento en botarga, cuando va des-
 carriado.

EVANS. Don Juan Falstaff, sirves á Dios, y
 dejes tus deseos, y los duendes no os pin-
 charán.

VADO. Bien dicho, duende Hugo.

EVANS. Y vos dejaros de celosías, os ruego.

VADO. Juro no volver á desconfiar de mi mujer,
 hasta que tú la sepas cortejar en castizo
 inglés.

FALS. ¿He tenido yo mi cerebro al sol acaso,
 hasta que se me haya secado, que le falte in-
 genio para precaver tan grosero engaño? ¿He
 de aguantar hasta las cornadas de una cabra
 galesa? Voy á gastar todavía birrete de frisa,
 creo. Ya no me falta más que ahogarme con un
 pedazo de queso tostado.

EVANS. No convienes queso con mantecas; tu
 panza es mantecas.

FALS. «¡Tu panza es mantecas!» ¡Válgame Dios,
 á lo que he venido á parar! A servir de blanco á
 las pullas de un hombre que hace fritillas del
 idioma inglés. Esto solo fuera bastante á extir-
 par la lascivia y la vagancia nocturna del reino
 todo.

SRA. PAJE. Pero qué, don Juan, ¿creeis que aun-
 que hubiésemos arrojado de cabeza á la virtud

de nuestros corazones, y nos hubiésemos entregado sin escrúpulo á Satanás, ¿seria jamás posible que el demonio os hiciera agradable á nuestros ojos?

VADO. ¿Qué? ¿una morcilla? ¿un saco de estopa?

PAJE. ¿Viejo, frio, mustio, y de panza enorme?

VADO. ¿Y más maldiciente que Satanás?

PAJE. ¿Y más pobre que Job?

VADO. ¿Y más perverso que su mujer?

EVANS. ¿Y dado á fornicaciones y bodegonas, á aloques y vinos, y aguamieles, y á tragos y votos, y á figos y guiños y dimesdiretes?

FALS. En fin, soy vuestro tema: me habeis ganado por la mano; estoy abatido; ni soy capaz siquiera de contestar á esa bayeta galesa: la misma ignorancia me está dando lecciones. Haced de mí lo que querais.

VADO. Yo opino, don Juan, que os llevemos á Windsor á casa del señor Arroyo, á quien habeis estafado el dinero, y al cual debiais servir de medianero. A pesar de lo que ya habeis sufrido, creo que la pena más aguda será la del pago de ese dinero.

PAJE. Sin embargo, alégrate, don Juan. Apurarás esta noche un frasco de vino mulso en mi casa, y entre trago y trago podrás reirte de mi mujer que ahora se rie de tí. Dile que el señor Delgado se ha casado con su hija.

SRA. PAJE. (Aparte.) Hay doctores que lo ponen en duda. Si Ana Paje es hija mia, á estas horas debe ser mujer del doctor Caius.

Sale DELGADO.

DELG. ¡Hola! ¡eh! ¡eh, padre Paje!

PAJE. ¿Hijo, qué es eso? ¿Qué ocurre, hijo? ¿Lo has despachado?

DELG. ¡Sí, despachado! Se lo he de contar á los ve-

cinos más distinguidos del condado de Gloster; que me ahorquen si no. ¡Pues!

PAJE. ¿Qué les vas á contar, hijo?

DELG. Fuime á Eton con objeto de casarme con Ana Paje, y veo que es un zopenco de muchacho. Si no hubiera estado en la iglesia, le doy de cachetes, ó él á mí. ¡Permita Dios que me parta un rayo si no creia á piés juntillas que era la Ana Paje! ¡Y era el muchacho del administrador de correos!

PAJE. A fe mia, hubiste de equivocarte entonces.

DELG. ¿A qué decirme eso? Ya lo sé que me equivoqué cuando tomé un muchacho por una muchacha. Aunque me hubiesen casado con él, no le hubiera tomado, por más que llevaba traje de mujer.

PAJE. Tú mismo tienes la culpa por bobo. ¿No te dije que la conocerias por el traje?

DELG. Yo me dirigí á la del vestido blanco, y grité «pif» y ella me contestó «paf», como habíamos convenido Ana y yo: y sin embargo, no era tal Ana, sino el muchacho del administrador de correos.

SRA. PAJE. Querido Jorge, no te enfades; yo supe de tu intento; troqué el vestido blanco por otro verde; y en efecto, mi hija está ahora en el deanato con el doctor, donde se han casado.

Sale CAIUS.

CAIUS. ¿Dónde estar señora Paje? *Pardieu*, me han engañado: *j'ai marié un garçon*, yo casar un muchacho; un *paysan*, *pardieu*, un gañan. No es Ana Paje: *pardieu*, me han engañado.

SRA. PAJE. ¿No tomásteis á la del vestido verde?

CAIUS. Sí, caramba, y es muchacho. *Pardieu*, voy á sublevar á todo Windsor. (Vase.)

VADO. A fe que es extraño. ¿Quién se habrá llevado á la verdadera Ana?

PAJE. No sé qué me da. Aquí viene el hidalgo Fenton.

Salen FENTON y ANA PAJE.

¿Qué hay, pues, señor Fenton?

ANA. ¡Padre, perdon! ¡perdon, querida madre!

PAJE. ¡Hola, señorita! ¿Y cómo es eso que no te fuiste con el señor Delgado?

SRA. PAJE. ¿Por qué con el doctor no fuiste, niña?

FENT. ¿No veis? Se corta. Oid la verdad pura.

Del modo más indigno ibais á darla,
Donde no habia mutuo afecto alguno.

Lo cierto es que ella y yo, há tiempo unidos,

Lo estamos ya con lazo tan estrecho,

Que no hay poder que separarnos pueda.

Santa es la ofensa que ella ha cometido;

Ni á nuestra trama nombre deis de fraude,

Desobediencia ó falta de respeto:

Pues de esta suerte evita y huye miles

De horas malditas, de piedad exentas,

En que la hundiera aquel forzoso enlace.

VADO. No os cause asombro; aquí ya no hay re-
[medio.

De amor el cielo rige el alto estado:

El oro te da tierra, esposa el hado.

FALS. Aunque apuntasteis á herirme de lleno,
me alegro que vuestra flecha me haya pasado rozando.

PAJE. ¿Qué hacer? El cielo te bendiga, Fenton.

Bien dice aquel refran: «A lo hecho, pecho.»

FALS. Cuando corren podencos por la noche,

Se caza toda clase de venado.

SRA. PAJE. Ya no cavilo más. Hidalgo Fenton,

¡Que el cielo os dé mil años de ventura!

Vamos, querido esposo; á casa todos;

Y alegre nuestro hogar tan grata broma:
Don Juan con los demas.

VADO. Bien, así sea.

Señor don Juan, al fin al buen Arroyo

Le cumples la palabra que le has dado:

Hoy yacerá con la mujer de Vado. (Vánse.)

ÍNDICE.

	PÁGINAS.
HAMLET.....	5
LAS ALEGRES COMADRES DE WINDSOR.....	151

ERRATAS.

- Página 19, línea 8, donde dice: te ensañaremos...
léase: te enseñaremos...
- Página 60, línea 2, donde dice:
Las facultades de los ojos y de los oídos.
léase:
Las facultades de ojos y de oídos.
- Página 104, línea 30, donde dice:
¿Por qué existe...
léase:
¿Por qué existo...
- Página 115, línea 14, donde dice: tu gusto... léase:
su gusto...
- Página 203, línea 18, donde dice: Blatchet... léase:
Datchet...
- Página 175, línea 26, donde dice: SRA. VADO. léase:
SRA. PAJE.
-



BIBLIOTECA
Universidad EAFIT



100006386

A white rectangular sticker with rounded corners. It contains the text 'BIBLIOTECA' and 'Universidad EAFIT' in bold, black, sans-serif font. Below the text is a standard 1D barcode. At the bottom of the sticker, the number '100006386' is printed in a bold, black, sans-serif font.

